

Sharpe



y el tigre de Bengala

Bernard Cornwell

Lectulandia

El gobernador de Seringapatam, el Tipoo, sabe del avance del 33.º Regimiento del Ejército de Su Majestad Británica, y le tiene preparada una trampa destinada a acabar con él. El fusilero Richard Sharpe es en esos momentos (1799) un desertor del ejército, pero eso no impide que su alto sentido del honor y del compañerismo le lleve a arriesgar su vida para salvar a sus camaradas. Para lograrlo, deberá primero liberar a un oficial cautivo de Tipoo que conoce las claves de la trampa, es decir, meterse en la boca del lobo.

La batalla de Seringapatam es recordada, en el marco de las guerras anglo-mysore, por el cuantioso número de bajas británicas (casi 1.500), después de la gran victoria obtenida poco antes en Sidassir. Fue un importante impulso a la consolidación del Imperio Británico en la India.

Lectulandia

Bernard Cornwell

Sharpe y el tigre de Bengala

Richard Sharpe - 1

ePub r1.0

viejo_oso 19.06.13

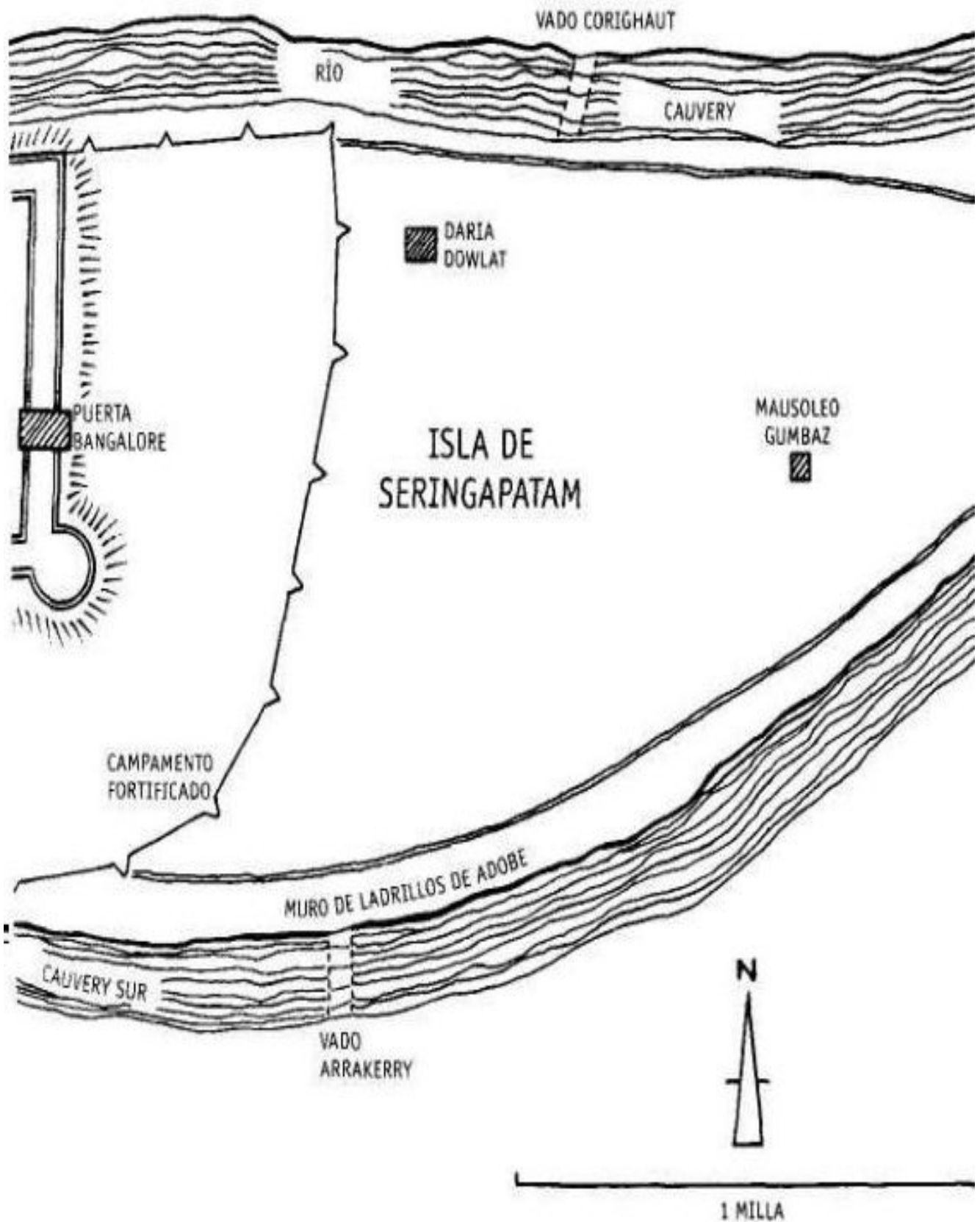
Título original: *Sharpe's Tiger*
Bernard Cornwell, 1997
Traducción: Montserrat Batista

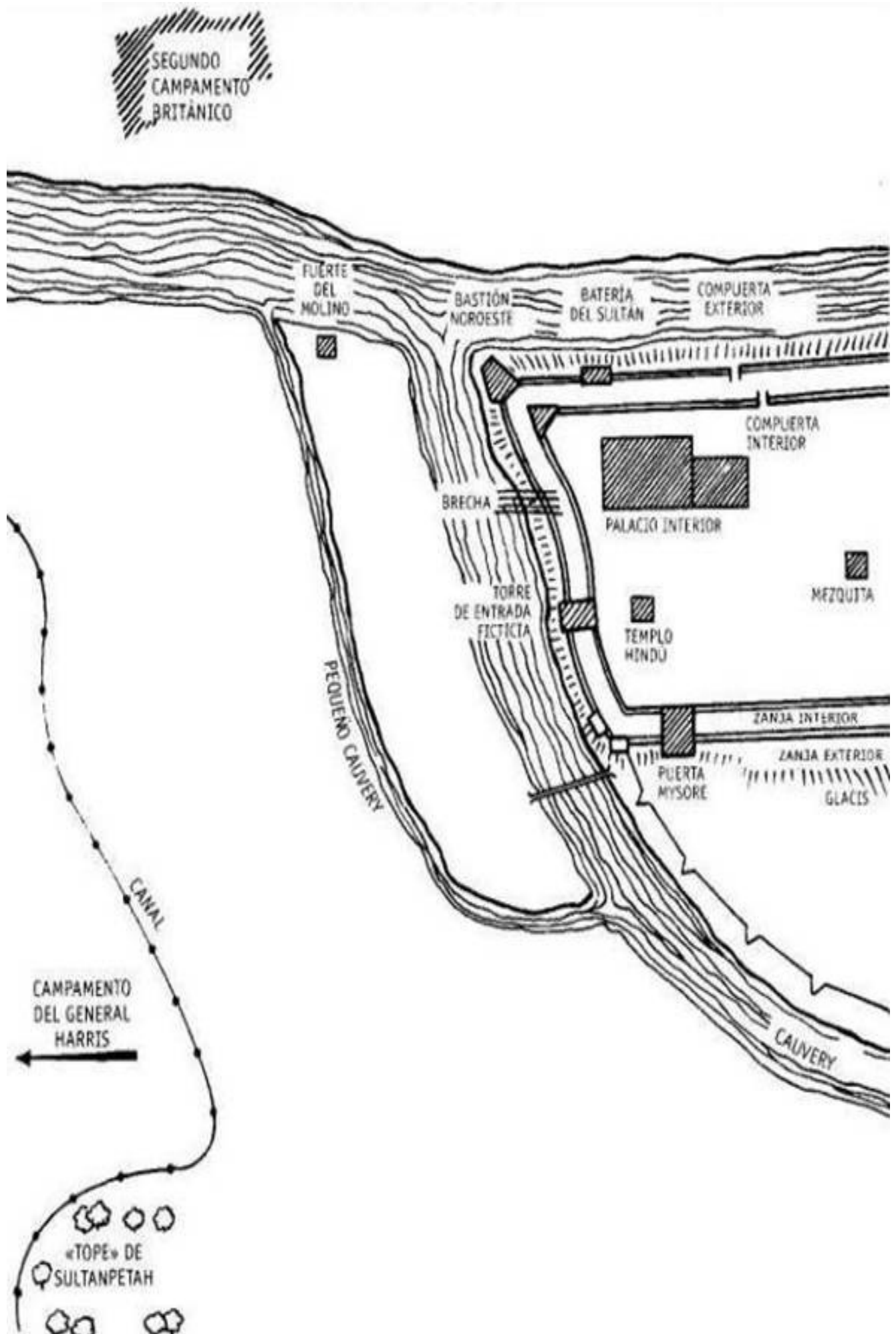
Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Sharpe y el tigre de Bengala es para
Muir Sutherland y Malcolm Craddock,
con agradecimiento

ESBOZO DEL ASEDIO DE SERINGAPATAM ABRIL-MAYO DE 1799





1

Era extraño, pensaba Richard Sharpe, que en Inglaterra no hubiese buitres. Al menos él no había visto ninguno. Eran unas cosas feas. Ratas con alas.

Pensaba mucho en los buitres, y tenía mucho tiempo para reflexionar porque era soldado, un soldado raso, de manera que el Ejército se empeñaba en gran medida en pensar por él. El Ejército decidía cuándo se despertaba, cuándo dormía, cuando comía, cuándo marchaba y cuándo tenía que quedarse sentado sin hacer nada, y eso era lo que hacía la mayor parte del tiempo: nada. Apresurarse y no hacer nada, ésa era la manera que tenía el Ejército de hacer las cosas, y él ya estaba harto. Estaba cansado y pensaba en escapar.

Mary y él. Huir. Desertar. Pensaba en ello en aquel preciso momento y era extraño preocuparse por eso precisamente entonces, porque el Ejército iba a concederle a Richard Sharpe su primera batalla de verdad. Ya había participado en un combate, pero de eso hacía cinco años y fue un asunto confuso y desagradable en medio de la niebla, nadie sabía por qué el 33.º Regimiento estaba en Flandes ni qué se suponía que estaban haciendo allí, y al final tan sólo dispararon algunos tiros contra unos franceses envueltos por la neblina y todo el asunto terminó casi antes de que Sharpe supiera que había empezado. Había visto morir a un par de hombres. Recordaba sobre todo la muerte del sargento Hawthorne porque el sargento había sido alcanzado por una bala de mosquete que le había sacado una costilla por fuera de su casaca roja. Apenas se vio una gota de sangre, tan sólo la blanca costilla que sobresalía de la desteñida tela roja. «Aquí uno podría colgar el sombrero», había dicho Hawthorne con tono asombrado; luego había sollozado y después se había atragantado con la sangre y se había desplomado. Sharpe había seguido cargando y disparando y entonces, justo cuando empezaba a divertirse, el batallón se había ido y había zarpado de vuelta a Inglaterra. Toda una batalla.

Ahora se encontraba en la India. No sabía por qué estaba invadiendo Mysore y no le importaba demasiado. El rey Jorge III quería que Richard Sharpe estuviera en la India, así que Richard Sharpe estaba en la India, pero Richard Sharpe ya se había hartado de estar al servicio del rey. Era joven y consideraba que la vida tenía algo más que ofrecer que el apresurarse y no hacer nada. Había que conseguir dinero. No estaba seguro de cómo obtenerlo si no era robando, pero lo que sí sabía era que estaba harto y que podía hacer algo mejor que quedarse en el fondo del estercolero. No dejaba de decirse a sí mismo que allí era donde estaba, en el fondo de un estercolero, y todo el mundo sabía lo que se amontonaba encima de esos lugares. Era mejor escapar, se decía. Todo lo que hacía falta para progresar en el mundo era un poco de sentido común y la habilidad de patear a un cabrón antes de que pudiera patearte a ti, y Richard Sharpe creía poseer de sobra esos talentos.

Pero, ¿hacia dónde huir en la India? La mitad de los nativos parecían estar a sueldo de los británicos y eran capaces de entregarte por un puñado de *pice* de bronce que no valían ni un cuarto de penique cada una, el resto de los indios luchaban todos contra los británicos o se preparaban para combatirlos y si acudía a ellos lo obligarían a servir en sus ejércitos. Tendría una paga más alta en un ejército nativo, probablemente mucho más que los dos peniques al día que Sharpe recibía entonces una vez aplicados los descuentos pero, ¿por qué cambiar un uniforme por otro? No, tendría que huir a algún lugar donde el Ejército nunca le encontrara o de lo contrario acabaría frente a un pelotón de fusilamiento una mañana calurosa cualquiera. La detonación de los disparos de mosquete, una tumba escarbada en la tierra roja y al día siguiente las ratas con alas estarían tirando de tus tripas como un montón de mirlos sacando lombrices de un campo de césped.

Ese era el motivo de que pensara en los buitres. Pensaba que quería escapar pero que no quería servir de comida para los buitres. Que no te atrapen. Regla número uno en el Ejército, la única regla que importaba. Porque si te cogen, esos cabrones te azotarán hasta la muerte o te reorganizarán las costillas con balas de mosquete y en ambos casos los buitres engordarían.

Los buitres estaban siempre ahí, a veces dando vueltas en círculo con unas largas alas que se inclinaban ante las repentinas corrientes del cálido aire de más arriba y a veces encorvados sobre las ramas. Se alimentaban de la muerte y un ejército en marcha les proporcionaba la dieta de un glotón, y en aquellos momentos, en aquel último año del siglo dieciocho, dos ejércitos aliados atravesaban aquella cálida y fértil llanura del sur de la India. Uno de ellos era un ejército británico y el otro pertenecía a un aliado suyo, el *nizam* de Hyderabad, y ambos ejércitos suponían un festín para los buitres. Murieron caballos, bueyes, camellos y hasta dos de los elefantes que aparentaban ser indestructibles, y también moría gente. Los ejércitos gemelos contaban con un séquito diez veces más extenso que ellos mismos: un gran despliegue de seguidores, mercaderes, vaqueros, prostitutas, esposas y niños, y entre todas aquellas personas, así como entre los ejércitos propiamente dichos, las epidemias se propagaban. Los hombres morían a causa de la maldita disentería, temblando por la fiebre o ahogándose en sus propios vómitos. Morían respirando con dificultad, empapados en sudor, delirando como locos o con la piel ampollada y en carne viva. Hombres, mujeres y niños, todos morían, y no importaba si eran enterrados o incinerados porque, al final, los buitres se los comían igualmente, puesto que nunca había tiempo ni madera suficientes para hacer una pira funeraria apropiada, así que los buitres arrancaban la carne medio cocida de los huesos chamuscados, y si se sepultaban los cuerpos no había montón de piedras que impidiera a las bestias carroñeras desenterrar la carne hinchada y podrida y los ganchudos picos de los buitres se hacían con lo que dejaban los voraces dientes.

Aquel caluroso día del mes de marzo prometía comida en abundancia y los buitres parecían intuirlo, puesto que, a medida que pasaba la tarde, cada vez se iban uniendo más pájaros a las puntiagudas columnas de alas que volaban en círculos sobre los hombres que marchaban. Las aves no batían las alas, sino que simplemente se elevaban en el cálido aire al tiempo que planeaban, se inclinaban, se deslizaban y esperaban, siempre esperaban, como si supieran que muy pronto la succulencia de la muerte les llenaría los gáznates.

—Feos pájaros cabrones —dijo Sharpe—, no son más que ratas con alas.

Pero no le respondió nadie de la Compañía Ligera del 33.º. No había nadie que tuviera aliento suficiente para contestarle. El aire era asfixiante a causa del polvo que levantaban los soldados que iban delante, por lo que las filas de retaguardia andaban a trompicones a través de una amalgama cálida y arenosa que les reseca la garganta y les irritaba los ojos. La mayoría de los soldados ni se había dado cuenta de la presencia de los buitres, mientras que otros estaban tan cansados que ni siquiera habían reparado en el escuadrón de caballería que había aparecido de pronto a unos ochocientos metros de distancia en dirección norte. Los jinetes pasaron trotando junto a un bosquecillo en cuyos árboles resplandecían unas flores rojas y luego apretaron el paso y se alejaron. Sus sables desenvainados irradiaron la luz del sol que se reflejaba en ellos mientras se daban la vuelta y se distanciaban de los soldados de infantería, pero entonces, de la misma forma inexplicable en la que se habían apresurado a virar bruscamente y alejarse, se detuvieron de repente. Sharpe los vio. Eran miembros de la caballería británica. Los elegantes muchachos venían a ver cómo luchaban los soldados de verdad.

Por delante, desde la leve elevación de terreno donde un segundo grupo de jinetes se perfilaba contra la blancura ardiente del cielo, un cañón disparó. El estruendo fue inmenso, una nube de sonido que, hueco y maligno, hendió la llanura. El humo salió del cañón en forma de blancas volutas al tiempo que la pesada bala golpeaba algunos arbustos, destrozaba hojas y flores, levantaba polvo del suelo que se cocía al sol y luego seguía adelante dando botes cada vez menores para acabar alojada contra un retorcido árbol caído del que salió una pálida lluvia de madera en putrefacción. El disparo había quedado a una distancia de la infantería de casacas rojas de al menos doscientos pasos, pero el sonido del cañón despertó a los cansados.

—¡Por Dios! —exclamó una voz en la última fila—. ¿Qué ha sido eso?

—Un condenado camello se ha tirado un pedo, ¿qué diablos quiere que sea? —respondió un cabo.

—Fue un disparo malísimo —dijo Sharpe—. Hasta mi madre podría preparar mejor un cañón.

—No pensaba que tuvieras madre —dijo el soldado Garrard.

—Todo el mundo tiene una madre, Tom.

—El sargento Hakeswill no —replicó Garrard, y luego escupió una mezcla de polvo y saliva. La columna de soldados se había detenido momentáneamente, no porque se hubiera dado ninguna orden, sino más bien porque el cañonazo había puesto nervioso al oficial al mando de la compañía que iba en cabeza y que ya no estaba seguro de adonde tenía que dirigir exactamente el batallón—. Hakeswill no nació de una madre —dijo Garrard con vehemencia. Se sacó el chacó y usó la manga para limpiarse el polvo y el sudor del rostro. La manga de lana dejó un rastro de tinte rojo en la frente—. Hakeswill es un producto del diablo —concluyó Garrard al tiempo que se encasquetaba de nuevo el chacó sobre el pelo empolvado de blanco.

Sharpe se preguntó si Tom Garrard se escaparía con él. Dos hombres podrían sobrevivir mejor que uno solo. ¿Y Mary? ¿Vendría? Pensaba mucho en Mary cuando no estaba pensando en todo lo demás, pero Mary estaba inextricablemente enredada en todo lo demás. Era confuso. Ella era la viuda del sargento Bickerstaff, era medio india y medio inglesa y tenía veintidós años, la misma edad que Sharpe, o al menos él creía que ésa era su misma edad. Podía ser que él tuviera veintiuno o veintitrés; no estaba completamente seguro debido a que nunca tuvo una madre que se lo dijera. Tenía madre, por supuesto, todo el mundo tenía una, pero no todo el mundo había tenido por progenitura a una prostituta de Cat Lane que hubiese desaparecido justo después de que naciera su hijo. Al niño lo habían llamado como el acaudalado patrono de la inclusa en la que había crecido, pero el nombre no le había proporcionado a Sharpe influencia alguna, tan sólo lo había llevado al fondo maloliente del estercolero del Ejército. Aun así, Sharpe creía que podía tener un futuro, y Mary hablaba uno o dos idiomas indios, lo cual podía ser útil si Tom y él huían.

En la distancia, la caballería que se hallaba a la derecha de Sharpe se puso de nuevo al trote y desapareció detrás de los árboles floridos de rojo dejando únicamente tras ella una nube de polvo que el viento mecía. Les seguían dos piezas de la artillería montada, dos cañones ligeros de seis libras que rebotaban peligrosamente sobre el terreno irregular tras sus tiros de caballos. Todos los demás cañones del ejército eran transportados por bueyes, pero los cañones ligeros iban tirados por caballos que eran tres veces más rápidos que las lentas y pesadas reses de tiro. El solitario cañón enemigo disparó de nuevo y su brutal detonación perforó el aire con un impacto casi palpable. Sharpe vio más cañones enemigos en la colina, pero eran más pequeños que el que acababa de disparar y supuso que no tenían el mismo alcance que el más grande. Entonces vio un trazo gris en el aire, como si un lápiz dibujara una línea vertical contra el pálido azul del cielo, y supo que el proyectil del cañón más grande debía de estar viniendo directamente hacia él; supo también que no había viento que pudiera desviar ligeramente la bala hacia un lado y fue consciente de todo ello durante el segundo más o menos que la bala permaneció en el aire, un tiempo

demasiado breve para reaccionar, sólo suficiente para ser consciente de que la muerte se aproximaba, pero la bala chocó contra el suelo a una docena de pasos de donde él se encontraba y rebotó hacia arriba, pasando por encima de su cabeza para seguir adelante sin causar daños y meterse en un campo de caña de azúcar.

—Me parece que ahora esos cabrones tienen a tu madre atendiendo el cañón, Dick —dijo Garrard.

—¡Nada de charlas! —chilló de repente la voz del sargento Hakeswill—. No malgasten su impía saliva. ¿Era usted el que hablaba, Garrard?

—No era yo, sargento. Estoy sin aliento.

—¿Está sin aliento? —El sargento Hakeswill bajó a toda prisa por las filas de la compañía y levantó la cabeza mirando a Garrard—. ¿Está sin aliento? ¡Eso significa que está usted muerto, soldado Garrard! ¡Muerto! No le servirá de nada al rey o al país si está usted muerto, aunque de todas formas siempre fue un maldito inútil. — Los malévolos ojos del sargento pasaron rápidamente a posarse en Sharpe—. ¿Era usted el que hablaba, Sharpy?

—No era yo, sargento.

—No tiene órdenes para hablar. Si el rey quisiera que mantuviera usted una conversación, yo se lo habría dicho. Así lo dice en las Escrituras. Déme su fusil de chispa, Sharpy. ¡Ahora, rápido!

Sharpe le pasó el mosquete al sargento. Era la llegada de Hakeswill a la compañía lo que había convencido a Sharpe de que era hora de escapar del Ejército. Estaba harto de todos modos, pero Hakeswill había añadido la injusticia al aburrimiento. No es que a Sharpe le importara la injusticia, porque en este mundo sólo había justicia para los ricos, pero la injusticia de Hakeswill estaba acompañada de tal malevolencia que apenas había un solo soldado de la Compañía Ligera que no estuviera dispuesto a rebelarse, y el único motivo por el que no se amotinaban era saber que Hakeswill comprendía su deseo, lo esperaba y quería castigarles por ello. Era único para provocar la insolencia y castigarla luego. Siempre iba dos pasos por delante de ti, aguardando tras una esquina con una porra. Era un diablo, eso era Hakeswill, un diablo con una elegante casaca roja adornada con las insignias de sargento.

Sin embargo, mirar a Hakeswill era ver al perfecto soldado. Era cierto que su rostro extrañamente abultado temblaba cada pocos segundos como si un espíritu maligno se retorciera y se sacudiera bajo su piel enrojecida por el sol, pero tenía los ojos azules, el pelo empolvado tan blanco como la nieve que nunca caía en aquella tierra y su uniforme sería igual de elegante si estuviera montando guardia en el castillo de Windsor. Realizaba la instrucción como si fuera un prusiano, ejecutando cada uno de los movimientos de forma tan seca y limpia que era un placer observarle, pero entonces el rostro le temblaba y sus ojos, ingenuos de una forma extraña, lanzaban una parpadeante mirada de soslayo y podías ver al diablo atisbando el

exterior. Mientras había sido un sargento de reclutamiento, Hakeswill se había cuidado de no dejar que el diablo se manifestara y fue entonces cuando Sharpe lo había conocido, pero ahora, cuando el sargento ya no necesitaba embaucar y engañar a jóvenes idiotas para que se alistaran, a Hakeswill ya no le importaba que vieran su malignidad.

Sharpe se quedó inmóvil mientras el sargento desataba el trocito de trapo que aquél usaba para proteger la llave de su mosquete del insidioso polvo rojo. Hakeswill escudriñó el cerrojo, no encontró nada que estuviera mal y entonces se apartó de Sharpe para que el sol cayera de lleno en el arma. Volvió a mirar detenidamente, amartilló el arma, la disparó en seco y luego pareció perder interés en el mosquete cuando un grupo de oficiales espolearon sus caballos hacia la cabeza de la columna parada.

—¡Compañía! —gritó Hakeswill—. ¡Compañía! ¡Firmes!

Los soldados juntaron los pies arrastrándolos y se pusieron derechos mientras los tres oficiales pasaban al galope. Hakeswill se había erguido en una pose grotesca: la bota derecha por detrás de la izquierda, las piernas rectas, la cabeza y los hombros hacia atrás, el vientre hacia delante y los hombros tirantes en un esfuerzo por unirse en la concavidad del dorsal de su espalda. Ninguna de las otras compañías del 33.º Regimiento del Rey se había puesto en posición de firmes en honor de los oficiales que pasaban, pero el respetuoso gesto de Hakeswill fue ignorado de todas formas. La falta de atención no afectó al sargento que, cuando el trío de oficiales se hubo alejado, le gritó a la compañía que descansara y luego volvió a examinar el mosquete de Sharpe con ojos escrutadores.

—No encontrará nada que esté mal en él, sargento —dijo Sharpe.

Hakeswill, que todavía permanecía en posición de firmes, dio una intrincada media vuelta y su bota derecha se estampó contra el suelo.

—¿Me ha oído darle permiso para hablar, Sharpy?

—No, sargento.

—No, sargento. No, no me ha oído. Eso es una falta que se castiga con azotes, Sharpy. —La mejilla derecha de Hakeswill tembló con el espasmo involuntario que desfiguraba su semblante cada pocos segundos y la vehemente maldad de aquel rostro fue de pronto tan intensa que toda la compañía ligera contuvo el aliento momentáneamente previendo el arresto de Sharpe, pero entonces la estruendosa descarga del cañón enemigo atravesó rodando el campo y la pesada bala se abrió camino, salpicando y rebotando, por una parcela de intenso color verde en la que crecía el arroz. La violencia del paso del proyectil, que no causó ningún daño, sirvió para distraer a Hakeswill, quien se dio la vuelta para observar cómo la bala rodaba hasta detenerse.

—Una mierda de disparo —dijo Hakeswill en tono mordaz—. Diría que los

infiel no saben manejar los cañones. O tal vez estén jugando con nosotros. ¡Jugando! —La idea le hizo reír. Sharpe se figuró que no era la expectativa de un alboroto lo que había llevado al sargento Obadiah Hakeswill a ese estado parecido a la jovialidad, sino más bien el pensar que una batalla causaría bajas y sufrimiento, y el sufrimiento era un placer para el sargento. Le gustaba ver a los soldados temerosos y asustados porque eso los volvía dóciles, y el sargento Hakeswill siempre se ponía de lo más contento cuando dominaba a hombres desdichados.

Los tres oficiales habían detenido sus caballos a la cabeza de la columna y en aquellos momentos utilizaban catalejos para inspeccionar la lejana colina que estaba nublada por la irregular franja de humo que había dejado el último cañonazo enemigo.

—Ése es nuestro coronel, muchachos —anunció Hakeswill a la Compañía Ligera del 33.º—. El mismísimo coronel Arthur Wellesley, que Dios le bendiga por ser un caballero, que lo es, no como vosotros. Ha venido a verles combatir, así que asegúrense de que lo hacen. Luchen como ingleses que son.

—Yo soy escocés —dijo una voz avinagrada desde la última fila.

—¡Lo he oído! ¿Quién dijo eso? —Hakeswill fulminó con la mirada a la compañía mientras el rostro le temblaba de modo incontrolable. Si hubiese estado menos risueño, el sargento hubiera descubierto quién había hablado y lo habría castigado, pero la emoción de la inminente batalla lo convenció para dejar pasar la falta—. ¡Un escocés! —dijo en cambio con sorna—. ¿Qué es lo mejor que ha visto en su vida un escocés? ¡Respóndanme a eso! —Nadie lo hizo—. La carretera que lleva a Inglaterra, eso es. Es lo que se dice en las Escrituras, debe de ser verdad. —Levantó el mosquete de Sharpe al tiempo que miraba hacia las tropas que esperaban—. Les estaré vigilando —gruñó—. Ninguno de ustedes ha estado nunca en una batalla de verdad, no han participado en un solo combate como es debido, pero al otro lado de esa maldita colina hay una horda de infieles de rostro negro que están ansiosos por poner sus mugrientas manos encima de sus mujeres, así que ¡sólo con que uno de ustedes se vuelva de espaldas les arrancaré la piel a todos! Huesos pelados y sangre, en eso se van a convertir. Pero si cumplen con su deber y obedecen las órdenes todo irá bien. ¿Y quién da las órdenes?

El sargento esperó una respuesta y al final el soldado Mallinson le brindó una.

—Los oficiales, sargento.

—¡Los oficiales! ¡Los oficiales! —soltó Hakeswill, indignado con la respuesta—. Los oficiales están aquí para mostrarnos aquello por lo que luchamos. Ellos son caballeros. ¡Caballeros como Dios manda! Son acaudalados propietarios y hombres de buena cuna, no arruinados camareros de taberna y rateros con casaca roja que es lo que son ustedes. Los sargentos dan las órdenes. Los sargentos son el Ejército de verdad. ¡Recuérdenlo, muchachos! ¡Están a punto de entrar en combate contra los

infieles y si no me hacen caso serán hombres muertos! —Aquel rostro se agitó de forma grotesca, la mandíbula se torció bruscamente hacia un lado y Sharpe, que observaba la cara del sargento, se preguntó si era el nerviosismo lo que había hecho de Hakeswill una persona tan voluble—. Pero si no apartan los ojos de mí, muchachos —siguió diciendo Hakeswill—, entonces todo marchará como una seda. ¿Y saben por qué? —Chilló la última palabra en un alto tono dramático y con gestos exagerados mientras caminaba junto a la primera fila de la Compañía Ligera—. ¿Saben por qué? —volvió a preguntar de manera que parecía entonces un discrepante predicador echando un sermón en un seto—. Porque yo no puedo morir, muchachos. ¡No puedo morir! —De pronto se apasionó, con la voz ronca y llena de fervor mientras hablaba. Era un discurso que toda la Compañía Ligera había oído ya muchas veces pero que se destacaba por todo aquello, aunque el sargento Green, que estaba jerárquicamente por debajo de Hakeswill, se apartó indignado. Hakeswill se burló de Green y luego tiró de la fuerte opresión de la gorguera de cuero que le rodeaba el cuello y lo echó hacia abajo para que se viera una vieja cicatriz que tenía en la garganta—. ¡La soga del ahorcado, muchachos! —gritó—. ¡Eso es lo que me marcó, la soga del ahorcado! ¿La ven? ¿La ven? ¡Pero estoy vivo, muchachos, vivito y coleando en vez de estar enterrado bajo tierra, y eso es una prueba como nunca la ha habido de que no hace falta que ustedes mueran! —Le volvió a temblar el rostro cuando soltó la gorguera—. ¡Marcado por Dios —exclamó para terminar, con la voz áspera a causa de la emoción—, eso es lo que soy, una persona marcada por Dios!

—Está más loco que una cabra —dijo Tom Garrard entre dientes.

—¡Ha sido usted quien ha hablado, Sharpy! —Hakeswill se volvió rápidamente y se quedó mirando a Sharpe, pero éste estaba a ojos vistas inmóvil y mirando al frente sin mediar palabra, con lo que su inocencia era irrefutable. Hakeswill volvió a caminar junto a la Compañía Ligera—. He visto morir a soldados, soldados mejores que ustedes que son pedazos de escoria, soldados de verdad, ¡pero a mí Dios me ha salvado! Así que hagan lo que yo diga, chicos, o de lo contrario acabarán convertidos en carroña. —De repente volvió a poner el mosquete en manos de Sharpe—. Un arma limpia, Sharpy. Bien hecho, muchacho. —Se alejó con rápidos pasos y Sharpe vio, para su sorpresa, que el trozo de trapo volvía a estar cuidadosamente atado en el cerrojo.

El cumplido a Sharpe había dejado atónita a toda la Compañía Ligera.

—Está de un buen humor poco frecuente —dijo Garrard.

—¡Le he oído, soldado Garrard! —gritó Hakeswill por encima de su hombro—. Tengo ojos en la nuca, eso es. Ahora silencio. ¡No quiero que ninguna horda de paganos crea que están ustedes hechos de porcelana! Ustedes son hombres blancos, recuérdelo, blanqueados con la sangre purificadora del Cordero, ¡así que nada de maldita charla en las filas! Calladitos y a portarse bien, como esas condenadas

monjas que nunca dicen ni pío porque les han cortado sus lenguas papistas. —De pronto se volvió a cuadrar ruidosamente una vez más y saludó colocando la alabarda de punta de lanza frente a su cuerpo—. ¡Toda la compañía presente y en silencio, señor! De lo contrario reciben unos azotes en la espalda, señor.

El teniente William Lawford frenó su caballo y saludó con la cabeza al sargento Hakeswill. Lawford era el segundo oficial de la Compañía Ligera, por debajo del capitán Morris y por encima del par de jóvenes alféreces, pero acababa de llegar al batallón y temía a Hakeswill igual que los soldados de la tropa.

—Los hombres pueden hablar, sargento —observó Lawford con suavidad—. Las demás compañías no están en silencio.

—No, señor. Deben reservarse el aliento, señor. Hace demasiado calor para hablar, señor, y además, tienen que matar a los infieles, no deben gastar saliva con cháchara, no cuando hay paganos de rostro negro a los que matar, señor. Lo dicen las Escrituras, señor.

—Si usted lo dice, sargento —dijo Lawford, que no quería provocar un enfrentamiento, luego no encontró nada más que añadir, por lo que, incómodamente consciente del examen al que estaba siendo sometido por parte de los setenta y seis soldados de la compañía, se quedó mirando la colina ocupada por el enemigo. Pero también era consciente de haber capitulado de forma ignominiosa ante los deseos del sargento Hakeswill y se sonrojó lentamente al tiempo que miraba hacia el oeste. Lawford caía bien pero se lo consideraba una persona débil, aunque Sharpe no estaba tan seguro de esa opinión. Él creía que el teniente todavía estaba intentando familiarizarse con las extrañas y en ocasiones espantosas corrientes humanas que formaban el 33.º y que con el tiempo Lawford demostraría ser un oficial fuerte y con capacidad de recuperación. Sin embargo, de momento William Lawford tenía veinticuatro años y acababa de adquirir su tenientazgo recientemente, cosa que lo hacía sentir inseguro de su autoridad.

El alférez Fitzgerald, con tan sólo dieciocho años de edad, volvió paseando de la cabeza de la columna. Mientras andaba iba silbando y cortando la crecida maleza con un sable desenvainado.

—Nos iremos dentro de un momento, señor —le gritó alegremente a Lawford, y entonces pareció darse cuenta del silencio de la Compañía Ligera que no presagiaba nada bueno—. ¿No estarán asustados, verdad? —preguntó.

—Están reservando el aliento, señor Fitzgerald, señor —saltó Hakeswill.

—Tienen aliento suficiente para cantar una docena de canciones y aun así derrotar al enemigo —replicó Fitzgerald con desdén—. ¿No es así, muchachos?

—Venceremos a esos cabrones, señor —dijo Tom Garrard.

—Entonces quiero oírlos cantar —exigió Fitzgerald—. No soporto el silencio. Ya tendremos bastante tranquilidad en nuestras tumbas, muchachos, o sea que ¿por qué

no hacer ruido ahora? —Fitzgerald tenía una excelente voz de tenor que usó para iniciar la canción de la lechera y el rector, y para cuando la Compañía Ligera llegó a la estrofa que contaba cómo el párroco desnudo, al que la lechera había vendado los ojos y que creía estar a punto de conseguir su ferviente deseo, era conducido hacia la vaca Bessie, la compañía entera iba vociferando la canción con entusiasmo.

No llegaron al final. El capitán Morris, el oficial al mando de la Compañía Ligera, se acercó cabalgando desde el frente del batallón e interrumpió la cantinela.

—¡Medias compañías! —le gritó a Hakeswill.

—¡Medias compañías, señor! Enseguida, señor. ¡Compañía Ligera! ¡Dejen de hacer ese condenado ruido! ¡Ya han oído al oficial! —bramó Hakeswill—. ¡Sargento Creen! Hágase cargo de las filas posteriores. ¡Señor Fitzgerald! ¿Sería tan amable de ocupar su puesto a la izquierda, señor? ¡Filas delanteras! ¡Fusiles al hombro! ¡Veinte pasos, adelante, marchen! ¡Ahora paso ligero! ¡Paso ligero!

El rostro de Hakeswill se convulsionó cuando las diez filas delanteras marcharon veinte pasos y se detuvieron dejando atrás a las otras nueve filas. A lo largo de toda la columna del batallón las compañías se estaban dividiendo del mismo modo y realizaban la instrucción con unos movimientos secos, como si estuvieran en su plaza de armas de Yorkshire. A unos cuatrocientos metros de distancia a la izquierda del 33.º, otros seis batallones llevaban a cabo la misma maniobra y la realizaban con igual precisión. Esos seis batallones estaban todos formados por soldados nativos al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, aunque llevaban casacas rojas igual que los soldados del rey. Los seis batallones cipayos sacudieron sus enseñas y Sharpe, al ver las brillantes banderas, miró al frente hacia el lugar donde los dos enormes estandartes del 33.º eran extraídos de sus tubos de cuero bajo el feroz sol de la India. El primero, el estandarte real, era una bandera británica que llevaba bordados el blasón del regimiento, en tanto que el segundo era el estandarte del regimiento y tenía la insignia del 33.º sobre un campo escarlata, el mismo color escarlata que tenían las vueltas de las casacas de los soldados. Las banderas de seda adornadas con borlas resplandecían y su aparición provocó un repentino cañoneo desde la colina. Hasta el momento sólo había disparado el cañón pesado, pero súbitamente otros seis cañones se unieron a la lucha. Esos nuevos cañones eran más pequeños y sus proyectiles cayeron muy cerca de los siete batallones.

El comandante Shee, el irlandés que estaba al mando del 33.º mientras que el coronel del mismo, Arthur Wellesley, tenía el control de la brigada entera, retrocedió con su caballo a medio galope, habló brevemente con Morris y luego dio media vuelta y se alejó en dirección a la cabeza de la columna.

—¡Vamos a echar a esos cabrones de la colina! —le gritó Morris a la Compañía Ligera, luego inclinó la cabeza para encenderse un cigarro con una caja de yesca—. A cualquier hijo de puta que ponga pies en polvorosa, sargento —Morris continuó

hablando cuando su cigarro se encendió debidamente—, se le pegará un tiro. ¿Me oye?

—¡Alto y claro, señor! —gritó Hakeswill—. ¡Un tiro, señor! Recibirá un tiro por cobarde. —Se giró y miró con el ceño fruncido a las dos medias compañías—. ¡Un tiro! Y sus nombres anunciados en el porche de las iglesias de sus ciudades natales como los cobardes que son. ¡Así que luchen como ingleses!

—Escoceses —gruñó una voz por detrás de Sharpe, pero demasiado bajo para que Hakeswill lo oyera.

—Irlandeses —dijo otro soldado.

—Ninguno de nosotros es un cobarde —dijo Garrard en voz más alta.

El sargento Green, que era una buena persona, lo hizo callar.

—Tranquilos, muchachos. Yo sé que cumpliréis con vuestro deber.

En aquellos momentos el frente de la columna estaba marchando ya, pero las últimas compañías siguieron esperando para que así el batallón pudiera avanzar con amplios intervalos entre sus veinte medias compañías. Sharpe imaginó que aquella formación dispersa tenía como objetivo reducir las bajas que pudiera causar el bombardeo enemigo que, como todavía era lanzado desde un alcance extremo, no estaba provocando daños. A sus espaldas, a una larga distancia, el resto de los ejércitos aliados esperaban a que la colina quedara despejada. Toda aquella muchedumbre tenía el aspecto de una horda formidable, pero Sharpe sabía que la mayor parte de lo que veía era la cola de civiles de los dos ejércitos: el caos de comerciantes, esposas, abastecedores y vaqueros que mantenían con vida a los soldados combatientes y cuyos suministros harían posible el asedio de la capital enemiga. Hacían falta más de seis mil bueyes sólo para transportar las balas de cañón para las grandes piezas de artillería de asedio, todos esos bueyes tenían que ser arreados y alimentados y los boyeros viajaban todos con sus familias, las cuales, a su vez, necesitaban más bueyes para acarrear sus propias provisiones. El teniente Lawford había comentado en una ocasión que la expedición no parecía un ejército en marcha, sino una gran tribu de emigrantes. La inmensa multitud de civiles y animales estaba rodeada por el delgado caparazón que formaba la infantería de casacas rojas, la mayoría de ellos cipayos indios cuyo trabajo era proteger a los mercaderes, la munición y los animales de tiro de la veloz e implacable caballería ligera del sultán Tippoo.

El sultán Tippoo. El enemigo. El tirano de Mysore y el hombre que supuestamente dirigía el fuego de artillería en la colina. El Tippoo gobernaba Mysore y era el enemigo, pero qué era, o por qué era un enemigo, o si era un tirano, bestia o semidiós, Sharpe no tenía ni idea. Sharpe estaba allí porque era un soldado y bastaba con que le hubieran dicho que el sultán Tippoo era su enemigo, así que aguardaba

pacientemente bajo el sol indio que empapaba en sudor su alto y delgado cuerpo.

El capitán Morris se inclinó sobre el pomo de su silla de montar. Se sacó el sombrero tricornio y se limpió el sudor de la frente con un pañuelo que había sido impregnado de agua de colonia. La noche anterior se había emborrachado y todavía tenía el estómago revuelto con dolores y gases. Si el batallón no tuviera que entrar en batalla se hubiese alejado al galope y hubiese encontrado algún recóndito lugar donde vaciar sus intestinos, pero difícilmente podía hacerlo en aquel momento, no fuera que sus hombres lo consideraran una señal de debilidad, así que en vez de eso alzó su cantimplora y tragó un poco de *arrack* con la esperanza de que el fuerte licor calmara la agitación de su vientre.

—¡Ahora, sargento! —exclamó cuando la compañía que iba delante hubo avanzado lo suficiente.

—¡Adelante media compañía! —gritó Hakeswill—. ¡Marcha al frente! ¡Paso ligero!

El teniente Lawford, que supervisaba la última media compañía del batallón, esperó a que los soldados de Hakeswill hubieran avanzado veinte pasos y entonces le hizo un gesto con la cabeza al sargento Green.

—Adelante, sargento.

Los casacas rojas marcharon con los mosquetes descargados porque el enemigo todavía se encontraba lejos y no había señales de la infantería del Tippoo, ni de su temida caballería. Sólo estaban los cañones enemigos y, en lo alto del implacable cielo, los buitres que volaban en círculo. Sharpe iba en la primera fila de la última media compañía y el teniente Lawford, al mirarlo, pensó una vez más en lo bien parecido que era ese hombre. Había confianza en el delgado y bronceado rostro de Sharpe, y unos duros ojos azules que denotaban una capacidad natural, y aquella presencia era reconfortante para un joven y nervioso teniente que avanzaba hacia su primera batalla. Con hombres como Sharpe, pensaba Lawford, ¿cómo iban a perder?

Sharpe era ajeno a la mirada del teniente y se hubiera reído si le hubiesen dicho que su mera apariencia inspiraba confianza. Sharpe no tenía idea de cuál era su aspecto porque raras veces veía un espejo, y cuando lo hacía, la imagen reflejada no significaba nada, aunque sabía que gustaba a las damas y que a él le gustaban ellas. También sabía que era el soldado más alto de toda la Compañía Ligera; en realidad era tan alto que tendría que haber estado en la compañía de granaderos que encabezaban el avance del batallón, pero, cuando se había alistado al regimiento seis años antes, el oficial al mando de la Compañía Ligera se había empeñado en tener a Sharpe en sus filas. El capitán Hughes ya había muerto, lo había matado la disentería en Calcuta, pero en sus tiempos Hughes se había enorgullecido de tener en su compañía a los hombres más rápidos e inteligentes, hombres en los que podía confiar para que lucharan solos en la línea de escaramuza. Lo trágico era que Hughes tan sólo

en una ocasión había visto a sus escogidos soldados enfrentarse a un enemigo, y esa ocasión había sido la expedición, mal concebida y atacada por las fiebres, hacia la neblinosa isla en la costa de Flandes donde, por mucho ingenio que poseyeran los soldados, éste no hubiera podido compensar la estupidez del general al mando y lograr el éxito. Ahora, cinco años después, en un campo de la India, el 33.º volvía a marchar hacia un enemigo, aunque en lugar del entusiasta y generoso capitán Hughes, la Compañía Ligera tenía entonces al mando al capitán Morris, al que no le importaba lo listos o rápidos que fuesen sus soldados, sino que se conformaba con que no le causaran problemas. Esa era la razón por la que había traído al sargento Hakeswill a la compañía. Y por eso el soldado alto, bien parecido y de dura mirada llamado Richard Sharpe estaba pensando en escaparse.

Salvo que no iba a hacerlo aquel día. Aquel día habría un combate y Sharpe estaba contento con la perspectiva. Un combate significaba un saqueo, lo que los soldados indios llamaban pillaje, y a cualquier soldado que tuviera intención de huir y retomar la vida por su cuenta le vendría bien algo de botín para salir adelante.

Los siete batallones marcharon hacia la colina. Iban todos en columnas de medias compañías, de manera que a ojos de los buitres debían de verse como ciento cuarenta pequeños rectángulos de color escarlata esparcidos por casi dos kilómetros cuadrados de verde campiña mientras avanzaban a un ritmo constante hacia la línea de cañones que aguardaba en la colina ocupada por el enemigo. Los sargentos caminaban junto a las medias compañías, mientras que los oficiales o bien iban a caballo o andando delante de ellas. De lejos los cuadros rojos tenían un aspecto elegante porque las casacas rojas de los soldados eran de un vivo color escarlata y estaban sesgadas con los blancos cinturones cruzados, pero en realidad las tropas estaban mugrientas y sudaban. Las chaquetas eran de lana, pensadas para los campos de batalla de Flandes, no de la India, y el tinte escarlata había desteñido con las fuertes lluvias, de manera que en aquellos momentos las prendas eran de un color rosa pálido o de un púrpura apagado, todas ellas manchadas de sudor seco. Cada uno de los soldados del 33.º llevaba una gorguera de cuero, un cruel cuello alto que se les clavaba en la carne de la garganta, y llevaban el pelo largo peinado con fuerza hacia atrás, engrasado con cera de velas y luego enrollado en una pequeña bolsa de piel llena de arena que estaba sujeta con una tira de cuero negro, de manera que el pelo les colgaba como un garrote en la nuca. Entonces el cabello se empolvaba de blanco con harina y, aunque blanqueado y apelmazado tenía un aspecto cuidado y elegante, era un refugio para los piojos y las pulgas. Los cipayos nativos de la Compañía de las Indias Orientales eran más afortunados. No se cubrían el pelo con polvos ni vestían los pesados pantalones de las tropas británicas, sino que marchaban con las piernas desnudas. Tampoco llevaban las gorgueras de cuero y, lo que era aún más asombroso, en los batallones indios no se azotaba.

Una bala de cañón enemiga encontró al fin un objetivo y Sharpe vio que una media compañía del 33.º se separaba cuando el proyectil atravesó sus filas como un látigo. Creyó ver una neblina roja que apareció un instante en el aire por encima de la formación al tiempo que la bala la hendía, pero tal vez fuera una ilusión. Dos soldados se quedaron en el suelo cuando un sargento cerró las filas. Otros dos hombres cojeaban y uno de ellos se tambaleó, trastabilló y finalmente se desplomó. Los tambores, que avanzaban justo detrás de los estandartes desplegados, marcaban el ritmo de la marcha con golpes constantes en los que se intercalaban fiorituras más rápidas, pero cuando los chicos pasaron junto a los dos montones gemelos de despojos que unos segundos antes habían sido soldados de la compañía de granaderos, empezaron a manejar los palillos con más rapidez acelerando así el paso del regimiento hasta que el comandante Shee se volvió en su silla y maldijo su entusiasmo.

—¿Cuándo vamos a cargar? —le preguntó el soldado Mallinson al sargento Green.

—Cuando se lo digan, muchacho, cuando se lo digan. No antes. ¡Oh, Dios! —La imprecación final del sargento Green la había provocado una ensordecedora descarga de artillería proveniente de la colina. Una docena más de los cañones más pequeños de Tippoo había abierto fuego y la cima de la colina se cubrió entonces de una nube de humo gris y blanco. Los dos cañones británicos tirados por caballos que había a la derecha habían desenganchado el armón y empezaron a devolver el fuego, pero los cañones enemigos quedaban ocultos tras su propio humo y aquella gruesa cortina no dejaba ver el daño que las pequeñas piezas de artillería ligera podían estar infligiendo. Por la derecha del 33.º avanzó al trote más caballería. Los recién llegados eran tropas indias que llevaban unos turbantes de color escarlata y sostenían unas largas lanzas de siniestras puntas.

—¿Y qué diablos se supone que tenemos que hacer? —se quejó Mallinson—. ¿Marchar directamente colina arriba con los mosquetes vacíos?

—Si se lo dicen —respondió el sargento Green—, eso es lo que hará. Y ahora cierre su maldita boca.

—¡Silencio ahí atrás! —gritó Hakeswill desde la media compañía que iba delante—. ¡Esto no es una puñetera excursión parroquial! ¡Es un combate, cabrones!

Sharpe quería estar preparado, así que desató el trazo del cerrojo de su mosquete y se lo metió en el bolsillo donde guardaba el anillo que Mary le había dado. Ese anillo, un sencillo aro de plata desgastada, había pertenecido al sargento Bickerstaff, el marido de Mary, pero ahora el sargento estaba muerto, Green había tomado los galones del sargento Bickerstaff y Sharpe su cama. Mary era de Calcuta. No era un buen sitio para huir, pensó Sharpe. Estaba plagado de casacas rojas.

Entonces se olvidó de toda perspectiva de desertar porque de pronto el paisaje que tenía delante se estaba llenando de soldados enemigos. Una concentración de infantería atravesaba el extremo norte de la baja loma y descendía hacia la llanura. Sus uniformes eran de un color violeta pálido, llevaban unos anchos sombreros rojos y, al igual que las tropas indias británicas, iban con las piernas desnudas. Las banderas que se alzaban por encima de los hombres que avanzaban eran rojas y amarillas, pero el viento era tan suave que éstas colgaban rectas hacia abajo y ocultaban cualquier emblema que pudieran tener. Aparecieron más y más soldados hasta que Sharpe no pudo siquiera empezar a calcular el número.

—¡Trigésimo tercero! —gritó una voz desde más adelante—. ¡Variación izquierda!

—¡Variación izquierda! —El capitán Morris repitió el grito.

—¡Ya oyeron al oficial! —se desgañifó el sargento Hakeswill—. ¡Variación izquierda! ¡Deprisa!

—¡Paso ligero! —exclamó el sargento Green.

La media compañía que iba a la cabeza del 33.º se había detenido y todas las demás torcieron a la izquierda y apretaron el paso y la última, en la cual marchaba Sharpe, fue la que tuvo que desplazarse más y con más rapidez. Los soldados empezaron a trotar, con las mochilas, bolsas y vainas de las bayonetas dando sacudidas arriba y abajo mientras atravesaban a trompicones los pequeños campos de cultivo. Al igual que una puerta de vaivén, la columna, que hasta ese momento había marchado directamente hacia la colina, se estaba convirtiendo entonces en una línea que quedaría paralela a la loma bloqueando así el avance de la infantería enemiga.

—¡Dos filas! —gritó una voz.

—¡Dos filas! —repitió el capitán Morris.

—¡Ya han oído al oficial! —bramó Hakeswill—. ¡Dos filas! ¡A la derecha! ¡Vamos, rápido!

En aquel momento, todas las medias compañías que iban corriendo se dividieron en dos unidades más pequeñas, de dos filas cada una, que se alinearon con la unidad de su derecha de forma que el batallón entero formó una línea de batalla de dos filas de fondo. Cuando Sharpe corría para situarse en posición, miró a la derecha y vio que los tambores ocupaban su lugar tras los estandartes del regimiento que iban custodiados por un pelotón de sargentos armados con unos largos mástiles con un hacha en el extremo.

La Compañía Ligera fue la última en ocupar su posición. Hubo unos breves segundos de confusión mientras los soldados echaban un vistazo a la derecha para comprobar su alineación, a los que siguieron la quietud y el silencio a excepción del producido por los cabos que cerraban las filas nerviosamente. En menos de un minuto y con una maravillosa demostración de dominio de la instrucción, el 33.º del Rey se

había desplegado de columna en marcha a línea de batalla, de manera que setecientos soldados, formados en dos filas, se enfrentaban en aquellos momentos al enemigo.

—¡Puede cargar, comandante Shee! —Ésa era la voz del coronel Wellesley. Se había dirigido con su caballo al galope cerca de donde el comandante Shee cavilaba bajo las banderas gemelas del batallón. Los seis batallones indios seguían avanzando apresuradamente por la izquierda, pero la infantería enemiga había aparecido en el extremo norte de la colina, lo cual significaba que el 33.º era la unidad más próxima y la que tenía más probabilidades de recibir el ataque del Tippoo.

—¡Carguen! —le gritó el capitán Morris a Hakeswill.

Sharpe se sintió nervioso de repente cuando dejó caer el mosquete del hombro para sostenerlo cruzado delante del cuerpo. Toqueteó el percutor hasta que lo echó hacia atrás y dejó el mosquete a medio amartillar. El sudor le escocía en los ojos. Oía los tambores enemigos.

—¡Preparen los cartuchos! —gritó el sargento Hakeswill, y cada uno de los soldados de la Compañía Ligera sacó un cartucho de la bolsa del cinturón y cortó con los dientes el duro papel encerado. Se guardaron las balas en la boca, notando el sabor agrio y salado de la pólvora.

—¡Ceben! —Sesenta y seis soldados dejaron caer un pequeño pellizco de pólvora de los cartuchos abiertos en las cazoletas de sus mosquetes y luego cerraron las llaves para que la cebadura quedara atrapada.

—¡Carguen el cañón! —exclamó Hakeswill, y sesenta y seis manos derechas soltaron las culatas de sus mosquetes de manera que quedaran apoyadas en el suelo—. ¡Les estoy vigilando! —añadió Hakeswill—. Si alguno de ustedes, cabrones blanqueados, no utiliza toda la pólvora, lo voy a despellejar y a frotar con sal su carne miserable. ¡Y ahora háganlo como es debido! —Algunos viejos soldados aconsejaban utilizar sólo la mitad de la pólvora del cartucho y dejar que el resto se cayera al suelo para que el brutal retroceso del mosquete fuera menor, pero, frente a un enemigo que avanzaba, a ningún soldado se le ocurrió emplear ese truco aquel día. Vertieron el resto de la pólvora de sus cartuchos por el cañón de sus mosquetes, metieron luego el papel del cartucho y después se sacaron las balas de la boca y las empujaron dentro de los cañones de las armas. La infantería enemiga se encontraba a menos de doscientos metros y avanzaba con paso seguro al ritmo del redoble de sus tambores y el toque de las trompetas. Los cañones del Tippoo seguían disparando, pero habían desviado sus tubos del 33.º por temor a alcanzar a su propia infantería y apuntaban en cambio a los seis regimientos indios que se apresuraban a cerrar el espacio vacío que quedaba entre ellos y el 33.º.

—¡Saquen la baqueta! —gritó Hakeswill, y Sharpe tiró de la baqueta para soltarla de los tres tubos de latón que la sujetaban bajo el cañón de treinta y nueve pulgadas del mosquete.

Notaba en la boca el sabor salado de la pólvora. Aún estaba nervioso, no porque el enemigo se acercara cada vez más, sino porque tuvo la idiota y súbita impresión de que podría haberse olvidado de cómo se cargaba un mosquete. Giró la baqueta en el aire y luego colocó la punta más ancha dentro del cañón.

—¡Ataquen el cartucho! —dijo Hakeswill con brusquedad. Sesenta y seis soldados empujaron hacia abajo y apretaron la bala, el papel y la carga de pólvora contra el fondo de los cañones.

—¡Devuelvan la baqueta a su lugar! —Sharpe tiró de la baqueta y escuchó su roce con el cañón, luego la hizo girar para que el extremo más estrecho se deslizara dentro de los tubos de latón. La dejó caer en su sitio.

—¡Tercien armas! —gritó el capitán Morris, y los soldados de la Compañía Ligera, ahora con los mosquetes cargados, se pusieron en posición de firmes con las armas sujetas contra sus costados en el lado derecho. El enemigo todavía se encontraba demasiado lejos para que el mosquete fuera certero o letal y la larga línea de dos filas de fondo formada por setecientos casacas rojas esperaba hasta que su primera descarga pudiera causar auténtico daño.

—¡Batallón! —exclamó la voz del brigada Bywaters desde el centro de la línea—. ¡Calen bayonetas!

Sharpe sacó la hoja de más de cuarenta centímetros de la funda que llevaba colgada junto a la cadera derecha. Metió la hoja por encima del cañón del mosquete y luego la encajó en su sitio haciendo girar la muesca para trabarla en el encaje. Ahora el enemigo no podría sacar la bayoneta del mosquete. Al fijar la hoja era mucho más difícil recargar el mosquete, pero Sharpe imaginó que el coronel Wellesley había decidido disparar una descarga y luego arremeter contra ellos.

—Va a ser una pelea asquerosa —le dijo a Tom Garrard.

—Son más que nosotros —respondió entre dientes Garrard al tiempo que miraba fijamente al enemigo—. Esos cabrones parecen imperturbables.

En efecto, el enemigo tenía un aspecto impasible. Las tropas que iban en cabeza se habían detenido momentáneamente para que los soldados que se habían quedado atrás las alcanzaran, pero en aquel momento, vueltas a formar en una sólida columna, se preparaban para volver a avanzar. Sus líneas y filas eran rectas como baquetas. Sus oficiales llevaban fajines en la cintura y unos sables muy curvados. Agitaban una de las banderas de un lado a otro y Sharpe sólo pudo distinguir que mostraba un sol dorado bordado sobre un cielo púrpura. Los buitres descendieron. La artillería montada, incapaz de resistirse al blanco de la enorme columna de infantería, lanzó ininterrumpidos cañonazos sobre su flanco, pero los hombres del Tippoo soportaron el castigo estoicamente mientras sus oficiales se cercioraban de que la columna estuviera bien apiñada y lista para soltar su golpe aplastante sobre la línea de casacas rojas que aguardaba.

Sharpe se pasó la lengua por los labios resecos. Así que aquéllos, pensó, eran los hombres del Tippoo. Además, esos cabrones tenían buen aspecto y ya estaban lo bastante cerca como para que Sharpe pudiera ver que sus túnicas no eran de un color violeta pálido y liso, sino que estaban confeccionadas con una tela color blanco crema adornada con listas atigradas color malva. Sus cinturones eran negros y de color carmesí los turbantes y los fajines que llevaban en la cintura. Tal vez fueran infieles, pero no había que despreciarlos por ello, puesto que tan sólo diecisiete años antes aquellos mismos soldados con listas atigradas habían destrozado a un ejército británico y habían obligado a los supervivientes a rendirse. Aquéllas eran las famosas tropas de los tigres de Mysore, los guerreros del sultán Tippoo que habían dominado todo el sur de la India hasta que a los británicos se les ocurrió trepar por las escarpaduras de la llanura costera y caer sobre la mismísima ciudad de Mysore. Los franceses eran aliados de aquellos hombres, y algunos soldados franceses servían en las fuerzas del Tippoo, pero Sharpe no vio rostros blancos en la enorme columna que al fin estaba preparada y que, al grave son de un único tambor, se movió y empezó a avanzar pesadamente. Las tropas de listas atigradas se dirigían directamente hacia el 33.º y Sharpe, al mirar hacia su izquierda, vio que los cipayos de los regimientos de la Compañía de las Indias Orientales se encontraban demasiado lejos aún para poder prestar ayuda. El 33.º tendría que encargarse de la columna del Tippoo él solo.

—¡Soldado Sharpe! —El repentino chillido de Hakeswill sonó tan fuerte que ahogó los vítores que las tropas del Tippoo iban profiriendo al tiempo que avanzaban—. ¡Soldado Sharpe! —volvió a gritar Hakeswill. Caminaba a toda prisa por detrás de la Compañía Ligera y el capitán Morris, que por un momento había desmontado, lo seguía—. ¡Déme su mosquete, soldado Sharpe! —bramó Hakeswill.

—Al mosquete no le pasa nada, señor —protestó Sharpe. Se hallaba en la primera fila y tuvo que darse la vuelta y abrirse camino entre Garrard y Mallinson de un empujón para entregar el arma.

Hakeswill agarró el mosquete y se lo entregó al capitán Morris con regocijo.

—¡Vea, señor! —cacareó el sargento—. ¡Tal como yo pensaba, señor! ¡El cabrón vendió su pedernal, señor! ¡Se lo vendió a un negro infiel! —El rostro de Hakeswill tembló al tiempo que le lanzaba una mirada triunfal a Sharpe. El sargento había desatornillado el percutor del mosquete, había extraído el pedernal de dentro del trozo de cuero doblado que lo envolvía y le ofreció entonces el pedacito de piedra al capitán Morris—. Es un trozo de piedra normal y corriente, señor, no sirve para nada. Debe de haber vendido su pedernal, señor. Yo diría que lo ha vendido a cambio de una puta pagana, señor. Es una bestia inmunda.

Morris miró detenidamente el pedernal.

—Vendió el pedernal, ¿no es así, soldado? —preguntó en una voz en la que se mezclaban el desdén, el placer y el resentimiento.

—No, señor.

—¡Silencio! —gritó Hakeswill pegado al rostro de Sharpe, que salpicó de saliva—. ¡Mintiéndole a un oficial! Es una falta que se castiga con azotes, señor, se castiga con azotes. ¿Vender el pedernal, señor? Otra falta que se castiga con azotes, señor. Así lo dicen las Escrituras, señor.

—Es una falta que se castiga con azotes —dijo Morris en un tono de satisfacción. Era tan alto y delgado como Sharpe, tenía el pelo rubio y un rostro de huesos delicados que empezaba a mostrar los estragos del alcohol con el que el capitán aliviaba su aburrimiento. Su mirada revelaba su cinismo y algo mucho peor: que despreciaba profundamente a sus hombres. Hakeswill y Morris, pensó Sharpe mientras los observaba, eran un par de hijos de puta.

—No le pasa nada al pedernal, señor —insistió Sharpe.

Morris sostuvo el pedernal en la palma de su mano derecha.

—A mí me parece una esquirla de piedra.

—Un trozo de gravilla normal y corriente, señor —dijo Hakeswill—. Gravilla normal y corriente, señor, que no sirve para nada.

—¿Me permiten? —preguntó otra voz. El teniente William Lawford había desmontado para unirse a Morris y entonces, sin esperar el permiso de su capitán, alargó la mano y tomó el pedernal de la mano de Morris. Lawford se ruborizó de nuevo, asombrado de su propia temeridad al intervenir de ese modo—. Se puede comprobar fácilmente, señor —dijo Lawford con nerviosismo, luego desenfundó su propia pistola, la amartilló y golpeó el pedernal suelto contra el acero de la pistola. Incluso bajo la brillante luz del sol se vio claramente la chispa—. A mí me parece un buen pedernal, señor —manifestó suavemente Lawford. El alférez Fitzgerald, que estaba detrás de Lawford, sonrió a Sharpe con complicidad—. Un pedernal perfectamente bueno —insistió Lawford con más seguridad.

Morris le lanzó una mirada furiosa a Hakeswill y a continuación giró sobre sus talones y regresó a grandes zancadas a donde estaba su caballo. Lawford le lanzó el pedernal a Sharpe.

—Prepare su arma, Sharpe —le dijo.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Lawford y Fitzgerald se alejaron andando en tanto que Hakeswill, humillado, le volvió a tender bruscamente el mosquete a Sharpe.

—Es usted un cabrón muy listo, ¿verdad, Sharpy?

—También me hace falta el cuero, señor —dijo Sharpe y, en cuanto tuvo el pedernal de nuevo en su sitio, volvió a dirigirse a Hakeswill, que había empezado a alejarse—. ¡Sargento!

Hakeswill se giró.

—¿Quiere esto, sargento? —le gritó Sharpe. Sacó una esquirla de piedra del

bolsillo. La había encontrado al desatar el trapo del cerrojo del mosquete y darse cuenta de que Hakeswill había sustituido el pedernal por la piedra cuando fingió inspeccionar el mosquete de Sharpe—. A mí no me sirve de nada, sargento —dijo Sharpe—. Tenga. —Le lanzó la piedra a Hakeswill, que no le hizo ni caso. En lugar de eso el sargento escupió y se alejó—. Gracias, Tom —dijo Sharpe, porque había sido Garrard el que le había proporcionado un pedernal de recambio.

—Vale la pena estar en el Ejército para ver eso —contestó Garrard y, a su alrededor, los soldados se rieron por haber visto a Hakeswill y a Morris vencidos.

—¡Vista al frente, muchachos! —gritó el alférez Fitzgerald. El abanderado irlandés era el oficial más joven de la compañía, pero tenía una confianza en sí mismo propia de una persona mucho mayor—. Tenemos que echar unos tiros.

Sharpe regresó a su fila. Alzó el mosquete, dobló el cuero sobre el pedernal y colocó éste en el percutor, luego levantó la mirada y vio que la tropa enemiga se encontraba entonces a tan sólo unos cien pasos de distancia. Iban gritando rítmicamente y de vez en cuando hacían una pausa para dejar que sonara una trompeta o que un tambor hiciera un redoble, pero lo que sonaba con más fuerza era el golpear de sus pies contra la tierra seca. Sharpe trató de contar la primera fila de la columna, pero perdía la cuenta cada vez que los oficiales enemigos marchaban en diagonal de un lado a otro frente a ella. Allí probablemente había miles de soldados atigrados que, como una enorme almádena, avanzaban juntos para hacer pedazos la línea de casacas rojas de dos filas de fondo.

—Estamos dejando muy poco margen, ¿no? —se quejó un soldado.

—Esperen, muchachos, esperen —dijo el sargento Green con calma.

En aquellos momentos el enemigo ya llenaba el paisaje que tenían delante. Llegó en una columna formada por sesenta filas de cincuenta hombres, tres mil en total, aunque a los inexpertos ojos de Sharpe les parecía diez veces esa cantidad. Ninguno de los hombres del Tippoo disparó mientras avanzaban, sino que se reservaban el fuego igual que el 33.º se estaba reservando el suyo. Los mosquetes enemigos llevaban bayonetas en la punta en tanto que sus oficiales llevaban unos sables muy curvados. Seguían avanzando y a Sharpe, que observaba la columna desde la izquierda de la línea de modo que podía ver tanto su flanco como su primera fila, la formación enemiga le pareció igual de imparable que un carro de granja cargado hasta los topes que se dirigiera lenta e inexorablemente hacia una cerca endeble.

Entonces podía ver los rostros del enemigo. Eran morenos, con bigotes negros y unos dientes extrañamente blancos. Los hombres atigrados estaban cerca, muy cerca, y sus cánticos empezaron a disolverse dando paso a individuales gritos de guerra. De un momento a otro, pensó Sharpe, la pesada columna echaría a correr y cargaría con las bayonetas caladas.

—¡Trigésimo tercero! —gritó de pronto la voz del coronel Wellesley desde

debajo del estandarte del regimiento—. ¡Prepárense!

Sharpe colocó el pie derecho detrás del izquierdo de forma que su cuerpo giró a medias hacia la derecha, luego puso el mosquete a la altura de la cadera y tiró hacia atrás el percutor para amartillar completamente el arma. Se encajó en su lugar con un ruidito seco y en la presión contenida del muelle real del arma había algo tranquilizador. Al enemigo que se acercaba le dio la impresión de que toda la línea británica había dado media vuelta y aquel movimiento repentino de unos hombres que habían permanecido a la espera de manera tan silenciosa frenó momentáneamente su entusiasmo. Por encima de las tropas de los tigres de Mysore, bajo un puñado de banderas que había en la colina allí desde donde disparaban los cañones, un grupo de jinetes miraba la columna. ¿Estaría allí el Tippoo en persona?, se preguntó Sharpe. ¿Y estaría el Tippoo soñando con aquel lejano día en que había desbaratado a tres mil quinientos soldados británicos e indios y los había llevado presos a su capital Seringapatam? Los gritos entusiastas de los atacantes llenaban entonces la atmósfera, pero la voz del coronel Wellesley seguía siendo audible por encima del tumulto.

—¡Presenten armas!

Setecientos mosquetes se acercaron a setecientos hombros. Los mosquetes llevaban acero en la punta, setecientos mosquetes apuntando a la cabeza de la columna y a punto de disparar setecientas onzas de plomo contra las primeras filas de aquella confiada concentración que se movía con rapidez y que se dirigía directa hacia los dos estandartes británicos bajo los cuales esperaba el coronel Arthur Wellesley. En aquellos momentos los soldados atigrados se estaban apresurando y su primera fila se separó cuando empezaron a correr. El carro estaba a punto de chocar contra la cerca.

Arthur Wellesley había esperado ese momento durante seis años. Tenía veintinueve años y había empezado a temer que nunca vería una batalla, pero ahora, al fin, descubriría si él y su regimiento sabían combatir, así que se llenó de aire los pulmones para dar la orden que daría comienzo a la matanza.

El coronel Jean Gudin suspiró y luego, por milésima vez durante la última hora, se abanicó la cara para alejar las moscas. Le gustaba la India, pero odiaba las moscas, lo cual hacía difícil que la India le gustara, pero, en general, a pesar de las moscas, a él le gustaba la India. Ni de lejos le gustaba tanto como su Provenza nativa, pero, ¿dónde había un lugar tan bello como Provenza?

—¿Su Majestad? —se aventuró a decir tímidamente; luego esperó a que su intérprete se esforzara en captar la atención del Tippoo. El intérprete traducía el francés de Gudin al idioma persa del Tippoo. El Tippoo entendía un poco el francés y hablaba bastante bien el kanarés, el idioma local, pero prefería el persa porque le

recordaba que su linaje se remontaba a las grandes dinastías persas. El Tippoo era siempre consciente de ser superior a los nativos de piel morena de Mysore. El era musulmán, era persa y era un soberano, mientras que ellos eran en su mayoría hindúes y todos ellos, ya fueran ricos, pobres, importantes o humildes, eran sus súbditos obedientes. El coronel Gudin lo intentó de nuevo—: ¿Su Majestad?

—¿Coronel? —El Tippoo era un hombre bajo, tirando a rellenito, con un rostro bigotudo, ojos grandes y nariz prominente. No era una persona de admirable aspecto, pero Gudin sabía que la apariencia poco atractiva del Tippoo ocultaba una mente resuelta y un corazón valiente. Aunque el Tippoo respondió a Gudin, no se volvió a mirar al coronel. En cambio, se inclinó hacia delante en su silla agarrando con una mano la empuñadura con forma de tigre de su sable curvo mientras observaba cómo su infantería marchaba hacia los británicos infieles. La espada colgaba de una banda de raso que cruzaba la casaca de seda de color amarillo pálido que el Tippoo vestía sobre unos pantalones de algodón estampado. Su turbante era de seda roja y se sujetaba mediante una insignia dorada en la que se veía la máscara de un tigre. Todo el equipo que llevaba el Tippoo estaba decorado con el tigre, porque el tigre era su mascota y su inspiración, pero la insignia del turbante incorporaba también su veneración por Alá, puesto que el rostro del tigre que gruñía estaba formado por una ingeniosa clave en la que se leía un verso del Corán: «El león de Dios es el conquistador». Por encima de ella, sujeto al pequeño penacho blanco del turbante y brillante bajo la luz del sol, destellaba un rubí de la medida de un huevo de paloma—. ¿Coronel? —repitió el Tippoo.

—Sería prudente, Su Majestad —sugirió Gudin con vacilación—, que hiciéramos avanzar los cañones y la artillería hacia el flanco británico. —Gudin hizo un gesto hacia el lugar donde el 33.º esperaba en su delgada línea roja para recibir el ataque de la columna del Tippoo. Si el Tippoo amenazaba un flanco de esa frágil línea con la caballería, entonces el regimiento británico se vería obligado a encogerse en cuadro y negar así a tres cuartas partes de sus mosquetes la oportunidad de disparar contra la columna.

El Tippoo dijo que no con la cabeza.

—Nos desharemos de esa escoria con nuestra infantería, Gudin, y luego enviaremos a la caballería contra el bagaje. —Soltó la empuñadura de la espada para juntar los dedos fugazmente—. Si Alá quiere.

—¿Y si Alá no quiere? —preguntó Gudin, e imaginó que su intérprete cambiaría la insolencia de la pregunta por algo más aceptable para el Tippoo.

—Entonces los combatiremos desde los muros de Seringapatam —respondió el Tippoo, que apartó por un momento la mirada de la inminente batalla para ofrecerle al coronel Gudin una breve sonrisa. No era una sonrisa amistosa, sino una feroz mueca de expectación—. Los aniquilaremos con cañones, coronel —siguió diciendo

el Tippoo con deleite—, y los haremos pedazos con misiles, en pocas semanas el monzón ahogará a los supervivientes y, después, si Alá quiere, iremos a la caza de ingleses fugitivos desde aquí hasta el mar.

—Si Alá quiere —dijo Gudin con resignación. Oficialmente era asesor del Tippoo, enviado por el Directorio de París para ayudar a Mysore a derrotar a los británicos; el paciente Gudin había hecho todo lo posible para aconsejarlos, no era culpa suya si desdeñaban su asesoramiento. Se apartó las moscas de la cara y observó cómo los miembros del 33.º se llevaban los mosquetes al hombro. Cuando esos mosquetes refulgieran, pensó el francés, el frente de la columna del Tippoo se derrumbaría como un panal golpeado por un martillo, pero al menos la carnicería enseñaría al Tippoo que no se podían ganar batallas contra tropas disciplinadas a menos que se utilizaran todas las armas contra ellos: la caballería para obligarlos a agruparse para protegerse y la artillería e infantería para abrir fuego sobre las filas concentradas. Eso el Tippoo tenía que saberlo, sin embargo había insistido en hacer avanzar a sus tres mil infantes sin el apoyo de la caballería y Gudin no pudo más que suponer que, o bien el Tippoo creía que Alá combatiría a su lado esa tarde, o bien estaba tan obsesionado con su famosa victoria sobre los británicos diecisiete años antes que pensaba que siempre podría vencerlos en conflicto abierto.

Gudin volvió a espantar las moscas con la mano. Era hora, pensó, de irse a casa. Aun gustándole la India se sentía frustrado. Tenía la sospecha de que el gobierno de París se había olvidado de su existencia y era muy consciente de que el Tippoo no estaba muy dispuesto a escuchar sus consejos. No le echaba la culpa al Tippoo; París le había hecho muchas promesas, pero no había llegado ningún ejército francés para luchar por Mysore y Gudin notaba la decepción del Tippoo y hasta la comprendía, mientras que él mismo se sentía inútil y abandonado. Había soldados de su misma edad que ya eran generales; incluso ese tal Bonaparte —un corso al que Gudin había apenas conocido en Toulon— tenía entonces un ejército propio en tanto que Jean Gudin se encontraba desamparado en la lejana Mysore. Lo cual hacía que la victoria fuera aún más importante, y si no acababan con los británicos allí, entonces tendrían que derrotarlos con la concentración de artillería y misiles que aguardaban en los muros de Seringapatam. Era allí donde también esperaba el pequeño batallón de soldados europeos de Gudin, y éste imaginaba que sería en Seringapatam donde se decidiría aquella campaña. Y si se conseguía la victoria y se echaba a los británicos del sur de la India, sin duda Gudin recibiría su recompensa al volver a Francia. Volver a casa donde las moscas eran una plaga como los ratones.

El regimiento enemigo esperaba con los mosquetes apuntando. Los soldados del Tippoo gritaron con entusiasmo y avanzaron a la carga. El Tippoo se inclinó hacia delante mordién dose el labio de forma inconsciente mientras aguardaba el impacto.

Gudin se preguntó si a su mujer de Seringapatam le gustaría Provenza, o si a

Provenza le gustaría ella. O tal vez era hora de encontrar otra mujer. Suspiró, espantó las moscas y tuvo un estremecimiento involuntario.

Porque, por debajo de donde se encontraba, la matanza había empezado.

—¡Fuego! —gritó el coronel Wellesley.

Setecientos soldados apretaron el gatillo y setecientos pedernales se movieron bruscamente e hicieron contacto con los rastrillos. Las chispas prendieron la pólvora de las cazoletas, hubo una pausa mientras el fuego silbaba a través de las setecientas chimeneas y después un tremendo estruendo chispeante cuando los pesados mosquetes estallaron.

La culata de latón del arma golpeó contra el hombro de Sharpe. Había apuntado a un oficial con fajín que iba a la cabeza de la columna enemiga, aunque incluso a menos de sesenta metros de distancia apenas valía la pena apuntar un mosquete porque era un arma terriblemente imprecisa, pero, a menos que la bala se disparara alta, debería alcanzar a alguien. No supo el daño que había causado la descarga porque en el instante que el mosquete le golpeó el hombro se oscureció la visión a causa de la nube de sucio y ondeante humo que soltaron las setecientas bocas de los mosquetes. Tampoco oía apenas nada, puesto que el sonido de los mosquetes de las últimas filas que habían disparado por encima de su cabeza lo había ensordecido. Automáticamente llevó su mano derecha a la bolsa para sacar un nuevo cartucho, pero entonces, por encima del zumbido que tenía en los oídos, oyó la brusca voz del coronel.

—¡Adelante! ¡Trigésimo tercero, adelante!

—¡Venga, muchachos! —gritó Green—. ¡Tranquilos! ¡No corran! ¡Caminen!

—¡Maldita sea su impaciencia! —vociferó el alférez Fitzgerald a la compañía—. ¡Mantengan las filas! ¡Esto no es una carrera!

El regimiento marchó entre el humo de los mosquetes que apestaba a huevos podridos. De pronto el teniente Lawford se acordó de desenvainar su espada. No veía nada más allá de la humareda, pero se imaginaba que un terrible enemigo aguardaba con los mosquetes alzados. Palpó el bolsillo de su chaqueta en el que guardaba la Biblia que le había dado su madre.

La primera fila avanzó dejando atrás la hedionda nube de humo y de repente frente a ellos no hubo otra cosa que el caos y la carnicería.

Las setecientas balas de plomo habían convergido en el frente de la columna y alcanzaron su objetivo con brutal eficacia. Allí donde antes había habido unas filas ordenadas tan sólo había ahora soldados muertos y agonizantes que se retorcían en el suelo. Las filas de la retaguardia enemiga no podían avanzar por encima de la barrera de muertos y heridos, así que se quedaron quietas sin mucho convencimiento al tiempo que de entre el humo aparecían las setecientas bayonetas.

—¡Paso ligero! ¡Paso ligero! ¡No los dejen resistir! —gritó el coronel Wellesley.

—¡Suéltenles un grito, muchachos! —exclamó el sargento Green—. ¡A por ellos!
¡Maten a esos cabrones!

En aquellos momentos Sharpe no pensaba en desertar porque estaba a punto de entrar en combate. Si había alguna buena razón para alistarse en el Ejército ésa era combatir. No apresurarse para no hacer nada, sino luchar contra los enemigos del rey, y aquel enemigo estaba paralizado por la horrible violencia de aquella descarga disparada tan de cerca y miraban horrorizados cómo los casacas rojas gritaban y corrían hacia ellos. El 33.º, liberado de la estricta disciplina de las filas, atacó con entusiasmo. Tenían un botín ante ellos. Un botín, comida y hombres aturdidos a los que matar, y eran pocos los soldados del 33.º a los que no les gustara un buen combate. No había muchos de ellos que se hubieran alistado por patriotismo; en cambio, al igual que Sharpe, habían aceptado el chelín del rey porque el hambre o la desesperación los habían obligado a ponerse el uniforme, pero, aun así, eran buenos soldados. Provenían de los bajos fondos de Gran Bretaña, donde uno sobrevivía gracias a la violencia más que a la inteligencia. Eran bastardos y pendencieros, luchadores de callejón que no tenían otra cosa que perder más que dos peniques al día.

Sharpe soltó un aullido al tiempo que corría. Los batallones cipayos cerraban filas a la izquierda, pero entonces ya no hacía falta la mosquetería, puesto que la tan cacareada infantería de los tigres del Tippoo no iba a quedarse a pelear aquella tarde. Estaban retrocediendo poco a poco buscando una manera de escapar cuando, proveniente del norte, donde había permanecido medio escondida entre los árboles de flores rojas, la caballería británica e india inició la carga al oír el toque de una trompeta. Los jinetes bajaron las lanzas y sostuvieron los sables como si fueran picas mientras se dirigían estrepitosamente hacia el flanco enemigo.

La infantería del Tippoo huyó. Unos cuantos soldados, los más afortunados, subieron como pudieron por la loma, pero la mayoría quedaron atrapados en terreno abierto entre el 33.º y la ladera de la colina y entonces la matanza se convirtió en una masacre. Sharpe llegó junto al montón de muertos y saltó por encima. Justo al otro lado de la pila sangrienta había un soldado herido que trataba de levantar su mosquete, pero Sharpe le golpeó en la cabeza con la culata de su arma, le dio una patada al mosquete para apartarlo de sus manos debilitadas y siguió corriendo. Se dirigió hacia un oficial, un hombre valiente que había intentado volver a formar a sus tropas y que en aquel momento vaciló fatalmente. El hombre blandía un sable desenvainado y entonces se acordó de la pistola que llevaba en el cinturón y trató de desenfundarla torpemente, pero se dio cuenta de que era demasiado tarde y se volvió para salir corriendo detrás de sus soldados. Sharpe fue más rápido. Embistió con su bayoneta y alcanzó al oficial indio a un lado del cuello. El hombre se dio la vuelta y

su sable silbó para hundir su hoja curva en la cabeza de Sharpe. Sharpe paró el golpe con el cañón de su mosquete. Saltó una astilla de madera de la culata al tiempo que Sharpe le daba una patada entre las piernas al oficial. Sharpe profirió un grito desafiante, un chillido de odio que nada tenía que ver con Mysore o con el oficial enemigo y sí mucho con las frustraciones de su vida. El indio se balanceó, se dobló y Sharpe golpeó su moreno rostro con la pesada culata del mosquete. El oficial enemigo cayó al suelo y el sable se le escapó de la mano. Gritó algo, tal vez ofreciendo su rendición, pero a Sharpe no le importaba. Se limitó a pisar con el pie izquierdo el brazo con el que el hombre manejaba la espada y le clavó la bayoneta en la garganta con fuerza. El combate debió de durar unos tres segundos.

Sharpe no avanzó más. Junto a él pasaron otros soldados que corrían gritando mientras perseguían al enemigo que huía, pero Sharpe había encontrado a su víctima. Había hincado su bayoneta con tanta fuerza que la hoja había atravesado completamente el cuello del oficial y se había clavado en el suelo, por lo que le costó mucho soltar la hoja y al final tuvo que apoyar la bota en la frente del moribundo para poder extraer la bayoneta de un tirón. La sangre salió de la herida a borbotones, que fueron decreciendo hasta que el rojo flujo siguió manando a un ritmo pulsátil cuando Sharpe se arrodilló y empezó a desvalijar el vistoso uniforme del soldado, ajeno a los sonidos de asfixia y burbujeo que emitía el oficial mientras moría. Sharpe rasgó el fajín de seda amarilla y lo echó a un lado junto al sable de empuñadura de plata y la pistola. La vaina del sable estaba hecha de cuero hervido, no tenía ningún valor para Sharpe, pero tras ella había una pequeña bolsa bordada y Sharpe sacó su cuchillo, sacó la hoja y cortó las correas de la bolsa. La abrió torpemente y se encontró con que no contenía nada más que arroz seco y un pedacito de algo que parecía tarta. Lo olió con cuidado e imaginó que estaba hecho de algún tipo de alubia. Tiró la comida a un lado y le soltó una brusca maldición al soldado moribundo.

—¿Dónde tienes el maldito dinero?

El hombre dio una boqueada, hizo un sonido de ahogo y entonces su cuerpo dio una sacudida y al final su corazón dejó de luchar. Sharpe le rasgó la túnica adornada con franjas atigradas de color malva. Palpó las costuras buscando monedas pero no encontró ninguna, así que le quitó el ancho turbante rojo que estaba pegajoso debido a la sangre fresca. El rostro del muerto ya estaba plagado de moscas. Sharpe deshizo el turbante y allí, en el mismísimo centro de la tela grasienta, encontró tres piezas de plata y una docena de monedas más pequeñas de cobre.

—Sabía que tenías algo —le dijo al muerto, y metió las monedas en su propia bolsa.

La caballería estaba acabando con los restos de la infantería del Tippoo. El mismísimo Tippoo, con su séquito y sus portaestandartes, había desaparecido de la cima de la colina y tampoco había allí ningún cañón disparando. El enemigo se había

escabullido y había abandonado a su atrapada infantería a los sables y las lanzas de la caballería británica e india. A la caballería india la habían reclutado en la ciudad de Madras y en los estados de la costa este, que habían sufrido los ataques del Tippoo y ahora se tomaban una sangrienta venganza, gritando y riendo mientras sus hojas acuchillaban a los aterrorizados fugitivos. Algunos soldados de caballería que se habían quedado sin objetivos habían desmontado ya y estaban registrando a los muertos para robarles. La infantería cipaya llegó demasiado tarde para unirse al combate pero a tiempo para el saqueo.

Sharpe hizo girar la bayoneta y la sacó del mosquete, la limpió con el fajín del muerto, recogió el sable y la pistola y se fue en busca de más botín. Iba sonriendo y pensando que aquel asunto de combatir no tenía ningún secreto, ninguno. Unos cuantos disparos en Flandes, una descarga allí, y ninguna de las dos refriegas merecía llamarse batalla. Flandes había sido un follón y ese combate había sido tan fácil como matar corderos. No era de extrañar que el sargento Hakeswill viviera para siempre. A Sharpe le pareció lógico, puesto que aquel asunto era la mar de fácil. Un par de estallidos y todo terminaba. Se rió, deslizó la bayoneta en su funda y se arrodilló junto a otro soldado muerto. Había trabajo que hacer y un futuro que financiar.

Ojalá pudiera decidir adonde escapar sin peligro.

2

El sargento Obadiah Hakeswill echó un vistazo a su alrededor para ver qué hacían sus hombres. Casi todos ellos estaban saqueando, y hacían bien. Ese era el privilegio de un soldado. Luchar en la batalla y luego despojar al enemigo de cualquier cosa que valiera un penique. Los oficiales no participaban en el pillaje, pero es que los oficiales nunca lo hacían, o al menos lo hacían de forma que nadie se percatara de ello, pero Hakeswill vio que el alférez Fitzgerald había conseguido hacerse de alguna manera con un sable con piedras preciosas que en aquellos momentos exhibía, como si fuera una puta que costara un chelín a la que le hubiesen dado un abanico de una guinea. El maldito señor alférez Fitzgerald se estaba llenando de ínfulas según la considerada opinión del sargento Hakeswill. Los alféreces eran lo más bajo de lo bajo, aprendices de oficiales, muchachos con galones plateados, y no era asunto del maldito señor Fitzgerald contradecir las órdenes de Hakeswill, así que al maldito señor Fitzgerald habría que enseñarle cuál era su lugar, pero el problema estaba en que el señor Fitzgerald era irlandés y Hakeswill opinaba que los irlandeses sólo estaban civilizados a medias y nunca comprendían cuál era su lugar. Al menos la mayoría de ellos. El comandante Shee era irlandés y era civilizado, al menos cuando estaba sobrio, y el coronel Wellesley, que era de Dublín, era completamente civilizado, pero el coronel había tenido la sensatez de hacerse más inglés que los ingleses mientras que el maldito señor Fitzgerald no disimulaba sus orígenes.

—¿Ve esto, Hakeswill? —Fitzgerald, absolutamente ajeno a los fulminantes pensamientos de Hakeswill, pasó por encima de un cadáver para presumir de su nuevo sable.

—¿El qué, señor?

—¡La condenada hoja está hecha en Birmingham! ¿No le parece increíble? ¡Birmingham! Lo pone en la hoja, ¿lo ve? «Fabricado en Birmingham».

Hakeswill examinó con diligencia la inscripción del acero y luego toqueteó el pomo del sable que estaba elegantemente rodeado por un círculo de siete pequeños rubíes engastados.

—A mí me parece que son de cristal, señor —dijo con tono desdeñoso, esperando poder persuadir de alguna manera a Fitzgerald para que le cediera la espada.

—¡Tonterías! —replicó Fitzgerald alegremente—. ¡Son unos rubíes excelentes! Un poco pequeños, quizá, pero dudo que a las damas les importe. ¿Siete trozos de oropel? Eso suma en total una semana de pecado, sargento. Valió la pena matar al granuja para eso.

«Si es que lo mató usted», pensó Hakeswill agriamente mientras se alejaba pisando fuerte del eufórico alférez. Era más probable que lo hubiese recogido del suelo. Y Fitzgerald estaba en lo cierto; siete rubíes, aunque fueran pequeños,

comprarían un montón de las señoritas de Naig. Naig *el Asqueroso* era un mercader de Madras, uno de los muchos que viajaban con el ejército, y había traído con él su burdel. Era un burdel caro, sólo para oficiales, o al menos sólo para aquellos que pudieran pagar el precio de un oficial, y eso hizo que Hakeswill pensara en Mary Bickerstaff. La señora Mary Bickerstaff. Era mitad y mitad, mitad india y mitad británica, cosa que la hacía valiosa. Muy valiosa. La mayoría de mujeres que seguían al ejército eran negras como el Hades y, aunque a Obadiah Hakeswill no le disgustaba la piel morena, echaba de menos el tacto de la carne blanca. Les ocurría lo mismo a muchos de los oficiales, y de esa lujuria se podía sacar una o dos guineas. Naig pagaría bien por una piel pálida como la de Mary Bickerstaff.

Mary Bickerstaff era una belleza fuera de lo común. Una belleza entre una panda de mujeres feas y rancias. Hakeswill observó a un grupo de esposas del batallón que corrían para tomar parte en el saqueo y casi se estremeció al contemplar su fealdad. Unos dos tercios de las esposas eran *bibbis*, indias, y la mayor parte de ellas, Hakeswill ya lo sabía, no estaban adecuadamente casadas con el permiso del coronel, mientras que el resto eran aquellas afortunadas británicas ganadoras de la cruel lotería que había tenido lugar la noche antes de que el batallón zarpara desde Inglaterra. Habían reunido a las esposas en un barracón, habían puesto sus nombres en diez chacos, uno por cada compañía, y a las primeras diez mujeres cuyos nombres fueron extraídos de cada uno de los sombreros se les permitió acompañar a sus maridos. El resto tuvieron que quedarse en Gran Bretaña y quién sabe lo que les ocurrió. La mayoría acudirían a la parroquia, pero a las parroquias les molestaba alimentar a las esposas de soldados, así que, tanto si querían como si no, se veían obligadas a convertirse en prostitutas. Prostitutas de cuartel en su mayoría, porque no poseían la belleza para nada mejor. Pero había unas cuantas, muy pocas, que eran guapas, y ninguna lo era tanto como la viuda del sargento Bickerstaff, que era mitad y mitad.

Las mujeres se dispersaron entre los soldados de Mysore muertos y moribundos. En todo caso eran más eficientes que sus hombres a la hora de saquear a los muertos, porque los hombres tendían a apresurarse y pasaban por alto los escondites en los que un soldado ocultaba su dinero. Hakeswill vio que Flora Placket le quitaba la ropa a un alto cadáver vestido con franjas atigradas al que el tajo del sable de un soldado de caballería le había cercenado la garganta hasta el hueso. No realizó su trabajo a todo correr, sino que registraba prenda tras prenda con sumo cuidado y luego se la pasaba a uno de sus hijos para que la doblara y la apilara. A Hakeswill le gustaba Flora Placket porque era una mujer grandota y formal que mantenía a su hombre a raya y no tenía remilgos con las incomodidades de la campaña. También era una buena madre y ése era el motivo por el que a Obadiah no le importaba que Flora Placket fuera más fea que Picio. Las madres eran sagradas. Las madres no tenían que ser guapas. Las madres eran los ángeles guardianes de Obadiah Hakeswill y a él Flora

Placket le recordaba a su madre, que era la única persona en toda su vida que había sido buena con él. Bidy Hakeswill hacía tiempo que estaba muerta, había fallecido un año antes de que Obadiah, con doce años, hubiera pendido de un cadalso bajo la falsa acusación de robar ovejas. Aquel día, para divertir a la muchedumbre, el verdugo no había dejado que ninguna de las víctimas cayera bruscamente de la soga, sino que en cambio las había alzado suavemente en el aire para que se asfixiaran lentamente mientras sus piernas mojadas con la orina se sacudían con la danza de la muerte de la horca. Nadie había prestado mucha atención al pequeño muchacho que había en el extremo del cadalso, con lo cual, cuando los cielos se abrieron, empezó a llover a cántaros y la multitud se dispersó, a nadie le importó que el hermano de Bidy Hakeswill cortara la cuerda para bajar al chico y soltarlo.

—Lo he hecho por tu madre —le dijo su tío con un gruñido—, que Dios la tenga en su gloria. Ahora vete y no vuelvas a aparecer nunca más por el valle. —Hakeswill se fue corriendo hacia el sur, se alistó en el Ejército como tambor, había ascendido a sargento y nunca había olvidado las palabras que su madre dijo antes de morir.

—Nadie se deshará nunca de Obadiah —había dicho—, no de mi Obadiah. La muerte es demasiado buena para él.

La horca lo había demostrado. ¡Estaba marcado por Dios, era indestructible!

Cerca de Hakeswill se oyó un gemido, el sargento salió bruscamente de su ensueño y vio a un indio de franjas atigradas que intentaba con todas sus fuerzas darse la vuelta sobre su estómago. Hakeswill salió disparado hacia allí, obligó al hombre a tenderse de nuevo de espaldas y colocó la punta de lanza de su alabarda sobre la garganta del soldado.

—¿Dinero? —gruñó Hakeswill, extendió la mano izquierda e hizo el gesto de contar monedas—. ¿Dinero?

El soldado parpadeó lentamente y luego dijo algo en su propia lengua.

—Te voy a dejar con vida, cabrón —prometió Hakeswill con una mirada lasciva hacia el herido—. No es que vayas a vivir mucho tiempo. Tienes un agujero en la barriga, ¿lo ves? —Señaló a la herida que el hombre tenía en el vientre, allí donde la bala había alcanzado su objetivo—. Y bien, ¿dónde tiene el dinero? ¡Dinero! ¿Pice? ¿Dan? ¿Pagodas? ¿Annas? ¿Rupias?

El hombre debía de haberlo comprendido, puesto que agitó la mano débilmente en dirección a su pecho.

—Buen chico —dijo Hakeswill, volvió a sonreír y entonces el rostro volvió a convulsionársele con sus espasmos involuntarios mientras empujaba la punta de la lanza, pero no demasiado rápido porque le gustaba ver la conciencia de la muerte en la cara de un hombre—. También eres un cabrón estúpido —dijo Hakeswill cuando terminó la agonía del soldado, entonces le cortó la túnica y se encontró con que el hombre tenía algunas monedas sujetas a su pecho con un fajín de algodón. Desató el

fajín y se guardó en el bolsillo el puñado de monedas de cobre. No era un gran botín, pero Hakeswill no dependía de lo que saqueara para llenar su monedero. Se llevaría una parte de lo que encontraran los soldados de la Compañía Ligera. Ellos sabían que tenían que pagar o de lo contrario afrontar un castigo.

Vio a Sharpe arrodillado junto a un cuerpo y se dirigió hacia allí a toda prisa.

—¿Tiene una espada, Sharpy? —preguntó Hakeswill—. La robó, ¿no es cierto?

—Maté a este hombre, sargento —Sharpe levantó la mirada.

—Eso no importa un carajo, ¿o sí, muchacho? No se le permite llevar una espada. La espada es un arma de oficiales. No debe alzarse por encima de su posición, Sharpy. Como se le suban los humos acabará muerto. Así que me llevaré la espada, sí que lo haré. —Hakeswill había medio esperado que Sharpe se resistiera, pero el soldado no hizo nada cuando el sargento cogió la hoja con empuñadura de plata—. Diría que vale unos cuantos chelines —dijo Hakeswill en tono apreciativo, y luego colocó la punta de la espada contra la gorguera que Sharpe llevaba en el cuello—. Que es más de lo que vale usted, Sharpy. Usted es demasiado listo para su propio bien.

Sharpe se alejó poco a poco de la espada y se puso en pie.

—No tengo nada contra usted, sargento —dijo.

—Sí que lo tiene, muchacho, sí que lo tiene. —Hakeswill hizo una mueca al tiempo que su rostro empezaba a agitarse de forma espasmódica—. Y usted ya sabe cuál es la discrepancia, ¿no es verdad?

Sharpe retrocedió para alejarse de la espada.

—Yo no tengo nada contra usted —repitió tercamente.

—Creo que el motivo de nuestra disputa se llama señora Bickerstaff —dijo Hakeswill, que sonrió cuando Sharpe no dijo nada—. Casi lo pillé con ese pedernal, ¿verdad? Lo hubieran azotado hasta quedar en carne viva, muchacho, y hubiese muerto de fiebre en una semana. Es lo que provoca un azote en este clima. Acaba con un hombre, un azote. Pero usted tiene un amigo oficial, ¿no es verdad? El señor Lawford. Usted le cae bien, ¿no? —Pinchó a Sharpe en el pecho con la punta de la espada—. ¿Eso es lo que es usted? ¿El preferido de un oficial?

—El señor Lawford no tiene nada que ver conmigo —dijo Sharpe.

—Eso es lo que usted dice, pero mis ojos me cuentan otra cosa. —Hakeswill soltó una risita—. ¿Se gustan el uno al otro? ¿Usted y el señor Lawford? Eso es muy bonito, Sharpy, pero así no le va a servir de mucho a la señora Bickerstaff, ¿no? Creo que ella estaría mucho mejor con un hombre de verdad.

—Ella no es asunto suyo —dijo Sharpe.

—¡No es asunto mío! ¡Vaya, escuchen eso! —exclamó Hakeswill con sorna, y volvió a empujar la espada hacia delante. Quería provocar a Sharpe para que opusiera resistencia porque entonces podría acusarlo de atacar a un superior, pero el alto joven

se limitó a retroceder y a alejarse de la hoja—. Escuche, Sharpy —dijo Hakeswill—, y escuche bien. Es la esposa de un sargento, no la puta de un vulgar soldado raso como usted.

—El sargento Bickerstaff está muerto —protestó Sharpe.

—¡Así que ella necesita un hombre! —exclamó Hakeswill—. Y a la viuda de un sargento no se le tira un pestilente pedazo de mierda como usted. Eso no está bien. No es natural. Ella es de una condición social superior, Sharpy, y eso no puede permitirse. Es lo que dicen las Escrituras.

—Ella puede elegir a quien quiera —insistió Sharpe.

—¿Elegir, Sharpy? ¿Elegir? —Hakeswill se rió—. Las mujeres no eligen, cabrón estúpido. A las mujeres se las llevan los más fuertes. Así consta en las Escrituras, y si se cruza en mi camino, Sharpy —empujó la espada hacia delante con fuerza—, haré que su espina dorsal quede expuesta a la luz del día. ¿Un pedernal perdido? Eso hubieran sido doscientos latigazos, muchacho, pero ¿y la próxima vez? Mil. ¡Y fuertes! ¡Fuertes de verdad! Acabaría siendo sólo sangre y huesos, muchacho, huesos y sangre, ¿y entonces quién cuidaría de su señora Bickerstaff? ¿Eh? Dígamelo. Así que quítele sus sucias manos de encima. Déjemela a mí, Sharpy. —Le lanzó una mirada lasciva a Sharpe, pero aun así el joven se negó a ser provocado y Hakeswill al final abandonó el intento—. Esta espada vale unas cuantas guineas —volvió a decir al tiempo que se echaba atrás—. Muchas gracias, Sharpy.

Sharpe soltó una vana maldición a espaldas de Hakeswill y después se giró cuando una mujer lo llamó de entre los cuerpos amontonados que antes habían sido las primeras filas de la columna del Tippoo. Aquellos cuerpos estaban siendo entonces arrastrados y separados para registrarlos, y Mary Bickerstaff ayudaba en ese trabajo.

Sharpe caminó hacia ella y, como siempre, quedó impresionado por la belleza de la muchacha. Tenía el pelo negro, un delgado rostro y unos grandes ojos oscuros que podían lanzar picaros destellos. Sin embargo, en aquel momento ella tenía un aspecto preocupado.

—¿Qué quería Hakeswill? —preguntó.

—A ti.

Ella escupió y luego se volvió a agachar sobre el cuerpo que estaba registrando.

—No puede hacerte nada, Richard —dijo ella—, no mientras cumplas con tu deber.

—El Ejército no es así. Y tú lo sabes.

—Sólo tienes que ser listo —insistió Mary.

Era la hija de un soldado que se había criado en las filas de barracones de Calcuta. Había heredado de su madre su oscura belleza india y había aprendido la manera que tenían los soldados de hacer las cosas de su padre, que había sido un sargento de

ingenieros en la plaza fuerte de Old Fort antes de que un brote de cólera lo matara a él y a su esposa nativa. El padre de Mary siempre había afirmado que ella era lo bastante guapa como para casarse con un oficial y prosperar en la vida, pero ningún oficial se casaría con una mujer mestiza, al menos ninguno que quisiera ascender, así que tras la muerte de sus padres Mary se había casado con el sargento Jem Bickerstaff del 33.º, un buen hombre, pero Bickerstaff había muerto por las fiebres poco después de que el ejército abandonara Madras para ascender a la meseta de Mysore y Mary, con veintidós años, fue entonces viuda aparte de huérfana. También tenía experiencia en el Ejército.

—Si te ascienden a sargento, Richard —le dijo a Sharpe—, Hakeswill no podrá hacerte nada.

Sharpe se rió.

—¿Yo? ¿Sargento? Cuando las ranas críen cola, nena. Llegué a cabo una vez, pero no duró.

—Puedes ser sargento —insistió ella— y deberías ser sargento. Y Hakeswill no podría hacerte nada si lo fueras.

Sharpe se encogió de hombros.

—No es a mí a quien quiere hacerle algo, nena, sino a ti.

Mary estaba cortando la túnica atigrada de un soldado muerto, pero entonces se detuvo, levantó la vista y miró a Sharpe con expresión de burla. No había estado enamorada de Jem Bickerstaff, pero se había dado cuenta de que el sargento era un hombre bueno y amable y veía la misma decencia en Sharpe. No era exactamente la misma decencia, puesto que Sharpe, en su opinión, era diez veces más ardiente que Jem Bickerstaff y podía ser astuto como una serpiente cuando le convenía, pero aun así Mary confiaba en Sharpe. También se sentía atraída por él. Había algo que llamaba mucho la atención en el delgado atractivo de Sharpe, algo peligroso, lo reconocía, pero muy excitante. Ella se lo quedó mirando unos segundos y luego se encogió de hombros.

—Quizá no se atrevería a tocarme si estuviéramos casados —dijo—. Quiero decir debidamente casados, con el permiso del coronel.

—¡Casados! —exclamó Sharpe, que se había puesto nervioso al oír esa palabra.

Mary se puso en pie.

—No es fácil ser una viuda en el Ejército, Richard. Todos te consideran un botín.

—Sí, sé que es duro —contestó Sharpe con el ceño fruncido. La miró mientras pensaba en eso de casarse. Hasta entonces su única idea había sido desertar, pero tal vez el matrimonio no era una ocurrencia tan mala. Al menos le dificultaría mucho las cosas a Hakeswill a la hora de poner sus manos sobre Mary. Y un hombre casado, consideró Sharpe, tenía más posibilidades de que lo ascendieran. ¿Pero qué sentido tenía subir un centímetro o dos en el montón de estiércol? Hasta un sargento seguía

estando en el fondo de la pila. Era mejor abandonar del todo el Ejército y decidió que era más probable que Mary desertara con él si estaban debidamente casados. Esa idea lo hizo asentir lentamente con la cabeza—. Creo que podría gustarme estar casado —dijo tímidamente.

—A mí también. —Ella sonrió y Sharpe, incómodo, le devolvió la sonrisa. Por un instante ninguno de los dos supo qué decir y entonces Mary rebuscó con excitación en el bolsillo de su delantal y sacó una piedra preciosa que le había quitado a un soldado muerto—. ¡Mira lo que he encontrado! —Le entregó a Sharpe una piedra roja, la mitad de grande que un huevo de gallina—. ¿Crees que es un rubí? —preguntó Mary con entusiasmo.

Sharpe lanzó la piedra al aire, arriba y abajo.

—Creo que es cristal, nena —le dijo con delicadeza—, tan sólo cristal. Pero te conseguiré un rubí como regalo de boda. Tú espera y verás.

—Haré algo más que esperar, Dick Sharpe —replicó ella alegremente, y enlazó su brazo con el de Sharpe. El sargento Hakeswill, a unos cien pasos de distancia, los vio y su rostro se convulsionó.

Mientras tanto, en los márgenes del lugar de la matanza, allí donde los cuerpos saqueados y desnudos yacían desperdigados, los buitres descendieron, avanzaron sigilosamente y empezaron a desgarrar a los muertos.

Los ejércitos aliados acamparon a unos cuarenta metros de distancia del lugar donde yacían los muertos. El campamento se extendía por la llanura: una ciudad instantánea en la que cinco mil soldados y seguidores del Ejército pasarían la noche. Se levantaron las tiendas de los oficiales bien alejadas de los lugares donde se guardaban las enormes manadas de ganado durante la noche. Algunas de las reses eran terneras, conducidas en rebaño y sacrificadas para comer; otras eran bueyes que transportaban las alforjas llenas con las balas de cañón de dieciocho y veinticuatro libras que se iban a necesitar para abrir una brecha en los muros de Seringapatam, en tanto que también había bueyes que tiraban de las carretas y de la artillería, y los cañones más pesados, las enormes piezas de asedio, necesitaban sesenta bueyes cada uno. Había más de doscientas mil cabezas de ganado con el Ejército, pero en aquellos momentos estaban todas esqueléticas puesto que la caballería del Tippoo iba despojando la tierra de forraje a medida que los ejércitos de Gran Bretaña y Hyderabad avanzaban.

Los soldados rasos no tenían tiendas. Dormirían en el suelo cerca de sus hogueras, pero primero comieron y aquella noche la comida fue buena, al menos para los soldados del 33.º Regimiento del Rey que poseían monedas robadas al enemigo muerto para gastárselas con los *bhinjarries*, los clanes de mercaderes que viajaban con el ejército y que tenían su propia guardia privada para proteger sus bienes. Todos

los *bhinjarries* vendían pollos, arroz, harina, alubias y, lo mejor de todo, odres de un *arrack* que quemaba la garganta y con el que uno se emborrachaba más deprisa que con el ron. Algunos de los *bhinjarries* también ofrecían los servicios de prostitutas, y aquella noche hicieron un buen negocio con los soldados del 33.º.

El capitán Morris esperaba visitar las famosas tiendas verdes de Naig, el *bhinjarrie* que contaba con las prostitutas más caras de Madras, pero de momento estaba metido en su propia tienda donde, bajo la tenue luz de una vela que parpadeaba sobre su mesa, despachaba los asuntos de la compañía. O mejor dicho, el sargento Hakeswill los despachaba mientras que Morris, con la chaqueta desabrochada y la gorguera de seda aflojada, permanecía sentado de forma poco elegante sobre una silla de campaña. El sudor le chorreaba por el rostro. Corría una suave brisa, pero la cortina de muselina que colgaba en la entrada de la tienda le quitaba su efecto refrescante, y si no se utilizaba la cortina la tienda se llenaría de palomillas salvajemente enormes. Morris detestaba las palomillas, detestaba el calor y detestaba la India.

—Las listas de turnos de guardia, señor —dijo Hakeswill ofreciéndole los papeles.

—¿Hay algo que debería saber?

—Nada, señor. Es igual que la semana pasada. El alférez Hicks confeccionó la lista, señor. Un buen hombre, señor, el alférez Hicks. Sabe estar en el lugar que le corresponde.

—¿Eso significa que hace lo que usted le dice? —preguntó Morris secamente.

—Está aprendiendo el oficio, señor, aprendiendo el oficio, tal como debe hacer un buen alférez. No como alguien que podría mencionar.

Morris hizo caso omiso de la astuta referencia a Fitzgerald, mojó la pluma en la tinta y garabateó su nombre al pie de las listas.

—Supongo que al alférez Fitzgerald y al sargento Green se les ha asignado estar de servicio toda la noche, ¿no? —preguntó.

—Les hace falta práctica, señor.

—¿Y a usted le hace falta dormir, sargento?

—El libro de castigos, señor —dijo Hakeswill al tiempo que ofrecía el volumen forrado en piel y volvía a tomar la lista de guardia sin responder al último comentario de Morris.

Morris hojeó el libro.

—¿No ha habido azotes esta semana?

—Pronto los habrá, señor, pronto los habrá.

—Hoy se le escapó el soldado Sharpe, ¿eh? —Morris se rió—. Está perdiendo facultades, Obadiah. —No había simpatía en aquella utilización del nombre de pila, sólo desprecio, pero el sargento Hakeswill no se ofendió. Los oficiales eran los

oficiales, al menos los que había por encima de los alféreces eran verdaderos oficiales, según la opinión de Hakeswill, y tales caballeros tenían todo el derecho a menospreciar a los rangos inferiores.

—No estoy perdiendo nada, señor —respondió Hakeswill con ecuanimidad—. Si la rata no muere a la primera sacudida, señor, vuelves a soltar a los perros. Así es como se hace, señor. Lo dicen en las Escrituras. El parte de los enfermos, señor. Ninguna novedad excepto que Sears tiene las fiebres, señor, así que no estará mucho tiempo entre nosotros, pero no se pierde nada con ello, señor. No servía para nada el soldado Sears. Está mejor muerto.

—¿Hemos terminado? —preguntó Morris en cuanto hubo firmado el parte de los enfermos, pero entonces sonó una tosecilla diplomática en la entrada de la tienda y el teniente Lawford se agachó bajo el faldón y se abrió paso empujando la cortina de muselina.

—¿Está ocupado, Charles? —le preguntó Lawford a Morris.

—Siempre me alegra verle, William —dijo Morris con sarcasmo—, pero estaba a punto de irme a dar un paseo.

—Hay un soldado que quiere verle —explicó Lawford—. Tiene una petición que hacer.

Morris suspiró como si estuviera demasiado atareado para que lo molestaran con semejantes nimiedades, pero luego se encogió de hombros y agitó la mano como para sugerir que estaba haciendo un enorme y generoso gesto dedicándole a aquel hombre un momento de su valioso tiempo.

—¿Quién? —preguntó.

—El soldado Sharpe, señor.

—Un alborotador, señor —terció Hakeswill.

—Es un buen hombre —insistió Lawford con vehemencia, pero entonces decidió que su corta experiencia en el Ejército difícilmente lo facultaba para opinar de esa manera, así que, tímidamente, añadió que se trataba sólo de su opinión—. Pero parece una buena persona, señor —terminó diciendo.

—Que pase —dijo Morris. Tomó unos sorbos de una taza de hojalata que contenía *arrack* mientras Sharpe sorteaba la cortina de muselina y se ponía en posición de firmes bajo la cumbrera de la tienda.

—¡Quítese el sombrero, muchacho! —dijo Hakeswill con brusquedad—. ¿No sabe que tiene que descubrirse ante un oficial?

Sharpe se quitó el chacó de un manotazo.

—¿Y bien? —preguntó Morris.

Por un segundo pareció que Sharpe no sabía qué decir, pero entonces se aclaró la garganta y, mirando fijamente hacia la pared de la tienda unos centímetros por encima de la cabeza del capitán Morris, al fin pudo articular palabra.

—Permiso para casarme, señor.

Morris esbozó una sonrisa burlona.

—¡Casarse! Ha encontrado una *bibbi*, ¿no es cierto? —Tomó unos sorbos más de *arrack* y luego miró a Hakeswill—. ¿Cuántas esposas forman parte de la compañía en estos momentos, sargento?

—¡La dotación completa, señor! ¡No hay espacio para más, señor! No se espera ninguna vacante. ¿Quiere que despida al soldado Sharpe, señor?

—Esta muchacha ya forma parte de la dotación —intervino el teniente Lawford—. Es la viuda del sargento Bickerstaff.

Morris levantó la vista y miró a Sharpe.

—Bickerstaff —dijo distraídamente, como si el nombre le fuera desconocido—. Bickerstaff. Es el hombre que murió a causa de las fiebres durante la marcha, ¿no es cierto?

—Sí, señor —contestó Hakeswill.

—Ni siquiera sabía que estuviera casado —dijo Morris—. ¿Ella era su esposa oficial?

—Del todo oficial, señor —respondió Hakeswill—. Forma parte de la dotación de la compañía, señor. Consta la firma del coronel en el certificado, señor. Casados como es debido ante Dios y el Ejército, señor.

Morris se sorbió la nariz y miró de nuevo a Sharpe.

—¿Por qué demonios quiere casarse, Sharpe?

Sharpe parecía sentirse incómodo.

—Simplemente quiero hacerlo, señor —respondió de manera poco convincente.

—No puedo decir que esté en contra del matrimonio —dijo Morris—. Tranquiliza a un hombre, eso es lo que hace, pero un tipo como usted, Sharpe, podría conseguir algo mejor que la viuda de un soldado ¿no? ¡Son unas criaturas espantosas las viudas de soldados! Son mercancía de segunda mano, recluta. Gordas y grasientas, como pedazos de manteca de cerdo envueltos en un trapo. Consígase una dulce chiquilla *bibbi*, muchacho, algo que todavía no esté en decadencia.

—Muy buen consejo, señor —dijo Hakeswill con el rostro que le temblaba—. Sabias palabras, señor. ¿Lo despido, señor?

—Mary Bickerstaff es una buena mujer, señor —dijo el teniente Lawford. El teniente, a quien Sharpe había acudido con su petición, quería hacer todo lo posible—. A Sharpe le podía ir mucho peor que casándose con Mary Bickerstaff, señor.

Morris cortó un cigarro y lo encendió en la vela que ardía con luz parpadeante sobre su mesa de campaña.

—¿Es blanca? —preguntó despreocupadamente.

—Mitad *bibbi* y mitad cristiana, señor —contestó Hakeswill—, pero tenía a un buen hombre por marido. —Hizo ruido con la nariz, fingiendo que de pronto lo

embargaba la emoción—. Y Jem Bickerstaff no hace ni un mes que está en su tumba, señor.

Es demasiado pronto para que esa mujerzuela se case de nuevo. No está bien, señor. Lo dicen las Escrituras.

Morris le dedicó a Hakeswill una mirada cínica.

—No sea absurdo, sargento. ¡Casi todas las viudas del Ejército se casan al día siguiente! Los miembros de la tropa no son precisamente de la alta sociedad, ¿sabe usted?

—Pero Jem Bickerstaff era amigo mío, señor —dijo Hakeswill, sorbiéndose de nuevo la nariz y hasta limpiándose una lágrima invisible con el puño de la chaqueta—. Amigo mío, señor —repitió con voz más quebrada—, y en su lecho de muerte, señor, me rogó que cuidara de su esposa, señor. Sé que no es blanca del todo, él ya me lo dijo, pero merece que cuiden de ella. Esas fueron exactamente sus palabras de moribundo, señor.

—¡El lo odiaba, maldita sea! —Sharpe no pudo resistirse a pronunciar esas palabras.

—¡Silencio delante de un oficial! —gritó Hakeswill—. Hable sólo cuando se dirijan a usted, muchacho, de lo contrario mantenga su sucia boca cerrada, que es para lo que Dios la hizo.

Morris frunció el entrecejo como si la fuerte voz de Hakeswill le estuviera dando dolor de cabeza. Entonces miró a Sharpe.

—Hablaré del asunto con el comandante Shee, Sharpe. Si la mujer ya forma parte de la dotación y quiere casarse con usted, entonces no creo que podamos impedirselo. Hablaré con el comandante. Puede usted retirarse.

Sharpe vaciló preguntándose si debía darle las gracias al capitán por aquellas lacónicas palabras, pero antes de que pudiera decir nada, Hakeswill ya estaba vociferándole al oído.

—¡Media vuelta! ¡Deprisa! ¡Póngase el sombrero! ¡Paso ligero! Un, dos, un, dos, vamos, rápido. ¡Cuidado con la maldita cortina, muchacho! ¡Esto no es la pocilga en la que creció, son las dependencias de un oficial!

Morris esperó hasta que Sharpe se hubo marchado y luego levantó la mirada hacia Lawford.

—¿Nada más, teniente?

Lawford supuso que a él también lo despedía.

—¿Hablará con el comandante Shee, Charles? —le insistió a Morris.

—Acabo de decirlo, ¿no? —Morris le lanzó una mirada fulminante al teniente.

Lawford dudó y luego asintió con un movimiento de la cabeza.

—Buenas noches, señor —dijo, y se agachó bajo la cortina de muselina.

Morris aguardó hasta estar seguro de que ninguno de los dos pudiera oírle.

—¿Y ahora qué hacemos? —le preguntó a Hakeswill.

—Dígale a ese tonto cabrón que el comandante Shee negó el permiso, señor.

—Y Willie Lawford hablará con el comandante y descubrirá que no lo hizo. Si no, irá directo a Wellesley. El tío de Lawford está en el Estado Mayor, ¿o es que lo ha olvidado? ¡Use la cabeza, hombre! —Morris le propinó un manotazo a una palomilla que había conseguido colarse a través de la cortina—. ¿Qué hacemos? —volvió a preguntar.

Hakeswill estaba sentado en un taburete al otro lado de la mesa de campaña. Se rascó la cabeza, dirigió la mirada hacia la noche y luego la giró hacia Morris.

—Ese Sharpy es un chico listo, sí que lo es. Escurridizo. Pero yo me encargaré de él. —Hizo una pausa—. Por supuesto, señor, si usted ayudara, sería más rápido. Mucho más rápido.

Morris puso cara de tener sus dudas.

—La chica encontrará otro protector —dijo—. Creo que está malgastando mi tiempo, sargento.

—¿Que yo qué? No, señor. De ninguna manera, señor. Tendré a la chica, señor, espere y verá, y Naig *el Asqueroso* dice que usted puede tenerla para lo que quiera. Gratuitamente y sin pagar, señor, tal como debería.

Morris se levantó, se puso la chaqueta y cogió el sombrero y la espada.

—¿Cree usted que voy a compartir su mujer, Hakeswill? —El capitán se estremeció—. ¿Y que se me contagie su sífilis?

—¿Sífilis, señor? ¿Yo, señor? —Hakeswill se puso en pie—. No, señor, yo no. No tengo absolutamente nada, señor. Estoy curado, señor. Mercurio. —El rostro le tembló—. Pregúntele al cirujano, señor, él se lo dirá.

Morris dudó mientras pensaba en Mary Bickerstaff. Pensaba mucho en Mary Bickerstaff. Su belleza se encargaba de que así fuera y los soldados en campaña se hallaban privados de belleza, de manera que el atractivo de Mary no hacía más que aumentar con cada kilómetro que el ejército marchaba hacia el oeste. Morris no estaba solo. La noche en la que había muerto el marido de Mary, los oficiales del 33.º, al menos aquellos que estaban para tales juegos, habían apostado sobre cuál de ellos sería el primero en llevarse a la viuda a la cama y hasta el momento nadie lo había conseguido. Morris quería ganar, no tan sólo por las catorce guineas que acumularía aquel que la sedujera con éxito, sino porque además estaba loco por ella. Poco después de que hubiese enviudado, le había pedido a Mary que le hiciera la colada, pensando que de ese modo podría iniciar la intimidad que ansiaba, pero ella se negó con un desprecio lacerante. Morris quería castigarla por aquel desprecio y Hakeswill, con su intuición para las debilidades de otras personas, se dio cuenta de lo que Morris quería y prometió arreglarlo todo. Hakeswill le aseguró a su resentido oficial que Naig tenía una manera de someter a las chicas que se resistían.

—No ha nacido todavía la *bibbi* que *el Asqueroso* no pueda domar, señor —le había prometido Hakeswill a Morris—, y ofrecerá una pequeña fortuna por una verdadera blanca. No es que la señora Bickerstaff sea una auténtica blanca, señor, no como una cristiana, pero en la oscuridad no se notará. —El sargento necesitaba que Morris le ayudara a librar a la señora Bickerstaff de Richard Sharpe y como aliciente le había ofrecido a Morris el libre acceso a la tienda de Naig. A cambio, Morris lo sabía, Hakeswill esperaba contar con su patrocinio de por vida. A medida que Morris ascendiera de rango en el Ejército, Hakeswill lo seguiría ineluctablemente y a cada paso el sargento cosecharía más poder e influencia.

—Y bien, ¿cuándo va a quitarle a Sharpe de encima a la señora Bickerstaff? —preguntó Morris al tiempo que se abrochaba el cinturón de la espada.

—Esta noche, señor. Con su ayuda. A eso de medianoche ya estará usted de vuelta, me imagino.

—Podría ser.

—Si es así, señor, lo pillaremos. Esta noche, señor.

Morris se encasquetó el sombrero de tres picos, se cercioró de que su monedero estuviera en el bolsillo del faldón de su casaca y se agachó bajo la muselina.

—Adelante, sargento —le dijo desde allí.

—¡Señor! —Hakeswill permaneció en posición de firmes durante diez segundos enteros después de que el capitán se hubiese ido y entonces, con una taimada sonrisa que se agitaba en su rostro desigual, se adentró en la noche después de Morris.

A unos treinta kilómetros hacia el sur había un templo. Era un lugar antiguo situado en lo profundo del campo, uno de los santuarios hindúes a los que acudían los campesinos en las fiestas y grandes ocasiones para honrar a sus dioses y rezar por un monzón oportuno, por una buena cosecha y por la ausencia de caudillos. Durante el resto del año el templo quedaba abandonado y sus dioses, altares y chapiteles suntuosamente tallados servían de hogar a escorpiones, serpientes y monos.

El templo estaba rodeado por un muro que se atravesaba por una puerta, aunque el muro no era alto y la puerta siempre estaba abierta. Los aldeanos dejaban pequeñas ofrendas de hojas, flores y comida en las hornacinas de los pilares de la puerta y en ocasiones entraban en el propio templo, cruzaban el patio y trepaban al santuario interior, donde colocaban sus pequeñas ofrendas bajo la imagen de un dios, pero por la noche, cuando el cielo indio se extendía con toda su negrura sobre una tierra agotada por el calor, a nadie se le ocurriría nunca molestar a los dioses.

Pero aquella noche, la noche después de la batalla, un hombre entró en el templo. Era alto y delgado, con el pelo blanco y un rostro áspero y bronceado. Tenía más de sesenta años, pero su espalda todavía estaba recta y se movía con la facilidad de una persona mucho más joven. Al igual que muchos de los europeos que habían vivido

mucho tiempo en la India, era propenso a accesos de fiebre debilitante, pero, por lo demás, gozaba de un excelente estado de salud, y el coronel Héctor McCandless atribuía esa buena salud a su religión y a un régimen que evitaba el alcohol, el tabaco y la carne. Era de religión calvinista, puesto que Héctor McCandless había crecido en Escocia y nunca había olvidado las lecciones piadosas que le inculcaron a golpes en su joven y ferviente alma. Era un hombre honrado, exigente y sensato.

Su alma ya tenía mucha experiencia, pero aun así la ofendieron aquellos ídolos que reflejaban la débil luz de la linterna que había encendido nada más entrar por la puerta siempre abierta del templo. Ya hacía más de dieciséis años que vivía en la India y estaba más acostumbrado a aquellos santuarios paganos que a las iglesias presbiterianas de su niñez, mas, de todos modos, siempre que veía aquellos extraños dioses con su multiplicidad de brazos, sus cabezas de elefante, sus rostros coloreados de forma grotesca y sus máscaras con sombreretes de cobra le acometía un sentimiento de desaprobación. Nunca mostraba tal desaprobación, porque de hacerlo hubiese puesto en peligro el cumplimiento de su deber, y McCandless era un hombre que creía que el deber era un señor al que solamente superaba Dios.

Llevaba la casaca roja y la falda escocesa de la Brigada Escocesa del Rey, un regimiento de las Highlands que en dieciséis años no había visto las adustas facciones de McCandless. Había servido en la brigada durante más de treinta años, pero la falta de fondos había obstaculizado su ascenso, de manera que, con el consentimiento de su coronel, había aceptado un trabajo en el ejército de la Compañía de las Indias Orientales que gobernaba aquellas partes de la India que se hallaban bajo dominio británico. En sus tiempos había comandado batallones de cipayos, pero su gran pasión era la topografía. Había trazado el mapa de la costa de Coromandel, de los grandes humedales del río Hoogli y en una ocasión había recorrido Mysore a caballo a todo lo largo y ancho, y mientras estaba dedicado a eso había aprendido una media docena de lenguas indias y conocido a un montón de príncipes, rajas y nababs. Pocas personas había que comprendieran la India como McCandless, motivo por el cual la Compañía lo había ascendido a coronel y lo había adscrito al ejército británico como jefe del servicio de inteligencia. El cometido de McCandless era informar al general Harris de los efectivos y preparativos enemigos y, en particular, descubrir qué tipo de defensas esperaban a los ejércitos aliados cuando llegaran a Seringapatam.

Fue la búsqueda de aquella respuesta en concreto lo que había llevado al coronel McCandless hasta aquel antiguo templo. Había inspeccionado el santuario siete años antes, cuando el ejército de lord Cornwallis marchó sobre Mysore, y ya entonces McCandless había admirado los extraordinarios tallados que cubrían cada centímetro de las paredes del templo. Tanta decoración había ofendido los principios religiosos del escocés, pero era un hombre demasiado honesto para negar que los antiguos mamposteros fueron unos maravillosos artesanos, puesto que las esculturas que había

allí eran igual de magníficas, si no más, que cualquiera de las creadas en la Europa medieval. La tenue luz amarillenta de su linterna bañaba elefantes engualdrapados, dioses furibundos y ejércitos en marcha, todos hechos de piedra.

Ascendió por las escaleras hasta la capilla central, pasó entre sus inmensos pilares achaparrados y entró en el santuario. Allí el techo, bajo la alta torre tallada del templo, mostraba unas modeladas flores de loto. Los ídolos miraban con ojos extraviados desde sus nichos con flores y hojas secándose a sus pies. El coronel dejó el farol sobre las losas del suelo, se sentó con las piernas cruzadas y esperó. Cerró los ojos y dejó que sus oídos identificaran los ruidos de la noche más allá de las paredes del templo. McCandless había acudido a aquel remoto templo con una escolta de seis lanceros indios, pero la había dejado a unos tres kilómetros de distancia, por temor a que su presencia inhibiera al hombre con el que esperaba encontrarse. De manera que entonces se limitó a esperar con los ojos cerrados y los brazos cruzados, y al cabo de un rato oyó el golpe de un casco sobre la tierra seca, el tintineo de una cadena de bridón y luego, una vez más, silencio. Y siguió aguardando con los ojos cerrados.

—Si no llevara ese uniforme —dijo una voz al cabo de unos instantes— pensaría que estaba usted orando.

—El uniforme no me inhabilita para la oración, no más de lo que lo hace el suyo —respondió el coronel al tiempo que abría los ojos. Se puso en pie—. Bienvenido, general.

El hombre que estaba frente a McCandless era más joven que el escocés pero igual de alto y delgado. Appah Rao era entonces general de las fuerzas del Tippoo, pero antaño, hacía muchos años, había sido un oficial en uno de los batallones cipayos de McCandless y era aquella vieja relación, que había rayado en amistad, la que había convencido a McCandless de que valía la pena arriesgar la propia vida para hablar con Appah Rao. Éste había servido a las órdenes de McCandless hasta que su padre murió y entonces, formado como soldado, había vuelto a su Mysore natal. Aquel día había observado desde la colina cómo la infantería del Tippoo había sido masacrada por una simple descarga británica. La experiencia lo había amargado, pero forzó una renuente cortesía en su voz.

—Así que sigue usted vivo, comandante. —Appah Rao habló en kanarés, el idioma de los nativos de Mysore.

—Sigo vivo y ahora soy todo un coronel. —McCandless respondió en la misma lengua—. ¿Nos sentamos?

Appah Rao soltó un gruñido y se sentó frente a McCandless. Junto a él, al otro lado del patio situado a un nivel más bajo, enmarcados por la puerta del templo, había dos soldados. Eran la escolta de Appah Rao y McCandless sabía que debían de ser hombres de confianza, porque si el Tippoo llegaba a descubrir que había tenido lugar aquel encuentro, Appah Rao y toda su familia morirían. A menos, claro está, que el

Tippoo ya lo supiera y estuviera utilizando a Appah Rao para hacer alguna canallada por su cuenta.

El general del Tippoo iba vestido con la túnica de franjas atigradas de su señor, pero encima llevaba un fajín de la mejor seda y sobre el hombro una segunda banda de seda de la que colgaba una espada con empuñadura de oro. Sus botas eran de cuero encarnado y por sombrero llevaba una banda de moaré rojo enrollada a la cabeza, en la que una piedra preciosa de color azul lechoso brillaba suavemente con la luz parpadeante de la linterna.

—¿Estuvo hoy en Malavelly? —le preguntó a McCandless.

—Sí —respondió McCandless. Malavelly era la aldea más cercana al lugar donde se había desarrollado la batalla.

—Así pues, ¿sabe lo que ocurrió?

—Sé que el Tippoo sacrificó a cientos de personas de su pueblo —dijo McCandless—. De vuestra gente, general, no de la suya.

Appah Rao desestimó la distinción.

—La gente le sigue.

—Porque no tienen elección. Le siguen, pero, ¿lo quieren?

—Algunos sí —respondió Appah Rao—. Pero, ¿qué importa eso? ¿Por qué debería querer un gobernante el amor de su pueblo? Su obediencia sí, pero ¿amor? El amor es para los niños, McCandless, y para los dioses y las mujeres.

McCandless sonrió, cediendo tácitamente en la discusión, que no era importante. No tenía que convencer a Appah Rao para una traición, la misma presencia del general de Mysore era una evidencia de que ya estaba a medio camino de traicionar al Tippoo, pero McCandless no esperaba que el general transigiera gentilmente. Allí había orgullo en juego, y el orgullo de Appah Rao era grande y hacía falta manejarlo con el mismo cuidado que el percutor de una pistola de duelo. Appah Rao siempre había sido de esa manera, incluso cuando era un joven en el ejército de la Compañía, y McCandless aprobaba aquella arrogancia. Él siempre había respetado a Appah Rao, y seguía haciéndolo, y creía que Appah Rao correspondía a ese respeto. Era por ese convencimiento que el coronel había mandado un mensaje a Seringapatam. El mensaje lo llevó uno de los agentes nativos de la Compañía que deambulaba a guisa de faquir desnudo por el sur de la India. El mensaje se había escondido en el largo y grasiento pelo de aquel hombre y había invitado a Appah Rao a una reunión con su antiguo oficial al mando. La respuesta había especificado aquel templo y aquella noche para el encuentro. Appah Rao estaba coqueteando con la traición, pero eso no significaba que la encontrara fácil o agradable.

—Tengo un regalo —dijo McCandless cambiando de tema— para su raja.

—Le hacen falta los regalos.

—Entonces éste llega con nuestra más humilde deferencia y el mayor de los

respetos. —McCandless sacó una bolsa de cuero de su escarcela y la puso junto al farol. La bolsa tintineó cuando la dejó en el suelo y, aunque Appah Rao le echó un vistazo, no la cogió—. Dígale a su raja —dijo McCandless— que nuestro deseo es hacer que vuelva a ocupar el trono.

—¿Y quién se pondrá detrás de su trono? —quiso saber Appah Rao—. ¿Soldados con casaca roja?

—Usted —respondió McCandless—, como siempre hizo su familia.

—¿Y usted? —preguntó el general—. ¿Qué quiere?

—Comerciar. A eso se dedica la Compañía: al comercio. ¿Por qué tendríamos que convertirnos en gobernantes?

Appah Rao adoptó un aire despectivo.

—Porque es lo que siempre hacen ustedes. Llegan como mercaderes, pero traen armas y las utilizan para transformarse en recaudadores de impuestos, jueces y verdugos. Luego traen sus iglesias. —Se estremeció.

—Venimos a comerciar —insistió McCandless con serenidad—. ¿Y qué preferiría usted, general? ¿Comerciar con los británicos o ser gobernado por los musulmanes?

McCandless sabía que aquella era la cuestión que había llevado a Appah Rao hasta aquel templo en medio de la noche oscura. Mysore era un estado hindú y sus antiguos gobernantes, los Wodeyar, eran hindúes como su pueblo, pero el padre del Tippoo, el temible Hyder Alí, había venido del norte y había conquistado su estado, y el Tippoo había heredado el trono usurpado por su padre. Para otorgarse una pizca de legalidad, el Tippoo, al igual que su padre antes que él, mantuvo con vida a la antigua familia reinante, pero los Wodeyar se hallaban entonces sumidos en la pobreza y su presencia restringida únicamente a las ceremonias. El nuevo raja apenas era más que un niño, pero para muchos de los hindúes de Mysore seguía siendo su legítimo monarca, aunque ésa era una opinión que convenía ocultar al Tippoo.

Appah Rao no había contestado a la pregunta del escocés, por lo que McCandless la formuló de otra manera.

—¿Es usted el último oficial de alto rango hindú en el ejército del Tippoo?

—Hay otros —dijo Appah Rao a modo de evasiva.

—¿Y el resto?

Appah Rao hizo una pausa.

—Sirvieron de comida a sus tigres —admitió al fin.

—Y pronto, general —dijo McCandless en voz baja—, ya no habrá más oficiales hindúes en Mysore y sí algunos tigres muy gordos. Y aunque nos derrote no estará a salvo. Vendrán los franceses.

Appah Rao se encogió de hombros.

—Ya hay franceses en Seringapatam. No nos exigen nada.

—Todavía —replicó McCandless con tono ominoso—. Pero déjeme que le cuente

lo que se cuece en el ancho mundo, general. Hay un nuevo general francés llamado Bonaparte. Ahora su ejército está asentado en el Nilo, pero en Egipto no hay nada que interese a Bonaparte o a los franceses. Tienen la mirada puesta en la India. Bonaparte escribió al Tippoo a principios de año. ¿Le enseñó el Tippoo su carta? —Appah Rao no dijo nada y McCandless entendió que su silencio significaba que Rao no sabía nada de la carta del general francés, así que sacó un trozo de papel de su escarcela—. ¿Habla usted francés, general?

—No.

—Entonces permítame que se lo traduzca. Uno de nuestros agentes copió la carta antes de que fuera enviada y reza así: «*Le sept pluvióse, Van six de la République Française*». Eso es el veintisiete de enero de este año para el resto de nosotros, y dice: «He llegado a los límites del mar Rojo con un innumerable e invencible ejército con el deseo de librarle del yugo de Inglaterra». Tenga. —McCandless le ofreció la carta a Appah Rao—. Hay muchas más cosas así en la carta. Llévase la y busque a alguien que la traduzca.

—Le creo —dijo Appah Rao sin hacer ningún caso de la carta que le ofrecían—. Pero, ¿por qué debería temer a este general francés?

—Porque el aliado de Bonaparte es el Tippoo y Bonaparte ambiciona quedarse con el comercio de la Compañía. Su victoria fortalecerá a los musulmanes y debilitará a los hindúes. Pero si ve derrotada a Mysore y a vuestro raja de nuevo en el trono de sus antepasados, y si ve a un ejército hindú con el general Appah Rao al frente, entonces se lo pensará dos veces antes de embarcar. Bonaparte necesita aliados en esta tierra, y sin Mysore no tendrá ninguno.

Appah Rao frunció el ceño.

—Ese tal Bonaparte, ¿es musulmán?

—Simpatiza con los musulmanes, pero no profesa ninguna religión, que nosotros sepamos.

—Si es amigo de los musulmanes —observó Appah Rao—, ¿por qué no tendría que serlo también de los hindúes?

—Porque es a los musulmanes a quien quiere por aliados. Los recompensará.

Appah Rao se movió sobre el duro suelo.

—¿Por qué no deberíamos dejar que ese tal Bonaparte viniera y les derrotara a ustedes?

—Porque con ello daría al Tippoo todo el poder y después de eso, general, ¿cuánto tiempo cree usted que seguiría habiendo hindúes a su servicio? ¿Y cuánto tiempo vivirían los Wodeyar que aún quedarán? El Tippoo mantiene a la familia Wodeyar con vida porque necesita la infantería y caballería hindúes, pero si ya no tiene enemigos, ¿por qué va a querer amigos renuentes?

—¿Y ustedes restaurarán a los Wodeyar?

—Lo prometo.

Appah Rao dirigió la mirada más allá de McCandless, alzándola hacia la pequeña luz que se reflejaba en la serena imagen de una diosa hindú. El templo seguía allí, al igual que todos los demás templos de Mysore, porque aunque el Tippoo era musulmán no había derribado los santuarios hindúes. En realidad, lo mismo que su padre, el Tippoo había restaurado algunos de esos templos. La vida no era difícil bajo el régimen del Tippoo, pero igualmente él no era el gobernante ancestral del país de Appah Rao. El auténtico soberano era un chico al que mantenían sumido en la pobreza en una pequeña casa de un callejón de Seringapatam, y la oculta lealtad de Appah Rao era para la dinastía Wodeyar, no para los musulmanes intrusos. Los oscuros ojos del general miraron a McCandless.

—Ustedes los británicos capturaron la ciudad hace siete años. ¿Por qué no sustituyeron entonces al Tippoo?

—Fue un error —admitió McCandless con franqueza—. Creímos que podíamos confiar en que cumpliera sus promesas, pero nos equivocamos. Esta vez, si Dios quiere, lo reemplazaremos. Un hombre que ha sido mordido por una serpiente una vez no deja a ésta con vida para que lo muerda en una segunda ocasión.

Appah Rao le dio vueltas al asunto durante un rato. Los murciélagos revoloteaban en el patio. Los dos hombres que había en la puerta observaban mientras McCandless dejaba que el silencio se prolongara. El coronel sabía que no serviría de nada presionar demasiado a aquel general, pero McCandless sabía también que no necesitaba hacerlo. Tal vez Appah Rao no tuviera la certeza de que una victoria británica fuera lo que más interesara a Mysore, pero, ¿de qué les servía ese interés en aquellos tiempos difíciles y confusos? Appah Rao tenía que elegir entre los usurpadores musulmanes y la dominación extranjera, y McCandless era perfectamente consciente de la hirviente desconfianza que existía entre hindúes y musulmanes. Era esa brecha la que estaba asaltando el escocés con la esperanza de poder ensanchar la grieta y lograr una traición completa.

Al final Appah Rao sacudió la cabeza, luego levantó un brazo e hizo una seña. Uno de los dos hombres que había en la puerta se acercó corriendo y se arrodilló junto al general. Era un joven de asombroso atractivo, con el pelo negro y un rostro largo y delicado de fuerte osamenta y mirada desafiante. Al igual que Appah Rao, llevaba la túnica atigrada y una espada con empuñadura de oro que colgaba de su cadera.

—Éste es Kunwar Singh. —Appah Rao presentó al joven—. Es el hijo de un primo mío —dio a conocer la relación con vaguedad, dando a entender que no era muy estrecha— y comandante de mi escolta.

McCandless miró a Kunwar Singh a los ojos.

—Haga bien su trabajo, amigo mío. Su señor es una persona muy valiosa.

Kunwar Singh sonrió y entonces, cuando Appah Rao le dio la señal, sacó un rollo de papel del interior de su túnica. Desenrolló la hoja y sujetó las cuatro esquinas al suelo poniendo sobre ellas una pistola, un cuchillo, un puñado de balas y la linterna.

McCandless se inclinó hacia delante. El rollo era un mapa que mostraba la gran isla del río Cauvery en la que se erigía Seringapatam, la capital del Tippoo. La ciudad fortificada ocupaba el extremo occidental de la isla, en tanto que al otro lado de sus muros, hacia el este, había jardines de recreo, barrios residenciales, el Palacio de Verano del Tippoo y el mausoleo donde el temible Hyder Alí estaba enterrado.

Appah Rao sacó un cuchillo del cinturón. Dio unos golpecitos en la ribera norte de la isla, frente al cauce principal del Cauvery.

—Aquí es por donde cruzó el general Cornwallis. Pero desde entonces las murallas se han reforzado. Los franceses nos aconsejaron sobre cómo hacerlo. Hay cañones nuevos en los muros, cientos de ellos. —Levantó la mirada hacia McCandless—. Quiero decir cientos, McCandless. No es una exageración. Al Tippoo le gustan mucho los cañones y misiles. Tiene a miles de artilleros y enormes arsenales repletos de armas. Todo esto —hizo resbalar el cuchillo por los muros que daban al río— ha sido reconstruido, vuelto a fortificar y dotado de cañones y lanzamisiles.

—Nosotros también tenemos cañones —dijo McCandless.

Appah Rao hizo caso omiso del comentario. En cambio, volvió a dar golpecitos con el cuchillo sobre las murallas del lado oeste que daban al ramal más pequeño del Cauvery.

—En esta época del año, McCandless, el río aquí es poco profundo. Los cocodrilos se han ido a las charcas más hondas y se puede cruzar el río andando sin mojarse las rodillas. Y cuando su ejército llegue a Seringapatam verán que estos muros —volvió a dar unos toques sobre las fortificaciones del oeste— no han sido reconstruidos. Están hechos de adobe y las lluvias han ido desmenuzando la muralla. Tiene aspecto de ser un punto débil y estarán tentados de atacar allí. No lo hagan, porque ése es el lugar por donde el Tippoo quiere que ataquen. —Un escarabajo llegó volando, se posó sobre el mapa y se puso a andar por la línea que señalaba las murallas del oeste. Appah Rao apartó suavemente al insecto—. Aquí hay otro muro, uno nuevo, escondido tras esa muralla, McCandless, y cuando sus hombres atraviesen el primer muro se hallarán en una trampa. Esto —señaló un bastión que conectaba el muro exterior con el interior— era antes una compuerta, pero la han bloqueado y dentro hay cientos de libras de pólvora. En cuanto sus hombres queden atrapados entre los dos muros, el Tippoo tiene previsto volar la mina. —Appah Rao se encogió de hombros—. Centenares de libras de pólvora, McCandless, esperándoles a ustedes. Y cuando ese ataque haya fracasado no tendrán tiempo de preparar otro antes de que llegue el monzón; cuando lleguen.

—¡Miles! —El tono de Appah Rao remedó con burla aquella afirmación—. Puede que tenga usted miles de soldados, coronel, pero el Tippoo tiene tigres. —Se dio la vuelta y caminó hacia la puerta exterior del templo, seguido de Kunwar Singh.

McCandless quemó la copia de la carta de Bonaparte, esperó otra media hora y entonces abandonó el templo tan silenciosamente como había llegado a él. Se reuniría con su escolta, dormiría unas cuantas horas y luego cabalgaría con su valioso secreto hacia el ejército que aguardaba.

Pocos fueron los soldados del 33.º que durmieron aquella noche, puesto que la excitación de combatir y vencer a las famosas tropas del Tippoo los había llenado de una energía nerviosa. Algunos se gastaron el botín en *arrack* y éstos se quedaron dormidos muy pronto, pero los demás permanecieron junto a sus hogueras y se relajaron de la breve tensión de aquel día. Para la mayoría de los soldados había sido la primera batalla y, a partir de esa pobre evidencia, construyeron una imagen de la guerra y de su propia valentía.

Mary Bickerstaff estaba sentada con Sharpe y escuchaba pacientemente los relatos. Estaba acostumbrada a las historias de soldados y era lo bastante astuta para saber quienes exageraban sus proezas y quiénes fingían no haber sentido náuseas ante el horror de muertos y heridos. Sharpe, al volver de la tienda del capitán Morris con la noticia de que el capitán le pediría permiso al comandante para que se pudieran casar, se quedó en silencio y Mary intuyó que en realidad no estaba escuchando las historias, ni siquiera cuando aparentaba que le divertían o asombraban.

—¿Qué pasa? —le preguntó al cabo de un buen rato.

—Nada, nena.

—¿Estás preocupado por el capitán Morris?

—Si él dice que no se lo pediremos al comandante Shee —dijo Sharpe con una confianza que no tenía del todo. Morris era un cabrón, pero Shee era un borracho y en realidad no había gran diferencia entre ellos. Sharpe tenía entendido que el teniente coronel Arthur Wellesley, el verdadero oficial al mando del 33.º, era un hombre que podría ser razonable, pero a Wellesley lo habían designado temporalmente para ocupar el puesto de uno de los dos segundos al mando del ejército, de modo que se había sacado de encima todos los asuntos del regimiento—. Obtendremos el permiso que necesitamos —le dijo a Mary.

—¿Entonces qué es lo que te preocupa?

—Ya te lo he dicho. Nada.

—Estás a kilómetros de distancia, Richard.

Él vaciló.

—Ojalá lo estuviera.

Mary apretó más la mano sobre sus dedos y luego bajó la voz hasta que fue

apenas más fuerte que un susurro.

—¿Estás pensando en escaparte, Richard Sharpe?

El se echó hacia atrás, apartándose del fuego, tratando de crear un pequeño espacio privado donde pudiera hablar sin que nadie le oyera.

—Tiene que haber una vida mejor que ésta, amor —dijo.

—¡No lo hagas! —protestó Mary con ferocidad pero poniéndole la mano en la mejilla al hablar. Algunos de los soldados que había al otro lado de la hoguera vieron aquel gesto de ternura y lo acogieron con un coro de abucheos y silbidos. Mary no les hizo ni caso—. Te atraparán, Richard —insistió—, te atraparán y te fusilarán.

—No si corremos lo bastante rápido.

—¿Corremos? —preguntó ella con cautela.

—Puede que te necesite, nena.

Mary le agarró una mano y se la apretó.

—Escucha —dijo entre dientes—. ¡Esfuérzate para ser sargento! En cuanto seas sargento tendrás el futuro resuelto. ¡Hasta podrías llegar a oficial! ¡No te rías, Richard! El señor Lambert de Calcuta fue sargento, y soldado raso antes de eso. Lo ascendieron a alférez.

Sharpe sonrió y le acarició la mejilla con el dedo.

—Estás loca, Mary. Te quiero, pero estás loca. ¡No podría ser oficial! ¡Tienes que saber leer!

—Yo puedo enseñarte —le dijo Mary.

Sharpe la miró un poco sorprendido. No sabía que ella supiera leer y el hecho de enterarse hizo que se sintiera un tanto nervioso en su presencia.

—De todos modos, no me gustaría ser oficial —dijo con tono mordaz—. Son todos una panda de cabrones estirados.

—Pero puedes ser sargento —insistió Mary—, y de los buenos. Pero no te vayas, amor. Hagas lo que hagas, no te vayas.

—¿No son éstos los tortolitos? —la voz socarrona del sargento Hakeswill irrumpió en su conversación—. ¡Qué dulce!, ¿verdad? Da gusto ver a un par de enamorados. Le devuelve a uno la fe en la naturaleza humana, sí que lo hace.

Sharpe y Mary se pusieron derechos y se soltaron las manos mientras el sargento atravesaba el círculo de soldados que había junto al fuego.

—Le necesito, Sharpy —dijo Hakeswill cuando llegó a su lado—. Tengo un mensaje para usted, sí. —Se llevó una mano al sombrero mirando a Mary—. Usted no, señora —dijo cuando ella se levantó para acompañar a Sharpe—. Este es un asunto de hombres, señora Bickerstaff. Cosas de soldados. No son cosas de *bibbis*. ¡Vamos, Sharpy! ¡No tengo toda la noche! ¡Venga, ánimo! —Se alejó dando grandes zancadas, golpeando el suelo con el extremo de su alabarda al tiempo que se abría paso entre las hogueras—. Tengo noticias para usted, Sharpy —gritó por encima del

hombro—, buenas noticias, muchacho, buenas noticias.

—¿Puedo casarme? —preguntó Sharpe con impaciencia.

Hakeswill lanzó una mirada maliciosa hacia atrás mientras conducía a Sharpe hacia las hileras de caballos de los oficiales que estaban atados a unas estacas.

—Y bueno, ¿por qué querría casarse un muchacho como tú? ¿Por qué desperdiciar toda su leche con una *bibbi*, eh? ¡Y con una de segunda mano, además! Los despojos que ha dejado otro hombre, eso es lo único que es Mary Bickerstaff. Debería ir a repartiendo por ahí, chico. Divertirse mientras todavía es joven. —Hakeswill se abrió camino a empujones entre los caballos para llegar al oscuro espacio entre las dos reatas de caballerías, y una vez allí se giró de cara a Sharpe—. Buenas noticias, Sharpe. No puede casarse. Se le ha denegado el permiso. ¿Quiere saber por qué, muchacho?

Sharpe sintió que sus esperanzas se venían abajo. En ese momento odiaba a Hakeswill más que nunca, pero su orgullo lo obligaba a no demostrar ese odio, ni tampoco su desilusión.

—¿Por qué? —preguntó.

—Le diré por qué, Sharpy —contestó Hakeswill—. ¡Y estése quieto, muchacho! ¡Cuando un sargento se digna hablar con usted, tiene que permanecer quieto! ¡Firmes! Eso está mejor, muchacho. Un poco de respeto, como el que se debe mostrar a un sargento. —Su rostro se convulsionó cuando esbozó una sonrisa—. ¿Quiere saber por qué, chico? Porque yo no quiero que se case con ella, Sharpy, ése es el motivo. No quiero que la señora Bickerstaff se case con nadie. Ni con usted, ni conmigo, ni siquiera con el mismísimo rey de Inglaterra, que Dios lo bendiga. —Daba vueltas en círculo alrededor de Sharpe mientras hablaba—. ¿Y sabe por qué, muchacho? —Se detuvo frente a Sharpe y acercó su cara hacia la del joven—. Porque la señora Bickerstaff es una *bibbi*, Sharpy, con posibilidades. ¡Posibilidades! —Soltó una risita ante su broma—. Tiene futuro, ella. —Volvió a sonreír, la sonrisa de pronto se torció y su rostro tembló con aquel rictus deforme suyo. ¿Le suena un tal Naig? ¿Naig *el Asqueroso*? ¡Respóndame, chico!

—He oído hablar de él —dijo Sharpe.

—Un gordo cabrón, Sharpy, eso es lo que es. Gordo y rico. Monta en un elefante, sí señor, y tiene una docena de tiendas verdes. Uno de los seguidores del ejército, Sharpy, y tan rico como puede llegar a ser un hombre. Más rico de lo que nunca será usted, Sharpy, ¿y sabe por qué? Porque Naig *el Asqueroso* les proporciona las mujeres a los oficiales, por eso. Y no me refiero a esas rancias putillas que los otros paganos les alquilan a ustedes los soldados rasos, estoy hablando de las mujeres deseables, Sharpy. Deseables. —Pronunció lentamente la palabra—. *El Asqueroso* tiene todo un rebaño de putas caras, Sharpy, lo tiene, todas viajando en esas carretas cerradas con las cortinas de colores. Esos vagones están llenos de la carne de los

oficiales: gordas, flacuchas, morenas, rubias, sucias, limpias, altas, bajas, de todos los tipos, y todas ellas son más guapas de lo que usted podría imaginarse, pero no hay ninguna tan hermosa como la señora Bickerstaff, ninguna con un aspecto tan blanco y atractivo como el de Mary, y si una cosa quiere de vez en cuando un oficial que está en el extranjero, Sharpy, es un poco de carne blanca. Ése es el gusanillo que tiene Morris, Sharpy, y le pica de mala manera, pero él no es distinto de los demás. Se aburren de la carne negra, Sharpy. ¡Y los oficiales indios! Naig dice que pagarán el sueldo de un mes por una blanca. ¿Me sigue, Sharpy? Usted y yo llevamos el mismo paso, ¿no?

Sharpe no dijo nada. Había necesitado de toda su autodisciplina para no golpear al sargento y Hakeswill lo sabía y se burló de él por ello.

—¡Vamos, Sharpy! ¡Pégume! —lo provocó Hakeswill, y cuando Sharpe no se movió, el sargento soltó una carcajada—. No tiene agallas, ¿verdad?

—Encontraré el momento y el lugar —dijo Sharpe enojado.

—¡El momento y el lugar! ¡Mira cómo habla! —se rió Hakeswill, y empezó a dar vueltas alrededor de Sharpe otra vez—. Hicimos un trato, *el Asqueroso* y yo. Él y yo somos como hermanos, igual que hermanos. Nos comprendemos el uno al otro, ¿sabe?, y *el Asqueroso* está muy interesado en su pequeña Mary. Por las ganancias, ¿sabe, chico? Y yo me llevaré una tajada.

—Mary se queda conmigo, sargento —dijo Sharpe tercamente—, tanto si estamos casados como si no.

—¡Oh, Sharpy, por Dios! No lo entiende, ¿verdad? No me ha escuchado, ¿no es cierto? *El Asqueroso* y yo hemos hecho un trato. Brindamos por ello, sí, y no con *arrack*, no, sino con verdadero brandy de caballeros. Yo le doy a la señora Bickerstaff y él me da la mitad del dinero que ella gane. Me estafará, por supuesto que me estafará, pero ella ganará tanto que eso no tendrá importancia. No tendrá elección, Sharpy. La atraparán durante la marcha y se la entregarán a uno de los hombres del *Asqueroso*. A uno de esos feos cabrones. La violarán con maldad, la azotarán cada noche y al final, Sharpy, hará lo que se le diga. Así es como funciona el negocio, Sharpy, lo dicen las Escrituras, ¿y cómo va usted a impedirlo? Respóndame a eso, chico. ¿Va usted a darme más de lo que me pagará *el Asqueroso*? —Hakeswill se detuvo frente a Sharpe, esperó una respuesta y, como no hubo ninguna, sacudió la cabeza con sorna—. Es usted un niño que juega a juegos de adultos, Sharpy, y va a perder a menos que sea un hombre. ¿Es lo bastante hombre para pelear conmigo aquí mismo? ¿Acabar conmigo? ¿Afirmar que un caballo me coceó durante la noche? Puede intentarlo, Sharpy, pero no es usted lo bastante hombre para hacerlo, ¿o sí?

—¿Pegarle, sargento —dijo Sharpe—, para que me acusen y me azoten? No soy tonto.

Hakeswill realizó una elaborada pantomima mirando a derecha e izquierda.

—Aquí no hay nadie más que usted y yo, Sharpy. ¡Es un lugar lo bastante íntimo! Sharpe contuvo las ganas de emprenderla a golpes con su perseguidor.

—No soy tonto —volvió a decir mientras permanecía tozudamente en posición de firmes.

—Sí que lo es, muchacho. Tonto de capirote. ¿No lo entiende? ¡Le estoy ofreciendo la salida de un soldado! Olvídese de los malditos oficiales, bobo. Usted y yo, Sharpy, somos soldados, y los soldados arreglan sus diferencias peleando. Lo dice así en las Escrituras, ¿no es cierto? Así que, pégueme, muchacho, pégueme aquí y ahora, vézame en una pelea limpia y le garantizo que puede quedarse con la señora Bickerstaff para usted sólito. —Hizo una pausa, alzando su rostro sonriente delante de las narices de Sharpe—. Se lo prometo, Sharpy. Pelee conmigo ahora, honesta y limpiamente, y nuestra discusión habrá terminado. Pero no es lo bastante hombre para hacerlo, ¿no es cierto? No es más que un niño.

—No voy a caer en su trampa, sargento —dijo Sharpe.

—No es ninguna trampa, chico —replicó Hakeswill con voz ronca. Se distanció dos pasos de Sharpe, dio la vuelta a su alabarda y clavó con fuerza su punta de acero en la hierba—. Puedo derrotarle, Sharpy, eso es lo que creo. Tengo un poco de mundo. Sé pelear. Puede que usted sea más alto que yo y tal vez más fuerte, pero no es tan rápido y no juega ni la mitad de sucio. Le voy a machacar sus malditas entrañas y cuando haya terminado con usted llevaré a Mary a las tiendas del *Asqueroso* y obtendré mi dinero. Pero no si usted me gana, chico. Si me gana, palabra de honor de soldado, convenceré al capitán Morris para que le dé permiso para casarse. Tiene mi palabra, chico. Palabra de soldado. —Esperó una respuesta—. Usted no es un soldado —dijo con desprecio al ver que Sharpe seguía en silencio—. ¡No tiene agallas! —Se acercó a Sharpe y le cruzó la cara de un fuerte bofetón—. No es más que una florecilla, ¿no es cierto? La florecilla del teniente Lawford. ¡Tal vez sea por eso que no tiene agallas para pelear por su Mary!

El último insulto hizo que Sharpe pegara a Hakeswill. Lo hizo con fuerza y rapidez. Le propinó un golpe bajo en el estómago que dejó al sargento doblado en dos y luego lanzó con fuerza su otra mano contra la cara del sargento, con lo que le partió la nariz a Hakeswill y le echó la cabeza hacia atrás a causa del impacto. Sharpe levantó la rodilla, no le acertó en la entrepierna al sargento pero ya tenía agarrado el apelmazado cabello de Hakeswill con la mano izquierda, y con los dedos de la derecha trataba de encontrar los globos oculares del sargento que chillaba cuando de repente, desde allí cerca, a su espalda, una voz empezó a gritar.

—¡Guardia! —exclamó la voz—. ¡Guardia!

—¡Dios! —Sharpe soltó a su enemigo, se dio la vuelta y vio al capitán Morris justo al otro lado de las hileras de caballos. El alférez Hicks estaba con él.

Hakeswill había caído al suelo, pero ahora trataba de ponerse en pie agarrándose

al astil de su alabarda.

—¡Me atacó, señor, eso es lo que hizo! —El sargento apenas podía hablar a causa del dolor que tenía en el estómago—. ¡Se volvió loco, señor! ¡Loco, señor!

—No se preocupe, sargento, tanto Hicks como yo lo vimos —dijo Morris—. Vinimos a comprobar cómo estaban los caballos, ¿no es así, Hicks?

—Sí, señor —respondió Hicks. Era un hombre pequeño, muy entrometido, que nunca le llevaría la contraria a un superior. Si Morris afirmaba que las nubes estaban hechas de queso, Hicks se pondría firmes, movería la nariz y juraría y perjuraría que olían a Cheddar—. Es un caso clarísimo de agresión, señor —dijo el alférez—. Un ataque sin provocación.

—¡Guardia! —gritó Morris—. ¡Aquí! ¡Rápido!

El rostro de Hakeswill sangraba, pero el sargento logró esbozar una sonrisa burlona.

—Ya le tengo, Sharpy —dijo en un murmullo—, le tengo. Es una falta que se castiga con azotes.

—Hijo de puta —le dijo Sharpe en voz baja, y se preguntó si debía escapar. Se preguntó si tendría alguna posibilidad de huir de allí a salvo si echaba a correr y se adentraba en la oscuridad, pero el alférez Hicks había desenfundado su pistola y el sonido del percutor al amartillar el arma frenó el minúsculo impulso que sintió Sharpe de echar a correr.

Llegó un jadeante sargento Green con cuatro soldados de la guardia y Morris empujó los caballos a un lado para que pasaran entre ellos.

—Arreste al soldado Sharpe, sargento —le ordenó a Green—. Arresto riguroso. Atacó al sargento Hakeswill y Hicks y yo presenciamos la agresión. El alférez Hicks se encargará del papeleo.

—Con mucho gusto, señor —asintió Hicks. El alférez hablaba arrastrando las palabras, lo cual delataba que había estado bebiendo.

Morris miró a Sharpe.

—Esto significa un consejo de guerra, Sharpe —dijo el capitán, luego se dirigió de nuevo hacia Green, que no se había movido para obedecer sus órdenes—. ¡Hágalo!

—¡Señor! —respondió Green al tiempo que daba un paso adelante—. Vamos, Sharpy.

—No he hecho nada, sargento —protestó Sharpe.

—Vamos, muchacho. Ya se solucionará —dijo Green en voz baja, cogió a Sharpe por el codo y se lo llevó. Hicks fue con ellos, contento de complacer a Morris escribiendo el informe de la acusación.

Morris esperó hasta que el prisionero y su escolta se hubieron marchado y entonces le sonrió a Hakeswill.

—El chico fue más rápido de lo que usted creía, sargento.

—Ese es un diablo, señor, un diablo. Me rompió la nariz, eso hizo. —Hakeswill intentó enderezarse el cartílago con cuidado y la sangrante nariz dio un crujido horrible—. Pero su mujer es nuestra.

—¿Esta noche? —Morris no pudo ocultar la impaciencia en su voz.

—Esta noche no, señor —respondió Hakeswill en un tono que daba a entender que el capitán había hecho una estúpida sugerencia—. Ya habrá bastantes problemas en la compañía con Sharpe arrestado, señor, y si vamos a por su *bibbi* esta noche se armará un follón excepcional. La mitad de esos cabrones están hasta arriba de *arrack*. No, señor. Espere a que a ese hijo de puta lo azoten hasta morir. Espere hasta entonces, señor, y todos estarán dóciles como corderos. Dóciles como corderos. Los azotes tienen ese efecto en los soldados. Los calman de mala manera, eso es lo que hacen unos buenos azotes. Todo habrá terminado en un par de días, señor.

Morris se estremeció cuando Hakeswill volvió a intentar enderezarse la nariz.

—Será mejor que vaya a ver al señor Micklewhite, Hakeswill.

—No, señor. No tengo fe en los médicos, señor, salvo para la sífilis. Me la vendaré, señor, y pronto estará como nueva. Además, ver cómo azotan a Sharpe ya será suficiente tratamiento. Creo que hemos acabado con él, señor. No tendrá que esperar mucho, señor, en absoluto.

A Morris le pareció impropio el tono de familiaridad de Hakeswill y retrocedió con rigidez.

—Entonces le deseo una buena noche, sargento.

—Se lo agradezco mucho, señor, lo mismo le deseo, señor. Y dulces sueños, señor —Hakeswill soltó una carcajada—. Más dulces de lo que nunca podrían ser, señor.

Porque Sharpy estaba acabado.

3

El coronel McCandless se despertó cuando el amanecer rozaba el borde del mundo con un haz de fuego. La luz carmesí brillaba resplandeciente en el extremo inferior de una larga nube que había al este en el horizonte como si fuera el rastro de humo de una descarga de mosquete. Era la única nube que había en el cielo. Enrolló su banda escocesa, la ató en la parte de atrás de su silla de montar y se enjuagó la boca con agua. Su caballo, que estaba atado a un poste ahí cerca, había permanecido toda la noche ensillado por si algún enemigo descubría a McCandless y a su escolta. Dicha escolta, seis soldados del 4.º de la Caballería Nativa armados con picas, no habían necesitado órdenes para estar preparados en el momento justo. Saludaron a McCandless con una sonrisa, guardaron su precaria ropa de cama y luego prepararon un desayuno con agua caliente de las cantimploras y un pastel seco hecho con sémola de lentejas y arroz. McCandless compartió la comida con los soldados de caballería. Le gustaba tomar una taza de té por las mañanas, pero no se atrevió a encender una hoguera por miedo a que el humo pudiera atraer a las mortales patrullas de la caballería ligera del Tippoo.

—Va a ser un día caluroso, *sahib* —le comentó el *havildar* a McCandless.

—Todos son calurosos —contestó McCandless—. No he pasado frío ni un solo día desde que llegué aquí. —Se quedó pensando un segundo y calculó que debía de ser jueves, veintiocho de marzo. Haría frío en Escocia aquel día y, por un momento, se permitió pensar en Lochaber e imaginó la nieve amontonándose en gruesas capas sobre Glen Scaddle y el hielo bordeando la parte de la ría que la pleamar cubría y, aunque podía ver la imagen con mucha claridad, no podía imaginarse realmente cómo sería sentir frío. Hacía demasiado tiempo que estaba lejos de su país y ahora se preguntaba si sería capaz de volver a vivir en Escocia de nuevo. Por supuesto que no iba a establecerse en Inglaterra, ni en Hampshire, donde vivía su hermana con su petulante marido inglés. Harriet no dejaba de insistirle para que se retirara a Hampshire aduciendo que ya no les quedaba ningún pariente en Escocia y que su marido poseía una casita idónea para que pasara en ella los últimos años de su vida, pero al coronel no le gustaba el suave y mullido paisaje inglés y ni mucho menos la compañía de su dulce y regordeta hermana. El hijo de Harriet y sobrino de McCandless, el joven William Lawford, era bastante buena persona, aunque hubiera olvidado su ascendencia escocesa, pero el joven William se encontraba entonces en el Ejército, allí en Mysore precisamente, lo cual significaba que el único pariente que a McCandless le caía bien estaba allí mismo, y esa circunstancia no hacía más que acrecentar el desagrado de McCandless ante la posibilidad de retirarse a Hampshire. Pero ¿y a Escocia? A menudo soñaba con volver, aunque cada vez que se le presentaba la oportunidad de aceptar la pensión de la Compañía y zarpar hacia su

tierra natal siempre encontraba algún asunto pendiente que lo retenía en la India. El año siguiente, se prometió a sí mismo, el año de Nuestro Señor de 1800, sería un buen año para volver a casa, aunque, a decir verdad, había venido prometiéndose lo mismo todos los años durante la última década.

Los siete hombres desataron a los caballos y montaron en sus gastadas sillas. La escolta india iba armada con lanzas, sables y pistolas, en tanto que McCandless llevaba una espada *claymore*, una pistola de caballería y una carabina que estaba enfundada en su silla. Miró una vez hacia el sol naciente para comprobar la dirección y condujo a sus hombres hacia el norte. No dijo nada, pero no hacía falta que les diera órdenes a aquellos soldados. Sabían perfectamente bien que tenían que mantenerse muy alerta en aquella tierra peligrosa.

Porque aquél era el reino de Mysore, en lo alto de la meseta del sur de la India, y hasta allí donde les alcanzaba la vista a los jinetes el territorio se hallaba bajo el dominio del Tippoo. En realidad aquél era el centro de las posesiones del Tippoo, una fértil llanura llena de aldeas, campos y tanques de agua; sólo que en aquellos momentos, a medida que el ejército británico avanzaba, la región iba quedando asolada. McCandless vio seis columnas de humo que mostraban los lugares donde la caballería del Tippoo había incendiado graneros para cerciorarse de que los odiados británicos no encontraran comida. Habrían envenenado todas las cisternas, conducido el ganado hacia el oeste y vaciado todos y cada uno de los almacenes, lo que había obligado a los ejércitos de Gran Bretaña y de Hyderabad a transportar todos sus suministros en los pesados y torpes carros de bueyes. McCandless imaginó que la breve y desigual batalla del día anterior había sido un intento por parte del Tippoo para que los escuadrones de escolta se alejaran del valioso bagaje y cayeran sobre su infantería, tras lo cual él hubiera lanzado a sus temibles jinetes contra las carretas de grano, arroz y sal, pero los británicos no habían mordido el anzuelo y eso significaba que el lento y pesado avance del general Harris iba a continuar. ¿Digamos otra semana para llegar a Seringapatam? Entonces se enfrentarían a dos meses de exiguas raciones y clima abrasador antes de que irrumpiera el monzón, pero McCandless consideraba que dos meses era tiempo más que suficiente para hacer el trabajo, sobre todo ahora que los británicos pronto sabrían cómo evitar la trampa del Tippoo en las murallas del oeste.

Se abrió paso con su caballo a través de un bosquecillo de alcornoques, agradecido por la sombra que proporcionaban las hojas de color verde intenso. Se detuvo en la linde de la arboleda para observar el terreno que tenía por delante y que descendía suavemente hacia un valle donde había una veintena de personas que trabajaban en los arrozales. El valle, supuso McCandless, quedaba bastante alejado de la línea de avance británica y eso había evitado la destrucción de sus almacenes y suministros de agua. Había una pequeña aldea situada al oeste de los arrozales y

McCandless vio a otra docena de personas trabajando en los pequeños jardines que rodeaban las casas, y fue consciente de que él y sus hombres serían vistos en cuanto dejaran la protección del bosquecillo de alcornoques, pero dudaba de que alguno de los aldeanos hiciera indagaciones sobre siete jinetes desconocidos. La gente de Mysore, al igual que los habitantes de todos los estados indios, evitaba a los soldados misteriosos con la esperanza de que éstos también los evitaran a ellos. Al otro lado de los arrozales había plantaciones de mango y palmeras datileras y, más allá, la pelada cresta de una colina. McCandless observó la cresta vacía durante unos minutos y luego, cuando estuvo seguro de que no había ningún enemigo por allí cerca, espoleó a su yegua y avanzó.

La gente que trabajaba con el arroz huyó inmediatamente hacia sus casas y McCandless viró bruscamente hacia el este para que vieran que no tenía intención de hacerles ningún daño, luego picó a la yegua para ponerla al trote. Pasó junto a un bosquecillo de moreras muy bien cuidado —parte del plan del Tippoo para hacer de la seda una importante industria en Mysore— y luego apretó el paso a medio galope cuando se acercaba al fondo del valle. Las cadenas de las barbadas y las vainas de su escolta tintineaban tras él al tiempo que los caballos bajaban retumbando por la pendiente, atravesaban chapoteando el achicado arroyo que salía como un hilo de los arrozales y emprendían luego el suave ascenso hacia el palmeral.

Fue entonces cuando McCandless vio el destello de luz entre los mangos.

Hizo girar a su caballo de forma instintiva de cara al sol naciente y clavó las espuelas. Miró hacia atrás mientras cabalgaba, con la esperanza de que el destello de luz no fuera más que un reflejo errante, pero entonces vio a unos jinetes que apretaban el paso desde los árboles. Iban armados con lanzas y todos ellos llevaban la túnica de franjas atigradas. Al menos había una docena de hombres, pero el escocés no tuvo tiempo de contarlos adecuadamente, puesto que ya estaba hundiendo sus espuelas para que su yegua enfilara la pendiente a todo correr y en diagonal hacia la cresta.

Uno de los jinetes perseguidores disparó un tiro que resonó en el valle. La bala se desvió. McCandless dudaba de que la hubieran disparado con intención de darle a algo, sino que más bien era una señal para alertar a otros jinetes que debían encontrarse en la zona. Durante uno o dos segundos el escocés consideró si dar la vuelta y cargar directamente contra sus perseguidores, pero rechazó la idea. No contaba con excesivas probabilidades a su favor y las noticias que llevaba eran demasiado importantes para arriesgarlas en una escaramuza. Su única opción era la huida. Sacó la carabina de la funda de su silla, la amartilló y luego apretó con fuerza las espuelas contra las ijadas de la yegua. Cuando llegó a la cresta consideró que tenía posibilidades de poder dejar atrás a sus perseguidores.

Las cabras se dispersaron a su paso cuando espoleó a su yegua para cruzar hacia

el otro lado de la línea que la colina trazaba en el horizonte. Un vistazo hacia atrás convenció a McCandless de que había conseguido suficiente ventaja para poder girar al norte sin que lo interceptaran, así que sacudió las riendas y dejó que la yegua corriera. Tenía por delante una larga extensión de campo abierto salpicada de árboles y más allá había unos densos grupos de árboles entre los cuales él y su escolta podían perderse.

—¡Corre, chica! —le gritó a la yegua, y luego miró hacia atrás para cerciorarse de que los miembros de su escolta estaban juntos y a salvo. El sudor le resbalaba por el rostro, la vaina de su espada *claymore* se sacudía arriba y abajo en su cadera, pero la fuerte yegua corría como el viento y su velocidad le levantaba la falda escocesa y se la echaba hacia atrás sobre sus ancas. No era la primera vez que McCandless huía de los enemigos a todo correr. En una ocasión había corrido un día entero, desde el amanecer hasta el crepúsculo, para escapar de una banda de *mahratta*, y la yegua no había perdido el equilibrio ni una sola vez. En toda la India, y eso significaba en todo el mundo, McCandless no tenía un amigo mejor que su yegua—. ¡Corre, chica! —le volvió a gritar, entonces miró hacia atrás una vez más y fue entonces cuando el *havildar* dio un grito de advertencia. McCandless se volvió para ver que se aproximaban más jinetes provenientes de los árboles que había al norte.

Debía de haber cincuenta o sesenta jinetes que se dirigían a toda velocidad hacia el escocés y, aunque hizo virar bruscamente a la yegua en dirección este, se dio cuenta de que su primera docena de perseguidores debían de haber sido los exploradores de aquel grupo mayor de caballería y de que, al correr hacia el norte, había estado galopando hacia el enemigo en lugar de alejarse de él. En aquellos momentos se dirigía de nuevo hacia el sol naciente a todo correr, pero hacia el este no había ningún lugar donde ponerse a cubierto y aquellos nuevos perseguidores ya estaban peligrosamente cerca. Volvió a torcer hacia el sur con la esperanza de que podría encontrar algún refugio en el valle al otro lado de la cresta, pero entonces sonó una descarga de disparos que sus perseguidores lanzaron a la desesperada.

Una de las balas alcanzó a la yegua. Fue una cuestión de suerte, puesto que habían disparado al galope y el noventa y nueve por ciento de las veces un disparo como aquél se habría desviado unos cuantos metros, pero aquella bala hizo impacto en el anca de la yegua y McCandless notó que ésta se tambaleaba. El le dio un golpe en la grupa con la culata de su carabina y ella intentó responder, pero el proyectil se había alojado cerca de la espina dorsal de la yegua y el dolor era cada vez más fuerte; tropezó, relinchó y aun así trató de correr de nuevo. Entonces una de sus patas traseras sencillamente dejó de moverse y el caballo patinó en medio de una nube de polvo. McCandless sacó los pies de los estribos mientras que su escolta pasaba al galope por su lado. El *havildar* ya estaba tirando de sus riendas y desviaba su caballo para rescatar a McCandless, pero el escocés sabía que era demasiado tarde. Se tumbó

en el suelo, tiró para liberarse de la yegua caída y le gritó al *havildar*:

—¡Váyase, hombre! —exclamó—. ¡Váyase! —Pero la escolta había jurado proteger al coronel y, en lugar de huir, el *havildar* condujo a sus hombres hacia el enemigo que se acercaba rápidamente.

—¡Idiotas! —chilló McCandless tras ellos. Unos idiotas valientes, pero idiotas al fin y al cabo. Estaba magullado, pero por lo demás ileso, aunque su yegua se estaba muriendo. Ella gemía y de algún modo había conseguido levantar la parte anterior de su cuerpo sobre sus patas delanteras y parecía no entender que no le funcionaran las piernas traseras. Lanzó otro gemido y McCandless supo que nunca volvería a correr como el viento, así que cumplió con su deber de amigo. Se acercó a su cabeza, tiró de las riendas para que la bajara, le dio un beso en el hocico y luego le disparó una bala en el cráneo justo entre los ojos. La yegua se echó hacia atrás con los ojos en blanco y una rociada de sangre y se desplomó. Dio unas cuantas sacudidas con las patas delanteras y después se quedó inmóvil. Las moscas acudieron a posarse sobre sus heridas.

El pequeño grupo del *havildar* cabalgó a toda velocidad en persecución del enemigo. Dicho enemigo se había dispersado mientras galopaba y los soldados del *havildar* estaban agrupados, por lo que sus primeros segundos fueron una victoria fácil. Dos lanzas alcanzaron vientres de Mysore, dos sables hicieron brotar más sangre, pero entonces el cuerpo principal del enemigo se lanzó con estrépito a la carga. El propio *havildar* había atravesado las primeras filas, dejando atrás su lanza, y entonces miró hacia atrás y vio que sus hombres luchaban desesperadamente en medio de un destructor grupo de jinetes enemigos. Desenfundó el sable y se dio la vuelta para acudir en su ayuda cuando oyó gritar a McCandless.

—¡Váyase, hombre, váyase! ¡Márchese! —chillaba McCandless al tiempo que señalaba hacia el norte. El *havildar* no podía llevar la vital información que McCandless había obtenido de Appah Rao, pero seguía siendo importante hacer saber al ejército que habían capturado al coronel. McCandless no era una persona vanidosa, pero era consciente de su propia valía y había dejado instrucciones detalladas que podrían reparar un poco el daño causado por su captura. Aquellas instrucciones brindaban al ejército una posibilidad de rescatar a McCandless y ese peligroso recurso era entonces la única esperanza que tenía el escocés de poder transmitir el mensaje de Appah Rao—. ¡Váyase! —rugió McCandless lo más fuerte que pudo.

El *havildar* se debatía entre su deber para con sus hombres y su obligación de obedecer las órdenes de McCandless. Vaciló y dos de los perseguidores viraron bruscamente para abalanzarse contra él. Eso lo decidió. Clavó sus espuelas, cargó contra los perseguidores, tiró de las riendas en el último momento y blandió el sable mientras pasaba junto a los dos hombres. La hoja le cortó la nuca al soldado más próximo y entonces el *havildar* torció hacia el norte y se alejó, galopando para

escapar mientras que el resto del enemigo se agrupaba en torno a los supervivientes para entrar a matar.

McCandless tiró la pistola y la carabina, desenfundó su pesada espada *claymore* y empezó a andar en dirección a la refriega. No llegó allí, puesto que un oficial enemigo se separó del choque de los sables y dio la vuelta a su caballo para acercarse al escocés. El oficial de Mysore envainó su sable y sin mediar palabra extendió la mano derecha para que McCandless le entregara su arma. Tras él, los sables y lanzas siguieron brevemente con su trabajo, la refriega terminó y McCandless supo que su escolta, todos menos el *havildar*, había muerto. Miró al jinete que se encontraba por encima de él.

—Esta espada —dijo con resentimiento— perteneció a mi padre y al suyo. — Habló en inglés—. Esta espada —continuó— fue la que llevó Carlos Estuardo en Culloden.

El oficial no dijo nada, se limitó a quedarse con la mano extendida y la mirada fija en McCandless. El escocés dio la vuelta a la hoja lentamente y alzó la empuñadura. El oficial de Mysore la cogió y pareció sorprendido por el peso de la espada escocesa.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó el oficial en kanarés.

—¿Habla inglés? —inquirió McCandless en ese idioma, decidido a ocultar su conocimiento de las lenguas indias.

El oficial se encogió de hombros. Observó la antigua espada *claymore* y la deslizó en su fajín. Sus soldados, con los caballos blancos de sudor, se agruparon ansiosos para mirar al infiel capturado. Vieron a un anciano y algunos de ellos se preguntaron si habían capturado al general enemigo, pero al parecer el cautivo no hablaba ningún idioma que ellos conocieran, por lo que el descubrimiento de su identidad tendría que esperar. Le dieron el caballo de uno de sus escoltas muertos y entonces, mientras el sol se alzaba para empezar con su bochornoso calor diario, McCandless fue conducido hacia la plaza fuerte del Tippoo.

Mientras tanto, tras él, los buitres volaron en círculo y al final, convencidos de que no había nada vivo allí donde el polvo y las moscas se habían asentado sobre los recientes cadáveres, descendieron para darse un festín.

Se tardó dos días en convocar el consejo de guerra. Durante su marcha el ejército no podía disponer de tiempo para que el asunto se llevara a cabo inmediatamente, así que el capitán Morris tuvo que esperar a que a aquella lenta y pesada horda se le concediera medio día de descanso para que los rebaños rezagados alcanzaran a los ejércitos principales. Sólo entonces hubo tiempo para reunir a los oficiales y llevar a Sharpe a la tienda del comandante Shee, de la que habían recogido uno de los lados para que hubiese más espacio. El capitán Morris formuló la acusación y el sargento

Hakeswill y el alférez Hicks prestaron declaración.

El comandante John Shee estaba irritable. La irritabilidad era una característica del comandante, pero la necesidad de estar sobrio, al menos en apariencia, no había hecho más que empeorar su genio irlandés, que ya era malo de por sí. En realidad, a él no le gustaba estar al mando del 33.º. El comandante Shee se figuraba —cuando estaba lo bastante sobrio como para figurarse algo— que no hacía bien su trabajo; esa sospecha había suscitado en él un inquietante temor a un amotinamiento y, según el embotado parecer del comandante Shee, cualquier indicio de falta de respeto hacia la autoridad establecida apuntaba a un motín. El soldado Sharpe era claramente un hombre que rebosaba irreverencia, la falta de la que se le acusaba era clara y el remedio obvio, pero el proceso se retrasó porque el teniente Lawford, que tenía que hablar en nombre de Sharpe, no estaba presente.

—¿Dónde diablos está? —quiso saber Shee.

El capitán Fillmore, comandante de la cuarta compañía, abogó por Lawford.

—Lo llamaron a la tienda del general Harris, señor.

Shee miró a Fillmore con el ceño fruncido.

—¿Sabía que tenía que estar aquí?

—Por supuesto, señor. Pero el general insistió.

—¿Y se supone que nosotros tenemos que quedarnos esperando de brazos cruzados mientras él toma el té con el general? —preguntó Shee.

El capitán Fillmore miró por el lado abierto de la tienda como si esperara ver a Lawford dirigiéndose a toda prisa hacia el consejo de guerra, pero sólo se veía a los centinelas.

—El teniente Lawford me pidió que asegurara al tribunal, señor, que el soldado Sharpe es un hombre en el que se puede confiar plenamente —dijo Fillmore, con la sensación de que no estaba haciendo un buen trabajo con la defensa del desafortunado prisionero—. El teniente hubiera hablado de una manera más convincente a favor del carácter del prisionero, señor, y rogó que el tribunal le concediera el beneficio de la duda.

—¿Duda? —dijo Shee bruscamente—. ¿Qué duda hay en este caso? Agredió a un sargento, dos oficiales vieron cómo lo hacía, ¿y usted cree que hay alguna duda? ¡Es un caso clarísimo! ¡Eso es lo que es, un caso clarísimo!

Fillmore se encogió de hombros.

—Al alférez Fitzgerald también le gustaría decir algo.

Shee fulminó a Fitzgerald con la mirada.

—Confío en que no habrá mucho que decir, alférez.

—Lo que haga falta, señor, para evitar una injusticia. —Fitzgerald, joven y seguro de sí mismo, se puso en pie y le sonrió a su oficial al mando y compatriota irlandés—. Dudo que tengamos un soldado mejor en todo el regimiento, señor, y sospecho

que el soldado Sharpe fue provocado.

—El capitán Morris dice que no —insistió Shee—, y el alférez Hicks dice lo mismo.

—No puedo contradecir al capitán, señor —dijo Fitzgerald con suavidad—, pero yo estuve bebiendo con Timothy Hicks esa misma noche más temprano, señor, y si a media noche no bizqueaba es que debe de tener un estómago como un caldero de Flandes.

El rostro de Shee adoptó un aspecto peligrosamente agresivo.

—¿Está acusando a un compañero oficial de estar bajo la influencia del alcohol?

Fitzgerald opinaba que la mayoría de oficiales del 33.º siempre estaban bajo la influencia del *arrack*, el ron o el brandy, pero también sabía que era mejor no decirlo.

—Tan sólo digo que estoy de acuerdo con el capitán Fillmore, señor, en que debemos concederle al soldado Sharpe el beneficio de la duda.

—¿Duda? —soltó Shee—. ¡No hay duda ninguna! ¡Es un caso clarísimo! —Hizo un gesto hacia Sharpe, que estaba de pie con la cabeza descubierta delante de su escolta. Sharpe tenía el rostro lleno de moscas pero no se le permitía espantarlas. Shee pareció estremecerse al pensar en la vileza de Sharpe—. ¿Atacó a un sargento delante de dos oficiales y usted cree que hay alguna duda acerca de lo ocurrido?

—Sí que lo creo, señor —declaró Fitzgerald con convicción—. Por supuesto que sí.

El rostro del sargento Hakeswill se convulsionó. Observó a Fitzgerald con aversión. El comandante Shee se quedó mirando fijamente a Fitzgerald durante unos segundos y luego sacudió la cabeza como si cuestionara la cordura del alférez.

El capitán Fillmore lo intentó por última vez. Fillmore dudaba de la declaración de Morris y Hicks y nunca había confiado en Hakeswill, pero sabía que nunca convencerían a Shee de que creyera en la palabra de un soldado raso frente a la de dos oficiales y un sargento.

—¿Podría rogarle al tribunal —dijo Fillmore respetuosamente— que postergara la sentencia hasta que el teniente Lawford pueda hablar en favor del prisionero?

—¿Qué puede decir Lawford, por el amor de Dios? —preguntó Shee. Una petaca de *arrack* le aguardaba en su bagaje y quería terminar de una vez por todas con ese proceso. Mantuvo una breve conversación entre dientes con sus dos compañeros jueces, ambos oficiales superiores de otros regimientos, y luego le lanzó una mirada fulminante al prisionero—. Es usted un maldito villano, Sharpe, y el Ejército no tiene ninguna necesidad de villanos. Si no puede respetar a la autoridad, no espere entonces que la autoridad lo respete a usted. Dos mil latigazos. —Hizo caso omiso del estremecimiento de asombro y horror de algunos de los espectadores y miró en cambio al brigada—. ¿Cuándo podría hacerse?

—Esta tarde sería tan buen momento como cualquier otro, señor —respondió

Bywaters impasiblemente. Ya se esperaba un veredicto de azotes, aunque no uno tan severo como aquél, y ya había realizado los preparativos necesarios.

Shee asintió con un movimiento de la cabeza.

—Forme al batallón dentro de dos horas. El proceso ha concluido. —Le lanzó a Sharpe una mirada de mil demonios y luego echó la silla hacia atrás. Le haría falta un poco de *arrack*, pensó Shee, si tenía que estar sentado encima de su caballo todo el tiempo necesario para que se cumpliera la sentencia de dos mil latigazos. Tal vez tendría que recibir sólo mil, puesto que era igual de probable que muriera con mil azotes que con dos mil, pero ya era tarde para eso, el veredicto se había formulado y la única posibilidad de tener un respiro del espantoso calor era su esperanza de que el prisionero muriera mucho antes de que terminara el horrible castigo.

Sharpe quedó bajo vigilancia. Sus centinelas no eran soldados de su propio batallón, sino seis hombres del 12.º Regimiento del Rey que no lo conocían y, por consiguiente, se podía confiar en que no lo ayudaran a escapar. Lo retuvieron en una prisión provisional junto a la tienda de Shee y nadie le dirigió la palabra a Sharpe hasta que llegó el sargento Green.

—Siento todo esto, Sharpy —dijo Green al tiempo que subía por las cajas de munición que formaban las rudimentarias paredes de la cárcel.

Sharpe estaba sentado con la espalda apoyada en las cajas. Se encogió de hombros.

—Ya me han azotado antes, sargento.

—Pero no en el Ejército, muchacho, no en el Ejército. Tenga. —Green le tendió una cantimplora—. Es ron.

Sharpe destapó la cantimplora y tomó un trago del licor.

—De todas formas no he hecho nada —dijo hoscamente.

—Tal vez sí, o tal vez no —replicó Green—, pero cuanto más beba menos lo notará. Termínesela, muchacho.

—Tomkins dice que uno ya no siente nada después de los primeros treinta —dijo Sharpe.

—Espero que tenga razón, muchacho, espero que la tenga, pero usted bébase ese ron de todos modos. —Green se sacó el chacó y se limpió el sudor de su calva cabeza con un trozo de trapo.

Sharpe volvió a inclinar la cantimplora.

—¿Y dónde estaba el señor Lawford? —preguntó con resentimiento.

—Ya lo oyó, muchacho. El general lo llamó. —Green vaciló—. De todos modos, ¿qué hubiera podido decir él? —añadió.

Sharpe apoyó la cabeza contra la pared construida con cajas.

—Hubiera podido decir que Morris es un mentiroso hijo de puta y que Hicks diría cualquier cosa con tal de complacerle.

—No, eso no hubiese podido decirlo, muchacho, y usted lo sabe. —Green llenó una pipa de cerámica con tabaco y la encendió con su caja de yesca. Se sentó en el suelo enfrente de Sharpe y vio el miedo en los ojos del joven. Sharpe hacía lo que podía para ocultarlo, pero era obvio que estaba allí, y así debía ser, porque sólo un idiota no temería dos mil latigazos y sólo un tipo con suerte podría salir vivo de ello. En realidad nadie había salido por su propio pie de semejante castigo, pero unos cuantos se habían recuperado tras pasarse un mes en la enfermería—. Su Mary está bien —le dijo Green a Sharpe.

Sharpe hizo una mueca huraña.

—¿Sabe lo que me dijo Hakeswill? Que iba a venderla como prostituta.

Green frunció el ceño.

—No lo hará, muchacho, no lo hará.

—¿Y cómo va a impedirselo? —preguntó Sharpe con amargura.

—Ahora cuidan de ella —lo tranquilizó Green—. Los muchachos se están cerciorando de que así sea y todas las mujeres la están protegiendo.

—Pero, ¿durante cuánto tiempo? —quiso saber Sharpe. Bebió más de aquel ron que no parecía causarle ningún efecto. Cerró los ojos un momento. Sabía que lo habían condenado a una verdadera sentencia de muerte, pero siempre había esperanza. Algunos habían sobrevivido. Puede que sus costillas hubiesen quedado expuestas al sol y que la piel y la carne de la espalda les colgara en jirones ensangrentados, y no obstante habían sobrevivido, pero ¿cómo iba él a cuidar de Mary cuando estuviera vendado en una cama? Eso si era lo bastante afortunado para ir a parar a una cama de la enfermería en vez de a la tumba. Notó que las lágrimas acudían a sus ojos, no por el castigo al que se enfrentaba, sino por Mary—. ¿Cuánto tiempo pueden protegerla? —preguntó con voz áspera, maldiciéndose por estar tan a punto de llorar.

—Le digo que estará bien —insistió Green.

—Usted no conoce a Hakeswill —dijo Sharpe.

—¡Oh, sí! Lo conozco, muchacho, lo conozco —replicó Green con profunda emoción; luego hizo una pausa. Durante un segundo o dos pareció sentirse incómodo y luego levantó la vista para mirar a Sharpe—. Ese cabrón no puede tocarla si está casada. Casada como es debido, quiero decir, con el consentimiento del general.

—Eso es lo que yo pensé.

Green dio unas chupadas a su pipa.

—Si ocurre lo peor, Sharpy... —dijo, y volvió a quedarse callado en un embarazoso silencio.

—¿Sí? —lo animó a seguir Sharpe.

—No es que vaya a ocurrir, claro está —se apresuró a añadir Green—. Billy Nixon sobrevivió a un par de miles de esos cosquilleos, pero usted probablemente no

lo recuerda, ¿verdad? Un tipo pequeño, con un ojo bizco. El sobrevivió. Claro que después nunca volvió a ser el mismo, pero usted es un muchacho fuerte, Sharpy. Más fuerte que Billy.

—¿Y si ocurre lo peor? —le recordó Sharpe al sargento.

—Bueno —dijo Green ruborizándose, pero entonces al fin reunió el valor para decir lo que había venido a decir—. Tengo la intención, si no lo ofendo, muchacho, y sólo si ocurre lo peor, que por supuesto no ocurrirá y rezo para que así sea, pero si ocurre, pensé que yo mismo podría pedir la mano de la señora Bickerstaff, si entiende lo que quiero decir.

Sharpe estuvo a punto de soltar una carcajada, pero al pensar en los dos mil azotes se le cortó hasta el primer atisbo de sonrisa. ¡Dos mil! Había visto a soldados con la espalda con aspecto de asaduras después de tan sólo cien latigazos, ¿cómo demonios iba a sobrevivir con otros mil novecientos golpes más? Dicha supervivencia dependía realmente del cirujano del batallón. Si el señor Micklewhite creía que Sharpe estaba muriéndose tras quinientos o seiscientos latigazos, podría parar el castigo para dar tiempo a que su espalda se curara antes de que le propinaran el resto de los azotes, pero Micklewhite no era conocido precisamente por detener las azotainas. El rumor que corría por el batallón era que, mientras la víctima no gritara como un niño y molestara así al más remilgado de los oficiales, el cirujano dejaría que fueran cayendo los golpes, aunque lo estuvieran haciendo sobre la espina dorsal de un hombre muerto. Eso era lo que se rumoreaba, y lo único que Sharpe podía hacer era esperar que no fuera cierto.

—¿Me ha oído, Sharpy? —El sargento Green interrumpió los sombríos pensamientos de Sharpe.

—Le he oído, sargento —respondió Sharpe.

—¿Le molestaría entonces? ¿Si se lo pido?

—¿Ya se lo ha pedido? —dijo Sharpe con tono acusador.

—¡No! —se apresuró a contestar Green—. ¡No hubiera estado bien! No mientras usted todavía está... bueno, ya sabe.

—Vivo —dijo Sharpe con amargura.

—Sólo será si ocurre lo peor. —Green trató de sonar optimista—. Que no ocurrirá.

—No va a necesitar mi permiso cuando esté muerto, sargento.

—No, pero si puedo decirle a Mary que usted quiso que me aceptara, eso ayudará. ¿No lo ve? Yo seré un buen hombre para ella, Sharpy. Ya estuve casado antes, lo estuve, sólo que ella murió en mis brazos, pero nunca se quejó de mí. Al menos no más de lo que se queja cualquier mujer.

—Podría ser que Hakeswill le impidiera casarse con ella.

Green asintió moviendo la cabeza.

—Sí, podría ser, pero no veo cómo. No si nos casamos de prisa. Se lo pediré al comandante Shee, y él siempre es justo conmigo. Se lo preguntaré esta noche, ¿de acuerdo? Pero sólo si ocurre lo peor.

—Pero necesita un capellán —advirtió Sharpe al sargento. El capellán del 33.º se había suicidado durante el viaje de Calcuta a Madras y en el Ejército ninguna boda se consideraba oficial a menos que tuviera el consentimiento del comandante del regimiento y la bendición de un capellán.

—Los chicos del Old Dozen me han dicho que tienen a un predicador —dijo Green con un gesto hacia los soldados que vigilaban a Sharpe— y él puede llevar a cabo la unión mañana. Es probable que tenga que pasarle un chelín a ese cabrón, pero Mary bien que lo vale.

Sharpe se encogió de hombros.

—Pídaselo, sargento —dijo—, pídaselo. —¿Qué otra cosa podía decir? Y si Mary estaba debidamente casada con el sargento Green, entonces estaría protegida por el reglamento del Ejército—. Pero primero espere a ver qué me sucede a mí —añadió Sharpe.

—Claro que lo haré, Sharpy. Que sea lo que Dios quiera, ¿eh? No desespere.

Sharpe apuró la cantimplora.

—Hay un par de cosas en mi mochila, sargento. Una buena pistola que le quité a un oficial indio el otro día y unas cuantas monedas. ¿Se las dará a Mary?

—Claro que sí —respondió el sargento cuidándose mucho de mencionar el hecho de que Hakeswill ya había saqueado la mochila de Sharpe—. Ella estará bien, Sharpy. Se lo prometo, muchacho.

—Y alguna que otra noche oscura, sargento, déle al condenado Hakeswill una buena pateada de mi parte.

Green asintió con la cabeza.

—Será un placer, Sharpy. Será un placer. —Golpeó su pipa contra las cajas de munición para sacar las cenizas y se puso en pie—. Le traeré un poco más de ron, muchacho. Cuanto más, mejor.

Los preparativos para azotar a Sharpe ya estaban todos hechos. No es que hubiera muchos, pero llevó un poco de tiempo asegurarse de que todo estuviera a gusto del brigada. Se había construido un trípode con tres alabardas de sargento, con las puntas de lanza hacia arriba y atadas juntas, de manera que todo ese armazón tuviera unos sesenta centímetros más de altura que un hombre alto. Los extremos de las tres alabardas estaban hundidos en la tierra seca y luego ataron firmemente una cuarta alabarda en posición transversal sobre una de las caras del trípode a la altura de las axilas de un hombre.

El sargento Hakeswill eligió personalmente a dos de los tambores del 33.º. Los tambores siempre administraban los azotes, un pequeño factor de misericordia en un

castigo salvaje, pero Hakeswill se aseguró de adjudicar la tarea a los dos chicos más fuertes y corpulentos, luego cogió los dos látigos que tenía el brigada e hizo que los muchachos practicasen con un tronco de árbol.

—Utilizad el cuerpo, muchachos —les dijo—, y no dejéis de mover el brazo deprisa después de descargar el latigazo. Así. —Tomó uno de los látigos y golpeó la corteza, luego les mostró cómo hacer que la tralla siguiera deslizándose por el objetivo acompañando el golpe—. Lo hice bastante a menudo cuando era tambor —les contó— y siempre hice un buen trabajo. El mejor flagelador del batallón, era yo. Nadie me superaba. —Cuando se cercioró de que su técnica bastaba para la tarea, les advirtió de que no se cansaran demasiado pronto y entonces, con una navaja, hizo unas muescas en los extremos de las trallas de cuero para que con sus raspaduras arañaran la carne expuesta al ser arrastradas por la espalda de Sharpe—. Hacedlo bien, muchachos —les prometió—, y habrá una de éstas para cada uno. —Les mostró una de las monedas de oro del Tippoo que era parte del botín de la batalla—. No quiero que este hijo de puta vuelva a andar —les dijo—. Y vosotros tampoco lo querréis, porque si Sharpy sale de ésta os dará una paliza excepcional, así que aseguraos de que acabáis con ese cabrón como es debido. Azotadle de mala manera y luego lo ponéis bajo tierra, tal como dice en las Escrituras.

Hakeswill enroscó los dos látigos y los colgó de la alabarda montada transversalmente en el trípode y luego se fue en busca del cirujano. El señor Micklewhite se encontraba en su tienda, donde trataba de atarse la gorguera de seda blanca como parte de los preparativos para la formación de castigo. Soltó un gruñido al ver a Hakeswill.

—No necesita más mercurio, ¿no? —bufó.

—No, señor. Estoy curado, señor. Gracias a su venerable habilidad, señor. No tengo absolutamente nada, señor.

Micklewhite soltó un juramento cuando el nudo de la maldita gorguera se aflojó. No le gustaba Hakeswill, pero, al igual que el resto del regimiento, le temía. Había una furia tras la ingenua mirada de Hakeswill que traslucía una terrible maldad y, aunque el sargento siempre era meticuloso en su trato con los oficiales, Micklewhite se seguía sintiendo confusamente amenazado.

—¿Entonces qué quiere, sargento?

—El comandante Shee me pidió que le dijera una cosa, señor.

—¿No podía decírmelo él mismo?

—Ya conoce al comandante, señor. No hay duda de que está sediento. Es un día caluroso. —El rostro de Hakeswill se estremeció con una serie de temblores—. Es sobre el prisionero, señor.

—¿Qué pasa con él?

—Es un alborotador, señor. Es famoso por ello. Un ladrón, un embustero y un

tramposo.

—Y es un casaca roja. ¿Y qué?

—Que el comandante Shee no tiene mucho interés en volverle a ver entre los vivos, señor, no sé si me entiende. ¿Esto es lo que le debo por el mercurio, señor? — Hakeswill tenía en la mano una moneda de oro, un *haideri*, que valía alrededor de dos chelines y seis peniques. La moneda no era ni mucho menos para pagar el tratamiento de su sífilis, puesto que el coste ya se había deducido de la paga del sargento, por lo que Micklewhite sabía que era un soborno. No era una gran cantidad, pero media corona podía cundir mucho. Micklewhite la miró y asintió con la cabeza.

—Déjela sobre la mesa, sargento.

—Gracias, señor.

Micklewhite se apretó la gorguera de seda y con un gesto de la mano le indicó a Hakeswill que se fuera. Se puso la chaqueta y se metió la moneda de oro en el bolsillo. El soborno no hubiera sido necesario, puesto que la oposición de Micklewhite a mimar a las víctimas de los azotes era bien conocida en el batallón. Micklewhite detestaba cuidar de los soldados que habían sido flagelados porque, según su experiencia, casi siempre morían, y si detenía un castigo la víctima sólo hacía que ocupar una cama mientras se recuperaba. Y si, por algún milagro, el hombre recuperaba la salud, sólo servía para que lo pudieran volver a atar al triángulo y propinarle el resto de su castigo y esa segunda dosis siempre resultaba mortal; por lo tanto, considerando todas esas cosas, era más prudente dejar que un hombre muriera durante la primera tanda de azotes. Eso ahorra dinero en medicinas y, en opinión de Micklewhite, también era más benévolo. Micklewhite se abrochó la casaca y se preguntó por qué el sargento Hakeswill quería que aquel hombre en particular muriera. No es que a Micklewhite le importara realmente, él sólo quería que el maldito asunto terminara cuanto antes.

El 33.º formó bajo el ardiente sol de la tarde. Cuatro compañías se situaron frente al trípode mientras que a cada lado se colocaron tres, de manera que las diez compañías del batallón formaron un rectángulo hueco con el trípode en el lado largo que quedó vacío. Los oficiales montaban sus caballos frente a sus compañías en tanto que el comandante Shee, sus edecanes y el ayudante situaron sus monturas justo detrás del trípode. El señor Micklewhite, que llevaba un ancho sombrero de paja para protegerse del sol, se situó a un lado del triángulo. El comandante Shee, fortalecido por el *arrack* y una vez satisfecho de que todo estaba en orden, le hizo un gesto con la cabeza a Bywaters.

—Empiece con el castigo, brigada.

—¡Señor! —Bywaters saludó, se dio la vuelta y con un bramido ordenó que trajeran al prisionero. Los dos tambores se pusieron de pie nerviosamente con los látigos preparados. De todos los soldados en formación, ellos eran los únicos que iban

en mangas de camisa, pues todos los demás llevaban el uniforme completo. Las mujeres y los niños miraban por los espacios entre las compañías. Mary Bickerstaff no estaba allí. Hakeswill la había buscado porque quería disfrutar viendo su horror, pero Mary se había mantenido alejada. Las mujeres que habían acudido a ver el espectáculo, al igual que sus hombres, tenían un aspecto hosco y guardaban silencio. Sharpe era un hombre muy popular y Hakeswill sabía que todos los que estaban allí lo odiaban por ser el artífice de aquella azotaina, pero a Obadiah Hakeswill nunca le había preocupado tal animadversión. El poder no radicaba en caer bien a la gente, sino en que te tuvieran miedo.

Sharpe fue conducido hacia el triángulo. Llevaba la cabeza descubierta y ya iba desnudo hasta la cintura. La piel de su pecho y espalda era tan blanca como su cabello empolvado y contrastaba de forma extraña con su rostro intensamente bronceado. Caminaba con paso seguro porque, aunque tenía casi una pinta de ron en el estómago, el licor no parecía haberle hecho el menor efecto. No miró ni a Hakeswill ni a Morris mientras se acercaba al trípode.

—Brazos arriba, muchacho —dijo el brigada en voz baja—. Colóquese frente al triángulo. Los pies separados. Buen chico.

Sharpe se acercó obedientemente a la cara triangular del trípode. Dos cabos se arrodillaron a sus pies y le ataron los tobillos a las alabardas, volvieron a levantarse y le empujaron los brazos por encima de la alabarda transversal. Le bajaron las manos y se las ataron a los astiles verticales, forzándolo así a que mantuviera su desnuda espalda erguida y hacia atrás. De ese modo no podría hundirse entre los palos del triángulo con la esperanza de agotar algunos de los golpes contra los astiles de las alabardas. Los cabos terminaron con las ataduras y se apartaron.

El brigada se acercó a la parte trasera del triángulo y sacó de su bolsa un trozo de cuero doblado que tenía profundas marcas de dientes.

—Abra la boca, muchacho —dijo bajito. Olió el ron en el aliento del prisionero y esperó que eso lo ayudara a sobrevivir, luego empujó el trozo de cuero entre los dientes de Sharpe. La mordaza tenía un doble propósito. Ahogaría los gritos que la víctima pudiera proferir y evitaría que se mordiera la lengua—. Sea valiente, muchacho —susurró Bywaters—. No defraude al regimiento.

Sharpe asintió con la cabeza.

Bywaters retrocedió rápidamente y se puso en posición de firmes.

—¡El prisionero está listo para el castigo, señor! —le gritó al comandante Shee. El comandante miró al cirujano.

—¿El prisionero está en condiciones de recibir el castigo, señor Micklewhite? Micklewhite ni siquiera le echó una mirada a Sharpe.

—Sano y en condiciones, señor.

—Entonces proceda, brigada.

—¡Muy bien, muchachos —dijo el brigada—, cumplid con vuestro deber! Ahora dadle fuerte y que los golpes sean altos. Por encima de los pantalones. ¡Tambor! Empiece.

Había un tercer tambor detrás de los flageladores. Alzó sus palillos, hizo una pausa e hizo descender el primero.

El chico de la derecha descargó el primer latigazo en la espalda de Sharpe.

—¡Uno! —gritó Bywaters.

El látigo había dejado una marca roja sobre los omóplatos de Sharpe. Sharpe se había estremecido, pero los grilletes de cuerda le impedían moverse y sólo aquellos que estaban más próximos al triángulo vieron cómo un temblor le recorría los músculos. Clavó los ojos en el comandante Shee, que se aseguró de evitar esa torva mirada.

—¡Dos! —exclamó Bywaters, y el tambor hizo descender su palillo al tiempo que el segundo chico plantaba una marca roja en diagonal con la primera.

El rostro de Hakeswill se convulsionaba de un modo incontrolable, pero bajo ese rictus él estaba sonriendo. Porque el son de tambor de la muerte había empezado.

El coronel McCandless estaba solo en medio del patio del Palacio Interior del Tippoo dentro de Seringapatam. El escocés todavía llevaba su uniforme completo: la casaca roja, la falda escocesa y el sombrero de tres picos con penacho de plumas en la cabeza. Había seis tigres encadenados a las paredes del patio que de vez en cuando se esforzaban por alcanzarlo, pero siempre se lo impedían las pesadas cadenas que se agitaban, tirantes, cada vez que una de las musculosas bestias se lanzaba hacia el escocés. McCandless no se movió y los tigres, tras una o dos infructuosas arremetidas, se contentaron con gruñirle. Los encargados de los tigres, unos hombres corpulentos armados con largos palos, observaban desde la entrada del patio. Eran aquellos hombres los que podrían recibir la orden de desatar a los tigres y McCandless estaba decidido a mostrarse calmado ante ellos.

El patio estaba cubierto de arena, las paredes más bajas eran de piedra labrada, pero, por encima de la piedra, el segundo piso del palacio era un derroche de madera de teca estucada y pintada de rojo, blanco, verde y amarillo. Aquel decorado segundo piso estaba formado por arcos moriscos y McCandless sabía suficiente árabe como para suponer que las inscripciones grabadas sobre cada arco eran unas *surah* del Corán. Había dos entradas al patio. La que se hallaba detrás de McCandless, por la cual había entrado y en la que estaban los guardianes de los tigres en aquellos momentos, era un sencillo portalón doble que conducía a un laberinto de establos y almacenes situados tras el palacio, mientras que frente a él había un corto tramo de escaleras de mármol que obviamente conducían a los salones del palacio y que ascendían hacia una ancha puerta de madera negra decorada con motivos hechos con

marfil incrustado. Por encima de aquella magnífica puerta había un balcón que sobresalía de tres de los arcos de estuco. Una mampara de madera intrincadamente tallada ocultaba el balcón, pero McCandless vio que había gente tras la mampara. El escocés imaginaba que el Tippoo estaba allí y esperaba que también estuviera el francés que lo había interrogado primero. El coronel Gudin le había parecido un tipo honesto y en aquel preciso momento, McCandless eso esperaba, Gudin estaba suplicando que lo dejaran con vida, aunque McCandless se había cuidado mucho de no revelar su verdadero nombre al francés. Temía que el Tippoo lo reconociera y se diera cuenta del premio que se había llevado su caballería, así que el escocés había dicho que su nombre era Ross.

McCandless estaba en lo cierto. Tanto el coronel Gudin como el Tippoo estaban mirando a través de la mampara.

—Este tal coronel Ross —preguntó el Tippoo—, ¿dice que andaba en busca de provisiones?

—Sí, señor —respondió Gudin a través del intérprete.

—¿Usted le cree? —Por su tono de voz, estaba claro que el Tippoo tenía sus dudas.

Gudin se encogió de hombros.

—Sus caballos están delgados.

El Tippoo soltó un gruñido. Había hecho cuanto había podido para negarle la comida al enemigo que avanzaba, pero a los británicos les había dado por realizar repentinas marchas hacia el norte o el sur mientras se acercaban y penetrar en territorios donde sus jinetes todavía no habían destruido las provisiones de los aldeanos. No tan sólo eso, sino que además habían traído una enorme cantidad de comida con ellos. Pero aun así, los espías del Tippoo informaron de que el enemigo empezaba a pasar hambre. Sus caballos y bueyes estaban particularmente mal alimentados, por lo que no era raro que aquel oficial británico hubiera estado buscando provisiones. ¿Pero por qué mandarían a todo un coronel para esa misión? El Tippoo no encontraba respuesta para eso, y la pregunta alimentaba sus sospechas.

—¿No podría haber estado espionando?

—Explorando, tal vez —dijo Gudin—, pero no espionando. Los espías no van cabalgando vestidos de uniforme, Su Majestad.

El Tippoo gruñó cuando le tradujeron la respuesta al persa. Era un hombre receloso por naturaleza, tal como debía ser todo gobernante, pero se consoló al observar que, fuera lo que fuera lo que hubiera estado haciendo aquel británico, debía de haber fracasado. El Tippoo se volvió hacia su séquito y vio la alta figura de oscuro rostro de Appah Rao.

—¿Cree usted que este tal coronel Ross estaba buscando comida, general?

Appah Rao sabía perfectamente quién era en realidad el coronel Ross, y qué era

lo que había estado buscando McCandless, y aún peor, Rao supo entonces que su propia traición corría un serio peligro de ser descubierta, lo cual significaba que no era momento de mostrar debilidad frente al Tippoo. Pero Appah Rao tampoco estaba dispuesto a traicionar a McCandless. Eso era debido en parte a una vieja amistad y en parte a que Appah Rao suponía a medias que podría tener un futuro mejor si se aliaba con los británicos.

—Sabemos que van cortos de comida —dijo— y ese hombre está bastante delgado.

—¿Así que no lo considera usted un espía?

—Espía o no espía —dijo Appah Rao con frialdad—, es su enemigo.

El Tippoo se encogió de hombros ante la evasiva. Su sentido común le decía que el prisionero no era un espía, si no, ¿por qué iba a vestir de uniforme? Pero aunque sí lo fuera, eso no preocupaba al Tippoo en exceso. Ya se imaginaba que Seringapatam estaba llena de espías, igual que él tenía a una cuarentena de sus propios hombres marchando con los británicos, pero la mayoría de espías, según la propia experiencia del Tippoo, no servían de nada. Pasaban rumores, exageraban las conjeturas y lo que hacían era enredar las cosas más que dejar nada en claro.

—Mátelo —sugirió uno de los generales musulmanes del Tippoo.

—Lo pensaré —dijo el Tippoo, se dio la vuelta y entró por uno de los arcos interiores del balcón a una espléndida estancia con pilares de mármol y paredes pintadas. En la habitación dominaba su trono, una plataforma con dosel de unos dos metros y medio de ancho por un metro y medio de largo sostenida a más de un metro por encima del suelo embaldosado mediante una reproducción de un tigre que gruñía, sobre el que descansaba el centro de la plataforma y que estaba flanqueado a cada lado por cuatro patas de tigre talladas. Dos escaleras de plata dorada permitían el acceso a la plataforma del trono, que estaba hecha de madera de ébano, sobre la cual había una lámina de oro, gruesa como una estera para rezar, sujeta con clavos de plata. El borde de la plataforma tenía grabadas citas del Corán con los caracteres arábigos resaltados en oro, mientras que sobre cada una de las ocho patas del trono había un remate con forma de cabeza de tigre. Las cabezas de tigre eran todas de la medida de una piña, de oro puro y con incrustaciones de rubíes, esmeraldas y diamantes. El tigre que había en medio y cuyo largo y delgado cuerpo sostenía el centro del trono estaba hecho de madera recubierta de oro, mientras que su cabeza era toda de oro. La boca del tigre estaba abierta y mostraba los dientes de cristal de roca tallado entre los cuales había una lengua de oro sujeta con bisagras de manera que podía moverse arriba y abajo. El dosel que había sobre la dorada plataforma se apoyaba en un poste curvo que, al igual que la plataforma en sí, estaba cubierto con oro laminado. Los flecos del dosel eran sartas de perlas y como pináculo tenía una reproducción del fabuloso *hummah*, el pájaro real que surgía del fuego. El *hummah*,

al igual que los remates del tigre, tenía incrustaciones de piedras preciosas; su espalda era una espléndida y maciza esmeralda y su cola, parecida a la de un pavo real, un resplandor de piedras preciosas tan densamente dispuestas que el oro subyacente apenas se distinguía.

El Tippoo no le dedicó ni una mirada al magnífico trono. Había ordenado que lo construyeran pero después había jurado no subir por sus plateados peldaños ni sentarse sobre los almohadones de su dorada plataforma hasta que al fin hubiera echado a los británicos del sur de la India. Sólo entonces ocuparía su sitio real bajo el dosel de perlas ensartadas y hasta ese brillante día el trono del tigre permanecería vacío. El Tippoo había hecho un juramento, y ese juramento significaba que o se sentaría en el trono del tigre o moriría, y en sus sueños el Tippoo no había tenido premoniciones de muerte. En cambio, esperaba expandir las fronteras de Mysore y hacer retroceder a los británicos infieles hasta el mar al que pertenecían, puesto que no tenían por qué estar allí. Ellos tenían su propia tierra y si ese lejano país no les bastaba, ¡pues que murieran todos ahogados!

Los británicos debían irse, y si su destrucción significaba tener que aliarse con los franceses, sería un pequeño precio que el Tippoo tendría que pagar por sus ambiciones. Él imaginaba su imperio extendiéndose por todo el sur de la India y luego hacia el norte, penetrando en los territorios *mahratta* que estaban todos gobernados por reyes débiles, niños o cansados, y en su lugar el Tippoo ofrecería lo que su dinastía ya le había dado a Mysore: un gobierno firme y tolerante. El Tippoo era musulmán, un musulmán devoto, pero sabía que la manera más segura de perder el trono era ofendiendo a sus súbditos hindúes, por lo que se aseguró bien de mostrar reverencia hacia sus templos. No acababa de fiarse de la aristocracia hindú y había hecho todo lo posible para debilitar a esa élite a lo largo de los años; sin embargo, sólo deseaba la prosperidad para sus otros súbditos hindúes, puesto que si ellos gozaban de una buena situación no les importaría entonces qué dios se adoraba en la nueva mezquita que el Tippoo había construido en la ciudad. Con el tiempo (él rezaba para que así fuera), toda la gente de Mysore se postraría ante Alá, pero hasta que ese feliz día llegara, él procuraría no provocar una revuelta de los hindúes. Los necesitaba. Le hacían falta para que lucharan por él contra los británicos infieles. Los necesitaba para que mataran al enemigo de casaca roja ante los muros de Seringapatam.

Porque era allí, en su capital insular, donde el Tippoo esperaba vencer a los británicos y a sus aliados de Hyderabad. Allí, frente a sus cañones de boca de tigre, los casacas rojas serían aplastados como el arroz bajo el trillo. Esperaba poder atraerlos hacia el matadero que estaba disponiendo en los bastiones del oeste, pero aunque no mordieran el anzuelo y se acercaran por las murallas del sur o del este, él estaba preparado para recibirles. Tenía miles de cañones, miles de misiles y miles de

soldados dispuestos a combatir. Convertiría a su ejército de infieles en sangre, destruiría el ejército de Hyderabad, luego daría caza al *nizam* de Hyderabad, un correligionario musulmán, y lo torturaría hasta que alcanzara una muerte lenta y merecida que el Tippoo observaría desde su trono de oro con dosel.

Pasó caminando junto al trono y se quedó mirando su tigre favorito. Éste era una reproducción a tamaño real, hecha por un artesano francés, que mostraba una bestia adulta agazapada sobre la figura tallada de un casaca roja británico. Había una manija en un costado del tigre que cuando se accionaba hacía que la garra del animal arremetiera contra el rostro del casaca roja y unas lengüetas ocultas dentro del cuerpo del tigre emitían un gruñido y un patético sonido que imitaba los gritos de un hombre a punto de morir. En la ijada del tigre se abría una tapa que dejaba al descubierto un teclado mediante el que se podía tocar un órgano oculto en el vientre del animal, pero el Tippoo rara vez se molestaba en tocar el instrumento, prefiriendo accionar los distintos fuelles que hacían que el tigre gruñera y la víctima gritara. En aquel momento le dio a la manija y se deleitó con el débil sonido aflautado del hombre moribundo. Dentro de unos cuantos días, pensó, dejaría atónito al mismísimo cielo con los auténticos gritos de los casacas rojas agonizantes.

Al final el Tippoo dejó que el órgano del tigre quedara en silencio.

—Sospecho que ese hombre es un espía —dijo de pronto.

—Entonces mátele —replicó Appah Rao.

—Un espía fracasado —comentó el Tippoo—. ¿Dice usted que es escocés? —le preguntó a Gudin.

—En efecto, Su Majestad.

—¿Entonces no es inglés?

—No, señor.

El Tippoo se encogió de hombros ante aquella distinción.

—Sea cual sea su tribu, se trata de un anciano, pero ¿es ésa razón suficiente para ser clementes con él?

La pregunta iba dirigida al coronel Gudin, quien, después de que se la tradujeran, se puso tenso.

—Fue capturado de uniforme, Su Majestad, por lo tanto no merece morir. —A Gudin le hubiese gustado añadir que sería incivilizado contemplar siquiera la posibilidad de matar a un prisionero como aquél, pero sabía que el Tippoo detestaba ser tratado con condescendencia, así que se quedó callado.

—Está aquí, ¿no es cierto? —preguntó el Tippoo—. ¿No merece eso la muerte? Esta no es su tierra, ésta no es su gente y el pan y el agua que consume no son suyos.

—Si lo mata, Majestad —advirtió Gudin—, los británicos no tendrán clemencia con ningún prisionero que capturen.

—Yo estoy lleno de clemencia —dijo el Tippoo, lo cual era cierto en general.

Había momentos para ser implacable y otros para ser clemente, y tal vez aquel escocés fuera un peón útil si había necesidad de tomar un rehén. Además, el sueño que el Tippoo había tenido la noche anterior había sido prometedor y los augurios de aquella mañana igualmente esperanzadores, por lo que ese día podía permitirse mostrar clemencia—. De momento llévenlo a las celdas —dijo el Tippoo. En algún lugar del palacio un reloj fabricado en Francia sonó y le recordó al Tippoo que era la hora de sus oraciones. Despidió a su séquito y se dirigió a la sencilla habitación en la que, orientado hacia el oeste de cara a la Meca, realizaba sus reverencias diarias.

Fuera, privados de su presa, los tigres se adentraron sigilosamente en las sombras del patio. Una bestia bostezaba, otra dormía. Ya habría más días y hombres para comer. Los tigres vivían para eso, para los días en que su amo no era clemente.

Mientras tanto, arriba, en el Palacio Interior, de espaldas al trono de oro con dosel, el coronel Jean Gudin hizo girar la manija del tigre. El tigre gruñó, las zarpas se movieron adelante y atrás, como un rastrillo, sobre la carne de madera con sangre pintada, y el casaca roja dio fuertes gritos.

Sharpe no había tenido ninguna intención de gritar. Antes de empezar el castigo estaba decidido a no mostrar ningún signo de debilidad y hasta se había enfadado consigo mismo por haberse estremecido cuando cayó el primer golpe, pero aquel repentino dolor había sido tan agudo que lo había hecho temblar de forma involuntaria. A partir de entonces había cerrado los ojos y había clavado los dientes en el cuero, pero en su cabeza sonaba un grito silencioso al tiempo que los latigazos caían uno tras otro.

—¡Ciento veintitrés! —bramó Bywaters con voz ronca.

A los tambores se les estaban cansando los brazos, pero no eran tan tontos como para atenuar sus esfuerzos cuando el sargento Hakeswill estaba observando y saboreando cada golpe.

—¡Ciento veinticuatro! —exclamó Bywaters, y fue entonces, a través del grito silencioso que le inundaba la cabeza, cuando Sharpe oyó un gemido. Luego oyó otro y se dio cuenta de que era él quien hacía el ruido, entonces gruñó, abrió los ojos y clavó todo el odio de su mirada en los cabrones de los oficiales que estaban montados en sus caballos a unos cuantos pasos de distancia. Los miró fijamente como si pudiera transmitir el espantoso dolor que sentía en la espalda a sus rostros, pero ninguno de ellos cruzó la mirada con la de él. Observaban el cielo, echaban vistazos al suelo, todos trataban de evitar la visión de un hombre que estaba siendo azotado hasta la muerte ante sus ojos.

—Ciento treinta y seis —gritó Bywaters, y el chico del tambor volvió a golpear su instrumento.

A Sharpe le había corrido la sangre por la espalda y le había manchado el tejido

de sus pantalones hasta más abajo de las rodillas. Más sangre le había salpicado su engrasado y empolvado cabello, pero los latigazos seguían descendiendo con un silbido y a cada golpe de las trallas de cuero cayendo ruidosamente sobre aquel revoltijo de carne destrozada y piel hecha jirones brotaban más chorros de sangre brillante.

—Ciento cuarenta. ¡Pegue arriba, muchacho, arriba! No en los riñones —dijo Bywaters bruscamente, y el brigada miró al cirujano y vio que Micklewhite observaba distraídamente la punta del trípode con un aspecto tan calmado en su carrillado rostro que parecía estar simplemente pasando el rato en un día de verano—. ¿Quiere echarle un vistazo, señor Micklewhite, señor? —sugirió el brigada, pero Micklewhite se limitó a decir que no con la cabeza—. Seguid adelante, muchachos —les dijo el brigada a los tambores sin molestarse en ocultar la desaprobación de su voz.

Continuaron los azotes. Hakeswill observaba con deleite, pero la mayoría de los soldados miraba al cielo y rezaba para que Sharpe no gritara en voz alta. Eso significaría su victoria, incluso si moría al conseguirla. Algunos soldados indios se habían congregado alrededor del cuadro hueco para ver el azotamiento. Tales castigos no estaban permitidos en la Compañía de las Indias Orientales y casi todos los cipayos encontraban inexplicable que los británicos se los infligieran a ellos mismos.

—¡Ciento sesenta y nueve! —gritó Bywaters, y entonces vio un brillo blanco bajo uno de los látigos. El reflejo quedó oculto al instante por un hilo de sangre—. ¡Veo una costilla, señor! —exclamó el brigada dirigiéndose al cirujano.

Micklewhite agitó la mano para apartarse una mosca de la cara y dirigió la mirada hacia una nubecilla que se movía hacia el norte. Debía de hacer viento ahí arriba, pensó, y era una lástima que allí abajo no soplara ni la más mínima brisa que aliviara el calor. Una diminuta gota de sangre le salpicó la chaqueta azul y se apartó aún más con escrupulosidad.

—Ciento setenta y cuatro —gritó Bywaters, intentando imbuir aquellos escuetos números de un tono de desaprobación.

En aquellos momentos Sharpe estaba casi inconsciente. El dolor era más que insoportable. Era como si lo estuvieran quemando vivo y apuñalándolo al mismo tiempo. A cada golpe soltaba un gemido, pero el sonido era minúsculo, apenas lo bastante alto para que lo oyeran los dos sudorosos muchachos cuyos brazos doloridos descargaban los latigazos una y otra vez. Sharpe mantenía los ojos cerrados. Su respiración sonaba como un silbido al entrar y salir de su boca y pasar por la mordaza, y el sudor y la saliva le chorreaban por la barbilla y goteaban sobre la tierra, donde se veía su sangre como manchas oscuras en el polvo.

—Doscientos uno —anunció Bywaters, y se preguntó si atreverse a tomar un sorbo de agua de su cantimplora. Se estaba quedando ronco.

—¡Alto! —gritó una voz.

—Doscientos dos.

—¡Alto! —volvió a chillar la voz, y esa vez fue como si al batallón entero lo hubiesen despertado bruscamente. El tambor dio un último toque vacilante y luego dejó caer los brazos a los lados mientras el brigada Bywaters alzaba la mano para detener el próximo golpe que ya flaqueaba. Sharpe levantó la cabeza y abrió los ojos, pero lo vio todo borroso. El dolor lo invadió, gimió, dejó caer la cabeza de nuevo y un hilo de baba le cayó lentamente de la boca.

El coronel Arthur Wellesley se había acercado a caballo hasta el trípode. Por un momento, Shee y sus edecanes miraron a su coronel casi con culpabilidad, como si los hubiesen pillado en algún pasatiempo ilícito. Nadie dijo nada cuando el coronel fue acercando su caballo al prisionero. Wellesley miró hacia abajo agriamente y luego puso su fusta bajo la barbilla de Sharpe y le levantó la cabeza. El coronel estuvo a punto de retroceder ante la mirada de odio que vio en los ojos de la víctima. Apartó la fusta y limpió la punta sobre su gualdrapa para quitarle las babas.

—Van a cortar las ataduras al prisionero, comandante Shee —dijo el coronel en tono gélido.

—Sí, señor. —Shee estaba nervioso y se preguntaba si habría cometido algún terrible error—. Enseguida, señor —añadió, aunque no dio ninguna orden.

—No me gusta interrumpir un castigo bien merecido —dijo Wellesley en voz lo suficientemente alta como para que lo oyeran todos los oficiales que estaban cerca—, pero deben llevar al soldado Sharpe a la tienda del general Harris en cuanto se recupere.

—¿Del general Harris, señor? —preguntó el comandante Shee con asombro. El general Harris era el comandante de aquella expedición contra el Tippoo, ¿qué posible relación podía tener el general al mando con un soldado a medio azotar?—. Sí, señor, por supuesto, señor —añadió rápidamente Shee cuando vio que su pregunta había molestado a Wellesley—. Enseguida, señor.

—¡Hágalo entonces! —exclamó Wellesley con brusquedad. El coronel era un delgado joven de rostro estrecho, dura mirada y nariz muy aguileña. A muchos hombres de más edad les molestaba que Wellesley, con tan sólo veintinueve años, ya fuera todo un coronel, pero provenía de una familia adinerada y con título nobiliario y su hermano mayor, el conde de Mornington, era el gobernador general de las posesiones británicas de la Compañía de las Indias Orientales en la India, por lo que no era sorprendente que el joven Arthur Wellesley hubiera ascendido tanto tan deprisa. Cualquier oficial que tuviera el dinero para comprar un ascenso y fuera lo bastante afortunado de contar con parientes que pudieran conseguirle la promoción subía de rango sin ninguna duda, pero incluso aquellos menos afortunados que se sentían contrariados por los privilegios de Wellesley estaban obligados a admitir que

el joven coronel poseía una fría autoridad natural y tal vez, había algunos que así lo creían, incluso un talento militar. No había duda de que estaba muy entregado al oficio que había elegido si es que eso era algún indicio de talento.

Wellesley dio un suave golpe a su caballo para que avanzara y observó cómo le cortaban las ataduras al prisionero.

—¿Soldado Sharpe? —Lo dijo con absoluto desprecio, como si se ensuciara sólo con dirigirse a Sharpe.

Sharpe levantó la vista, parpadeó y profirió un sonido gutural. Bywaters se acercó a toda prisa y le sacó la mordaza de la boca a Sharpe. Fue necesaria cierta manipulación para extraer el taco porque Sharpe había clavado los dientes hasta el fondo del cuero doblado.

—Buen chico —dijo Bywaters en voz baja—, buen chico. No ha gritado, ¿eh? Estoy muy orgulloso de usted, muchacho. —El brigada consiguió finalmente sacar la mordaza y Sharpe intentó escupir.

—¿Soldado Sharpe? —repitió la desdeñosa voz de Wellesley.

Sharpe se obligó a levantar la cabeza.

—¿Señor? —La palabra sonó como un graznido—. Señor —probó de nuevo, y esa vez sonó como un gemido.

El rostro de Wellesley se estremeció de desagrado ante lo que estaba haciendo.

—Lo van a llevar a la tienda del general Harris. ¿Me entiende, Sharpe?

Sharpe alzó la mirada hacia Wellesley y pestañeó. La cabeza le daba vueltas y el dolor que sentía en su cuerpo competía con la incredulidad ante lo que había oído y con la rabia contra el Ejército.

—Ya ha escuchado al coronel, muchacho —le apuntó Bywaters a Sharpe.

—Sí, señor —logró responderle Sharpe a Wellesley.

Wellesley se volvió hacia Micklewhite.

—Véndelo, señor Micklewhite. Póngale algún bálsamo en la espalda, lo que usted crea mejor. Lo quiero *campos mentís* en una hora como máximo. ¿Entendido?

—¡En una hora! —exclamó el cirujano sin dar crédito a lo que oía, entonces vio la furia en el rostro de su joven coronel—. Sí, señor —se apresuró a añadir—, en una hora, señor.

—Y déle ropa limpia —le ordenó Wellesley al brigada antes de lanzarle a Sharpe una última mirada fulminante y espolear a su caballo para alejarse.

Se cortaron las últimas cuerdas que sujetaban a Sharpe al trípode. Shee y los oficiales se miraron, preguntándose todos ellos cuál podría ser el extraordinario asunto que había ocasionado un emplazamiento en la tienda del general. Nadie dijo nada mientras el brigada tiraba de los últimos trozos de cuerda de la muñeca derecha de Sharpe, luego le tendió la mano.

—Venga, muchacho. Apóyese en mí. Con cuidado.

Sharpe movió la cabeza en señal de negación.

—Estoy bien, brigada —dijo. No lo estaba, pero de ninguna manera iba mostrar debilidad ante sus compañeros y menos aún ante el sargento Hakeswill, que había observado horrorizado cómo desataban a su víctima del triángulo—. Estoy bien —insistió Sharpe, se apartó lentamente del trípode y entonces, tambaleándose ligeramente, se giró y dio tres pasos.

Sonó una aclamación que provenía de la Compañía Ligera.

—¡Silencio! —exclamó bruscamente el capitán Morris—. ¡Tome nota de los nombres, sargento Hakeswill!

—¡Anotar los nombres! ¡Sí, señor!

Sharpe trastabilló un par de veces y estuvo a punto de caerse, pero se obligó a ponerse derecho y a dar entonces algunos pasos firmes en dirección al cirujano.

—Me presento para un vendaje, señor —dijo con voz ronca. La sangre le había empapado los pantalones, su espalda era una carnicería, pero prácticamente había recuperado del todo el sentido y la mirada que le dirigió al cirujano hizo que Micklewhite se estremeciera ante aquella salvajada.

—Venga conmigo, soldado —dijo Micklewhite.

—¡Ayúdenlo! ¡Ayúdenlo! —les gritó bruscamente Bywaters a los tambores, y los dos sudorosos muchachos soltaron los látigos y se apresuraron a sujetar a Sharpe por los codos. Había conseguido mantenerse derecho, pero Bywaters había visto que se tambaleaba y temió que estuviera a punto de desplomarse.

A Sharpe se lo llevaron, medio caminando y medio a rastras. El comandante Shee se quitó el sombrero, se rascó el cabello gris y luego, sin estar muy seguro de lo que debía hacer, miró a Bywaters.

—Parece que hemos terminado el trabajo por hoy, brigada.

—Sí, señor.

Shee hizo una pausa. Todo aquello era muy irregular.

—¿Ordeno al batallón que rompa filas, señor? —sugirió Bywaters.

Shee asintió con la cabeza, agradecido de que lo hubieran orientado.

—Que rompan filas, brigada.

—Sí, señor.

Sharpe había sobrevivido.

Dentro de la tienda del general Harris parecía faltar el aire. Era una tienda amplia, tan grande como un entoldado parroquial, y aunque habían levantado los anchos faldones de sus dos entradas, no soplaba el menor viento que renovara la húmeda atmósfera atrapada bajo el alto caballete. La luz del interior de la enorme tienda quedaba amarilleada por la lona, que la teñía de un color como el de la orina, y daba un frío, húmedo y malsano aspecto a la hierba del suelo.

Cuatro hombres esperaban dentro de la tienda. El más joven y más nervioso era William Lawford, el cual, como era un mero teniente y con mucho el oficial de menor rango allí presente, estaba sentado a un lado, bastante apartado, en una silla dorada de construcción tan frágil y endeble que parecía un milagro que hubiera sobrevivido al transporte en los carros del ejército. Lawford apenas osaba moverse para no llamar la atención, así que estaba sentado en una postura forzada e incómoda mientras el sudor corría por su rostro y goteaba en la copa de su sombrero tricornio que descansaba sobre sus muslos.

Enfrente de Lawford, e ignorando completamente al joven, estaba sentado su coronel, Arthur Wellesley. El coronel charlaba sobre asuntos triviales pero con aspereza, como si estuviera molesto por verse obligado a esperar. En una o dos ocasiones sacó un reloj del bolsillito de su chaleco, abrió bruscamente la tapa, lanzó una mirada a la esfera descubierta y volvió a meterse el reloj en el bolsillo sin hacer ningún comentario.

El general Harris, el comandante del ejército, estaba sentado tras una larga mesa que estaba cubierta de mapas. El comandante de los ejércitos aliados era un hombre de mediana edad que estaba en forma y que poseía un grado de sentido común poco frecuente y mucho sentido práctico, y reconocía ambas cualidades en su joven segundo al mando, el coronel Wellesley. George Harris era un hombre afable, pero en aquellos momentos, mientras esperaba en la amarillenta penumbra de la tienda, parecía trastornado. Miraba fijamente los mapas, se limpiaba el sudor de la cara con un gran pañuelo azul, pero rara vez levantó la vista para participar de la forzada conversación. Harris estaba inquieto porque, al igual que Wellesley, en realidad no aprobaba lo que estaban a punto de hacer. No era por la irregularidad de la acción por lo que ambos estaban preocupados, puesto que ninguno de los dos era un retrógrado, sino más bien porque sospechaban que la operación propuesta fracasaría y perderían a dos buenos soldados, o mejor dicho, a uno bueno y a uno malo.

El cuarto hombre que había en la tienda no quiso sentarse y en lugar de eso iba y venía dando grandes zancadas entre las mesas y las endebles sillas por allí repartidas. Era aquel hombre el que mantenía viva la poca conversación que logró sobrevivir en la densa, húmeda y mal ventilada atmósfera de la tienda. Animaba a sus compañeros,

los alentaba, trataba de hacerlos reír, aunque de vez en cuando sus esfuerzos fallaban y entonces se dirigía a grandes pasos hacia una de las puertas de la tienda y se detenía para mirar hacia el exterior. «Ya no puede faltar mucho», decía todas las veces, y entonces retomaba su impaciente caminar de un lado a otro. Era el general de división David Baird y el superior en rango y en edad de los dos segundos al mando del general Harris. A diferencia de sus colegas, se había sacado la casaca y el chaleco de su uniforme y mostraba una sucia camisa bastante zurcida y con los tirantes de sus bombachos colgándole a la altura de las rodillas. Su oscuro cabello estaba húmedo y alborotado y su ancho rostro tan bronceado que, a los nerviosos ojos de Lawford, Baird parecía más un peón que un general. El parecido se acentuaba aún más porque no había nada delicado ni refinado en el aspecto de David Baird. Era un escocés enorme, alto como un gigante, ancho de espaldas y con los músculos de un carbonero. Había sido Baird quien había convencido a sus dos colegas para entrar en acción, o mejor dicho, quien había persuadido al general Harris para que actuara muy en contra del mejor criterio del otro oficial, y francamente, a Baird le importaba un comino si al maldito coronel Arthur Wellesley le parecía bien o no. Baird le tenía antipatía a Wellesley y le sentaba tremendamente mal el hecho de que al joven lo hubieran nombrado su compañero segundo al mando. Baird, que era un hombre que nunca dejaba que las rencillas permanecieran sin expresarlas, se había quejado a Harris del nombramiento de Arthur Wellesley.

—Si su hermano no fuera gobernador general, Harris, usted nunca lo habría ascendido.

—Eso no es cierto, Baird —había contestado Harris con suavidad—. Wellesley tiene capacidades.

—Capacidades, ¡una mierda! ¡Lo que tiene es familia! —soltó Baird.

—Todos tenemos familia.

—Pero no unas acicaladas familias inglesas presumidas con demasiado dinero de mierda.

—Nació en Irlanda.

—Pobre maldita Irlanda, entonces, pero él no es irlandés, Harris, y usted lo sabe. ¡Si ni siquiera bebe, por el amor de Dios! Un poco de vino tal vez, pero nada de lo que yo llamaría una copa como es debido. ¿Alguna vez ha conocido a un irlandés tan sobrio?

—A algunos, unos cuantos, a decir verdad a bastantes —Harris, un hombre justo, había respondido sinceramente—, pero ¿es la embriaguez una cualidad tan deseable en un comandante militar?

—La experiencia sí que lo es —había gruñido Baird—. ¡Caray, hombre, usted y yo hemos servido una buena temporada! ¡Hemos perdido sangre! ¿Y qué ha perdido Wellesley? ¡Dinero! Nada más que dinero cuando compró su ascenso a coronel. ¡Ese

hombre nunca ha estado en una batalla!

—Aun así será un segundo al mando muy bueno, y eso es lo único que importa —había insistido Harris que, en efecto, estaba muy complacido con la actuación de Wellesley. Las responsabilidades del coronel radicaban principalmente en el ejército del *nizam* de Hyderabad, y había demostrado ser hábil a la hora de persuadir a aquel potentado de que aceptara las sugerencias de Harris, una tarea que Baird nunca hubiese podido realizar ni la mitad de bien, puesto que el escocés tenía fama de odiar a todos los indios.

Esa aversión se remontaba a los años que Baird había pasado en las mazmorras del sultán Tippoo en Seringapatam. Diecisiete años antes, durante una batalla contra el temible padre del Tippoo, Hyder Alí, el joven David Baird había sido capturado. Él y otros prisioneros fueron conducidos a Seringapatam y allí soportaron cuarenta y cuatro humillantes meses de caluroso y húmedo infierno en las celdas de Hyder Alí. Durante algunos de esos meses Baird había permanecido esposado a la pared y ahora el escocés quería vengarse. Soñaba con llevar su espada escocesa al otro lado de las murallas de la ciudad y acorrallar al Tippoo, y entonces, ¡por Dios que el infierno sufrido en las celdas de Seringapatam quedaría mil veces saldado!

Era el recuerdo de aquella terrible experiencia y el saber que su compatriota escocés, McCandless, se hallaba entonces condenado a pasar por ella, lo que había convencido a Baird de que debían liberar a McCandless. El propio coronel McCandless había sugerido cómo podría lograrse aquella puesta en libertad puesto que, antes de empezar su misión, le había dejado una carta a David Baird. La carta, que tenía instrucciones escritas en el sobre que decían que sólo debía abrirse si McCandless no regresaba, proponía que si el coronel era capturado, y si a Harris le parecía lo bastante importante para realizar un intento de liberarle, entonces debían mandar en secreto a un hombre de confianza a Seringapatam, donde tenía que contactar con un mercader llamado Ravi Shekhar. «Si hay algún hombre con los recursos necesarios para liberarme, ése es Shekhar —había escrito McCandless—, aunque confío en que tanto usted como el general sopesarán bien el riesgo de perder a tan preciado informante frente a las pequeñas ventajas que podrían obtenerse con mi liberación.»

Baird no tenía ninguna duda acerca de la valía de McCandless. El era el único que conocía la identidad de los agentes británicos al servicio del Tippoo y no había nadie en todo el Ejército que supiera tantas cosas del Tippoo como sabía McCandless, y Baird era consciente de que si el Tippoo llegaba a descubrir las verdaderas responsabilidades de McCandless, éste sería echado a los tigres. Fue Baird quien había recordado que el sobrino inglés de McCandless, William Lawford, estaba sirviendo en el Ejército, quien había convencido a Lawford para que entrara en Seringapatam en un intento para liberar a McCandless y quien había propuesto

entonces la misión al general Harris. En un principio Harris había rechazado la idea, aunque se había relajado lo suficiente para sugerir que tal vez se podría encontrar a un voluntario indio que tendría muchas más posibilidades de permanecer en la capital enemiga sin ser descubierto, pero Baird había defendido enérgicamente su elección.

—Es un asunto demasiado importante para dejárselo a un negro, Harris, y además, sólo McCandless sabe de cuál de esos cabrones nos podemos fiar. Lo que es yo no confiaría en ninguno de esos malditos.

Harris había suspirado. Dirigía dos ejércitos, cincuenta mil hombres, y todos esos soldados menos cinco mil eran indios, y si los «negros» no eran de fiar entonces Harris, Baird y todos los demás estaban condenados, pero el general sabía que no podría hacer nada contra la tozuda antipatía de Baird hacia todos los indios.

—Me gustaría liberar a McCandless —había reconocido Harris— pero, ¡por Dios Santo, Baird!, no creo que un hombre blanco sobreviva mucho tiempo en Seringapatam.

—No podemos mandar a un negro —había insistido Baird—. Tomarán nuestro dinero, luego irán directos al Tippoo y conseguirán más dinero de él. Entonces ya puede dar un beso de despedida a McCandless y a su amigo Shekhar.

—Pero, ¿por qué mandar al joven Lawford? —había preguntado Harris.

—Porque McCandless es un tipo muy reservado, señor, más cauto que la mayoría, y si ve a Willie Lawford sabrá que lo hemos mandado nosotros, pero si se trata de otro británico podría pensar que es algún desertor al que el Tippoo ha mandado para atraparlo. Nunca subestime al Tippoo, Harris, es un hijo de puta muy listo. Me recuerda a Wellesley. Siempre está pensando.

Harris había soltado un gruñido. Se había resistido a la idea, pero aun así le tentaba, porque el *havildar* que había sobrevivido a la malhadada expedición de McCandless había regresado al ejército y lo que contó indicaba que McCandless se había encontrado con el hombre con el que se esperaba encontrar y, aunque Harris no sabía quién era ese hombre, sí que sabía que McCandless había ido en busca de la llave de la ciudad del Tippoo. Sólo una misión tan importante, una misión que podía garantizar el éxito, había convencido a Harris para permitir que McCandless se arriesgara, y ahora habían atrapado a McCandless y a Harris le ofrecían una oportunidad de traerlo de vuelta, o al menos de recuperar la información de McCandless aun cuando no pudieran sacar al coronel de las mazmorras del Tippoo. Harris no tenía tanta confianza en el éxito británico de aquella campaña como para no tener en cuenta semejante información que les caería como llovida del cielo.

—¿Pero cómo diablos se supone que sobrevivirá este tal Lawford dentro de la ciudad? —había preguntado Harris.

—¡Fácil! —había respondido Baird con desdén—. El Tippoo está condenadamente ansioso por conseguir voluntarios europeos, así que vestimos al

joven Lawford con un uniforme de soldado raso y puede fingir que es un desertor. ¡Lo recibirán con los brazos abiertos! Le colgarán flores de mierda alrededor del cuello y le dejarán ser el primero en elegir a las *bibbis*.

Poco a poco Harris se había dejado convencer, aunque Wellesley, cuando le expusieron la idea, había aconsejado que no la llevaran a cabo. Lawford, Wellesley insistió en ello, nunca podría hacerse pasar por soldado raso, pero el entusiasmo de Baird había anulado la oposición de Wellesley, así que habían llamado al teniente Lawford a la tienda de Harris, donde complicó las cosas al coincidir con su coronel.

—Me gustaría mucho ayudar, señor —le dijo a Harris—, pero no estoy seguro de que sea capaz de fingir.

—¡Por Dios, hombre —intervino Baird—, escupa y suelte tacos! ¡No es tan difícil!

—Será muy difícil —había insistido Harris con la mirada fija en el inseguro teniente. Dudaba que Lawford tuviera recursos para interpretar el engaño puesto que el teniente, aunque estaba claro que era una buena persona, parecía carecer de astucia.

Entonces Lawford había complicado aún más las cosas.

—Creo que sería más verosímil, señor —sugirió respetuosamente—, si pudiera llevar conmigo a otra persona. Los desertores normalmente van en parejas, ¿no es cierto? Y si el soldado es auténtico, un soldado raso, aún sería todo mucho más convincente.

—Tiene sentido, tiene sentido —había comentado Baird en tono alentador.

—¿Tiene a alguien en mente? —había preguntado Wellesley fríamente.

—Se llama Sharpe, señor —dijo Lawford—. Probablemente están a punto de azotarle.

—Entonces no le servirá de un carajo —dijo Wellesley en un tono que sugería que el asunto estaba zanjado.

—No iré con nadie más, señor —replicó Lawford con tesón, dirigiéndose al general Harris más que a su coronel, y a Harris le complació ver aquella prueba de entereza. Al parecer el teniente no era tan inseguro como parecía.

—¿Cuántos latigazos va a recibir ese tipo? —preguntó Harris.

—No lo sé, señor. Lo están juzgando en estos momentos, señor, y si no estuviera aquí estaría declarando a su favor. Dudo de su culpabilidad.

La discusión sobre si emplear a Sharpe o no continuó durante una comida a base de arroz y estofado de cabrito. Wellesley se negaba a intervenir en el consejo de guerra o en el subsiguiente castigo, declarando que una actuación semejante perjudicaría la disciplina, pero William Lawford, terca y respetuosamente, se negó a ir con cualquier otra persona. Tenía que ser, dijo él, un hombre en el que pudiera confiar.

—Podríamos mandar a otro oficial —había propuesto Wellesley, pero esa idea

deca­yó cuando se consideraron las dificultades para encontrar un voluntario fiable. Había muchos que podrían ir, pero pocos eran personas formales, y los que lo eran no serían tan insensatos para arriesgar sus valiosos cargos con lo que Wellesley llamó en tono mordaz «un paseíto idiota».

—¿Y cómo es que está dispuesto a ir? —le había preguntado Harris a Lawford—. No parece usted un idiota.

—Confío en no serlo, señor. Pero mi tío me proporcionó el dinero para comprar mi rango.

—¡Eso hizo, por Dios! Es condenadamente generoso.

—Y yo espero estarle condenadamente agradecido, señor.

—¿Tanto como para morir por él? —terció Wellesley con acritud.

Lawford se había ruborizado, pero se mantuvo en sus trece.

—Creo que Sharpe es un hombre con suficientes recursos para los dos, señor.

Finalmente la decisión sobre si emplear o no a Sharpe le correspondió al general Harris, quien extraoficialmente estaba de acuerdo con Wellesley en que perdonarle a un soldado su bien merecido castigo era dar muestras de una peligrosa laxitud. Sin embargo, al final, convencido de que era necesario tomar medidas extraordinarias para salvar a McCandless, el general se dejó vencer por el entusiasmo de Baird y, acongojado, Harris había ordenado que trajeran al desafortunado Sharpe a la tienda. Fue por esa razón que, al fin, el soldado Richard Sharpe se adentró cojeando en la tenue luz amarillenta que se filtraba por la alta lona de la tienda. Llevaba un uniforme limpio, pero en la tienda todos se dieron cuenta de que todavía sufría un dolor espantoso. Se movía con rigidez, y esa rigidez no era provocada tan sólo por los metros de vendaje que rodeaban su torso, sino por el tormento que representaba cada movimiento de su cuerpo. Había intentado limpiarse la sangre del pelo y con ello había conseguido también quitarse casi todos los polvos, por lo que cuando el coronel Wellesley le dijo que se sacara el chacó, dejó al descubierto un cabello curiosamente moteado.

—Creo que será mejor que se siente, soldado —sugirió el general Baird al tiempo que miraba a Harris pidiéndole permiso.

—Acerque ese taburete —le ordenó Harris a Sharpe, y entonces vio que el soldado no podía inclinarse a cogerlo.

Baird fue a por el taburete.

—¿Le duele? —preguntó en tono comprensivo.

—Sí, señor.

—Se supone que tiene que doler —dijo Wellesley de manera cortante—. El objeto del castigo es el dolor. —Se encontraba de espaldas a Sharpe, demostrando su desaprobación de forma harto significativa—. No me gusta cancelar una tanda de azotes —siguió diciendo Wellesley sin dirigirse a nadie en particular—. Afecta a la

disciplina. Si los hombres creen que sus sentencias pueden ser acortadas, ¿sabe Dios las canalladas que tramarían! —De pronto se dio la vuelta en la silla y le lanzó una gélida mirada a Sharpe—. Si pudiera hacer las cosas a mi manera, soldado Sharpe, lo haría marchar de nuevo hasta el triángulo para que terminaran el trabajo.

—Dudo que el soldado Sharpe fuera siquiera merecedor del castigo —intervino Lawford osadamente, ruborizándose al hacerlo.

—¡Debió expresar esa opinión, teniente, durante el consejo de guerra! —exclamó Wellesley con brusquedad, sugiriendo con su tono que hubiera sido una opinión inútil de todos modos—. Ha tenido suerte, soldado Sharpe —dijo Wellesley con desagrado—. Anunciaré que se le ha perdonado el resto del castigo como recompensa por haber combatido bien el otro día. ¿Combatió usted bien?

Sharpe asintió con la cabeza.

—Maté a mi parte del enemigo, señor.

—Por eso le conmutó la sentencia. Y esta noche, maldito sea, me recompensará a mí desertando.

Sharpe se preguntó si había oído bien, decidió que era mejor no preguntar y apartó la mirada del coronel, recobró la compostura y se quedó mirando fijamente a la pared de la tienda.

—¿Alguna vez ha pensado en desertar, Sharpe? —le preguntó el general Baird.

—¿Yo, señor? —Sharpe consiguió parecer sorprendido—. Yo no, señor, no, señor. Nunca se me pasó por la cabeza, señor.

Baird sonrió.

—Nos hace falta un buen mentiroso en este servicio concreto. Así que tal vez sea usted una excelente elección, Sharpe. Además, cualquiera que vea su espalda sabrá porqué quiso desertar. —A Baird le gustó la idea y su rostro reveló un súbito entusiasmo—. ¡De hecho, si no le hubiesen azotado ya convenientemente, soldado, tal vez hubiésemos tenido que propinarle algunos azotes de todos modos! —Sonrió.

Sharpe no le devolvió la sonrisa. En lugar de eso miró con recelo a un oficial tras otro. Se dio cuenta de que el señor Lawford estaba nervioso, Baird hacía lo que podía para mostrarse simpático, el rostro del general Harris era impenetrable y el coronel Wellesley se había dado la vuelta, indignado. Pero Wellesley siempre había sido un tipo seco, por lo que no tenía sentido tratar de ganarse su aprobación. Baird era el hombre que lo había salvado, Sharpe así lo suponía, y eso encajaba con la reputación que tenía Baird en el ejército. El escocés era un general de la tropa, un hombre valiente y querido por los soldados.

Baird sonrió de nuevo, tratando de que Sharpe se sintiera cómodo.

—Déjeme explicarle por qué va usted a escaparse, Sharpe. Hace tres días perdimos a un buen soldado, un tal coronel McCandless. Los hombres del Tippoo lo capturaron y, por lo que sabemos, se lo llevaron a Seringapatam. Queremos que vaya

usted a esa ciudad y que las fuerzas del Tippoo lo apresen. ¿Hasta aquí me entiende?

—Sí, señor —respondió Sharpe obedientemente.

—Buen chico. Pues bien, cuando llegue a Seringapatam el Tippoo querrá que se una a su ejército. Le gusta tener a hombres blancos en sus filas, así que usted no tendrá ningún problema para aceptar su chelín. Y cuando confíen en usted, tratará de encontrar al coronel McCandless y sacarlo de allí con vida. ¿Aún me sigue?

—Sí, señor —dijo Sharpe estoicamente, y se preguntó por qué no le pedían primero que se fuera a Londres en una escapada y robara las Joyas de la Corona. ¡Malditos idiotas! ¡Le pones un trozo de galón dorado en la casaca a un soldado y el cerebro se le convierte en papilla! De todos modos, estaban haciendo lo que él quería que hicieran, que era sacarlo del ejército, así que se quedó sentado en silencio, muy quieto y erguido, no tanto por respeto sino porque la espalda le dolía como el mismísimo demonio cada vez que se movía.

—No va a ir solo —le dijo Baird a Sharpe—. El teniente Lawford nos ofreció sus servicios y él también va a ir. Se hará pasar por un soldado raso y un desertor y su trabajo es cuidar de él.

—Sí, señor —dijo Sharpe, y ocultó su consternación al ver que las cosas no iban a ser tan fáciles después de todo. Entonces sí que no podía huir, no con Lawford pegado a sus pantalones. Miró al teniente, que le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—La cuestión es, Sharpe —dijo Lawford sin dejar de sonreír—, que no estoy del todo seguro de poder hacerme pasar por un soldado raso. Pero a usted lo creerán y puede decir que soy un nuevo recluta.

¡Un nuevo recluta! Sharpe casi soltó una carcajada. ¡Sería igual de difícil hacer pasar al teniente por un nuevo recluta que hacer pasar a Sharpe por oficial! Entonces tuvo una idea, y esa idea le sorprendió, no porque fuera buena, sino porque implicaba que de repente estaba intentando hacer que aquel estúpido plan funcionara.

—Sería mejor si dijera que es un administrativo de la compañía, señor. —Pronunció las palabras en voz demasiado baja, tímido ante la presencia de tantos oficiales superiores.

—¡Hable más alto, soldado! —gruñó Wellesley.

—Sería mejor, señor —dijo Sharpe en voz tan alta que rayaba en la insolencia—, si el teniente dijera que es un administrativo de la compañía, señor.

—¿Un administrativo? —preguntó Baird—. ¿Por qué?

—Tiene las manos suaves, señor. Las manos limpias, señor. Los administrativos no están tan en contacto con la suciedad como el resto de nosotros. Y los reclutas, señor, normalmente tienen las manos tan mugrientas como el resto. Pero los administrativos no, señor. —Harris, que estaba escribiendo, levantó la vista con una ligera expresión de admiración—. Póngale un poco de tinta en las manos, señor —Sharpe siguió dirigiéndose a Baird—, y no tendrá mal aspecto.

—¡Me gusta, Sharpe, me gusta mucho! —exclamó Baird—. Bien hecho.

Wellesley adoptó un aire despectivo y se quedó mirando intencionadamente hacia una de las aberturas de la tienda como si aquella reunión le resultara tediosa. El general Harris miró a Lawford.

—¿Le sería posible interpretar el papel de un administrativo descontento, teniente? —preguntó.

—¡Claro que sí, señor! Estoy seguro, señor —por fin Lawford sonó seguro de sí mismo.

—Bien —dijo Harris al tiempo que dejaba a un lado la pluma. El general usaba peluca para ocultar la cicatriz que tenía allí donde una bala americana le había arrancado un trozo de cabeza en Bunker Hill. En aquel momento, de forma inconsciente, levantó un extremo de la peluca y se rascó la antigua cicatriz—. Y supongo que en cuanto llegue a la ciudad contactará con ese mercader. ¿Me recuerda su nombre, Baird?

—Ravi Shekhar, señor.

—¿Y qué ocurre si ese tal Shekhar no está allí? —preguntó Harris—. ¿O no quiere colaborar? —Se hizo un silencio tras la pregunta. Los centinelas que había en el exterior de la tienda, a los que habían apostado lo bastante lejos para que no pudieran oír la conversación, iban de un lado a otro pisando fuerte. Un perro ladró—. Tiene que prever estas cosas —dijo Harris con suavidad mientras se volvía a rascar por debajo de la peluca. Wellesley rió con aspereza pero no ofreció ninguna sugerencia.

—Si Ravi Shekhar no nos ayuda, señor —propuso Baird—, entonces Lawford y Sharpe deben hacer que les metan en la prisión donde está McCandless y luego encontrar una manera de salir de allí. —El escocés se volvió hacia Sharpe—. ¿Por casualidad no sería usted ladrón antes de alistarse?

Tras una breve vacilación, Sharpe asintió con la cabeza.

—Sí, señor.

—¿Qué clase de ladrón? —preguntó Wellesley con voz indignada, como si realmente le asombrara descubrir que en las filas de su batallón había delincuentes, y al ver que Sharpe no respondía el coronel se irritó aún más—. ¿Un ratero? ¿Un bandolero?

Sharpe se sorprendió de que su coronel conociera siquiera semejante vocabulario. Movió la cabeza, indignado, negando haber sido nunca un mero descuidero o salteador de caminos.

—Era un ganzúa, señor —dijo—. Y muy bien cualificado, además —añadió con orgullo. En realidad también había sacado su parte de los caminos, no tanto asaltando a los carruajes como cortando las correas de cuero que sujetaban los baúles de viaje de los pasajeros en la parte trasera de los coches. El trabajo se hacía mientras el

carruaje iba a toda velocidad por el camino, de manera que el ruido de los cascos y las ruedas disimulaba el sonido del equipaje al caer. Era una tarea para jóvenes ágiles y Sharpe había sido bueno en eso.

—Un ganzúa es un ladrón que entra a robar en las casas —tradujo Wellesley para sus dos oficiales superiores, incapaz de ocultar su desprecio.

—Baird estaba satisfecho con las respuestas de Sharpe.

—¿Todavía tiene una ganzúa, soldado?

—¿Yo, señor? No, señor. Pero supongo que podría conseguir una, señor, si tuviera una guinea.

Baird se rió al sospechar que el verdadero coste debía de rondar el chelín, pero aun así se dirigió hacia su casaca, que estaba colgada de un gancho en uno de los palos de la tienda, y sacó una guinea que lanzó al regazo de Sharpe.

—Encuentre una antes de esta noche, soldado Sharpe —dijo—, porque quién sabe, podría ser de utilidad. —Se volvió hacia Harris—. Pero dudo que sea necesario, señor. Dios quiera que no haga falta porque no estoy seguro de que alguien, ni siquiera el soldado Sharpe, pueda escapar de las mazmorras del Tippoo. —El alto general se volvió de nuevo hacia Sharpe—. Yo estuve casi cuatro años en esas celdas, Sharpe, y en todo ese tiempo nadie escapó. Nadie. —Baird caminó impaciente de un lado a otro al recordar la terrible experiencia—. Las celdas del Tippoo tienen puertas con barrotes y candados, por lo que su ganzúa podría encargarse de ello, pero cuando yo estuve allí siempre teníamos a cuatro carceleros durante el día y a veces había incluso *jettis* de guardia.

—¿*Jettis*, señor? —preguntó Lawford.

—*Jettis*, teniente. El Tippoo heredó una docena de cabrones de éstos de su padre. Son forzudos profesionales y su truco favorito es ejecutar prisioneros. Tienen varias maneras de hacerlo, ninguna de ellas agradable. ¿Quiere saber cuáles son sus métodos?

—No, señor —se apresuró a decir Lawford, que palideció sólo con pensarlo. Sharpe se llevó una desilusión pero no se atrevió a preguntar los detalles.

Baird hizo una mueca.

—Unas ejecuciones muy desagradables, teniente —dijo en tono grave—. ¿Sigue queriendo ir?

Lawford continuaba estando pálido, pero asintió con un movimiento de cabeza.

—Creo que vale la pena intentarlo, señor.

Wellesley dio un resoplido ante la insensatez del teniente, pero Baird hizo caso omiso del gesto del coronel.

—Por la noche retiran a los guardias —siguió diciendo—, pero sigue habiendo un centinela.

—¿Sólo uno? —preguntó Sharpe.

—Sólo uno, soldado —confirmó Baird.

—Yo me puedo encargar de un centinela, señor —dijo Sharpe con jactancia.

—De éste no —replicó Baird con adustez—, porque cuando yo estuve allí medía por lo menos dos metros y medio. Era un tigre, Sharpe. Un devorador de carne humana, y los dos metros y medio son sin contar la cola. Solían dejarlo todas las noches en el pasillo, así que rece para no acabar en las celdas del Tippoo. Ruegue para que ese tal Ravi Shekhar sepa cómo sacar de allí a McCandless.

—O al menos —intervino Harris— rece para que Shekhar pueda descubrir qué es lo que sabe McCandless y usted pueda hacernos llegar dicha información.

—¡Esto es lo que queremos de usted! —le dijo Baird a Sharpe con brusca alegría—. ¿Está dispuesto a ir, soldado?

A Sharpe le parecía que todo aquello era una estupidez y no le gustó mucho cómo sonó lo del tigre, pero no era tan tonto como para demostrar renuencia alguna.

—Creo que mejor tres que dos mil, señor —dijo.

—¿Tres? —preguntó Baird, desconcertado.

—Es mejor tres galones que dos mil latigazos, señor. Si descubrimos lo que quiere usted saber o si sacamos de la prisión al tal coronel McCandless, señor, ¿podré ser sargento? —le hizo la pregunta a Wellesley.

Wellesley pareció enfurecerse ante la osadía de Sharpe y por un segundo fue evidente que pensaba negárselo, pero el general Harris se aclaró la garganta y comentó en tono suave que a él le parecía una sugerencia razonable.

Wellesley consideró oponerse al general, pero entonces decidió que era muy probable que Sharpe ni siquiera saliera con vida de aquel disparate, de manera que, aunque a su pesar, asintió con la cabeza.

—Los galones de sargento, Sharpe, si tiene éxito.

—Gracias, señor —dijo Sharpe.

Baird lo despidió.

—Ahora váyase con el teniente Lawford, Sharpe, él le dirá qué hacer. Y otra cosa... —La voz del escocés se volvió apremiante—. Por el amor de Dios, no le cuente a nadie nada.

—Ni se me ocurriría, señor —dijo Sharpe, estremeciéndose de dolor al levantarse.

—Retírese entonces —dijo Baird. Esperó a que los dos hombres se hubiesen marchado y entonces suspiró—. Un joven inteligente, ese Sharpe —le comentó a Harris.

—Un delincuente —terció Wellesley—. Les podría facilitar otros cien con la misma dudosa reputación. Escoria todos ellos, y lo único que hace que no se amotinen es la disciplina.

Harris dio un golpe en la mesa para poner fin a la riña de sus dos segundos al

mando.

—¿Pero tendrá éxito el delincuente? —preguntó.

—No tiene ninguna posibilidad —dijo Wellesley con seguridad.

—Una posibilidad lamentablemente remota —admitió Baird con adustez—. Pero incluso una pequeña posibilidad merece la pena si podemos traer de vuelta a McCandless —añadió luego más enérgicamente.

—¿A riesgo de perder a dos buenos soldados? —preguntó Harris.

—Uno que podría convertirse en un buen oficial —corrigió Wellesley al general — y otro cuya pérdida el mundo no lloraría ni un segundo.

—Pero podría ser que McCandless poseyera la llave de la ciudad, general —le recordó Baird a Harris.

—Cierto —dijo Harris con un resoplido, luego desenrolló un mapa que había permanecido enroscado en un extremo de su mesa. Era un mapa de Seringapatam y cada vez que le echaba un vistazo se preguntaba cómo iba a acometer el asedio de la ciudad. Lord Cornwallis, que había capturado la ciudad siete años antes, había tomado por asalto el lado norte de la isla y luego había atacado las murallas del oeste, pero Harris dudaba que le brindaran de nuevo aquella ruta. El Tippoo habría quedado advertido a raíz del éxito anterior, lo cual significaba que aquel nuevo asalto debía realizarse o por el sur o por el oeste. Una docena de desertores de las fuerzas enemigas habían afirmado todos que el muro del oeste estaba en mal estado y tal vez eso le diera a Harris su mejor oportunidad—. Sur u oeste —dijo en voz alta, reiterando el problema que ya había discutido un montón de veces con sus dos segundos—. Pero en cualquier caso, caballeros, el lugar está abarrotado de cañones, lleno de misiles y plagado de infantería. Y sólo disponemos de una oportunidad antes de que lleguen las lluvias. Solamente una. ¿Oeste o sur, eh? —Se quedó mirando fijamente el mapa, esperando contra todo pronóstico que pudieran sacar a McCandless de su mazmorra para que pudiera aconsejarlo, pero eso, admitió él para sus adentros, era un desenlace muy improbable, cosa que significaba que la decisión quedaría inevitablemente en sus manos. La resolución final podía esperar hasta que el ejército se hubiese acercado a la ciudad y Harris tuviera oportunidad de ver las defensas del Tippoo, pero en cuanto el ejército estuviera listo para acampar la elección tendría que hacerse rápidamente y, si no intervenían otros factores, Harris estaba casi seguro de la ruta por la que optaría. Hacía semanas que su instinto le había estado diciendo por dónde atacar, pero le preocupaba que el Tippoo pudiera haber previsto la debilidad en las defensas de su ciudad. Sin embargo, no tenía sentido preguntarse si el Tippoo le estaba engañando, en eso radicaba la indecisión, de modo que Harris dio unos golpecitos con su pluma en el mapa—. El instinto me dice que atacemos por aquí, caballeros, justo aquí. —Señalaba el muro del oeste—. Al otro lado de los bajíos del río y a través del tramo de murallas más endeble. Parece el

lugar más lógico. —Volvió a dar unos toquécitos en el mapa—. Aquí, justo aquí.

Precisamente allí donde el Tippoo había tendido su trampa.

Alá, con Su infinita misericordia, se había portado bien con el sultán Tippoo porque Alá, con Su inconmensurable sabiduría, había revelado la existencia de un mercader que estaba mandando información al ejército británico. El hombre comerciaba con metales corrientes, con cobre, estaño y latón, y sus carretas atravesaban con frecuencia una de las dos puertas principales de la ciudad con sus pesados cargamentos. Sólo Dios sabía cuántas de aquellas cargas habían salido de Seringapatam en los últimos tres meses, pero al menos los guardias de la puerta habían registrado el carro adecuado, el que llevaba una carta escrita en clave que contenía, tal como había admitido el desdichado mercader al ser interrogado, un informe de los extraños trabajos que se estaban realizando en la vieja puerta cerrada del muro oeste. Esos trabajos tendrían que haber permanecido en un riguroso secreto, puesto que las únicas personas que tenían permitido acercarse a la puerta eran las tropas europeas de Gudin, en las que se podía confiar, y un pequeño grupo de guerreros musulmanes del Tippoo a los que él consideraba totalmente dignos de confianza. Como era lógico, el mercader era hindú, pero cuando habían llevado a su esposa a la sala de interrogatorios y la habían amenazado con las tenazas al rojo vivo, el comerciante había confesado el nombre del soldado musulmán que se había dejado sobornar por el oro del mercader. ¡Y había tanto oro! Una cámara acorazada repleta de aquel metal, mucho más de lo que el Tippoo imaginaba que se podía ganar comerciando con estaño, latón y cobre. Se trataba de oro británico, confesó el mercader, que le habían dado para que pudiera impulsar una rebelión en Seringapatam.

El Tippoo no se consideraba una persona cruel, pero ni mucho menos creía ser tampoco un hombre bondadoso. Era un gobernante, y tanto la crueldad como la clemencia eran armas de los gobernantes. Cualquier monarca que retrocediera ante la crueldad no gobernaría mucho tiempo, de la misma manera que cualquier gobernante que se olvidara de la clemencia pronto se ganaría el odio de la gente, así que el Tippoo trataba de equilibrar la clemencia con la crueldad. No quería tener fama de indulgente en la misma medida que no quería que lo juzgaran de tirano, de forma que intentaba utilizar tanto la clemencia como la crueldad con criterio. El mercader hindú, una vez realizada su confesión, había suplicado clemencia, pero el Tippoo sabía que aquél no era el momento de mostrar debilidad. Era el momento de dejar que un estremecimiento de horror recorriera las calles y callejones de Seringapatam. Era momento de dejar que sus enemigos supieran que la traición se pagaba con la muerte, por lo que tanto el mercader como el soldado musulmán que había aceptado su oro se encontraban entonces de pie en la arena caliente del patio del Palacio Interior donde

eran vigilados por dos de los *jettis* favoritos del Tippoo.

Los *jettis* eran hindúes y su fuerza, que era notable, estaba consagrada a su religión. Eso al Tippoo le hacía gracia. Algunos hindúes buscaban la recompensa a su devoción dejándose crecer el pelo y las uñas, otros lo hacían negándose la comida y aún había otros que renunciaban a todos los placeres terrenales, pero los *jettis* lo hacían desarrollando sus músculos y el resultado, el Tippoo lo admitía, era extraordinario. Puede que no estuviera de acuerdo con su religión, pero los animaba de todas formas y, al igual que su padre, había contratado a una docena de los más imponentes de esos forzudos para que lo sirvieran y lo entretuvieran. Dos de los mejores se encontraban en aquel momento de pie bajo el balcón del salón del trono, desnudos de cintura para arriba y con sus amplios pechos untados de aceite de forma que sus músculos brillaban, oscuros, bajo la luz del sol de primera hora de la tarde. Los seis tigres, inquietos porque los habían privado de su comida de mediodía, compuesta de carne de cabrito recién sacrificado, lanzaban miradas fulminantes con sus ojos amarillos desde los extremos del patio.

Cuando terminó con sus oraciones, el Tippoo se dirigió al balcón y abrió los postigos de filigrana para que tanto él como su séquito pudieran ver el patio con claridad. El coronel Gudin estaba presente, así como Appah Rao. A ambos los habían hecho venir de las murallas de la ciudad, donde estaban llevando a cabo los últimos preparativos para la llegada de los británicos. Se estaban reparando las cureñas de los cañones, la munición se depositaba en polvorines lo bastante profundos para que quedaran protegidos de los impactos de los proyectiles enemigos, a la vez que había docenas de misiles preparados y dispuestos en las banquetas de las murallas. Al Tippoo le gustaba recorrer sus defensas, donde podía imaginarse sus cohetes y granadas destrozando las filas enemigas, pero en aquel momento, en el patio de su Palacio Interior, tenía que cumplir con una obligación aún más agradable. Mataría a unos traidores.

—Los dos me traicionaron —le dijo al coronel Gudin a través del intérprete—, y además uno de ellos es un espía. ¿Qué hacen ustedes en Francia con hombres semejantes, coronel?

—Los enviamos a madame Guillotina, Su Majestad.

El Tippoo se rió cuando le tradujeron la respuesta. Sentía curiosidad por la guillotina y hubo un tiempo en el que había pensado en hacer construir un aparato de éstos en la ciudad. Le fascinaba todo lo francés e incluso cuando la revolución se había extendido por toda Francia y había acabado con el *anden régime*, durante un tiempo el Tippoo había adoptado las nuevas ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Había levantado un Árbol de la Libertad en Seringapatam, había ordenado a su guardia que se cubriera con los sombreros rojos de la revolución y hasta había mandado poner declaraciones revolucionarias en las principales calles de la ciudad,

pero aquella fascinación no perduró. El Tippoo había empezado a temer que su gente pudiera encariñarse demasiado con la libertad o incluso que se les contagiara la igualdad, de manera que retiró el Árbol de la Libertad y arrancó las declaraciones, pero aun así el Tippoo seguía atesorando un gran amor por Francia. No había llegado a construir la guillotina, no por falta de fondos, sino más bien porque Gudin lo había convencido de que la máquina era un artefacto de misericordia, construida para terminar con la vida de un criminal con tal rapidez que la víctima no llegara a darse cuenta de que lo estaban matando. Era un ingenioso artilugio, el Tippoo lo admitía, pero demasiado compasivo. ¿Cómo iba a disuadir a los traidores una máquina semejante?

—Ese hombre —el Tippoo señalaba al soldado musulmán que había traicionado los secretos de la torre de entrada— morirá primero y luego echarán su cadáver a los cerdos. No se me ocurre un final peor para un musulmán, y créame, coronel, les tiene más miedo a los cerdos que a su propia muerte. El otro hombre servirá de comida para mis tigres, luego molerán sus huesos hasta convertirlos en polvo y se le entregarán a su viuda. Tendrán una muerte rápida, tal vez no tanto como con su máquina, coronel, pero aun así será compasivamente corta. —Dio una palmada y a los dos prisioneros encadenados los llevaron a rastras hasta el centro del patio.

Al soldado musulmán lo obligaron a ponerse de rodillas. Lo habían despojado de su uniforme de listas atigradas y en aquellos momentos no llevaba puesto nada más que unos anchos bombachos de algodón. Levantó la mirada hacia el Tippoo, que iba charramente ataviado con una túnica de seda amarilla y un turbante con piedras preciosas, y alzó sus manos esposadas en una silenciosa petición de clemencia que el Tippoo ignoró. Gudin se puso tenso. Ya había visto trabajar a los *jettis* otras veces, pero el hecho de estar familiarizado con ello no hacía que el espectáculo le fuera más agradable.

El primer *jetti* colocó un clavo sobre la coronilla de la cabeza desnuda de la primera víctima. El clavo era de hierro negro y tenía un vástago de unos quince centímetros rematado con una cabeza plana de por lo menos siete centímetros de ancho. El hombre sostuvo el clavo en su sitio con la mano izquierda y luego levantó la vista hacia el balcón. El soldado sentenciado, al notar el roce de la punta de hierro sobre su cuero cabelludo, gritó pidiendo perdón. Por un instante el Tippoo escuchó las desesperadas excusas del soldado y luego lo señaló con el dedo. El Tippoo mantuvo el dedo quieto unos segundos y el soldado aguantó la respiración cuando se atrevió a creer que tal vez lo iban a perdonar, pero entonces la mano del Tippoo descendió bruscamente.

El *jetti* alzó su mano derecha con la palma hacia abajo y respiró hondo. Hizo una pausa mientras hacía acopio de su inmensa fuerza y bajó la mano rápidamente de manera que su palma abierta golpeó la cabeza plana del clavo. Dio un fuerte grito a la

vez que daba el golpe y en el preciso momento en el que su mano derecha tocó el clavo la izquierda se retiró rápidamente del largo vástago que se clavó profundamente y con fuerza en el cráneo del soldado. Se hundió tanto que la cabeza plana aplastó el negro cabello del soldado. La sangre salió a chorros por debajo del clavo cuando éste se clavó. El *jetti* retrocedió y señaló el clavo con un gesto como para mostrar cuánta fuerza había hecho falta para atravesar el grueso hueso del cráneo. El traidor aún seguía con vida. Balbuceaba, chillaba y unas veloces gotas de sangre le surcaban el rostro cuando se tambaleó sobre sus rodillas. El cuerpo le daba sacudidas pero entonces, de forma completamente repentina, arqueó la espalda, miró fijamente al Tippoo con unos ojos como platos y cayó hacia delante. Se estremeció dos veces y luego quedó inmóvil. Uno de los seis tigres encadenados se agitó ante el olor a sangre y empezó a andar con paso suave hasta que la cadena ya no dio más de sí y frenó su avance. La bestia gruñó y se acomodó para ver morir al segundo de los hombres.

El Tippoo y su séquito aplaudieron la primera demostración de habilidad del *jetti*, luego el Tippoo señaló al desdichado mercader hindú. El segundo prisionero era un hombre corpulento, rollizo como un lechón, y su obesa corpulencia haría que la segunda demostración fuera aún más impresionante.

El primer *jetti*, una vez terminada con éxito su ejecución, fue a buscar un taburete de la puerta. Lo colocó en el suelo y obligó a sentarse en él al gordo mercader que lloraba. Entonces se arrodilló frente al asiento y sujetó firmemente los brazos esposados del hombre contra su vientre caído de manera que no pudiera moverse. La silla estaba situada de cara al Tippoo y el *jetti* arrodillado se cercioró de no alzarse demasiado para no taponarle la vista a su señor.

—Hace falta más fuerza de la que se imagina —le comentó el Tippoo a Gudin— para clavar un clavo en un cráneo.

—Su Majestad ya me había informado amablemente que así era con anterioridad —respondió Gudin secamente.

El Tippoo soltó una carcajada.

—¿No disfruta con esto, coronel?

—La muerte de los traidores siempre es necesaria, señor —dijo Gudin evasivamente.

—Pero me gustaría pensar que se divierte con ello. No me diga que no sabe apreciar la fuerza de mis hombres.

—Me parece admirable, señor.

—Pues admírela ahora —dijo el Tippoo—, porque para la próxima muerte todavía hace falta más fuerza que para el clavo. —El Tippoo sonrió y se volvió de nuevo para mirar hacia el patio, donde el segundo *jetti* aguardaba detrás del prisionero. El Tippoo señaló al mercader, mantuvo ese gesto como antes y luego bajó la mano bruscamente. El mercader dio un grito anticipado y empezó a temblar como

una hoja mientras el *jetti* colocaba las manos a ambos lados de la cabeza del mercader. El roce fue suave al principio, casi una caricia. Con las palmas tapó las orejas del comerciante mientras sus dedos tanteaban para encontrar un buen punto de agarre en los huesos del cráneo bajo las mejillas regordetas de la víctima. De pronto el *jetti* apretó con más fuerza, deformando aquella cara rechoncha, y el grito del mercader se volvió desesperado hasta que al final ya no le quedó aliento suficiente para gritar y no pudo hacer otra cosa que lloriquear aterrorizado. El *jetti* tomó aire, hizo una pausa para concentrar toda su fuerza y luego soltó un enorme alarido que hizo que los seis tigres se pusieran de pie de un salto, alarmados.

Al tiempo que gritaba, el *jetti* le retorció la cabeza al mercader. Le estaba retorciendo el cuello a su víctima como si se tratara del gáznate de un pollo, con la diferencia de que aquel cuello era grueso y gordo, pero el primer gran esfuerzo del *jetti* lo torció tanto que la cara ya miraba hacia atrás por encima del hombro derecho cuando el verdugo realizó su segundo esfuerzo, señalado por un gruñido, con el cual acabó de darle toda la vuelta a la cabeza y Gudín, estremeciéndose ante lo que estaba viendo desde el balcón, oyó el característico crujido de las vértebras del mercader al romperse. El *jetti* soltó la cabeza y retrocedió de un salto, orgulloso de su trabajo, mientras el comerciante muerto caía desplomado del taburete. El Tippoo aplaudió y luego arrojó dos pequeñas bolsas de oro.

—Llevaros a ése a los cerdos —dijo señalando al musulmán—. Y dejad al otro aquí. Soltad a los tigres.

Los postigos del balcón se cerraron. En algún lugar del interior del palacio, tal vez en el harén donde vivían las seiscientas esposas, concubinas y siervas del Tippoo, sonó el gracioso tintineo de un arpa mientras que abajo en el patio los guardianes de los tigres se valían de sus largos palos para arrear a las bestias mientras las soltaban de sus cadenas. El Tippoo les sonrió a sus seguidores.

—Volvamos a las murallas, caballeros —dijo—. Tenemos trabajo que hacer.

Los guardianes soltaron al último tigre y luego siguieron a los *jettis* y atravesaron la puerta para salir de allí. Al soldado muerto se lo habían llevado a rastras. Por un momento los tigres se quedaron mirando el cuerpo que quedaba y entonces una de las bestias avanzó hacia el cadáver del mercader y destripó el rechoncho vientre con un único zarpazo de su enorme garra.

Así que Ravi Shekhar había muerto. Y ahora se lo estaban comiendo.

Sharpe estuvo de vuelta con su compañía antes de la puesta de sol. Fue recibido con entusiasmo por parte de los miembros de la tropa que veían en la dispensa de los azotes una pequeña victoria para los soldados de baja graduación frente a la autoridad ciega. El soldado Mallinson llegó a darle unos golpecitos en la espalda a Sharpe, que éste agradeció con una sarta de maldiciones.

Sharpe comió con sus seis compañeros de costumbre a los que, como siempre, se

unieron las esposas de tres de ellos y Mary. La cena consistió en un guiso hecho con alubias, arroz y carne de ternera en salazón, y fue al final de la frugal comida, cuando compartían una cantimplora de *arrack*, cuando apareció el sargento Hakeswill.

—¡Soldado Sharpe! —Llevaba un bastón con el que señaló a Sharpe—. ¡Le necesito!

—Sargento. —Sharpe saludó a Hakeswill pero no se movió.

—Tengo que hablar con usted, soldado. ¡En pie, ahora!

Sharpe siguió sin moverse.

—Estoy rebajado de servicio en la compañía, sargento. Órdenes del coronel.

El rostro de Hakeswill se torció con un tic grotesco.

—No es una obligación —dijo el sargento—, sino un maldito placer para usted. Así que levántese de una vez y venga aquí.

Sharpe se puso en pie obedientemente y se estremeció de dolor cuando la casaca le pegó un tirón en la espalda gravemente herida. Siguió al sargento hacia un espacio abierto situado tras la tienda del cirujano y una vez allí Hakeswill se detuvo y le apretó el palo contra el pecho a Sharpe.

—¿Cómo diablos se salvó de los azotes, Sharpy?

Sharpe no hizo caso de la pregunta. La nariz rota de Hakeswill todavía estaba hinchada y amoratada y Sharpe vio la preocupación aparecer en la mirada del sargento.

—¿No me ha oído, chico? —Hakeswill empujó el bastón contra el vientre de Sharpe—. ¿Cómo es que lo desataron?

—¿Cómo es que a usted lo desataron del patíbulo, sargento? —preguntó Sharpe.

—No diga ni una palabra sobre eso, muchacho. Ni una palabra o por Dios que haré que lo aten otra vez al trípode. Ahora dígame qué quería el general.

Sharpe movió la cabeza en señal de negación.

—Si quiere saber eso, sargento —dijo—, será mejor que se lo pregunte usted mismo al general Harris.

—¡No se mueva! ¡Póngase firmes! —exclamó Hakeswill con brusquedad, luego le dio con el palo a la cuerda tensora de una tienda cercana. Dio un resoplido mientras se preguntaba cuál sería la mejor manera de sonsacarle la información a Sharpe y decidió, para variar, intentarlo con delicadeza—. Yo le admiro, Sharpy —dijo el sargento con voz ronca—. No hay muchos hombres que tengan las agallas de mantenerse en pie tras recibir doscientas caricias de látigo. Hay que ser una persona fuerte para hacer eso, Sharpy, y sentiría mucho verle recibir aún más golpes. Es por su propio bien que tiene que decírmelo, Sharpy. Eso usted ya lo sabe. De lo contrario, me portaré mal con usted. Así que dígame, ¿por qué lo soltaron, muchacho?

Sharpe hizo ver que cedía.

—Usted ya sabe por qué me soltaron, sargento —dijo—. El coronel lo anunció.

—No, no lo sé, muchacho —replicó Hakeswill—. Por Dios que no lo sé. Así que dígame usted.

Sharpe se encogió de hombros.

—Porque combatimos bien el otro día, sargento. Es algo parecido a una recompensa.

—¡No, no lo es, maldita sea! —gritó Hakeswill, entonces se echó a un lado y le propinó un bastonazo a Sharpe en su maltrecha espalda. Sharpe casi soltó un aullido de dolor—. ¡A uno no lo hacen ir a la tienda de un general para eso, Sharpy! —dijo Hakeswill—. ¡Es de lógica! Nunca oí nada parecido en toda mi vida. Así que dígame por qué, cabrón.

Sharpe se volvió de cara a su perseguidor.

—Vuelva a pegarme con ese bastón, Obadiah —le dijo en voz baja—, y le hablaré de usted al general Harris. Haré que lo despojen de sus galones, eso haré, y volverá a ser un soldado raso. ¿Le gustaría eso, Obadiah? ¿Usted y yo en la misma fila? A mí sí que me gustaría, Obadiah.

—¡Cállese! —exclamó bruscamente Hakeswill.

—Cierre usted la boca, sargento —replicó Sharpe. Había puesto a Hakeswill en evidencia y disfrutó al hacerlo. Sin duda el sargento había creído que podría sonsacarle la verdad a Sharpe acosándolo, pero era él quien en ese momento poseía los triunfos—. ¿Qué tal su nariz? —le preguntó a Hakeswill.

—Tenga cuidado, Sharpy. Tenga cuidado.

—Ya lo tengo, sargento, ya lo tengo. Tengo mucho cuidado. ¿Ha terminado ya? —Sharpe no aguardó una respuesta, simplemente se fue. La próxima vez que se enfrentara a Obadiah, pensó, llevaría los galones en su manga y entonces ¡que Dios ayudara a Hakeswill!

Estuvo hablando con Mary durante media hora y luego llegó el momento de ofrecer las excusas que el teniente Lawford había ensayado con él. Cogió la mochila, cogió el mosquete y dijo que tenía que presentarse en la tienda del pagador.

—Me han rebajado de servicio hasta que se me curen los azotes —les explicó a sus compañeros— y tengo que hacer la guardia para vigilar el dinero. Os veré mañana.

El general de división Baird lo había arreglado todo. El perímetro oeste del campamento estaba vigilado por soldados en los que podía confiar y esos hombres tenían órdenes de no prestar atención a cualquier cosa que vieran en tanto que al día siguiente, Baird así se lo prometió a Lawford, el ejército se encargaría de no enviar a ninguna patrulla de caballería directamente hacia el oeste, no fuera que alguna de ellas descubriera a los dos fugitivos.

—Lo que tienen que hacer esta noche es llegar lo más lejos que puedan hacia el oeste —les dijo Baird a Sharpe y Lawford cuando se encontró con ellos cerca de la

línea del piquete occidental— y luego seguir andando en la misma dirección por la mañana. ¿Lo han entendido?

—Sí, señor —respondió Lawford. El teniente, bajo una pesada capa que ocultaba su uniforme, iba entonces vestido con la casaca de lana roja y los pantalones blancos de soldado raso. Sharpe le había estirado el pelo hacia atrás a Lawford y luego lo había enrollado alrededor del pedazo de cuero para hacer una cola; después lo había bañado con una mezcla de grasa y polvos de manera que Lawford no tenía un aspecto distinto a cualquier otro soldado excepto por sus manos, que seguían siendo demasiado suaves, pero al menos ahora tenían tinta en las uñas y en los poros. Lawford había hecho una mueca cuando Sharpe le había tirado del pelo y había protestado cuando le había hecho las dos marcas en el cuello allí donde el roce de una gorguera le hubiese producido dos callosidades idénticas, pero Baird lo había hecho callar. Lawford volvió a hacer un gesto de dolor cuando se puso la gorguera de cuero y se dio cuenta de la incomodidad que el soldado raso soportaba diariamente. En aquel momento, a salvo de las miradas de los soldados agrupados alrededor de las fogatas, dejó caer la capa, se puso una mochila y cogió el mosquete.

Baird tiró de un enorme reloj que llevaba en el bolsillo y miró la esfera a la luz de la media luna.

—Son las once —dijo el general—. Es hora de que se vayan, muchachos. —Se llevó dos dedos a la boca y produjo un agudo y breve silbido. El piquete, que era visible bajo la pálida luz de la luna, se separó como por arte de magia dirigiéndose hacia el norte y hacia el sur, con lo que dejó un espacio sin vigilar en el perímetro del campamento. Baird le había estrechado la mano a Lawford y entonces le dio unas palmaditas en el hombro a Sharpe—. ¿Cómo va su espalda, Sharpe?

—Me duele horrores, señor. —Y era cierto.

Baird pareció preocupado.

—¿No obstante, se las arreglará?

—No soy un blandengue, sargento.

—Nunca creí que lo fuera, soldado. —Baird volvió a darle unos golpecitos en el hombro a Sharpe y luego señaló hacia la oscuridad—. Váyanse, muchachos, y que Dios les ayude. —Baird observó cómo los dos hombres cruzaban corriendo el terreno abierto y desaparecían en la oscuridad al otro lado. Esperó un buen rato con la esperanza de vislumbrar por última vez las sombras de los dos soldados, pero no vio nada y su buen juicio le dijo que probablemente no volvería a ver de nuevo a ninguno de los dos, y esa reflexión le entristeció. Volvió a silbar y vio que los centinelas formaban de nuevo la línea del piquete, luego se dio la vuelta y regresó a su tienda caminando lentamente.

—Por aquí, Sharpe —dijo Lawford cuando los centinelas ya no les podían oír—. Seguimos una estrella.

—Igual que los Reyes Magos, Bill —comentó Sharpe. Le había supuesto un esfuerzo extraordinario utilizar el nombre de pila del señor Lawford, pero sabía que tenía que hacerlo. Su supervivencia, y también la de Lawford, dependía de que todo se hiciera bien.

Pero el empleo del nombre escandalizó a Lawford, que se detuvo y miró fijamente a Sharpe.

—¿Cómo me ha llamado?

—Te he llamado Bill —contestó Sharpe— porque ése es tu maldito nombre. Ahora ya no eres un oficial, eres uno de nosotros. Yo soy Dick, tú eres Bill. Y no estamos siguiendo ninguna condenada estrella. Nos dirigimos a esos árboles que hay allí. ¿Los ves? ¿Ves esos tres jodidos árboles grandes?

—¡Sharpe! —protestó Lawford.

—¡No! —Sharpe la emprendió ferozmente con Lawford—. Mi trabajo consiste en mantenerte con vida, Bill, así que a ver si nos entendemos. Ahora tú eres un maldito soldado raso, no un puñetero oficial. Te ofreciste voluntario, ¿recuerdas? Y somos desertores. Aquí no existen los rangos, ni los «señor», ni los condenados saludos ni los caballeros. Cuando regresemos al ejército te prometo que fingiré que esto nunca ha ocurrido y te saludaré hasta que se me caiga el maldito brazo, pero ahora no, ni antes de que tú y yo hayamos salido con vida de esta condenada estupidez. ¡Así que, vamos!

Lawford lo siguió dócilmente.

—¡Pero si vamos en dirección sudeste! —protestó al tiempo que echaba un vistazo a las estrellas para comprobar el rumbo que Sharpe estaba tomando.

—Iremos hacia el oeste más tarde —dijo Sharpe—. Ahora quítate la maldita gorguera. —Se arrancó la suya y la tiró a unos arbustos—. Es lo primero que hace un desertor, señor —el «señor» fue accidental, la costumbre, y se maldijo en silencio por haberlo pronunciado—, quitarse la gorguera. Luego despéinate. Y ensúciate los pantalones. Parece que estés montando guardia en el condenado castillo de Windsor. —Sharpe observó cómo Lawford hacía todo lo posible para obedecer—. Bueno, ¿dónde te alistaste, Bill? —preguntó.

Lawford todavía estaba resentido por aquella repentina inversión de papeles, pero era lo bastante sensato como para darse cuenta de que Sharpe tenía razón.

—¿Dónde me alisté? —repitió—. No lo hice.

—¡Claro que lo hiciste! ¿Dónde te reclutaron?

—Vivo cerca de Portsmouth.

—Eso no sirve, maldita sea. En Portsmouth la Marina le acosaría antes de que algún sargento de reclutamiento pudiera acercársete. ¿Has estado alguna vez en Sheffield?

—¡Por Dios, no! —Lawford pareció horrorizado.

—Sheffield es un buen lugar —dijo Sharpe—. Y hay un bar en la calle Pond llamado The Hawle in the Pond. ¿Podrá recordarlo? The Hawle in the Pond en Sheffield. Es uno de los cazaderos favoritos de los reclutadores del Trigésimo tercero, sobre todo los días de mercado. A ti te engañó allí algún maldito sargento. Te emborrachó y antes de que te dieras cuenta ya habías aceptado el chelín del rey. Era un sargento del Trigésimo tercero, así que, ¿qué llevaba en la bayoneta?

—¿En la bayoneta? —Lawford, que intentaba torpemente soltarse el cuero que le sujetaba su recién apelmazado cabello, frunció el ceño, perplejo—. Espero que nada.

—¡Somos del Trigésimo tercero, Bill! ¡Somos los Havercakes! Llevaba una galleta de avena en la bayoneta, ¿recuerdas? Y te prometió que en dos años serías oficial porque era un mentiroso de mierda. ¿Qué hacías antes de alistarte?

Lawford se encogió de hombros.

—¿Era un granjero?

—Nadie creería nunca que trabajabas en una granja —dijo Sharpe con desdén—. No tienes brazos de granjero. El general Baird sí que tiene unos brazos adecuados. El da la impresión de que podría pasarse el día apilando heno como si nada, pero tú no. Tú eras el empleado de un abogado.

Lawford asintió con la cabeza.

—Creo que ahora deberíamos irnos —dijo, tratando de afirmar una autoridad que se desvanecía rápidamente.

—Estamos esperando —replicó Sharpe tercamente—. ¿Por qué demonios te has escapado?

Lawford frunció el ceño.

—Porque soy desdichado, supongo.

—¡Por todos los diablos, eres un soldado! ¡No se supone que tengas que ser feliz! No, pensemos. Le robaste el reloj al capitán, ¿qué te parece? Te pillaron y te esperaban unos azotes. Viste cómo me azotaban a mí y no creíste que pudieras sobrevivir a eso, así que tú y yo, como somos amigos, ¿no?, nos hemos escapado.

—¡En serio, creo que tendríamos que irnos! —insistió Lawford.

—Dentro de un minuto, señor —Sharpe volvió a maldecirse por haber hecho uso del tratamiento—. Deja que se me calme un poco la espalda.

—¡Oh, claro! —Lawford se arrepintió inmediatamente—. Pero no podemos esperar mucho rato, Sharpe.

—Dick, señor. Llámame Dick. Somos amigos, ¿recuerdas?

—Por supuesto. —Lawford, incómodo por aquella súbita intimidad así como por la necesidad de perder tiempo, se acomodó torpemente junto a Sharpe al pie de un árbol—. ¿Y tú por qué te alistaste? —le preguntó a Sharpe.

—Los agentes andaban tras de mí.

—¿Los agentes? ¡Ah, claro! La policía. —Lawford hizo una pausa. En algún

lugar de la noche una criatura dio un chillido al ser atrapada por un depredador mientras a lo lejos, hacia el este, los sargentos llamaban a sus centinelas. El cielo resplandecía con la luz de la miríada de hogueras del ejército—. ¿Qué habías hecho? —inquirió Lawford.

—Maté a un hombre. Le clavé un cuchillo.

Lawford miró a Sharpe.

—¿Quieres decir que lo asesinaste?

—Oh, sí, ya lo creo que fue un asesinato, aunque el hijo de puta se lo merecía. Pero el juez de la sesión del tribunal de York no hubiera tenido el mismo punto de vista que yo, ¿no es cierto? Lo cual significaba que Dick Sharpe hubiera acabado bailando danzas folclóricas colgado de una cuerda, así que consideré más fácil ponerme la casaca escarlata. Los agentes no molestan a un hombre cuando lleva uniforme, a menos que mate a algún miembro de la alta burguesía.

Lawford vaciló, no estaba seguro de si debía indagar demasiado y decidió que valía la pena intentarlo.

—¿Y quién era el tipo al que mataste?

—Un cabrón que tenía una posada. Yo trabajaba para él, ¿sabes? Era una posada de posta, de modo que él sabía cuáles eran los carruajes que llevaban un buen equipaje y mi trabajo era robarlo mientras los vehículos seguían su camino. Eso y algunos trapicheos. —Lawford no quiso preguntar en qué consistían esos trapicheos, de manera que se quedó callado—. Era un cabrón redomado —siguió diciendo Sharpe—, pero no fue por eso por lo que lo apuñalé. Fue por una chica, ¿sabe? Él y yo discutimos sobre quién debía calentarle las sábanas a ella. El perdió, yo estoy aquí y sabe Dios dónde estará ahora esa muchacha. —Se rió.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Lawford.

—¡Silencio, por favor! —exclamó bruscamente Sharpe; luego cogió su mosquete y apuntó hacia unos arbustos—. ¿Eres tú, nena?

—Soy yo, Richard. —Mary Bickerstaff surgió de entre las sombras con un hatillo a cuestas—. Buenas noches, señor Lawford, señor —dijo tímidamente.

—Llámalo Bill —insistió Sharpe, entonces se puso en pie y se colocó el mosquete al hombro—. ¡Vamos, Bill! —dijo—. No tiene sentido perder el tiempo aquí. Ahora somos tres y los Reyes Magos siempre viajan de tres en tres, ¿no es cierto? Pues vamos, encuentra tu maldita estrella y pongámonos en marcha.

Anduvieron toda la noche siguiendo la estrella de Lawford hacia el oeste. En un momento dado Lawford se llevó a Sharpe a un lado y, haciendo hincapié en su cada vez más precaria autoridad, le ordenó a Sharpe que le dijera a la mujer que regresara.

—Es una orden, Sharpe —dijo Lawford.

—No va a marcharse —replicó Sharpe.

—¡No podemos llevarnos a una mujer! —exclamó Lawford con brusquedad.

—¿Por qué no? Los desertores siempre se llevan sus cosas de valor, señor. Quiero decir, Bill.

—¡Por Dios, soldado! Si lo echas todo a perder me aseguraré de que recibas todos los latigazos de los que te libraste ayer.

Sharpe esbozó una sonrisa.

—No soy yo quien estropea nada. Es esta maldita idea estúpida en sí.

—Tonterías. —Lawford se adelantó dando grandes zancadas y obligando a Sharpe a seguirle. Mary, que se imaginaba que estaban discutiendo sobre ella, se mantuvo detrás alejada unos pasos—. La idea del general Baird no tiene nada de malo —dijo Lawford—. Caemos en manos del Tippoo, nos unimos a su ejército de desgraciados, encontramos a ese tal Ravi Shekhar y después lo dejamos todo en sus manos. ¿Y qué papel interpreta la señora Bickerstaff en el plan? —Hizo la pregunta con enojo.

—El papel que ella quiera —respondió Sharpe con terquedad.

Lawford sabía que debía discutir o, mejor dicho, imponerle su autoridad a Sharpe, pero tenía la sensación de que nunca vencería. Empezaba a preguntarse si había sido tan buena idea traer a Sharpe después de todo, pero desde el primer momento en que Baird había propuesto aquel desesperado intento, Lawford se había dado cuenta de que iba a necesitar ayuda y había sabido qué soldado de la Compañía Ligera quería. El soldado Sharpe siempre había destacado, no tan sólo por su altura, sino porque era con mucho el hombre más agudo de toda la compañía. Pero aun así, Lawford no había previsto la rapidez o la fuerza con las que Sharpe se había hecho cargo de aquella misión. Lawford había esperado gratitud por parte de Sharpe, así como deferencia; incluso creía que se merecía esa deferencia simplemente por ser un oficial, pero Sharpe había destrozado esa suposición rápidamente. Era más bien como si Lawford hubiese enganchado a su calesa un caballo de tiro de aspecto robusto sólo para descubrir que era un corredor desbocado, pero, ¿por qué se había empeñado el caballo de carreras en traer a la potra? Eso indignaba a Lawford y le daba a entender que Sharpe se estaba aprovechando de la libertad que le proporcionaba aquella misión. Lawford miró a Sharpe, observó su aspecto pálido y tenso e imaginó que los azotes habían afectado al soldado mucho más de lo que él creía.

—Sigo pensando que la señora Bickerstaff debería regresar con el ejército —dijo con delicadeza.

—No puede —replicó Sharpe de manera cortante—. Explícaselo, Mary.

Mary corrió para alcanzarles.

—No estaré segura mientras Hakeswill viva —le dijo a Lawford.

—Podían haber cuidado de usted —sugirió Lawford vagamente.

—¿Quién? —preguntó Mary—. Si un hombre cuida de una mujer en el Ejército

quiere algo a cambio. Usted ya lo sabe, señor.

—¡Llámale Bill! —gruñó Sharpe—. ¡Nuestras vidas dependen de ello! Si uno de nosotros lo llama «señor» nos echarán a los malditos tigres.

—Y no es sólo por Hakeswill —continuó Mary—. El sargento Green desea casarse conmigo, que como mínimo es más de lo que quiere Hakeswill, pero yo tampoco quiero eso. Sólo quiero que me dejen en paz con Richard.

—¡Quién sabe! —dijo Lawford con amargura—, pero puede que haya salido del fuego para caer en las brasas.

—Correré el riesgo —replicó Mary con tenacidad, aunque había hecho todo lo posible para reducir las posibilidades de que la violaran. Se había ataviado con un vestido oscuro roto y un delantal mugriento, las dos prendas más sosas y grasientas que pudo encontrar. Se había ensuciado el pelo con tierra y cenizas, pero no había hecho nada para disimular la belleza llena de vida de su rostro—. Además —le dijo a Lawford—, ni tú ni Richard sabéis hablar ninguna de las lenguas de aquí. Me necesitáis. Y he traído más comida. —Levantó el fardo de tela.

Lawford lanzó un gruñido. Tras ellos el horizonte se hallaba entonces marcado por un pálido resplandor sobre el que se recortaban las siluetas de los árboles y arbustos. Imaginó que habrían recorrido unos veinte kilómetros y, mientras el pálido resplandor se hacía cada vez más brillante a medida que la luz del amanecer inundaba el paisaje, sugirió que se detuvieran a descansar. En el hatillo de Mary había media docena de hogazas de un plano pan ázimo y dos cantimploras de agua que compartieron mientras desayunaban. Después de haber comido Lawford se adentró en los arbustos en busca de un poco de intimidad y, al volver, vio que Sharpe le propinaba un fuerte golpe a Mary en la cara.

—¡Por el amor de Dios, hombre! —gritó Lawford—. ¿Qué estás haciendo?

—Ponerme un ojo morado —respondió Mary—. Yo le pedí que lo hiciera.

—¡Dios mío! —exclamó Lawford. A Mary ya se le empezaba a hinchar el ojo izquierdo y las lágrimas le corrían por las mejillas—. ¿A santo de qué?

—Para que no se le acerque ningún sinvergüenza, por supuesto —dijo Sharpe—. ¿Estás bien, amor?

—Sobreviviré —respondió Mary—. Me diste fuerte, Richard.

—No tenía sentido golpearte flojo. Aunque no era mi intención hacerte daño.

Mary se echó agua en el ojo y luego empezaron a andar otra vez. En aquellos momentos se encontraban en una extensión de campo abierto salpicada con bosquecillos de árboles con flores de vivos colores. No se divisaba ningún pueblo, aunque llegaron a un canal una hora después del amanecer y perdieron otra hora tratando de encontrar la manera de atravesarlo antes de sumergirse sencillamente en el agua llena de algas y vadearlo. Seringapatam se hallaba muy por debajo del horizonte, pero Lawford sabía que la ciudad estaba prácticamente al oeste y su

intención era torcer hacia el sur hasta que llegaran al río Cauvery y luego seguir su cauce hasta la ciudad.

El teniente estaba desanimado. Se había ofrecido voluntario para aquella misión de muy buena gana, pero por la noche había empezado a caer en la cuenta de lo arriesgado de la empresa. También se sentía solo. Era solamente dos años mayor que Sharpe y le envidiaba la compañía que Mary le proporcionaba, además, todavía le molestaba la falta de deferencia del soldado. No se atrevía a expresar ese resentimiento porque sabía que sería menospreciado, pero en realidad tampoco quería expresarlo puesto que había descubierto que, más que su deferencia, lo que deseaba era la admiración de Sharpe. Lawford quería demostrar que era tan fuerte como él y ese deseo hizo que siguiera avanzando estoicamente hacia el horror de lo desconocido.

Sharpe estaba igualmente preocupado. Lawford le caía bien, pero sospechaba que tendría que trabajar duro para mantener al teniente alejado de problemas. Éste había aprendido rápidamente el guión, pero sabía tan poco de los entresijos de la vida que fácilmente podía delatar el hecho de que no era ningún soldado raso. En cuanto al Tippoo, él era un peligro desconocido, pero Sharpe era lo bastante astuto como para saber que tendría que hacer lo que los hombres del Tippoo quisieran. También estaba preocupado por Mary. Él la había convencido para que se sumara a aquella estúpida misión, y ella no había tardado mucho en dejarse convencer, pero ahora que estaba allí, a Sharpe le preocupaba no ser capaz de protegerlos a los dos, a Lawford y a ella. Pero a pesar de sus preocupaciones seguía sintiéndose libre. Al fin y al cabo se había librado de las ataduras del Ejército y creía poder sobrevivir siempre que Lawford no cometiera ningún error, y si Sharpe sobrevivía sabía cómo prosperar. Las reglas eran sencillas: no fiarse de nadie, estar siempre atento y, si se presentaban problemas, ser el primero en pegar duro. Hasta entonces le había funcionado.

Mary también tenía sus dudas. Se había convencido a sí misma de que estaba enamorada de Sharpe, pero notaba en él una inquietud que le hacía pensar que tal vez él no siempre estaría enamorado de ella. De todos modos, estaba más contenta de estar allí que con el ejército, y no era tan sólo por la amenaza del sargento Hakeswill, sino porque además, aunque el ejército era la única forma de vida que Mary había conocido, intuía que el mundo le podía ofrecer más cosas. Había crecido en Calcuta y, aunque su madre era india, Mary nunca había sentido que ni el Ejército ni la India fueran su hogar. No era ni una cosa ni la otra. Para el Ejército ella era una *bibbi* mientras que para los indios no pertenecía a sus castas, de manera que ninguno de los dos la aceptaba. Era una mestiza, relegada a un purgatorio de desconfianza, que sólo contaba con su belleza para que la ayudara a sobrevivir, y aunque el Ejército era el lugar que le había proporcionado la compañía más agradable, no ofrecía precisamente un futuro seguro. Ante ella se extendía una sucesión de maridos en la que uno

seguiría al anterior cuando éste muriera en combate o a causa de la fiebre, y cuando fuera demasiado vieja para atraer a otro hombre la dejarían con sus hijos para que se las arreglara como pudiera. Mary, al igual que Sharpe, quería encontrar algún modo de enfrentarse a ese destino y escapar de él, pero no sabía cómo iba a hacerlo, aunque al menos aquella expedición le ofrecía una oportunidad de salir temporalmente de la trampa.

Lawford los condujo hacia una pequeña loma desde la cual, oculto tras los arbustos en flor, escudriñó el terreno que se extendía ante ellos. Creyó ver un reflejo de agua hacia el sur y aquella fugaz visión fue suficiente para convencerlo de que debía de tratarse del río Cauvery.

—Por ahí —dijo—. Pero tendremos que evitar los pueblos. —Se veían dos, y ambos impedían acceder directamente al río.

—Los aldeanos nos verán de todas formas —dijo Mary—. No se les pasa nada.

—No estamos aquí para causarles problemas —comentó Lawford—, quizá nos dejen tranquilos.

—Démosles la vuelta a las casacas, Bill —sugirió Sharpe.

—¿Dar la vuelta a las casacas?

—¿Estamos huyendo, no es cierto? Pues ponte la chaqueta al revés como señal de que es un fugitivo.

—No creo que los aldeanos comprendan lo que eso significa —observó Lawford con aspereza.

—¡A la mierda los aldeanos! —exclamó Sharpe—. Son los malditos hombres del Tippoo los que me preocupan. Si esos cabrones ven unas casacas rojas dispararán antes de preguntar nada. —Sharpe ya se había desabrochado los cinturones cruzados y agitaba los hombros para sacarse la chaqueta de lana, resoplando a causa del dolor que el movimiento le provocaba en la espalda. Lawford, que lo observaba, vio que la sangre le había empapado el grueso vendaje y le había manchado la sucia camisa.

Lawford se resistía a darle la vuelta a su guerrera. Una casaca del revés era señal de deshonor. A los batallones que habían defraudado al Ejército en combate a veces los obligaban a ponerse las chaquetas del revés como símbolo de vergüenza, pero el teniente se dio cuenta otra vez de que los motivos de Sharpe eran acertados, así que se sacó la casaca y le dio la vuelta de manera que el forro de color gris quedara al descubierto.

—¿Quizá tendríamos que deshacernos de los mosquetes? —sugirió.

—Ningún desertor abandonaría su arma —respondió Sharpe. Se volvió a abrochar el cinturón sobre la casaca del revés y recogió su fusil y su mochila. Había llevado la mochila en la mano toda la noche para evitar que su peso hiciera presión sobre las heridas—. ¿Estás listo?

—En un instante —dijo Lawford, y entonces, para sorpresa de Sharpe, el teniente

apoyó una rodilla en el suelo y pronunció una silenciosa plegaria—. No rezo a menudo —admitió Lawford mientras se levantaba—, pero tal vez hoy sería providencial un poco de ayuda de las alturas. —Porque aquél, Lawford así lo imaginaba, iba a ser el día en que se iban a topar con las patrullas del Tippoo.

Anduvieron hacia el sur hacia el reflejo del agua. Los tres estaban cansados y Sharpe se hallaba claramente debilitado por la pérdida de sangre, pero la expectativa les proporcionaba a todos una energía nerviosa. Borearon el pueblo más próximo bajo la atenta mirada de unas vacas con flácidos pliegues de piel que les colgaban del cuello y luego atravesaron unos cocotales mientras el sol ascendía. No vieron a nadie. Un ciervo se apartó rápidamente de su camino bien entrada la mañana y una hora después un alborotado grupo de pequeños monos pasó junto a ellos correteando. A mediodía descansaron a la exigua sombra proporcionada por un bosquecillo de bambú, luego siguieron adelante de nuevo bajo el sol abrasador. A primera hora de la tarde ya se divisaba el río y Lawford propuso que reposaran en la orilla. A Mary se le había hinchado y ennegrecido el ojo, por lo que mostraba el aspecto grotesco que ella creía que la iba a proteger.

—Me iría bien un descanso —admitió Sharpe. El dolor era terrible y cada paso que daba era entonces un tormento—. Y necesito mojar las vendas.

—¿Mojarlas? —preguntó Lawford.

—Eso es lo que me dijo el cabrón de Micklewhite. Dijo que mantuviera el vendaje húmedo o de lo contrario no se curarían los cortes.

—Las mojaremos en el río —prometió Lawford.

Pero no llegaron a la orilla del río. Caminaban junto a unas hayas cuando sonó un grito a sus espaldas y Sharpe se dio la vuelta para encontrarse con que unos jinetes se acercaban por el oeste. Eran unos hombres bien parecidos con túnicas de listas atigradas y unos cascos dorados rematados en punta que galopaban con todas sus fuerzas y lanza en ristre hacia los tres fugitivos. A Sharpe le empezó a palpar con fuerza el corazón. Se situó delante de sus compañeros y levantó la mano para demostrar que no tenían intención de hacer daño a nadie, pero el lancero que iba en cabeza se limitó a esbozar una sonrisa por toda respuesta y bajó la punta de la lanza al tiempo que clavaba sus espuelas.

Sharpe sacudió la cabeza y agitó la mano, y entonces se dio cuenta de que el hombre quería ensartarle la lanza en el vientre.

—¡Hijo de puta! —gritó Sharpe, dejó caer la mochila y asió el mosquete con ambas manos como si fuera una estaca. Mary dio un chillido de terror.

—¡No! —les gritó Lawford a los lanceros que galopaban—. ¡No!

El lancero arremetió con su pica contra Sharpe y éste apartó la punta de lanza con el cañón del fusil, que luego echó rápidamente hacia atrás, de manera que la culata golpeó con fuerza contra la cabeza del caballo. La bestia dio un relincho y se empinó,

proyectando hacia atrás a su jinete. Los otros lanceros se rieron y tiraron de las riendas para esquivar al hombre caído. Mary les gritaba en un lenguaje que Sharpe no comprendía, Lawford agitaba las manos con desesperación, pero los lanceros volvieron al ataque y se concentraron en Sharpe, que retrocedió apartándose de sus siniestras puntas de lanza. Apartó una segunda lanza de un golpe, luego un tercer hombre hincó sus espuelas y trató de clavar con fuerza su pica en el vientre de Sharpe. Éste consiguió a medias esquivar el ataque y, en lugar de ensartársele en el estómago, la lanza le atravesó la piel de la cintura y la casaca y se clavó en el árbol que tenía detrás. El lancero dejó su arma enterrada en el haya e hizo dar media vuelta a su caballo. Sharpe se encontraba inmovilizado contra el tronco y allí donde su espalda tocaba el árbol sentía un dolor intensísimo. Tiró de la lanza, pero su pérdida de sangre lo había debilitado demasiado y el arma no se movió; entonces otro lancero se abalanzó sobre él con la lanza dirigida hacia los ojos de Sharpe. Mary gritó desesperadamente.

La punta de la lanza se detuvo a un centímetro del ojo izquierdo de Sharpe. El lancero miró a Mary, hizo una mueca al ver su asqueroso aspecto y entonces dijo algo.

Mary le respondió.

El lancero, que evidentemente era un oficial, volvió la mirada hacia Sharpe y pareció considerar si matarlo o no. Al final sonrió, se inclinó hacia delante y agarró la lanza que tenía clavado a Sharpe contra el árbol. Tiró de ella para extraerla.

Sharpe soltó una grosera maldición y luego se desplomó al pie del tronco.

Había una veintena de jinetes y en aquellos momentos se agruparon todos alrededor de los fugitivos. Dos de ellos mantuvieron sus afiladas lanzas apuntando al cuello de Lawford mientras el oficial hablaba con Mary. Ella contestó con actitud desafiante y a Sharpe, que estaba intentando ponerse en pie con gran dificultad, le dio la sensación de que la conversación duraba mucho. No es que los lanceros parecieran amigables. Eran unos hombres con un aspecto magnífico y Sharpe, a pesar de su dolor, se dio cuenta de lo bien que cuidaban sus armas. No había herrumbre en la punta de las lanzas y los astiles estaban engrasados y eran suaves y lisos. Mary discutía con el oficial y éste parecía indiferente a sus ruegos, pero al fin ella debió de convencerlo porque se volvió y miró a Lawford.

—Quiere saber si estás dispuesto a servir en las fuerzas del Tippoo —le dijo al teniente.

Las puntas de las lanzas le hacían cosquillas en el cuello a Lawford y como instrumento de reclutamiento eran muy convincentes. El teniente asintió con la cabeza ansiosamente.

—¡Por supuesto que sí! —dijo—. ¡Es justo lo que queríamos! ¡Voluntarios! ¡Dile que estamos dispuestos a servir en su ejército! ¡Los dos! ¡Larga vida al Tippoo!

Al oficial no le hizo falta que le tradujeran la entusiasta respuesta. Sonrió y ordenó a sus lanceros que apartaran sus armas del cuello del casaca roja.

De este modo, Sharpe se unió al ejército enemigo.

Cuando llegaron a la ciudad Sharpe estaba al borde de la desesperación a causa del agotamiento. Los lanceros habían conducido a los tres fugitivos hacia el oeste a un ritmo constante pero a ninguno de ellos les habían ofrecido una silla para montar, así que los tres habían tenido que caminar, y cuando Sharpe atravesó a trompicones el vado que atravesaba el Cauvery y que les llevaba en dirección sur hacia la isla en la que se alzaba Seringapatam, la espalda le ardía como si fuera una plancha de metal al rojo vivo. La ciudad propiamente dicha todavía se hallaba a poco más de un kilómetro y medio al oeste, pero toda la isla estaba rodeada de nuevos terraplenes en el interior de los cuales se reunían miles de refugiados. Los refugiados habían traído su ganado obedeciendo las órdenes del Tippoo según las cuales se debía negar todo suministro de comida al ejército británico que avanzaba lentamente. A unos ochocientos metros de las murallas de la ciudad se había levantado un segundo terraplén para proteger un campamento de barracones hechos con adobes y techados con paja que crecía de forma descontrolada y en el cual vivían miles de miembros de la infantería y caballería del Tippoo. No había ni un solo soldado que no hiciera nada. Algunos de ellos se entrenaban, otros hacían más alto el muro de adobe que rodeaba el campamento y aún había otros que disparaban sus mosquetes contra unas figuras de paja que hacían de blanco apoyadas contra la muralla de piedra de la ciudad. Los hombres de paja iban todos vestidos con improvisadas casacas rojas y Lawford observó aterrado cómo los mosquetes derribaban los objetivos o de lo contrario hacían estallar en enormes pedazos sus torsos rellenos de paja. Las familias de los soldados vivían dentro del campamento y las mujeres y los niños acudían para ver pasar a los dos hombres blancos. Suponían que Sharpe y Lawford eran prisioneros y había algunos que se burlaban de ellos al pasar mientras que otros se reían cuando Sharpe se tambaleaba a causa del dolor.

—Sigue adelante, Sharpe —dijo Lawford para darle ánimos.

—¡Llámame Dick, por el amor de Dios! —replicó Sharpe con brusquedad.

—Sigue adelante, Dick —logró decir Lawford, si bien es cierto que enojado por la reprensión del soldado.

—Ya falta poco —le susurró al oído Mary a Sharpe. Lo ayudaba a caminar, aunque a veces, cuando los abucheos se volvían estentóreos, se aferraba a él para sentirse respaldada. Frente a ellos estaban las murallas de la ciudad y Lawford, al verlas, se preguntó cómo podía alguien albergar esperanzas de abrir una brecha y atravesar tan sólidas construcciones. Las enormes murallas tenían un baño de cal de manera que parecían brillar bajo la luz del sol y Lawford vio las bocas de cañón que asomaban en cada una de las troneras. A todo lo largo de la superficie de la pared se habían construido unos gabletes que sobresalían como pequeños bastiones cuadrados

para poder llevar hasta ellos aún más piezas de artillería y utilizarlas contra cualquier atacante. Por encima de las murallas, sobre las cuales las banderas del Tippoo se agitaban con la cálida brisa, los blancos minaretes gemelos de la mezquita de la ciudad se elevaban bajo la luz del sol. Por detrás de los minaretes Lawford divisó la intrincada torre de un templo hindú con sus capas de piedra elaboradamente talladas y suntuosamente pintadas, mientras que justo al norte del templo brillaban los relucientes azulejos verdes de lo que Lawford supuso que era el palacio del Tippoo. La ciudad era mucho más grande y magnífica de lo que Lawford se había esperado, y la muralla pintada de blanco era más alta y más fuerte de lo que había temido nunca. Él se había esperado un muro de adobe, pero a medida que se iba acercando a las fortificaciones vio que aquellos muros orientales estaban hechos de sólidos bloques de piedra que tendrían que romperse gradualmente con armas de asedio en caso de que se quisiera abrir una brecha. En algunos puntos, allí donde el muro había resultado dañado por ataques anteriores, había tramos donde habían reparado la piedra con ladrillos, pero no había ni un solo lugar en el que la muralla aparentara ser débil. Era cierto que la ciudad no había tenido tiempo de construirse unas modernas defensas al estilo europeo con murallas en forma de estrella, fuertes periféricos, incómodos bastiones y engañosos revellines, pero aun así el palacio tenía un aspecto de sobrecogedora solidez e incluso en aquel preciso momento, como si de hormigas se tratara, unas numerosas cuadrillas de obreros, algunos de ellos desnudos en medio del calor, transportaban sobre las espaldas cestos llenos de una tierra de color rojo intenso que apilaban para agrandar el glacis situado justo delante de las murallas encaladas. El creciente glacis de tierra, separado de los muros por una zanja que podía inundarse con agua de río, estaba diseñado para desviar los disparos de los asediadores hacia arriba y por encima de las murallas. A Lawford lo consolaba el hecho de que lord Cornwallis hubiese logrado irrumpir en aquella formidable ciudad siete años antes, pero el engrandecimiento del glacis demostraba que el Tippoo había aprendido de esa derrota e indicaba que el general Harris no lo tendría ni con mucho tan fácil.

Los lanceros agacharon sus cascos puntiagudos al pasar traqueteando por el túnel de la puerta Bangalore de la ciudad y condujeron a los fugitivos hacia el hediondo laberinto de calles abarrotadas de gente. Las lanzas les abrían paso a los soldados, echando a un lado a los civiles y obligando a los carros y carretillas a retirarse apresuradamente a algún oportuno callejón. Hasta a las vacas sagradas que deambulaban libremente por la ciudad las forzaban a apartarse, aunque los lanceros lo hicieron con suavidad porque no querían herir la sensibilidad de los hindúes. Pasaron junto a la mezquita y luego torcieron por una calle bordeada de tiendas de cuyas entradas abiertas colgaba gran cantidad de telas, sedas, alhajas de plata, verduras, zapatos y pieles. En uno de los callejones Lawford vio fugazmente a un hombre

empapado en sangre que mataba a dos camellos y la visión casi le produjo náuseas. Un niño desnudo les arrojó un ensangrentado rabo de camello a los dos hombres blancos y pronto toda una horda de chiquillos harapientos que gritaban empezaron a colarse por entre los caballos de los lanceros para burlarse de los prisioneros y acribillarlos con boñigas de animal. Sharpe los maldijo, Lawford se encorvó al pasar y los niños sólo se fueron cuando dos soldados europeos, ambos vestidos con casacas azules, los ahuyentaron.

—*Prisonniers?* —gritó alegremente uno de los dos soldados.

—*Non, monsieur* —respondió Lawford con su mejor francés de colegial—. *Nous sommes déserteurs.*

—*C'est bon!* —El soldado le lanzó un mango a Lawford—. *La femme aussi?*

—*Lafemme est notre prisonniere.* —Lawford probó con un poco de ingenio y se vio recompensado con una carcajada y un grito de *bonne chance* como despedida.

—¿Hablas francés? —preguntó Sharpe.

—Un poco —afirmó Lawford modestamente—. Muy poco en realidad.

—¡Es increíble! —dijo Sharpe, y Lawford se sintió confusamente satisfecho por haber conseguido al fin impresionar a su compañero—. Pero no hay muchos soldados rasos que hablen franchute —Sharpe hizo trizas la satisfacción de Lawford—, así que no demuestres ser demasiado bueno en ello. Limitate al condenado inglés.

—No se me había ocurrido —replicó Lawford, arrepentido. Miró el mango como si no hubiese visto en su vida una pieza de fruta como aquella y saltaba a la vista que el hambre lo estaba tentando a morder la dulce pulpa, pero sus modales prevalecieron e insistió cortésmente en que fuera Mary quien se comiera la fruta.

Los lanceros entraron por un arco delicadamente esculpido donde dos centinelas montaban guardia. Una vez dentro los soldados de caballería bajaron deslizándose de sus sillas y, con las lanzas en la mano, condujeron a sus caballos por un estrecho pasadizo que había entre dos altas paredes de ladrillo. A Sharpe, Mary y Lawford prácticamente los abandonaron justo en el portalón de entrada, donde los dos centinelas no les hicieron caso pero sí ahuyentaron a los habitantes de la ciudad más curiosos que se habían congregado para observar detenidamente a los europeos. Sharpe se sentó en un montadero e intentó ignorar el dolor de su espalda. Entonces volvió el oficial de los lanceros y les gritó que le siguieran. Los condujo bajo otro arco, luego bajo unos soportales donde las flores se enroscaban alrededor de unas columnas circulares, y de ahí a un calabozo. El oficial le dijo algo a Mary y luego cerró la puerta.

—Dice que tenemos que esperar —explicó Mary. Todavía tenía el mango, y aunque los lanceros habían despojado a Sharpe y Lawford de sus casacas y mochilas y los habían registrado a ambos en busca de monedas y armas ocultas, no habían registrado a Mary, así que ésta sacó una pequeña navaja plegable de un bolsillo

interior de su falda y cortó la fruta en tres trozos. Lawford se comió su parte y luego se limpió el jugo de la barbilla.

—¿Llegaste a conseguir la ganzúa, Sharpe? —preguntó, vio la furiosa mirada de Sharpe y se ruborizó—. Dick —se corrigió.

—Ya la tenía desde el primer momento —dijo Sharpe—. La lleva Mary. Y también tiene la guinea. —Esbozó una sonrisa a pesar de su dolor.

—¿Quieres decir que le mentiste al general Baird? —preguntó Lawford con severidad.

—¡Pues claro que le mentí! —gruñó Sharpe—. ¿Qué clase de idiota admitiría tener una ganzúa?

Por un momento pareció como si Lawford fuera a reprender a Sharpe por su falta de honradez, pero el teniente dominó el impulso. Se limitó a sacudir la cabeza en muda señal de desaprobación y luego se sentó con la espalda apoyada en la desnuda pared de ladrillo. El suelo era de pequeñas baldosas verdes, sobre las que Sharpe se tendió boca abajo. Se durmió a los pocos minutos. Mary estaba sentada a su lado, de vez en cuando le acariciaba el pelo y Lawford se sintió incómodo ante sus muestras de afecto. Creía que tenía que hablar con Mary pero se encontró con que no tenía nada que decir, así que decidió que era mejor no hablar, no fuera a despertar a Sharpe. Esperó. Percibió el rumor de una fuente proveniente de algún lugar de las profundidades del palacio. En una ocasión hubo un enorme chacoloteo de cascos cuando los soldados de caballería sacaron a los caballos de los establos interiores, pero la mayor parte del tiempo reinó el silencio en la habitación. Afortunadamente también se estaba fresco allí.

Sharpe se despertó después de anoecer. Gimoteó cuando los dolores de su espalda volvieron a hacerse sentir y Mary lo hizo callar.

—¿Qué hora es, cariño? —le preguntó Sharpe.

—Es tarde.

—¡Dios! —exclamó Sharpe cuando una punzada de dolor le recorrió la espina dorsal. Se incorporó, quejándose por el esfuerzo, y trató de apoyarse en la pared. Una pálida luz de luna entraba a través de la pequeña ventana de barrotes y Mary, bajo la tenue luz, vio las manchas de sangre que se extendían por los vendajes y la camisa de Sharpe.

—¿Se habrán olvidado de nosotros? —preguntó Sharpe.

—No —dijo Mary—. Nos trajeron un poco de agua mientras dormías. Toma. —Levantó la jarra y se la acercó—. Y nos dieron un cubo —señaló hacia el otro lado de la oscura celda—. Para... —titubeó.

—Ya huelo para qué es el cubo —dijo Sharpe. Cogió la jarra y bebió. Lawford se había dejado caer contra la pared de enfrente y junto al teniente que dormía había un pequeño libro boca abajo en el suelo. Sharpe hizo una mueca—. Me alegro de que el

cabrón haya traído algo útil —le comentó a Mary.

—¿Te refieres a esto? —dijo Lawford señalando el libro. No estaba dormido después de todo.

Sharpe lamentó haber empleado el insulto pero no supo cómo repararlo.

—¿Qué es? —acabó preguntando.

—Una Biblia.

—¡Madre mía! —exclamó Sharpe.

—¿No te parece bien? —inquirió Lawford en tono glacial.

—Acabé hasta las narices del dichoso libro cuando estuve en la inclusa —dijo Sharpe—. Cuando no nos la leían nos golpeaban en la cabeza con ella, y no era un libro pequeño como ése, sino uno puñeteramente grande y grueso. Esa Biblia podría haber dejado sin sentido a un buey.

—¿Te enseñaron a leerla? —quiso saber Lawford.

—No nos consideraban lo bastante buenos para leer. Sí que lo éramos para recoger cáñamo, pero no para leer. No, se limitaban a leérnosla durante el desayuno. Todas las mañanas era lo mismo: gachas frías, un bote de agua y la tabarra de Abraham e Isaac.

—¿Entonces no sabes leer? —preguntó Lawford.

—¡Pues claro que no sé leer! —Sharpe soltó una desdeñosa carcajada—. ¿De qué demonios sirve saber leer?

—No seas ridículo, Dick —dijo Lawford pacientemente—. Sólo un idiota se enorgullece fingiendo que una habilidad que no posee no tiene ningún valor. —Por un segundo Lawford estuvo tentado de embarcarse en un panegírico de la lectura y describir cómo le abriría las puertas a un mundo nuevo a Sharpe, un mundo de obras dramáticas, historia, información, poesía y sabiduría eterna, pero se lo pensó mejor—. Quieres los galones de sargento, ¿no? —preguntó en cambio.

—No hace falta saber leer para ser sargento —replicó Sharpe tercamente.

—No, pero ayuda, y será mejor sargento si sabes leer. De lo contrario los administrativos de la compañía te dicen lo que pone en el informe, y en las listas, y en el libro de castigos, y los intendentes te robarán sin que te enteres. Pero si aprendes a leer sabrás cuándo te están mintiendo.

Se hizo un largo silencio. Desde algún punto del palacio se oyó el eco de los pasos de un centinela sobre la piedra, luego les llegó un sonido tan familiar que a Lawford casi lo hizo llorar de añoranza. Era un reloj que daba la hora. Las doce. Medianoche.

—¿Es difícil? —preguntó finalmente Sharpe.

—¿Aprender a leer? —dijo Lawford—. No mucho.

—Entonces será mejor que Mary y tú me enseñéis, Bill, ¿no te parece?

—Sí —contestó Lawford—. Sí, será mejor.

Los sacaron del calabozo por la mañana. Cuatro soldados con listas atigradas los fueron a buscar y los hicieron bajar a empujones por los soportales, luego por un pasillo que al parecer pasaba junto a las cocinas y después a través de un sombrío laberinto de establos y almacenes que los condujo hacia una puerta doble que daba a un enorme patio donde la brillante luz del sol los hizo parpadear. La visión de Sharpe se adaptó a la radiante luz del día, vio lo que les esperaba en el patio y soltó una maldición. Había seis tigres, todos ellos unas bestias gigantescas de ojos amarillos y dientes sucios. Los animales se quedaron mirando a los recién llegados y entonces uno de los tigres se levantó, arqueó el lomo, se sacudió y empezó a avanzar lentamente hacia ellos.

—¡Dios santo! —exclamó Sharpe, pero justo entonces la cadena que sujetaba al tigre se alzó del suelo polvoriento, se tensó y el animal, privado de su desayuno, gruñó y volvió a adentrarse en las sombras. Otra de las bestias se rascó, una tercera bostezó—. ¡Fijaos en el tamaño de esos cabrones! —dijo Sharpe.

—No son más que gatitos grandes —comentó Lawford con una despreocupación que no sentía del todo.

—Pues ve y ráscales la barbilla —replicó Sharpe—, y mira a ver si ronronean. ¡Tú, vete a la mierda! —Aquello iba dirigido a otra bestia curiosa que se dirigía hacia él tirando del extremo de su cadena—. ¡Hace falta un ratón muy grande para alimentar a uno de esos cabrones!

—Los tigres no pueden alcanzarles —dijo una voz en inglés a sus espaldas— a menos que sus cuidadores los liberen de las cadenas. Buenos días. —Sharpe se dio la vuelta. Un oficial alto, de mediana edad y con bigote negro había entrado en el patio. Era europeo y vestía el uniforme azul francés—. Soy el coronel Gudin —dijo el oficial—, ¿y ustedes son?

Por un momento ninguno de ellos dijo nada, entonces Lawford se puso en posición de firmes.

—William Lawford, señor.

—Se llama Bill —intervino Sharpe—. Yo me llamo Dick y ésta es mi mujer. —Con el brazo rodeó a Mary por los hombros.

Gudin hizo una mueca al ver el hinchado ojo morado de Mary y sus mugrientas faldas.

—¿Tiene usted nombre... —hizo una pausa—, mademoiselle? —Finalmente decidió que era el modo más apropiado de dirigirse a Mary.

—Mary, señor. —Hizo una pequeña reverencia y Gudin le devolvió la cortesía con una inclinación de la cabeza—. ¿Y su nombre? —le preguntó a Sharpe.

—Sharpe, señor. Dick Sharpe.

—¿Y son ustedes desertores? —inquirió el coronel con cierto desagrado.

—Sí, señor —respondió Lawford.

—No estoy seguro de que se pueda confiar en los desertores —comentó Gudin con tono suave. Lo acompañaba un fornido sargento francés que no dejaba de lanzar miradas nerviosas a los tigres—. Si un hombre es capaz de traicionar una bandera —observó Gudin—, ¿por qué no otra?

—Puede que un hombre tenga una buena razón para traicionar su bandera, señor —dijo Sharpe con tono desafiante.

—¿Y cuál es la suya, Sharpe?

Sharpe se dio la vuelta para que se viera la sangre que tenía en la espalda. Dejó que Gudin mirara las manchas y volvió a girarse.

—¿Es lo bastante buena, señor?

Gudin se estremeció.

—Nunca entenderé por qué los británicos azotan a sus soldados. Es una barbarie. —Agitó la mano con irritación para ahuyentar a las moscas que zumbaban junto a su rostro—. Una auténtica barbarie.

—¿No hay azotes en el ejército francés, señor?

—Por supuesto que no —contestó Gudin con desdén. Le puso una mano en el hombro a Sharpe y le hizo darse la vuelta otra vez—. ¿Cuándo se lo hicieron?

—Hace un par de días, señor.

—¿Se ha cambiado las vendas?

—No, señor. Aunque las he mojado.

—Aun así estará muerto en una semana si no hacemos algo al respecto —dijo Gudin, entonces se giró y habló con el sargento, que salió andando con brío del patio. Gudin se volvió de nuevo hacia Sharpe—. Y dígame, ¿qué hizo para merecer tal crueldad, soldado Sharpe?

—Nada, señor.

—Aparte de nada —dijo Gudin cansinamente, como si ya hubiese escuchado todas las excusas imaginables.

—Le pegué a un sargento, señor.

—¿Y usted? —Gudin retó a Lawford—. ¿Usted por qué se escapó?

—Iban a azotarme, señor. —Lawford se puso nervioso al contar aquella mentira y el nerviosismo intrigó a Gudin.

—¿Por no hacer nada? —quiso saber Gudin, divertido.

—Por robar un reloj, señor. —Lawford se ruborizó al responder—. Que sí, robé —añadió, pero de un modo muy poco convincente. No hizo ningún esfuerzo por ocultar el acento que revelaba su educación, aunque si el oído de Gudin estaba o no lo bastante adaptado al inglés como para notar aquel matiz ya era otra cuestión.

No había duda de que el francés estaba intrigado con Lawford.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba? —preguntó el coronel.

—Lawford, señor.

Gudin escudriñó largamente a Lawford. El francés era un hombre alto y delgado con un rostro lúgubre y cansado, pero su mirada, Sharpe así lo decidió, era astuta y amable.

A Sharpe le pareció que Gudin era un caballero, un ejemplo de oficial como es debido. Igual que Lawford, a decir verdad, y tal vez ése era el problema. Quizá Gudin ya había descubierto el disfraz de Lawford.

—A mí no me parece, soldado Lawford, que usted sea un típico soldado británico —dijo Gudin, confirmando así los temores de Sharpe—. En Francia, ahora mismo, no sería nada extraño puesto que debemos insistir en que todo joven sirva a su país, pero en Gran Bretaña sólo aceptan a la escoria de las calles, ¿me equivoco? ¿Hombres de los bajos fondos?

—Hombres como yo —dijo Sharpe.

—Silencio. —Gudin reprendió a Sharpe con repentina autoridad—. No estaba hablando con usted. —El francés le tomó una mano a Lawford e inspeccionó en silencio aquellos dedos suaves, sin callosidades—. ¿Cómo es que está usted en el ejército?

—Mi padre se arruinó, señor —respondió Lawford, pensando en el peor desastre que pudiera imaginarse.

—Pero el hijo de un padre en bancarrota puede tomar un empleo, ¿no es cierto? —Gudin volvió a observar los suaves dedos y luego le soltó la mano a Lawford—. Seguro que cualquier trabajo es mejor que la vida de un soldado británico.

—Me emborraché, señor —explicó Lawford con abatimiento—, y me encontré con un sargento de reclutamiento. —El sufrimiento del teniente no era debido al imaginado recuerdo, sino a lo difícil que le estaba resultando contar la mentira, pero su disposición impresionó a Gudin—. Fue en un bar, señor, en Sheffield —prosiguió Lawford—. The Hawse in the Lake, señor. En Sheffield, señor. En Pond Lañe, señor, un día de mercado. —Se le fue apagando la voz cuando de pronto se dio cuenta de que no sabía cuál era el día de la semana en que había mercado.

—¿En Sheffield? —preguntó Gudin—. ¿No es allí donde producen hierro? Y... ¿cómo se dice?... ¡cuchillería! No tiene usted aspecto de cuchillero, Lawford.

—Era aprendiz de un abogado, señor. —Lawford se estaba ruborizando profusamente. Sabía que se había hecho un lío con el nombre del bar, aunque no era seguro que el coronel Gudin se enterara alguna vez de la diferencia, pero el teniente tenía la certeza de que sus mentiras eran tan transparentes como un panel de cristal.

—¿Y cuál era su trabajo en el ejército? —inquirió Gudin.

—Administrativo de compañía, señor.

Gudin sonrió.

—¡Pues no tiene tinta en los pantalones, Lawford! En nuestro ejército los

administrativos lo salpican todo de tinta.

Por un momento dio la impresión de que Lawford iba a renunciar a su mentira y que, ante su suplicio, confesaría toda la verdad al francés, pero entonces al teniente se le ocurrió una idea genial.

—Llevo un mandil, señor, cuando escribo. No quiero que me castiguen por llevar el uniforme sucio, señor.

Gudin se rió. En realidad nunca había dudado de la historia de Lawford, puesto que había interpretado el bochorno del muchacho como vergüenza ante la bancarrota de su familia. En todo caso, el francés sentía pena por aquel alto, rubio y meticuloso joven que claramente nunca debía haberse convertido en soldado, y eso, para Gudin, bastaba para explicar el nerviosismo de Lawford.

—Así que es administrativo, ¿eh? Eso quiere decir que ve mucho papeleo, ¿no es cierto?

—Mucho, señor.

—Entonces sabrá cuántos cañones van a traer los británicos, ¿no? —quiso saber Gudin—. ¿Cuánta munición?

Lawford sacudió la cabeza, consternado. Durante unos segundos se quedó sin habla, luego logró decir que nunca había visto esa clase de papeles.

—Yo sólo manejo el papeleo de la compañía, señor. Libros de castigo y ese tipo de cosas.

—¡Miles! —terció Sharpe—. Pido perdón por hablar, señor.

—¿Miles de qué? —preguntó Gudin.

—De bueyes, señor. Con seis balas de cañón de ocho libras amarradas en cada uno, señor, y algunos llevan hasta ocho. Pero hay miles de balas.

—¿Dos mil? ¿Tres mil? —inquirió Gudin.

—Más que eso, señor. Yo nunca he visto una manada igual de grande, ni siquiera cuando los escoceses condujeron las cabezas de ganado de Escocia hasta Londres.

Gudin se encogió de hombros. Dudaba mucho que aquellos dos le pudieran contar nada que le fuera de utilidad, ciertamente nada que los exploradores y espías del Tippoo no hubiesen descubierto ya, pero tenía obligación de formular las preguntas. Entonces, al tiempo que se apartaba las moscas de la cara, les contó a los dos desertores lo que podían esperarse.

—Su Majestad el sultán Tippoo decidirá su suerte, y si es misericordioso querrá que sirvan ustedes en sus fuerzas. Supongo que están dispuestos a ello.

—Sí, señor —dijo Sharpe en tono impaciente—. Por eso vinimos, señor.

—Bien —replicó Gudin—. Podría ser que el Tippoo los quisiera para uno de sus propios *cushoons*. Es la palabra con la que se denomina a un regimiento aquí, un *cushoon*. Son todos buenos soldados y están bien entrenados, los van a recibir bien, pero hay un inconveniente. Los tendrán que circuncidar a ambos.

Lawford empalideció en tanto que Sharpe se limitó a encogerse de hombros.

—¿Eso es algo malo, señor?

—¿Sabe lo que es la circuncisión, soldado?

—¿Algo que te hace el ejército? ¿Algo como tomarte juramento?

Gudin sonrió.

—No exactamente, Sharpe. El Tippoo es musulmán y le gusta que sus voluntarios extranjeros adopten su religión. Significa que uno de sus hombres sagrados les cortará el prepucio. Es muy rápido, en realidad es bastante parecido a cortar la parte superior de un huevo pasado por agua.

—¿Mi polla? —Ahora Sharpe estaba igual de aterrado que Lawford.

—Es cuestión de segundos —los tranquilizó Gudin—, aunque puede que siga sangrando un tiempo y no pueden, ¿cómo lo diría...? —Miró a Mary y luego de nuevo a Sharpe—. Durante unas semanas no pueden dejar que el huevo hierva hasta ponerse duro.

—¿Por todos los diablos, señor! —exclamó Sharpe—. ¿Por motivos religiosos? ¿Eso hacen?

—Nosotros los cristianos rociamos a los niños con agua —dijo Gudin— y los musulmanes rebanan prepucios. —El francés hizo una pausa y luego sonrió—. De todos modos, no creo que un hombre con la polla sangrando pueda ser un buen soldado, y sus ejércitos estarán aquí dentro de pocos días, así que le propondré a Su Majestad que los dos presten servicio con mis hombres. Somos pocos, pero ninguno de nosotros es musulmán y todos nuestros huevos pasados por agua conservan la cáscara entera.

—Y muy bien que hacen, señor —dijo Sharpe con entusiasmo—. Y será un honor estar a su servicio, señor —añadió.

—¿En un batallón francés? —se burló Gudin.

—Si no azotan, señor, y no rajan pollas, entonces será más que un honor.

—Eso si el Tippoo lo permite —les advirtió Gudin—, que podría no hacerlo. Pero yo creo que sí. Tengo a otros británicos en el batallón, y a algunos alemanes y suizos. Estoy seguro de que allí estarán bien. —Miró a Mary—. ¿Y con usted qué hacemos, mademoiselle?

Mary le tocó el codo a Sharpe.

—Yo vine con Richard, señor.

Gudin examinó su ojo morado.

—¿Cómo se hizo esto, mademoiselle?

—Me caí, señor —contestó Mary.

Gudin esbozó una sonrisa.

—¿O acaso el soldado Sharpe la golpeó? ¿Para que no pareciera usted atractiva?

—Me caí, señor.

Gudin movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Pega usted fuerte, soldado Sharpe.

—De otro modo no sirve de nada, señor.

—Eso es verdad —dijo Gudin, luego se encogió de hombros—. Mis hombres tienen a sus mujeres. Si Su Majestad lo permite no veo por qué no deberían seguir juntos ustedes dos. —Se dio la vuelta cuando reapareció su sargento acompañado de un anciano indio que llevaba un cesto cubierto con una tela—. Éste es el doctor Venkatesh —dijo Gudin al tiempo que saludaba al doctor con una inclinación—, y es tan bueno como cualquiera de los médicos con los que me haya topado yo en París. Me imagino, Sharpe, que quitarle esas vendas roñosas le va a doler.

—No tanto como una circuncisión, señor.

Gudin se rió.

—De todas formas, creo que será mejor que se siente.

La extracción de las vendas le hizo un daño de mil demonios. El señor Micklewhite, el cirujano, había aplicado bálsamo en los latigazos, pero ningún cirujano del Ejército malgastaba aquel precioso unguento en demasía en un soldado raso, y Micklewhite no había utilizado suficiente bálsamo para evitar que las vendas formaran una costra sobre las heridas, de manera que la tela se había convertido en una masa solidificada de lino y sangre seca que arrancó las postillas de las heridas cuando el indio despegó el vendaje. El doctor Venkatesh era, en efecto, hábil y delicado y su voz sonaba incluso tranquilizadora a oídos de Sharpe mientras le arrancaba suavemente aquel horrible amasijo y lo separaba de la carne destrozada, pero aun así Sharpe no pudo abstenerse de gimotear mientras le despegaban las vendas. Los tigres, al oler a sangre fresca, se abalanzaron hacia delante tirando de sus cadenas de modo que el patio se llenó con el ruido metálico y seco de los eslabones al tensarse.

Era obvio que al doctor indio no le parecían bien ni las heridas ni el tratamiento que se les había aplicado. Farfulló, chasqueó la lengua y sacudió la cabeza en señal de desaprobación cuando aquella carnicería quedó al descubierto. Luego, en cuanto hubo retirado el último trocito del sucio vendaje con un par de pinzas de marfil, le echó un unguento por la espalda a Sharpe, un líquido fresco que resultó ser maravillosamente calmante. Sharpe dio un suspiro de alivio y entonces el doctor se apartó bruscamente de él, se puso en pie, juntó las manos e hizo una profunda reverencia.

Sharpe se dio la vuelta y vio que un grupo de indios había entrado en el patio. Lo encabezaba un hombre bajo y regordete, de unos cincuenta años quizá, con la cara redonda y un bigote negro muy bien recortado. Iba ataviado con una túnica de seda blanca sobre unos leotardos también de seda blanca y unas botas de cuero, pero la sencilla vestimenta relucía de piedras preciosas. Llevaba rubíes en el turbante, unos

brazales con incrustaciones de diamantes en los brazos, y había perlas cosidas a su fajín de seda azul del que colgaba una vaina con zafiros engastados en la que descansaba una espada con una empuñadura de oro que representaba el rostro de un tigre que gruñía. El doctor Venkatesh retrocedió apresuradamente y se alejó, sin dejar de hacer reverencias, mientras que Gudin se puso respetuosamente en posición de firmes.

—¡El Tippoo! —les advirtió Gudin a Sharpe y Lawford con un susurro; Sharpe se puso en pie como pudo y, al igual que el francés, se puso firmes.

El Tippoo se detuvo a media docena de pasos de distancia de Sharpe y Lawford. Se los quedó mirando unos segundos y luego le dijo algo en voz baja a su intérprete.

—Dése la vuelta —le ordenó el intérprete a Sharpe.

Sharpe se giró obedientemente y le mostró la espalda al Tippoo, quien, fascinado por las heridas abiertas, se acercó para poder inspeccionar los estragos. Sharpe notó la respiración del Tippoo en la nuca, olió su sutil perfume y entonces notó un roce suave como el de una araña cuando el Tippoo toqueteó una tira de piel que colgaba.

Entonces Sharpe fue presa de un repentino dolor, como el producido por el golpe de un atizador al rojo vivo. Estuvo a punto de soltar un fuerte alarido, pero en lugar de eso se puso tenso, se estremeció y aguantó sin rechistar. El Tippoo había hincado la empuñadura de tigre de su espada en la herida más profunda para observar la reacción de Sharpe. Le ordenó que se diera la vuelta y escudriñó su rostro para ver si había lágrimas. A Sharpe le ardían las lágrimas en los ojos, pero ni una sola rodó por sus mejillas.

El tipo asintió con la cabeza en señal de aprobación y retrocedió.

—Hábleme de ellos —le ordenó a Gudin.

—Son desertores comunes y comentarios —le dijo Gudin en francés al intérprete—. Ése de ahí —señaló a Sharpe— es un duro soldado que probablemente sería un orgullo para un ejército. El otro no es más que un administrativo.

Lawford trató de no dejar traslucir su desacuerdo ante aquella opinión. El Tippoo lo miró y como no vio nada que le interesara posó su mirada en Mary.

—¿Y la mujer? —le preguntó a Gudin.

—Está con el alto —respondió Gudin señalando nuevamente a Sharpe, luego esperó a que el intérprete tradujera su respuesta al persa.

El Tippoo examinó brevemente a Mary. Ella estaba encorvada, intentando acentuar su aspecto sucio, magullado y sin gracia, pero cuando vio su mirada pensativa se puso nerviosa y trató de hacer una reverencia. Al Tippoo pareció hacerle gracia aquel gesto, luego volvió la vista hacia Gudin.

—¿Y qué saben de los planes británicos? —preguntó al tiempo que señalaba a Lawford y Sharpe.

—Nada.

—Dicen no saber nada —corrigió el Tippoo a Gudin—. ¿Y no son espías?
Gudin se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero yo creo que no.

—Creo que podemos saberlo —dijo el Tippoo—. Y creo también que podemos descubrir qué clase de soldados son. —Se dio la vuelta y dio unas bruscas órdenes a uno de sus edecanes, el cual hizo una inclinación y luego salió corriendo del patio.

El ayudante regresó con un par de mosquetes de caza. Aquellas armas de largo cañón no se parecían a ningún fusil de los que Sharpe había visto, puesto que tenían las culatas cubiertas de piedras preciosas y taraceadas con delicadas filigranas de marfil. Las engastadas culatas tenían un estilo extravagante en la parte del hombro y el seguro del disparador de las dos armas estaba bordeado con pequeños rubíes. Los percutores que contenían el pedernal tenían forma de cabezas de tigre con diamantes por ojos. El Tippoo cogió los mosquetes, comprobó que los pedernales estuvieran bien asentados dentro de las mandíbulas de los tigres y luego lanzó una de las armas a Lawford y la otra a Sharpe. El edecán colocó entonces un cazo lleno de pólvora negra en el suelo y junto a él un par de balas de mosquete que Sharpe hubiera jurado que eran de plata.

—Carguen las armas —dijo el intérprete.

Un soldado británico, igual que cualquier otro, aprendía a cargar con un cartucho de papel, pero no había ningún misterio en utilizar la pólvora y la bala tal cual. Estaba claro que el Tippoo quería ver lo competentes que eran los dos hombres y, mientras Lawford vacilaba, Sharpe se agachó sobre el cazo y sacó un puñado de pólvora. Se irguió y dejó que la negra pólvora se deslizara por el cincelado cañón del fusil. La pólvora era extraordinariamente fina y una buena cantidad voló con la brisa, pero con lo que le quedó tenía de sobras y, una vez la carga estuvo a salvo dentro del cañón, se volvió a agachar, cogió la bala, la introdujo por la boca y tiró de la baqueta para sacarla de los tres aros de oro que la sujetaban. Revoleó la baqueta, dejó que se deslizara por su mano hasta la bala y luego apretó con fuerza el proyectil contra la carga de pólvora. El Tippoo no les había proporcionado relleno, pero Sharpe imaginó que no importaba. Sacó la baqueta, la giró y la dejó caer en las preciosas presillas bajo el largo cañón. Luego volvió a agacharse, tomó un pellizco de pólvora, cebó el arma, cerró el rastrillo y se puso en posición de firmes con la culata engarzada apoyada en el suelo junto a él.

—¡Señor! —dijo para indicar que ya estaba.

Lawford todavía estaba intentando introducir la pólvora por el cañón. El teniente era tan competente como Sharpe a la hora de cargar un arma, pero al ser un oficial nunca se requería que lo hiciera deprisa, porque esa era la habilidad indispensable de un soldado raso. Lawford sólo cargaba fusiles cuando cazaba, pero en el ejército tenía un criado que le cargaba las pistolas y nunca en la vida le había hecho falta ser rápido

con un arma, por lo que ahora demostraba una lentitud lamentable.

—Era administrativo, señor —le explicó Sharpe a Gudin. Hizo una pausa para lamerse los restos de pólvora de los dedos—. Nunca tuvo que combatir.

El intérprete le tradujo esas palabras al Tippoo, que esperó pacientemente a que Lawford terminara de cargar el mosquete. Al Tippoo, al igual que a su séquito, le hacía gracia la torpeza del inglés, pero la explicación de Sharpe sobre que Lawford había sido un administrativo pareció convencerlo. Lawford terminó por fin y, de una manera afectada, se puso firmes.

—Es evidente que sabe usted cargar —le dijo el Tippoo a Sharpe—, pero ¿y disparar?

—Sí, señor —le respondió Sharpe al intérprete.

El Tippoo señaló por encima del hombro de Sharpe.

—Entonces dispárele.

Tanto Sharpe como Lawford se dieron la vuelta y vieron a un anciano oficial británico al que escoltaban a través de la puerta del patio. El hombre estaba débil y pálido y tropezó cuando la brillante luz del sol le dio en los ojos. Se llevó una de las manos esposadas a la cara, luego levantó la vista y reconoció a Lawford. Por un instante una expresión de incredulidad cruzó por su rostro, pero se las arregló para ocultar cualquier emoción que sintiera. El oficial tenía el pelo cano y llevaba una falda escocesa y una casaca roja, ambas prendas manchadas de polvo y humedad, y Sharpe, horrorizado al ver a un oficial británico tan desarreglado e humillado, supuso que aquél tenía que ser el coronel McCandless.

—No puedes disparar... —empezó a decir Lawford.

—Cállate, Bill —dijo Sharpe, que se llevó el mosquete al hombro y blandió el cañón para apuntar al aterrado oficial escocés.

—¡Aguarde! —gritó Gudin; acto seguido le habló en tono apremiante al Tippoo.

El Tippoo se tomó a risa la protesta de Gudin. En lugar de hacerle caso, hizo que su intérprete le preguntara a Sharpe qué pensaba de los oficiales británicos.

—Son escoria, señor —dijo Sharpe en voz lo bastante alta para que el coronel McCandless lo oyera—. Nada más que condenada escoria, señor. Creen ser mejores que nosotros porque los cabrones saben leer y nacieron con un poco de dinero, pero no hay ni uno al que yo no pudiera vencer en combate.

—¿Quiere dispararle a ése? —preguntó el intérprete.

—Pagaría para tener la oportunidad de hacerlo —respondió Sharpe con un tono vengativo. Lawford le dijo algo entre dientes, pero Sharpe hizo caso omiso de la advertencia—. Pagaría por ello —repitió.

—A Su Majestad le gustaría que lo hiciera desde muy cerca —dijo el intérprete—. Quiere que le vuele la cabeza.

—Será un puñetero placer —repuso Sharpe con entusiasmo. Amartilló el arma

mientras caminaba hacia aquel hombre que suponía era a quien había venido a salvar. Miró fijamente a McCandless mientras se acercaba a él y el rostro de Sharpe no denotaba otra cosa que un crudo placer—. ¡Estirado cabrón escocés! —le dijo Sharpe con brusquedad. Miró a los dos guardias que seguían flanqueando al coronel—. Quítense de en medio, estúpidos, o se van a ahogar con la sangre de este hijo de puta. —Los dos hombres se lo quedaron mirando sin comprender, pero no hicieron el menor movimiento, por lo que Sharpe imaginó que ninguno de los dos hablaba ni una pizca de inglés. El doctor Venkatesh, que había estado intentando ocultarse bajo las sombras de la puerta, sacudió la cabeza horrorizado ante lo que estaba a punto de suceder.

Sharpe alzó el mosquete de manera que la boca quedó a menos de quince centímetros del rostro de McCandless.

—¿Algún mensaje para el general Harris? —preguntó en voz baja.

De nuevo McCandless ocultó toda reacción que no fuera lanzarle una breve mirada a Lawford. Luego volvió a mirar a Sharpe y le escupió.

—Que ataquen por cualquier sitio menos por el oeste —dijo el escocés en un susurro; luego añadió en voz mucho más alta—: Que Dios le perdone.

—¡A la mierda Dios! —dijo Sharpe, y apretó el gatillo. El pedernal cayó, saltó la chispa cuando golpeó contra el rastrillo y no ocurrió nada más. McCandless echó la cabeza hacia atrás cuando el pedernal soltó la chispa, luego una expresión de puro alivio cruzó su rostro. Sharpe vaciló un segundo y luego le clavó la boca del arma en el vientre al coronel. El golpe dio la sensación de ser fuerte, pero Sharpe lo frenó en el último momento. Aun así McCandless se dobló en dos, jadeando, y Sharpe alzó la culata con incrustaciones con la intención de dejarla caer con fuerza en la cabeza cana del oficial.

—¡Deténgase! —gritó Gudin.

Sharpe se detuvo y se dio la vuelta.

—Pensaba que querían ver muerto a este cabrón.

El Tippoo se rió.

—Lo necesitamos vivo un tiempo. Pero usted pasó su examen. —Se volvió y habló con Gudin, el cual le respondió enérgicamente. A Sharpe le dio la impresión de que estaban discutiendo su suerte y rezó para no tener que pasar por el doloroso rito de acceso a uno de los *cushoons* del Tippoo. Otro oficial indio, un hombre alto que iba vestido con una túnica de seda estampada con las franjas atigradas del Tippoo, estaba hablando con Mary mientras Sharpe seguía todavía sobre el agazapado McCandless.

—¿Lo ha enviado Harris? —preguntó McCandless en voz baja.

—Sí —respondió Sharpe entre dientes sin mirar al coronel. Mary sacudía la cabeza. Le lanzó una mirada a Sharpe y luego volvió a dirigirla hacia el indio alto.

—Cuidado con el oeste —susurró McCandless—. Nada más. —El escocés gimió, fingiendo que le habían hecho mucho más daño del que en realidad sentía. Dio unas secas arcadas, trató de ponerse en pie pero se cayó—. Es usted un traidor —dijo en voz suficientemente alta para que lo oyera Gudin— y morirá como un traidor.

Sharpe le escupió a McCandless.

—¡Venga aquí, Sharpe! —le ordenó Gudin con evidente desaprobación en su tono de voz.

Sharpe volvió junto a Lawford, donde uno de los miembros del séquito del Tippoo recuperó los dos mosquetes. El Tippoo les hizo un gesto a los guardias de McCandless que evidentemente significaba que el escocés debía ser devuelto a su celda. Entonces el Tippoo le hizo un gesto con la cabeza a Sharpe en señal de aprobación antes de darse la vuelta y salir del patio seguido por su séquito. El indio alto con las franjas de seda atigrada le hizo señas a Mary.

—Tengo que irme con él, amor —le explicó ella a Sharpe.

—¡Creía que ibas a quedarte conmigo! —protestó él.

—Tengo que ganarme la manutención —dijo ella—. Tengo que enseñarles inglés a sus hijitos. Y barrer y lavar, por supuesto —añadió con resentimiento.

El coronel Gudin intervino.

—Se reunirá con usted más adelante —le dijo a Sharpe—. Pero de momento están los dos... ¿cómo se dice? ¿A examen?

—A prueba, señor —corrigió Lawford.

—Exactamente —dijo Gudin—. Y a los soldados que están a prueba no se les permite estar con sus esposas. No se preocupe, Sharpe. Estoy seguro de que su chica estará a salvo en casa del general Rao. Ahora váyase, mademoiselle.

Mary se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla a Sharpe.

—Estaré bien, cariño —le susurró—, y tú también.

—Cuídate, nena —dijo Sharpe, y la siguió con la mirada mientras ella salía del patio tras el oficial indio.

Gudin señaló hacia el arco de entrada.

—Debemos dejar que el doctor Venkatesh termine con su espalda, Sharpe, luego les daré uniformes nuevos y mosquetes a los dos. Bienvenidos al ejército del sultán Tippoo, caballeros. Ganarán un *haideri* al día.

—¡Es mucho dinero! —exclamó Sharpe, impresionado. Un *haideri* equivalía a media corona, mucho más que los miserables dos peniques diarios que recibía en el ejército británico.

—Pero seguro que pagan con retraso —dijo Lawford con sarcasmo. Seguía enfadado con Sharpe por haber intentado disparar a McCandless, y el hecho de que el mosquete hubiese fallado no lo había apaciguado.

—La paga siempre llega con retraso —admitió Gudin alegremente—, pero ¿en

qué ejército llega a tiempo alguna vez? Oficialmente ustedes ganan un *haideri* al día, aunque rara vez lo van a recibir, pero les puedo prometer otros consuelos. Ahora vengan conmigo. —Llamó al doctor Venkatesh, que recogió su cesto y siguió a Gudín fuera del palacio.

De ese modo Sharpe fue a conocer a sus nuevos compañeros y se preparó para enfrentarse a un nuevo enemigo. Los de su propio bando.

El general David Baird no se sentía culpable por Sharpe y Lawford, puesto que eran soldados y se les pagaba para correr riesgos, pero se sentía responsable de ellos. El hecho de que ni las patrullas de caballería británicas ni las indias hubiesen descubierto a los dos hombres indicaba que bien podrían haber llegado a Seringapatam, pero cuanto más pensaba Baird en aquella misión menos confiaba en que llegara a tener éxito. Había parecido una buena idea la primera vez que había pensado en ello, pero dos días de reflexión habían diluido aquella esperanza inicial con un montón de reservas. Siempre se había imaginado que, incluso con la ayuda de Ravi Shekhar, las posibilidades de rescatar a McCandless eran lamentablemente pequeñas, pero al menos esperaba que consiguieran la información de McCandless y logaran sacarla de la ciudad. Sin embargo, en aquellos momentos temía que ninguno de los dos hombres iba a sobrevivir siquiera. En el mejor de los casos, pensaba, la única esperanza de que los dos hombres pudieran escapar a la ejecución sería uniéndose a las fuerzas del Tippoo, lo cual significaría que tanto Sharpe como Lawford irían vestidos con el uniforme enemigo cuando los británicos asaltaran la ciudad. Poco podía hacer Baird sobre eso, pero sí podía impedir que una terrible injusticia siguiera a la caída de la ciudad, de manera que por la noche, cuando se montó el gran campamento de los dos ejércitos a unos pocos días de marcha de su objetivo, Baird buscó las líneas del 33.º.

El comandante Shee pareció alarmado ante la repentina aparición del general, pero Baird lo tranquilizó y le explicó que tenía un pequeño asunto que tratar con la Compañía Ligera.

—Nada que deba preocuparle, comandante. Es tan sólo una cuestión administrativa. Una trivialidad.

—Le llevaré ante el capitán Morris, señor —dijo Shee, luego se encasquetó el sombrero y acompañó al general a lo largo de la hilera de tiendas de los oficiales—. Es la última, señor —le indicó, nervioso—. ¿Me necesita para algo?

—No querría hacerle perder el tiempo en nimiedades, Shee, pero de todos modos le agradezco su ayuda.

Baird encontró a un capitán Morris en mangas de camisa que fruncía el ceño frente a un montón de papeles en compañía de un sargento de aspecto extrañamente malévolo quien, ante la imprevista llegada del general, se puso de un salto en

temblorosa posición de firmes. Morris se apresuró a colocar su sombrero de tres picos sobre una taza de hojalata que Baird se figuró que estaba llena de *arrack*.

—¿Capitán Morris? —preguntó el general.

—¡Señor! —Morris volcó la silla al levantarse y acto seguido recogió del suelo su casaca roja, que se había caído con la silla.

Baird agitó la mano en el aire para indicarle a Morris que no hacía falta que se preocupara por ponerse una chaqueta.

—No son necesarias las formalidades, capitán. No se ponga la chaqueta, hombre, no se la ponga. Hace un calor terrible, ¿no es cierto?

—Insoportable, señor —dijo Morris, nervioso.

—Me llamo Baird —se presentó Baird—. Me parece que no hemos tenido el placer.

—No, señor. —Morris estaba demasiado nervioso para presentarse como era debido.

—Siéntese, hombre —le dijo Baird, tratando de hacer que el capitán se sintiera cómodo—. Siéntese. ¿Me permite? —Baird señaló el catre de Morris, pidiendo permiso para utilizarlo de asiento—. Se lo agradezco —dijo Baird, luego se sentó, se sacó el sombrero con penacho y se abanicó la cara con el ala del mismo—. Me parece que me he olvidado de cómo es el clima frío. ¿Cree usted que todavía nieva en alguna parte? ¡Dios mío, es que este calor lo va debilitando a uno! Este calor debilita. Relájese, sargento.

—Gracias, señor. —La rígida postura del sargento Hakeswill se relajó ligeramente.

Baird le sonrió a Morris.

—Esta semana ha perdido a dos de sus hombres, capitán, —¿no es cierto?

—¿A dos de mis hombres? —Morris frunció el ceño. Ese cabrón de Sharpe había huido llevándose a su *bibbi* con él, pero ¿quién más?—. ¡Ah! —exclamó Morris—. ¿Se refiere usted al teniente Lawford, señor?

—El mismo. Un tipo afortunado, ¿eh? Llevar el parte hasta Madras. Es todo un honor para él. —Baird movió la cabeza con aire compungido—. Personalmente, no estoy tan seguro de que por esa pequeña pelea del otro día mereciera la pena hacer un parte, pero el general Harris insistió y su coronel eligió a Lawford. —Baird estaba utilizando la excusa que el ejército había inventado para explicar la desaparición de Lawford. Esa excusa había provocado algo de resentimiento en el 33.º, puesto que Lawford era uno de los tenientes más jóvenes del batallón y la mayoría de soldados que llevaban partes podían esperar un ascenso como recompensa por la tarea que, a su vez, normalmente sólo se asignaba a hombres que se hubieran distinguido en combate. A Morris, lo mismo que a todos los demás oficiales del batallón, le parecía que Lawford ni se había distinguido ni merecía un ascenso, pero Morris no podía

admitir tal cosa ante Baird.

—Me alegro mucho por él —consiguió decir Morris finalmente.

—Habrá encontrado un sustituto, ¿no? —preguntó Baird.

—El alférez Fitzgerald, señor —respondió Morris—. Ahora teniente Fitzgerald, señor, honorífico, claro está. —Morris consiguió dar a sus palabras un tono de desaprobación. Él hubiera preferido mil veces que hubiese recibido el ascenso temporal el alférez Hicks, pero Hicks no tenía las ciento cincuenta libras que hacían falta para comprar la promoción de alférez a teniente y Fitzgerald sí, y si la recompensa de Lawford por llevar los partes era el ascenso a capitán, entonces Fitzgerald debía reemplazarlo. Según la opinión de Morris, el nuevo teniente honorífico tenía demasiada confianza con los soldados, pero un pagaré era un pagaré y Fitzgerald era el candidato adinerado, así que se le había concedido el rango de forma temporal.

—¿Y el otro tipo que perdió? —preguntó Baird, procurando que su tono sonara despreocupado—. ¿El soldado? Estará en el libro, ¿no?

—Sí, está en el libro, señor —contestó el sargento en lugar de Morris—. Hakeswill, señor —se presentó—. Sargento Obadiah Hakeswill, señor, toda la vida en el ejército, señor, y a sus órdenes, señor.

—¿Cómo se llamaba ese granuja? —le preguntó Baird a Morris.

—Sharpe, señor —respondió Hakeswill otra vez—, Richard Sharpe, señor, nunca he visto una basura tan horriblemente inmunda, señor, en toda mi vida, señor.

—¿Y el libro? —le pidió Baird a Morris, sin hacer caso de la opinión de Hakeswill.

Morris revolvió frenéticamente entre el desorden de su escritorio en busca del libro de castigos, en cuya parte posterior se guardaban los formularios oficiales del ejército relativos a los desertores. Al final Hakeswill lo encontró y, con un gesto seco, se lo tendió al general.

—¡Señor!

Baird hojeó las primeras páginas y finalmente descubrió la entrada del consejo de guerra de Sharpe.

—¡Dos mil latigazos! —exclamó el escocés horrorizado—. Debió de ser una ofensa grave.

—¡Golpeó a un sargento, señor! —anunció Hakeswill.

—¿A usted, tal vez? —preguntó Baird con sequedad al fijarse en la hinchada y amoratada nariz del sargento.

—Sin que hubiera ninguna clase de provocación, señor —contestó Hakeswill seriamente—. Pongo a Dios por testigo, señor, de que siempre traté al joven Dick Sharpe con amabilidad. Como si fuera mi propio hijo, señor, si es que tuviera hijos, que no los tengo, al menos que yo sepa. Tuvo mucha suerte, señor, de que lo

perdonaran a los doscientos latigazos, ¿y ve usted cómo nos lo agradece? — Hakeswill dio un resoplido de indignación.

Baird no respondió, pero fue a la última página del libro, donde encontró el nombre de Richard Sharpe escrito en la parte superior del formulario impreso y debajo de él la edad de Sharpe, que según constaba era de veintidós años y seis meses, aunque el capitán Morris, si es que había sido él quien había rellenado el formulario, había colocado un signo de interrogación junto a la edad. La altura de Sharpe allí indicada era de un metro ochenta y tres, tan sólo diez centímetros menos que el propio Baird, que era uno de los hombres más altos del ejército. La siguiente pregunta era «Aspecto o constitución», a lo que Morris había contestado: «Fornido», y luego seguía toda una serie de encabezamientos: Cabeza, Cara, Ojos, Cejas, Nariz, Boca, Cuello, Cabello, Hombros, Brazos, Manos, Muslos, Piernas y Pies. Morris los había rellenado todos, ofreciendo así una descripción completa del desaparecido. La pregunta «¿Dónde nació?» quedaba contestada con un sencillito «Londres», mientras que junto a «Oficio u ocupación anterior» constaba «Ladrón». El formulario indicaba entonces la fecha y lugar de la desertión y ofrecía una descripción de la ropa que el desertor llevaba puesta cuando fue visto por última vez. El último punto del formulario era «Observaciones generales», junto a lo cual Morris había escrito: «Cicatrices de latigazos en la espalda. Es un hombre peligroso». Baird sacudió la cabeza.

—Una descripción formidable, capitán —dijo el general.

—Gracias, señor.

—¿Se ha distribuido?

—Mañana, señor. —Morris se ruborizó. Deberían de haberse hecho cuatro copias del formulario. Una copia era para el general al mando del ejército, quien la haría copiar de nuevo y la distribuiría a todas las unidades bajo su mando. Una segunda copia se haría llegar a Madras por si Sharpe huía hacia allí. Una tercera se destinaría al Ministerio de Guerra en Londres para ser copiada de nuevo y repartida a todos los oficiales de reclutamiento por si el soldado conseguía llegar a la Gran Bretaña y tratara de volver a alistarse en el ejército, mientras que la última copia supuestamente se mandaba a la parroquia del distrito al que pertenecía el soldado para alertar a sus vecinos de su traición y a los agentes de la policía local de su delito. En el caso de Sharpe no constaba ninguna parroquia de distrito, pero en cuanto Morris se pusiera al día con el papeleo y el administrativo de la compañía hubiese hecho las copias necesarias, la descripción de Sharpe se difundiría por todo el ejército. Si después encontraban a Sharpe en Seringapatam, tal como imaginaba Baird que iba a suceder, se suponía que debía ser arrestado, pero era mucho más probable que lo mataran. A la mayoría de soldados no les gustaban los desertores, no por su delito, sino porque ellos se habían atrevido a hacer lo que muchos otros nunca habían tenido el coraje ele

intentar, y ningún oficial castigaría a un soldado por matar a un desertor.

Baird puso el libro abierto sobre la mesa de Morris.

—Quiero añadir una anotación en «Observaciones generales» —le dijo Baird al capitán.

—Por supuesto, señor.

—Ponga simplemente que es esencial que el soldado Sharpe sea capturado con vida. Y que si lo atrapan deben conducirlo hasta mi presencia o la del general Harris.

Morris se quedó mirando a Baird con la boca abierta.

—¿Usted, señor?

—Baird, B-A-I-R-D. General de división.

—Sí, señor, pero... —Morris había estado a punto de preguntar qué posible relación podía tener un general de división con un desertor, pero se dio cuenta de que una pregunta como aquélla no iba a obtener una respuesta cortés, por lo que mojó la pluma en la tinta y se apresuró a añadir las palabras que Baird había solicitado—. ¿Cree usted que tal vez volvamos a ver a Sharpe, señor? —preguntó.

—Eso espero, capitán. —Baird se puso en pie—. Incluso rezo para que así sea. Y ahora permítame que le dé las gracias por su hospitalidad.

—Sí, señor, por supuesto, señor. —Morris se levantó a medias cuando el general se marchó, luego se dejó caer de nuevo en la silla y se quedó mirando la frase que acababa de escribir—. ¡Por el amor de Dios! ¿A qué viene todo esto? —preguntó una vez que Baird ya no podía oírles.

Hakeswill dio un resoplido.

—A nada bueno, señor, se lo garantizo.

Morris descubrió el *arrack* y tomó un sorbo.

—Primero llaman a ese cabrón a la tienda de Harris, luego se escapa ¡y ahora Baird dice que volveremos a verlo y que lo quiere vivo! ¿Por qué?

—No anda en nada bueno, señor —dijo Hakeswill—. Se llevó a su mujer y desapareció, señor. No hay general que pueda aprobar esa conducta, señor. Es imperdonable, señor. El ejército se está viniendo abajo, señor.

—No puedo desobedecer al general Baird —dijo Morris entre dientes.

—Pero tampoco quiere que Sharpy regrese aquí, señor —replicó Hakeswill con vehemencia—. ¿Un soldado que es el favorito de un general? ¡Lo próximo que harán será darle los galones de sargento! —La idea de semejante afrenta dejó momentáneamente sin habla a Hakeswill. Su cara tembló de indignación y entonces, con visible esfuerzo, logró dominarse—. Quién sabe, señor —sugirió con astucia—, pero podría ser que ese cabrón informara sobre usted o sobre mí, señor, como traidor que es. No nos hace falta ningún Judas, señor. No queremos estropear el buen humor de la compañía, señor, y mucho menos dando refugio al favorito de un general, señor.

—¿Favorito de un general? —repitió Morris en voz baja. El capitán era un

hombre corrupto, aunque no peor que muchos, y sin embargo tenía terror a una inspección oficial, pero era demasiado perezoso para corregir los fraudes medio ocultos en las apretadas columnas de los libros de salarios. Peor todavía, Morris temía que Sharpe pudiera demostrar de alguna manera su complicidad en la falsa acusación que había tenido como resultado la flagelación del soldado, y aunque parecía imposible que un mero soldado raso pudiera hacer valer sus razones en el ejército, también parecía igualmente imposible que un general de división acudiera allí expresamente para hablar de ese soldado. Algo muy extraño estaba ocurriendo, y a Morris no le gustaban las amenazas desconocidas. Él solamente quería que le dejaran en paz y que Sharpe saliera de su vida—. Pero no puedo dejar de incluir estas palabras en el formulario —se quejó a Hakeswill al tiempo que señalaba la nueva adición en la página de Sharpe.

—No hace falta que lo haga, señor. Con todos los respetos, señor. Aquí no se va a distribuir ningún formulario, señor, en el Trigésimo tercero no, señor. No lo necesitamos, ¿verdad? Ya sabemos qué aspecto tiene ese cabrón, ya lo sabemos, así que no nos darán ningún formulario, señor. Nunca lo hacen, señor. Haré saber que si alguien ve a Sharpy tiene que hacerle un favor al ejército y meterle una bala por la espalda. —Hakeswill percibió el nerviosismo de Morris—. No habrá ningún problema, señor, no si el cabrón está en Seringapatam y nosotros vamos a hacer pedazos la ciudad. Una muerte rápida, señor, y es más de lo que merece. No anda en nada bueno, señor, lo presiento, y un hijo de puta que no anda en nada bueno más vale que esté muerto. Así consta en las Escrituras, señor.

—Estoy seguro de ello, sargento, estoy seguro de ello —dijo Morris, y cerró el libro de castigos—. Haga lo que crea que es mejor, sargento. Sé que puedo confiar en usted.

—Me honra usted, señor —dijo Hakeswill con fingida emoción—. Me honra. Le entregaré a ese bastardo, señor, se lo entregaré muerto, que es lo adecuado.

En Seringapatam.

—¡Por el amor de Dios, Sharpe! ¿Qué creía estar haciendo? —preguntó Lawford enfurecido. El teniente estaba demasiado enojado como para seguir fingiendo que era un soldado raso y, además, era la primera vez en todo el día que los habían dejado solos. Solos, pero no sin vigilancia, porque aunque se encontraban montando guardia en uno de los gabletes de las murallas del lado sur había una docena de soldados del batallón de Gudin a la vista, incluyendo el fornido sargento, llamado Rothière, que observaba a los dos recién llegados desde el siguiente gablete—. ¡Por Dios, soldado! —exclamó Lawford entre dientes—. ¡Cuando regresemos haré que lo azoten por esa actuación! ¡Estamos aquí para rescatar al coronel McCandless, no para matarlo! ¿Está usted loco?

Sharpe miraba hacia el sur, con los ojos fijos en el paisaje, y no dijo nada. A su derecha el río poco profundo pasaba entre las verdes orillas inclinadas. Cuando llegara el monzón el río crecería, se desbordaría y cubriría las rocas que salpicaban su cauce. En aquellos momentos se sentía más cómodo porque el doctor Venkatesh le había aplicado un poco de bálsamo en la espalda que le había aliviado mucho el dolor. Luego el doctor le había puesto un nuevo vendaje y había advertido a Sharpe que no se lo debía mojar, sino que tenía que cambiarse cada día hasta que las heridas sanaran.

Entonces el coronel Gudin había conducido a los dos ingleses a un barracón cercano al extremo sudoeste de la ciudad. Todos los soldados que había en el barracón eran europeos, la mayoría de ellos franceses, pero con unos cuantos suizos, alemanes y dos británicos. Todos llevaban las casacas azules de la infantería francesa, pero no sobraba ninguna para los dos nuevos soldados, así que el sargento Rothière les había entregado a Sharpe y a Lawford unas túnicas atigradas como las que llevaban los hombres del Tippoo. Las túnicas no eran abiertas por delante como las chaquetas europeas, sino que te las tenías que poner por la cabeza.

—¿De dónde sois, muchachos? —le preguntó una voz inglesa a Sharpe mientras éste tiraba de la túnica de algodón teñido.

—Del Trigésimo tercero —había dicho Sharpe.

—¿Los Havercakes? —dijo el hombre—. Creía que se encontraban al norte, en Calcuta.

—Nos hicieron bajar hasta Madras el año pasado —explicó Sharpe. Se sentó con cuidado en su catre, una cama india hecha con cuerdas extendidas entre un sencillo armazón de madera. Resultó ser sorprendentemente cómodo—. ¿Y tú? —le preguntó al inglés.

—De la maldita artillería real, amigo, los dos. Nos escapamos hace tres meses. Yo me llamo Johnny Blake y éste es Henry Hickson.

—Yo soy Dick Sharpe y éste es Billy Lawford —dijo Sharpe presentando al teniente, que parecía sentirse sumamente incómodo con su túnica de rayas púrpuras y blancas que le llegaba a la altura de las rodillas. Por encima de la túnica llevaba dos cinturones cruzados y uno normal del que colgaba una bayoneta y una bolsa para los cartuchos. Les habían proporcionado unos pesados mosquetes franceses y les habían advertido que tendrían que realizar su parte del servicio de guardia con el resto del pequeño batallón.

—Antes éramos muchos más —le contó Blake a Sharpe—, pero aquí los hombres mueren como moscas. La mayoría a cansa de la fiebre.

—Pero no se está mal aquí —terció Henry Hickson—. La comida es buena. Hay un montón de *bibbis* y Gudin es muy buen oficial. Mejor que ninguno de los que tuve nunca.

—Tuvimos a verdaderos cabrones —coincidió Blake.

—¿No lo son todos? —había dicho Sharpe.

—Y la paga es buena, cuando la recibes. Ya llevamos cinco meses de retraso, pero tal vez nos la den cuando machaquemos a los británicos. —Blake se rió de su propia teoría.

Blake y Hickson no tenían que hacer guardia, pero en lugar de eso se ocupaban de uno de los grandes cañones con boca de tigre apostado tras una tronera cercana. Sharpe y Lawford montaron guardia solos y fue aquella privacidad la que había alentado a Lawford a lanzar su furioso ataque.

—¿No va a explicarse, soldado? —desafió a Sharpe, que seguía observando con serenidad el verde paisaje atravesado por el río que serpenteaba en dirección sur junto a la isla donde se hallaba la ciudad—. ¿Y bien? —insistió Lawford con brusquedad.

Sharpe lo miró.

—Usted cargó el mosquete, ¿no es cierto, Bill?

—¡Claro!

—¿Alguna vez había notado una pólvora tan suave y fina? —Sharpe clavó la mirada en el rostro del teniente.

—¡Podía haber sido polvo de pólvora! —se empeñó Lawford, enfadado.

—¿Tan brillante? —replicó Sharpe con sorna—. ¡El polvo de pólvora está lleno de mierda de rata y serrín! ¿Y de verdad cree usted, Bill —pronunció el nombre con sarcasmo—, que el maldito Tippoo nos hubiera dejado cargar las armas antes de cerciorarse de que podía fiarse de nosotros? ¿Y estando él allí, a menos de dos metros de distancia? ¿Se molestó usted en probar la pólvora? Yo sí que lo hice, y no era en absoluto salada. Eso no era pólvora, teniente, eso era o tinta en polvo o pigmento negro, pero fuera lo que fuera no iba a estallar.

Lawford se quedó boquiabierto al oír a Sharpe.

—¿Así que usted ya sabía desde el principio que el fusil no iba a disparar?

—¡Pues claro que lo sabía, maldita sea! Si no, no hubiese apretado el gatillo. ¿Me está diciendo que no se dio cuenta de que eso no era pólvora?

Lawford apartó la vista. Una vez más había quedado como un idiota y se ruborizó al darse cuenta de ello.

—Lo siento —dijo. Estaba alicaído y volvió a invadirle un mortificante sentimiento de ineptitud al compararse con aquel soldado raso.

Sharpe se quedó mirando a una patrulla de lanceros del Tippoo que cabalgaban de vuelta a la ciudad. Tres de ellos estaban heridos y sus compañeros los ayudaban a sostenerse en la silla, lo cual indicaba que los británicos ya no estaban muy lejos.

—Lo siento, señor —dijo Sharpe en voz muy bajita y utilizando deliberadamente el término «señor» para aplacar a Lawford—, pero no estoy tratando de ser insolente. Sólo intento que ambos sigamos con vida.

—Lo sé. Yo también lo lamento. Debería haber sabido que no era pólvora.

—Era fácil confundirse, ¿no? —dijo Sharpe con la intención de consolar a su compañero—. Además, con el Tippoo allí... Es un gordo cabrón, ¿verdad? Pero lo está haciendo bien, señor. —Sharpe lo dijo con profunda emoción, consciente de que al joven teniente le hacía muchísima falta que lo animaran—. Y fue usted muy ingenioso, señor, al decir que llevaba un mandil. Hubiera tenido que mancharle el uniforme de tinta, ¿no? Pero no se me ocurrió, aunque usted nos sacó del apuro.

—Pensé en el soldado Brookfield —dijo Lawford, no sin cierto orgullo al recordar su inspirada mentira—. ¿Conoce a Brookfield?

—¿El administrativo de la compañía de Stanbridge, señor? ¿Un tipo con gafas? ¿Uno que lleva un delantal?

—Dice que así evita mancharse de tinta.

—Siempre fue una vieja —dijo Sharpe con desdén—, pero usted lo hizo bien. Y le diré algo más. Tenemos que salir de aquí cuanto antes porque ahora ya sé por qué vinimos. No tenemos que encontrar a ese mercader, sólo tenemos que salir de aquí. A menos que crea que debemos rescatar a su tío, pero si no es así tenemos que escapar porque ahora ya sé por qué vinimos.

Lawford se quedó con la boca abierta.

—¿Lo sabe?

—El coronel habló conmigo, señor, mientras interpretábamos esa pantomima allí en el palacio. Dice que tenemos que comunicarle al general Harris que evite la muralla del oeste. Nada más, sólo eso.

Lawford miró fijamente a Sharpe y luego volvió la mirada al otro lado de aquel ángulo de las murallas de la ciudad, hacia las defensas del oeste, pero no pudo ver nada que pareciera extraño o sospechoso.

—Será mejor que dejes de llamarme señor —dijo—. ¿Estás seguro de lo que te dijo?

—Lo repitió dos veces. Eviten la muralla del oeste.

Un bramido proveniente del gablete más próximo hizo que se volvieran. Rothiére señalaba hacia el sur, indicando a los dos ingleses que miraran en aquella dirección, que era lo que se suponía que debían hacer en vez de estar allí con la boca abierta como palurdos de cara al oeste. Sharpe fijó la vista hacia el sur obedientemente, aunque no se veía nada más que algunas mujeres transportando bultos sobre sus cabezas y un delgado niño desnudo que guiaba a unas cuantas reses escuálidas a lo largo de la orilla del río. En aquellos momentos su deber, pensó Sharpe, era escapar de aquel lugar y regresar al ejército británico, pero, ¿cómo demonios iba a hacerlo? Si saltaba el muro en ese momento, consideró, tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de romperse una pierna, e incluso si sobrevivía al salto no haría otra cosa que ir a parar a la zanja del glacis, y si conseguía atravesar el glacis simplemente

llegaría al campamento militar que estaba sólidamente construido alrededor de las murallas del sur y del este, y si era lo bastante afortunado como para escapar de los cientos de soldados que le perseguirían, aún tendría que cruzar el río, y mientras tanto todos los cañones de las murallas del campamento empezarían a martillar tras sus pasos, y en cuanto hubiese cruzado el río, si es que lo conseguía, los lanceros del Tippoo estarían esperándole en la otra orilla. La absoluta imposibilidad de escapar de la ciudad lo hizo sonreír.

—¡Sabe Dios cómo saldremos de aquí! —le dijo a Lawford.

—¿Quizá por la noche? —sugirió Lawford vagamente.

—Si es que alguna vez nos dejan montar guardia por la noche —replicó Sharpe con recelo. Pensó en Mary: ¿podría dejarla en la ciudad?

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó Lawford.

—Lo que siempre hacemos en el ejército —repuso Sharpe estoicamente—, apresurarnos y no hacer nada. Esperar la oportunidad. Llegará, ya llegará. Y mientras tanto, tal vez podamos descubrir qué están haciendo estos diablos al oeste de la ciudad, ¿eh?

Lawford se estremeció.

—Me alegro de haberte traído, Sharpe.

—¿Ah sí? —Sharpe sonrió ante aquel cumplido—. Te diré cuándo me alegraré yo. C'uando me laves de vuelta al ejército.

Y, de pronto, tras haberse pasado semanas pensando en desertar, Sharpe se dio cuenta de que lo que acababa de decir era cierto. Quería volver al ejército y se sorprendió al tomar conciencia de ello. El ejército había aburrido a Richard Sharpe, y luego había hecho todo lo posible para desmoralizarlo. Incluso lo habían azotado, pero en aquellos momentos, mientras estaba allí en las almenas de Seringapatam, echó de menos el ejército.

Porque en el fondo, tal como Richard Sharpe había descubierto por sí mismo, era un soldado.

6

Los ejércitos de Gran Bretaña y Hyderabad llegaron a Seringapatam al cabo de cuatro días. El primer indicio de su llegada fue una nube de polvo que se hacía más espesa, se elevaba y no dejaba ver el horizonte por el este, una enorme niebla de polvo que levantaban miles de pezuñas, botas y ruedas. Los dos ejércitos habían cruzado el río por el lugar más alejado del este de la ciudad y en aquellos momentos se encontraban en la ribera sur del mismo. Sharpe trepó junto con el resto de los hombres de Gudin a la banqueta de los tiradores situada sobre la puerta Mysore para ver aparecer en la distancia a las primeras patrullas de la caballería británica. Un torrente de lanceros atravesó la puerta con un estrépito de cascos para desafiar a los invasores. Los hombres del Tippoo cabalgaron con banderines de color verde y escarlata en los extremos de sus lanzas y bajo estandartes de seda en los que se veía el sol dorado bordado sobre un campo escarlata. En cuanto los lanceros pasaron por la puerta, una sucesión de carros pintados tirados por bueyes entraron en la ciudad en medio de chirridos y crujidos, todos ellos cargados con arroz, grano o alubias. En el interior de Seringapatam había agua en abundancia, puesto que no tan sólo pasaba el río Cauvery entre dos de las murallas, sino que además cada calle tenía su propio pozo, y el Tippoo se estaba asegurando entonces de que los graneros estuvieran llenos a rebosar. Los polvorines de la ciudad ya estaban abarrotados de munición. Había cañones en todas las troneras y, al otro lado de los muros, la artillería de repuesto esperaba para reemplazar a cualquier pieza que quedara desmontada. Era la primera vez que Sharpe veía tantos cañones juntos. El sultán Tippoo tenía una enorme confianza en la artillería y había reunido cañones de muy diversos tipos. Había cañones enmascarados bajo el aspecto de tigres agazapados, cañones cincelados con fluidos caracteres arábigos y cañones traídos de Francia, algunos de los cuales todavía tenían el antiguo símbolo borbónico grabado junto a sus fogones. Había cañones enormes con tubos de más de seis metros de largo que disparaban balas de piedra de casi veinticinco kilos de peso y cañones pequeños, apenas más largos que un mosquete, que lanzaban trozos separados de metralla. El Tippoo tenía intención de enfrentarse a cualquier ataque británico con una potente descarga de fuego de cañón.

Y no tan sólo fuego de cañón, porque mientras los dos ejércitos enemigos se iban acercando a la ciudad, los soldados encargados de los misiles llevaron sus extrañas armas hasta las banquetas de los tiradores. Era la primera vez que Sharpe veía misiles y se quedó mirando boquiabierto cómo amontonaban los proyectiles contra los parapetos. Eran unos tubos de hierro de unos diez o doce centímetros de ancho y de cerca de un metro y medio de largo que se sujetaban mediante correas a una caña de bambú más alta que una persona. Cada uno de los cilindros de hierro tenía un burdo cono de estaño en la punta y dentro del cono había o bien un pequeño proyectil sólido

o bien una carga explosiva que se inflamaba con la pólvora propulsora del propio cohete. Los misiles se disparaban encendiendo un trozo de papel retorcido que sobresalía de la base de los cilindros de hierro. Habían envuelto en papel algunos de los tubos de los misiles, y en él habían pintado tigres que rugían o versos del Corán.

—En Irlanda hay un hombre que está trabajando en un arma similar —le contó Lawford a Sharpe—, aunque no creo que él ponga tigres en sus cabezas de misil.

—¿Cómo apuntas esas malditas cosas? —preguntó Sharpe. Algunos de los misiles ya estaban colocados y listos para disparar, pero no había ningún tubo de cañón para dirigirlos, sino que simplemente fueron situados en el parapeto señalando aproximadamente en dirección al enemigo.

—No los apuntas exactamente —dijo Lawford—, al menos eso creo. Sólo se colocan en la dirección correcta y se disparan. Tienen fama de imprecisos —añadió—, al menos espero que lo sean.

—Muy pronto lo comprobaremos —dijo Sharpe al tiempo que otra carretilla cargada con los extraños proyectiles era empujada por la rampa hasta la banqueta.

Sharpe tenía muchas ganas de ver cómo se disparaban los cohetes, pero entonces se hizo evidente que los ejércitos británico y de Hyderabad no se estaban acercando directamente a la ciudad y, por consiguiente, poniéndose a tiro, sino que tenían planeado rodear todo el margen sur de Seringapatam. El avance de los dos ejércitos era terriblemente lento. Habían aparecido al despuntar el día, pero al anochecer todavía no habían completado su media vuelta a la isla en la que se hallaba Seringapatam. Una multitud de espectadores acudieron en masa a las murallas de la ciudad para observar el enorme despliegue de rebaños, batallones, escuadrones de caballería, cañones, civiles y carretas que inundaba el paisaje del sur. El polvo rodeaba a los ejércitos como si de niebla inglesa se tratara. De vez en cuando la niebla se hacía más espesa cuando algún grupo de lanceros del Tippoo atacaba un punto vulnerable, pero en todas las ocasiones los lanceros se enfrentaban con un contraataque de caballería aliada y los cascos de los caballos levantaban más polvo mientras los jinetes cargaban, entrechocaban sus armas, se rodeaban y combatían. Uno de los lanceros regresó cabalgando a la ciudad con un sombrero de soldado de caballería británico que sostenía en alto sobre la punta de su lanza, y los soldados que había en las murallas aclamaron su regreso, pero poco a poco el mayor número de caballería aliada se impuso y los gritos de entusiasmo se fueron apagando a medida que un número cada vez mayor de jinetes del Tippoo regresaban heridos cruzando con un chapoteo el vado del río Cauvery Sur. Después de ahuyentar a la caballería del Tippoo, algunas tropas enemigas se aventuraron a acercarse a la ciudad. Unos pequeños grupos de oficiales hicieron trotar sus caballos hacia el río para poder examinar las murallas de la ciudad, y fue uno de aquellos grupos el que motivó el primer disparo de misil.

Sharpe observó fascinado cómo un oficial daba la vuelta a una de aquellas largas armas para colocarla sobre el extremo plano del parapeto, de manera que su puntiagudo cono de estaño apuntara directamente hacia el grupo de jinetes más próximo. El lanzador esperó junto a su oficial al tiempo que balanceaba un trozo de mecha de combustión lenta para que el extremo que ardía no se apagara. El oficial jugueteó con la alineación del misil y cuando por fin estuvo satisfecho retrocedió y le hizo una señal con la cabeza al soldado encargado de lanzar, el cual esbozó una sonrisa y aplicó su mecha de combustión lenta al trozo de papel retorcido situado en la base del misil.

Sharpe se imaginó que el papel que hacía de espoleta había sido mojado en agua con pólvora diluida y luego dejado secar, porque inmediatamente prendió el reluciente fuego que consumió rápidamente la mecha en tanto que el soldado encargado de disparar se apresuraba a apartarse. El brillante rastro desapareció en el interior del cilindro de hierro, hubo un segundo de silencio y el misil empezó a agitarse cuando bruscamente una brillante llama se atoró y chisporroteó por la base del tubo. La sacudida de la carga de pólvora inflamada dejó mal alineado el pesado misil, pero ya no había ocasión de corregir la trayectoria del arma, puesto que un chorro de llamas salía despedido del cilindro con la suficiente violencia como para chamuscar la vibrante caña de bambú, y entonces, de forma totalmente repentina, la refulgente llama alcanzó estrepitosamente una intensidad semejante a la de un horno con un ruido igual al de una enorme cascada, sólo que en lugar de agua se trataba de chispas y humo que salieron a borbotones cuando el misil empezó a moverse. Tembló por un instante, avanzó tres o cuatro centímetros rozando el parapeto y entonces aceleró bruscamente y salió disparado dejando una espesa nube de humo y una marca de quemadura superficial en la parte superior del parapeto. Durante unos pocos segundos pareció que el proyectil tuviera dificultades para permanecer en el aire, ya que la larga cola chamuscada se bamboleaba al tiempo que el tubo encendido luchaba contra la gravedad y en tanto que el rastro de humo trazaba una torcida espiral por encima de la zanja que había al pie de la muralla, pero al final fue adquiriendo velocidad y cruzó rápidamente el glacis, el campamento y el río. Iba arrojando una estela de chispas, fuego y humo mientras volaba y luego, cuando la carga de pólvora empezó a agotarse, el proyectil empezó a descender hacia el suelo. Por debajo del misil, el grupo de jinetes había plegado sus catalejos y huía en todas direcciones mientras aquel demonio con cola de fuego surgía del cielo con un agudo silbido. El proyectil cayó al suelo, rebotó, rodó y luego explotó con un pequeño chasquido, un estallido de llamas y una blanca humareda. Ninguno de los jinetes había sido alcanzado, pero su pánico deleitó a los hombres del Tippoo que se hallaban en los bastiones y que dedicaron una ovación al soldado que había disparado. Sharpe gritó con ellos. Un poco más arriba del muro un cañón disparó contra un segundo grupo de

jinetes. La nube de humo del cañón atravesó el campamento por debajo de las murallas, la fuerte descarga cruzó el río con un silbido y destripó a un caballo a unos ochocientos metros de distancia, pero nadie vitoreó a los artilleros. Los cañones no eran tan espectaculares como los misiles.

—Posee miles de esas malditas cosas —le dijo Sharpe a Lawford al tiempo que señalaba un montón de cohetes.

—La verdad es que no son muy precisos —comentó Lawford con pedante desaprobación.

—Pero disparan de forma totalmente repentina y no sabrías si estás en este mundo o en el otro. No me gustaría estar en el extremo equivocado de una docena de cosas de éstas.

Tras ellos, desde uno de los altos minaretes blancos de la nueva mezquita de la ciudad, el almuédano salmodiaba el llamamiento a la oración de la tarde y los artilleros musulmanes se apresuraron a desenrollar las pequeñas esteras que utilizaban para orar y a colocarse hacia el oeste de cara a la Meca. Sharpe y Lawford también miraron hacia el oeste, no por respeto a la religión del Tippoo, sino porque la vanguardia de la caballería británica e india exploraba el llano terreno al otro lado del Cauvery Sur, que era perfectamente visible desde lo alto de la puerta Mysore. El cuerpo principal de los dos ejércitos estaba acampando a una distancia considerable al sur de la ciudad, pero los jinetes se habían adelantado para reconocer el territorio oriental y poder preparar así la corta marcha del día siguiente. Sharpe pudo incluso distinguir a los oficiales que medían los pasos de distancia y marcaban los lugares donde los *lascars* montarían las tiendas de los oficiales. Al parecer, el general Harris había decidido atacar por el oeste, el único lado por el que McCandless había advertido que no lo hicieran.

—¡Pobres idiotas! —dijo Sharpe, aunque ni él ni Lawford sabían aún cuál era el peligro que encerraban las defensas orientales. Tampoco habían tenido la menor oportunidad de escapar de la ciudad. Nunca los dejaban sin vigilancia, no les permitían hacer guardia de noche, y Sharpe sabía que incluso el más mínimo intento de abandonar la ciudad les conduciría a una muerte inmediata, aunque por lo demás no los habían tratado mal. Sus nuevos compañeros los habían aceptado bastante bien, pero Sharpe notaba cierta reserva e imaginaba que hasta que él y Lawford no demostraran ser dignos de confianza siempre existiría un trasfondo de recelo.

—No es que no se fíen de vosotros —les había explicado Henry Hickson en su primera noche—, pero hasta que no les vean disparar unas cuantas balas contra sus antiguos compañeros no sabrán realmente si están de su lado. —Hickson cosía la deshilachada punta del dedil de cuero con el que se protegía la mano cuando se limpiaba un cañón. El artillero tenía que bloquear el fogón de forma que la baqueta no provocara que una bocanada de aire fresco entrara en el tubo y prendiera cualquier

ápice de pólvora que quedara, y el viejo y ennegrecido dedil de Hickson ponía de manifiesto el tiempo que hacía que era artillero—. Me lo dieron en América —dijo Hickson al tiempo que blandía aquel viejo pedazo de cuero—. Una niña lo cosió para mí en Charleston. Era una personita encantadora.

—¿Cuánto hace que está en la artillería? —le había preguntado Lawford al canoso Hickson.

—Toda una maldita vida, Bill. Me alisté en el año setenta y seis. —Hickson se rió—. ¡Por el rey y por la patria! Conque id y salvad las colonias, ¿eh? Lo único que hice fue marchar arriba y abajo como un cordero extraviado y tan sólo disparé una docena de veces. Tenía que haberme quedado allí, ¿no es cierto?, cuando nos echaron, pero fui idiota y no lo hice. Fui a Gibraltar, estuve un par de años lustrando cañones y luego me destinaron aquí.

—¿Y por qué te escapaste? —quiso saber Lawford.

—Por dinero, por supuesto. Puede que el Tippoo sea un negro cabrón pagano, pero les paga bien a los artilleros. Si es que paga alguna vez, por supuesto, lo cual no es algo precisamente frecuente, pero de todas formas no me puedo quejar de cómo me ha tratado. Y si me hubiese quedado en la artillería no hubiera conocido a Suni, ¿no es verdad? —Había sacudido su calloso pulgar en dirección a su mujer india, que estaba haciendo la cena con las esposas de los demás soldados.

—¿No te preocupa que te vuelvan a capturar? —le preguntó Lawford.

—¡Pues claro que me preocupa, maldita sea! ¡Todo el puñetero tiempo! —Hickson se acercó el dedil al ojo derecho y lo sostuvo en esa posición para valorar la pulcritud de sus puntadas—. ¡Por Dios, Bill! No quiero que me coloquen contra un condenado poste con una docena de cabrones apuntándome con los cañones de sus mosquetes. Quiero morir en la cama de Suni. —Sonrió—. Haces unas preguntas de lo más estúpidas, Bill, pero ¿qué se puede esperar de un puñetero administrativo? Tanto leer y escribir no le hace ningún bien a uno, amigo. —Había sacudido la cabeza como si desesperara de que Lawford conociera alguna vez el sentido común. Al igual que todos los demás soldados de Gudin, Hickson recelaba más de Lawford que de Sharpe. Todos ellos comprendían a Sharpe porque era uno de ellos y era bueno en su oficio, pero estaba claro que Lawford los incomodaba. Lo atribuían a que provenía de una familia acomodada a la que las cosas le habían empezado a ir mal y, en tanto que se mostraban comprensivos por aquella desgracia, no obstante esperaban de él que sacara el máximo provecho de la situación. En el pequeño batallón de Gudin había otros que despreciaban a Lawford por su torpeza con las armas, pero Sharpe era su amigo y hasta entonces nadie había querido arriesgarse a contrariar a Sharpe pinchando a Lawford.

Sharpe y Lawford observaron cómo los ejércitos invasores levantaban su campamento al sur de la ciudad, bien alejados del alcance de los cañones. Linos

cuantos soldados de la caballería de Mysore seguían rodeando a los ejércitos aguardando una oportunidad para atrapar a algún fugitivo, pero en aquellos momentos la mayoría de los hombres del Tippoo estaban de vuelta en la isla donde se asentaba la ciudad. En ésta había un murmullo de agitación, casi un alivio de que el enemigo estuviera a la vista y de que la espera hubiese terminado al fin. También existía un sentimiento de confianza, porque aunque la horda enemiga parecía enorme, el Tippoo disponía de unas defensas formidables y de muchos soldados. Sharpe no detectó ninguna falta de entusiasmo entre las tropas hindúes. Lawford le había contado que existía cierta animadversión entre ellas y los musulmanes, pero aquella tarde, mientras los hombres del Tippoo colgaban más estandartes desafiantes por encima de los muros encalados, la ciudad parecía estar unida en su desafío.

El sargento Rothière les gritó a Sharpe y Lawford desde el muro interior de la puerta Mysore al tiempo que señalaba al enorme bastión que había en la esquina sudeste de la ciudad.

—El coronel Gudin nos llama —le tradujo Lawford a Sharpe.

—*Vite!* —bramó Rothière.

—Vamos —dijo Lawford, nervioso.

Los dos hombres se abrieron paso entre los espectadores apiñados en los parapetos hasta que encontraron al coronel Gudin en un gablete que sobresalía en el lado sur del enorme bastión cuadrado.

—¿Cómo va su espalda? —le preguntó el francés a Sharpe a modo de saludo.

—Se está curando de maravilla, señor.

Gudin sonrió, complacido ante aquella noticia.

—Eso es por la medicina india, Sharpe. Si algún día regreso a Francia tengo pensado llevarme a un doctor nativo conmigo. Son mucho mejores que los nuestros. Lo único que hace un médico francés es sangrarte hasta dejarte seco y luego consolar a tu viuda. —El coronel se dio la vuelta y señaló en dirección sur hacia el otro lado del río—. Sus antiguos amigos —dijo, indicando el lugar donde las caballerías británica e india exploraban el terreno situado entre el campamento del ejército y la ciudad. La mayoría permanecía bien alejada del alcance de los cañones de Seringapatam, pero unos cuantos más valientes se estaban acercando al galope a la ciudad, bien para inducir a la caballería del Tippoo a que saliera y se atreviera a enzarzarse en combate singular o bien para provocar a los artilleros apostados en las murallas de la capital. Un grupo especialmente extravagante lanzaba gritos en dirección a la ciudad e incluso agitaban las manos, como invitando a los cañones a disparar, y de vez en cuando tronaba un cañón o un proyectil cruzaba el río silbando, aunque de alguna manera los burlones soldados de caballería siempre resultaban ilesos—. Nos están distrayendo —explicó Gudin—, desviando nuestra atención de otros. Allí, ¿lo ven? En los arbustos. Junto a la cisterna. —Señalaba hacia el otro lado

del río—. Allí hay algunos exploradores. A pie. Tratan de ver qué defensas tenemos cerca del río. ¿Los ven? Miren a los arbustos bajo las dos palmeras.

Sharpe miró fijamente pero no vio nada.

—¿Quiere que vayamos a atraparlos, señor? —se ofreció.

—Quiero que les disparen —dijo Gudin.

Los arbustos situados bajo las palmeras gemelas se hallaban a casi cuatrocientos metros de distancia.

—Demasiado lejos para un mosquete, señor —dijo Sharpe con recelo.

—Entonces pruebe con esto —replicó Gudin, y le entregó un fusil. Debía de ser una de las propias armas del Tippoo, porque tenía la culata decorada con marfil, la llave con forma de cabeza de tigre estaba cincelada en oro y el cañón grabado con escritura arábiga.

Sharpe tomó el arma y la sopesó.

—Puede que sea preciosa, señor —dijo—, pero todas sus filigranas externas no harán que sea más precisa que esta sencilla antigualla. —Le dio unos golpecitos a su pesado mosquete francés.

—Se equivoca —replicó Gudin—. Esto es un rifle.

—¡Un rifle! —Sharpe había oído hablar de ese tipo de armas, pero nunca había manejado una, y miró entonces por la boca y vio que, en efecto, el cañón tenía grabadas una serie de muescas en espiral. Se decía que las muescas hacían girar la bala, lo cual daba como resultado que de alguna manera un rifle fuera mucho más preciso que un mosquete de ánima lisa. No tenía ni idea de por qué sucedía eso, pero todas las personas con las que había hablado acerca de los rifles habían jurado que era cierto—. Aun así —dijo con desconfianza—, ¿casi cuatrocientos metros? Es mucha distancia para una bala, señor, aunque gire.

—Este rifle puede matar a una distancia de cuatrocientos pasos, Sharpe —afirmó Gudin con seguridad—. Por cierto, está cargado —añadió el coronel, y Sharpe, que había vuelto a mirar por la boca del cañón, se echó atrás de golpe. Gudin se rió—. Cargado con la mejor de las pólvoras y con la bala envuelta en cuero engrasado. Quiero comprobar lo buen tirador que es.

—No, no se trata de eso, señor —dijo Sharpe—, usted quiere ver si estoy dispuesto a matar a mis propios compatriotas.

—Eso también, por supuesto —reconoció Gudin tranquilamente, y soltó una carcajada al ver descubierta su pequeña estratagema—. Desde esta distancia debería apuntar un metro y medio o dos por encima de su objetivo. Tengo otro rifle para usted, Lawford, pero no creo que podamos esperar que un administrativo sea igual de certero que un tirador como Sharpe.

—Lo haré lo mejor que pueda, señor —dijo Lawford, y tomó el segundo rifle que le ofrecía Gudin. Lawford tal vez fuera torpe a la hora de cargar un fusil, pero era un

experto tirador en los campos de caza y llevaba disparando armas estriadas para cazar aves desde que tenía ocho años.

—A algunos hombres se les hace difícil disparar contra sus antiguos compañeros —le dijo Gudin a Lawford en tono suave—, y quiero asegurarme de que ustedes no están entre ellos.

—Esperemos que los cabrones sean oficiales —comentó Sharpe—, con perdón, señor.

—¡Allí están! —exclamó Gudin y, efectivamente, junto a la cisterna situada bajo las dos palmeras al otro lado del río había un par de casacas rojas. Estaban inspeccionando la ciudad mediante unos catalejos. Sus caballos estaban atados a unos postes detrás de ellos.

Sharpe se arrodilló en una tronera. Su instinto le decía que la distancia era excesiva para cualquier arma de fuego, pero había oído hablar del milagro de los rifles y tenía curiosidad por ver si los rumores eran ciertos.

—Tú quédate con el de la izquierda, Bill —dijo—, y dispara justo después de que yo lo haga. —Le echó una mirada a Gudin y vio que el coronel se había desplazado unos pasos por el gablete para ver el efecto de los disparos desde un lugar donde el humo de los rifles no empañara la lente de su catalejo—. Y apunta bien, Bill —le dijo Sharpe en voz baja—. Probablemente no sean más que malditos soldados de caballería, así que ¿a quién le importa si les metemos un par de bolas de plomo en el cuerpo? —Se puso en cuclillas tras el rifle y alineó su bien definida mira, la cual imponía mucho más que el rudimentario saliente que servía de punto de mira en un mosquete. Uno podía situarse a quince metros de distancia frente a un mosquete bien apuntado y seguir teniendo muchas posibilidades de salir ileso, pero la delicadeza de la mira del rifle parecía confirmar lo que todo el mundo le había contado a Sharpe. Era un arma mortal de largo alcance.

Se afirmó en su posición manteniendo el punto de mira alineado con los distantes soldados, luego alzó ligeramente el cañón de manera que la boca ocultara su objetivo pero proporcionara la trayectoria adecuada al proyectil. No había mucho viento que digamos, así que no hacía falta que lo compensara al apuntar. Nunca había disparado un rifle, pero la verdad es que era una cuestión de sentido común. Tampoco estaba demasiado preocupado por matar a uno de su propio bando. Era una triste necesidad, algo que era necesario hacer si quería ganarse la confianza de Gudin y con ella la libertad que pudiera permitirle escapar de la ciudad. Tomó aire, lo expiró a medias y luego apretó el gatillo. El rifle le golpeó el hombro con un retroceso mucho más fuerte que el de un mosquete común y corriente. Lawford disparó medio segundo después y el humo de su arma se unió a la densa nube despedida por el rifle de Sharpe.

—¡Gana el administrativo! —exclamó Gudin, asombrado. Bajó el catalejo—. Su

disparo pasó a unos quince centímetros por encima de la cabeza del individuo, Sharpe, pero creo que usted mató a su hombre, Lawford. ¡Bien hecho! ¡Bien hecho, sí señor!

Lawford se ruborizó, pero no dijo nada. Tenía un aspecto muy preocupado y Gudin achacó su evidente confusión a una innata timidez.

—¿Es el primer soldado que mata? —le preguntó con delicadeza.

—Sí, señor —respondió Lawford, lo cual era absolutamente cierto.

—Merece ser algo más que un administrativo. Bien hecho. Lo han hecho muy bien los dos. —Les cogió los rifles y se rió ante la atribulada expresión de Sharpe—. ¿Esperaba hacerlo mejor, Sharpe?

—Sí, señor.

—Lo hará. Fallar por quince centímetros a esa distancia es un muy buen tiro. Muy bueno. —Gudin se volvió para observar cómo el casaca roja ileso arrastraba a su compañero hacia los caballos—. Pienso que tal vez —siguió diciendo Gudin— tenga usted un talento natural. Lawford. Le felicito. —El coronel rebuscó en su bolsa y sacó un puñado de monedas—. Un anticipo de sus atrasos de la paga. ¡Bien hecho! ¡Y ahora váyanse!

Sharpe echó un vistazo hacia atrás con la esperanza de ver qué maldades albergaban las murallas del oeste, pero no vio nada extraño, así que se giró y descendió por la rampa detrás de Lawford. Este temblaba.

—¡No tenía intención de matarlo! —dijo el teniente cuando Gudin ya no podía oírle.

—Yo sí —replicó Sharpe entre dientes.

—¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¡Estaba apuntando hacia la izquierda!

—No seas estúpido —dijo Sharpe—, lo que has hecho nos ha conseguido la libertad. Lo hiciste puñeteramente bien. —Arrastró a Lawford hacia una taberna.

Puede que el Tippoo fuera musulmán, y que los musulmanes predicaran una extraordinaria aversión por el alcohol, pero gran parte de la ciudad era hindú y el Tippoo fue lo bastante sensato como para dejar las tabernas abiertas. Aquélla, situada cerca de los barracones de Gudin, era una gran estancia, abierta a la calle, con una docena de mesas donde los ancianos jugaban al ajedrez y los jóvenes alardeaban de la matanza que iban a infligir a los sitiadores. La tabernera, una mujer grandota de dura mirada, vendía varias bebidas extrañas: vino y *arrack* principalmente, pero también tenía una cerveza de sabor chocante. Sharpe aún no hablaba apenas una sola palabra del idioma local, pero señaló el barril de *arrack* y levantó dos dedos. Ahora que tanto él como Lawford iban vestidos con las túnicas de listas atigradas y llevaban mosquetes no llamaban la atención en la ciudad y no suscitaban hostilidades.

—Ten —puso el *arrack* delante de Lawford—. Bébetelo.

Lawford se lo bebió de un solo trago.

—Es la primera persona que he matado —dijo al tiempo que parpadeaba debido a lo fuerte que era el licor.

—¿Y eso te preocupa?

—¡Pues claro que me preocupa! ¡Era británico!

—No se puede llevar el gato al agua sin armar algo de alboroto —dijo Sharpe para consolarlo.

—¡Dios! —exclamó Lawford, enojado.

Sharpe vertió la mitad de su licor en el vaso de Lawford y luego le hizo señas a una de las chicas que servían y que iba dando vueltas alrededor de las mesas llenando los vasos.

—Tenía que hacerlo —dijo.

—Si hubiera fallado, como tú —replicó Lawford, compungido—, Gudin hubiera quedado igual de impresionado. El tuyo fue un buen disparo.

—Yo pretendía matar a ese tipo.

—¿En serio? —Lawford se escandalizó.

—¡Por Dios, Bill! ¡Tenemos que convencer a estos cabrones! —Sharpe sonrió mientras la chica servía más licor, luego dejó de propina un puñado de pequeñas monedas de cobre en un cuenco de madera que había encima de la mesa. Había otro cuenco que contenía una extraña especia que los demás bebedores mordisqueaban entre sorbo y sorbo, pero a Sharpe le pareció que aquella cosa tenía un sabor demasiado acre. En cuanto la muchacha se alejó, miró al preocupado teniente—. ¿Creías que iba a resultar fácil?

Lawford se quedó callado unos segundos y luego se encogió de hombros.

—En realidad pensé que sería imposible.

—¿Por qué viniste entonces?

Lawford sostuvo el vaso con las dos manos y clavó la mirada en Sharpe, como si estuviera considerando si responderle o no.

—Para alejarme de Morris —confesó finalmente—, y por lo emocionante del asunto.

Pareció avergonzarse de admitir tal cosa.

—Morris es un hijo de puta —dijo Sharpe con mucho sentimiento.

Lawford frunció el ceño ante aquel dictamen.

—Está aburrido —dijo en tono censor, y desvió la conversación lejos del terreno de las críticas a un oficial superior—. Y también vine por el agradecimiento que le debo a mi tío.

—¿Y porque así se haría notar?

Lawford levantó la mirada con cierta sorpresa en su rostro, luego asintió con la cabeza.

—Por eso también.

—Igual que yo, entonces —dijo Sharpe—. Exactamente igual que yo. Salvo que hasta que el general dijo que tú venías conmigo yo ya casi estaba decidido a escapar.

Lawford se asombró de aquella afirmación.

—¿De verdad querías desertar?

—¡Por el amor de Dios! ¿Cómo crees que lo pasa uno en las tropas bajo las órdenes de un oficial como Morris y un sargento como Hakeswill? Esos cabrones creen que no somos más que maldito ganado, pero no lo somos. La mayoría de nosotros queremos hacer un buen trabajo. Tal vez no demasiado bueno. Queremos un poco de dinero y una *bibbi* de vez en cuando, pero no nos gusta que nos azoten. Y podemos combatir como el mismísimo diablo. Si vosotros, cabrones, empezaraís a confiar en nosotros en vez de tratarnos como al enemigo, quedaríais puñeteramente sorprendidos de lo que somos capaces de hacer.

Lawford no dijo nada.

—Tenéis a buenos soldados en la compañía —insistió Sharpe—. Tom Garrard es mejor soldado que la mitad de los oficiales del batallón, pero vosotros ni siquiera os dais cuenta de que existe. Si uno no sabe leer y no habla como un maldito niño del coro de la iglesia, ya creéis que no es digno de confianza.

—El ejército está cambiando —dijo Lawford a la defensiva.

—¡Y un cuerno! ¿Por qué nos obligan a empolvarnos el cabello como si fuésemos mujeres? ¿O llevar esa condenada gorguera?

—Cambiar requiere su tiempo —replicó Lawford con voz débil.

—¡Demasiado tiempo, maldita sea! —exclamó Sharpe con fervor, luego se apoyó contra la pared y miró a las chicas que estaban cocinando en el otro extremo de la taberna. Se preguntó si serían prostitutas. Hickson y Blake le habían dicho que sabían dónde estaban las mejores putas; entonces se acordó de Mary y de pronto se sintió culpable. No la había visto desde que llegaron a Seringapatam, pero tampoco podía decirse que hubiese pensado mucho en ella. A decir verdad se lo estaba pasando demasiado bien allí; la comida era buena, el alcohol barato y la compañía aceptable, y a todo ello se sumaba el emocionante toque picante que proporcionaba el peligro—. Después de esa genial demostración de buena puntería —animó a Lawford— vamos a estar bien. Tendremos una oportunidad de salir de aquí.

—¿Y qué pasa con la señora Bickerstaff? —preguntó Lawford.

—Precisamente estaba pensando en ella. Y tal vez tuvieras razón. Quizá no debería haberla traído. Pero tampoco podía dejarla con el ejército, ¿no? No cuando Hakeswill planeaba venderla a un *kin*.

—¿Un *Kin*?

—Un proxeneta.

—¿De verdad pensaba hacer eso? —cuestionó Lawford.

—El y Morris. Estaban juntos en el asunto. Eso fue lo que me dijo el maldito

Hakeswill la noche que consiguió que le pegara. Y Morris estaba allí con ese pedazo de cabrón de Hicks esperando a que lo hiciera. Fui un maldito estúpido al caer en la trampa, pero así son las cosas.

—¿Puedes demostrarlo?

—¡Demostrarlo! —exclamó Sharpe burlescamente—. Pues claro que no puedo demostrarlo, pero es la verdad. —Exhaló un suspiro compungido—. ¿Qué voy a hacer con Mary?

—Llévartela contigo, por supuesto —contestó Lawford con tono adusto.

—Puede que no tengamos ocasión de hacerlo —replicó Sharpe.

Lawford se lo quedó mirando fijamente unos segundos.

—Por Dios que eres implacable —dijo finalmente.

—Soy un soldado. Ya encaja —dijo Sharpe con orgullo, pero no se sentía orgulloso, simplemente rebelde. ¿Qué iba a hacer con Mary? ¿Y dónde estaba ella? Se bebió el resto del *arrack* y dio una palmada para que le trajeran más—. ¿Quieres encontrar una *bibbi* para esta noche? —le preguntó a Lawford.

—¿Una prostituta? —preguntó éste, horrorizado.

—No creo que una mujer respetable nos vaya a servir de mucho. A menos que quieras un poco de educada conversación.

Lawford miró horrorizado a Sharpe.

—Lo que tenemos que hacer —dijo el teniente en voz baja— es encontrar a ese tal Ravi Shekhar. Tal vez tenga una manera de poder llevar información fuera de la ciudad.

—¿Y cómo diablos se supone que vamos a encontrarle? —inquirió Sharpe en tono desafiante—. No podemos deambular por las calles preguntando por ese tipo en inglés. ¡Nadie entenderá qué demonios estamos haciendo! Cuando veamos a Mary le pediré que lo busque. —Sonrió—. ¡A la mierda Shekhar! ¿Qué tal una *bibbi* en su lugar?

—Quizá lea un poco.

—Tú eliges —dijo Sharpe de manera despreocupada.

Lawford vaciló a la vez que su rostro se ruborizaba.

—Es que he visto a hombres con sífilis —explicó.

—¡Jesús! También has visto a otros vomitar y no por eso dejas de beber. Además, no te preocupes por la sífilis. Dios nos dio el mercurio para eso. Funcionó con el maldito Hakeswill, ¿no es cierto? Aunque Dios sabe por qué. Por otra parte, Harry Hickson dice que conoce a algunas chicas limpias, pero claro, ellas siempre dicen lo mismo. De todos modos, si quieres estropear la vista leyendo la Biblia, adelante, pero no habrá mercurio que te devuelva la visión.

Lawford se quedó callado unos segundos.

—Puede que vaya contigo —dijo al final tímidamente, con la mirada clavada en

la mesa.

—¿Para saber cómo vive la otra mitad? —preguntó Sharpe con una sonrisa burlona.

—Algo parecido —masculló Lawford.

—Bastante bien, ya te lo digo yo. Con un poco de dinero y un buen par de cuñas podemos vivir como reyes. Ésta será la última copa, ¿eh? No queremos bajar la guardia, ¿no?

Lawford ya estaba entonces intensamente sonrojado.

—¿No le contarás nada de esto a nadie cuando volvamos, verdad?

—¿Yo? —Sharpe fingió asombro ante semejante ocurrencia—. Mis labios están sellados. Ni una palabra, te lo prometo.

A Lawford le preocupaba echar a perder su dignidad, pero no quería ganarse la desaprobación de Sharpe. El teniente empezaba a estar fascinado con la confianza que el joven tenía en sí mismo, envidiaba la manera en que Sharpe sorteaba instintivamente los obstáculos de un mundo malvado y ansiaba poder descubrir en sí mismo una capacidad natural semejante. Por un momento pensó en la Biblia que le esperaba en los barracones y en el consejo de su madre de que la leyera con diligencia, pero entonces decidió que se fueran al infierno las dos. Apuró su *arrack*, cogió su mosquete y siguió a Sharpe hacia la penumbra del anochecer.

Todas las casas de la ciudad estaban preparadas para el asedio. Los almacenes estaban llenos de comida y se habían escondido a toda prisa los objetos de valor por si los ejércitos enemigos atravesaban las murallas. Se cavaron agujeros en los jardines en los que se depositaron monedas y joyas, y en algunas de las casas más adineradas se ocultaron habitaciones enteras tras paredes falsas para que las mujeres pudieran esconderse cuando los invasores arrasaran las calles.

Mary ayudó a los miembros de la familia del general Appah Rao a prepararse para esa terrible experiencia. Se sentía culpable, no por provenir del ejército que imponía aquella amenaza de sufrimiento a la ciudad, sino porque sin esperárselo se había encontrado con que era feliz en la poblada casa de Rao.

Al principio, cuando el general Appah Rao la había separado de Sharpe, había tenido miedo, pero el general la había llevado a su propia casa y una vez allí le aseguró que se encontraba a salvo.

—Tenemos que lavarte —le dijo el general— y dejar que ese ojo se cure. —La trataba con dulzura pero con cierto grado de reserva que era producto de su desaliñado aspecto y su supuesta historia. El general no creía que Mary fuera la mejor adquisición para su casa, pero sabía inglés y Appah Rao era lo bastante sagaz como para considerar que un dominio de ese idioma sería una habilidad provechosa en el futuro de Mysore, y él tenía tres hijos que tendrían que sobrevivir en aquel futuro—.

Con el tiempo —Rao le dijo a Mary— podrás reunirte con tu hombre, pero es mejor que primero se adapte.

Pero entonces, tras una semana en casa del general, Mary no quería irse. Para empezar, la casa estaba llena de mujeres que se habían hecho cargo de ella y que la trataban con una amabilidad que la asombraba. La esposa del general, Lakshmi, era una mujer alta y regordeta con un cabello prematuramente gris y una risa contagiosa. Tenía dos hijas mayores solteras y, aunque había un montón de sirvientas, Mary se sorprendió al descubrir que Lakshmi y sus hijas compartían el trabajo de aquella enorme casa. No barrían ni sacaban agua —tales tareas estaban destinadas a los sirvientes de menor clase—, pero a Lakshmi le encantaba estar en la cocina, desde la que su risa inundaba el resto de la vivienda.

Había sido Lakshmi quien había reprendido a Mary por ir tan sucia, la había despojado de sus vestiduras occidentales, la había obligado a entrar en un baño y allí le desenredó y le lavó el pelo mugriento.

—Serías preciosa si te tomaras unas cuantas molestias —había dicho Lakshmi.

—No quería llamar la atención.

—Cuando una tiene mi edad, querida, va nadie te presta la más mínima atención, así que debes aprovechar todo lo que puedas mientras eres joven. ¿Dices que eres viuda?

—Era un inglés —respondió Mary, nerviosa, justificando con ello la ausencia de la marca del matrimonio en su frente y preocupada por si la mujer pensaba que debería haberse arrojado a la pira de su marido.

—Bueno, ahora eres una mujer libre, así que vamos a encarecerte.

Lakshmi se rió y entonces, con la ayuda de sus hijas, cepilló primero y peinó después el cabello de Mary, echándolo hacia atrás y recogíendoselo en un moño sobre la nuca. Una alegre criada trajo un montón de ropa y las mujeres le lanzaron unos *cholis*.

—Elige uno —dijo Lakshmi. El *choli* era una pequeña blusa que cubría los pechos, hombros y la parte superior de los brazos de Mary, pero que le dejaba al descubierto una buena parte de la espalda, y Mary seleccionó de forma instintiva el más pudoroso, pero Lakshmi no quiso ni oír hablar de ello.

—¡Luce esa hermosa piel pálida que tienes! —le dijo, y eligió un diminuto *choli* con un estampado de extravagantes espirales de flores color escarlata y hojas amarillas. Lakshmi tiró de las cortas mangas para ponerlas bien.

—Dime, ¿por qué te escapaste con esos dos hombres? —preguntó Lakshmi.

—Había un hombre en el ejército. Un mal hombre. Quería... —Mary se detuvo y se encogió de hombros—. Ya sabe.

—¡Soldados! —exclamó Lakshmi con desaprobación—. Pero los dos hombres con los que huiste, ¿te trataron bien?

—¡Oh, sí, sí! —De pronto Mary deseó la buena opinión de Lakshmi, y la opinión no iba a ser buena si ésta creía que Mary se había escapado del ejército con un amante—. Uno de ellos —mintió tímidamente— es mi hermanastro.

—¡Ah! —dijo Lakshmi como si entonces todo hubiese quedado aclarado. Su marido le había dicho que Mary había huido con su amante, pero Lakshmi decidió aceptar la versión de Mary—. ¿Y el otro?

—Es un amigo de mi hermano. —Mary se ruborizó ante aquella mentira, pero Lakshmi no pareció darse cuenta—. Ambos me estaban protegiendo —explicó Mary.

—Eso está bien. Eso está bien. Y ahora, esto. —Le tendió una enagua blanca en la que Mary metió las piernas. Lakshmi la apretó por detrás y luego empezó a buscar entre la pila de saris—. Verde —dijo—, ese color te quedará bien. —Y desplegó un enorme rollo de seda verde que tenía más de un metro de ancho y más de seis de largo—. ¿Sabes cómo se pone un sari? —le preguntó Lakshmi.

—Mi madre me enseñó.

—¿En Calcuta? —Lakshmi se desternilló de risa—. ¿Qué sabrán de saris en Calcuta? No son más que unos norteños mezquinos. Ven, déjame a mí. —Lakshmi envolvió con el primer trozo de sari la delgada cintura de Mary y lo sujetó firmemente a la pretina de la enagua, luego envolvió a la chica con un pedazo más grande, pero éste lo agitó hábilmente y lo dobló en pliegues, que volvió a asegurar con firmeza en la cinturilla de la enagua. Mary hubiera podido hacerlo ella misma sin ningún problema, pero Lakshmi disfrutaba tanto con la tarea que hubiese sido cruel impedir que la hiciera. Para cuando los pliegues estuvieron metidos va había utilizado más o menos la mitad de la tela del sari, el resto lo pasó por encima del hombro de Mary y luego tiró de la seda para que cayera en elegantes dobleces. Luego retrocedió unos pasos—. ¡Perfecto! Ahora ya puedes venir y ayudarnos en las cocinas. Quemaremos esas ropas viejas.

Por las mañanas Mary enseñaba inglés a los tres hijos pequeños del general. Eran unos niños inteligentes y aprendían con rapidez, por lo que las horas pasaban de una manera muy agradable. Por las tardes ayudaba en las tareas de la casa, pero a primera hora de la noche su trabajo consistía en encender las lámparas de aceite de toda la vivienda, y fue cuando realizaba esa labor que Mary se vio en compañía de Kunwar Singh, el cual, más o menos al mismo tiempo en que se encendían las lámparas, recorría la casa asegurándose de que los postigos estaban atrancados y las puertas exteriores cerradas con llave o vigiladas. Era el jefe de la escolta de Appah Rao, pero sus obligaciones estaban más relacionadas con la gente de la casa que con el general, que ya tenía suficientes soldados a su alrededor siempre que iba a la ciudad. Mary se enteró de que Kunwar Singh era un pariente lejano del general, pero había algo extrañamente triste en aquel hombre cuyos modales eran muy corteses, aunque también muy distantes.

—No hablamos de ello —le dijo Lakshmi a Mary una tarde que estaban las dos descascarando arroz.

—Lamento haberlo preguntado.

—Su padre cayó en desgracia, ¿sabes? —continuó diciendo Lakshmi con entusiasmo—. Así que la familia entera quedó deshonrada. El padre de Kunwar administraba algunas de nuestras tierras cerca de Sedasser, ¡y nos robó! ¡Nos robó! Y cuando se descubrió, en lugar de entregarse a la merced de mi marido se hizo bandolero. Los soldados del Tippoo al final lo atraparon y le cortaron la cabeza. ¡Pobre Kunwar! Es difícil olvidarse de semejante ignominia.

—¿Es peor deshonra que haberse casado con un inglés? —preguntó Mary con abatimiento, porque de alguna manera, en aquella animada casa, se sentía confusamente avergonzada. Ella misma era mitad inglesa, pero, con el abrumador afecto de Lakshmi, no dejaba de recordar a su madre, a la que su propia gente había rechazado por haberse casado con un inglés.

—¿Una deshonra? ¿Estar casada con un inglés? ¡Qué tonterías dices, muchacha! —dijo Lakshmi, y al día siguiente se encargó de mandar a Mary a que entregara un obsequio de comida al joven y destronado raja de Mysore, que sobrevivía a merced del Tippoo en una pequeña casa al este del Palacio Interior—. Pero no puedes ir sola —le dijo Lakshmi—, no con las calles repletas de soldados. ¡Kunwar! —Y Lakshmi vio el rubor de alegría en el rostro de Mary cuando salió en protectora compañía del alto Kunwar Singh.

Mary era feliz, pero se sentía culpable. Sabía que tenía que intentar encontrar a Sharpe porque imaginaba que debía de estar echándola de menos, pero de pronto se encontró tan contenta en casa de Appah Rao que no quería perturbar esa felicidad volviendo a su mundo anterior. Se sentía como en su propia casa y, aunque la ciudad estaba rodeada de enemigos, ella se hallaba extrañamente a salvo. Suponía que algún día tendría que encontrar a Sharpe y ese día tal vez todo saliera bien, pero Mary no quería adelantar su llegada. No hacía más que sentirse culpable y asegurarse de no empezar a encender las lámparas hasta que oía caer la primera barra de los postigos.

Y Lakshmi, que se había estado preguntando dónde podría encontrar una novia adecuada para el pobre y deshonrado Kunwar, se rió.

En cuanto los ejércitos británico y de Hyderabad hubieron levantado su campamento permanente al este de Seringapatam, se dispuso el asedio siguiendo unas pautas que ambos bandos reconocieron. Los ejércitos aliados se situaron bien alejados del alcance de los cañones que había en las murallas de la ciudad, incluso de los más grandes, y mucho más allá de la trayectoria de cualquier misil, pero establecieron una línea de piquetes frente a un canal bordeado por unos terraplenes de tierra que se abría camino a través de los campos a eso de un kilómetro y medio al

oeste de la ciudad, y allí apostaron artillería de campaña e infantería para cubrir el territorio en el que cavarían sus zanjas de acercamiento. Cuanto antes se empezaran a cavar esas zanjas, antes podrían erigirse las baterías para abrir una brecha, pero al sur del terreno escogido, el canal de abruptas orillas describía una pronunciada curva que penetraba unos ochocientos metros hacia el oeste y el interior de esa curva estaba ocupado por un *tope*, un bosque espeso, y desde su frondosa protección los hombres del Tippoo mantenían un mortificante fuego de mosquete sobre la línea de piquetes británica, mientras que los artilleros dejaban caer una irregular pero molesta descarga de misiles sobre las construcciones más avanzadas de los británicos. Un misil bien dirigido recorrió como un rayo casi un kilómetro, alcanzó un armón de munición y la explosión resultante motivó una ovación en las distantes murallas de la ciudad.

El general Harris soportó el bombardeo de misiles durante dos días, pasados los cuales decidió que ya era hora de tomar el canal en toda su longitud y despejar el *tope*. Se pusieron las órdenes por escrito y se pasaron de general a coronel y a los capitanes, y los capitanes buscaron a sus sargentos.

—Que se preparen los soldados, sargento —le dijo Morris a Hakeswill.

Hakeswill estaba sentado en su propia tienda, un lujo del que tan sólo disfrutaba él entre los sargentos del 33.º. La tienda había pertenecido al capitán Hughes y debía haber sido subastada junto al resto de las pertenencias del capitán después de que Hughes falleciera a causa de la fiebre, pero Hakeswill sencillamente había reclamado la tienda y nadie había querido contrariarlo. Su criado Raziv, una miserable criatura imbécil de Calcuta, estaba lustrando las botas del sargento, por lo que éste tuvo que salir descalzo de su tienda para presentarse ante Morris.

—¿Prepararse, señor? —dijo—. Ya están listos, señor. —Recorrió con una mirada desconfiada las líneas de la Compañía Ligera—. Será mejor que lo estén, señor, o les haremos arrancar la piel a todos ellos. —Se le convulsionó el rostro.

—Sesenta cartuchos —dijo Morris.

—¡Siempre los llevan, señor! ¡Son las normas, señor!

Morris se había bebido casi tres botellas de vino a la hora de comer y no estaba de humor para lidiar con los subterfugios de Hakeswill. Insultó al sargento y luego señaló hacia el sur, donde el humo de otro misil se alzaba desde el *tope*.

—Esta noche, idiota, vamos a echar del bosque a esos cabrones.

—¿Nosotros, señor? —Hakeswill se alarmó ante aquella perspectiva—. ¿Sólo nosotros, señor?

—El batallón entero. Ataque nocturno. Revista a la puesta de sol. Cualquier soldado con aspecto de estar bebido será azotado.

«A excepción de los oficiales», pensó Hakeswill. Luego se estremeció al tiempo que le ofrecía a Morris un ruidoso saludo.

—¡Señor! Revista a la puesta de sol, señor. ¿Permiso para proceder, señor? —No

esperó a que Morris se lo diera, sino que se giró y entró de nuevo en su tienda—. ¡Las botas! ¡Tráelas aquí! ¡Vamos, negro cabrón! —Le propinó un cachete en el oído a Raziv y le arrebató sus botas a medio limpiar. Se las puso dando tirones y luego arrastró a Raziv por la oreja hasta el lugar donde la alabarda se encontraba plantada como un estandarte frente a la tienda—. ¡Afilarse! —bramó Hakeswill junto al magullado oído del desventurado muchacho—. ¡Afilarse! ¿Lo entiendes, pagano con cerebro de sapo? ¡La quiero afilada! —Hakeswill le pegó una bofetada de despedida al chico para animarlo, luego empezó a caminar entre las líneas pisando fuerte—. ¡En pie, maldita sea! —gritó—. ¡Venga, con brío! Es hora de que se ganen su miserable paga. ¿Está usted borracho, Garrard? Si está bebido, muchacho, haré que sus huesos reciban unos buenos azotes.

El batallón formó al anocheecer y, para sorpresa de sus miembros, la inspección la realizó el coronel, Arthur Wellesley. Hubo un sentimiento de alivio en las filas cuando apareció Wellesley, porque a esas alturas todos los soldados sabían que iban a combatir y ninguno deseaba entrar en batalla bajo la incierta dirección del comandante Shee, el cual había bebido tanto *arrack* que se balanceaba de forma apreciable en su caballo. Tal vez Wellesley fuera un bastardo insensible, pero los hombres sabían que era un soldado prudente y hasta parecían estar contentos cuando trotó junto a las filas a lomos de su caballo blanco. Cada uno de los soldados tuvo que demostrar que estaba en posesión de sesenta cartuchos y se apuntó el nombre de aquellos que no los tenían para el castigo preceptivo. Dos batallones cipayos de las fuerzas de la Compañía de las Indias Orientales formaron junto al 33.º y, cuando el sol desapareció tras ellos, los tres batallones emprendieron la marcha en dirección sudeste hacia el canal. Sus estandartes ondeaban y el coronel Wellesley los guió a caballo. Otros batallones del rey marcharon a su izquierda y se dirigieron a atacar el tramo norte del canal.

—¿Qué estamos haciendo, teniente? —le preguntó Tom Garrard al recién ascendido teniente Fitzgerald.

—¡Silencio en las filas! —bramó Hakeswill.

—Estaba hablando conmigo, sargento —dijo Fitzgerald—, y usted me hará el honor de no inmiscuirse en mis conversaciones privadas. —La réplica de Fitzgerald multiplicó por veinte el buen concepto que la compañía tenía del irlandés. Ya era popular de todos modos, porque se trataba de un joven alegre y de trato fácil.

Hakeswill gruñó. Fitzgerald afirmaba que su hermano era Caballero de Kerry, fuera lo que diablos fuera eso, pero aquella afirmación no impresionaba al sargento Obadiah Hakeswill. Los verdaderos oficiales dejaban la disciplina para los sargentos, no trataban de ganarse el favor de los soldados contando chistes y charlando como cotorras. Estaba claro también que al dichoso teniente honorífico Fitzgerald no le caía bien el sargento Hakeswill, puesto que aprovechaba la más mínima ocasión para

revocar su autoridad, pero Hakeswill estaba decidido a cambiar eso. El rostro del sargento se estremeció. En aquel momento no podía hacer nada, pero el señor Fitzgerald, se dijo a sí mismo, iba a aprender la lección, y cuanto antes la aprendiera mejor.

—¿Ve usted esos árboles ahí delante? —le explicó Fitzgerald a Garrard—. Vamos a echar a los chicos del Tippoo de allí.

—¿Cuántos cabrones se esconden ahí, señor?

—¡Cientos! —respondió Fitzgerald alegremente—. Y a todos ellos les tiemblan las piernas sólo con pensar que vienen los Havercakes para darles una paliza.

Tal vez los chicos del Tippoo estuvieran temblando, pero veían claramente a los tres batallones que se acercaban y sus artilleros lanzaron una fuerte descarga para darles la bienvenida. Los misiles se elevaron hacia el cielo que se oscurecía, expeliendo esas llamas de brillo poco natural al tiempo que arrojaban volcanes de chispas en las estelas de humo que se mezclaron unas con otras cuando los cohetes llegaron a su apogeo y empezaron a caer en picado sobre la infantería británica e india.

—¡No rompan filas! —gritó un oficial, y los tres batallones siguieron avanzando imperturbablemente mientras la descarga inicial descendía para explotar a su alrededor. La imprecisión del bombardeo fue recibida con abucheos, pero los oficiales y sargentos gritaron pidiendo silencio. Hubo más misiles que se elevaron y cayeron, La mayoría se desviaron erráticamente de su curso con un agudo sonido sibilante, pero hubo unos cuantos que se acercaron lo suficiente para hacer que los soldados se agacharan y uno de ellos estalló a pocos pasos de distancia de la Compañía Ligera del 33.º de forma que los afilados pedazos de su destrozada punta cónica de estaño les pasaron silbando junto a los oídos. Los soldados se rieron al ver que se habían librado por poco. Entonces alguien vio que el teniente Fitzgerald se tambaleaba.

—¡Señor!

—No es nada, muchachos, no es nada —anunció Fitzgerald. Un pedazo del cilindro del misil le había rasgado el brazo, tenía además un corte profundo en la parte de atrás de la cabeza y la sangre le goteaba de las puntas de sus cabellos, pero rechazó toda ayuda que le ofrecían—. Hace falta algo más que el misil de un hombre negro para derribar a un irlandés —dijo alegremente—. ¿No es cierto, O'Reilly?

—Lo es, señor —respondió el soldado irlandés.

—Tenemos el cráneo más duro que una puñetera piedra, eso es —dijo Fitzgerald, y se encasquetó de nuevo el chacó hecho jirones. Tenía el brazo izquierdo entumecido y la manga empapada de sangre hasta la muñeca, pero estaba decidido a seguir adelante. Había recibido heridas peores en el terreno de caza y a la muerte del zorro seguía aún en su silla.

Hakeswill hervía de resentimiento hacia Fitzgerald. ¿Cómo se atrevía un mero teniente a invalidar sus decisiones? ¡Un maldito crío! Ni siquiera tenía diecinueve años y todavía estaba muy verde. Hakeswill le propinó una cuchillada a un cactus con su alabarda y la ferocidad del gesto le desplazó el mosquete que llevaba colgando del hombro izquierdo. Normalmente el sargento nunca llevaba mosquete, pero aquella noche iba armado con la alabarda, el mosquete, una bayoneta y un par de pistolas. Exceptuando el breve combate en Malavelly, hacía años que Hakeswill no entraba en batalla y no estaba seguro de querer participar en otra aquella noche, pero si lo hacía se iba a asegurar de que llevaba más armas que cualquier enemigo pagano con el que pudiera topar.

Hacía ya rato que se había puesto el sol cuando Wellesley hizo detenerse a los tres batallones, aunque una tenue luz todavía teñía el cielo del oeste y bajo su pálido resplandor el 33.º formó en línea. Los dos batallones cipayos esperaron a unos cuatrocientos metros por detrás del 33.º. Las estelas de los misiles parecían entonces más brillantes al alzarse hacia un despejado cielo crepuscular en el que las primeras estrellas salpicaban la oscuridad. Los misiles silbaban al pasar veloces como un rayo por encima de las cabezas y el chisporroteo de las llamas hacía refulgir sus estelas de humo. Había cohetes ya usados en el suelo cuyas toberas arrojaban unas débiles y parpadeantes llamas diminutas. Aquellas armas eran espectaculares, pero tan imprecisas que ni siquiera el inexperto 33.º las temía ya, pero su tranquilidad se vio empañada por un repentino despliegue de chispas brillantes en el borde del terraplén del canal. Las chispas se apagaron al instante bajo una nube de humo de pólvora y a ello siguió el sonido de la mosquetería pocos segundos después, pero estaban demasiado lejos y las balas se malograron sin causar daño.

Wellesley se dirigió al galope junto al comandante Shee, habló con él brevemente y luego siguió adelante.

—¡Compañías de flaqueo! —gritó el coronel—. ¡Avancen en línea!

—Esos somos nosotros, muchachos —dijo Fitzgerald, y desenvainó su sable. Tenía un dolor punzante en el brazo izquierdo, pero no hacía falta que luchara con una espada. Seguiría adelante.

La Compañía Ligera y la de granaderos avanzaron desde los dos flancos del batallón. Wellesley las ordenó detenerse, las hizo formar en una línea de dos filas y cargar los mosquetes. Las baquetas traquetearon en el interior de los cañones.

—¡Calen bayonetas! —ordenó el coronel, y los soldados desenfundaron sus hojas de más de cuarenta centímetros y las encajaron en las bocas de los cañones. En aquel momento era plena noche, pero el calor seguía siendo como un manto húmedo. Entre las filas resonaba el ruido de las cachetadas que se propinaban los soldados al intentar matar a los mosquitos. El coronel frenó su caballo frente a las dos filas—. Vamos a

echar al enemigo del muro de contención —dijo con su voz fría y meticulosa— y en cuanto lo hayamos despejado el comandante Shee traerá al resto del batallón para expulsarlos de los árboles completamente. ¿Capitán West?

—¡Señor! —Francis West, el comandante de la Compañía de Granaderos, era el superior de Morris y por lo tanto estaba al mando de las dos compañías.

—Pueden avanzar.

—Enseguida, señor —dijo West—. ¡Destacamento! ¡Adelante!

—Estoy en tus manos, madre —dijo Hakeswill entre dientes cuando las dos compañías empezaron a avanzar—. ¡Cuida de mí ahora! ¡Oh, Dios que estás en el cielo!, esos negros cabrones nos están disparando. ¡Madre! ¡Soy tu Obadiah, madre!

—¡Cuidado con la alineación! —gritó la voz del sargento Green—. ¡No se apresuren! ¡Mantengan la formación!

Morris había dejado el caballo y desenfundado el sable. Se sentía mal de una manera muy particular.

—¡Vamos a darles acero cuando llegemos allí! —le chilló a su compañía.

—Lo que deberíamos darles a esos cabrones es un maldito fuego de artillería —murmuró alguien.

—¿Quién ha dicho eso? —gritó Hakeswill—. ¡Dejen de darle a la condenada lengua!

Las primeras balas les pasaron silbando junto a los oídos y el traqueteo de los mosquetes enemigos llenaba la noche. Los hombres del Tippoo disparaban desde el muro de contención del canal y las llamas de sus descargas de fusilería chispeaban brillantes contra el oscuro fondo del *tope*. Las dos compañías se desplegaron instintivamente al avanzar y los cabos, que eran los encargados de cerrar las filas, les ordenaron a gritos que volvieran a unirse. El suelo estaba oscuro como boca de lobo, pero por encima de los árboles la línea del horizonte todavía se distinguía con mucha claridad. El teniente Fitzgerald echó un vistazo atrás en una ocasión y quedó horrorizado al ver que un resplandeciente haz de luz teñía todavía el cielo del oeste y supo que aquel brillo carmesí permitiría ver la silueta de la compañía cuando ésta trepara por el terraplén, pero ya no había vuelta atrás. Estiró sus largas piernas, ansioso por ser el primero en penetrar en las líneas enemigas. Wellesley avanzaba detrás de las compañías y Fitzgerald quería impresionar al coronel.

El fuego de los mosquetes escupía balas a lo largo del borde del muro de contención y cada uno de los disparos encendía una chispa de luminosidad que refulgía brevemente en la oscura humareda, pero las descargas eran absolutamente imprecisas, puesto que los atacantes se hallaban todavía en el terreno bajo ensombrecido por la noche y ocultos por el propio humo de pólvora de los defensores. A lo lejos, a la izquierda de donde se encontraban, otros batallones asaltaban el tramo norte del terraplén y Fitzgerald oyó unos gritos de entusiasmo

cuando esos soldados arremetieron contra su objetivo; entonces el capitán West dio la orden de atacar y los hombres de las dos compañías de flanqueo del 33.º soltaron su propia exclamación cuando les dieron rienda suelta.

Corrieron con todas sus fuerzas hacia el muro de contención. Las balas de mosquete pasaban volando por encima de sus cabezas. Todo lo que en aquellos momentos querían los casacas rojas era acabar cuanto antes con aquel ataque. Matar a unos cuantos cabrones, desvalijar unos cuantos cadáveres y luego largarse de allí y volver al campamento. Gritaron entusiasmados cuando llegaron al terraplén y treparon por su corta y empinada cuesta.

—¡Mátenlos, muchachos! —gritó Fitzgerald cuando alcanzó la cima, pero de pronto allí no había ningún enemigo, sólo un tranquilo trecho de oscura agua reluciente y, cuando los atacantes se unieron a él, todos frenaron antes que meterse en el canal.

Una descarga de mosquetes estalló en la otra orilla. La Compañía Ligera, situada en el borde de la orilla oeste, se perfilaba contra los restos de luz del día mientras que los soldados del Tippoo se hallaban envueltos en la negrura de los árboles del *tope*.

Los casacas rojas cayeron cuando las balas alcanzaron su objetivo. El canal sólo tenía unos diez pasos de anchura y, a esa distancia, la infantería de Mysore no podía fallar. A uno de los soldados se le levantaron los pies del suelo y cayó hacia atrás al pie del muro de contención. Los misiles pasaban rozando el agua oscura y sus ardientes estelas cortaban el aire a apenas unos centímetros por encima de los dos terraplenes idénticos. Durante unos segundos nadie supo qué hacer. Un soldado dio un grito ahogado cuando un proyectil le arrancó un pie, después de lo cual cayó y se deslizó dentro del agua llena de hierbas donde su sangre formó oscuros remolinos. Algunos casacas rojas devolvieron el fuego contra los árboles, pero disparaban a ciegas y sus balas no alcanzaron a nadie. Los heridos cayeron a trompicones por la pendiente, los muertos daban sacudidas al ser alcanzados por las balas, y los vivos quedaron aturridos por el estrépito y deslumbrados por las terribles colas rojas de los misiles. El capitán Morris se quedó mirando desconcertado. No sabía por qué pero no había esperado tener que cruzar el canal. Había creído que los árboles estaban en aquel lado del agua y no sabía qué hacer, pero el teniente Fitzgerald lanzó un grito desafiante y saltó al agua. La oscura superficie líquida le llegaba hasta la cintura.

—¡Vamos, muchachos! ¡Venga! ¡Esos cabrones no son muchos! —Avanzó por el agua con su sable desnudo que brillaba con la luz de las estrellas—. ¡Hagámoslos salir! ¡Vamos, Havereakes!

—¡Síganle, muchachos! —gritó el sargento Green, y cerca de la mitad de los miembros de la Compañía Ligera saltaron al agua cubierta de verdín. Los demás se agacharon y aguardaron las órdenes de Morris, pero Morris seguía confuso y el sargento Hakeswill estaba en cuclillas al pie del terraplén, oculto al enemigo.

—¡Vamos! —gritó Wellesley, enojado por la vacilación de los soldados—. ¡Vamos! ¡No dejen que se queden ahí parados! ¡Capitán West! ¡Adelante! ¡Adelante! ¡Capitán Morris, muévase!

—¡Oh, Dios, madre! —exclamó Hakeswill mientras subía gateando por el muro de contención—. ¡Madre, madre! —gritó al dejarse caer en el agua tibia. Fitzgerald y la primera mitad de la compañía ya habían cruzado al otro terraplén y en aquellos momentos ya estaban dentro del *tope*, y Hakeswill oyó gritos y disparos y un escalofriante sonido del entrechocar del acero.

Wellesley vio que al final sus dos compañías de los flancos avanzaban hacia el otro lado del canal y mandó a un edecán a avisar al comandante Shee y al resto del batallón. El fuego de los mosquetes en el *tope* era intenso, un inacabable traqueteo de disparos que con cada fogonazo iluminaban momentáneamente la niebla de humo de pólvora que se extendía entre las hojas. Parecía algo salido del infierno: un destello de fuego tras otro que surgía de la oscuridad, estelas de misiles centelleando entre los árboles y siempre los quejidos de soldados moribundos y alaridos de pánico. Un sargento les gritó a sus hombres que cerraran filas, otro soldado chillaba desesperadamente queriendo saber dónde se encontraban sus compañeros. Fitzgerald animaba a sus hombres a seguir adelante, pero había demasiados casacas rojas que estaban siendo arrinconados contra el muro de contención, donde se hallaban en peligro de ser arrollados. Wellesley tuvo la sensación de que lo había hecho todo mal. Tendría que haber utilizado el batallón entero en vez de tan sólo las dos compañías de los flancos, y se enojó al darse cuenta de su error. Él se tomaba muy en serio su profesión, pero si un soldado profesional no era capaz de echar de un bosquecillo a unos cuantos infantes y artilleros enemigos, entonces ¿de qué servía él? Pensó en espolear a *Diomedes*, su caballo, para que atravesara el canal y se adentrara en las zonas de llameante humareda del interior del *tope*, pero resistió el impulso porque entonces se hallaría entre los árboles y habría perdido contacto con el resto del 33.º, y sabía que necesitaba a las ocho compañías restantes de Shee para que reforzaran a los atacantes. Si fuese necesario podría hacer llamar a los dos batallones cipayos como refuerzos, pero estaba seguro de que el resto del 33.º sería suficiente para transformar en victoria aquella confusión, así que se dio la vuelta y regresó al galope para hacer avanzar inmediatamente al batallón.

Hakeswill se deslizó por el terraplén del otro lado y se adentró entre las oscuras sombras de los árboles. Llevaba el mosquete en la mano izquierda y la alabarda en la derecha. Se agachó junto al tronco de un árbol y trató de darle un sentido al caos que le rodeaba. Veía los fogonazos de los mosquetes, con sus deslumbrantes llamaradas que momentáneamente teñían de luz la humareda y se reflejaban en las hojas, oía gritos y el llanto de un hombre, pero no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Un puñado de sus soldados se había quedado cerca de él, pero Hakeswill no sabía qué

decirles; entonces oyó un terrible grito de guerra que provenía de no muy lejos a su izquierda, se dio media vuelta rápidamente y vio a un grupo de infantes de rayas atigradas que se abalanzaban sobre él. Dio un grito de puro pánico, disparó el mosquete con una mano y soltó el arma inmediatamente al tiempo que huía entre los árboles para escapar del asalto. Algunos de los casacas rojas se dispersaron a ciegas, pero otros fueron demasiado lentos y los indios cayeron sobre ellos. Sus gritos quedaron interrumpidos cuando las bayonetas hicieron su trabajo y Hakeswill, que sabía que los hombres del Tippoo estaban masacrando al pequeño grupo de casacas rojas, avanzó entre la maraña de árboles con desespero, dando tumbos, para intentar salir de allí. El capitán Morris estaba llamando a Hakeswill con un dejo de pánico en su voz.

—¡Estoy aquí, señor! —le respondió Hakeswill—. ¡Aquí, señor!

—¿Dónde?

—¡Aquí, señor! —Una descarga de mosquetería retumbó entre los árboles y las balas atravesaron las hojas y se incrustaron en los troncos. Los misiles se elevaban con un sonido sibilante y pasaban con estrépito entre las altas ramas. Sus ardientes toberas cegaban a los soldados y las explosiones de sus conos llenos de pólvora proyectaban una lluvia de fragmentos de metal caliente y pedazos de hojas que caían revoloteando—. ¡Madre! —gritó Hakeswill, y se quedó encogido junto a un árbol.

—¡Formen en línea! —gritó Morris—. ¡Formen en línea! —Tenía junto a él a una docena de soldados que formaron una nerviosa línea y se agacharon entre los árboles. El rojo reflejo de las llamas de los misiles encendidos parpadeaba en sus bayonetas. En algún lugar por allí cerca un hombre moría jadeando y la sangre le borbotaba en la garganta a cada dificultosa respiración. Sonó el traqueteo de una descarga que hizo saltar astillas a unos cuantos metros de distancia, pero cayó lejos de Morris, que se agachó de todas formas. Entonces, durante unos pocos benditos segundos, el ruido confuso de la batalla se apagó y en aquel relativo silencio Morris miró a su alrededor para tratar de orientarse un poco—. ¡Teniente Fitzgerald! —gritó.

—¡Estoy aquí, señor! —respondió Fitzgerald con confianza desde la oscuridad que había delante—. Frente a usted. Echamos de aquí a esos cabrones, señor, pero algunos de esos granujas se dirigen hacia su flanco. Tenga cuidado por la izquierda, señor. —El irlandés parecía desvergonzadamente alegre.

—¡Alférez Hicks! —exclamó Morris.

—Aquí estoy, señor, justo a su lado, señor —respondió una vocecita desde algún punto por debajo de Morris.

—¡Por Dios! —renegó Morris. Había tenido la esperanza de que Hicks hubiera traído refuerzos, pero al parecer nadie excepto Fitzgerald conservaba el control en medio de aquel caos—. ¡Fitzgerald! —gritó Morris.

—¡Sigo aquí, señor! Hemos acosado a esos cabrones, ya lo creo.

—¡Le quiero aquí, teniente! —insistió Morris—. ¡Hakeswill! ¿Dónde está usted?

—Aquí, señor —dijo Hakeswill, pero sin moverse de su escondite entre los arbustos. Calculaba que se encontraba a unos pasos de distancia de Morris en dirección norte, pero Hakeswill no quería arriesgarse a ser emboscado por un soldado de listas atigradas mientras andaba dando tumbos en busca de su capitán, así que se quedó allí—. Ya vengo, señor —dijo, y entonces se agachó aún más entre las envolventes hojas.

—¡Fitzgerald! —gritó Morris de mal talante—. ¡Venga aquí!

—¡Será puñetero! —masculló Fitzgerald entre dientes. Ya no podía utilizar el brazo izquierdo y tenía la sensación de que la herida era más grave de lo que había supuesto. Le había ordenado a un soldado que le atara un pañuelo alrededor de la herida y había esperado que la presión contuviera la hemorragia. Le acosaba la idea de la gangrena, pero dejó de lado esa inquietud para concentrarse en mantener con vida a sus hombres—. ¿Sargento Green?

—¿Señor? —respondió Green estoicamente.

—Quédese aquí con los soldados, sargento —ordenó Fitzgerald. El irlandés había conducido a una veintena de miembros de la Compañía Ligera hacia el interior del *tope* y no le veía ningún sentido a ceder el terreno sólo porque Morris estuviera nervioso. Además, Fitzgerald estaba casi seguro de que las tropas del Tippoo se hallaban tan confusas como las británicas, y si Green se mantenía firme y hacía uso de las descargas, no correría demasiado peligro—. Traeré de vuelta al resto de la compañía —le prometió Fitzgerald al sargento Green. Luego el teniente se giró y gritó entre los árboles—: ¿Dónde está usted, señor?

—¡Aquí! —respondió Morris con irritación—. ¡Apresúrese, maldita sea!

—Vuelvo dentro de un minuto, sargento —le aseguró Fitzgerald a Green, y se adentró en la arboleda en busca de Morris.

Se desvió demasiado hacia el norte y de repente un misil se alzó llameando desde el extremo oriental del *tope* para acabar alojándose con un estrépito destructor entre las enmarañadas ramas de un árbol alto. Durante unos segundos el misil atrapado se sacudió con furia, sobresaltando a los asustados pájaros, que levantaron el vuelo en la oscuridad. Luego quedó firmemente encajado en el nacimiento de una rama. La tobera lanzó una impotente cascada de fuego y humo que iluminó toda una zona del espeso bosque, y bajo aquella súbita llamarada Hakeswill vio al teniente que se acercaba a él a trompicones.

—¡Señor Fitzgerald! —exclamó Hakeswill.

—¿Sargento Hakeswill? —preguntó Fitzgerald.

—Sí, soy yo, señor. Aquí mismo, señor. Por aquí.

—Gracias a Dios. —Fitzgerald atravesó el claro corriendo, con el brazo derecho que le colgaba, inútil, en el costado—. Nadie sabe qué diablos están haciendo. Ni

dónde demonios se encuentran.

—Yo sí que sé lo que estoy haciendo, señor —dijo Hakeswill, y al tiempo que se extinguían las violentas y crepitantes llamas en el elevado follaje él clavó la punta de su alabarda contra el vientre del teniente. Su rostro se convulsionó cuando la hoja recién afilada atravesó la ropa del teniente y se insertó en su estómago—. No es nada marcial, señor, contradecir a un sargento frente a sus hombres, señor —dijo respetuosamente—. Usted lo comprende, señor, ¿no es cierto, señor? —dijo Hakeswill, y sonrió dichoso disfrutando de aquel momento. La punta de la lanza había penetrado en el estómago de Fitzgerald, y se había hundido tanto que Hakeswill estaba seguro de que notaba la afilada punta alojada en la espina dorsal de su víctima. Fitzgerald había caído al suelo y su cuerpo daba sacudidas como el de un pez arponeado fuera del agua. Abría y cerraba la boca, pero parecía incapaz de hablar, sólo pudo soltar un quejido cuando Hakeswill dio un violento giro a la lanza en un intento por liberar su hoja—. Estamos hablando del debido respeto, señor —le dijo entre dientes Hakeswill al teniente—. ¡Respeto! Se debe apoyar a los sargentos, señor, así lo dicen las Escrituras, señor. No se preocupe, señor, no le dolerá, señor. Será sólo un pinchazo. —Extrajo la hoja de una sacudida y volvió a clavarla de nuevo, esta vez en la garganta del teniente—. No volverá a ponerme en evidencia, ¿verdad, señor? No delante de los soldados. Lo siento, señor. Y buenas noches, señor.

—¡Fitzgerald! —gritó Morris desesperadamente—. ¡Por el amor de Dios, teniente! ¿Dónde diablos está?

—Se ha ido al infierno —dijo en voz baja Hakeswill con una risita. Estaba registrando el cuerpo del teniente en busca de monedas. No se atrevió a llevarse nada que pudiera ser reconocido como propiedad del teniente, así que dejó el sable del muerto y la medalla dorada que llevaba alrededor del cuello, pero encontró un puñado de pequeñas monedas imposibles de identificar que metió en su bolsa antes de alejarse como pudo unos cuantos pasos para asegurarse de que nadie pudiera verlo junto a su víctima.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Morris cuando oyó a Hakeswill abriéndose camino entre la maleza.

—¡Soy yo, señor! —anunció Hakeswill—. Estoy buscando al teniente Fitzgerald, señor.

—¡Pues déjelo y venga aquí! —exclamó Morris con brusquedad.

Hakeswill corrió los últimos metros y se dejó caer al suelo entre Morris y un asustado alférez Hicks.

—Estoy preocupado por el señor Fitzgerald, señor —dijo Hakeswill—. Lo oí allí arriba entre los arbustos, señor, y allí había paganos, señor. Lo sé, señor, porque maté a un par de esos negros bastardos. —Se estremeció cuando unos mosquetes llamearon y estallaron a unos cuantos metros de distancia, pero no estaba seguro de quién había

disparado, ni contra qué.

—¿Piensa que esos cabrones encontraron a Fitzgerald? —preguntó Morris.

—Eso creo —respondió Hakeswill—. ¡Pobre desgraciado! Traté de encontrarlo, señor, pero allí no había más que paganos.

—¡Jesús! —Morris agachó la cabeza cuando una descarga de balas atravesó la fronda por encima de sus cabezas—. ¿Y el sargento Green?

—Probablemente esté tratando de esconderse. No me extrañaría que se ocultara para salvar su valioso pellejo.

—Todos nos estamos escondiendo —replicó Morris muy sinceramente.

—Yo no, señor. Obadiah Hakeswill no, señor. Llevo mi alabarda debidamente mojada, señor. ¿Quiere tocarla, señor? —Hakeswill le tendió la punta de la lanza—. Sangre de pagano, señor, todavía caliente.

Morris se estremeció sólo con pensar en tocar la lanza, pero le reconfortó un poco tener a Hakeswill a su lado. El *tope* se inundó de gritos cuando un grupo de las tropas del Tippoo se lanzó a la carga. Los mosquetes martillearon. Un misil estalló por allí cerca mientras que otro, este último con un sólido proyectil en el cono, pasó entre los arbustos desgarrándolos y se estrelló contra un árbol. Un soldado gritó, luego el grito se cortó repentinamente.

—¡Por Dios! —maldijo Morris en vano.

—¿Tal vez deberíamos volver? —sugirió el alférez Hicks—. ¿Cruzar de nuevo el canal?

—No podemos, señor —dijo Hakeswill—. Esos cabrones están detrás de nosotros.

—¿Está seguro? —preguntó Morris.

—Yo mismo he luchado allí con esos malditos negros, señor. No pude contenerlos. Hay toda una tribu de esos desgraciados, señor. Hice lo que pude. Perdí algunos buenos soldados. —Hakeswill resolló con fingida emoción.

—Es usted un hombre valiente, Hakeswill —dijo Morris con aspereza.

—No hago más que seguir su ejemplo, señor —contestó Hakeswill, y se agachó cuando otra descarga enemiga pasó como una exhalación por encima de su cabeza. Se oyeron unos fuertes vítores seguidos del rugido sibilante de los misiles cuando los refuerzos del Tippoo, enviados desde la ciudad, llegaron gritando y combatiendo entre los árboles para echar del *tope* hasta el último infiel—. ¡Caray! —exclamó Hakeswill—. ¡Pero no se preocupe! ¡No puedo morir, señor! ¡No puedo morir!

Tras él sonó otro grito de entusiasmo cuando el resto del 33.º atravesó finalmente el canal.

—¡Adelante! —chilló una voz desde algún lugar por detrás de los dispersos fugitivos de la Compañía Ligera—. ¡Adelante!

—¡Madre mía! —soltó Morris—. ¿Qué demonios es eso?

—¡Trigésimo tercero! —gritó la voz—. ¡A mí! ¡A mí!

—¡Quédense donde están! —les dijo Morris a unos cuantos soldados impacientes, de manera que éstos se agacharon en la cálida oscuridad inundada por el fuerte y desgarrador sonido de las balas, henchida por los quejidos de los soldados agonizantes, iluminada por el resplandor de los misiles y viciada por el hedor de la sangre que se derramaba en un negro lugar donde únicamente reinaban el miedo y el caos.

—¡Sharpe! ¡Sharpe! —Era el coronel Gudin, quien, al anochecer, irrumpió en el barracón—. ¡Venga, rápido! ¡Tal como está, apresúrese!

—¿Y yo, señor? —preguntó Lawford. El teniente había estado leyendo su Biblia tranquilamente tumbado en su catre.

—¡Vamos, Sharpe! —Gudin no se detuvo para contestarle a Lawford, sino que atravesó a todo correr el patio de los barracones y salió a la calle que separaba las dependencias de los soldados europeos del templo hindú—. ¡Rápido, Sharpe! —gritó el francés mientras pasaba a toda prisa junto a un montón de ladrillos de adobe que había amontonados en la esquina de la calle. Sharpe, ataviado con la túnica de listas atigradas y las botas, pero sin sombrero, cinturón, bolsas ni mosquete, fue corriendo tras el coronel. Saltó por encima de un hombre medio desnudo que estaba sentado con las piernas cruzadas junto a la pared del templo, quitó de en medio a una vaca a empellones, luego dobló la esquina y se apresuró a seguir a Gudin hacia la puerta Mysore. Lawford se había entretenido en ponerse las botas y cuando salió a la calle junto al templo Sharpe ya había desaparecido.

—¿Sabe montar a caballo? —le gritó Gudin a Sharpe cuando ambos llegaron a la puerta.

—Lo he hecho un par de veces —respondió Sharpe sin molestarse en explicar que las bestias que había montado eran caballos de tiro sin silla que habían paseado tranquila y dócilmente por el patio de la posada.

—¡Súbase en aquél! —dijo Gudin al tiempo que señalaba a una pequeña y excitada yegua que sostenía un soldado de infantería indio junto con el caballo del propio Gudin—. Pertenece al capitán Romet, así que tenga cuidado, por el amor de Dios —gritó Gudin mientras subía de un salto en la silla. El capitán Romet era uno de los dos segundos de Gudin, pero como ambos oficiales subalternos pasaban la mayor parte de sus vidas en el burdel más caro de la ciudad, Sharpe aún no conocía a ninguno de los dos. Trepó con cuidado a lomos de la yegua, dio un golpe con los talones y se aferró desesperadamente a la crin del animal en tanto que seguía al caballo castrado de Gudin hacia la puerta—. Los británicos están atacando un bosque al norte de Sultanpetah —explicó el coronel mientras se abría camino con su caballo bajo el arco abarrotado de gente.

Sharpe oyó el sonido del combate en la distancia. Los mosquetes restallaban y las granadas explotaban sordamente y emitían ráfagas de luz roja que parpadeaban a lo lejos, al oeste de la capital. Ya casi era de noche en la ciudad. Ya hacía rato que se habían encendido las primeras lámparas de las casas y las antorchas llameantes humeaban en el arco de la puerta Mysore a través de la cual un torrente de soldados salía precipitadamente. Algunos eran de infantería, otros llevaban misiles. Gudin les

bramó que dejaran paso, se sirvió de su caballo castrado para obligar a los artilleros más lentos a echarse a un lado y entonces, una vez cruzada la puerta, tiró de las riendas para girar hacia el oeste.

Sharpe lo siguió, más concentrado en no caerse de la yegua que en observar el alboroto que bullía a su alrededor. Un estrecho puente atravesaba el Cauvery Sur justo al otro lado de la puerta y Gudin les ordenó a gritos a los soldados que lo vigilaban que despejaran la calzada. Los artilleros se pegaron a las balaustradas cuando Sharpe y Gudin pasaron a toda velocidad entre los fortines del puente y luego sobre el poco profundo y reducido río. Una vez en la otra orilla galoparon lo más deprisa que pudieron y cruzaron un tramo de hierba embarrada, luego atravesaron chapoteando otro pequeño ramal del río. Sharpe se aferró al cuello de la yegua cuando ésta salió del riachuelo dando bandazos. Los misiles estallaban en lo alto en un cielo que aún resplandecía con los últimos rayos de un sol invisible.

—Sus antiguos amigos intentan despejar el *tope* —explicó Gudin al tiempo que señalaba hacia el espeso bosque cuya negrura resaltaba contra la línea oriental del horizonte. Habían aminorado el paso porque en aquellos momentos atravesaban un terreno aún más irregular y el coronel no quería que los caballos se rompieran una pierna por ser demasiado imprudente—. Quiero que los confunda.

—¿Yo, señor? —Sharpe resbaló y casi se cayó de la silla, se agarró al pomo desesperadamente y de alguna manera consiguió volver a ponerse derecho. Oía el seco chasquido de los mosquetes y veía las pequeñas llamas de las bocas que titilaban por todo el terreno que tenía delante. Le pareció que se trataba de un ataque importante, sobre todo cuando un cañón de campaña británico disparó a lo lejos y el fognazo de su boca iluminó el crepúsculo como un relámpago difuso.

—Déles órdenes, Sharpe —dijo Gudin cuando la detonación hubo pasado de largo—. ¡Confúndalos!

—Lawford lo hubiese hecho mejor que yo, señor —dijo Sharpe—. Él tiene voz de oficial.

—Entonces usted tendrá que sonar como un sargento —dijo Gudin—, y si lo hace bien, Sharpe, lo ascenderé a cabo.

—Gracias, señor.

Gudin había aminorado la marcha de su caballo y lo mantuvo al paso mientras se acercaban al bosque. Ya estaba demasiado oscuro para ir al trote y había peligro de perderse. Al norte de donde se encontraba Sharpe, allí donde el cañón había disparado, las descargas de mosquete sonaban a intervalos regulares, lo cual sugería que los soldados británicos o cipayos seguían buscando objetivos, pero en el bosque que había enfrente parecía no haber nada más que confusión. Los mosquetes traqueteaban de manera irregular, los misiles atravesaban las ramas con fuego y el humo bullía de las llamas que prendían en la maleza. Sharpe oía los gritos de los

soldados, tanto de miedo como de triunfo.

—No me vendría mal un arma, señor —le dijo a Gudin.

—No le hace falta. No estamos aquí para combatir, sólo para confundirlos. Por eso volví a buscarle. Desmante aquí. —El coronel ató las riendas de los dos caballos a una carretilla abandonada que debían de haber utilizado para transportar más misiles. Los dos hombres se encontraban a unos cien metros de distancia del *tope* y Sharpe oía a los oficiales gritando órdenes. Era difícil decir quién las daba realmente, puesto que el ejército del Tippoo utilizaba términos de mando en inglés, pero mientras Sharpe y Gudin se acercaban a toda prisa hacia la refriega, Sharpe se dio cuenta de que eran voces indias las que daban a gritos las órdenes de disparar, de avanzar y de matar. Ya fueran tropas británicas o indias las que estaban intentando capturar el bosque, estaba claro que tenían problemas, y fue a Gudin a quien se le había ocurrido la brillante idea de agarrar al primer inglés que pudiera encontrar en los barracones y utilizarlo para hacer aún más caótico el ataque británico. Gudin desenfundó una pistola—. ¡Sargento Rothière! —exclamó.

—*Mon colonel!* —El enorme sargento, el primero que había usado el caballo del capitán Romet para acercarse al lugar de la batalla, surgió de la oscuridad. Le lanzó a Sharpe una mirada fulminante y desconfiada y amartilló su mosquete.

—Vamos a divertirnos —dijo Gudin en inglés.

—Sí, señor —respondió Sharpe, y se preguntó qué diablos debía hacer entonces. En medio de la oscuridad, consideró él, no habría problema en escabullirse del coronel y de Rothière y unirse a los atribulados atacantes, pero, ¿en qué situación dejaría eso al teniente Lawford? El truco, decidió Sharpe, estaba en que no pareciera que estaba intentando de forma deliberada regresar con los ingleses, sino más bien hacer parecer que lo habían capturado accidentalmente. Aun así eso podría complicarle las cosas a Lawford, pero Sharpe sabía que su deber primordial era transmitirle al general Harris la advertencia de McCandless, de la misma manera que sabía que tal vez nunca volviera a tener una oportunidad como la que Gudin le estaba proporcionando como caída del cielo de una manera tan inesperada.

Gudin se detuvo en la linde del *tope*. Los artilleros hacían estallar sus armas con entusiasmo a través de los árboles, donde los misiles se desviaban al chocar con las ramas y caían sin rumbo a través del follaje. El ruido de los mosquetes sonaba en lo más profundo del bosque. Los heridos se hallaban en el borde de los árboles, y en algún lugar no muy lejano un soldado moribundo gritaba y jadeaba alternativamente.

—De momento —dijo Gudin— parece que los estamos venciendo. Avancemos.

Sharpe siguió a los dos franceses. A su derecha, a lo lejos, se oyó un repentino estallido de disparos de fusil y el sonido del choque de las bayonetas, y Gudin giró en dirección al ruido, pero la refriega terminó antes de que ellos llegaran. Los soldados del Tippoo se habían topado con un pequeño grupo de casacas rojas y habían matado

a uno y perseguido a los demás hacia el interior del bosque. Gudin vio el cuerpo del casaca roja bajo la luz de la llama de un consumido misil que se extinguía rápidamente y se arrodilló junto al soldado. El coronel sacó una caja de yesca, hizo saltar una chispa, sopló para que se prendiera fuego en la carbonizada tela de la caja y luego sostuvo la diminuta llama a un lado del pecho del casaca roja. El hombre no estaba muerto del todo, sino inconsciente, tenía los ojos cerrados y la sangre le borboteaba lentamente en la garganta.

—¿Reconoce el uniforme? —le preguntó Gudin a Sharpe. El titilante brillo de la caja de yesca dejó ver que los puños y las vueltas de la casaca roja eran de color escarlata ribeteados en blanco.

—¡Mierda! —dijo Sharpe—. Discúlpeme, señor —añadió, y movió con suavidad la mano de Gudin hacia el rostro del moribundo. Al hombre le salía sangre por la boca y le empapaba el pelo empolvado, pero Sharpe lo reconoció igualmente. Era Jed Mallison, que normalmente formaba en la última línea de la fila de Sharpe—. Conozco tanto el uniforme como al soldado, señor —le dijo Sharpe a Gudin—. Es del 33.º, mi antiguo batallón. West Riding, Yorkshire.

—Bien. —Gudin cerró la caja de yesca de golpe y apagó así la pequeña llama—. ¿Y no le importa desconcertarlos?

—Para eso estoy aquí, señor —respondió Sharpe con un apropiado tono sanguinario.

—Creo que el ejército británico perdió con usted a un buen soldado, Sharpe —dijo Gudin al tiempo que se ponía en pie y conducía a Sharpe más hacia el interior del bosque—. Si no quiere quedarse en la India podría pensar en volver a casa conmigo.

—¿A Francia, señor?

Gudin sonrió ante el tono sorprendido de Sharpe.

—No es el país del diablo, Sharpe; es más, sospecho que es el lugar más glorioso que hay en este mundo de Dios, y en el ejército francés un buen soldado puede ser fácilmente ascendido al rango de oficial.

—¿Yo, señor? ¿Un oficial? —Sharpe se rió—. Es como convertir una mula en un caballo de carreras.

—Se subestima usted. —Gudin hizo una pausa. Se oyó ruido de pisadas a la derecha y una repentina descarga de mosquetería a la izquierda, en la distancia. Los disparos de los mosquetes atrajeron a un excitado tumulto de miembros de la infantería del Tippoo que se movían atolondrados entre los árboles. El sargento Rothière les gritó en una mezcla de francés y kanarés y su repentina autoridad calmó a los soldados, que se agruparon en torno al coronel Gudin. Gudin esbozó una sonrisa rapaz—. Vamos a ver si podemos engañar a algunos de sus antiguos compañeros, Sharpe. Gríteles que vengan hacia aquí.

—¡Adelante! —bramó obedientemente Sharpe dirigiéndose a los oscuros árboles

—. ¡Adelante! —Se detuvo a escuchar si alguien respondía—. ¡Trigésimo tercero! ¡A mí! ¡A mí!

Nadie respondió.

—Pruebe con un nombre —sugirió Gudin.

Sharpe se inventó el nombre de un oficial.

—¡Capitán Fellows! ¡Por aquí! —Lo gritó una docena de veces pero no hubo respuesta—. ¡Hakeswill! —chilló al final—. ¡Sargento Hakeswill!

Entonces, desde tal vez unos treinta pasos de distancia, aquella odiada voz contestó a la llamada.

—¿Quién anda ahí? —El sargento parecía desconfiar.

—¡Venga aquí! —exclamó Sharpe con brusquedad.

Hakeswill hizo caso omiso de la orden, pero el hecho de que alguien hubiese respondido alegró a Gudin, el cual había hecho formar silenciosamente a aquella extraviada unidad de la infantería del Tippoo en una línea que aguardaba para matar a cualquiera que se acercara en respuesta a las llamadas de Sharpe. Delante de ellos reinaba el caos. Los misiles chocaban contra las ramas, los fogonazos de los mosquetes llameaban en la flotante humareda y las balas golpeaban contra los árboles o atravesaban las gruesas hojas con ruidosos crujidos. Se oyó una sanguinaria ovación a lo lejos, pero Sharpe no pudo distinguir si las tropas que gritaban con tanto entusiasmo eran indias o británicas.

Sharpe sí que tenía clara una cosa. El 33.º estaba en dificultades. No deberían haber abandonado hasta morir al pobre Jed Mallinson, y esa triste muerte, junto con los dispersos sonidos de combate, indicaba que los soldados del Tippoo habían conseguido dividir a las fuerzas atacantes y ahora las estaban eliminando por partes. Sharpe creyó que o era entonces, o nunca. Tenía que alejarse de Gudin y reincorporarse a su batallón de alguna manera.

—Debo acercarme más, señor —le dijo al coronel y, sin esperar respuesta, se adentró corriendo entre los árboles—. ¡Sargento Hakeswill! —gritó mientras corría—. ¡A mí, ahora! ¡Venga! ¡Vamos, cabrón miserable! ¡Muévase, desgraciado! ¡Vamos! —Oyó que Gudin lo seguía, así que Sharpe se calló y, al encontrarse de pronto sumergido en las sombras, se escabulló.

—¡Sharpe! —exclamó Gudin entre dientes, pero Sharpe ya estaba bastante lejos del coronel y creía que lo había hecho sin parecer un desertor.

—¡Sargento Hakeswill! —bramó Sharpe, luego siguió corriendo otra vez. Existía el peligro de que con sus gritos mantuviera a Gudin pegado a sus talones, pero era más peligroso aún dejar que el francés pensara que estaba intentando reunirse con los británicos de forma deliberada porque entonces Lawford podría sufrir, así que Sharpe corrió el riesgo mientras se abría camino y se adentraba más en la densa arboleda—. ¡Hakeswill! ¡A mí! ¡A mí! —Atravesó a empujones el espeso follaje, tropezó con un

arbusto y se cayó, se levantó y siguió corriendo hasta llegar a un claro—. ¡Hakeswill! —gritó.

Un misil se estrelló contra una rama alta por encima de Sharpe y cayó directo al claro delante de él. Una vez en el suelo, el misil empezó a dar vueltas frenéticamente como un perro rabioso que tratara de atrapar su propia cola y la brillante luz de la tobera iluminó los árboles de alrededor. Sharpe se encogió y se alejó del azote de la cola encendida y estuvo a punto de tropezar con el sargento Hakeswill, que había aparecido de pronto de entre los arbustos que tenía a su izquierda.

—¡Sharpy! —gritó Hakeswill—. ¡Cabrón! —Arremetió contra Sharpe como un loco con su alabarda ensangrentada. Morris, al oír que alguien repetía el nombre de Hakeswill a gritos, le había ordenado al sargento que averiguara quién lo llamaba y éste había obedecido de mala gana. En aquel momento, de pronto, Hakeswill estaba solo con Sharpe y el sargento volvió a embestir con la lanza—. ¡Desgraciado traidor! —exclamó Hakeswill.

—¡Por el amor de Dios, suéltela! —gritó Sharpe, retrocediendo ante las rápidas arremetidas de la cabeza de la lanza.

—¿Huyendo del enemigo, Sharpy? —dijo Hakeswill—. Yo debería delatarlo, ¿no es cierto? Habría otro consejo de guerra y un pelotón de fusilamiento esta vez. Pero no voy a correr ese riesgo. Voy a ensartar sus mollejas en una brocheta, Sharpy, y voy a mandarlo de vuelta a su creador. ¿Y ahora además lleva hábito? —El sargento realizó otra acometida y Sharpe retrocedió de un salto una vez más, pero entonces el misil que se extinguía empezó a silbar por todo el claro y su larga caña de bambú se le enredó a Sharpe entre las piernas. Cayó de espaldas y Hakeswill lanzó un grito de triunfo al tiempo que se abalanzaba hacia él con la alabarda lista para entrar a fondo.

Sharpe notó el tubo de hierro del misil bajo su mano derecha, lo agarró y se lo tiró a Hakeswill a la cara. La pólvora que servía de combustible para el misil estaba prácticamente agotada, pero quedaba la suficiente para causar una última llama repentina que lamió el rostro de ojos azules de Hakeswill. El sargento dio un alarido, soltó la alabarda y se llevó las manos a los ojos. Para su sorpresa descubrió que aún veía y que las quemaduras que tenía en la cara no eran graves, pero al dejarse llevar por el pánico había pasado a trompicones junto a Sharpe, así que entonces se dio la vuelta y, mientras lo hacía, sacó una pistola del cinturón.

En aquel preciso momento un pelotón de casacas rojas irrumpió en el claro. El ardiente armazón del misil dejó ver que eran soldados de la compañía de granaderos del 33.º, que estaban tan perdidos como cualquier otro casaca roja en aquella caótica noche. Uno de los granaderos vio a Sharpe quien, vestido con su túnica de listas atigradas, se ponía en pie. El granadero alzó su fusil.

—¡Dejen a este desgraciado! —gritó Hakeswill—. ¡Es mío!

Entonces surgió de entre los árboles el fogonazo de una descarga de mosquetes y

la mitad de los granaderos se giraron o fueron arrojados hacia atrás. La sangre silbó sobre los restos ardientes del misil en tanto que una compañía de tropas de rayas atigradas salió de pronto de la arboleda. El coronel Gudin y el sargento Rothiére iban en cabeza. Al ver al enemigo, Hakeswill se dio la vuelta para echar a correr, pero uno de los soldados del Tippoo se abalanzó blandiendo un mosquete con la bayoneta calada y consiguió tirar al sargento al suelo, donde primero se apartó retorciéndose frenéticamente y luego gritó pidiendo clemencia. Gudin pasó corriendo junto al caído Hakeswill.

—¡Bien hecho, Sharpe! —exclamó Gudin—. ¡Bien hecho! ¡Basta ya! ¡Basta! — estas últimas órdenes iban dirigidas a los soldados del Tippoo, que con entusiasmo habían empezado a propinar bayonetazos a los granaderos supervivientes—. ¡Nosotros hacemos prisioneros! —rugió Gudin—. ¡Prisioneros! —Rothiére apartó de un golpe una bayoneta para evitar que el soldado matara salvajemente a Hakeswill.

Sharpe maldecía. ¡Le había faltado tan poco para escaparse sin dejar rastro! Si Hakeswill no lo hubiera atacado podría haber corrido otros cincuenta metros entre los árboles, haberse deshecho de la túnica de listas atigradas y haber encontrado a alguno de sus viejos amigos. En lugar de eso se había convertido en un héroe a ojos de Gudin, que estaba convencido de que Sharpe había atraído a todos los granaderos hacia el claro, donde los doce supervivientes de aquel fervoroso ataque eran entonces prisioneros junto con Hakeswill, que renegaba y se agitaba víctima de sus tics.

—¡Corrió usted un enorme riesgo, cabo! —dijo Gudin, que regresó junto a Sharpe al tiempo que enfundaba su espada—. Podrían haberle disparado sus antiguos amigos. Pero funcionó, ¿eh? ¡Y ahora es cabo!

—Sí, señor. Funcionó —respondió Sharpe, aunque no disfrutó nada con ello. Todo había salido desastrosamente mal, en realidad la noche entera les había ido desastrosamente mal a los británicos. En aquellos momentos los soldados del Tippoo barrían el *tope* metro a metro y perseguían a los supervivientes británicos de nuevo hacia el otro lado del canal. Iban tras los derrotados fugitivos lanzando gritos de burla, descargas de mosquete y salvas de misiles. Se había capturado a trece prisioneros, todos ellos gracias a Sharpe y a Gudin, y los desdichados soldados fueron conducidos en manada de vuelta a la ciudad en tanto que el casaca roja muerto fue despojado de sus armas y objetos de valor.

—Me aseguraré de que el Tippoo tenga noticia de su coraje, Sharpe —dijo Gudin mientras recuperaba su caballo—. Él también es un hombre valiente y admira esa cualidad en los demás. ¡Estoy seguro de que querrá recompensarle!

—Gracias, señor —respondió Sharpe, aunque sin entusiasmo.

—No estará usted herido, ¿verdad? —preguntó Gudin con inquietud, pues le llamó la atención el tono triste de la voz de Sharpe.

—Me he quemado la mano, señor —dijo Sharpe. No se había dado cuenta cuando

agarró el tubo del misil para rechazar el ataque de Hakeswill, pero el cilindro metálico le había chamuscado la mano, aunque no era grave—. No es gran cosa —añadió—. Sobreviviré.

—¡Pues claro que sobrevivirá! —afirmó Gudin; luego se rió con gran alegría—. Les dimos una buena paliza, ¿no es cierto?

—Una derrota aplastante, señor.

—Y volveremos a derrotarlos, Sharpe, cuando ataquen la ciudad. ¡No saben lo que les espera!

—¿Qué es lo que les espera, señor? —inquirió Sharpe.

—Ya lo verá. Ya lo verá —respondió Gudin, luego se encaramó a su silla. El sargento Rothière quiso quedarse en el *tope* para recoger los mosquetes británicos, así que el coronel insistió en que Sharpe montara el segundo caballo de regreso a la ciudad con los desconsolados prisioneros, que estaban bajo la vigilancia de una jubilosa compañía de las tropas del Tippoo.

Hakeswill miró a Sharpe y escupió.

—¡Condenado traidor!

—No le haga caso —dijo Gudin.

—¡Víbora! —exclamó Hakeswill entre dientes—. ¡Un maldito pedazo de mierda, eso es lo que es usted, Sharpy! ¡Dios! —La última imprecación fue debida a que uno de los soldados que custodiaban a los prisioneros le había propinado un golpe con el cañón del mosquete en la parte posterior de la cabeza—. Negro de mierda —murmuró Hakeswill.

—Me gustaría hacerle tragar los dientes, señor —le dijo Sharpe a Gudin—. Si usted no tiene inconveniente, señor, me adentraré en la oscuridad con este cabrón y acabaré con él.

Gudin suspiró.

—Sí que me opongo —dijo el coronel en tono suave—, porque es muy importante que tratemos bien a los prisioneros, Sharpe. A veces me temo que el Tippoo no comprende las cortesías de la guerra, pero hasta el momento me las he arreglado para convencerlo de que si tratamos a nuestros prisioneros como es debido, nuestros enemigos a cambio tratarán a los suyos de la misma manera.

—Sigo teniendo ganas de hacerle tragar los dientes, señor.

—Le aseguro que puede ser que el Tippoo lo haga sin su ayuda —replicó Gudin en tono grave.

Sharpe y el coronel espolearon a sus caballos y adelantaron a los prisioneros para cruzar el puente de regreso a la ciudad y desmontar en la puerta Mysore. Sharpe le entregó las riendas de la yegua a Gudin, quien le dio las gracias una vez más y le lanzó nada menos que un *haideri* de oro como recompensa.

—Vaya a emborracharse, Sharpe —le dijo el coronel—, se lo merece.

—Gracias, señor.

—Y créame, se lo contaré todo al Tippoo. ¡Admira mucho la valentía!

El teniente Lawford se encontraba entre la curiosa multitud que esperaba al otro lado de la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó a Sharpe.

—La he cagado —respondió Sharpe con amargura—. ¡La he cagado del todo, maldita sea! Venga, vamos a gastar un poco de dinero. Emborrachémonos.

—No, espera. —Lawford había visto a los casacas rojas que se acercaban bajo la luz de las llamas de las antorchas de la puerta y se zafó de Sharpe para observar a los trece prisioneros que eran obligados a entrar en la ciudad a punta de bayoneta. La muchedumbre empezó a abuchearlos.

—¡Apártate! —insistió Sharpe, y tiró de Lawford agarrándolo por el codo.

Lawford se soltó de una sacudida y se quedó mirando fijamente a los prisioneros, incapaz de ocultar su disgusto al ver a soldados británicos siendo conducidos al cautiverio. Entonces reconoció a Hakeswill, quien, en el mismo instante, clavó los ojos en el rostro del teniente. Sharpe vio la mirada de absoluto asombro de Hakeswill; por un instante dio la impresión de que el mundo dejaba de girar. Lawford parecía incapaz de moverse, mientras que Hakeswill se quedó boquiabierto sin dar crédito a lo que veía y dio la sensación de que iba a gritar que lo había reconocido. Sharpe alargó la mano para arrebatarse un mosquete a uno de los soldados de infantería del Tippoo, pero entonces Hakeswill se dio la vuelta deliberadamente y recobró la compostura como si con ello mandara un mensaje silencioso dando a entender que no mencionaría la presencia de Lawford. Los doce granaderos presos se hallaban aún a unos pocos metros de distancia y Lawford, al darse cuenta de pronto de que aún podrían reconocerlo más hombres de su batallón, finalmente se alejó. Arrastró a Sharpe con él, pero Sharpe protestó.

—¡Quiero matar a Hakeswill!

—¡Vamos! —Lawford bajó a toda prisa por un callejón. El teniente había palidecido. Se detuvo junto al arco de entrada de un pequeño templo coronado con una escultura de una vaca que descansaba bajo un parasol. Dentro del santuario chisporroteaban unas pequeñas llamas—. ¿Dirá algo? —preguntó Lawford.

—¿Ese cabrón? —dijo Sharpe—. Todo es posible.

—Seguro que no. No nos delatará —afirmó Lawford, y a continuación se estremeció—. ¿Qué ocurrió, por el amor de Dios?

Sharpe le contó los acontecimientos de aquella noche y lo cerca que había estado de escabullirse y volver a las líneas británicas.

—Fue el maldito Hakeswill quien me lo impidió —se quejó.

—Podría ser que lo hubiera malinterpretado —dijo Lawford.

—Él sí que no.

—¿Pero qué pasará si nos traiciona? —quiso saber Lawford.

—Entonces iremos a hacerle compañía a tu tío en las condenadas celdas —respondió Sharpe con pesimismo—. Tendrías que haberme dejado matar a ese desgraciado allí en la puerta.

—¡No seas idiota! —exclamó Lawford bruscamente—. Sigues estando en el ejército, Sharpe. Y yo también —de pronto sacudió la cabeza—. ¡Santo cielo! —soltó—. Necesitamos encontrar a Ravi Shekhar.

—¿Por qué?

—¡Porque si nosotros no podemos sacar la información tal vez él sí que pueda! —respondió Lawford con enojo. Estaba enfadado consigo mismo. Lo había seducido tanto la exploración de la existencia de un soldado raso que se había olvidado de su deber y ahora esa negligencia lo llenaba de un sentimiento de culpabilidad—. ¡Tenemos que encontrarle, Sharpe!

—¿Cómo? ¡No podemos recorrer las calles preguntando por él!

—Pues entonces busquemos a la señora Bickerstaff —dijo Lawford en tono apremiante—. ¡Encuéntrala, Sharpe! —bajó la voz—. Es una orden.

—Jerárquicamente estoy por encima de ti —replicó con calma Sharpe.

Lawford se volvió hacia él con furia.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Ahora soy cabo, soldado —respondió Sharpe con una sonrisa burlona.

—¡Esto no es ninguna broma, Sharpe! —exclamó Lawford bruscamente. En su voz había una súbita autoridad—. No estamos aquí para divertirnos. Estamos aquí para cumplir con una misión.

—Hasta ahora lo hemos hecho bastante bien —dijo Sharpe a la defensiva.

—No, no es verdad —negó Lawford con firmeza—. Porque no hemos podido transmitir la información, ¿no es cierto? Y hasta que no lo hagamos, Sharpe, no habremos conseguido nada. Absolutamente nada. Así que hable con su chica, cuénteles lo que sabemos y dígame que busque a Shekhar. Es una orden, soldado Sharpe. ¡O sea que cúmplala! —Lawford se dio la vuelta airadamente y se fue muy ofendido.

Sharpe notaba el reconfortante peso del *haideri* en el bolsillo de su túnica. Pensó en seguir a Lawford, pero decidió que se fuera al infierno. Aquella noche podía permitirse lo mejor y la vida era demasiado corta como para dejar pasar una oportunidad como ésa. Resolvió que volvería al burdel. Le había gustado ese lugar, una casa plagada de cortinas, alfombras y lámparas de aceite de luz tamizada en la que dos chicas que se reían tontamente habían bañado a Sharpe y a Lawford antes de dejarles subir por las escaleras que conducían a los dormitorios. Con un *haideri* podría comprar toda una noche en una de aquellas habitaciones, quizá con Lali, la

alta muchacha que había dejado exhausto y lleno de remordimientos al teniente Lawford.

Así que se fue a gastar su oro.

El 33.º marchó tristemente de vuelta al campamento. Los heridos, regresaron cojeando o fueron trasladados por otros soldados, y había uno que profería un grito cada vez que apoyaba el pie izquierdo en el suelo. Aparte de eso, reinaba el silencio en el batallón. Les habían dado una paliza y oír las distantes burlas de los hombres del Tippoo era como si les frotaran las heridas con sal. Les persiguieron unos últimos misiles cuyas llamas hendían furiosamente el cielo, torcidas, bajo las estrellas. La Compañía Ligera y la de Granaderos fueron las que sufrieron las bajas. Faltaban unos cuantos hombres y Wellesley sabía que algunos de los ausentes habrían muerto y se temía que a otros los habrían capturado o bien yacerían todavía, heridos, entre los oscuros árboles. Las ocho compañías restantes del batallón habían avanzado para apoyar a las compañías de los flancos, pero, debido a la oscuridad, habían atravesado el canal demasiado al sur y, mientras Wellesley había intentado encontrar a sus atribuladas compañías de flanco, el comandante Shee había atravesado imperturbablemente el *tope* y había cruzado el canal hacia el otro lado sin toparse con el enemigo ni disparar una sola vez. Los dos batallones cipayos podrían perfectamente haber transformado el desastre de aquella noche en una victoria, pero no habían recibido órdenes, aunque a uno de los batallones, temiéndose una catástrofe, le había entrado el pánico y había disparado una descarga que mató a su propio oficial al mando, en tanto que a unos ochocientos metros por delante, el 33.º iba dando tumbos por ahí en medio de un caos nada marcial.

Era la falta de profesionalidad lo que irritó a Wellesley. Había fracasado. Otros batallones habían capturado de manera eficiente el tramo norte del canal, pero el 33.º había cometido un error garrafal. Wellesley había metido la pata, y él lo sabía. El general Harris se mostró muy comprensivo cuando el joven coronel informó de su fracaso; Harris murmuró algo sobre la incertidumbre de los ataques nocturnos y de que todo se arreglaría por la mañana, pero Wellesley seguía estando profundamente afectado por aquel revés. Era perfectamente consciente de que los soldados con experiencia como Baird lo despreciaban porque creían que su ascenso a segundo al mando era debido únicamente al hecho de que su hermano mayor era gobernador general de los territorios británicos en la India y la vergüenza de Wellesley fue aún mayor porque el general de división Baird estaba esperando con Harris cuando él llegó para informar de su fracaso, y el alto escocés pareció sonreírse mientras Wellesley confesaba los desastres de la noche.

—Los ataques nocturnos son un asunto difícil —afirmó Harris una vez, más mientras que Baird no dijo nada, y el elocuente silencio del escocés mortificaba a

Wellesley.

—Despejaremos el *tope* por la mañana. —Harris trató de consolar a Wellesley.

—Mis hombres lo harán —prometió Wellesley rápidamente.

—No, no. No estarán descansados —dijo Harris—. Será mejor que lo hagamos con tropas que estén más frescas.

—Mis muchachos estarán perfectamente preparados. —Fue la primera vez que Baird hablaba. Le sonrió a Wellesley—. Me refiero a la Brigada Escocesa.

—Solicito permiso para dirigir el ataque, señor —dijo Wellesley con mucha frialdad, haciendo caso omiso de Baird—. Utilice las tropas que utilice, señor, yo seguiré siendo el oficial de servicio.

—Seguro que sí, seguro que sí —dijo Harris con vaguedad, sin conceder ni negar la petición de Wellesley—. Debe dormir un poco —le dijo al joven coronel—, así que déjeme desearle una apacible noche. —Esperó a que Wellesley se hubiera ido y sacudió la cabeza sin decir nada.

—Es un mocoso —dijo Baird en voz suficientemente alta como para que el coronel que se retiraba pudiese oírlo— que todavía tiene el cinturón de su espada enganchado a las faldas de su niñera.

—Es muy eficiente —comentó Harris en tono suave.

—Mi madre también era eficiente, que Dios la tenga en su gloria —replicó enérgicamente Baird—, pero no querría verla dirigiendo una maldita batalla. Mire, Harris, si deja que esté al mando del asalto a la ciudad se estará buscando problemas. Déjemelo a mí, hombre, déjemelo a mí. Tengo una cuenta pendiente con el Tippoo.

—La tiene —asintió Harris—, la tiene.

—Y déjeme tomar el maldito *tope* por la mañana. ¡Por Dios, podría hacerlo con un destacamento al mando de un cabo!

—Aun así, mañana le toca a Wellesley ser el oficial de servicio, Baird —dijo Harris. Luego se quitó la peluca como señal de que quería irse a la cama. Tenía un lado de su cuero cabelludo curiosamente aplanado allí donde lo habían herido en Bunker Hill. Se rascó la vieja herida y bostezó—. Buenas noches.

—¿Ya sabe cómo se escribe el nombre de Wellesley para ponerlo en el parte, Harris? ¡Con tres eles!

—Buenas noches —repitió Harris con firmeza.

Al amanecer, la Brigada Escocesa y dos batallones indios formaron al este del campamento, mientras una batería de cuatro cañones de doce libras desenganchaba sus arzones al sur de donde aquéllos se hallaban. En cuanto salió el sol los cuatro cañones empezaron a lanzar granadas contra el *tope*. Las espoletas encendidas de los proyectiles dejaban unas vaporosas estelas de humo en el aire y luego caían entre los árboles, donde sus explosiones quedaban amortiguadas por el espeso follaje. Una de las granadas no alcanzó su objetivo y un enorme chorro de agua se alzó del canal. Los

pájaros revoloteaban por encima del humeante *tope* lanzando graznidos de protesta ante la violencia que una vez más perturbaba sus nidos.

El general de división Baird esperaba frente a la Brigada Escocesa. Se moría por hacer avanzar a sus compatriotas, pero Harris insistió en que era privilegio de Wellesley.

—Es oficial de servicio hasta el mediodía —dijo Harris.

—No se ha levantado —replicó Baird—. Está durmiendo la mona. Si espera que se despierte el mediodía pasará. Déjeme ir, señor.

—Déle cinco minutos —insistió Harris—. He mandado a un edecán a despertarlo.

Baird había interceptado al edecán para asegurarse de que Wellesley no se despertara a tiempo, pero antes de que pasaran los cinco minutos el joven coronel atravesó a toda velocidad la plaza de armas montado en su caballo blanco. Iba despeinado, como alguien que se hubiese aseado precipitadamente.

—Mis más sinceras disculpas, señor —le dijo a Harris a modo de saludo.

—¿Está listo, Wellesley?

—Por supuesto, señor.

—Entonces ya sabe lo que tiene que hacer —dijo Harris de manera cortante.

—¡Cuide de mis muchachos escoceses! —le gritó Baird a Wellesley y, tal como esperaba, no recibió respuesta.

Los estandartes escoceses se desplegaron, los tambores hicieron sonar el toque de avance, los gaiteros dieron inicio a su música exaltada y la brigada marchó hacia el sol naciente. Los cipayos la siguieron. Los misiles hendían el cielo desde el *tope*, pero no fueron más precisos por la mañana de lo que lo habían sido la noche anterior. Los cuatro cañones de campaña de bronce disparaban granada tras granada y sólo se detuvieron cuando los escoceses llegaron al canal. Harris y Baird observaron mientras la brigada atacaba en una línea de cuatro filas de fondo que trepó por el terraplén más cercano, se perdió de vista en el interior del canal, reapareció al cabo de un momento en el terraplén del otro lado y finalmente desapareció más allá entre los árboles. Por unos instantes se oyó el disciplinado sonido de las descargas de mosquete y luego se hizo el silencio. Los cipayos seguían a los escoceses desplegándose a derecha e izquierda para atacar los bordes del maltrecho bosque. Harris esperó, entonces llegó galopando un mensajero proveniente del tramo norte del canal, que había sido tomado durante la noche, para informar de que la zona entre el *tope* y la ciudad estaba llena de enemigos fugitivos que corrían de vuelta a Seringapatam. Esa información demostraba que al fin el *tope* había sido capturado y que todo el acueducto se hallaba entonces en manos aliadas.

—Es hora de desayunar —dijo Harris alegremente—. ¿Me acompaña, Baird?

—Primero quiero conocer la lista de bajas, señor, si no le importa. —Pero no había ninguna lista de bajas porque no había muerto ningún miembro de las tropas

escocesas ni de las indias. Los soldados del Tippoo habían abandonado el *tope* en cuanto las granadas de artillería empezaron a caer entre los árboles, dejando tras de sí únicamente a los británicos muertos y desvalijados la noche anterior. El teniente Fitzgerald se encontraba entre ellos y fue enterrado con honores. Muerto a manos de una bayoneta enemiga, decía el informe.

Entonces, con la zona de acceso al oeste de la ciudad en manos de Harris, podía empezar el asedio propiamente dicho.

No fue difícil encontrar a Mary. Sharpe sencillamente le preguntó a Gudin y, tras los sucesos de la noche en el *tope*, el coronel estaba ansioso por darle a Sharpe cualquier cosa que quisiera. La pérdida del *tope* al amanecer del día siguiente no había menguado en absoluto la alegría del francés por la victoria nocturna ni tampoco el optimismo dentro de la ciudad, puesto que nadie había esperado seriamente que el *tope* resistiera más que unos cuantos minutos y el éxito de la noche anterior, con la subsiguiente toma de prisioneros y los rumores sobre una derrota británica, habían convencido a las fuerzas del Tippoo de que iban a demostrar estar más que a la altura de los ejércitos enemigos.

—¿Su mujer, Sharpe? —bromeó Gudin—. ¿Se convierte en cabo y todo lo que quiere es que le devuelvan a su mujer?

—Sólo quiero verla, señor.

—Está en casa de Appah Rao. Hablaré con el general, pero antes tiene usted que ir al palacio a mediodía.

—¿Yo, señor? —Al instante Sharpe sintió que le invadía la preocupación y temió que Hakeswill lo hubiese delatado.

—Para recibir una condecoración, Sharpe —lo tranquilizó Gudin—. Pero no se preocupe, voy a estar allí para robarle la mayor parte de su gloria.

—Sí, señor —dijo Sharpe con una sonrisa. Gudin le caía bien y no podía evitar el comparar a aquel amable francés de trato fácil con su propio coronel, que siempre parecía considerar a los soldados rasos como si fueran un incordio que no había más remedio que soportar. Claro que Wellesley estaba protegido de sus soldados por sus oficiales y sargentos, mientras que Gudin tenía un batallón tan pequeño que en realidad él era más un capitán que un coronel. Gudin contaba con la colaboración de un asistente suizo y con la ayuda ocasional de dos capitanes franceses cuando éstos no estaban bebiendo en el mejor burdel de la ciudad, pero en el batallón no había ningún teniente ni alférez y tan sólo tres sargentos, lo cual significaba que la tropa tenía un acceso sin precedentes a su coronel. A Gudin le gustaba que las cosas fueran de ese modo porque tenía pocas cosas más que lo mantuvieran ocupado. Oficialmente era el asesor francés del Tippoo, pero éste rara vez le pedía consejo a nadie. Todo esto lo confesó Gudin mientras caminaba con Sharpe hacia el palacio a mediodía.

—Lo sabe todo, ¿no, señor? —preguntó Sharpe.

—Es un buen soldado, Sharpe. Muy bueno. Lo que él quiere realmente es un ejército francés, no un consejero de Francia.

—¿Para qué quiere un ejército francés, señor?

—Para expulsarlos a ustedes, los británicos, de la India.

—Pero entonces tendrá que cargar igualmente con ustedes, los franceses —señaló Sharpe.

—Pero a él le gustan los franceses, Sharpe. ¿Le parece raro?

—Todo en la India me resulta extraño, señor. No he comido como es debido desde que llegué aquí.

Gudin se rió.

—¿Y qué es para usted una comida como es debido?

—Un poco de ternera, señor, con patatas y con una salsa lo bastante espesa como para atragantar a una rata.

Gudin se estremeció.

—*La cuisine anglaise!*

—¿Señor?

—Nada, Sharpe. Nada.

Una media docena de hombres esperaban para ser presentados ante el Tippoo, todos ellos soldados que se habían distinguido de alguna manera en la defensa del *tope* la noche anterior. Había también un prisionero, un soldado hindú al que habían visto huir cuando los atacantes cruzaron el canal la primera vez. Todos ellos, tanto cobardes como héroes, aguardaban en el patio donde el Tippoo había puesto a prueba a Sharpe y a Lawford, aunque aquel día se habían llevado a cinco de los seis tigres y dejado tan sólo a un enorme y dócil viejo macho. Gudin se acercó a la bestia, le hizo cosquillas en la barbilla y luego le rascó la cabeza entre las orejas.

—Éste es manso como un gato, Sharpe.

—Dejaré que lo acaricie usted, señor. Por nada del mundo me acercaría a una de esas bestias.

Al tigre le gustaba que lo rascaran. Cerró sus ojos amarillos y durante unos pocos segundos Sharpe casi se convenció de que la enorme bestia ronroneaba. Luego ésta dio un enorme bostezo mostrando una boca inmensa con unos dientes viejos y gastados, y al bostezar estiró las patas delanteras, de cuyas peludas almohadillas surgieron dos juegos de largas zarpas ganchudas.

—Así es como mata —dijo Gudin señalando las garras al tiempo que retrocedía—. Te sujeta con los dientes y luego te raja el vientre con sus zarpas. Este no, sin embargo. No es más que una vieja y dulce mascota. Y llena de pulgas, además. —Gudin se sacudió una pulga que tenía en la mano y se dio la vuelta cuando se abrió una puerta que daba al patio y una procesión de miembros del séquito palaciego salió

a la luz del sol en fila india. Iba encabezada por dos hombres vestidos con toga que llevaban unos bastones con cabezas de tigre de plata en la punta. Eran chambelanes que hicieron formar a los héroes en fila y empujaron a un lado al cobarde, y tras ellos venían dos hombres extraordinarios.

Sharpe se quedó boquiabierto al verlos. Ambos eran enormes, altos y musculosos como boxeadores profesionales. Su piel oscura, desnuda de cintura para arriba, estaba untada de aceite y tenía un brillo refulgente, y poseían una larga melena negra enrollada una y otra vez alrededor de la cabeza y luego atada con lazos blancos. Tenían unas hirsutas barbas negras y unos anchos bigotes encerados para que quedaran rígidos y en punta.

—*Jettis* —le susurró Gudin a Sharpe.

—¿*Jettis*? ¿Qué son, señor?

—Hombres fuertes —respondió Gudin— y verdugos. —El soldado que había huido de los atacantes británicos cayó de rodillas y gritó una súplica a los chambelanes. Éstos no le hicieron caso.

Sharpe se hallaba en el extremo izquierdo de la fila de héroes, los cuales se pusieron derechos con orgullo cuando el Tippoo en persona entró en el patio. Iba escoltado por seis sirvientes más, cuatro de los cuales sostenían un palio de listas atigradas por encima de su cabeza. El dosel de seda estaba sujeto a unos postes con remates de tigre y tenía unos flecos de lágrimas de perlas. El Tippoo llevaba una toga de color verde de la que colgaban más perlas y su espada de empuñadura de tigre que pendía de un fajín de seda amarilla dentro de su vaina engarzada. Su ancho turbante también era de color verde y estaba envuelto con más perlas, mientras que en el penacho que lo coronaba brillaba un rubí tan enorme que al principio Sharpe supuso que debía de ser de cristal, porque sin duda no podía haber una piedra preciosa tan grande, excepto quizás el gran diamante de un color entre blanco y amarillo que constituía el pomo de una daga que el Tippoo llevaba en su gualdo fajín.

El Tippoo miró al tembloroso soldado y luego hizo una señal con la cabeza a los *jettis*.

—Esto no es agradable, Sharpe —advirtió el coronel Gudin en voz baja por detrás de Sharpe.

Uno de los *jettis* agarró al aterrorizado prisionero y tiró de él para que se irguiera, luego lo condujo medio a rastras para situarlo frente al Tippoo. Una vez allí el *jetti* obligó al hombre a darse media vuelta, luego lo empujó para que se pusiera de rodillas, se arrodilló él también a sus espaldas y rodeó con sus brazos el torso y extremidades superiores del prisionero de manera que éste no pudiera moverse. El condenado llamaba lastimeramente al Tippoo, que no hizo caso de sus ruegos, y entonces el segundo *jetti* se colocó frente al preso. El Tippoo hizo un gesto con la cabeza y el *jetti* que estaba de pie colocó sus enormes manos una a cada lado de la

cabeza del condenado. El hombre gritó, luego el grito se cortó cuando el *jetti* apretó con fuerza.

—¡Dios Santo! —exclamó Sharpe maravillado al ver que al hombre le retorcían la cabeza como si de un pollo se tratara. Nunca había visto una cosa igual, ni siquiera había imaginado que fuera posible. Tras él, el coronel Gudin emitió un pequeño sonido de desaprobación, pero Sharpe había quedado impresionado. Era una muerte más rápida que la que causaban los azotes, y más rápida también que la mayoría de los ahorcamientos en los que se dejaba a los prisioneros colgando y bailando mientras la soga los asfixiaba. El Tippoo aplaudió la demostración del *jetti*, lo recompensó y luego ordenó que sacaran de allí al muerto.

Entonces, uno a uno, los héroes de la noche fueron conducidos hacia el dosel de listas atigradas y hacia el hombre bajo y rechoncho que permanecía bajo su sombra. Los soldados se arrodillaban cuando se pronunciaban sus nombres y cada vez el Tippoo se inclinaba y se valía de ambas manos para alzar al hombre antes de hablar con él y obsequiar al héroe con un gran medallón. Los medallones tenían aspecto de ser de oro, aunque Sharpe supuso que debían de estar hechos de latón pulido, porque, ¿quién iba a regalar tal cantidad de oro? Todos los soldados besaron el obsequio y luego retrocedieron arrastrando los pies para volver a ocupar su sitio en la fila.

Al final le tocó a Sharpe.

—Ya sabe lo que tiene que hacer —dijo Gudin de modo alentador.

Sharpe lo sabía. No le gustaba postrarse de rodillas ante ningún hombre, y menos ante aquel monarca regordete que era enemigo de su país, pero adoptar una innecesaria actitud desafiante no le conduciría a ninguna parte, así que apoyó una rodilla en el suelo obedientemente. Le llegó un destello de la piedra de color blanco amarilleado de la empuñadura de la daga y Sharpe hubiera jurado que era un diamante de verdad. Un diamante enorme. El Tippoo sonrió, se inclinó hacia delante y alzó a Sharpe poniendo las manos bajo sus axilas. Era sorprendentemente fuerte.

Gudin había avanzado con Sharpe y en aquel momento hablaba en francés con el intérprete y éste lo tradujo al persa, con lo que Sharpe siguió sin entender nada. Para Sharpe, los acontecimientos de la noche anterior habían sido una locura, pero era evidente que Gudin estaba explicando una historia de grandes heroicidades, puesto que el Tippoo no dejaba de lanzar miradas de admiración a Sharpe. Sharpe le devolvió la mirada, fascinado. El Tippoo tenía los ojos grises, una piel oscura y un bigote negro muy bien recortado. A distancia parecía una persona rolliza, incluso fofa, pero más de cerca su rostro mostraba una adustez que convenció a Sharpe de que el coronel Gudin había estado en lo cierto al afirmar que aquel hombre era un magnífico soldado. Sharpe era mucho más alto que el Tippoo, tanto que si miraba al frente se encontraba con la enorme piedra de su penacho. No parecía cristal. Parecía un rubí gigantesco, de la medida de un pedazo de metralla. Estaba engarzado en un

delicado broche de oro y debía de valer una buena fortuna. Sharpe recordó su promesa de regalarle a Mary un verdadero rubí el día que se casara con ella y estuvo a punto de sonreír ante la idea de robar la piedra del Tippoo. Entonces se olvidó de la piedra cuando el Tippoo hizo algunas preguntas, pero no fue necesario que Sharpe respondiera porque el coronel Gudin se encargaba de hablar por él. Cuando las preguntas fueron contestadas el Tippoo miró a Sharpe a los ojos y se dirigió directamente a él.

—Dice —Gudin tradujo las palabras del intérprete— que ha demostrado ser un digno soldado de Mysore. Está orgulloso de tenerlo entre sus fuerzas y está deseando que llegue el día en que, con los infieles expulsados de la ciudad, pueda usted convertirse en un verdadero miembro de su ejército.

—¿Eso significa que tendrán que «circundarme», señor? —preguntó Sharpe.

—Significa que le está usted extraordinariamente agradecido a Su Majestad, que es lo que voy a comunicarle ahora —dijo Gudin, y así lo hizo, tal como era debido, y cuando sus palabras fueron traducidas el Tippoo sonrió, se volvió hacia uno de sus asistentes, tomó el último de los medallones de su cesto forrado de seda y alargó los brazos para ponérselo a Sharpe en el cuello. Sharpe se agachó para facilitarle las cosas y se ruborizó cuando el rostro del Tippoo se aproximó a él. Le llegó el aroma del acre perfume del monarca, luego Sharpe dio un paso atrás y, al igual que los demás soldados, se llevó el medallón a los labios. Estuvo a punto de soltar un juramento al hacerlo, porque aquella cosa no era en absoluto de latón, sino de pesado oro.

—Retroceda —le dijo Gudin entre dientes.

Sharpe le hizo una reverencia al Tippoo y regresó torpemente a su lugar en la fila. El Tippoo volvió a hablar, aunque en aquella ocasión nadie se molestó en traducírsele a Sharpe, la pequeña ceremonia terminó y el Tippoo se dio la vuelta y regresó a su palacio.

—Oficialmente ahora es usted un héroe de Mysore —le explicó Gudin con sequedad—, uno de los amados tigres del Tippoo.

—No merezco serlo, señor —dijo Sharpe al tiempo que inspeccionaba el medallón. Una de las caras estaba decorada con un intrincado diseño, mientras que en la otra había el rostro de un tigre que parecía estar hábilmente formado por las espirales de una complicada caligrafía—. ¿Aquí dice algo, señor? —le preguntó a Gudin.

—Dice, Sharpe, «*Assad Allah al-ghalib*», que es árabe y que significa: «El león de Dios es victorioso».

—¿León y no tigre?

—Es un versículo del Corán, Sharpe, la Biblia musulmana, y me imagino que el libro sagrado no menciona a los tigres. No puede ser, de lo contrario estoy seguro de

que el Tippoo hubiese utilizado esa cita.

—Es curioso, ¿no? —dijo Sharpe mientras escudriñaba el medallón de pesado oro.

—¿El qué?

—El animal de los británicos es el león, señor. —Sharpe soltó una risita y sopesó el oro con una mano—. ¿Es un individuo rico, el Tippoo?

—Tanto como puede —le respondió Gudin con sequedad.

—¿Y esas piedras preciosas son de verdad? ¿El rubí que lleva en el sombrero y el diamante de su daga?

—Las dos valen un dineral, Sharpe, pero tenga cuidado. Al diamante lo llaman la Piedra Lunar y se supone que trae mala suerte a cualquiera que lo robe.

—No estaba pensando en robarlo, señor —replicó Sharpe, aunque eso era exactamente lo que le había pasado por la cabeza—. Pero, ¿y esto? —Levantó de nuevo el pesado medallón—. ¿Tengo que conservarlo?

—¡Pues claro que sí! Aunque yo diría que sólo lo recibió porque exageré un poco sus hazañas.

Sharpe se quitó el medallón.

—Puede quedárselo, señor. —Le tendió el pesado premio al francés—. ¡En serio, señor! Vamos.

Gudin retrocedió y alzó las manos horrorizado.

—¡Si el Tippoo se entera de que lo ha regalado, Sharpe, nunca le perdonará! ¡Nunca! Es una insignia honorífica. Debe llevarla en todo momento. —El coronel sacó un reloj Breguet y abrió la tapa—. Tengo que cumplir con mis obligaciones, Sharpe, y eso me recuerda una cosa. Su mujer lo estará esperando en el pequeño templo situado junto a la casa de Appah Rao. ¿Sabe dónde es?

—No, señor.

—Diríjase al lado norte del gran templo hindú —dijo el coronel— y siga adelante. Llegará casi a la muralla de la ciudad. Una vez allí tuerza a la izquierda y verá el templo a su izquierda. Tiene una de esas vacas sobre la puerta.

—¿Por qué ponen vacas encima de las puertas, señor?

—Por la misma razón por la que nosotros ponemos imágenes de un hombre torturado en nuestras iglesias. Religión. Hace demasiadas preguntas, Sharpe. —El coronel sonrió—. Su mujer se encontrará con usted allí, pero recuerde, cabo, ¡turno de guardia a la puesta de sol! —Con esas palabras Gudin se alejó a grandes zancadas y Sharpe, con una última mirada al soñoliento tigre, lo siguió.

No fue difícil encontrar el pequeño templo que estaba situado enfrente de un antiguo portalón que conducía a las defensas del oeste. Aquellas eran las murallas contra las que McCandless le había advertido, pero Sharpe, al observarlas desde la entrada del templo, no vio nada extraño en ellas. Una larga rampa ascendía hasta la

banqueta y un par de soldados empujaban con gran esfuerzo una carretilla cargada con misiles hacia las murallas, donde una docena de enormes cañones se hallaban en sus troneras sin artilleros que los atendieran, pero él no vio nada siniestro, ninguna trampa para destruir a un ejército.

Una de las banderas con un sol bordado del Tippoo ondeaba en una alta asta sobre la mismísima torre de entrada, flanqueada por dos banderas más pequeñas de color verde en las que se veía un emblema plateado. El viento alzó una de las banderas y Sharpe vio que era la misma cabeza de tigre caligráfica que estaba grabada en su medalla. Sonrió. Tenía que enseñársela a Mary.

Entró en el templo, pero Mary no había llegado aún. Sharpe encontró una zona sombreada en un nicho que había a un lado del patio abierto y desde allí observó a un hombre completamente desnudo que tenía pintada una raya blanca en su calva y que estaba sentado con las piernas cruzadas frente a un ídolo que tenía cuerpo humano, cabeza de mono y que estaba pintado de color rojo, verde y amarillo. Otro dios, éste con siete cabezas de cobra, se hallaba en un nicho plagado de flores que se marchitaban. El hombre de las piernas cruzadas no se movió; Sharpe hubiese jurado que ni tan sólo parpadeó, ni siquiera cuando otros dos fieles llegaron al templo. Uno de ellos era una mujer espigada que llevaba un sari de color verde pálido y un pequeño diamante que brillaba a un lado de su nariz. Su compañero era un hombre alto que iba vestido con la túnica de listas atigradas del Tippoo, con un mosquete al hombro y una espada de empuñadura de plata que pendía de su costado. Era un hombre bien parecido, un compañero adecuado para la elegante mujer que se dirigió hacia un tercer ídolo, este último una diosa sentada que tenía cuatro pares de brazos. La mujer se llevó las manos juntas a la frente, hizo una profunda reverencia y luego alargó la mano e hizo sonar una diminuta campanilla para llamar la atención de la diosa. Fue entonces cuando Sharpe la reconoció.

—¡Mary! —la llamó, y ella se dio la vuelta alarmada y vio a Sharpe en medio de las sombras a un lado del santuario. La mirada de terror en el rostro de Mary frenó a Sharpe. El joven soldado alto había colocado una mano en la empuñadura de su espada—. Mary —volvió a decir Sharpe—, muchacha.

—¡Hermano! —exclamó Mary en voz alta, y entonces, casi presa del pánico, repitió—: ¡Hermano!

Sharpe sonrió, ocultando su desconcierto. Entonces vio que ella tenía lágrimas en los ojos y frunció el ceño.

—¿Estás bien, nena?

—Estoy perfectamente bien —dijo de forma deliberada; y añadió con una voz aún más forzada—: hermano.

Sharpe miró al soldado indio y vio que tenía un aspecto extremadamente protector.

—¿Es el general? —le preguntó a Mary.

—No. Es Kunwar Singh —respondió ella, entonces se volvió e hizo un gesto en dirección al soldado. Sharpe vio una expresión de ternura en su rostro, y enseguida comprendió lo que estaba ocurriendo.

—¿Habla inglés —preguntó Sharpe, y añadió, con una sonrisa burlona—: hermana?

Mary le dirigió una mirada de puro alivio.

—Un poco —dijo—. ¿Cómo estás? ¿Cómo tienes la espalda?

—Va mejorando mucho. Ese doctor indio hace magia, ya lo creo. Todavía me duele un poco de vez en cuando, pero no como antes. No, me va bien. ¡Hasta gané una medalla, mira! —Le enseñó el colgante de oro a Mary—. Pero necesito hablar contigo en privado —añadió cuando ella se acercó para mirar el medallón—. Es urgente, cariño —le dijo entre dientes.

Mary toqueteó el oro y luego miró a Sharpe.

—Lo lamento, Richard —susurró.

—No hay nada que lamentar, nena —le respondió Sharpe, y lo decía sinceramente, porque desde el instante en que había visto a Mary vestida con su sari había tenido la sensación de que no era mujer para él. Tenía un aspecto demasiado sofisticado, demasiado elegante, y las esposas de los soldados rasos normalmente no eran ninguna de esas dos cosas—. Tú y él, ¿eh? —preguntó a la vez que le echaba una mirada al alto y apuesto Kunwar Singh.

Mary asintió con un movimiento de la cabeza apenas perceptible.

—¡Bien por ti! —le gritó Sharpe al indio, y le sonrió—. ¡Mi hermana es una buena chica!

—Hermanastra —le dijo Mary en voz baja.

—Decídate de una vez, chica.

—Y he adoptado un nombre indio —dijo—. Aruna.

—Suená bien. Aruna —Sharpe sonrió—. Me gusta.

—Era el nombre de mi madre —explicó Mary, y se hizo un silencio incómodo. Miró al hombre de la raya blanca en la cabeza y luego tomó tímidamente a Sharpe por el codo y lo condujo de nuevo al interior del nicho inmerso en las sombras en el que él había aguardado su llegada. A lo largo de la pared del nicho había un poyo y Mary se sentó en él de cara a Sharpe con las manos en el regazo en actitud recatada. Kunwar Singh los miraba, pero no trató de acercarse.

Durante unos instantes ni Sharpe ni Mary supieron qué decir.

—He estado observando a ese tipo desnudo —dijo Sharpe— y no se ha movido ni un solo centímetro.

—Es una forma de adoración —explicó Mary en voz baja.

—Aunque puñeteramente extraña. Todo esto es extraño —comentó Sharpe

señalando el decorado santuario—. Parece un circo, ¿no? No puedo imaginarme algo así en casa. Payasos pintados en una iglesia, ¿eh? ¿Te lo imaginas? —Entonces recordó que Mary nunca había estado en Inglaterra—. No es lo mismo —dijo débilmente, y movió la cabeza hacia el siempre atento Kunwar Singh—. Tú y él, ¿eh? —volvió a decir.

Mary asintió.

—Lo siento, Richard. De verdad.

—Son cosas que pasan, nena —contestó Sharpe—. Pero no quieres que él sepa lo nuestro, ¿no es eso?

Ella asintió con la cabeza y volvió a poner cara de tener miedo.

—Por favor —le rogó. Sharpe hizo una pausa, no para mantener a Mary en ascuas, sino porque el hombre desnudo se había movido al fin. Había unido las manos lentamente y al parecer sus esfuerzos sólo llegaban a ese punto, porque se quedó completamente quieto otra vez—. ¿Richard? —suplicó Mary—. No se lo dirás, ¿verdad?

Sharpe volvió la mirada hacia ella.

—Quiero que hagas algo por mí —le dijo.

Pareció que ella recelaba, pero movió la cabeza en señal de afirmación.

—Claro. Si puedo.

—Hay un tipo en la ciudad llamado Ravi Shekhar. ¿Has entendido el nombre? Es un mercader, sabe Dios qué es lo que vende, pero seguro que está aquí y tienes que encontrarle. ¿Te dejan salir de la casa alguna vez?

—Sí.

—Entonces sal, nena, encuentra a ese tal Ravi Shekhar y dile que les lleve un mensaje a los británicos. Y el mensaje es éste: No deben atacar la muralla oeste. Ya está, eso es todo. Ahora mismo esos bobos se están preparando para atacar, así que es urgente. ¿Lo harás?

Mary se pasó la lengua por los labios y asintió.

—¿Y tú no le contarás lo nuestro a Kunwar?

—De todos modos no se lo hubiera dicho —dijo Sharpe—. Por supuesto que no. Te deseo que lo disfrutes, hermana, ¿eh? —Sonrió—. Hermana Aruna. Me alegro de tener a algún familiar, y tú eres todo lo que tengo. Detesto pedirte que encuentres a ese tal Shekhar, pero el teniente y yo no podemos arreglárnoslas para escapar, así que tiene que ser otra persona la que transmita el mensaje. Y me da la impresión de que eres tú. —Sharpe sonrió abiertamente—. Pero al parecer ahora has cambiado de bando, y no te culpo por ello. Bueno, ¿no te importa hacer esto por mí?

—Lo haré por ti. Te lo prometo.

—Eres una buena chica. —Se puso en pie—. ¿Los hermanos besan a las hermanas en la India?

Mary esbozó una sonrisa.

—Creo que sí.

Sharpe le dio un beso muy respetable en la mejilla y olió su perfume.

—Tienes un aspecto magnífico, Mary —le dijo—. Demasiado magnífico para mí, ¿eh?

—Eres un buen hombre, Richard.

—Eso no me va a servir de mucho en este mundo, ¿verdad? —Se apartó de Mary y le sonrió a Kunwar Singh, quien le ofreció una ligera y rígida reverencia—. ¡Es usted un hombre afortunado! —le dijo Sharpe, y entonces, con una última mirada atrás hacia aquella alta y elegante mujer que ahora se hacía llamar Aruna, se alejó de Mary Bickerstaff. «Tal como vienen, se van», pensó, pero también sintió una punzada de celos de aquel indio alto y bien parecido. Pero ¡qué diablos! Mary estaba haciendo todo lo posible para sobrevivir y Sharpe nunca culparía a nadie por eso. El también estaba haciendo lo mismo.

Se dirigía de vuelta a los barracones donde se acuartelaba el batallón de Gudin. Andaba pensando en Mary, en su aspecto refinado e incluso inaccesible, y apenas miraba por dónde iba cuando un alegre grito le advirtió que se acercaba una carreta de bueyes cargada con enormes barriles. Sharpe se echó a un lado a toda prisa mientras que los bueyes, con los cuernos pintados de amarillo y azul y unas campanillas de plata en la punta, pasaron junto a él pesadamente. Vio que el carro pintado de colores vivos bajaba por un estrecho callejón que conducía hacia la torre de entrada de la muralla oeste, y los centinelas de la puerta, al ver que se acercaba la carreta, tiraron de las enormes puertas dobles.

Sharpe, de forma instintiva, supo que allí pasaba algo. Se quedó parado, observando, y sospechó que estaba a un paso de resolver el misterio de la ciudad. Los guardias estaban abriendo las puertas y, sin embargo, por lo que Sharpe sabía, no había ninguna puerta en la muralla oeste de la ciudad, la que daba al río Cauvery Sur. Conocía la existencia de la puerta Bangalore al este, de la puerta Mysore al sur y de la mucho más pequeña Compuerta al norte, pero nadie le había hablado de un cuarto acceso y no obstante allí estaba. Era obvio que antes allí había habido otra compuerta, una que daba al Cauvery Sur, y era de suponer que aquella entrada a la ciudad se había cerrado hacía mucho tiempo, pero en aquel momento Sharpe estaba viendo cómo se abrían los portones y sin pensarlo se dio la vuelta y siguió a la carreta callejón abajo. El carro ya casi había desaparecido en la profunda oscuridad del túnel de la entrada y los dos guardias tiraban de las grandes puertas dobles para cerrarlas, pero entonces vieron el brillante medallón de oro en el pecho de Sharpe y tal vez ese extraño detalle los convenció de que poseía autoridad para entrar.

—¡Busco al coronel Gudin! —explicó descaradamente Sharpe cuando uno de los dos hombres avanzó, nervioso, para interceptarle el paso—. Tengo un mensaje para el

coronel, ¿sabes?

Ya había atravesado la puerta y vio que no se trataba de un pasadizo que conducía al exterior de la ciudad, sino que más bien era un largo túnel que tan sólo llevaba a un liso muro de piedra. Antiguamente había sido una puerta, eso era evidente, pero en algún momento habían tapiado la vieja puerta exterior para dejar aquel sombrío túnel que ahora estaba lleno de barriles. Debían de ser barriles de pólvora porque Sharpe vio unos pálidos trozos de mecha que salían de sus taponadas aberturas. Todo el lado norte del túnel estaba abarrotado de barriles de pólvora. Solamente el lado norte.

Un oficial lo vio y le gritó, enojado. Sharpe se hizo el inocente.

—¿El coronel Gudin? —preguntó—. ¿Ha visto al coronel Gudin, señor?

El oficial indio corrió hacia él y mientras se acercaba desenfundó una pistola, pero entonces, bajo la tenue y polvorienta luz del túnel, vio la medalla de oro colgando sobre el pecho de Sharpe y volvió a guardar la pistola en su fajín.

—¿Gudin? —le preguntó a Sharpe.

Sharpe sonrió con entusiasmo.

—Es mi oficial, señor. Tengo que darle un mensaje.

El indio no lo entendió, pero sabía lo que significaba aquella medalla y eso fue suficiente para que lo considerara digno de respeto. Pero se mantuvo firme. Le señaló la puerta a Sharpe y le hizo ademán de que debía irse.

—¿Gudin? —insistió Sharpe.

El hombre le hizo que no con la cabeza y Sharpe, con una sonrisa, abandonó el túnel.

Se había olvidado de Mary porque sabía que estaba a punto de comprender qué era aquello que se guardaba tan en secreto. Regresó por el callejón y cuando llegó al final se dio la vuelta, miró hacia lo alto de la muralla y se preguntó por qué no había artilleros junto a los cañones metálicos, por qué no había centinelas en las troneras y por qué no ondeaba ninguna bandera en las almenas. A lo largo de toda la muralla había banderas, centinelas y artilleros, menos allí. Esperó a que las puertas del túnel se cerraran y luego se apresuró a subir por la rampa más cercana que conducía a la banqueta del muro. Allí la pared era de rojos ladrillos de adobe y no era ni con mucho tan formidable como la muralla del sur, que estaba construida con enormes bloques de granito. Además, aquella pared no tenía más de seis metros de espesor, mientras que el túnel medía casi treinta metros de longitud. Subió corriendo hasta el parapeto donde esperaban los grandes cañones y cuando llegó a la banqueta lo comprendió todo.

Porque allí no había un solo muro, sino dos. Aquél sobre el que él se encontraba era el muro interior y era nuevo, tanto que algunos cortos tramos de la pared todavía estaban adornados con andamios y cuerdas en aquellos puntos donde los obreros del Tippoo se apresuraban a completar el trabajo. Ya unos dieciocho metros de distancia,

al otro lado de una zanja interior vacía, se alzaba la muralla exterior de la ciudad de la que colgaban las banderas y en la que los artilleros y centinelas montaban guardia. Aquel viejo muro exterior era unos sesenta centímetros más alto que la nueva muralla interior, pero enfrente de Sharpe y cerca del lugar en el que había visto el túnel abarrotado de barriles de pólvora, las viejas fortificaciones se estaban desmoronando por la parte superior. Sin duda aquel deterioro les serviría de referencia a los británicos y les tentaría a apuntar sus cañones hacia aquel tramo de muralla ruinoso con la seguridad de que pronto la destruirían con su bombardeo. Los grandes cañones de dieciocho y veinticuatro libras martillearían hasta que la vieja muralla exterior se derrumbara y dejara una brecha que haría de rampa. Los británicos, al observar esa brecha desde el otro lado del río, sin duda verían la nueva muralla interior, pero bien podrían pensar que no era más que el flanco de un almacén o un templo. De manera que el ataque atravesaría el río poco profundo, subiría por la rampa de la brecha de la muralla exterior y luego se extendería por el espacio entre los dos muros. Cada vez irían llegando más soldados, los últimos obligarían a avanzar a los de delante y poco a poco crecería la aglomeración entre las murallas. Los cañones y los misiles de la muralla interior dejarían caer una lluvia mortal, pero, al cabo de un rato, cuando los atacantes llenaran la zona comprendida entre las murallas, se haría detonar la inmensa carga de pólvora almacenada en lo que quedaba del elaborado portalón viejo. Y aquella explosión, cuya potencia quedaría canalizada por las antiguas y nuevas murallas, arrasaría aquel estrecho espacio e inundaría de sangre la zanja situada entre los muros. Sharpe miró a su izquierda y vio que el túnel estaba construido bajo una achaparrada torre de entrada. Aquella antigua torre seguramente se derrumbaría y vertería una lluvia de piedras sobre todo soldado que hubiera sobrevivido a la terrible explosión.

—¡Madre mía! —exclamó Sharpe, y luego volvió a bajar deslizándose por la rampa de la muralla interior y se fue a buscar a Lawford. Si Mary no conseguía transmitir el mensaje, pensó, el ataque se convertiría en una matanza. Sería una completa carnicería, y al parecer sólo Mary, que ahora estaba enamorada de un enemigo, podía evitarlo.

Las construcciones de asedio avanzaban a un ritmo constante y únicamente se vieron obstaculizadas por los cañones del Tippoo y por la escasez de madera necesaria para apuntalar las trincheras y construir las baterías en las que se emplazaría la artillería de asedio. El coronel Gent, un ingeniero de la Compañía de las Indias Orientales, supervisaba el trabajo y coincidía totalmente con el general Harris en que el deteriorado tramo de las murallas occidentales de la ciudad era el objetivo lógico y adecuado. Luego, unos días después de que se hubieran iniciado los trabajos de asedio, un granjero local reveló la existencia de una segunda muralla tras la primera. El hombre insistió en que la nueva muralla no estaba terminada, pero Harris se quedó tan preocupado por lo dicho por el granjero que llamó a su tienda a sus segundos y allí el coronel Gent les comunicó la nada halagüeña existencia de las nuevas murallas interiores.

—Ese individuo dice que a sus hijos se los llevaron para que ayudaran a construir los muros —informó el ingeniero—, y parece estar diciendo la verdad.

Baird rompió el breve silencio que siguió a las palabras de Gent.

—No pueden guarnecer ambas murallas, ¿no? —insistió el escocés.

—El Tippoo no va precisamente escaso de hombres —señaló Wellesley—. Treinta o cuarenta mil, por lo que hemos oído. Más que suficiente para defender las dos murallas, diría yo.

Baird no hizo caso del joven coronel, en tanto que Harris, incómodamente consciente de la mala relación entre sus dos segundos, se quedó mirando fijamente el mapa con la esperanza de que le sobreviniera la inspiración. El coronel Gent estaba sentado al lado de Harris. El ingeniero desplegó un par de gafas de montura metálica y se las enganchó en las orejas al tiempo que escudriñaba el mapa.

Harris suspiró.

—Sigo creyendo que el ataque tiene que ser por el oeste —dijo— a pesar de esta nueva muralla.

—¿Y el norte? —preguntó Wellesley.

—Según nuestro amigo el granjero —respondió Gent—, la nueva muralla interior llega hasta el norte. —Cogió un lápiz y marcó en el mapa la línea del nuevo muro interior para mostrar que allí por donde el río pasaba cerca de la ciudad había ahora una doble muralla—. Y el oeste es infinitamente preferible al norte —añadió Gent—. El Cauvery Sur es poco profundo, mientras que el río principal aún puede ser traicionero en esta época del año. Si nuestros muchachos tienen que vadear el Cauvery, que lo hagan por aquí. —Dio unos golpecitos sobre el acceso occidental a la ciudad—. Claro que —añadió con optimismo— tal vez ese individuo tenga razón y quizá la muralla interior no esté terminada.

Harris lamentó que McCandless no estuviera con el ejército. Aquel astuto escocés hubiese enviado a una docena de cipayos disfrazados y en unas horas hubiera descubierto el estado exacto de la nueva muralla interior, pero McCandless estaba perdido y Harris imaginaba que también lo estaban los dos hombres que habían mandado a rescatarlo.

—Podríamos cruzar por el vado Arrakerry —sugirió Baird— y luego realizar el ataque por el este igual que hizo Cornwallis.

Harris levantó el borde de su peluca y se rascó la vieja herida de la cabeza.

—Todo esto ya lo hemos discutido antes —dijo cansinamente. Le ofreció a Baird una lánguida sonrisa para que no se sintiera herido por su suave reprobación y luego explicó los motivos que tenía para no atacar por el este—. Primero tenemos que cruzar, y el enemigo tiene atrincheradas las orillas del río. Luego debemos atravesar la nueva muralla que rodea su campamento —mostró en el mapa el lugar donde el Tippoo había construido un sólido muro de adobe, bien dotado de cañones, alrededor del campamento situado fuera de las murallas sur y este de la ciudad—, después tenemos que sitiar la ciudad propiamente dicha y sabemos que tanto las murallas del este como las del sur ya tienen muros interiores. Y para abrir una brecha en esos muros tendremos que trasladar al otro lado del río todos y cada uno de los proyectiles y libras de pólvora.

—Y una buena lluvia haría que el vado fuera infranqueable —terció Gent con pesimismo—, por no hablar de que traería de vuelta a esos malditos cocodrilos. —Sacudió la cabeza—. No me gustaría estar transportando tres toneladas de suministros al día a través de un río medio desbordado lleno de hambrientas dentaduras.

—Es decir, que ataquemos por donde ataquemos —inquirió Wellesley—, ¿tendremos que atravesar dos murallas?

—Eso es lo que dijo ese hombre —gruñó Baird.

—Esta nueva pared interior —le preguntó Wellesley a Gent haciendo caso omiso de Baird—, ¿qué sabemos de ella?

—Es de barro —dijo Gent—, ladrillos rojos de adobe. Igual que el barro de Devon.

—El adobe se derrumbará —señaló Wellesley.

—Si está seco sí —asintió Gent—, pero el núcleo del muro no lo estará. El barro es un material buenísimo. Absorbe el fuego de cañón. He visto proyectiles de cañones de veinticuatro libras que rebotaban en el barro como pasas en un budín de riñones. Yo prefiero mil veces más derribar una buena muralla de piedra. Rompes la corteza y los cañones convierten su interior de escombros en una escalera. Pero con el barro no. —Gent miraba el mapa al tiempo que se escarbaba los dientes con la afilada plumilla de una péñola—. Con el barro no —añadió en voz más baja y llena de pesimismo.

—¿Pero cederá? —preguntó Harris con inquietud.

—¡Oh, sí! Cederá, señor, cederá, eso se lo garantizo, pero ¿cuánto tiempo tenemos para conseguir eso? —El ingeniero miró detenidamente al general con peluca por encima de las gafas—. No falta mucho para el monzón, y cuando empiecen las lluvias más nos valdrá volver a casa porque no podremos hacer nada. ¿Quiere abrirse camino a través de las dos murallas? Eso nos llevará dos semanas más, e incluso entonces la brecha interior será peligrosamente estrecha. ¡Peligrosamente estrecha! No podremos abrir fuego de escalada, ¿sabe?, y la brecha de la muralla exterior servirá de glacis para proteger la base de la interior. Tendremos que abrir fuego de frente, señor, y tendremos que apuntar a mucha más altura de la que le gustaría a cualquier artillero decente. Podemos abrirle una brecha, si se le puede llamar así, pero será estrecha y alta, ¡y quién sabe lo que nos aguardará en el otro lado! Nada bueno, me imagino.

—¿Pero podemos abrir una brecha en esta muralla exterior con suficiente rapidez? —preguntó Harris señalando el lugar en el mapa con unos golpecitos.

—Sí, señor. También es de barro en su mayor parte, pero es más antigua, de manera que el núcleo estará más seco. En cuanto hayamos roto la corteza, el resto se vendrá abajo en cuestión de horas.

Harris miró fijamente el mapa al tiempo que se rascaba bajo la peluca de forma inconsciente.

—Escalas —dijo tras una larga pausa.

Baird pareció alarmarse.

—¿No estará usted pensando en una escalada, Dios nos libre?

—¡No tenemos madera! —protestó Gent.

—Escalas de bambú —dijo Harris—, sólo unas cuantas. —Sonrió mientras se echaba hacia atrás en la silla—. Ábrame una brecha, coronel, y olvídense de la muralla interior. Asaltaremos la brecha, pero no la atravesaremos. En lugar de eso atacaremos por los ángulos de la misma. Usaremos escalas para trepar por los muros y luego atacaremos rodeando las murallas. En cuanto las fortificaciones exteriores sean nuestras, esos granujas tendrán que rendirse.

Se hizo el silencio en la tienda mientras los tres oficiales consideraban la sugerencia de Harris. El coronel Gent intentó limpiar las lentes de sus gafas con uno de los extremos de su fajín.

—Será mejor que rece para que nuestros muchachos suban a las murallas a toda velocidad, señor. —Gent rompió el silencio—. Va a mandar a batallones enteros al otro lado del río, general, los chicos que vayan detrás empujarán a los de delante, y si hay algún retraso se extenderán por el espacio entre las murallas como el agua cuando fluye para nivelarse. Y sabe Dios qué hay entre esos muros. ¿Una zanja inundada? ¿Minas? Pero incluso aunque no haya nada, los pobres tipos quedarán

atrapados entre dos fuegos.

—Dos destacamentos de asalto —dijo Harris, pensando en voz alta y sin hacer caso de los agoreros comentarios de Gent— en lugar de uno. Que ambos ataquen dos o tres minutos antes del asalto principal. Sus órdenes serán trepar por la brecha hasta las murallas. Uno de los destacamentos se dirigirá hacia el norte por las fortificaciones exteriores y el otro hacia el sur. De esa forma no hará falta que se queden entre las murallas.

—Será un asunto muy desesperado —dijo Gent rotundamente.

—Los asaltos siempre lo son —replicó Baird con firmeza—. Por eso utilizamos destacamentos de asalto. —Un destacamento de asalto era un pequeño grupo de voluntarios que eran los primeros en entrar en una brecha para desencadenar las trampas ocultas que tuviera preparadas el enemigo. Las bajas siempre eran numerosas, aunque nunca había escasez de voluntarios. Sin embargo, aquella prometía ser una situación desesperada, puesto que a los dos destacamentos de asalto no se les pediría que se abrieran camino a través de la brecha, sino más bien que se desviarán hacia los muros a ambos lados de la misma y subieran por la fuerza a las fortificaciones—. No se puede tomar una ciudad sin derramamiento de sangre —siguió diciendo Baird, y se puso rígido en su silla—. Y una vez más, señor, solicito permiso para dirigir el asalto principal.

Harris sonrió.

—Concedido, David. —Habló con suavidad, utilizando el nombre de pila de Baird por primera vez—. Y que Dios le acompañe.

—Que Dios acompañe al maldito Tippoo —dijo Baird ocultando su alegría—. Él es quien va a necesitar ayuda. Se lo agradezco, señor. Me honra usted.

«O lo mando a la muerte», pensó Harris, pero se guardó esa opinión.

—Rapidez, caballeros —dijo—, rapidez. Las lluvias llegarán muy pronto, así que acabemos de una vez con este asunto.

Las tropas siguieron cavando, abriéndose camino en zigzag a través de los fértiles campos situados entre el canal y el brazo sur del río Cauvery. Un segundo ejército británico, seis mil quinientos soldados de Cannanore, en la costa de Malabar, al oeste de la India, llegó para engrosar las filas de los sitiadores. Los recién llegados acamparon al norte del Cauvery y colocaron baterías de artillería que podían barrer con sus disparos la zona de aproximación a la brecha propuesta. En aquellos momentos la ciudad, con sus treinta mil defensores, se encontraba asediada por cincuenta y siete mil hombres, la mitad de los cuales marchaba bajo estandartes británicos y la otra mitad bajo las banderas de Hyderabad. De las tropas británicas, seis mil soldados eran realmente británicos, el resto eran cipayos, y detrás de todas esas tropas, en los campamentos en expansión, más de cien mil civiles hambrientos esperaban para saquear los suministros que, según se rumoreaba, había en el interior

de Seringapatam.

Harris tenía soldados suficientes para el asedio y el asalto, pero no para cercar completamente la ciudad, de manera que la caballería del Tippoo realizaba incursiones diarias desde el lado este de la isla, que no estaba vigilado, para atacar a los grupos de exploradores que deambulaban por lo más profundo del bosque en busca de madera y comida. Los jinetes del *nizam* de Hyderabad rechazaban diariamente los ataques. El *nizam* era musulmán, pero no le tenía ningún cariño a su correligionario, el Tippoo, y los soldados del ejército de Hyderabad combatían con fiereza. Uno de los jinetes regresó al campamento con las cabezas de seis enemigos atadas a la lanza por su larga melena. Sostuvo en alto los sangrientos trofeos y galopó con orgullo entre las líneas de tiendas en medio de los vítores de los cipayos y casacas rojas. Harris le hizo llegar al soldado unas guineas de recompensa mientras que Meer Allum, el comandante de las fuerzas del *nizam*, con más sentido práctico, le ordenó a una concubina que le expresara su gratitud.

Las trincheras acortaban distancias día a día, pero un último y tremendo obstáculo impidió que se acercaran a la ciudad lo suficiente para que la artillería de asedio pudiera iniciar su misión destructiva. En la orilla sur del río Cauvery, a unos ochocientos metros al oeste de la ciudad, se hallaban las ruinas de un viejo molino de agua. Al estar construidas con piedra, sus antiguas paredes eran lo bastante gruesas para resistir el fuego de artillería proveniente del campamento de Harris y de las nuevas posiciones británicas al otro lado del río. Los edificios en ruinas habían sido convertidos en un sólido fuerte equipado con una profunda zanja defensiva y fuertemente guarnecido por dos de los mejores *cushoons* del Tippoo, reforzados por artilleros de cañones y misiles, y mientras el molino siguiera existiendo, no podrían mover ningún cañón británico para colocarlo a una distancia desde la que pudiera castigar las murallas de la ciudad. Las dos banderas que ondeaban sobre el molino eran abatidas a tiros cada día, pero cada amanecer las izaban de nuevo, si bien es cierto que en astas más cortas, y una vez más los artilleros británicos e indios disparaban sin tregua con balas y granadas, y una vez más la bandera del sol y la del león de Dios eran derribadas, pero siempre que los tiradores se acercaban al fuerte para averiguar si algún defensor sobrevivía, había una descarga de cañones, misiles y mosquetes para demostrar que los hombres del Tippoo seguían siendo peligrosos. El Tippoo podía incluso enviar refuerzos a aquella plaza fuerte gracias a una profunda trinchera que pasaba cerca del brazo sur del Cauvery y hasta la cual sus soldados podían trepar durante la noche para relevar a la guarnición del maltrecho fuerte.

Tenían que tomar aquel fuerte. Harris ordenó un ataque al anochecer que fue encabezado por compañías de flanqueo indias y escocesas con el apoyo de un grupo de ingenieros cuyo trabajo consistía en tender un puente que atravesara la profunda zanja del molino. Una hora antes del asalto la artillería situada a ambas orillas del río

lanzó una lluvia de granadas contra el edificio. Los cañones de doce libras se cargaron con proyectiles de obús y las tenues estelas de sus mechas ardiendo hendían el aire con un chisporroteo para caer en picado sobre la humareda que se alzaba desde el maltratado fuerte. A la infantería que aguardaba y que tendría que vadear el Pequeño Cauvery, atravesar la zanja y asaltar el molino, le parecía que el pequeño fuerte desaparecía, porque no se veía nada más que la hirviente nube de humo y polvo en medio de la cual las granadas explotaban con apagados fogonazos rojos, pero, cada pocos instantes, como para ocultar la destrucción que tan absoluta parecía, un cañón indio lanzaba su respuesta y un proyectil cruzaba los campos con un silbido en dirección a las baterías británicas. O si no, un misil de los defensores salía despedido y su rastro de humo más espeso serpenteaba sobre la delicada estela dejada por las mechas de los proyectiles de obús. Los cañones más grandes que había en la muralla de la ciudad también disparaban e intentaban que sus proyectiles rebotaran en el suelo para que así alcanzaran dando saltos a la artillería de los sitiadores. Sharpe, dentro de la ciudad, oía el fuerte martilleo de los cañones y se preguntó si sería el presagio de un asalto contra las murallas de la ciudad, pero el sargento Rothière aseguró a sus hombres que se trataba únicamente de los británicos malgastando munición sobre el viejo molino.

De pronto cesó el bombardeo y los soldados del Tippoo salieron apresuradamente de los húmedos sótanos del molino para ocupar sus puestos en las chamuscadas fortificaciones. Llegaron a sus rotas banquetas justo a tiempo, puesto que los primeros ingenieros ya estaban arrojando bombas incendiarias al interior de la cárcava. Las bombas incendiarias eran unos fardos de paja húmeda que envolvían fuertemente un cartucho de papel que contenía salitre, pólvora y antimonio. Aquellos proyectiles ardían con virulencia y consumían la paja desde el interior arrojando asfixiantes nubes de humo a través de unos conductos que se dejaban en los cartuchos, de manera que en cuestión de segundos la zanja se llenó de una espesa niebla de humo gris sobre la cual los asustados defensores vertieron una descarga de mosquetería muy mal dirigida. Se lanzaron más bombas incendiarias, que aumentaron la cegadora humareda, bajo cuya protección se colocaron una docena de tablones de un lado a otro de la cárcava y un torrente de atacantes cruzó en estampida con las bayonetas caladas. Sólo unos cuantos hombres del Tippoo tenían todavía los mosquetes cargados. Esos hombres dispararon y uno de los atacantes se desplomó en medio del humo y cayó sobre los sibilantes proyectiles incendiarios, pero el resto ya trepaba por las paredes. La mitad de los atacantes eran soldados de las Highlands de Perthshire al mando de Macleod, mientras que el resto era infantería bengalí, y todos ellos cayeron sobre el molino como furias vengadoras. Los soldados del Tippoo parecían estar aturridos debido a lo repentino del asalto, o tal vez habían quedado tan afectados por los proyectiles y tan confundidos por la asfixiante humareda que fueron

incapaces de oponer resistencia e incapaces, también, de rendirse. Los soldados bengalíes y de las Highlands fueron a la caza entre las ruinas y sonaron sus gritos de guerra mientras abatían a la guarnición con disparos y bayonetazos, en tanto que, detrás de ellos, antes de que el humo de los proyectiles incendiarios hubiese empezado siquiera a desvanecerse o a calmarse la lucha en el molino, los ingenieros construían un puente más sólido a través del cual podrían transportar sus cañones de asedio y poder así convertir el viejo molino en una batería para abrir una brecha.

Al final el humo de los proyectiles incendiarios cesó y se dispersó, con sus restos teñidos de rojo por la luz del sol poniente, y bajo aquella luminosidad refulgente un soldado de las Highlands se puso a correr y brincar sobre las fortificaciones con la bandera del sol que había capturado enganchada en la punta de la bayoneta, mientras que un *havildar* bengalí hacía ondear la bandera del león del Tippoo a modo de celebración. El asalto se había convertido en una masacre y los oficiales trataron entonces de calmar a los atacantes mientras éstos penetraban aún más en los sótanos del molino. El sótano que se hallaba más en el interior era defendido con denuedo por un grupo de la infantería del Tippoo, pero uno de los ingenieros llevó el último proyectil incendiario que quedaba al interior del molino, encendió la mecha, esperó a que el humo empezara a salir de las chimeneas y lo lanzó escaleras abajo. Hubo unos segundos de silencio y luego los defensores, aturdidos y jadeantes, empezaron a subir por las empinadas escaleras con dificultad. El fuerte del molino había sido capturado y asombrosamente sólo uno de los atacantes había muerto, pero un horrorizado teniente de los Highlands contó doscientos cadáveres vestidos con la túnica de listas atigradas del Tippoo y aún había más enemigos muertos apilados de forma sangrienta en todas las troneras. El resto de componentes de la guarnición o bien habían sido hechos prisioneros o bien habían logrado huir por la zanja que comunicaba con la ciudad. Un sargento escocés encontró uno de los misiles del Tippoo en un polvorín, lo colocó en vertical entre dos de las piedras más grandes de las ruinas y luego encendió la mecha. Se oyeron unos vítores cuando el misil empezó a escupir llamas y humo, luego unos gritos de entusiasmo aún más fuertes cuando se elevó con un silbido hacia el cielo. Empezó a trazar tirabuzones en el aire dejando una caprichosa estela de humo en la atmósfera crepuscular y entonces, cuando alcanzó su apogeo y era ya casi invisible, empezó a descender y cayó sobre el Cauvery.

A la mañana siguiente los primeros cañones de dieciocho libras ya estaban emplazados en el molino. La ciudad quedaba a una larga pero no imposible distancia, y Harris dio la orden de que los cañones abrieran fuego. Los cañones de dieciocho libras formaban parte de la artillería pesada de asedio que abriría la brecha, pero de momento los utilizaron para atacar los cañones del enemigo. La muralla exterior de Seringapatam estaba protegida por un glacis, pero entre el muro y el río no había espacio suficiente para construir un glacis completo con una cara externa en suave

pendiente lo bastante alta para hacer rebotar las balas de cañón por encima de las murallas de la ciudad, por lo que el bajo glacis tan sólo podía proteger la base del muro, no el parapeto, y los primeros disparos de los ocho libras tenían como objetivo eliminar la artillería de ese parapeto. La buena suerte que había acompañado a los soldados bengalíes y de las Highlands en su asalto al viejo molino pareció entonces posarse en los hombros de los artilleros, puesto que su primera descarga rompió una tronera y la segunda desmontó el cañón que había tras ella, después de lo cual todos y cada uno de los disparos parecieron tener un efecto igualmente destructivo. Los oficiales británicos e indios miraban a través de los catalejos cómo, una tras otra, las troneras eran destruidas y cómo se derribaba cañón tras cañón. Una docena de piezas de artillería pesada cayeron hacia delante y fueron a parar a la cárcava inundada que había entre la muralla de la ciudad y el glacis, y cada vez que una de ellas se venía abajo, la caída era recibida con una ovación por parte de los asediadores. Los cañones de la muralla oeste estaban siendo eliminados y la destreza de los artilleros parecía prometer un fácil asalto. A las tropas se les levantó el ánimo.

Mientras tanto, en el interior de la ciudad, al ver cómo era destruido su valioso cañón, el Tippoo montó en cólera. El fuerte del molino, del cual había esperado que retrasara al enemigo hasta que el monzón se lo llevara por delante, había caído como el juguete de madera de un niño. Y ahora sus preciosos cañones estaban siendo destruidos por completo.

Ya era hora, decidió el Tippoo, de demostrar a sus soldados que aquellos enemigos de casacas rojas no eran demonios invulnerables, sino hombres mortales y que, al igual que otros hombres mortales cualesquiera, se les podía hacer gimotear. Era el momento de desenfundar las garras del tigre.

A una distancia de media hora a pie al este de la ciudad, justo al otro lado de la muralla con troneras que protegía el campamento del Tippoo, se hallaba su Palacio de Verano, el Daria Dowlat. Era mucho más pequeño que el palacio que había dentro de la ciudad, porque el Palacio Interior era el lugar donde vivía el enorme harén del Tippoo y donde su gobierno tenía las oficinas y su ejército el cuartel general, lo que lo convertía en una suma de establos, almacenes, patios, salones y celdas. El Palacio Interior era un hervidero de actividad, un lugar donde cientos de personas se ganaban la vida diariamente, mientras que el Palacio de Verano, que se alzaba en medio de extensos y verdes jardines y estaba protegido por un grueso seto de áloe, era un remanso de paz.

El Daria Dowlat no se había construido para impresionar, sino para que proporcionara comodidad. El edificio, de tan sólo dos pisos de altura, estaba construido con enormes vigas de madera de teca sobre las que se había dispuesto el estuco, que luego se había modelado y pintado de manera que todas las superficies brillaban con la luz del sol. El palacio entero estaba rodeado de una galería de dos

pisos y en el exterior de la pared del lado oeste, bajo la galería, allí donde el sol no le hiciera perder el color, el Tippoo había mandado pintar un enorme mural que representaba la batalla de Polilur, en la cual, diecisiete años antes, había destruido al ejército británico. Aquella gran victoria había extendido los dominios de Mysore a lo largo de la costa de Malabar y, para conmemorar tal triunfo, se había construido el palacio y se le había dado su nombre, el Daria Dowlat o Tesoro del Mar. El palacio estaba situado en el camino que conducía al extremo oriental de la isla, el mismo camino en el que se había levantado el espléndido y elegante mausoleo donde estaban enterrados el sensacional padre del Tippoo, Hyder Alí, y su madre, Begum Fátima. El Tippoo rezaba para que, algún día, sus restos también yacieran en ese lugar.

El jardín del Daria Dowlat era una gran extensión de césped salpicada de charcas, árboles, arbustos y flores. Allí crecían rosas y mangos, pero también había exóticas variedades de añiles y algodón mezcladas con piñas africanas y aguacates mejicanos, todas ellas plantas que el Tippoo había fomentado o importado con la esperanza de que resultarían rentables para su país, pero aquel día, el día después de que el fuerte del molino quedara inundado de humo, fuego y sangre, el jardín estaba ocupado por dos mil de los treinta mil soldados de las tropas del Tippoo. Estaban formados, dispuestos en tres de los lados de un cuadrado hueco al norte del palacio, dejando la ensombrecida fachada del Daria Dowlat como el cuarto lado de su cuadrado.

El Tippoo había ordenado un espectáculo para sus tropas. Había bailarinas de la ciudad, dos malabaristas y un encantador de serpientes, pero lo mejor de todo era que habían traído del Palacio Interior el órgano de madera en forma de tigre del Tippoo y los soldados reían cuando aquella bestia de tamaño real arañaba con sus zarpas la cara con sangre pintada del casaca roja. El gruñido provocado por los fuelles no se oía desde muy lejos, no más que el patético grito de la víctima del tigre, pero la mera acción del juguete bastaba para divertir a los soldados.

El Tippoo llegó en un palanquín después del mediodía. No le acompañaba ninguno de sus consejeros europeos ni estaba presente ninguna de sus tropas europeas, aunque Appah Rao sí asistió, pues dos de los cinco *cushoons* que formaban en los jardines del palacio pertenecían a la brigada de Rao y el general hindú, alto y callado, se hallaba justo detrás del Tippoo en la galería superior del palacio. Appah Rao estaba en desacuerdo con lo que iba a ocurrir, pero no se atrevió a protestar, puesto que cualquier indicio de deslealtad por parte de un hindú bastaba para despertar las sospechas del Tippoo. Además, no había manera de disuadir al mandatario. Sus astrólogos le habían dicho que había llegado un período de mala suerte que sólo podía conjurarse mediante el sacrificio. Otros sabios habían examinado detenidamente la superficie empañada de humo de una olla con aceite caliente, la forma de adivinación preferida del Tippoo, y habían descifrado los remolinos de extraños colores y lentos movimientos para declarar que su sombría

historia era la misma: una temporada de mala fortuna había llegado a Seringapatam. Aquella mala suerte había sido la causante tanto de la caída del fuerte del molino como de la destrucción de los cañones de la muralla exterior del oeste, y el Tippoo estaba decidido a conjurar aquellos días funestos.

El Tippoo dejó que sus soldados disfrutaran un rato más con el tigre, luego dio una palmada y ordenó a sus criados que se volvieran a llevar la reproducción de la bestia al Palacio Interior. Ocuparon el lugar del tigre una docena de *jettis* que salieron dando grandes zancadas al patio delantero con sus torsos desnudos relucientes. Durante unos momentos divirtieron a los soldados con sus trucos más corrientes: doblaban barras de hierro hasta darles forma de círculo, levantaban con dos manos a hombres hechos y derechos o hacían juegos malabares con balas de cañón.

Entonces sonó un tambor de piel de cabra y los *jettis*, obedeciendo sus golpes, volvieron a adentrarse en las sombras bajo el balcón del Tippoo. Los soldados que observaban se sumieron en un silencio expectante y luego gruñeron cuando un grupo de lastimosos prisioneros fue conducido al patio. Había trece presos, todos vestidos con casacas rojas, todos ellos soldados del 33.º que habían sido capturados durante la batalla nocturna en el *tope* de Sultanpetah.

Los trece hombres se quedaron de pie con aire vacilante en medio del corro que formaban sus enemigos. El sol picaba fuerte. A uno de los prisioneros, un sargento, le temblaba el rostro cuando miró hacia las filas de soldados de listas atigradas y no dejó de temblarle cuando se volvió y observó con curiosa intensidad al Tippoo, que salió a la barandilla de la galería superior y, con voz alta y clara, se dirigió a sus tropas. El enemigo, dijo el Tippoo, había sido afortunado. Habían conseguido algunas victorias fáciles al oeste de la ciudad, pero ésa no era razón para temerlos. Los hechiceros británicos, conscientes de que no podían derrotar a los tigres de Mysore sólo con la fuerza, habían realizado un poderoso encantamiento, pero con la ayuda de Alá se iba a desbaratar ese hechizo. Los soldados acogieron el discurso con un largo suspiro de aprobación, mientras que los prisioneros, que no entendían ni una palabra de lo que decía el Tippoo, miraron a su alrededor con preocupación, pero no podían comprender lo que estaba ocurriendo.

Unos guardias rodearon a los prisioneros y los hicieron volver a entrar en palacio a empujones, dejando a un único hombre solo en el patio. Ese soldado intentó irse con sus compañeros, pero uno de los guardias lo hizo retroceder a punta de bayoneta y la desigual contienda entre un prisionero confuso y un guardia armado suscitó un estallido de carcajadas. El prisionero, al que habían conducido de nuevo al centro del patio delantero, esperaba nervioso.

Dos *jettis* caminaron hacia él. Eran hombres grandes, con unas barbas formidables, altos y con su larga melena enrollada y sujeta en la cabeza. El prisionero se pasó la lengua por los labios, los *jettis* sonrieron y de pronto el casaca roja intuyó

su sino y dio dos o tres pasos apresurados para alejarse de los forzudos. Los soldados que miraban se rieron cuando el casaca roja intentó escapar, pero se hallaba acorralado entre tres barreras de infantería de listas atigradas y no podía huir a ninguna parte. Trató de esquivar a los dos *jettis*, pero uno de ellos alargó la mano y lo agarró de la roja casaca. El prisionero golpeó al *jetti* con los puños, pero era como un conejo dándole cachetes a un lobo. Los soldados que observaban volvieron a reír, aunque había cierto nerviosismo en su diversión.

El *jetti* tiró del soldado, lo acercó a su cuerpo y luego lo estrechó en un terrible y último abrazo. El segundo *jetti* le agarró la cabeza al casaca roja, hizo una pausa para coger aire y luego se la retorció.

El grito agónico del prisionero se apagó al instante. Por un segundo su cabeza miró hacia atrás sin ver nada y luego los *jettis* lo soltaron y, al tiempo que el torcido cuello volvía a su lugar de una forma grotesca, el soldado se derrumbó. Uno de los *jettis* levantó el cadáver con una mano enorme y lo arrojó al aire con desprecio igual a como haría un terrier que zarandeara una rata muerta. Los soldados que miraban se quedaron un segundo en silencio y luego dieron unos gritos de entusiasmo. El Tippoo sonrió.

Un segundo casaca roja fue conducido ante los *jettis* y a éste lo obligaron a ponerse de rodillas. No se movió cuando le colocaron el clavo en la cabeza. Maldijo entre dientes y luego murió en cuestión de segundos mientras su sangre caía a chorros sobre el patio de grava. Mataron a un tercer soldado de un solo puñetazo en el pecho, un golpe tan descomunal que lo hizo retroceder unos doce pasos al menos antes de que se estremeciera y su desgarrado corazón le fallara. Los soldados que observaban gritaron que querían ver cómo le retorcían el pescuezo como a un pollo a otro hombre, y los *jettis* los complacieron. Y así, uno a uno, los prisioneros fueron llevados a la fuerza a sus asesinos. Tres de aquellos hombres murieron de forma abyecta, pidiendo clemencia y llorando como niños. Dos murieron rezando, pero el resto lo hicieron con insolencia. Tres de ellos opusieron resistencia y un granadero alto provocó una irónica aclamación en las tropas cuando le rompió un dedo a un *jetti*, pero acabó muerto igual que el resto. Fueron muriendo uno tras otro, y a los que iban quedando para el final los obligaron a presenciar la muerte de sus compañeros y a preguntarse de qué modo iban a mandarlos a ellos junto a su Creador, si les clavarían un pincho en el cráneo, les retorcerían el cuello hasta darle la vuelta o si simplemente los golpearían hasta morir. Y a todos los prisioneros, una vez muertos, los decapitaban de un golpe de espada antes de envolver las dos partes de sus cuerpos en unas esteras de juncos y dejarlas a un lado.

Los *jettis* dejaron al sargento para el final. Los soldados que observaban ya tenían un humor excelente. Al principio estaban nerviosos, con cierta aprensión por la muerte a sangre fría en una tarde bañada por el sol, pero la fuerza de los *jettis* y las

desesperadas payasadas de los condenados al intentar escapar los habían divertido y ahora querían disfrutar con aquella última víctima que prometía proporcionarles el mejor entretenimiento del día. Su rostro se convulsionaba a causa de lo que los espectadores tomaron por un miedo incontrolable, pero, a pesar de ese terror, demostró ser asombrosamente ágil y no paraba de escabullirse de los *jettis* y gritarle al Tippoo. Una y otra vez pareció quedar acorralado, pero de alguna manera siempre se libraba deslizándose, girando o agachando la cabeza y, con el rostro tembloroso, le chillaba desesperadamente al Tippoo. Sus gritos quedaron ahogados por los vítores de los soldados, que aplaudían cada vez que escapaba por los pelos. Acudieron otros dos *jettis* para ayudar a atrapar al escurridizo soldado y, aunque éste trató de darse la vuelta y pasar de largo junto a ellos, al final consiguieron capturar al sargento. Los *jettis* avanzaron en línea y le obligaron a retroceder hacia el palacio, y los soldados que observaban quedaron en silencio a la espera de su muerte. El sargento hizo una finta hacia su izquierda, luego giró repentinamente y corrió en dirección al palacio, huyendo de los *jettis* que avanzaban. Los guardias se movieron, preparados para conducirlo de nuevo hacia sus ejecutores, pero el hombre se detuvo bajo la galería y levantó la mirada hacia el Tippoo.

—¡Sé quiénes son los traidores! —gritó en medio del silencio—. ¡Lo sé!

Uno de los *jettis* atrapó al sargento por detrás y lo obligó a arrodillarse.

—¡Quítenme de encima a estos negros cabrones! —chilló el sargento—. Escuche, su señoría, ¡sé lo que está pasando aquí! ¡En la ciudad hay un oficial británico que lleva su uniforme! ¡Por el amor de Dios! ¡Madre! —Obadiah Hakeswill profirió este último grito cuando un segundo *jetti* colocó las manos en la cabeza del sargento. Hakeswill torció la cabeza a un lado y mordió con fuerza la base del pulgar del *jetti*, quien, atónito, apartó las manos de un tirón, dejando un pedazo de carne en la boca del sargento.

Hakeswill escupió ese bocado.

—¡Escuche, su excelencia! ¡Sé lo que traman esos bastardos! Son traidores. Lo juro. ¡Apártate de mí, negro pagano hijo de puta! ¡Yo no puedo morir! ¡No puedo morir! ¡Madre! —El *jetti* que había recibido el mordisco en la mano había agarrado la cabeza del sargento y empezó a hacerla girar. Normalmente se retorció el cuello rápidamente, ya que hacía falta una enorme descarga de energía para romper la espina dorsal de una persona, pero en aquella ocasión el *jetti* planeaba una muerte lenta y exquisitamente dolorosa como venganza por la dentellada de la mano—. ¡Madre! —gritó Hakeswill mientras le hacían girar el rostro más todavía, y entonces, justo cuando se lo habían retorcido hasta pasar el hombro, hizo un último esfuerzo—: ¡Vi a un oficial británico en la ciudad! ¡No!

—Espera —dijo el Tippoo.

El *jetti* se detuvo, sin dejar de sostener la cabeza de Hakeswill en un ángulo poco

natural.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el Tippoo a uno de sus oficiales que hablaba un poco de inglés y que había estado traduciendo las desesperadas palabras del sargento. El oficial tradujo de nuevo.

El Tippoo hizo un gesto con una de sus delicadas manos y el ofendido *jetti* le soltó la cabeza a Hakeswill. El sargento profirió una maldición cuando desapareció de su cuello la terrible tensión y se frotó con la mano la zona dolorida.

—¡Maldito cabrón pagano! —exclamó—. ¡Negro asesino hijo de puta! —Le escupió al *jetti*. Acto seguido se zafó del hombre que lo sujetaba de una sacudida y luego se puso en pie y avanzó dos pasos en dirección al palacio—. Yo lo vi. ¡Con mis propios ojos! Llevaba puesto un hábito, como ellos. —Señaló a los soldados que observaban con sus túnicas de listas atigradas—. Es un teniente, y el ejército dice que regresó a Madras, pero no lo hizo, ¿no es cierto? Porque está aquí. Porque yo lo vi. ¡Yo! Obadiah Hakeswill, Su Alteza, y mantenga alejado de mí a ese negro pagano. —Uno de los *jettis* se había acercado y Hakeswill, con el rostro crispado a causa de las contracciones, se volvió hacia aquel imponente individuo—. Vamos, lárgate y vuelve a tu pocilga, maldito pedazo de zoquete.

El oficial que sabía inglés habló desde la galería.

—¿A quién vio? —preguntó.

—Ya se lo dije, su señoría, ¿no?

—No, no lo hizo. Dénos un nombre.

El rostro de Hakeswill se convulsionó.

—Se lo diré —lo engatusó— si promete dejarme con vida. —Se dejó caer de rodillas y levantó la vista hacia la galería—. No me importa estar en sus mazmorras, mi señor, porque a Obadiah Hakeswill nunca le han importado una rata o dos, pero no quiero que estos malditos paganos me vuelvan el cuello del revés. No es un acto cristiano.

El oficial tradujo sus palabras para el Tippoo, quien, al final, asintió con la cabeza, con lo que el oficial se volvió de nuevo hacia Hakeswill.

—Vivirá —le dijo desde arriba.

—¿Palabra de honor? —preguntó Hakeswill.

—Palabra de honor.

—¿Con la mano en el corazón y que se muera ahora mismo? ¿Tal como dicen las Escrituras?

—¡Vivirá! —exclamó bruscamente el oficial—. Siempre que nos diga la verdad.

—Siempre lo hago, señor. Hakeswill *el Honesto*, ése soy yo, señor. Lo vi, ¿no es cierto? Teniente Lawford, William se llama. Un tipo alto y desgarbado de pelo rubio y ojos azules. Y no está solo. El maldito soldado Sharpe estaba con él.

El oficial no entendió todo lo que Hakeswill dijo, pero sí lo suficiente.

—¿Está usted diciendo que ese Lawford es un oficial británico? —preguntó.

—¡Pues claro que sí! Y lo que es más, está en mi puñetera compañía. Y dijeron que había regresado a Madras a llevar unos partes, pero no lo hizo porque no había ningún parte que llevar. Está aquí, su excelencia, y no debe de andar en nada bueno y, tal como dije, va engalanado con un hábito a rayas.

El oficial parecía escéptico.

—Los únicos ingleses que tenemos aquí, sargento, son prisioneros o desertores. Está usted mintiendo.

Hakeswill escupió sobre la grava, que estaba empapada de la sangre de los prisioneros decapitados.

—¿Cómo iba a desertar? ¡Los oficiales no desertan! Venden su grado y se largan a casa con mamá. Se lo digo yo, señor, ¡es un oficial! ¡Y el otro es un cabrón integral! ¡Lo azotaron, y bien que hicieron! Tenían que flagelarlo hasta morir, pero el general mandó a buscarlo.

La mención de los azotes despertó un recuerdo en el Tippoo.

—¿Cuándo lo azotaron? —El oficial tradujo la pregunta del Tippoo.

—Justo antes de que se escapara, señor. Debía de estar en carne viva, pero no lo bastante.

—¿Y dice usted que el general mandó a buscarlo? —El oficial parecía incrédulo.

—Harris, señor, el cabrón que perdió un pedazo de cráneo en América. Mandó a nuestro coronel, eso hizo, y el coronel Wellesley detuvo los azotes. ¡Los detuvo! —La indignación de Hakeswill aún era intensa—. ¡Detener unos azotes que han sido debidamente ordenados! ¡En mi vida he visto algo tan vergonzoso! Se está viniendo abajo, el Ejército se está viniendo abajo.

El Tippoo escuchó la traducción y luego se apartó de la baranda. Se volvió hacia Appah Rao, que en su día había servido en el ejército de la Compañía de las Indias Orientales.

—¿Los oficiales británicos desertan?

—Nunca he oído tal cosa, Su Majestad —dijo Appah Rao, alegrándose de que las sombras del balcón ocultaran su pálido y preocupado rostro—. Puede que renuncien y vendan su cargo, pero ¿desertar? Nunca.

El Tippoo hizo un gesto con la cabeza en dirección al arrodillado Hakeswill.

—Lleven a ese desgraciado a las celdas —ordenó— y díganle al coronel Gudin que venga a verme al Palacio Interior.

Los guardias arrastraron al sargento Hakeswill de vuelta a la ciudad.

—¡Y una *bibbi* iba con él! —gritó Hakeswill mientras se lo llevaban, pero nadie prestó atención. El sargento derramó lágrimas de pura felicidad cuando lo llevaron de vuelta por la puerta Bangalore—. Gracias, Madre —dijo dirigiéndose al cielo despejado—, gracias, Madre, ¡porque no puedo morir!

A los doce muertos los ocultaron en una tumba provisional. Las tropas regresaron al campamento, en tanto que el Tippoo, mientras lo transportaban al Palacio Interior bajo el dosel de listas atigradas de su palanquín, reflexionó que el sacrificio de los doce prisioneros no había sido en vano, puesto que había revelado la presencia de enemigos. Bendito fuera Alá, pensó, porque sin duda su suerte había cambiado.

—¿Crees que la señora Bickerstaff se ha pasado al enemigo? —le preguntó Lawford a Sharpe por tercera o cuarta vez.

—Se ha pasado a su cama —respondió Sharpe sombríamente—, pero me parece que aun así nos ayudará.

Sharpe había lavado las dos túnicas, la de Lawford y la suya, y tocó la tela para ver si se había secado. Caviló que era mucho más fácil cuidar del equipo en aquel ejército que en el británico. Allí no había que blanquear con caolín los cinturones y las correas de los mosquetes, ni untar las botas con pez, ni embadurnarse el pelo con grasa y polvos. Decidió que las túnicas ya estaban bastante secas, le lanzó una al teniente, luego se pasó la suya por la cabeza y sacó con cuidado el medallón de oro para que le colgara en el pecho. Su túnica también contaba con un cordón rojo en el hombro izquierdo, la insignia de un cabo del Tippoo. A Lawford parecía molestarle que Sharpe llevara esas señales de rango que a él le eran negadas.

—¿Y si nos traiciona? —preguntó Lawford.

—Entonces tendremos problemas —contestó Sharpe crudamente—. Pero no lo hará. Mary es una buena chica.

Lawford se encogió de hombros.

—Te dejó plantado.

—Tal como vienen, se van —dijo Sharpe, luego se abrochó el cinturón de la túnica. Al igual que la mayoría de los soldados del Tippoo, él también llevaba entonces las piernas desnudas debajo de aquella prenda que llegaba hasta las rodillas, aunque Lawford se empeñaba en seguir poniéndose sus viejos pantalones británicos. Los dos llevaban sus antiguos chacos, aunque la insignia del rey Jorge III había sido reemplazada por un tigre de latón con la zarpa levantada—. Escucha —le dijo Sharpe a un Lawford todavía preocupado—. He hecho lo que me pediste, la muchacha dice que encontrará a ese Ravi como se llame y lo único que podemos hacer ahora es esperar. Y si tenemos oportunidad de escapar, nos largamos cagando leches. ¿Te parece que ese mosquete está listo para una inspección?

—Está limpio —replicó Lawford a la defensiva, al tiempo que sopesaba su enorme arma francesa.

—¡Dios! En nuestro propio ejército presentarían cargos contra ti por llevar un mosquete así. Trae aquí.

Faltaba aún media hora para la inspección diaria del sargento Rothière, y después

de eso los dos estarían libres hasta media tarde, cuando al batallón de Gudin le tocara el turno de montar guardia en la puerta Mysore. El servicio de guardia terminaba a medianoche, pero Sharpe sabía que no habría ocasión de escapar, puesto que la puerta Mysore no ofrecía una salida del territorio del Tippoo, sino que más bien conducía hacia el campamento que rodeaba la ciudad y que, a su vez, estaba fuertemente vigilado en todo su perímetro. La noche anterior Sharpe había querido saber si su cordón rojo y su medallón de oro serían una autorización suficiente para deambular por el campamento, lo cual tal vez le permitiera encontrar un tramo oscuro y tranquilo de sus terraplenes al que pudiera encaramarse en la oscuridad, pero lo interceptaron a unos veinte metros de la puerta y lo hicieron regresar con educación pero con firmeza. El Tippoo, al parecer, no corría riesgos.

—Ya hice que Wazzy lo limpiara —dijo Lawford señalando con la cabeza el mosquete que Sharpe tenía en las manos. Wazir era uno de los niños que merodeaban por los barracones para ganarse unos *pice* lavando y limpiando el equipo—. Le pagué —dijo Lawford, indignado.

—Si se quiere un trabajo bien hecho —dijo Sharpe—, uno tiene que hacerlo por sí mismo. ¡Demonios! —Soltó un juramento porque se había pinchado el dedo con el muelle real del mosquete que había dejado al descubierto destornillando la platina—. ¡Mira cuánta herrumbre! —Se las arregló para sacar el muelle sin que se cayera el mecanismo del gatillo y empezó a limar el óxido del extremo del mismo—. Estos mosquetes franceses son una porquería —rezongó—. No hay nada como un buen Birmingham.

—¿Tú limpias así tu mosquete? —preguntó Lawford, impresionado con el hecho de que Sharpe hubiese destornillado la platina.

—¡Pues claro! No es que a Hakeswill le preocupe. Él sólo se fija en el exterior. —Sharpe sonrió—. ¿Se acuerda de aquel día que me salvó la piel con el asunto del pedernal? Hakeswill lo había cambiado por un trozo de piedra, pero me di cuenta antes de que pudiera perjudicarme. Es muy espabilado, ese cabrón.

—¿Lo cambió? —Lawford pareció sorprenderse.

—Ese Obadiah es una maldita víbora. ¿Cuánto le ha pagado a Wazzy?

—Un *anna*.

—Te ha robado. ¿Quieres pasarme esa botella de aceite?

Lawford lo complació, luego volvió a acomodarse contra el abrevadero de piedra en el que Sharpe había lavado las túnicas. Se sentía extrañamente contento a pesar del aparente fracaso de su misión. Era un placer compartir aquella intimidad con Sharpe. En realidad y, curiosamente, parecía una especie de privilegio. Había muchos jóvenes oficiales que les tenían miedo a los soldados que comandaban porque temían su desprecio, y ocultaban su temor dando muestras de una arrogancia natural. Lawford dudaba de que entonces fuera capaz de actuar de ese modo, porque ya no sentía

ningún miedo de los rudos e insensibles hombres que formaban las filas del ejército británico. Sharpe se lo había quitado al enseñarle que la tosquedad era irreflexión, y la insensibilidad era para engañar a los escrúpulos. No es que todo el mundo fuera escrupuloso, igual que no todos los soldados británicos eran rudos, pero había demasiados oficiales que daban por sentado que todos eran unos brutos y los trataban como tales. En aquellos momentos, Lawford observaba los hábiles dedos de Sharpe al colocar de nuevo el muelle limpio en su cavidad utilizando su ganzúa como palanca.

—¿Teniente? —llamó respetuosamente una voz desde el otro extremo del patio—. ¿Teniente Lawford?

—¿Señor? —respondió Lawford sin pensar, volviéndose hacia la voz y poniéndose en pie. Entonces se dio cuenta de lo que había hecho y empalideció.

Sharpe soltó una maldición.

El coronel Gudin cruzó el patio andando lentamente, frotándose el alargado rostro mientras se acercaba a los dos ingleses.

—¿Teniente William Lawford —inquirió con delicadeza—, del Trigésimo Tercer Regimiento de a pie de Su Majestad?

Lawford no dijo nada.

Gudin se encogió de hombros.

—Se supone que los oficiales son hombres de honor, teniente. ¿Va usted a seguir mintiendo?

—No, señor —dijo Lawford.

Gudin suspiró.

—Y bien, ¿es usted un oficial del Ejército o no?

—Lo soy, señor. —Lawford pareció avergonzado, aunque Sharpe no sabía si era porque lo habían acusado de comportamiento deshonesto o porque había revelado su verdadero rango.

—¿Y usted, «cabo» Sharpe? —preguntó Gudin con tristeza.

—Yo no soy oficial, coronel.

—No —dijo Gudin—. No creía que lo fuese. Pero ¿es usted un verdadero desertor?

—¡Claro que sí, señor! —mintió Sharpe.

Gudin sonrió ante el tono de seguridad de Sharpe.

—Y usted, teniente —le preguntó a Lawford—, ¿es un verdadero desertor? —Lawford no respondió y Gudin dejó escapar un suspiro—. Déme su palabra de honor, teniente, si es usted tan amable.

—No, señor —admitió Lawford—. Y el soldado Sharpe tampoco, señor.

Gudin asintió con la cabeza.

—Eso es lo que dijo el sargento.

—¿El sargento, señor? —preguntó Lawford.

Gudin hizo una mueca.

Me temo que el Tippoo ejecutó a los prisioneros que atrapamos la otra noche. Sólo perdonó a uno, porque ese hombre le habló de ustedes.

—¡Ese cabrón! —exclamó Sharpe, tirando el mosquete al suelo con indignación—. ¡Maldito Hakeswill! —Volvió a maldecir con mucha más ferocidad.

—¿Señor? —le dijo Lawford a Gudin sin hacer caso de la ira de Sharpe.

—¿Teniente? —respondió Gudin cortésmente.

—Fuimos capturados por los soldados del Tippoo cuando todavía llevábamos puestas nuestras casacas rojas, señor. Eso significa que deberíamos estar protegidos como legítimos prisioneros de guerra.

Gudin sacudió la cabeza en señal de negación.

—No significa nada parecido, teniente, puesto que mintió acerca de su rango y sus intenciones. —Su voz tenía un tono de desaprobación—. Pero aun así voy a suplicar por sus vidas. —Gudin se sentó en un extremo del abrevadero y sacudió la mano para ahuyentar a una insistente mosca—. ¿Van a decirme por qué vinieron aquí?

—No, señor —respondió Lawford.

—Ya me lo imagino, pero les advierto que el Tippoo querrá saberlo. —Gudin le sonrió a Sharpe—. He llegado a la conclusión, Sharpe, de que usted es uno de los mejores soldados que he tenido el placer de tener a mis órdenes. Pero sólo me inquietaba una cosa sobre usted, el motivo por el cual un buen soldado desertaría y traicionaría su lealtad, aunque lo hubiesen azotado, pero ahora me doy cuenta de que es usted una persona aún mejor de lo que yo creía. —Frunció el ceño porque Sharpe, mientras le hacían aquel elegante cumplido, se había levantado la parte posterior de la túnica y al parecer se estaba rascando el trasero.

—Perdone, señor —dijo Sharpe al percibir el desagrado de Gudin, y dejó caer el dobladillo de su túnica.

—Lamento perderle, Sharpe —siguió diciendo Gudin—. Me temo que hay una escolta esperándoles fuera de los barracones. Van a llevarlos al palacio. —Gudin hizo una pausa, pero debió de decidir que no había nada que pudiera añadir para mejorar la amenaza implícita en sus palabras. En lugar de eso, chasqueó los dedos para hacer venir a un crítico sargento Rothière hasta el patio. Rothière llevaba sus casacas rojas y los pantalones blancos de Sharpe—. Tal vez sirvan de algo —dijo Gudin, aunque sin verdadera esperanza en su voz. El coronel les observó mientras se despojaban de sus túnicas recién lavadas y se ponían las casacas rojas—. En cuanto a su mujer —le dijo a Sharpe; luego vaciló.

—Ella no tiene nada que ver con esto, señor —se apresuró a decir Sharpe mientras se ponía los pantalones. Se abrochó su vieja casaca roja y la notó

extrañamente ceñida en comparación con la túnica, más holgada—. Le doy mi palabra de honor, señor. Además —añadió—, me ha dejado.

—Es usted doblemente desafortunado, Sharpe. Eso es malo para un soldado. —Gudin sonrió y alargó la mano—. Sus mosquetes, caballeros, si son tan amables.

Sharpe le entregó las dos armas.

—¿Señor?

—¿Soldado Sharpe?

Sharpe se puso rojo y se incomodó.

—Fue un honor estar a sus órdenes, señor. Lo digo sinceramente. Ojalá hubiera más hombres como usted en nuestro ejército.

—Gracias, Sharpe —Gudin aceptó el cumplido con gravedad—. Claro que —añadió—, si me dicen ahora que su experiencia aquí les ha hecho reconsiderar su lealtad y que verdaderamente les gustaría seguir al servicio del Tippoo, entonces tal vez pudieran evitar lo que les espera, sea lo que sea. Creo que podría convencer a Su Majestad de que sus sentimientos han cambiado, pero para empezar necesito que me digan por qué vinieron.

Lawford se puso tenso cuando la oferta fue dirigida a Sharpe. Éste vaciló y luego sacudió la cabeza en señal de negación.

—No, señor —dijo—. Me parece que soy un verdadero casaca roja.

Gudin ya se esperaba esa respuesta.

—Eso está muy bien, Sharpe. Y a propósito, soldado, más vale que se cuelgue el medallón del cuello. Lo van a encontrar de todos modos.

—Sí, señor. —Sharpe sacó el colgante del bolsillo de su pantalón, donde lo había escondido ingenuamente, y se pasó la cadena por la cabeza.

Gudin se puso en pie y señaló hacia los barracones.

—Por aquí, caballeros.

Ahí se terminaron los cumplidos.

Y Sharpe sospechó que sería la última cortesía durante mucho tiempo.

Porque ahora eran prisioneros del Tippoo.

Appah Rao hizo que fueran a buscar a Mary y la llevaran a una habitación que daba al patio de su casa. Kunwar Singh aguardaba allí, pero Mary estaba asustada y no se atrevió a mirar a Kunwar Singh por miedo a ver un indicio de malas noticias en su apuesto rostro. Mary no tenía ningún motivo en particular para esperar malas noticias, pero siempre recelaba, y había algo en el severo porte de Appah Rao que le dijo que sus presentimientos estaban justificados.

—Tus compañeros —le dijo Appah Rao cuando el criado hubo cerrado la puerta tras ella— han sido arrestados. El teniente Lawford y el soldado Sharpe, el que dices que es tu hermano.

—Mi hermanastro, señor —susurró Mary.

—Si tú lo dices —concedió Appah Rao. Kunwar Singh sabía un poco de inglés, aunque no lo suficiente como para seguir la conversación, y por eso Appah Rao había elegido interrogar a Mary en ese idioma pese a no dominarlo mucho. Appah Rao dudaba que Sharpe y Mary estuvieran emparentados, pero de todas maneras la muchacha le gustaba y le parecía bien que fuera la novia de Kunwar Singh. Sólo los dioses sabían lo que el futuro le deparaba a Mysore, pero era probable que los británicos estuvieran implicados en él, y si Kunwar Singh tenía una esposa que hablara inglés, para él sería una ventaja. Además, la esposa de Appah Rao, Lakshmi, estaba convencida de que la chica era una criatura buena y modesta y que era mejor olvidar su vida pasada, al igual que el pasado de la familia de Kunwar Singh—. ¿Por qué vinieron aquí? —le preguntó el general.

—No lo sé, señor.

Appah Rao se sacó una pistola del cinturón y empezó a cargarla. Tanto Mary como Kunwar Singh observaron alarmados cómo el general medía cuidadosamente la cantidad de pólvora que vertió de un cuerno en el grabado cañón del arma.

—Aruna —le dijo utilizando el nombre que Mary había tomado de su madre—, déjame que te diga lo que les va a ocurrir al teniente Lawford y al soldado Sharpe. —Hizo una pausa para golpear el pitorro del cuerno contra la boca de la pistola para que se soltaran los últimos granitos de pólvora—. El Tippoo hará que los interroguen y sin duda el interrogatorio será doloroso. Al final, Aruna, confesarán. Todos lo hacen. Tal vez vivan, tal vez no, eso no puedo decirlo. —Levantó la mirada hacia ella y luego introdujo un pedazo de relleno en la pistola—. El Tippoo —siguió diciendo mientras seleccionaba una bala del estuche de madera del arma— querrá saber dos cosas. La primera, por qué vinieron, y la segunda, si tenían que ponerse en contacto con alguna persona dentro de la ciudad. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

El general colocó la bala en el cañón y tiró de la corta baqueta de la pistola.

—Se lo van a decir, Aruna. Por muy valientes que sean, acabarán confesando. Claro que —hizo una pausa mientras atacaba la bala con fuerza— el Tippoo podría acordarse de que existes. Y si lo hace, Aruna, entonces mandará a buscarte y te interrogarán a ti también, pero no con la suavidad con la que yo lo estoy haciendo ahora.

—No, señor —dijo Mary en un susurro.

Appah Rao volvió a encajar la corta baqueta en sus aros de soporte. Cebó el arma, pero no la amartilló.

—No quiero que te ocurra nada malo, Aruna, así que dime por qué esos dos hombres vinieron a Seringapatam.

Mary miró fijamente la pistola que el general tenía en la mano. Era una hermosa

arma con una culata con incrustaciones de marfil y un cañón grabado con espirales de plata. Luego clavó la mirada en los ojos del general y vio que no tenía intención de dispararle. No vio una amenaza en aquellos ojos, sólo miedo, y fue ese miedo el que hizo que se decidiera a decir la verdad.

—Vinieron, señor —dijo—, porque tenían que encontrar a un hombre llamado McCandless.

Era la respuesta que Rao había temido.

—¿Y lo encontraron?

—No, señor.

—¿Y qué descubrieron? —preguntó Rao al tiempo que dejaba la pistola sobre la mesa—. ¿Qué descubrieron? —repitió en tono más duro.

—El soldado Sharpe me dijo que los británicos no debían atacar por el oeste, señor —dijo Mary olvidándose de describir a Sharpe como su hermano. Eso es todo lo que dijo, señor, de verdad.

—¿Es todo? —preguntó Rao—. Seguro que no. ¿Por qué iba él a decirte eso? ¿Creía que podrías sacar esa información de la ciudad?

Mary se quedó mirando fijamente la pistola.

—Tenía que encontrar a un hombre, señor —dijo al final.

—¿A quién?

Ella miró al general con miedo en sus ojos.

—A un mercader, señor, llamado Ravi Shekhar.

—¿Y a alguien más?

—¡No, señor! De verdad.

Rao la creyó y sintió que lo invadía una oleada de alivio. Su mayor temor era que a Sharpe y Lawford les hubiesen dado su propio nombre, porque si bien el coronel McCandless había prometido mantener en secreto la traición de Rao, éste no podía estar seguro de que tal promesa se hubiera cumplido. A McCandless no lo habían interrogado mediante la tortura, puesto que el Tippoo parecía convencido de que el anciano coronel «Ross» andaba en busca de comida cuando fue capturado, pero Rao seguía teniendo la sensación de que la amenaza de que lo descubrieran se acercaba de manera insidiosa. Lawford y Sharpe no podían identificar a Rao como un traidor, pero podrían identificar perfectamente a McCandless, y entonces los *jettis* del Tippoo dirigirían su atención hacia el viejo escocés, ¿y cuánto tiempo podría soportar éste su despiadado trato? El general se preguntaba si debería escapar de la ciudad hacia las líneas británicas, pero descartó la idea casi en el mismo instante en el que se le ocurrió. Una huida semejante tal vez pudiera salvaguardar la propia seguridad de Appah Rao, pero con ello sacrificaría a su gran familia y a todos los leales sirvientes que tenía empleados. No, decidió, aquel peligroso juego debía terminar. Empujó la pistola hacia Mary.

—Cógela —le ordenó.

Mary puso cara de asombro.

—¿La pistola, señor?

—¡Cógela! Y ahora escúchame, muchacha. Ravi Shekhar está muerto y su cuerpo sirvió de alimento a los tigres. Es posible que el Tippoo se olvide de tu existencia, pero si se acuerda podrías necesitar esta pistola. —Appah Rao se preguntó si conseguiría sacar a la chica de la ciudad de forma clandestina. Era una idea tentadora, pero a todos los chiles los hacían detenerse en las puertas y tenían que presentar un pase sellado por el Tippoo en persona, y muy pocos recibían ese pase. Tal vez un soldado consiguiera escapar de la ciudad con éxito, pero no un civil. Appah Rao clavó la mirada en los oscuros ojos de Mary—. Me han dicho que lo más efectivo es metértela en la boca y apuntar ligeramente hacia arriba. —Mary se estremeció y el general le hizo un gesto con la cabeza a Kunwar Singh—. La dejo a tu cargo —dijo.

Kunwar Singh inclinó la cabeza.

Mary regresó a las dependencias de las mujeres, mientras que Appah Rao hizo una ofrenda en el santuario de su casa. Se quedó allí un rato, pensando en cómo envidiaba la seguridad de hombres como el Tippoo o el coronel McCandless. Ninguno de los dos parecía tener dudas, sino que más bien creían que su destino era el que ellos mismos se forjaban. No estaban sometidos a los deseos de otras personas y a Appah Rao le hubiese gustado poseer una seguridad semejante. Le hubiese gustado vivir en un Mysore gobernado por su antigua dinastía hindú, un Mysore en el que no se inmiscuyeran otras naciones: ni los británicos, ni los franceses, ni los *mahrattas*, ni los musulmanes, pero en lugar de eso se encontraba atrapado entre dos ejércitos y de algún modo tenía que mantener con vida a su esposa, a sus hijos, a sus sirvientes y a él mismo. Cerró los ojos, se llevó las manos a la frente y le hizo una reverencia a Ganesh, el dios con cabeza de elefante que protegía a los miembros de la familia de Appah Rao.

—Mantennos con vida —le rogó al dios—, mantennos con vida.

El Tippoo en persona salió al patio donde los tigres habían sido devueltos a sus largas cadenas. Cuatro soldados de infantería vigilaban a los dos ingleses. El Tippoo no acudió allí con ceremonia, con chambelanes y cortesanos, sino que iba acompañado únicamente de un oficial y dos *jettis* que observaron impasibles cuando el Tippoo se acercó a Sharpe a grandes zancadas y le arrancó el medallón del cuello. Tiró tan fuerte que la cadena le hizo un corte en la nuca a Sharpe antes de romperse. Entonces el Tippoo le escupió a Sharpe en la cara, se dio la vuelta y se alejó.

El oficial era un fino joven musulmán que hablaba un buen inglés.

—Su Majestad —dijo cuando el Tippoo volvió a girarse de cara a los prisioneros — desea saber por qué vinieron a la ciudad.

Lawford se puso tenso.

—Soy un oficial de Su Majestad británica... —empezó a decir, pero el indio lo interrumpió con un gesto.

—¡Silencio! —exclamó cansinamente el oficial—. No son nada más que lo que nosotros hagamos de ustedes. Bien, ¿por qué están aquí?

—¿Usted qué cree? —dijo Sharpe.

El oficial lo miró.

—Creo —respondió diplomáticamente— que vinieron aquí para espiar.

—Pues ahora ya lo sabe —replicó Sharpe con un tono desafiante.

El oficial sonrió.

—Pero quizá les dieran el nombre de una persona que podría ayudarles dentro de la ciudad. Es el nombre que nosotros queremos.

Sharpe dijo que no con la cabeza.

—No nos dieron nombres. Ninguno.

—Tal vez —dijo el oficial, luego hizo un gesto con la cabeza a los dos *jettis*, que agarraron a Sharpe y le arrancaron la casaca por la espalda de manera que los botones saltaron uno a uno al tirar de ella hacia abajo. No llevaba camisa debajo, sólo los vendajes que todavía cubrían las heridas causadas por los azotes. Uno de los *jettis* sacó un cuchillo y sin ningún tipo de contemplaciones rajó las vendas e hizo que Sharpe se estremeciera cuando la hoja penetró en las heridas casi curadas. Arrojaron el vendaje a un lado y uno de los tigres se agitó al olerlos. El otro *jetti* se había acercado a los cuatro soldados y había sacado una de las baquetas de sus mosquetes. En aquel momento estaba detrás de Sharpe, y cuando el Tippoo le hizo una señal con la cabeza le propinó un salvaje corte a Sharpe en la espalda con la vara metálica.

Fue un dolor repentino absolutamente igual de atroz que el de los azotes. Eran unas punzadas que subían y bajaban por la espina dorsal de Sharpe, al que se le cortó la respiración debido al esfuerzo que hizo para no gritar cuando la fuerza del golpe lo arrojó hacia delante. Paró la caída con las manos y se quedó con la espalda hacia arriba, entonces el *jetti* descargó sobre él tres golpes más que le abrieron las viejas heridas, le rompieron una costilla y mancharon de sangre la arena del patio. Uno de los tigres gruñó y los eslabones de su cadena tintinearón cuando la bestia se lanzó hacia el olor a sangre fresca.

—Vamos a golpearlo hasta que tengamos el nombre —le dijo el oficial a Lawford en tono suave—, y cuando esté muerto lo golpearemos a usted hasta que muera.

El *jetti* volvió a arremeter contra Sharpe, que en esta ocasión se puso de lado, pero el segundo *jetti* lo volvió a poner boca abajo de un empujón. Sharpe gruñía y jadeaba, pero estaba decidido a no gritar.

—¡No pueden hacer esto! —protestó Lawford.

—¡Por supuesto que podemos! —respondió el oficial—. Ahora empezaremos a

astillarle los huesos, pero la espina dorsal no, todavía no. Queremos que le siga doliendo. Hizo un gesto con la cabeza, el *jetti* volvió a propinar un golpe y esta vez Sharpe sí que gritó fuerte cuando la punzada de dolor le devolvió todo el sufrimiento de los azotes.

—¡Un mercader! —espetó Lawford.

El oficial alzó la mano para detener los golpes.

—¿Un mercader, teniente? La ciudad está plagada de mercaderes.

—Comercia con metales —dijo Lawford—. No sé nada más que eso.

—Claro que sabe más —replicó el oficial, y le hizo un gesto al *jetti*, que alzó la baqueta en el aire.

—¡Ravi Shekhar! —gritó Lawford. El teniente estaba tremendamente avergonzado por haber revelado el nombre, y la vergüenza se reflejaba claramente en su rostro, pero tampoco podía quedarse mirando cómo golpeaban a Sharpe hasta matarlo. Creía, o quería creer, que él podría haber aguantado el dolor de la paliza sin confesar el nombre, pero ver cómo machacaban a un hombre hasta convertirlo en una masa de carne ensangrentada era más de lo que podía soportar.

—Ravi Shekhar —repitió el oficial al tiempo que frenaba el golpe del *jetti*—. ¿Y cómo lo encontraron?

—No lo encontramos —respondió Lawford—. ¡No sabíamos cómo hacerlo! Estábamos esperando hasta que pudiéramos hablar un poco su idioma y luego íbamos a preguntar por él en la ciudad, pero aún no lo habíamos intentado.

Sharpe soltó un quejido. La sangre le corría por los costados y goteaba sobre las piedras. Uno de los tigres se puso a orinar junto al muro y el ácido hedor de su micción se extendió por el patio. El oficial, que llevaba uno de los valorados medallones de oro del tigre colgado del cuello, habló con el Tippoo, el cual miró fijamente a Sharpe sin ningún apasionamiento y después hizo una pregunta.

—¿Y qué es, teniente —tradujo el oficial—, lo que le hubiera dicho a Ravi Shekhar?

—Todo lo que hubiésemos descubierto sobre las defensas —contestó Lawford, abatido—. Por eso nos enviaron aquí.

—¿Y qué descubrieron?

—Cuántos soldados tienen, cuántos cañones, cuántos misiles.

—¿Eso es todo?

—Es suficiente, ¿no? —replicó Lawford.

El oficial tradujo las respuestas. El Tippoo se encogió de hombros, miró a Lawford y sacó una pequeña bolsa de cuero marrón de un bolsillo de su túnica de seda amarilla. Desató la boca de la bolsa, se acercó a Sharpe y empezó a echar sal en las heridas abiertas de aquel hombre molido a golpes. Sharpe soltó un bufido de dolor.

—¿A quién más se lo hubiesen contado en la ciudad? —preguntó el oficial.

—¡No había nadie más! —exclamó Lawford en tono de súplica—. En nombre de Dios le digo que no había nadie más. Nos dijeron que Ravi Shekhar podría transmitir la información. ¡Eso fue todo!

El Tippoo le creyó. El disgusto de Lawford era tan evidente y su vergüenza tan palmaria que era totalmente creíble. Además, la historia tenía sentido.

—¿Así que no llegaron a ver a Ravi Shekhar? —preguntó el oficial.

—No.

—Lo está viendo ahora mismo —dijo el oficial señalando a los animales—. Los tigres se lo comieron hace unas semanas.

—¡Oh, Dios! —exclamó Lawford, y cerró los ojos al darse cuenta de que había fracasado por completo. Por un momento le vinieron ganas de dar arcadas, luego controló el impulso y abrió los ojos para ver cómo el Tippoo recogía la casaca roja de Sharpe y la dejaba caer sobre su espalda ensangrentada.

El Tippoo vaciló un instante, preguntándose si debía soltar a los tigres contra los dos soldados. Entonces se dio la vuelta.

—Llévenlos a las celdas —ordenó.

El sacrificio de los prisioneros había dejado al descubierto a los traidores y había hecho cambiar la suerte del Tippoo. Ya no hacía falta otro sacrificio más, todavía no, pero el Tippoo sabía que la fortuna siempre fue caprichosa, de manera que los prisioneros podían esperar hasta que se requiriera otro sacrificio y entonces, para garantizar la victoria o conjurar la derrota, morirían. Y el Tippoo decidió que, hasta entonces, sencillamente podían pudrirse.

Las mazmorras se hallaban en uno de los patios situados al norte del palacio, muy por debajo de la muralla interior de adobes de la ciudad. El patio apestaba a aguas residuales, con un olor tan fuerte que a Sharpe casi le vinieron arcadas mientras caminaba tambaleándose junto a Lawford delante de las puntas de las bayonetas. El lugar estaba muy concurrido. Las familias de los criados de palacio vivían en bajos edificios de techos de paja ubicados alrededor del patio en el que se pasaban la vida, junto a los establos del Tippoo y el pequeño recinto donde tenían a ocho guepardos que utilizaban para atrapar gacelas. A los guepardos los llevaban a cazar dentro de unas jaulas con ruedas y al principio Sharpe pensó que iban a meterlos dentro de uno de aquellos vehículos con barrotes, pero entonces uno de los guardias los hizo pasar a empujones junto a los lentos y pesados carros y los condujo hacia un tramo de escaleras de mampostería que descendían a una larga y estrecha zanja descubierta de piedra. El foso estaba rodeado por una alta verja de barras de hierro y era vigilado por un par de soldados. Uno de ellos utilizó una llave para abrir un candado del tamaño de un mango, luego el guardia hizo entrar a Sharpe y a Lawford a empujones por la puerta abierta.

Los guardias de las mazmorras no iban armados con mosquetes, sino que llevaban látigos enrollados en sus cinturones y trabucos de boca acampanada al hombro. Uno de ellos señaló escaleras abajo sin mediar palabra y Sharpe, mientras descendía por los escalones detrás de Lawford, vio que la zanja era un corredor enlosado sin salida con celdas de barrotes alineadas a ambos lados. Había ocho celdas en el foso, todas ellas separadas de sus vecinas y de aquel pasillo central que parecía una trinchera únicamente por barrotes de hierro, pero unos barrotes que eran tan gruesos como la muñeca de una persona. El carcelero les indicó que debían esperar mientras abría una celda, pero el primer candado que intentó abrir se había endurecido o bien se había oxidado, porque no cedió, y luego no pudo encontrar una llave que encajara en otra de aquellas viejas y enormes cerraduras. Algo se movió en la paja del interior de la última celda del lado derecho del corredor. Sharpe, que esperaba mientras el guardia revisaba sus llaves, volvió a oír el crujido de la paja, luego un gruñido, y un tigre se levantó con esfuerzo de su cama y se los quedó mirando fijamente con unos ojos amarillos de expresión perdida.

En la primera celda de la izquierda, cerca de donde se encontraban Sharpe y Lawford, se oyó el sonido de más paja al agitarse.

—¡Miren quién está aquí! —Hakeswill se había acercado a los barrotes—. ¡Sharpy!

—Silencio, sargento —dijo Lawford con brusquedad.

—Sí, señor, señor teniente Lawford, señor, silencioso sí que es esto, señor. —

Hakeswill se aferró a los barrotes de su jaula y miró a los recién llegados con cara de inocente. Le tembló el rostro—. Silencioso como una tumba, señor, nadie habla conmigo aquí abajo. Él no quiere. —Señaló con la cabeza hacia la celda de enfrente, que el guardia estaba abriendo en aquel momento—. Le gusta la tranquilidad, sí señor —siguió diciendo Hakeswill—. Como en una maldita iglesia. También reza sus oraciones. Aquí siempre hay calma, excepto cuando los negros se gritan entre ellos. Son unos desgraciados. Notan el olor de las aguas residuales, ¿no? ¡Un solo retrete gigante! —El rostro de Hakeswill se crispó con un rictus y, en la penumbra de las celdas cubiertas de sombras, sus ojos parecían brillar con una alegría pecaminosa—. Echaba de menos un poco de compañía, sí señor.

—Cabrón —dijo Sharpe entre dientes.

—¡Silencio! Los dos —insistió Lawford, y entonces, con su innata cortesía, el teniente le hizo un gesto de agradecimiento al guardia, que finalmente había abierto la celda situada justo enfrente de la guarida de Hakeswill—. Vamos, Sharpe —dijo Lawford, y entró pisando con escrúpulo la mugrienta paja. La celda tenía unos dos metros y medio de ancho por unos tres de largo y era un poco más alta que una persona. El olor a cloaca era repugnante, pero no era peor que arriba en el patio. La puerta de barrotes se cerró ruidosamente tras ellos y se hizo girar la llave.

—Willie —dijo una cansada voz que provenía de las sombras de la celda—, qué bien que hayas venido a visitarme. —Sharpe, cuya vista se estaba acostumbrando a la penumbra de las mazmorras, vio que quien había hablado era el coronel McCandless, que estaba agachado en una esquina, medio cubierto de paja. El coronel se levantó para saludarles, pero estaba débil, puesto que se tambaleó al ponerse en pie, aunque rechazó el intento que hizo Lawford de ayudarlo—. La fiebre —explicó—. Va y viene. Hace años que la sufro. Me imagino que lo único que la curará será un poco de suave lluvia escocesa, pero eso parece una perspectiva aún menos probable. Me alegro de verte, Willie.

—Yo también, señor. Ya conoce al soldado Sharpe, creo.

McCandless miró a Sharpe con adustez.

—Tengo una pregunta que hacerle, joven.

—No era pólvora, señor —dijo Sharpe, al recordar su primer encuentro con el coronel y anticipándose así a la pregunta—. Tenía otro sabor, señor. No era salada.

—Sí, no tenía aspecto de ser pólvora —comentó el escocés—. El viento se la llevaba como si fuese harina, pero no era ésa mi pregunta, soldado, sino ésta: ¿qué hubiere hecho si se hubiese tratado de pólvora?

—Le hubiera disparado, señor —respondió Sharpe—, con perdón, señor.

—¡Sharpe! —le reprochó Lawford.

—Hubiese hecho lo correcto —dijo McCandless—. Ese sinvergüenza lo estaba poniendo a prueba, ¿no es cierto? Le estaba haciendo un examen para recluta y usted

no podía suspenderlo. Me alegro de que no fuese pólvora, pero no me importa decir que me tuvo preocupado durante un rato. ¿Te importa si me siento, Willie? Mi salud no es tan buena como de costumbre. —Volvió a dejarse caer sobre la paja y desde ahí miró a Sharpe con el ceño fruncido—. La suya tampoco, soldado. ¿Se encuentra mal?

—Esos cabrones me rompieron una costilla, señor, y estoy sangrando un poco. ¿Le importa si yo también me siento? —Sharpe se sentó apoyándose con mucho cuidado contra los barrotes laterales de la celda y suavemente se sacó la casaca que le habían echado sobre la espalda—. Se curará con un poco de aire fresco, señor —le dijo a Lawford, que insistía en examinar las heridas recién abiertas, aunque no había nada que pudiera hacer para curarlas.

—Aquí no va a tener aire fresco —dijo McCandless—. ¿Huele la cloaca?

—Es imposible no olería, tío —terció Lawford.

—Es por la nueva muralla interior —explicó McCandless—. Cuando la construyeron cortaron los sumideros de la ciudad, por lo que ahora las heces fecales no llegan al río y las aguas residuales se encharcan justo al este de aquí. Se filtran un poco por la Compuerta, pero no lo suficiente. Uno aprende a rezar para que sople el viento del oeste. —Esbozó una sonrisa forzada—. Entre otras cosas.

McCandless quería información, no tan sólo sobre lo que había traído a Sharpe y Lawford a Seringapatam, sino sobre cómo iba el asedio, y refunfuñó al enterarse de dónde habían levantado sus construcciones los británicos.

—¿Así que Harris se acerca por el oeste?

—Sí, señor.

—Derecho a los afectuosos brazos del Tippoo. —El escocés se quedó sentado en silencio unos instantes, temblando de vez en cuando a causa de la fiebre. Se había vuelto a envolver con la paja, pero seguía teniendo frío a pesar del intenso e húmedo calor del día—. ¿Pudieron transmitir el mensaje? No, supongo que no. Esas cosas nunca son fáciles. —Sacudió la cabeza—. Esperemos que el Tippoo no termine su mina.

—Está casi terminada, señor. —Sharpe le comunicó aún más malas noticias—. Yo lo vi.

—Sí, puede ser. Es un hombre eficiente, el Tippoo —dijo McCandless—, eficiente y listo. Más listo que su padre, y eso que el viejo Hyder Alí era muy astuto. No llegué a conocerlo, pero creo que ese viejo bribón me hubiera caído bien. A este hijo suyo no lo conocí hasta que me capturaron, y ojalá no lo hubiera hecho. Es un buen soldado pero un mal enemigo. —McCandless cerró los ojos un momento mientras un estremecimiento le sacudió todo el cuerpo.

—¿Qué va a hacer con nosotros? —preguntó Lawford.

—Eso no lo sé —respondió el coronel McCandless—. Probablemente dependa de sus sueños. No es tan buen musulmán como a él le gustaría que pensáramos, porque

todavía cree en cierta magia antigua y le da mucha importancia a sus sueños. Si sus sueños le dicen que nos mate, sin duda hará que nos vuelvan la cabeza del revés como a los desafortunados caballeros que hasta hace muy poco compartían estas celdas conmigo. ¿Se enteraron de lo que les pasó?

—Sí —respondió Lawford.

—¡Los asesinaron para divertir a las tropas del Tippoo! —exclamó McCandless con desaprobación—. Y entre ellos había algunos buenos cristianos. Tan sólo sobrevivió esa cosa de ahí —señaló con la cabeza la celda de Hakeswill.

—Sobrevivió, señor —dijo Sharpe en tono vengativo—, porque nos delató.

—¡Eso es mentira, señor! —exclamó bruscamente Hakeswill, que había estado escuchando con aridez la historia de Sharpe y Lawford, con indignación desde el otro lado del corredor—. Es un asqueroso embuste, señor, típico de un soldado de los bajos fondos como Sharpe.

McCandless se volvió para mirar al sargento.

—¿Entonces por qué se salvó? —preguntó con frialdad.

—Estoy señalado por Dios, señor. Siempre lo he estado, señor. No pueden matarme, señor.

—Está loco —dijo McCandless en voz baja.

—Sí que pueden matarle, Obadiah —replicó Sharpe—. ¡Dios! De no haber sido por usted, desgraciado, hubiera transmitido nuestra información al general Harris.

—¡Mentiras, señor! Más mentiras —insistió Hakeswill.

—Hagan el favor de callarse los dos —dijo McCandless—. ¿Soldado Sharpe?

—¿Señor?

—Le agradecería que no blasfemara. Recuerde que «No pronunciarás el nombre de Dios en vano». Éxodo veinte, versículo siete.

—Amén, señor —manifestó Hakeswill—, y alabado sea Dios, señor.

—Lo siento, señor —dijo Sharpe entre dientes.

—Conoce los Diez Mandamientos, ¿no es cierto, Sharpe? —preguntó McCandless.

—No, señor.

—¿Ni uno solo? —inquirió McCandless, escandalizado.

—¿No serás descubierto, señor? ¿Es éste uno de ellos? —preguntó Sharpe sin malicia.

McCandless se lo quedó mirando horrorizado.

—¿Profesa usted alguna religión, Sharpe?

—No, señor. Nunca sentí necesidad de hacerlo.

—Usted nació sediento de ella —declaró el coronel con un poco de su energía de siempre.

—Y de unas cuantas cosas más, señor.

McCandless se estremeció bajo su manto de paja.

—Si Dios me lo permite, Sharpe, puede que intente reparar un poco el daño de su alma inmortal. ¿Todavía tienes la Biblia que te dio tu madre, Willie?

—Me la quitaron, señor —respondió Lawford—. Pero pude salvar una página. — Se sacó la única hoja del bolsillo del pantalón. Se estaba poniendo colorado, puesto que tanto él como Sharpe sabían cuál era el motivo por el que habían arrancado la página, y no fue con ningún propósito que el coronel McCandless hubiese aprobado—. Esta es la única, señor —dijo Lawford disculpándose.

—Dámela, hombre —ordenó McCandless con ferocidad—, y veamos qué es lo que el Señor tiene que decirnos. —Cogió la arrugada hoja, la alisó y la inclinó de cara a la luz—. ¡Ah! ¡El Apocalipsis! —pareció alegrarse—. «Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor» —leyó en voz alta—. Amén a eso.

—No es muy alentador, señor —se aventuró a decir Sharpe.

—Es lo más alentador que puedo concebir en este lugar, soldado. Una promesa del Todopoderoso Dios Nuestro Señor en persona por la cual cuando muera seré llevado a Su gloria. —El coronel sonrió ante aquel consuelo—. ¿Debo suponer, soldado, que no sabe usted leer?

—¿Yo, señor? No, señor. Nunca me enseñaron, señor.

—Un cerdo estúpido, señor, eso es lo que es, señor —terció Hakeswill desde el otro lado del corredor—. Siempre lo fue, señor. Tonto de capirote.

—Debemos enseñarle el alfabeto —dijo McCandless, haciendo caso omiso de los comentarios del sargento.

—El señor Lawford iba a hacerlo, señor —comentó Sharpe.

—Entonces sugiero que empiece ahora mismo —declaró McCandless con firmeza.

Lawford sonrió tímidamente.

—Es difícil saber por dónde empezar, tío.

—¿Y por qué no por la «T» de tigre? —sugirió McCandless.

La bestia gruñó y se acomodó sobre su paja. Y Sharpe, con algunos años de retraso, empezó sus lecciones.

Los trabajos de asedio avanzaban con rapidez. Casacas rojas y cipayos trabajaban día y noche, zapando y apuntalando las paredes de la trinchera con esteras de bambú. Los misiles hostigaban el trabajo continuamente y el Tippoo consiguió volver a montar algunos de sus cañones en las murallas del oeste, aunque sus disparos entorpecieron poco la tarea y los artilleros acusaron profundamente el fuego de contraataque de los dieciocho libras británicos emplazados en el molino capturado.

Otras piezas de artillería más pequeñas (cañones de doce libras y obuses de cañón corto) se unieron al bombardeo de las murallas, y sus granadas y proyectiles

chamuscaban el aire por encima de un suelo donde, metro a metro, la tierra roja fue extraída hasta que, al final, se cavaron las zanjas para las baterías de corto alcance destinadas a abrir una brecha, y durante la noche se hizo avanzar al resto de las masivas piezas de artillería de asedio que se ocultaron en las trincheras. Para las tropas del Tippoo, que observaban desde lo alto de la maltrecha muralla oeste, los accesos a la ciudad se habían convertido en un laberinto de tierra recién levantada. Las zanjas de acercamiento atravesaban las tierras de labranza oblicuamente y terminaban en unos más altos montículos formados con la tierra que se había sacado de las profundas fosas que albergaban los cañones destinados a abrir la brecha. No todos aquellos montículos más grandes escondían cañones, ya que en algunos lugares la tierra se había levantado deliberadamente a modo de engaño para que el Tippoo no supiera dónde se hallaban realmente los cañones hasta que éstos abrieran fuego. Lo único que sabía el Tippoo era que el objetivo de los británicos iba a ser la muralla del lado oeste, pero no sabía cuál era exactamente el tramo de muro que los ingenieros enemigos habían elegido, y al general Harris le convenía que el Tippoo no se enterara de cuál iba a ser aquel punto hasta que fuera necesario que las baterías empezaran a disparar para abrir una brecha. Si los defensores llegaban a descubrir el lugar escogido para el asalto, tendrían tiempo para construir unas nuevas y elaboradas defensas tras él.

Pero el Tippoo decidió arriesgarse a suponer que ya sabía cuál era el lugar que elegirían los británicos para abrir la brecha, y sus ingenieros terminaban los preparativos en la vieja torre de entrada en la que estaba escondida la enorme mina. Apilaban piedra alrededor de la inmensa carga de pólvora para que su explosión tuviera lugar en dirección norte, hacia el espacio situado entre las murallas. Para que la mina fuera efectiva los británicos tenían que abrir la brecha en el corto tramo de muralla que iba desde la vieja torre hasta el bastión noroeste de la ciudad, y el Tippoo no corría un riesgo exagerado, puesto que no era difícil prever que, en efecto, la brecha iba a hacerse en aquella parte del muro. Se imponía aquel emplazamiento debido al deterioro de la muralla exterior y a las deficiencias del bajo glacis situado en el exterior del tentador muro. El rudimentario glacis protegía a medias la mayor parte de las almenas del oeste de la ciudad y su pendiente de pura tierra estaba diseñada para desviar las balas de cañón de la base del muro, pero allí donde la muralla de la ciudad estaba más deteriorada el río pasaba muy cerca de las defensas y no había espacio para construir nada que se pareciera siquiera a un glacis. En lugar de eso, un bajo muro de adobe continuaba la línea del glacis y cercaba el agua que se había bombeado al interior de la cárcava situada entre las murallas exteriores y el glacis. El muro bajo no suponía ningún obstáculo comparado con un glacis y al Tippoo le pareció que sería un objetivo irresistible para los ingenieros enemigos.

No confió únicamente en la única y enorme mina. La mina podía matar o mutilar

perfectamente a cientos de soldados de las tropas asaltantes, pero había miles de enemigos más que podrían ser enviados contra la ciudad, por lo cual el Tippoo preparó a su ejército aquella prueba por la que tendría que pasar. Los soldados abarrotarían las murallas del oeste llegado el momento, todos ellos dispondrían de al menos tres mosquetes cargados y tras cada uno de los soldados combatientes habría hombres entrenados para recargar las armas. De ese modo se haría frente al asalto británico con una virulenta lluvia de fuego de mosquete y, al mismo tiempo que ese torbellino de plomo se dispararían balas y metralla de los cañones que habían reemplazado a la artillería destruida y que entonces se hallaban ocultos tras la mutilada muralla. También había miles de misiles preparados. Se trataba de un arma imprecisa a largo alcance, pero en los estrechos límites de una brecha en la que los hombres estuvieran apiñados como ovejas en un redil, los misiles podían causar una atroz carnicería.

—Vamos a llenar el infierno de almas de infieles —se jactó el Tippoo, aunque se aseguró de rogar a Alá por un monzón prematuro en todas sus oraciones y cada amanecer escudriñaba la bóveda celeste con la esperanza de ver algún indicio de lluvia, pero el cielo permanecía obstinadamente despejado. Un monzón adelantado ahogaría a los británicos con una lluvia torrencial antes de que los misiles y los cañones pudieran hacerlos pedazos, pero parecía que aquel año las lluvias no iban a anticiparse en Mysore.

Tal vez el cielo estuviera despejado, pero todos los demás indicios eran buenos. La mala suerte que había conducido a la pérdida del fuerte del molino se había eludido con el sacrificio de los prisioneros británicos y ahora los sueños del Tippoo y los augurios únicamente presagiaban una victoria. Cada mañana el Tippoo anotaba sus sueños escribiéndolos en un enorme libro antes de discutir con sus consejeros lo que aquéllos auguraban. Sus adivinos miraban detenidamente dentro de ollas con aceite caliente para interpretar los remolinos de colores cambiantes de la superficie, y aquellos relucientes indicios, al igual que los sueños, pronosticaban una gran victoria. Los británicos serían destruidos en el sur de la India y entonces, cuando los franceses mandaran a sus tropas para reforzar el creciente imperio de Mysore, los casacas rojas serían expulsados del norte del país. Sus huesos se blanquearían en los lugares de la derrota y sus estandartes de seda perderían el color en los muros de los enormes palacios del Tippoo. El tigre iba a reinar desde las nevadas montañas del norte hasta las playas bordeadas de palmeras del sur, y desde la costa de Coromandel hasta los mares que bañaban la tierra de Malabar. Toda esa gloria la predecían los sueños y los brillantes augurios del aceite.

Pero entonces, un amanecer, pareció que los augurios podrían ser engañosos, porque de repente los británicos descubrieron cuatro de sus recién construidas

baterías de asedio y los enormes cañones se sacudieron estrepitosamente sobre sus bases, con lo que la intrincada red de trincheras y trabajos de preparación del terreno quedó cubierta por las gigantescas nubes de humo que aquéllos escupían con cada estruendoso retroceso.

Las balas no fueron dirigidas allí donde el Tippoo había esperado, contra la parte vulnerable de la muralla tras la sección de glacis que faltaba, sino contra el formidable bastión del noroeste de la ciudad: una serie de almenas que se alzaban imponentes por encima del río y desde cuyos muros exteriores se dominaban tanto las murallas del norte como las del oeste. Daba la impresión de que toda la ciudad se sacudía cada vez que las balas caían una y otra vez sobre su objetivo, y con cada ataque se levantaba polvo de la antigua mampostería, hasta que al final cayeron las primeras piedras. Desde la orilla norte del río, allí donde se había situado el campamento británico más pequeño, más cañones sumaron su fuego y se derrumbaron aún más piedras, que caían en las cárcavas a medida que los artilleros iban royendo el enorme bastión.

Al día siguiente se abrió fuego con más artillería de asedio, pero aquellas armas fueron dirigidas contra los gabletes del extremo sur de la muralla del oeste. En dichos gabletes había montados cañones pequeños, pero sus troneras quedaron destruidas en menos de una mañana de trabajo y los defensores retiraron los cañones de sus cureñas. Y las baterías siguieron atacando el bastión del noroeste hasta que, una hora después del mediodía, la enorme muralla se vino abajo. Al principio el ruido de la caída del baluarte fue como el restallante crujido de un fuerte terremoto; luego se convirtió en un retumbo como el de un trueno cuando las sólidas almenas se desintegraron bajo una inmensa nube de polvo que se alejó lentamente para asentarse sobre el Cauvery, de modo que, a lo largo de un kilómetro y medio comente abajo, el agua se tornó blanca como la leche. Hubo un inquietante silencio después de que el bastión fuera derribado, puesto que los cañones enemigos habían enmudecido. Las tropas del Tippoo acudieron a toda prisa a las murallas con los mosquetes y los misiles preparados, pero en las líneas enemigas no se movió ni un solo atacante. Sus banderas insolentes se agitaban con la brisa, pero los casacas rojas y sus aliados nativos permanecieron en sus trincheras.

Un valiente soldado del ejército del Tippoo se aventuró a subir por el montón de escombros que había sido la esquina noroeste de las defensas de la ciudad. El polvo envolvió las listas atigradas de su túnica cuando trepó por las inestables ruinas y encontró la bandera verde que había ondeado en el muro más alto del bastión. Recuperó la bandera, le sacudió el polvo de los pliegues y la agitó en el aire. Un artillero enemigo divisó el movimiento en lo alto de la pila de escombros y disparó un enorme cañón. La bala atravesó el polvo con un ruido sibilante, rebotó contra una roca, salió despedida por encima de las defensas del lado norte y cayó en el

blanqueado río. El soldado, ileso, volvió a agitar la bandera y luego clavó su asta rota entre las ruinas del baluarte.

El Tippoo inspeccionó el daño que habían sufrido sus defensas occidentales. Se habían retirado los cañones de los gabletes del sur y el bastión del norte era indefendible, pero no había ninguna brecha en ninguno de los dos lugares y ni la muralla exterior ni la interior habían sufrido desperfectos. El bajo glacis había protegido la parte inferior de los muros y, aunque algunas piedras del bastión del norte habían caído al foso inundado, no se había formado ninguna rampa por la que pudiera trepar un grupo de atacantes.

—Lo que hacían —anunció el Tippoo a los miembros de su séquito— era destruir nuestra artillería de flanco. Lo cual significa que todavía planean atacar por la parte central de la muralla. Que es el lugar por donde queremos que ataquen.

El coronel Gudin estuvo de acuerdo. Al igual que el Tippoo, había estado un tiempo preocupado de que el bombardeo británico significase que tenían intención de entrar en la ciudad por su esquina noroeste, pero en aquel momento, en aquel período de calma que siguió al derrumbamiento de las torres, la estrategia del enemigo parecía clara. No habían tratado de abrir una brecha, sino que en lugar de eso habían derribado los dos puntos en los que el Tippoo podía montar cañones elevados que sumieran en su fuego los flancos de las tropas de asalto. Lo próximo que harían sería abrir la brecha.

—Será allí donde queremos que sea, estoy seguro de ello. —Gudin confirmó lo que el Tippoo imaginaba.

El soldado que había colocado la bandera en la cima del bastión caído fue conducido ante el Tippoo en la muralla oeste, cerca del lugar en el que las torres se habían venido abajo. El Tippoo lo recompensó con una bolsa de oro. El soldado era hindú y eso satisfizo al Tippoo, que estaba preocupado por la lealtad de las personas como él.

—¿Es uno de sus hombres? —le preguntó a Appah Rao, el cual acompañaba al Tippoo durante la inspección.

—No, Su Majestad.

El Tippoo se dio la vuelta de pronto y levantó la mirada para fijarla en el rostro del alto Appah Rao. Tenía el ceño fruncido.

—Esos desgraciados que estaban con Gudin —dijo el Tippoo—, ¿no había una mujer con ellos?

—Sí, Su Majestad.

—¿Y no fue a parar a su casa? —le preguntó el Tippoo a Appah Rao con un tono acusatorio.

—Así es, Alteza, pero murió. —Appah Rao contó la mentira con facilidad.

El Tippoo se quedó intrigado.

—¿Murió?

—Era una criatura enferma y gris —respondió Appah Rao de manera despreocupada— y murió. Como tendrían que hacer los hombres que la trajeron aquí. —Seguía temiendo que el arresto de Sharpe y Lawford pudiera conducir al descubrimiento de su propia traición y, aunque en realidad no les deseaba la muerte, tampoco quería que el Tippoo creyera que tenía algún afán de que siguieran con vida.

—Esos dos morirán —le prometió el Tippoo en tono grave, olvidándose al parecer de sus indagaciones respecto a Mary—. Morirán, sin duda —volvió a prometer al tiempo que trepaba a las ruinas del bastión noroeste—. Ofreceremos sus negras almas para conjurar la mala suerte o los sacrificaremos para dar gracias por nuestra victoria. —Él preferiría esto último, y se imaginó matando a los dos soldados el mismo día que ascendiera por primera vez por los escalones plateados de su trono de tigre, el trono que había jurado no utilizar hasta que sus enemigos fueran destruidos. Sintió una intensa punzada de expectación. Los casacas rojas llegarían a su ciudad y serían abrasados por el fuego de la venganza y aplastados por las piedras que caerían sobre ellos. Sus gemidos resonarían durante todos los días de su agonía y luego llegarían las lluvias, las mansas aguas del Cauvery subirían hasta alcanzar el máximo nivel de su crecida que todo lo anegaba y los británicos restantes, que ya andaban escasos de comida, no tendrían más remedio que retirarse. Dejarían atrás sus cañones y empezarán su largo viaje a través de Mysore, y los lanceros y sables del Tippoo los perseguirán durante cada kilómetro de su repliegue. Ese año los buitres iban a engordar y a lo largo de la India quedaría un rastro de huesos blanqueados por el sol hasta que muriera el último de los soldados de casaca roja. Y allí, decidió el Tippoo, allí donde muriera el último inglés, erigiría una alta columna de mármol, blanca y reluciente, coronada por una cabeza de tigre gruñendo.

La llamada de los almuédanos resonó por toda la ciudad convocando a los fieles a la oración. El sonido era hermoso en medio del silencio que siguió a los cañonazos. El Tippoo, obediente a Dios, se dirigió a toda prisa hacia su palacio con una última mirada atrás dirigida a los condenados. Podían abrir su brecha, podían atravesar el río y acercarse a sus murallas. Pero en cuanto llegaran a ellas morirían.

—G, A, N —dijo Sharpe al tiempo que garabateaba las letras en el polvo del suelo de la celda, en un espacio del que había apartado la paja—, Z, U, A.

—Ganzúa —repitió Lawford—. Muy bien, aunque se ha dejado la tilde.

—Pero tengo la ganzúa, señor —replicó Sharpe, y se la sacó del bolsillo de la casaca. Consistía en un pequeño grupo de varas metálicas, algunas de ellas curiosamente dobladas por la punta, que escondió rápidamente una vez se las hubo mostrado a Lawford.

—¿Cómo es que no se la encontraron? —preguntó Lawford. Los habían

registrado a ambos cuando los llevaron al palacio después de arrestarlos, y aunque los guardias habían dejado la página de la Biblia en el bolsillo de Lawford, se habían llevado todas las demás cosas de valor.

—La tenía en un sitio donde no podían encontrarla, señor —dijo Sharpe—. El coronel Gudin creyó que me estaba rascando el culo, no sé si me entiende, pero la estaba escondiendo.

—Prefiero no saber más —afirmó Lawford remilgadamente.

—Una buena ganzúa como ésta puede encargarse de esos viejos candados en cuestión de segundos, señor —dijo Sharpe señalando con la cabeza la puerta de la celda—. Luego sólo tenemos que atacar a los guardias.

—¿Y que nos llenen la barriga de plomo? —sugirió Lawford.

—Cuando tenga lugar el asalto —explicó Sharpe—, lo más probable es que los guardias suban las escaleras para tratar de ver lo que ocurre. No nos oirán. —Sharpe todavía tenía la espalda dolorida y sobre las heridas que le había infligido el *jetti* se le había formado una costra de sangre seca y pus que se rompía cada vez que se movía con demasiada rapidez, pero no había gangrena y no había tenido fiebre, y esa buena suerte le estaba devolviendo la confianza en sí mismo.

—Cuando se produzca el asalto, Sharpe —intervino el coronel McCandless—, es más probable que nuestros guardias estén en las murallas y dejen nuestra seguridad a cargo del tigre.

—Eso no se me había ocurrido, señor. —Sharpe pareció decepcionado.

—No creo que ni siquiera usted pueda luchar contra un tigre —dijo McCandless.

—No, señor. Supongo que no puedo —admitió Sharpe. Cada noche, al atardecer, los guardias abandonaban las celdas, pero antes soltaban al tigre. Era un proceso difícil, puesto que los guardias debían mantener alejada a la bestia con unas largas lanzas mientras se retiraban escaleras arriba. Al parecer el tigre ya había intentado atacar a los guardias alguna vez, puesto que tenía una larga cicatriz que le bajaba por uno de sus musculosos y listados ijares, y aquellos días, para prevenir otro ataque similar, los guardias le tiraban un enorme pedazo de carne de cabra cruda para satisfacer el hambre del tigre antes de soltarlo, y los prisioneros pasaban las horas nocturnas escuchando el rechinar de dientes y el babear de la criatura mientras arrancaba de los huesos los últimos trozos de carne. Cada amanecer el tigre era conducido de nuevo a su celda, donde dormía durante el caluroso día hasta que volvía a llegar la hora de su servicio de guardia. Era una bestia inmensa y sarnosa, ni con mucho tan pulcra como los seis tigres que había en el patio del palacio, pero tenía aspecto de estar hambriento, y a veces, bajo la luz de la luna, Sharpe lo veía caminar de un extremo a otro del corto corredor con las silenciosas pisadas de sus almohadillas sobre la piedra mientras iba arriba y abajo, arriba y abajo, y se preguntaba qué pensamientos de tigre bullían tras aquellos ojos amarillos que

brillaban en la oscuridad. En ocasiones, sin motivo alguno, rugía en la noche y los guepardos cazadores le respondían y la penumbra se llenaba del sonido de los animales. Luego el tigre ascendía por las escaleras con ágiles saltos y profería otro rugido desafiante desde los barrotes que había en el extremo de las mismas. Siempre volvía a bajar, con su caminar silencioso y su mirada malévola.

Durante el día, cuando el tigre se agitaba en su sueño, los guardias vigilaban las celdas. A veces sólo había dos guardias, pero en otras ocasiones había llegado a haber seis. Cada mañana llegaban un par de prisioneros con grilletes provenientes de la cárcel civil de la ciudad para llevarse los cubos con las heces, y después de que éstos se hubiesen vaciado y devuelto a su lugar, se servía la primera comida. Normalmente consistía en arroz frío, a veces con alubias o espinas de pescado, y una jarra de agua. Por la tarde traían otro recipiente con arroz, pero aparte de eso a los prisioneros los dejaban tranquilos. Escuchaban los sonidos que se oían por encima de ellos, siempre con el miedo de que pudieran mandarlos llamar para enfrentarse a los tan temidos asesinos del Tippoo, y mientras esperaban McCandless rezaba, Hakeswill se burlaba, Lawford se preocupaba y Sharpe aprendía a leer.

Al principio el aprendizaje fue difícil y las constantes burlas de Hakeswill no facilitaban las cosas. Lawford y McCandless le decían al sargento que se callara, pero al cabo de un rato Hakeswill volvía a reírse y empezaba a hablar, aparentemente consigo mismo, en la esquina más alejada de su celda.

—Es demasiado para él, ¿no es cierto? —mascullaba Hakeswill en voz lo bastante alta para que Sharpe lo oyera—. Se da unos *vientos* que para qué. Eso es lo único que hace Sharpy. Darse *vientos*. ¡Aprender a leer! ¡Es como enseñarle a una piedra a tirarse pedos! No es natural, no está bien. Un soldado raso tiene que saber cuál es su sitio, así lo dicen las Escrituras.

—¡No dicen nada parecido, sargento! —exclamaba siempre McCandless con brusquedad tras semejante aseveración.

Y siempre, durante todas las horas de sol de todos los días, se oía el sonido de los cañones de los sitiadores. Su atronadora percusión inundaba el aire y era seguida por el chasquido del hierro al chocar contra el adobe secado al sol cuando los proyectiles de los cañones de dieciocho libras alcanzaban su objetivo, en tanto que, más cerca, la propia artillería del Tippoo respondía. De aquellos cañones pocos habían sobrevivido en las murallas del oeste, pero más próximos a las mazmorras, en el lado norte de la fortificación, los artilleros del Tippoo intercambiaban disparos con las baterías situadas al otro lado del Cauvery y el ruido de las armas hendía la cálida atmósfera sin cesar.

—¡Esos artilleros se están esforzando! —decía Hakeswill—. Están haciendo un buen trabajo, tal como deben hacer los soldados de verdad. Sudando asquerosamente. No perdiendo el tiempo con la condenada lectura. ¿G, a, t, o? ¿Quién diablos necesita

saber eso? Sigue siendo un maldito gatito. Todo lo que uno necesita saber es cómo despellejarlo, no cómo delectarlo.

—Cállese, sargento —gruñía McCandless.

—Sí, señor. Me callaré, señor. No diré ni pío, señor. —Pero al cabo de unos instantes ya se volvía a oír refunfuñar al sargento—. Recuerdo al soldado Morgan, él sabía leer y no causaba más que problemas. Siempre sabía más que todos los demás, pero no era tan listo como para que no lo azotaran, ¿verdad? Nunca hubiera ocurrido si no hubiese sabido leer. Su madre le enseñó, esa estúpida perra galesa. Leía la Biblia cuando tenía que estar limpiando su mosquete. Murió a latigazos, sí señor, y me alegro. La lectura no es asunto de un soldado raso. Es malo para la vista, causa ceguera.

Hakeswill hablaba incluso por las noches. Sharpe se despertaba y oía que el sargento le hablaba al tigre en voz baja y, una noche, el animal hasta se paró a escucharle.

—No eres un minino tan malo, ¿no es cierto? —le decía Hakeswill con una suave cantinela—. Estás solo aquí abajo, igual que yo. —El sargento pasó la mano a través de los barrotes con indecisión y le dio una rápida palmadita en el lomo a la bestia. Se vio recompensado con un débil gruñido—. No me gruñas, gatito, o tendré que sacarte los ojos. ¿Y cómo cazarás ratones entonces? ¿Eh? Serás un gato hambriento y ciego, eso es lo que serás. Eso es. Ahora tumbate y apoya tu cabezota, ¿ves? No duele, ¿verdad? —El sargento alargó la mano y, con una ternura sorprendente, le rascó la ijada a aquel gato enorme y, para asombro de Sharpe, la inmensa bestia se acomodó contra los barrotes de la celda del sargento—. Está usted despierto, ¿verdad, Sharpy? —preguntó Hakeswill en voz baja mientras acariciaba al tigre—. Sé que lo está, lo noto. Dígame, ¿qué pasó con la pequeña Mary Bickerstaff, eh? ¿Va a decírmelo, muchacho? Algún negro pagano le puso las manos encima, ¿verdad? Más le hubiera valido levantarse las faldas para mí. Ahora se la tira un negrito, ¿no? ¿Eso es lo que ocurrió? Tranquilo, vamos, tranquilo —le dijo al tigre para calmarlo. Sharpe fingió estar dormido, pero Hakeswill debía de haber intuido que prestaba atención—. ¿El niño mimado del oficial, Sharpy? ¿Eso es lo que es usted? Aprende a leer para poder ser como ellos, ¿eso es lo que quiere? No va a hacerle ningún bien, muchacho. En este ejército sólo hay oficiales de dos tipos, unos son buenos y los otros no. Los buenos son demasiado listos para ensuciarse las manos con ustedes, los soldados rasos; lo dejan todo en manos de los sargentos. Los malos se inmiscuyen. Como el joven señor Fitzgerald, él era un entrometido, pero ahora ya se ha ido al infierno y ése es el mejor lugar para él si tenemos en cuenta que era un irlandés advenedizo sin ningún respeto hacia los sargentos. Y su señor Lawford tampoco es bueno, en absoluto. —De repente Hakeswill se quedó callado cuando el coronel McCandless gimió.

La fiebre del coronel empeoraba, aunque él se esforzaba por no quejarse. Sharpe dejó de fingir que dormía y le acercó el cubo de agua.

—¿Quiere beber, señor?

—Es muy amable, Sharpe, muy amable.

El coronel bebió; luego volvió a apoyar la cabeza en la pared de piedra de la parte posterior de la celda.

—El mes pasado hubo un temporal de lluvias —dijo—, no muy fuerte, pero las celdas se inundaron igualmente. Y no todo era lluvia, había gran cantidad de aguas residuales. Ruego a Dios que nos saque de aquí antes del monzón.

—Pero no puede ser que sigamos aquí para entonces, ¿no, señor?

—Depende, Sharpe, de si tomamos la ciudad o no.

—Lo haremos, señor —repuso Sharpe.

—Tal vez. —El coronel sonrió ante la serena confianza de Sharpe—. Pero puede que el Tippoo decida matarnos antes. —McCandless se quedó callado unos momentos, luego sacudió la cabeza—. Ojalá entendiera al Tippoo.

—No hay nada que entender, señor. No es más que un cabrón malvado, señor.

—No, no lo es —replicó el coronel con severidad—. En realidad es muy buen gobernante. Mejor, me imagino, que muchos de nuestros monarcas cristianos. No hay duda de que ha sido bueno para Mysore. Le ha proporcionado grandes riquezas, le ha dispensado más justicia de la que disfrutaban muchos pueblos de la India y ha sido tolerante con la mayoría de las religiones, aunque me temo que persiguió a algunos desventurados cristianos. —El coronel hizo una mueca cuando un temblor le recorrió el cuerpo—. Hasta ha dejado con vida al raja y a su familia, no con una vida desahogada, pero vida al fin y al cabo, y eso es más de lo que harían muchos monarcas. La mayoría de usurpadores asesinan al antiguo gobernante de su país, pero aquí no ocurre eso. No puedo perdonarlo por lo que les hizo a esos pobres prisioneros de nuestro ejército, claro, pero supongo que cierta crueldad caprichosa es probablemente necesaria en un soberano. Creo que, en general, y si lo juzgamos según los parámetros de nuestra propia monarquía, deberíamos darle al tipo una nota bastante buena.

—¿Y entonces por qué diablos luchamos contra él, señor?

McCandless sonrió.

—Porque nosotros queremos estar aquí y él no nos quiere. Dos gallos en un gallinero, Sharpe. Y si nos echa de Mysore traerá a los franceses para que nos expulsen del resto de la India y entonces ya podemos despedirnos de la mayor parte de nuestro comercio oriental. En eso se resume todo. Usted está luchando aquí por el comercio.

Sharpe hizo una mueca.

—Es un curioso motivo por el que luchar, señor.

—¿Ah sí? —McCandless pareció sorprendido—. A mí no me lo parece, Sharpe. Sin comercio no hay riqueza, y sin riqueza no hay sociedad que valga la pena. Sin comercio, soldado Sharpe, no seríamos más que bestias en el fango. ¡Ya lo creo que vale la pena luchar por el comercio, aunque Dios sabe que no lo valoramos demasiado! Loamos a los reyes, honramos a los grandes hombres, admiramos a los aristócratas, aplaudimos a los actores, colmamos de oro a los retratistas y, en ocasiones, incluso recompensamos a los soldados; sin embargo, siempre despreciamos a los comerciantes. ¿Pero, por qué? Es la riqueza del mercader la que acciona los molinos, Sharpe; mueve los telares, permite que los martillos sigan golpeando, llena las flotas, construye las carreteras, forja el hierro, hace crecer el trigo, hornea el pan y erige las iglesias, los palacios y las casitas. Sin el oro y el comercio no seríamos nada.

Sharpe se rió en voz baja.

—A mí el comercio nunca me ha dado nada, señor.

—¿No? —preguntó McCandless con suavidad. El coronel sonrió—. ¿Y por qué piensa usted que vale la pena luchar, soldado?

—Por los amigos, señor. Y el orgullo. Tenemos que demostrar que somos unos cabrones mejores que los del otro bando.

—¿No lucha usted por el rey o por la patria?

—No conozco al rey, señor. No lo he visto nunca.

—No se pierde gran cosa, pero es un hombre bastante decente cuando no pierde la razón. —McCandless dirigió la mirada hacia Hakeswill—. ¿Ha enloquecido?

—Eso creo, señor.

—¡Pobre diablo!

—Es malvado —dijo Sharpe hablando en voz baja para que Hakeswill no pudiera oírle—. Disfruta, señor, castigando a los soldados. Roba, miente, viola, asesina.

—¿Y usted nunca ha hecho nada de eso?

—Nunca he violado a nadie, señor, y en cuanto a lo demás, sólo lo hice cuando no tenía más remedio.

—Entonces ruego a Dios que nunca tenga que hacerlo de nuevo —dijo McCandless con fervor, y acto seguido apoyó su cana cabeza contra la pared e intentó dormir.

Sharpe observó cómo la luz del alba se filtraba en el foso de las mazmorras. Los últimos murciélagos de la noche revoloteaban por el trozo de cielo que se divisaba en lo alto, pero pronto se fueron y el primer cañón del día dejó oír su voz. Se estaba aclarando la garganta, tal como les gustaba decir a los artilleros, ya que la ciudad y sus sitiadores estaban despertando y el combate iba a continuar.

El primer disparo de la jornada iba dirigido al bajo muro de adobe que tapaba el

huevo del glacis y mantenía el agua reprenda en la zanja de detrás. El muro era grueso y el disparo, que cavó bajo y perdió con ello mucha de su fuerza al rebotar contra la orilla del río, hizo poco más que agitar el polvo en las grietas de la pared.

Uno a uno los demás cañones de asedio se despertaron y se aclararon la garganta con sus detonaciones. Los primeros disparos a menudo carecían de vitalidad, puesto que los tubos de los cañones todavía estaban fríos, por lo que los proyectiles salían despedidos a baja altura. Un puñado de cañones respondieron al fuego desde las murallas de la ciudad, pero ninguno era de gran tamaño. El Tippoo guardaba sus grandes piezas de artillería para el asalto, pero permitió que sus artilleros montaran y dispararan sus cañones pequeños, algunos de los cuales lanzaban unas balas no más grandes que un trozo de metralla. El fuego de los defensores no causó daños, pero el mero sonido de sus cañones les proporcionaba a los ciudadanos la sensación de que se estaban defendiendo.

Aquella mañana los cañones británicos parecían un tanto erráticos. Intervinieron todas las baterías, pero sus disparos no eran coordinados. Algunas apuntaron a la pared del glacis, mientras que otras tomaron como objetivo las murallas más altas, pero una hora después de amanecer quedaron todas en silencio y, al cabo de un momento, los artilleros del Tippoo también dejaron de disparar. El coronel Gudin, que miraba por un catalejo desde las murallas del oeste, vio con claridad que los artilleros cipayos de una de las baterías movían con esfuerzo la base de su cañón. A Gudin le pareció que al fin las piezas grandes de artillería estaban siendo cuidadosamente alineadas con la sección de la muralla que habían elegido para abrir la brecha. Los cañones estaban calientes entonces, sus disparos serían certeros y pronto concentrarían una terrible intensidad de hierro contra el punto escogido de las defensas de la ciudad. Con su catalejo vio que los soldados tiraban del cañón, pero no distinguió la pieza misma, puesto que habían tapado momentáneamente la tronera con cestos de mimbre llenos de tierra. Gudin rezó para que los británicos cayeran en la trampa del Tippoo y apuntaran su artillería contra la sección más endeble del muro.

Enfocó con el catalejo la batería más próxima, que se hallaba a apenas cuatrocientos metros de distancia del tramo vulnerable de la muralla. Los artilleros iban desnudos de cintura para arriba y no era de extrañar, puesto que la temperatura pronto iba a superar los treinta y tres grados, la humedad va era sofocante y aquellos hombres tenían que manejar el enorme peso de los cañones y los proyectiles. Un cañón de asedio de dieciocho libras pesaba cerca de doce toneladas y toda esa masa de metal ardiente retrocedía de un salto a cada disparo, y entonces el cañón tenía que moverse a pulso para volver a colocarlo en posición de tiro. El proyectil de un cañón de ese tipo medía un poco más de doce centímetros y medio de ancho, cada cañón podía disparar quizás una de aquellas balas cada dos minutos, y los espías del Tippoo habían informado de que el general Harris disponía en aquellos momentos de treinta

y siete de aquellas piezas de artillería pesada y de dos cañones más, más pesados aún, que disparaban los dos unos proyectiles de veinticuatro libras. Mientras esperaba que el fuego de artillería se reanudara, Gudin realizó un sencillo cómputo mental. Cada minuto, calculó, aproximadamente unas trescientas cincuenta libras de hierro que viajaban a unas velocidades inconcebiblemente altas golpearían la muralla de la ciudad. Y a ese gran peso de metal los británicos podrían sumar una veintena de obuses y varias docenas de proyectiles de doce libras que podrían utilizarse para bombardear las murallas a ambos lados del lugar que Harris hubiera escogido para abrir la brecha.

Gudin sabía que el asunto serio de abrir la brecha estaba a punto de empezar y casi contuvo la respiración mientras esperaba el primer disparo, puesto que aquel cañonazo de apertura le indicaría si la apuesta del Tipoo había sido la acertada. La espera pareció alargarse indefinidamente, pero al final una de las baterías dejó al descubierto un cañón y esa enorme bestia escupió un chorro de humo a unos cincuenta metros de su tronera. El sonido llegó medio segundo después, pero Gudin ya había visto caer el proyectil.

Los británicos habían mordido el anzuelo. Iban directos a la trampa.

Entonces el resto de los cañones destinados a abrir la brecha inició el fuego. Por un momento un sordo estruendo llenó el cielo en el que las sobresaltadas aves batieron las alas. Los proyectiles sobrevolaron la tierra seca, pasaron por encima del río y cayeron sobre el delgado muro de cerramiento que unía las dos secciones del glacis. La pared no duró ni diez minutos antes de que el proyectil de un ocho libras la atravesara y, de pronto, el agua del foso interior empezó a salir y a derramarse en el Cauvery Sur. Durante unos segundos el agua fue un fino y claro chorro que formaba un arco y se vertía en el río, luego la fuerza del caudal erosionó el barro que quedaba y el muro se vino abajo, de forma que una turbia riada bajó por la orilla del río de forma irresistible.

Los cañones apenas se detuvieron, sólo que entonces apuntaron ligeramente más arriba para que las balas golpearan contra la base de la muralla exterior que había quedado completamente a la vista al derrumbarse el corto muro que conectaba el glacis. Uno tras otro, los proyectiles cayeron sobre el objetivo, sus impactos retumbaron por toda la longitud de las antiguas almenas y cada disparo hacía caer un puñado de ladrillos de adobe. El agua seguía manando del foso perforado y los proyectiles seguían dando en el blanco, mientras que los artilleros sudaban, arrastraban los cañones, los acuñaban, mojaban, atacaban y volvían a disparar.

Siguieron disparando durante todo el día y durante todo el día la muralla se fue desmoronando. La trayectoria de los proyectiles se mantuvo baja; iban dirigidos al pie del muro para que los ladrillos de arriba se derrumbaran y se amontonaran formando una rampa de escombros que condujera por encima y a través del hueco

que los cañones estaban abriendo.

Al anochecer la muralla seguía en pie, pero en su base se había horadado una polvorienta y profunda cueva que se iba derrumbando. Unos cuantos cañones británicos dispararon por la noche, lanzando principalmente munición de corto alcance o botes de metralla en un intento de evitar que los hombres del Tippoo repararan la oquedad, pero en la oscuridad era difícil apuntar las armas con exactitud y la mayoría de los disparos se desvió, y por la mañana los artilleros británicos enfocaron sus catalejos y vieron que habían rellenado el agujero con gaviones de mimbre llenos de tierra y vigas de madera. Los primeros proyectiles acabaron de plano con aquellas reparaciones y cada vez que una bala alcanzaba su objetivo desparramaba enormes fragmentos de madera y tierra, y en cuanto la cueva volvió a quedar al descubierto los artilleros siguieron atacándola. El terreno entre el canal y el río quedó envuelto en una neblina de humo de pólvora, mientras la artillería abría fuego hasta que, al mediodía, una ovación proveniente de las líneas británicas señaló el derrumbamiento del muro.

Se vino abajo lentamente, en medio de una nube de polvo, una nube tan espesa que al principio nadie veía el alcance de los daños, pero a medida que la suave brisa alejó la humareda de los cañones y el polvo del muro, vieron que se había abierto una brecha. El encalado muro tenía entonces un agujero de unos veinte metros de ancho que estaba tapado por un montículo de escombros por los que un soldado podía trepar siempre que no fuera cargado con nada más que un mosquete, una bayoneta y su caja de cartuchos. Aquello hacía que la brecha fuera practicable.

Sin embargo, los cañones siguieron disparando. Los artilleros trataban entonces de aplanar la pendiente de la brecha y algunas de sus balas rebotaron hacia la muralla interior, por lo que durante unos momentos Gudin temió que los británicos planearan abrir un boquete y atravesar aquella nueva muralla interior, pero entonces los artilleros apuntaron bajo para que sus balas siguieran martilleando la brecha recién abierta o, si no, para que fueran debilitando los laterales del portillo de la muralla exterior.

A unos ochocientos metros de Gudin, en las líneas británicas, el general Harris y el general Baird observaban la brecha a través de sus catalejos. Por primera vez podían inspeccionar un corto tramo de la nueva muralla interior.

—No es tan alta como yo me temía —comentó Harris.

—Recemos para que no esté terminada —gruñó Baird.

—Pero sigo creyendo que es mejor dejarla de lado —decretó Harris—. Hay que capturar primero la muralla exterior.

Baird se volvió para mirar unas cuantas nubes bajas que estaban suspendidas oscuras y lentas sobre el horizonte del oeste. Temió que las nubes presagiaran lluvia.

—Podríamos ir esta noche, señor —sugirió. Baird se estaba acordando de los cuarenta y cuatro meses sufridos en las mazmorras del Tippoo (algunos de los cuales se los pasó encadenado a la pared de su celda) y quería venganza. También estaba ansioso por acabar de una vez con ese maldito asunto del asalto a la ciudad.

Harris plegó su catalejo.

—Mañana —dijo con firmeza, y se rascó la cabeza por debajo del extremo de su peluca—. Si precipitamos las cosas nos arriesgamos más. Lo haremos como es debido, y lo haremos mañana.

Aquella noche un puñado de oficiales británicos salió sigilosamente de las trincheras más destacadas con unas pequeñas banderas blancas de algodón atadas a unas varas de bambú. El cielo estaba surcado de una tracería de delgadas nubes que a intervalos ocultaban la luna menguante, y bajo esa oscuridad los oficiales exploraron el Cauvery Sur para encontrar los traicioneros tramos profundos del río. Señalizaron las partes poco profundas con las banderas indicando así el camino hacia la brecha.

Y durante toda aquella noche las tropas de asalto desfilaron por las largas zanjas. Harris estaba decidido a que el ataque fuera incontenible. No iba a hacerle cosquillas a la ciudad, le dijo a Baird, sino a inundarla de soldados, de manera que Baird iría a la cabeza de dos columnas de hombres, la mitad británicos y la otra mitad cipayos, en su mayoría soldados excelentes de las compañías de flanqueo de élite del ejército. Los seis mil atacantes iban a ser o granaderos, que eran los soldados más fuertes y robustos, o bien miembros de las compañías ligeras, que eran los más rápidos e inteligentes, y esos elegidos irían acompañados por un destacamento de los mejores guerreros de Hyderabad. Los atacantes también contarían con la compañía de los ingenieros, que llevarían gavillas de palos para rellenar las zanjas que los defensores pudieran haber cavado en la cima de la brecha y escalas de bambú para trepar por los bordes de la misma. Artilleros voluntarios seguirían a las primeras tropas hacia las murallas y una vez allí volverían los propios cañones del Tippoo en contra de los defensores de la muralla interior. Dos destacamentos de asalto irían a la cabeza de las columnas, cada uno de ellos compuesto únicamente de voluntarios y con un sargento al mando que sería ascendido a oficial en caso de que sobreviviera. Los dos destacamentos de asalto llevarían el estandarte británico hacia la brecha y esos portaestandartes serían los primeros en trepar hasta los cañones enemigos. Una vez en la brecha los destacamentos tenían órdenes de no penetrar en el espacio que había entre las murallas, sino de trepar por los destrozados trozos de piedra que flanqueaban la rampa del portillo y desde allí dirigir su ofensiva hacia el norte y el sur abarcando todo el círculo de murallas de Seringapatam.

—Quién sabe —dijo Harris aquella noche durante la cena—, pero no se me ocurre nada que haya quedado por hacer. ¿Y a usted, Baird?

—No, señor, a mí tampoco —repuso Baird—. La verdad es que no se me ocurre

nada. —Trató de parecer animado, pero no dejó de ser una comida apagada, aunque Harris había hecho todo lo posible para darle un aire festivo. Su mesa estaba cubierta por un mantel e iluminada por unas excelentes velas de aceite de cachalote que ardían con una luz blanca y pura. Los cocineros del general habían sacrificado los últimos pollos que les quedaban para proporcionar un cambio a la habitual media ración de ternera, pero ninguno de los oficiales sentados alrededor de la mesa tenía mucho apetito ni tampoco, al parecer, demasiadas ganas de conversar. Meer Allum, el comandante del ejército de Hyderabad, hacía lo que podía para animar a sus aliados, pero Wellesley parecía ser el único capaz de responder a sus comentarios.

El coronel Gent, quien, además de ser el jefe de ingenieros de Harris, se había encargado de recopilar toda la información que salía de la ciudad, se sirvió un poco de vino. Se trataba de un caldo rancio que se había agriado debido al largo viaje desde Europa y al calor de la India.

—Corre el rumor —dijo con voz fuerte cuando una pausa en la desganada conversación se había alargado demasiado— de que esos cabrones paganos han colocado una mina.

—Siempre hay rumores semejantes —terció Baird de manera cortante.

—¿No es un poco tarde para que nos lo cuente? —lo reprendió suavemente Harris.

—Me he enterado hoy mismo, señor —repuso Gent justificándose—. Uno de sus soldados de caballería desertó. Puede ser que estuviera contando cuentos, por supuesto, esa gente lo hace. Tal vez fue el Tippoo quien lo envió. Yo diría que quiere asustarnos para que nos retrasemos. —Se quedó callado mientras jugueteaba con un salero de cristal azul. Sobre la sal se había formado una corteza a causa de la humedad, y Gent arremetió contra ella con la cucharilla de plata y la desmenuzó, igual que se había desmenuzado la muralla de la ciudad bajo el ataque de los cañones—. Pero ese individuo parecía estar seguro de lo que decía —añadió al cabo de un momento—. Dice que es una mina enorme.

Baird puso mala cara.

—Así que esos canallas la volarán cuando los destacamentos de asalto ataquen. Para eso los tenemos. Para que mueran. —No tenía intención de parecer insensible, pero había querido acallar al ingeniero.

En algún lugar en la lejanía retumbó un trueno. Todos los que estaban sentados a la mesa esperaron que se oyera el golpeteo de la lluvia sobre la lona de la tienda, pero ese sonido no se produjo.

—Lo que me preocupa —dijo Gent, aparentemente indiferente a la brusquedad de Baird— es que hagan volar la mina cuando estemos en las murallas, y si es muy grande no quedará ni rastro de nuestros hombres en los muros. —Clavó la cuchara con fuerza en la sal—. Ni rastro.

—Entonces esperemos que los rumores no sean ciertos —replicó Harris con firmeza, echando por tierra el pesimismo del ingeniero—. Coronel Wellesley, ¿puedo persuadirlo para que se tome otro vaso?

Wellesley negó con la cabeza.

—Ya he bebido bastante, señor, gracias. —Pero entonces el joven coronel miró al otro extremo de la mesa donde estaba sentado su rival, Baird—. Aunque tal vez, señor, debería aceptar una copa y brindar para que tenga éxito y adquiera renombre.

Baird, cuyo desagrado hacia el joven coronel no había hecho otra cosa que acrecentarse durante los últimos días, logró parecer complacido.

—Muchas gracias, Wellesley. —Se obligó a ser cortés—. Se lo agradezco enormemente.

Harris estaba agradecido por la generosidad de Wellesley. No le gustaba tener a sus segundos enfrentados, particularmente cuando Harris había decidido que debía ser Wellesley, más joven y con un nombramiento más reciente, a quien tenía que nombrar gobernador de Mysore si la ciudad caía. Sin lugar a dudas Baird se sentiría contrariado, pues el escocés consideraría el nombramiento como un desaire hacia su persona, aunque, en realidad, lo que lo inhabilitaba para semejante cargo era el odio que Baird sentía hacia todo lo que fuera indio. Gran Bretaña necesitaba una Mysore amiga, y Wellesley era una persona de mucho tacto que no albergaba ningún prejuicio contra los nativos.

—Muy bien, Wellesley —dijo Harris cuando hubieron brindado—. Muy amable por su parte, no hay duda.

—Mañana a esta hora —terció Meer Allum con su curioso acento inglés— cenaremos en el palacio del Tippoo. Beberemos de su plata y comeremos de su oro.

—Rezo para que así sea —repuso Harris—, y rezo para que lo consigamos sin sufrir muchas bajas. —Se rascó su antigua herida por debajo de la peluca.

Los oficiales seguían con el ánimo sombrío cuando terminó la comida. Harris les dio las buenas noches y se quedó un rato de pie fuera de su tienda mirando las murallas de la distante ciudad que brillaban bajo la luz de la luna. Los muros encalados parecían emitir un blanco resplandor que lo atraía, pero, ¿hacia qué? Se fue a la cama, donde durmió muy mal, y durante los momentos en los que permaneció despierto se encontró ensayando excusas para el fracaso. Baird también permaneció despierto durante un rato, pero se bebió una buena cantidad de whisky y, después, con todo el uniforme puesto y su gran espada escocesa apoyada junto al catre, fue entrando y saliendo de un agitado sueño. Wellesley durmió bien. Los soldados apiñados en las trincheras apenas durmieron nada.

Las cornetas dieron la bienvenida al amanecer. Las nubes tormentosas eran más espesas al oeste, pero no llovía y el sol naciente pronto quemó las tenues nubéculas que se habían formado por encima de la ciudad. Las tropas asaltantes se hallaban

agachadas en las zanjas, donde no podían ser vistas desde las murallas de Seringapatam. Las pequeñas banderas blancas ondeaban en el río. Los cañones de asedio seguían disparando, algunos trataban de ensanchar la brecha, pero la mayoría sólo intentaban que los defensores desistieran de cualquier tentativa de reparar el boquete o de colocar obstáculos en su pendiente delantera. Las murallas que no habían sufrido desperfectos relucían, blancas, bajo la luz del sol, mientras que la brecha tenía el aspecto de una cicatriz de color marrón rojizo en la larga muralla de la ciudad.

El Tippoo había pasado la noche en un pequeño refugio de guardia de las murallas del norte. Se despertó temprano porque esperaba un ataque al amanecer y había ordenado que todos sus soldados debían estar listos en los muros, pero no se produjo ningún asalto y, mientras el sol ascendía, permitió que algunos de los defensores regresaran a sus barracones para descansar, mientras que él se dirigió al Palacio Interior. Notó una nerviosa expectación en las calles llenas de gente, y él también fue un hombre preocupado durante aquella inquieta noche en la que había soñado con monos, y los monos siempre eran un mal presagio, por lo que el ánimo del Tippoo no mejoró cuando los adivinos le informaron de que el aceite de sus ollas se había enturbiado. Por lo visto, aquél era un día poco propicio, pero la suerte, el Tippoo lo sabía, era maleable, y él intentó cambiar aquel malhadado inicio de la jornada ofreciendo regalos. Llamó a un sacerdote hindú y lo obsequió con un elefante, un saco de semillas para hacer aceite y una bolsa de oro. A los brahmanes que acompañaban al sacerdote les dio un buey, una cabra, dos búfalos, un sombrero negro, un abrigo negro y una de sus preciadas ollas de aceite divinadorio. Luego se lavó las manos y se puso un casco de guerra forrado de tela que había sido sumergido en una fuente sagrada para que el que lo llevara fuera invulnerable. En su brazo derecho, el brazo con el que manejaba la espada, llevaba un amuleto de plata que tenía grabados versos del Corán. Un criado le prendió el enorme rubí rojo al penacho del casco, el Tippoo se colgó la espada con empuñadura de oro de la cintura y volvió a las murallas del oeste.

No había cambiado nada. Al otro lado del Cauvery Sur, que fluía suavemente, el sol endurecía el terreno desde el cual seguían disparando los cañones británicos. Sus enormes proyectiles revolvían la rampa formada por los escombros, pero ni un solo casaca roja salió de las trincheras, y los únicos indicios de un asalto que podría ser inminente eran los banderines clavados en el lecho del río.

—Quieren disponer de un día más para ensanchar la brecha —opinó un oficial.

El coronel Gudin lo negó con la cabeza.

—Vendrán hoy —insistió.

El Tippoo soltó un gruñido. Se hallaba justo al norte de la brecha desde la cual observaba las zanjas enemigas con un catalejo. Algunas de las balas de cañón

británicas caían peligrosamente cerca de donde estaba él y sus edecanes trataron de persuadirlo para que se trasladara a un lugar más seguro, pero ni siquiera se movió cuando un fragmento de piedra que arrojó uno de los proyectiles le rozó la túnica blanca de hilo.

—Si fueran a venir hoy —dijo finalmente—, lo habrían hecho al amanecer.

—Quieren que pensemos precisamente eso —protestó Gudin— para que nos confiemos. Pero vendrán hoy. No nos darán otra noche para que nos preparemos. ¿Y por qué colocar las banderas si no? —señaló hacia el río.

El Tippoo se distanció de los restos del parapeto. ¿Había cambiado su suerte? Les había entregado obsequios a los enemigos de Dios con la esperanza de que Él le recompensara entonces con la victoria, pero seguía sintiendo desazón. Hubiera preferido mil veces que el ataque se retrasara otro día para poder así considerar otra serie de auspicios, pero quizás Alá lo quería de otro modo. Y no perderían nada con suponer que el ataque fuera a realizarse aquel día.

—Vamos a dar por sentado que vendrán esta tarde —ordenó—. Que todos los soldados vuelvan a las murallas.

Las murallas, que ya estaban llenas de soldados, se abarrotaron entonces de defensores. Una compañía de musulmanes se había ofrecido voluntaria para enfrentarse al primer enemigo que se acercara a la brecha y aquellos valientes, armados con espadas, pistolas y mosquetes, se agacharon en el interior del boquete, donde permanecieron ocultos para los artilleros enemigos gracias al montículo de escombros. Era casi seguro que aquellos voluntarios iban a morir, si no a manos de los atacantes, sí cuando estallara la enorme mina, pero cada uno de ellos tenía asegurado un lugar en el paraíso, por lo que acudieron de buen grado a su encuentro con la muerte. Los misiles estaban apilados en las murallas y los cañones que habían permanecido escondidos durante el bombardeo fueron colocados a pulso en sus posiciones para encargarse de los flancos de los atacantes.

Otros de los mejores soldados del Tippoo fueron apostados en la muralla exterior por encima de los extremos de la brecha. Su trabajo consistía en defender ambos lados del boquete, ya que el Tippoo estaba empeñado en conducir a los atacantes hacia el espacio entre los muros donde su mina podría acabar con ellos. «Que vengan los británicos —rogaba el Tippoo—, pero que se dejen conducir a través de la brecha y entren en el terreno mortal.»

El Tippoo había decidido dirigir el combate en la muralla norte de la brecha. El batallón del coronel Gudin combatiría en el sur, pero era Gudin el responsable de hacer volar la gran mina. Ya estaba preparada, una reserva de pólvora que atestaba el pasadizo de la vieja puerta y que estaba reforzada con piedras y madera de forma que la onda expansiva de la explosión no tuviera más remedio que salir impulsada hacia el norte, entre las murallas. Gudin observaría el espacio mortal desde su posición en

la muralla interior y le haría una señal al sargento Rothière para que encendiera la mecha. Rothière y la mecha estaban protegidos por dos de los soldados más confiables de Gudin y por seis de los *jettis* del Tippoo.

El Tippoo se convenció de que ya se había hecho todo lo que se podía hacer. La ciudad estaba preparada y, en honor a la matanza de infieles, el Tippoo se había engalanado con piedras preciosas y luego había encomendado su alma y su reino al cuidado de Alá. En aquellos momentos sólo podía esperar mientras el sol de última hora de la mañana ascendía cada vez más para convertirse en una ardiente blancura en el cielo indio, allí donde los buitres volaban en círculos con sus amplias y desgredadas alas.

Los cañones británicos siguieron disparando. En la mezquita había algunos hombres que rezaban, pero todos ellos eran ancianos, puesto que cualquier hombre lo bastante joven para combatir se hallaba aguardando en las murallas. Los hindúes oraban a sus dioses, en tanto que las mujeres de la ciudad se ensuciaban y se vestían con andrajos para no atraer la atención del enemigo en caso de que la ciudad cayera.

Llegó el mediodía. La ciudad se asaba con el calor. Parecía estar sumida en un extraño silencio, pues el fuego de la artillería de asedio era entonces poco sistemático. El sonido de cada descarga resonaba sordamente desde las murallas y cada golpe causaba un río de piedras y una nubecilla de polvo, tras lo cual se hacía de nuevo el silencio. En las murallas una multitud de soldados se hallaba agazapada tras sus banquetas, en tanto que en las trincheras del otro lado del río una multitud contraria aguardaba la orden que la mandaría contra una ciudad expectante.

El Tippoo hizo que le trajeran a las murallas una estera para orar y allí, de cara al enemigo, se arrodilló y se inclinó para rezar. Rogó para que el coronel Gudin se equivocara y sus enemigos le dieran un día más, y entonces, como en un sueño, recibió un mensaje. Había ofrecido regalos, y los obsequios hechos por caridad estaban bendecidos, pero no había realizado ningún sacrificio. Había estado reservando su sacrificio para celebrar la victoria, pero tal vez la victoria no llegara a menos que hiciera sus ofrendas en aquel momento. La suerte era maleable, y la muerte era una gran alteradora de la fortuna. Hizo una última reverencia rozando con la frente la trama de la estera y se puso de pie.

—Mande llamar a tres *jettis* —le ordenó a uno de sus ayudantes— y dígales que me traigan a los prisioneros británicos.

—¿A todos, Su Majestad? —preguntó el edecán.

—Al sargento no —respondió el Tippoo—. No a ése que tiene tics. A los demás. Dígale a los *jettis* que los traigan aquí. —Pues su victoria necesitaba de un último sacrificio de sangre antes de que el Cauvery se oscureciera con ella.

Appah Rao era un hombre capaz, de lo contrario no lo hubieran ascendido a comandante de una de las brigadas del Tippoo, pero además era una persona discreta. Era la discreción lo que había mantenido a Rao con vida y también lo que le había permitido conservar su lealtad hacia el destronado raja de la casa de Wodeyar a la vez que seguía al servicio del Tippoo.

En aquellos momentos, cuando tenía órdenes de conducir a sus hombres a las murallas de Seringapatam y allí luchar para mantener la dinastía musulmana del Tippoo, Appah Rao finalmente se cuestionó su discreción. Obedeció al Tippoo, por supuesto, y sus *cushoons* desfilaron hacia las defensas de la ciudad con mucha diligencia, pero Appah Rao, de pie bajo una de las banderas del sol situada sobre la puerta Mysore, se preguntó qué era lo que quería de este mundo. Tenía familia, alto rango, riqueza y aptitudes, y sin embargo seguía inclinando la cabeza ante un monarca extranjero y algunas de las banderas que ondeaban sobre las cabezas de sus hombres tenían inscripciones en árabe para loar a un dios que no era el dios de Appah Rao. Su propio monarca vivía en la pobreza, incluso bajo la amenaza de una ejecución, y era posible, más que posible, reconoció Rao, que la victoria de aquella jornada elevara tanto al Tippoo que ya no le haría más falta la pequeña ventaja que le suponía la existencia del raja. En los días santos hindúes hacían desfilar al raja como si fuera una muñeca para apaciguar a los súbditos hindúes del Tippoo, pero si Mysore no tenía enemigos en el sur de la India, ¿qué necesidad habría de aplacar a los hindúes de Mysore? El raja y toda su familia serían estrangulados en secreto y sus cadáveres, así como los cuerpos de doce prisioneros británicos asesinados, se envolverían con esteras de juncos y serían enterrados en una tumba sin nombre.

Pero si el Tippoo perdía, los británicos gobernarían en Mysore. Si mantenían su palabra, al raja le serían restituidos su palacio y su antiguo trono, cierto era, pero el poder del palacio seguiría descansando sobre los consejeros británicos y el tesoro del raja sería utilizado para pagar el mantenimiento de sus tropas. Pero si el Tippoo ganaba, pensó Appah Rao, entonces vendrían los franceses, ¿y qué prueba había de que los franceses fueran mejores que los británicos?

Se encontraba sobre la puerta del sur aguardando a que un enemigo oculto saliera de las trincheras y atacara la ciudad, y se sentía como alguien zarandeado entre dos fuerzas implacables. Si hubiera sido menos discreto podría haber considerado rebelarse abiertamente contra el Tippoo y ordenar a sus tropas que ayudaran a los invasores británicos, pero eso era un riesgo demasiado grande para un hombre cauto. Sin embargo, si el Tippoo perdía la batalla de aquel día y si a Appah Rao se lo consideraba leal a aquel hombre derrotado, ¿qué futuro le esperaba? Fuera cual fuera el bando ganador, pensó Appah Rao, él perdía, pero había una pequeña acción que

todavía podía hacer que sobreviviera a la derrota. Se dirigió hacia el extremo de un prominente gablete, les hizo señas a los artilleros allí apostados para que se alejaran de su cañón y con un gesto le dijo a Kunwar Singh que se acercara.

—¿Dónde están sus hombres? —le preguntó a Singh.

—En la casa, señor. —Kunwar Singh era un soldado, pero no pertenecía a ninguno de los *cushoons* del Tippoo. Era leal a su pariente, Appah Rao, y su deber era protegerlo a él y a su familia.

—Reúna a seis de ellos —dijo el general— y asegúrese de que no van vestidos con mis colores distintivos. Luego diríjase a las mazmorras, busque al coronel McCandless y llévelo a mi casa. Habla nuestro idioma, así que gánese su confianza recordándole que usted vino conmigo al templo de Somanathapura y dígame que confío en él para que mantenga a mi familia con vida. —El general no dejó de mirar fijamente hacia el sur mientras hablaba, pero entonces se volvió para clavar su mirada en los ojos de Kunwar Singh—. En caso de que los británicos entren en la ciudad, McCandless protegerá a nuestras mujeres. —Appah Rao añadió esta última aseveración como para justificar la orden que estaba dando, pero aun así Kunwar Singh vaciló. Singh era un hombre leal, pero aquella lealtad se estaba poniendo peligrosamente a prueba, puesto que le estaban pidiendo que se rebelara contra el Tippoo. Tal vez tuviera que matar a los hombres del Tippoo para liberar a aquel soldado enemigo, y Appah Rao comprendió su indecisión—. Si haces esto por mí, Kunwar Singh —le prometió el general—, recuperaré las tierras de tu familia.

—Señor —dijo Kunwar Singh, y entonces retrocedió, se dio la vuelta y se fue. Appah Rao lo observó mientras se marchaba y luego dirigió la mirada más allá de la esquina sudoeste, donde vio una parte de las trincheras enemigas. Ya pasaba del mediodía y seguía sin haber señales de vida en las líneas británicas, excepto por algún cañonazo esporádico. Si el Tippoo vencía, pensó Appah Rao, su enfado por la desaparición de McCandless sería terrible. En cuyo caso, decidió Appah Rao, McCandless debía morir antes de que lo descubrieran y le sacaran la verdad a golpes. Pero si el Tippoo era derrotado, entonces McCandless era la mejor garantía de supervivencia para Appah Rao. Y un hindú que vivía en un estado musulmán era un experto en supervivencia. Appah Rao, a pesar del riesgo que estaba corriendo, sabía que había actuado con la mejor intención. Desenvainó la espada, besó la hoja para tener buena suerte y esperó el ataque.

Kunwar Singh tardó sólo un minuto en llegar a la casa del general. Les ordenó a seis de sus mejores hombres que se despojaron de las túnicas que llevaban la insignia de Appah Rao y que se pusieran las de listas atigradas. Él también se cambió la chaqueta y luego tomó prestada una cadena de oro con un colgante de piedras preciosas del arcón donde el general guardaba los objetos de valor. Una joya como

aquella constituía un símbolo de autoridad en la ciudad y Kunwar Singh pensó que podría hacerle falta. Se armó con una pistola y una espada y esperó a su escogido pelotón.

Mary salió al patio y quiso saber qué estaba ocurriendo. En la ciudad reinaba una extraña quietud. El ritmo de los cañones británicos, los cuales llevaban días disparando con mucha intensidad, se había apagado y aquel silencio que no presagiaba nada bueno la había puesto nerviosa.

—Creemos que van a venir los británicos —le explicó Kunwar Singh, luego le dijo de sopetón que iba a estar a salvo porque le habían ordenado que sacara al coronel británico de las mazmorras y lo llevara a la casa, donde la presencia de McCandless protegería a las mujeres—. Si es que consiguen atravesar las murallas —añadió con desconfianza.

—¿Y qué pasa con mi hermano? —preguntó Mary.

Kunwar Singh se encogió de hombros.

—No tengo órdenes respecto a él.

—Entonces iré contigo —anunció Mary.

—¡No puedes! —insistió Kunwar Singh. A menudo la rebeldía de Mary lo escandalizaba, aunque también la encontraba atrayente.

—Puedes detenerme —dijo ella— pegándome un tiro. O puedes dejarme ir. Decídetes. —No esperó a oír su respuesta, sino que fue corriendo a sus aposentos, donde cogió rápidamente la pistola que Appah Rao le había entregado. Kunwar Singh no protestó más. Estaba confuso por todo lo que ocurría y, si bien tenía la sensación de que la lealtad de su señor flaqueaba, aún no sabía hacia qué bando se inclinaría en última instancia.

—No puedo dejar que tu hermano vuelva aquí —le advirtió a Mary cuando ésta regresó al patio.

—Podemos liberarle —insistió Mary— y después ya se las arreglará solo. Se le da muy bien.

Las calles de la ciudad estaban extrañamente desiertas. La mayor parte de los soldados del Tippoo se hallaban en las murallas y todos aquellos que nada tenían que ver con la batalla inminente ya se habían encargado de cerrar sus puertas con llave y permanecer ocultos. Había unos cuantos hombres que todavía transportaban pesadamente carretillas cargadas de munición y misiles hacia las murallas, pero no había carretas tiradas por bueyes ni tiendas abiertas. Algunas vacas sagradas deambulaban por las calles con absoluta despreocupación, pero aparte de eso la ciudad parecía un lugar fantasma y el pequeño grupo de Kunwar Singh sólo tardó cinco minutos en llegar al conjunto de pequeños patios situados al norte del Palacio Interior. Nadie puso en duda el derecho de Kunwar Singh a estar en el recinto del palacio, puesto que llevaba el uniforme del Tippoo y las joyas que colgaban de su

cuello constituían una relumbrante prueba de su autoridad.

Kunwar Singh había previsto que lo más difícil sería convencer a los guardias para que abrieran la puerta del enrejado exterior de las mazmorras. Una vez se hubiera abierto aquella puerta, el resto sería fácil porque sus hombres podían arrollar rápidamente a los guardias y encontrar la llave de la celda de McCandless. Kunwar Singh había decidido que lo mejor que podía hacer era sencillamente fingir que tenía una autoridad que en realidad no poseía y afirmar que lo había llamado el Tippoo en persona. Con arrogancia se llegaba muy lejos en Mysore y él iba a probarlo. De lo contrario, tendría que ordenar a sus hombres que hicieran uso de sus mosquetes para abrir la puerta y poder bajar, y tenía miedo de que con semejante alboroto los guardias del cercano Palacio Interior acudieran allí a toda prisa.

Pero cuando llegó a las celdas se encontró con que no había ningún guardia. No había nadie ni en el interior del cercado ni en las escaleras de piedra. Un soldado emplazado en la muralla interior por encima de las celdas vio al pequeño grupo de pie junto a la puerta de las mazmorras con aire vacilante y supuso que habían ido a buscar a los guardias.

—¡Ya se han ido! —les gritó el soldado—. Les ordenaron que se dirigieran a las murallas. Se han ido a matar a algunos ingleses.

Kunwar Singh le dio las gracias al soldado y luego sacudió la puerta con la vana esperanza de que el candado se desprendiera.

—Yo que ustedes no entraría —dijo el amable soldado—, el tigre está de guardia.

Kunwar Singh se apartó instintivamente. El soldado situado por encima de él perdió interés y regresó a su puesto en tanto que Kunwar Singh volvía a acercarse a la puerta y tiraba una segunda vez del enorme candado.

—Es demasiado grande para abrirlo de un disparo —dijo—, esta cerradura necesita cinco o seis balas por lo menos.

—¿No podemos entrar? —preguntó Mary.

—No. No sin atraer la atención de los guardias. —Hizo un gesto en dirección al palacio. Se había puesto nervioso al pensar en el tigre y se preguntaba si no haría mejor esperando a que empezara el asalto y entonces, al amparo de su formidable estrépito, tratar de separar el candado de la puerta a tiros y luego matar al tigre. O si no, abandonar la misión y ya está. El patio apestaba a aguas residuales y el olor no hacía más que reforzar los presentimientos de fracaso de Kunwar Singh.

Entonces Mary se acercó a los barrotes.

—¿Richard? —gritó—. ¡Richard!

Hubo un momento de pausa.

—¿Nena? —Al final llegó la respuesta.

El nerviosismo de Kunwar Singh se acrecentó. Había una docena de soldados en la muralla interior justo por encima de él y otras muchas personas que miraban por

las ventanas o por las puertas de los establos. Su grupo todavía no había suscitado el desconfiado interés de ninguno de ellos, pero parecía probable que alguien con verdadera autoridad pasara junto a las mazmorras en cualquier momento.

—Deberíamos marcharnos —le dijo a Mary entre dientes.

—¡No podemos entrar! —le gritó Mary a Sharpe.

—¿Tienes un arma, nena? —Sharpe le devolvió el grito. Mary no lo veía porque el enrejado exterior se encontraba lo bastante alejado de los escalones que conducían a las mazmorras como para ocultar las celdas.

—Sí.

—Lánzala hacia aquí. Lánzala lo más cerca que puedas del pie de las escaleras. Asegúrate de que ese trasto no esté amartillado.

Kunwar Singh volvió a sacudir la puerta. El fuerte sonido metálico del hierro dio lugar a un gruñido proveniente del foso y un instante después el tigre subió trotando por las escaleras, dirigió una mirada perdida a Kunwar Singh, luego se dio la vuelta y volvió a los restos de medio esqueleto de cabra.

—¡No podemos esperar más! —le insistió Kunwar Singh a Mary.

—¡Tíranos un arma, cariño! —gritó Sharpe.

Mary buscó a tientas entre los pliegues de su sari para encontrar la pistola con incrustaciones de marfil que Appah Rao le había dado. La pasó entre los barrotes y entonces, con mucho nerviosismo, trató de realizar el esfuerzo necesario para arrojar el arma al foso sin que cayera demasiado lejos del pie de las escaleras. Kunwar Singh le siseó algo, pero no hizo ademán de detenerla.

—¡Ahí va, Richard! —exclamó ella, y lanzó la pistola sin levantar el brazo por encima del hombro. Fue un lanzamiento torpe y el arma no alcanzó las escaleras, pero su mismo impulso la llevó por encima del borde y Mary oyó el ruido que hizo al caer por los escalones de piedra.

Sharpe soltó una maldición, pues la pistola se había quedado tres peldaños más arriba.

—¿Tienes otra? —gritó.

—Dame tu pistola —le dijo Mary a Kunwar Singh.

—¡No! No podemos entrar —Kunwar Singh ya estaba a punto de dejarse llevar por el pánico y había contagiado el miedo a sus seis soldados—. No podemos ayudarles —insistió.

—¡Mary! —la llamó Sharpe.

—Lo siento, Richard.

—No te preocupes, nena —respondió Sharpe con la vista clavada en la pistola. No dudaba que podía abrir la cerradura, pero, ¿podría alcanzar el arma antes de que el tigre lo alcanzara a él? Y aunque lo hiciera, ¿podría detener una pequeña bala de pistola a dos metros y medio de un tigre hambriento?—. ¡Dios! —espetó.

—¡Sharpe! —le reprendió McCandless.

—Estaba rezando, señor. Porque esto es una mierda, señor, una auténtica mierda. —Sharpe sacó la ganzúa y desplegó una de las varillas. Pasó las manos por los barrotes y agarró el candado, luego exploró el gran ojo de la cerradura con la varilla en forma de gancho. Era un cerrojo rudimentario que debería abrirse con facilidad, pero el mecanismo no estaba bien engrasado y Sharpe temió que la ganzúa se partiera en lugar de mover las palancas. Lawford y McCandless lo observaban mientras que, desde el otro lado del corredor, Hakeswill lo miraba fijamente con unos enormes ojos azules.

—Vamos, chico, muy bien —dijo Hakeswill—. Sáquenlos de aquí, muchacho.

—Cierre su asquerosa boca, Obadiah —le respondió Sharpe entre dientes. Había conseguido mover una palanca, ya sólo quedaba la segunda, pero estaba mucho más dura que la primera. Sharpe tenía el rostro surcado de sudor. Estaba trabajando medio a ciegas porque no podía poner el candado en un ángulo que le permitiera ver el ojo de la cerradura. El tigre había dejado de comer para observarlo, intrigado por aquellas manos que sobresalían entre los barrotes. Sharpe manipulaba la ganzúa, notó que el gancho se alojaba contra la palanca y apretó con suavidad. Apretó con más fuerza y de pronto el gancho raspó el borde de la palanca y Sharpe soltó un juramento.

Y en el mismo instante en el que maldijo, el tigre se giró rápidamente y dio un salto. Atacó con una velocidad terrible, fue un súbito despliegue de tensos músculos que acabó con el golpe de una garra extendida en un intento por enganchar con la zarpa aquellas manos que sobresalían. Sharpe retrocedió al tiempo que dejaba caer la ganzúa y maldecía cuando la acometida del tigre no le alcanzó por unos pocos centímetros.

—¡Cabrón! —insultó a la bestia, luego se agachó y alargó la mano entre los barrotes para alcanzar la ganzúa que había caído a unos treinta centímetros de distancia. Lo hizo con rapidez, pero el tigre fue aún más rápido y en aquella ocasión Sharpe recibió un profundo arañazo en el dorso de la mano.

—Sargento Hakeswill —dijo Sharpe entre dientes—. Haga que esta bestia se acerque a su lado.

—¡No puedo hacer nada! —protestó Hakeswill con el rostro temblante. El tigre miraba a Sharpe. Lo tenía a menos de un metro de distancia, enseñaba los dientes, sacaba las uñas y había un destello en sus ojos amarillos—. Si quiere pelearse con un tigre, Sharpy —dijo Hakeswill—, es asunto suyo, no mío. Un hombre no tiene que luchar contra gatitos, lo dicen las Escrituras.

—¡Usted vuelva a decir eso otra vez —rugió McCandless con una súbita e inesperada furia— y me aseguraré de que nunca vuelva a llevar galones! ¿Me ha oído?

La ira del general desconcertó a Hakeswill.

—Señor —respondió con voz débil.

—Pues haga lo que Sharpe le ha dicho —ordenó el coronel McCandless—. Y hágalo ahora.

Hakeswill golpeó los barrotes con las manos. El tigre volvió la cabeza y Sharpe recuperó inmediatamente la ganzúa y volvió a ponerse en pie. El tigre dio un salto hacia Hakeswill, sacudió las barras de su celda con su fuerza y Hakeswill se apartó a toda prisa.

—¡Siga provocándole! —le mandó McCandless a Hakeswill, y el sargento le escupió al tigre, luego le arrojó un puñado de paja a la cabeza.

Sharpe manipuló la cerradura. Volvía a tener el gancho contra la palanca. El tigre, que se había enfurecido, se alzó con las garras apoyadas contra los barrotes de la celda de Hakeswill, mientras Sharpe hacía presión sobre la palanca, que al final cedió. Le temblaban las manos y el gancho chirriaba al resbalar por encima de la palanca, pero se tranquilizó y apretó más fuerte. Aguantó la respiración y deseó con todas sus fuerzas que la palanca se moviera. El sudor le escocía en los ojos y entonces, de pronto, la palanca se desplazó con un chasquido y el candado se abrió de golpe entre sus manos.

—Ésta ha sido la parte fácil —comentó en tono grave. Plegó la ganzúa y se la volvió a meter en el bolsillo—. ¡Mary! —gritó. No hubo respuesta—. ¡Mary! —volvió a exclamar, pero siguió sin contestar nadie. Kunwar Singh se había llevado a sus hombres lejos de las celdas y ahora se encontraba en un hondo portalón al otro lado del patio, atrapado entre su deseo de obedecer a Appah Rao y la aparente imposibilidad de dicha obediencia.

—¿Para qué la necesita? —preguntó el coronel McCandless.

—Ni siquiera sé si la condenada pistola está cargada, señor. No se lo pregunté.

—Dé por sentado que sí lo está —contestó McCandless.

—Para usted es fácil decirlo, señor —replicó Sharpe respetuosamente—, puesto que no es usted quien tiene que salir y matar a esa bestia.

—Ya lo haré yo —se ofreció Lawford.

Sharpe esbozó una sonrisa.

—Se trata de usted o yo, señor —dijo—, y para ser sinceros, señor, ¿quién cree que lo hará mejor?

—Usted —admitió Lawford.

—Eso me parecía a mí, señor. Pero una cosa, señor. ¿Cómo se le dispara a un tigre? ¿En la cabeza?

—Entre los ojos —dijo McCandless—, pero no demasiado arriba. Justo por debajo de los ojos.

—¡Madre mía! —exclamó Sharpe. Había abierto el cierre del candado y entonces pudo mover la puerta hacia fuera, aunque lo hizo con cautela, pues no quería llamar

la atención del tigre. Volvió a cerrar la puerta y se agachó para coger su casaca roja, que estaba sobre la paja—. Esperemos que ese cabrón sea un gatito estúpido —dijo, luego volvió a abrir la puerta con suavidad. Las bisagras chirriaron de modo alarmante. Sujetaba la puerta con la mano izquierda y tenía la casaca roja enrollada en la derecha. Cuando la puerta se entreabrió unos centímetros, arrojó la chaqueta con toda la fuerza de la que fue capaz hacia los restos de la cabra que estaban en el otro extremo del corredor.

El tigre percibió el movimiento, se giró, alejándose de la celda de Hakeswill y pegó un brinco hacia donde estaba la chaqueta. La casaca roja había recorrido unos buenos seis metros y el tigre cubrió esa distancia de un único y fuerte salto. Le dio a la chaqueta con sus zarpas, le volvió a dar, pero no encontró ni carne ni hueso en el interior de la prenda.

Sharpe se había deslizado a través de la puerta, se volvió hacia las escaleras y agarró rápidamente la pistola. Se dio la vuelta de nuevo esperando poder alcanzar la seguridad de la celda antes de que el tigre se diera cuenta de su presencia, pero le resbaló el pie en el último escalón y cayó de espaldas sobre los peldaños de piedra. El tigre lo oyó, se giró y se quedó inmóvil. Clavó sus ojos amarillos en Sharpe, éste le devolvió la mirada y lentamente echó hacia atrás el percutor con el dedo pulgar. El tigre oyó el chasquido y batió la cola una sola vez. Aquellos ojos despiadados miraban a Sharpe y entonces, muy despacio, el tigre se agazapó. Balanceó la cola de un lado a otro una vez más.

—¡No dispare ahora! —le dijo McCandless en voz baja—. ¡Acérquese más!

—Sí, señor —asintió Sharpe. Mantuvo la mirada fija en los ojos del tigre y lentamente, muy lentamente, se puso en pie y fue acercándose a la bestia. El miedo le provocó una sensación de salvaje furia en su interior. Hakeswill le gritaba palabras de ánimo, pero Sharpe no oía nada ni veía otra cosa que no fuesen los ojos del tigre. Se preguntó si debía tratar de regresar rápidamente al interior de la celda, pero se imaginó que el tigre saltaría mientras él estuviera todavía intentando abrir la puerta. Sería mejor enfrentarse a la bestia y dispararle en el foso abierto, decidió. Sostenía la pistola con el brazo extendido, con el cañón apuntando a una zona de pelaje oscuro justo entre los ojos del animal. Cuatro metros y medio, tres y medio. Sus botas hacían ruido sobre el suelo de piedra. ¿Sería precisa la pistola? Era muy bonita, toda de plata y marfil, pero, ¿dispararía con precisión? ¿Se ajustaría la bala a la medida del cañón? Un espacio entre el cañón y la bala de la anchura de una hoja de papel era suficiente para que una bala se desviara al salir despedida por la boca. Incluso a una distancia de unos cuatro metros una pistola podía fallar contra un objetivo del tamaño de una persona, así que para qué hablar de una pequeña mancha de pelo enmarañado entre los ojos de un tigre devorador de hombres.

—¡Mate a ese cabrón, Sharpy! —lo apremió Hakeswill.

—¡Tenga cuidado! —le dijo McCandless entre dientes—. Asegure el disparo. ¡Con cuidado!

Sharpe avanzó poco a poco. Su mirada seguía fija en los ojos del tigre. Deseaba con todas sus fuerzas que la bestia se quedara quieta para que tuviera una muerte digna. Tres metros. El tigre permanecía inmóvil, mirándole. A Sharpe le escocían los ojos a causa del sudor y el peso de la pistola le hacía temblar la mano. «Hazlo ahora —pensó—, hazlo ahora. Aprieta el gatillo, tumba a ese cabrón y echa a correr como un poseso.» Pestañeó, con los ojos ardiéndole por el sudor. El tigre ni siquiera parpadeó. Dos metros y medio. Percibió el olor de la bestia, vio sus uñas extendidas sobre la piedra, vio el brillo de sus ojos. Dos metros. Ya estaba bastante cerca, creyó él, y estiró el brazo para alinear la rudimentaria mira de la pistola.

Y el tigre saltó. Se alzó del suelo con tanta rapidez que casi estaba encima de Sharpe antes incluso de que éste se diera cuenta de que la bestia se había movido. Vio rápida y fugazmente unas enormes uñas que sobresalían de sus zarpas y unos salvajes dientes amarillos en una boca que gruñía, y no fue consciente de haber gritado de terror. Tampoco fue consciente de que había apretado el gatillo, no con suavidad como había sido su intención, sino con una sacudida desesperada fruto del pánico. Luego, de forma instintiva, se tiró al suelo y se hizo un ovillo para que el tigre pasara sobre él al saltar.

Lawford dio un grito ahogado. El eco del disparo de la pistola sonó con una fuerza enorme en los confines del foso de las mazmorras, que de pronto empezó a apestar con el sulfuroso hedor del humo de la pólvora. Hakeswill estaba agachado en tina esquina de su celda, sin apenas atreverse a mirar, mientras que McCandless movía los labios rezando en silencio. Sharpe permanecía en el suelo, esperando el martirio de las zarpas que lo destruirían.

Pero el tigre agonizaba. La bala había alcanzado al animal en las fauces. Se trataba de una bala pequeña, pero su fuerza fue suficiente para atravesar los tejidos de la garganta y perforar el cerebro. La sangre salpicó los barrotes de la celda al tiempo que, en medio de su grácil salto, el tigre se desplomó con el colapso de la muerte. La bestia cayó al pie de las escaleras, pero algún terrible instinto de supervivencia la seguía animando y trató de incorporarse. Sus zarpas arañaron la piedra y durante un segundo alzó la cabeza con una sacudida y un gruñido mientras daba un coletazo, luego le salió sangre de la boca, la cabeza se le fue hacia atrás y se quedó inmóvil.

Se hizo el silencio.

Las primeras moscas descendieron para explorar la sangre que rebosaba de la boca del tigre.

—¡Oh, por Cristo bendito! —dijo Sharpe al tiempo que se ponía en pie. Estaba temblando—. ¡Por el amor de Dios!

McCandless no lo reprendió. El coronel reconocía una plegaria cuando la oía.

Sharpe fue a buscar su casaca destrozada, abrió del todo la puerta de la celda y luego pasó sigilosamente y con cautela junto al tigre muerto, como si temiera que la bestia pudiera volver a la vida. McCandless y Lawford le siguieron y subieron por las escaleras de piedra.

—¿Y yo qué? —gritó Hakeswill—. No pueden dejarme aquí. ¡No es cristiano!

—Déjelo —ordenó McCandless.

—Es lo que pensaba hacer, señor —dijo Sharpe. Volvió a sacar la ganzúa y alargó la mano para encargarse del candado de la puerta exterior. Aquella cerradura era mucho más sencilla (era simplemente un rudimentario mecanismo de una sola palanca) y sólo tardó unos segundos en abrir el viejo candado.

—¿Adonde vamos? —preguntó Lawford.

—A escondernos, muchacho —respondió McCandless. La repentina libertad parecía haber hecho desaparecer la fiebre del coronel—. Tenemos que encontrar un lugar en el que ocultarnos.

Sharpe empujó la puerta de la verja hacia fuera, entonces vio que Mary lo miraba desde una entrada al otro lado del patio y sonrió, pero vio que ella no le devolvía la sonrisa, sino que en lugar de eso parecía estar aterrorizada. Había unos hombres con ella y ellos también permanecían inmóviles a causa del terror. Entonces Sharpe vio por qué.

Tres *jettis* cruzaban el patio y se dirigían hacia el enrejado de las mazmorras. Tres monstruos. Tres hombres con torsos desnudos untados de aceite y músculos que parecían ser de tigre. Uno de ellos llevaba un látigo enrollado, mientras que los otros dos iban armados con largas lanzas con las que tenían previsto contener al tigre antes de abrir la celda de los prisioneros. Sharpe soltó una maldición. Dejó caer la casaca y la ganzúa.

—¿Puede encerrarnos de nuevo? —preguntó McCandless.

—Con la fuerza que tienen, esos cabrones arrancarían de cuajo los candados, señor. Tenemos que matar a esos desgraciados. —Sharpe salió disparado por la puerta y corrió hacia su derecha. Los *jettis* le siguieron, pero más despacio. No eran veloces, pero su enorme fuerza les proporcionaba una tranquila seguridad mientras se desplegaban en una línea con la intención de acorralar a Sharpe en una esquina del patio—. ¡Tírame un mosquete! —le gritó Sharpe a Mary—. ¡Deprisa, nena, deprisa!

Mary le arrebató el mosquete a uno de los hombres de Kunwar Singh y, antes de que el atónito soldado pudiera protestar, se lo lanzó a Sharpe. Él lo atrapó, lo sostuvo en la cintura, pero no amortilló el arma. Entonces empezó a avanzar hacia el *jetti* que estaba en medio. El hombre había visto que el mosquete no estaba amortillado y sonrió esperando una fácil victoria, entonces hizo restallar su látigo de manera que la tralla del extremo se enroscó en la garganta de Sharpe. Pegó un tirón con la idea de hacerle perder el equilibrio, pero Sharpe ya estaba corriendo hacia él, evitando así

que el látigo se tensara, y el *jetti* nunca se había enfrentado a nadie tan rápido como Sharpe. Ni tan letal. El *jetti* aún no había salido de su asombro cuando el cañón del mosquete se le clavó en la nuez con la fuerza de un mazo. Empezó a ahogarse, abrió los ojos y entonces Sharpe le propinó una patada en la entrepierna y aquel hombre inmenso se tambaleó y se desplomó. Ya había caído uno de esos enormes brutos demasiado musculosos, el cual respiraba con dificultad tratando de recuperar el aliento, pero las largas lanzas se volvían hacia Sharpe, quien, con el látigo todavía colgándole del cuello, dio un rápido giro a la derecha. Apartó la lanza de otro de los *jettis* golpeándola con el cañón de su mosquete, luego le dio la vuelta al arma y fue a la carga. El *jetti* dejó la lanza y alargó la mano para tratar de hacerse con el mosquete, pero Sharpe frenó su acometida, con lo que las manos de aquel hombretón no atraparon nada, entonces Sharpe agarró el mosquete por el cañón y lo balanceó, de forma que la culata recubierta de metal se estrelló contra la sien de aquel hombre con un sonido similar al de un hacha al hendir la madera blanda.

Habían caído dos de esos cabrones. Los soldados apostados en las baterías de las murallas interiores observaban la pelea, pero no interfirieron. Estaban confundidos, puesto que Kunwar Singh se hallaba próximo a la contienda sin hacer nada y sus joyas le proporcionaban un aspecto de fuerte autoridad, así que siguieron su ejemplo y no trataron de inmiscuirse. Había algunos de aquellos soldados que incluso proferían gritos de entusiasmo, porque, si bien los *jettis* causaban admiración, también provocaban resentimiento, ya que gozaban de unos privilegios que escapaban a las expectativas de cualquier soldado común y corriente.

Lawford había hecho ademán de acudir en ayuda de Sharpe, pero su tío lo frenó.

—Déjalo solo, Willie —le dijo McCandless en voz baja—. Está realizando una misión divina y nunca he visto a nadie que lo hiciera mejor.

El tercer *jetti* avanzó pesadamente hacia Sharpe con su lanza. Se movió con cautela, desconcertado por la facilidad con la que aquel demonio extranjero había derribado a sus dos compañeros.

Sharpe le sonrió al tercero de los *jettis*, se llevó el mosquete al hombro, echó hacia atrás el percutor y disparó.

La bala golpeó contra el pecho del *jetti* y todos sus enormes músculos temblaron con la fuerza del impacto. El *jetti* aflojó el paso y trató de arremeter de nuevo, pero le flaquearon las rodillas y cayó de bruces. Se convulsionó, sus manos escarbaron el suelo un instante y se quedó inmóvil. Desde lo alto de las murallas los soldados aplaudieron.

Sharpe se quitó el látigo del cuello, cogió una de aquellas toscas lanzas y acabó con los dos *jettis* que aún vivían. Uno de ellos se había quedado sin sentido y el otro casi no podía respirar, y ambos recibieron entonces un tajo en la garganta. Desde las ventanas de los edificios bajos que rodeaban el patio, hombres y mujeres miraban a

Sharpe horrorizados.

—¡No se quede ahí plantado! —le gruñó Sharpe a Lawford—. Señor —se apresuró a añadir.

Lawford y McCandless atravesaron la verja en tanto que Kunwar Singh, como si acabara de salir de un encantamiento, corrió de repente a su encuentro. Mary se acercó a Sharpe.

—¿Estás bien?

—Mejor que nunca, nena —respondió. En realidad temblaba cuando recogió su casaca roja mientras los seis soldados de Kunwar Singh lo miraban fijamente como si fuera un diablo salido de una pesadilla. Sharpe se enjugó el sudor de los ojos. Estaba ajeno a casi todo lo que acababa de ocurrir porque él había luchado como siempre lo hacía, con rapidez y con una habilidad letal, pero guiado por el instinto, no por la razón, y la pelea le había dejado un sentimiento de odio que bullía en su interior. Quería aplacar ese odio matando a más hombres, y tal vez los soldados de Kunwar Singh percibieron aquella ferocidad, puesto que ninguno de ellos osaba moverse.

Lawford fue hacia Sharpe.

—Pensamos que el asalto es inminente, Sharpe —dijo el teniente—, y al coronel McCandless lo van a llevar a un lugar seguro. Insiste en que vayamos con él. Al tipo enjoyado no parece hacerle mucha gracia, pero McCandless no se irá sin nosotros. Ya propósito, bien hecho.

Sharpe miró al teniente a los ojos.

—No voy a ir con él, señor. Voy a combatir.

—¡Sharpe! —le reprobó Lawford.

—¡Ahí hay una maldita mina enorme, señor! —Sharpe levantó la voz, enojado—. ¡Esperando para matar a nuestros muchachos! No voy a dejar que eso ocurra. Usted puede hacer lo que se le antoje, pero yo voy a cargarme a unos cuantos más de esos cabrones. Puede venir conmigo, señor, o quedarse con el coronel, me da igual. ¡Eh, tú, muchacho! —Esto último iba dirigido a uno de los perplejos soldados de Kunwar Singh—. Dame algunos cartuchos. ¡Vamos, date prisa! —Sharpe se acercó al soldado, le abrió la bolsa y se agenció un puñado de cartuchos que se metió en un bolsillo. Kunwar Singh no hizo ademán alguno de detenerlo. De hecho, todos los que estaban en el patio parecían estar aturdidos por la violencia que había dejado a tres de los preciados *jettis* del Tippoo reducidos a carne muerta, si bien el oficial al mando de las tropas apostadas en la muralla interior exigió saber qué ocurría a voz en grito. Kunwar Singh le respondió también gritando que hacían lo que les había dicho el Tippoo.

McCandless no había podido evitar escuchar a Sharpe hablando con Lawford.

—Si puedo ser de ayuda, soldado... —dijo el coronel.

—Está usted débil, señor, y le ruego que me perdone, señor. Ya me ayudará el

señor Lawford.

Lawford se quedó un momento sin decir nada y luego asintió.

—Sí, claro que lo haré.

—¿Qué va a hacer? —preguntó McCandless. Se dirigió a Sharpe, no a Lawford.

—Volar esa condenada mina, señor, hacerla saltar en mil pedazos.

—Que Dios le bendiga, Sharpe. Y que le guarde.

—Reserve sus oraciones para el enemigo, señor —replicó Sharpe de forma cortante. Colocó una bala en su sitio, la atacó con la baqueta y luego enfiló hacia un callejón que iba en dirección sur. Andaba suelto por la retaguardia de su enemigo, estaba enojado y dispuesto a hacer que esos cabrones supieran lo que era el infierno en la tierra.

El general de división Baird sacó un enorme reloj del bolsillo de su chaleco, abrió la tapa y miró las manecillas. La una. Del cuatro de mayo de 1799. Un sábado. Una gota de sudor cayó sobre el cristal del reloj y él la limpió cuidadosamente con una de las borlas de su fajín. El fajín se lo había hecho su madre. «No nos defraudes, joven Davy», le había dicho severamente, y no añadió nada más al darle aquella tira de seda adornada con pompones cuando él se fue para alistarse en el ejército. El fajín ya tenía entonces más de veinte años y estaba deshilachado y raído, pero Baird creía que le iba a durar. Se lo llevaría de vuelta a Escocia algún día.

Estaría bien, pensó, volver a casa y ver el nuevo siglo. Tal vez el centenario que se iniciaba con el mil ochocientos trajera consigo un mundo distinto, incluso mejor, pero él dudaba que la nueva era pudiera prescindir de los soldados. Baird se imaginaba que un hombre con su espada sería útil hasta el fin de los tiempos. Se quitó el mohoso sombrero y se enjugó el sudor de la frente con la manga. Ya casi había llegado el momento.

Atisbó entre dos sacos de arena que formaban el borde delantero de la trinchera. El Cauvery Sur fluía con un precioso susurro entre las losas de sus riberas y los distintos trayectos hacia el otro lado de su cauce estaban señalados con los banderines blancos sujetos a las cañas de bambú. Dentro de un momento iba a lanzar a los soldados por esos caminos, luego tendrían que atravesar el hueco del glacis y trepar por aquel montículo de piedra, ladrillo, barro y polvo. Contó once balas de cañón empotradas en la brecha que parecían mismamente las pasas de un budín. Tenían que cubrir unos trescientos metros de terreno, cruzar un río y trepar por un budín de pasas. Distinguía a los hombres que miraban entre las dañadas almenas de la ciudad. Allí ondeaban banderas. Esos cabrones tendrían cañones colocados transversalmente hacia la brecha y tal vez una mina enterrada bajo los escombros. Que Dios protegiera a los destacamentos de asalto, pensó, aunque por lo general Dios no era clemente en semejantes asuntos. Si el coronel Gent estaba en lo cierto y había una enorme mina

aguardando a los atacantes, los destacamentos de asalto iban a ser masacrados y entonces el ataque principal tendría que asaltar la brecha y trepar por sus márgenes para llegar al enemigo apiñado en las murallas exteriores. Bueno, pues que así fuera. Ya era demasiado tarde para preocuparse.

Baird se abrió paso a empujones entre los soldados que esperaban para encontrar al sargento Graham. Graham comandaría uno de los destacamentos de asalto y, si al anochecer estaba vivo, se convertiría en teniente. El sargento estaba sacando un último cucharón de agua de uno de los barriles que se habían colocado en las trincheras para saciar la sed de los soldados que allí aguardaban.

—Ya falta poco, sargento —le dijo Baird.

—Cuando usted diga, señor. —Graham vertió el agua sobre su cabeza desnuda y luego se puso el chacó. Se dirigiría hacia la brecha con un mosquete en una mano y una bandera británica en la otra.

—Cuando los cañones lancen su salva de despedida, sargento. —Baird volvió a abrir la tapa de su reloj y tuvo la impresión de que las manecillas apenas se habían movido—. Dentro de seis minutos, creo, si es que esto es exacto. —Se acercó el reloj al oído—. Normalmente se atrasa un minuto o dos cada día.

—Estamos preparados, señor —dijo Graham.

—Estoy seguro de que lo están —repuso Baird—, pero esperen a que yo dé la orden.

—Por supuesto, señor.

Baird miró a los voluntarios, una mezcla de británicos y cipayos. Le devolvieron la sonrisa. Eran unos granujas, pensó, todos y cada uno de ellos, pero unos granujas magníficos, valientes como leones. Baird sintió una punzada de afecto hacia aquellos hombres, incluso hacia los cipayos. Al igual que muchos soldados, el escocés era una persona emotiva y sentía una aversión instintiva hacia aquellos hombres, como el coronel Wellesley, que parecían carecer de pasiones. Baird creía que era la pasión lo que llevaría a los soldados a atravesar el río y trepar por la brecha. ¡Al diablo el combate científico! La ciencia de la guerra de asedio había abierto la ciudad, pero sólo una clamorosa y demente pasión haría entrar en ella a los soldados.

—Vayan con Dios, muchachos —les dijo a los miembros del destacamento de asalto, y ellos volvieron a sonreír. No iban cargados con las mochilas, lo mismo que todos los que aquel día iban a cruzar el río. También se habían despojado de sus pertenencias. Llevaban armas y cartuchos y nada más, y si tenían éxito obtendrían el agradecimiento del general Harris como recompensa y quizás algunas pocas monedas.

—¿Hay comida en la ciudad, señor? —preguntó uno de los voluntarios.

—En abundancia, muchachos, en abundancia. —A Baird, lo mismo que al resto del ejército, le habían reducido las raciones a la mitad.

—¿Y alguna *bibbi*, señor? —preguntó otro soldado.

Baird puso los ojos en blanco.

—Hay *bibbis* a rebosar, muchachos, y todas ellas suspirando por ustedes. Ese lugar está abarrotado de *bibbis*. Incluso para nosotros, los viejos generales.

Se rieron. El general Harris había dado órdenes estrictas de que no debían molestar a los habitantes, pero Baird sabía que la terrible fiereza de un asalto a una brecha casi exigía la posterior satisfacción de los apetitos de los soldados. A él no le importaba. En lo que concernía al general de división David Baird, los chicos podían dar toda la alegría que quisieran a su entropierna siempre que primero vencieran.

Fue avanzando poco a poco entre la aglomeración de soldados hasta que llegó a un punto a medio camino entre los dos destacamentos de asalto. El reloj seguía haciendo tictac, pero de nuevo el minuterero parecía no haberse movido apenas desde la última vez que miró la esfera. Baird cerró la tapa, se metió el reloj en el bolsillo del chaleco y volvió a observar la ciudad. Las partes de la muralla que estaban intactas relucían, blancas, al sol. Era un lugar hermoso, con sus torres, sus tejados brillantes y sus altas palmeras, aunque era allí donde Baird había pasado cerca de cuatro años como prisionero del Tippoo. Odiaba aquel lugar igual que odiaba a su gobernante. La venganza había tardado mucho en llegar, pero ya estaba cerca.

Desenvainó su *claymore*, una brutal hoja escocesa que carecía de la finura de las espadas modernas, pero a Baird, con su metro noventa y tres de altura, la finura le hacía poca falta. Llevaría su hoja de carnicero hacia una brecha de sangre para vengarse de los cuarenta y cuatro meses de infierno que le había hecho pasar el Tippoo.

En las baterías situadas detrás de Baird los artilleros soplaban sus botafuegos para que no se apagara la mecha. El general Harris sacó su reloj. El coronel Arthur Wellesley, que iría al frente de la segunda oleada de atacantes que atravesaría la brecha, se ajustó el fular y pensó en sus responsabilidades. El grueso de sus hombres provenía del Régiment de Meuron, un batallón suizo que antaño había luchado con los holandeses, pero que se había puesto a las órdenes de la Compañía de las Indias Orientales cuando los británicos capturaron Ceilán. Los soldados eran en su mayoría suizos, pero había unos cuantos de los estados alemanes y formaban un sobrio y formal batallón que Wellesley planeaba conducir hacia el Palacio Interior para proteger su contenido y su harén de los saqueos de los atacantes. Tal vez Seringapatam cayera y quizás el Tippoo muriera, pero lo importante era ganarse la amistad de Mysore, y Wellesley estaba decidido a cerciorarse de que ninguna atrocidad innecesaria echara a perder la nueva lealtad de sus ciudadanos. Se ajustó la gorguera plateada al cuello, desfundó la espada tres o cuatro centímetros y la dejó caer de nuevo en su vaina antes de cerrar un momento los ojos para suplicarle a Dios que protegiera a sus hombres.

Los destacamentos de asalto, con sus mosquetes cargados y rematados con el acero de las bayonetas, se agazaparon en las trincheras. Los relojes de los oficiales continuaron su tictac, el río fluía suavemente sobre las piedras de su lecho y la silenciosa ciudad esperaba.

—Quítate la guerrera —le dijo Sharpe a Lawford, volviendo de forma instintiva a la relación que había existido entre ellos mientras habían servido en el batallón de Gudin—. No tiene sentido mostrar una casaca roja hasta que no tengamos que hacerlo —explicó Sharpe al tiempo que volvía la suya del revés. No se la volvió a poner, sino que se anudó las mangas al cuello de manera que la casaca que las zarpas habían destrozado le quedó colgando sobre su espalda desnuda y llena de cicatrices. Los dos se hallaban agachados en un establo que daba al callejón que desembocaba en el patio. El coronel McCandless se había marchado, se lo habían llevado a casa de Appah Rao y Sharpe y Lawford estaban solos.

—Ni siquiera tengo un arma —dijo el teniente, nervioso.

—Eso lo arreglamos enseguida —repuso Sharpe con seguridad—. Vamos.

Sharpe fue delante y se adentró en el intrincado laberinto de callejuelas que rodeaban el palacio. El rostro de un hombre blanco no era algo tan fuera de lo común como para llamar la atención en Seringapatam, puesto que había muchos europeos al servicio del Tippoo, pero aun así, Sharpe no creía que tuviera muchas posibilidades si iba vestido con la casaca roja. No creía tener muchas posibilidades de todas formas, pero de ninguna manera iba a abandonar a sus compañeros ante la mina del Tippoo.

Pasó corriendo junto a una orfebrería cerrada y al fondo de su ensombrecida entrada vio a medias a un hombre armado que montaba guardia en la propiedad.

—Quédese aquí —le dijo a Lawford; luego se colgó el mosquete al hombro y volvió sobre sus pasos. Apartó de su camino a una vaca que deambulaba por ahí y se agachó en la entrada de la orfebrería—. ¿Cómo se encuentra hoy? —le preguntó en tono agradable a aquel hombre que, como no hablaba inglés, se limitó a fruncir el entrecejo, confuso. Aún mantenía su expresión ceñuda cuando el puño izquierdo de Sharpe se hundió en su vientre. El guardián lanzó un gruñido, pero entonces el puño derecho le golpeó el hueso de la nariz y ya no estaba en condiciones de resistirse cuando Sharpe lo despojó del mosquete y la caja de cartuchos. Por si acaso, Sharpe le propinó un golpe en la cabeza con la culata del mosquete y luego volvió a la calle—. Un mosquete, señor, que está hecho un auténtico asco pero que disparará. Y cartuchos también.

Lawford abrió la cazoleta del mosquete para comprobar si estaba cargado.

—¿Y qué piensa usted hacer ahora, Sharpe? —preguntó el teniente.

—No lo sé, señor. No lo sabré hasta que no lleguemos allí.

—¿Va a ir a la mina?

—Sí, señor.

—Habrás guardias.

—Puede que no.

—Y sólo somos dos.

—Sé contar, señor —replicó Sharpe con una sonrisa—. Es la lectura lo que me cuesta. Pero ya me van saliendo las letras, ¿no es cierto?

—Lee bien —dijo Lawford. Probablemente, pensó el teniente, igual de bien que cualquier niño de siete años, pero aun así había sido gratificador ver cómo disfrutaba Sharpe con el proceso, incluso aunque su única lectura fuera una página arrugada del Apocalipsis llena de misteriosas bestias aladas que se tapaban los ojos—. Le conseguiré algunos libros más interesantes cuando salgamos de aquí —le prometió Lawford.

—Me gustaría mucho, señor —dijo Sharpe, luego atravesó corriendo un cruce. El temor de un asalto inminente había vaciado las calles del habitual gentío, pero los carros aparcados en los callejones obstruían el paso. Los perros callejeros ladraron cuando los dos hombres se dirigieron hacia el sur a toda prisa, pero muy poca gente advirtió su presencia—. Allí, señor, allí está nuestra maldita respuesta —dijo Sharpe. Había salido corriendo desde una calle a una pequeña plaza y entonces retrocedió bruscamente al amparo de las sombras. Lawford atisbo por la esquina y vio que aquel pequeño espacio abierto estaba lleno de carretillas en las que se amontonaban los misiles—. Diría que están ahí para llevarlos luego a la muralla —comentó Sharpe—. Deben de tener ya tantos allí arriba que tienen que almacenar el resto aquí abajo. Lo que vamos a hacer, señor, es coger una de esas carretas, bajar hasta la próxima calle y celebraremos un aniversario de la Conspiración de la Pólvora particular.

—Hay guardias.

—¡Pues claro que los hay!

—Quiero decir vigilando las carretillas de misiles, Sharpe.

—Eso no es nada —replicó Sharpe con desdén—. Si esos tipos sirvieran de algo los tendrían en las murallas. No pueden ser otra cosa que lisiados y abuelos. Basura. Lo único que tenemos que hacer es gritarles a esos cabrones. ¿Está listo?

Lawford miró el rostro de su compañero.

—Se está divirtiendo, ¿verdad, Sharpe?

—Sí, señor. ¿Usted no?

—Estoy realmente asustado —admitió Lawford.

Sharpe sonrió.

—No lo estará cuando hayamos terminado, señor. No nos va a pasar nada. Usted límitese a comportarse como si este maldito lugar fuera suyo. Se supone que ustedes los oficiales son buenos en ello, ¿no? Bien, yo agarraré una carreta y usted les grita a esa basura. Dígales que nos envía Gudin. Vamos, señor, estamos perdiendo el tiempo.

Dirijámonos hacia allí como si este lugar nos perteneciera.

Sharpe salió a la luz del sol con la mayor frescura, con el mosquete colgado al hombro, y Lawford le siguió.

—¿No le contará a nadie que he confesado tener miedo? —preguntó el teniente.

—Pues claro que no, señor. ¿Cree que yo no lo tengo? ¡Dios! Estuve a punto de ensuciarme los pantalones cuando ese maldito tigre me saltó encima. Nunca había visto nada que se muriera con tanta rapidez. Pero no iba a demostrar que tenía miedo delante del maldito Hakeswill. ¡Eh, usted! ¿Es usted el encargado? —le gritó imperiosamente Sharpe a un soldado que estaba en cuclillas junto a una de las carretas—. Apártese, maldita sea, necesito la carretilla.

El hombre se apartó de un salto cuando Sharpe levantó los brazos de la carretilla de un tirón. Debía de haber unos cincuenta misiles en ella, más que suficientes para lo que Sharpe se proponía hacer. Otros dos hombres le dirigieron unos gritos de protesta a Sharpe, pero Lawford los hizo callar con un gesto de la mano.

—Nos ha enviado el coronel Gudin. ¿Me comprenden? —dijo Lawford—. El coronel Gudin. Él nos manda. —El teniente siguió a Sharpe por la calle que daba al sur de la plaza—. Esos dos vienen detrás de nosotros —dijo nerviosamente.

—Pégueles un grito a esos cabrones, señor. ¡Usted es un oficial!

—¡Atrás! —gritó Lawford—. ¡Vuelvan a sus puestos! ¡Vamos! ¡Ahora! ¡Hagan lo que digo, maldita sea! ¡Venga! —Hizo una pausa y luego soltó una risita de alegría—. Dios santo, Sharpe, ha funcionado.

—Si funciona con nosotros, señor, debería de funcionar con ellos —repuso Sharpe. Giró una esquina y vio las imponentes esculturas del gran templo hindú. Entonces supo dónde estaba y que el callejón que conducía a la mina se encontraba tan sólo a unos pocos metros de distancia. Iba a estar lleno de guardias, pero ahora Sharpe tenía todo un arsenal para él solo.

—Si hay un ataque no podremos hacer nada —dijo Lawford.

—Ya lo sé, señor.

—¿Y qué haremos si se lleva a cabo el asalto?

—Escondernos, señor.

—¿Dónde, por el amor de Dios?

—Lali nos acogerá, señor. Se acuerda usted de Lali, ¿no, señor?

Lawford se sonrojó al recordar su primera toma de contacto con los burdeles de Seringapatam.

—¿De verdad cree que ella nos ocultará?

—Cree que es usted un encanto, señor. —Sharpe esbozó una sonrisa burlona—. La he visto un par de veces más después de aquella primera noche, señor, y siempre pregunta por usted. Me parece que hizo usted una conquista, señor.

—¡Por Dios, Sharpe! ¿No se lo irá a decir a nadie, verdad?

—¿Yo, señor? —Sharpe fingió escandalizarse—. Ni una palabra, señor.

Entonces, repentinamente, a lo lejos y amortiguado por la distancia, sonó un débil y vacilante toque de corneta.

Y todos los cañones del mundo parecieron ponerse a disparar al mismo tiempo.

Baird se encaramó a la pared de la trinchera, trepó por los sacos de arena y se volvió hacia sus hombres.

—¡Y ahora, mis valientes —gritó con su claro acento escocés al tiempo que con su espada señalaba en dirección a la ciudad—, síganme y demuestren que son dignos de llamarse soldados británicos!

Los destacamentos de asalto ya estaban en camino. Cuando Baird trepó fuera de la trinchera, los sesenta y seis soldados de los dos destacamentos subieron apresuradamente por el borde de la misma y empezaron a correr. Atravesaron chapoteando el Pequeño Cauvery, luego se dirigieron a toda velocidad hacia el río más grande. A su alrededor el aire se agitó con estrépito. Todos los cañones de asedio habían disparado casi en el mismo instante y la brecha se convirtió en una hirviente polvareda, en tanto que las murallas devolvían el eco de la tremenda detonación de los cañones. Las banderas de Gran Bretaña ondeaban mientras los soldados en cabeza se metían corriendo en el Cauvery Sur. Las primeras balas alcanzaron el agua y levantaron pequeños surtidores con su impacto, pero los destacamentos de asalto no notaron los disparos. Iban lanzando gritos de desafío y compitiendo unos con otros para ser los primeros en subir por la brecha.

—¡Fuego! —gritó el Tippoo, y las murallas de la ciudad quedaron ribeteadas de humo y llamas cuando mil mosquetes vertieron una lluvia de plomo sobre el Cauvery Sur y hacia las trincheras. Los misiles silbaron y salieron despedidos de los muros, y sus estelas giraron como locas y se enredaron unas con otras en el aire cálido. La trompeta no había dejado de sonar. Las descargas de mosquetería de los defensores eran continuas, puesto que los soldados sencillamente soltaban sus armas vacías, tomaban las cargadas y disparaban hacia la nube de humo que bordeaba la ciudad. El sonido de sus fusiles era como el chisporroteo de una hoguera gigantesca, el río espumaba con las balas y un puñado de casacas rojas y cipayos se sacudían y se retorcían al ahogarse o desangrarse hasta morir.

—¡Vamos! —rugió el sargento Graham mientras pasaba a trompicones sobre los restos del muro de adobe que había cercado el agua detrás del glacis. En el viejo foso todavía había unos treinta centímetros de agua turbia, pero Graham la atravesó corriendo como si tuviera alas. Una bala dio un tirón a la bandera que llevaba en la mano izquierda—. ¡Vamos, cabrones! —gritó. Se hallaba entonces en la pendiente menos pronunciada de la brecha y todo su mundo no era más que ruido, humo y penetrantes proyectiles. Era un lugar diminuto, aquel mundo, un infierno de polvo y

fuego en lo alto de una cuesta de escombros. No veía al enemigo, puesto que los que se encontraban por encima de él quedaban ocultos bajo el humo de sus propios mosquetes, pero los defensores de la muralla interior, que dominaban perfectamente el cuello de la brecha abierta en el muro exterior, vieron a los casacas rojas trepar por la rampa y abrieron fuego. Un soldado que iba detrás de Graham se desplomó hacia atrás con la sangre saliéndole a borbotones de la garganta. Otro cayó de bruces con la rodilla destrozada.

Graham llegó a la cima de la brecha. Su verdadero objetivo eran los muros de su izquierda, pero alcanzar la cúspide del boquete le pareció triunfo suficiente y clavó profundamente el asta de la bandera entre las piedras y el polvo.

—¡Ahora soy el teniente Graham! —exclamó con regocijo, e inmediatamente una bala lo arrancó de la cima y lo arrojó hacia sus hombres.

Fue en aquel preciso momento cuando los propios voluntarios del Tippoo atacaron. Sesenta hombres aparecieron como un enjambre de detrás del muro con sables y mosquetes para enfrentarse a los dos destacamentos de asalto en la cresta de la brecha reducida a escombros. Aquellos eran los mejores soldados del Tippoo, sus tigres, los guerreros de Alá a los que se les había prometido un lugar privilegiado en el paraíso y que gritaron con exultación al atacar. Dispararon una descarga de mosquetería mientras trepaban, luego tiraron las armas vacías para enfrentarse a los casacas rojas con brillantes espadas curvas. Los cañones de los mosquetes paraban las arremetidas de las espadas, las bayonetas embestían y eran apartadas a cuchilladas. Los soldados maldecían y mataban, maldecían y morían. Algunos peleaban con las manos y las botas, se hundían los dedos y se mordían unos a otros mientras forcejeaban cuerpo a cuerpo en la polvorienta cima. Un cipayo bengalí recogió una espada caída y con ella se abrió camino hasta el pie de la muralla, allí donde ascendía desde la brecha hasta las fortificaciones del norte. Un voluntario de Mysore arremetió contra él con su espada, el cipayo paró el golpe instintivamente y luego atravesó el casco metálico del soldado con tanta violencia que la hoja se hundió y quedó atrapada en el cráneo de su enemigo. El bengalí dejó allí su arma y, tan enardecido por la batalla que no se dio cuenta de que iba desarmado, trató de escalar el flanco destrozado de las murallas para atacar a los defensores que aguardaban en la banqueta de arriba. Un mosquete que disparó desde lo alto de la muralla lo hizo caer de espaldas y se deslizó, ensangrentado y agonizante, hasta detenerse contra el herido Graham.

Baird estaba aún al oeste del río. Su trabajo no consistía en morir con los destacamentos de asalto, sino dirigir el ataque principal por el camino que ellos habían despejado. Aquel ataque principal estaba formado en aquel momento en dos columnas de secciones.

—¡Adelante! —exclamó Baird, y condujo a las columnas gemelas hacia el río.

Las balas impactaban sobre el terreno que tenía por delante, como si cayera un granizo invisible. Tras él los tambores tocaban a avance mientras que los ingenieros, cargados con sus haces de palos y sus escalas, iban caminando junto a las secciones. Los misiles pasaban silbando por encima de Baird y sus estelas bordaban cuerdas de humo en lo alto del río. Los soldados luchaban cuerpo a cuerpo en la brecha y las murallas de la ciudad escupían llamas a través del revuelto riachuelo de humo.

El infierno había llegado a Seringapatam y Baird se apresuró a ir hacia él.

—¡Por Dios! —exclamó Sharpe, pues oyó que el súbito fragor de la batalla aumentaba justo al otro lado de las murallas del oeste. Allí había hombres que morían. Los soldados estaban atacando una brecha y la mina del Tippoo los aguardaba, con sus toneladas de pólvora amontonadas en el interior de un túnel de piedra y preparadas para aniquilar a toda una brigada.

Se agachó en una esquina del callejón que conducía a la antigua puerta que habían llenado de explosivos. Atisbo por la esquina y vio al sargento Rothière y a dos soldados franceses del batallón de Gudin. Estaban los tres junto a un barril con la mirada alzada y fija en las murallas interiores, y rodeando a los europeos había una escolta de media docena de *jettis*, todos ellos armados con mosquetes y espadas. Volvió a esconderse y sopló para extraer el cebo de la cazoleta de su mosquete.

—Esos cabrones sólo son nueve o diez —le dijo a Lawford—, así que vamos a darles un buen quebradero de cabeza.

Los misiles estaban apilados con la punta por delante en la carretilla, de manera que sus largas colas de bambú sobresalían hacia los brazos de la misma. Sharpe se puso frente a la carretilla, agarró los finos tablones pintados con dioses y elefantes y los arrancó. Cedieron con facilidad y los clavos se separaron de los lados del carretón. Sacó a golpes las últimas astillas de madera, de forma que ya no quedó ningún obstáculo frente a aquel cargamento letal, luego le dio la vuelta a la carretilla para que los conos de hojalata de los misiles apuntaran hacia el callejón, aunque se aseguró mucho de que el carretón y su contenido siguieran ocultos a la vista de los soldados que esperaban junto a la mecha de la mina.

Lawford no dijo nada, se limitó a observar cómo Sharpe rompía la espoleta de papel de uno de los proyectiles. Enrolló el papel, lo introdujo en el cerrojo vacío del mosquete, amortilló el arma y apretó el gatillo. El papel impregnado de pólvora prendió inmediatamente con la chispa y empezó a arder.

Sharpe soltó el mosquete y empezó a encender las mechas de la hilera superior de misiles. El papel que tenía en la mano ardía violentamente, pero consiguió prender ocho proyectiles antes de verse obligado a arrancar otra espoleta y usarla para encender más. Costaba meter la mano entre los palos de bambú de los misiles, pero encendió otros diez mientras los primeros silbaban y humeaban. Lawford, al ver lo

que estaba haciendo Sharpe, se sacó del bolsillo la página de la Biblia, la enrolló y la utilizó para prender más misiles. Entonces, el primer proyectil que habían encendido empezó a saltar chasquidos y a escupir humo, y Sharpe inmediatamente agarró los brazos del carretón y lo empujó dando la vuelta a la esquina de forma que los misiles apuntaran directamente callejón abajo. Se agachó tras la carretilla, oculto a los soldados por el chaflán del edificio y se acercó el mosquete. Lo utilizó para alzar los brazos del carretón de manera que el fondo del vehículo y los misiles que éste contenía quedaran en posición horizontal.

El primer misil se estremeció y luego salió disparado como un rayo. El segundo lo siguió al cabo de un instante, luego dos más y, de repente, toda la carretilla empezó a agitarse y sacudirse al tiempo que los proyectiles ardían y hendían el aire. Una bala de mosquete alcanzó el carretón, otra levantó polvo en la esquina del edificio, pero luego ya no hubo más disparos, sólo gritos de terror mientras los misiles pasaban silbando entre las cercanas paredes del callejón. Algunos de los misiles tenían una carga sólida en los conos del extremo, mientras que otros tenían pequeñas cargas de pólvora negra que entonces empezaron a estallar. Un hombre gritó. Explotaron más misiles y sus estallidos inundaban la callejuela de ruido mientras que sus virulentas estelas la llenaban de humo y llamas. Sharpe esperó hasta que el último proyectil encendido salió despedido de la carretilla con una llamarada.

—Ahora viene la parte más difícil —le advirtió a Lawford. Reemplazó el cebo de su mosquete por una pizca de pólvora que sacó de un cartucho nuevo, luego agarró el carretón y lo fue empujando delante de él callejón abajo. Al menos se habían disparado treinta de aquellos misiles y el callejón era entonces un infierno de humo revuelto en medio del cual un puñado de proyectiles que aún no habían estallado seguían rebotando o girando de manera peligrosa, mientras que los armazones de las armas ya agotadas ardían y brillaban en la penumbra. Sharpe se abalanzó hacia aquel caos con la esperanza de que la carretilla a medio cargar le sirviera de escudo si quedaba algún soldado vivo en el callejón.

Lawford también se lanzó al ataque junto a él. Todavía quedaban en pie al menos cuatro hombres, mientras que otro había encontrado refugio en una honda entrada, pero estaban todos aturridos por la violencia de los misiles y medio cegados por el denso humo. Sharpe le propinó un fuerte empujón a la carretilla para mandarla traqueteando hacia ellos. Uno de los *jettis* vio el carretón, se echó a un lado y arremetió contra Sharpe con el sable desenvainado, pero Lawford le disparó con su mosquete y alcanzó al hombretón en la garganta tan rápida y limpiamente como si se tratase de un faisán que hubiera aparecido de entre unos matorrales. La carretilla chocó contra dos de los soldados que había en pie y los echó hacia atrás tambaleándose. Sharpe le pisó la cabeza a uno y a otro le dio una patada en la entrepierna. Le dio un golpe con la culata del mosquete a un francés en la parte

posterior de la cabeza, hincó luego con fuerza la boca del arma en el vientre de un *jetti* y, cuando éste se dobló en dos, le golpeó con el cañón en la cara. El *jetti* soltó un grito y se alejó haciendo eses con las manos apretadas contra uno de sus ojos. Lawford había agarrado una espada del suelo y con ella le cortó salvajemente el cuello a otro *jetti*, y tan inspirado y eufórico estaba debido a la batalla que ni siquiera sintió la más mínima repugnancia cuando la sangre de aquel hombre salió a borbotones y silbó al caer sobre los restos ardientes de un misil. El sargento Rothière estaba en el suelo con una pierna rota por el golpe de un misil, pero amartilló su mosquete y apuntó con él a Lawford, entonces el sargento oyó a Sharpe tras él y trató de girar el arma. Sharpe estaba demasiado cerca y fue demasiado rápido. Descargó sobre Rothière un terrible golpe de su fusil. Notó que la culata le rompía la cabeza al sargento. El arma todavía estaba cargada, así que le dio la vuelta y lanzó un gruñido desafiante mientras escudriñaba a través de la asfixiante humareda. No divisó ningún peligro en aquellos momentos, sólo hombres heridos, muertos y parpadeantes carcasas de misiles. La espoleta de la mina, un trozo serpenteante de mecha rápida, de alguna forma había escapado al fuego de los misiles y se hallaba olvidada junto al barril volcado en el que había estado Rothière con un botafuego que mantenía encendido. Sharpe avanzó hacia el barril y entonces oyó el chasquido de un arma al ser amartillada.

—Esto ya ha ido demasiado lejos, Sharpe. —Era el coronel Gudin el que hablaba. Estaba detrás de Sharpe. El coronel había permanecido a la espera de la señal del Tippoo en las murallas interiores junto a la torre de entrada, pero había saltado a un tejado y de ahí al callejón, y en aquel momento apuntaba a Sharpe con su pistola. Lawford, con un sable en la mano, se hallaba a media docena de pasos de distancia, demasiado lejos para ser de alguna ayuda. Gudin sacudió la pistola—. Deje el mosquete en el suelo, Sharpe —le ordenó en tono calmado.

Sharpe se había dado la vuelta con el mosquete en la cadera. El coronel estaba a tan sólo tres o cuatro pasos de distancia.

—Baje usted la pistola, señor —dijo Sharpe.

Una ligera expresión de pesar surcó el rostro del coronel cuando estiró el brazo para apuntar mejor. Sharpe disparó en cuanto vio aquel leve movimiento y, aunque no había apuntado el mosquete, sino que lo había disparado a la altura de la cadera, la bala alcanzó al coronel en el hombro derecho de manera que la pistola de Gudin salió volando por los aires.

—Lo lamento, señor —dijo Sharpe, y se fue corriendo hacia uno de los misiles ya gastados que todavía escupía débiles llamas por la tobera. Llevó la llameante carcasa hacia el extremo de la mecha rápida y una vez allí se detuvo a escuchar. Oyó unos cañonazos y supo que debía de tratarse de la artillería del Tippoo, puesto que ningún artillero británico osaría disparar entonces por miedo a alcanzar a las tropas de asalto.

Oyó disparos de mosquetería, pero no escuchó el terrible y gutural rugido de los hombres al entrar en la brecha. Sólo debía de estar combatiendo el destacamento de asalto, lo cual significaba que en el espacio entre las murallas no debía de haber soldados británicos. Se agachó para acercar las débiles llamas del misil a la mecha que allí esperaba, pero Lawford le apartó el brazo de un empujón. Sharpe levantó la vista y miró al teniente—. ¿Señor?

—Será mejor que dejemos tranquila la mina, creo yo, Sharpe. Nuestros hombres podrían estar demasiado cerca.

Sharpe todavía sostenía el tubo ardiendo.

—Sólo usted y yo, ¿eh, señor?

—¿Usted y yo, Sharpe? —preguntó Lawford, desconcertado.

—Dentro de cinco minutos, señor, cuando el Tippoo se pregunte por qué sus fuegos artificiales no estallan. Y mande entonces a una docena de hombres para que descubran qué está ocurriendo. ¿Usted y yo? ¿Vamos a luchar contra esos cabrones los dos solos?

Lawford dudó.

—No lo sé —dijo con aire vacilante.

—Yo sí, señor —replicó Sharpe, empujó el ardiente misil hacia la mecha e inmediatamente un fuego rápido e implacable empezó a recorrer la soga impregnada de pólvora con un sonido sibilante y escupiendo chispas. Gudin trató de apagarlo con el pie, pero Sharpe apartó bruscamente al francés de un empujón—. ¿Está malherido, señor? —le preguntó a Gudin.

—Tengo el hombro roto, Sharpe. —Gudin parecía estar a punto de llorar, no por su herida, sino por haber fracasado en el cumplimiento de su deber—. No me cabe duda de que el doctor Venkatesh lo curará. ¿Cómo escapó?

—Maté a un tigre, señor, y a algunos más de esos cabrones de *jettis*.

Gudin sonrió con tristeza.

—El Tippoo debió de haber acabado con usted en cuanto tuvo la oportunidad.

—Todos cometemos errores, señor —repuso Sharpe mientras observaba el fuego que atravesaba la barricada de piedra que se había amontonado frente a las puertas del antiguo pasadizo abovedado—. Creo que será mejor que lo pongamos a cubierto, señor —dijo, y tiró de un mal dispuesto Gudin hacia una entrada en la que Lawford ya estaba agachado. El humo del callejón se estaba dispersando. Un *jetti* herido se arrastraba a tientas pegado al muro más distante, otro vomitaba y el sargento Rothiére gemía. La sangre burbujeaba en los orificios nasales del sargento, que tenía la parte posterior de la cabeza negra de lo ensangrentada que estaba.

—Me parece que acaba usted de ascender a sargento, Sharpe —dijo Lawford.

Sharpe sonrió.

—Creo que sí, señor.

—Bien hecho, sargento Sharpe. —Lawford le tendió la mano—. Un buen trabajo el de hoy.

Sharpe le estrechó la mano a su oficial.

—Pero la jornada de trabajo todavía no ha finalizado, señor.

—¿Ah no? —preguntó Lawford—. ¡Por el amor de Dios, hombre! ¿Qué más tiene planeado?

Pero Lawford no llegó a oír la respuesta del sargento Sharpe porque en aquel preciso momento explotó la mina.

Los ingenieros del Tippoo habían hecho bien su trabajo. No toda la fuerza de la mina se dirigió hacia el norte, pero sí la mayor parte de la misma, y esa parte fue devastadora. La explosión barrió el espacio entre las murallas exterior e interior, un espacio que debiera haber estado atestado de soldados británicos.

A Sharpe, que atisbo desde la entrada, al principio le pareció como si toda la achaparrada torre de entrada se desintegrara; no en escombros y polvo, sino en las piedras que la constituían, puesto que todos los bloques de granito labrado se separaron ligeramente de una sacudida cuando el antiguo edificio se hinchó debido a la terrible presión de aquel fuego interior. Salió polvo por todas las grietas que se abrieron cuando las piedras se separaron limpiamente a lo largo de las juntas de argamasa, luego Sharpe perdió de vista la torre de entrada que se derrumbaba, porque de pronto no hubo más que humo, polvo, llamas y ruido. Retrocedió bruscamente para volver a ponerse a cubierto y se tapó la cabeza con los brazos cuando el estruendo lo sobrepasó tan sólo un instante después de que hubiera visto el polvo pasar a toda velocidad por delante del pórtico de entrada al escapar los gases del fuego que se expandía.

El ruido parecía no acabar nunca. Primero se oyó el creciente estallido de la pólvora al explotar, luego el chirriante estrépito de las piedras al agrietarse y venirse abajo y el silbido de los cascotes que atravesaron la ciudad como un torbellino; después a Sharpe le empezaron a zumbar los oídos y, por encima de aquel zumbido pero con un sonido tan débil y distante como el de la trompeta que había anunciado el asalto, se oyeron los gritos de los hombres que habían sido alcanzados por la explosión, el fuego o la piedra. Tras todo ello llegó el sonido del viento, un viento que no era normal y que se llevó consigo la techumbre de paja de las casas, lanzó baldosas por los aires y levantó tolvaneras en las calles en un radio de cuatrocientos metros de distancia de la explosión. La muralla propiamente dicha quedó intacta, incluso el tramo que pasaba junto a la torre de entrada, puesto que allí el antiguo arco de entrada exterior reventó como un tapón y un monstruoso chorro de llamas humeantes salió disparado de la muralla, con lo que dio salida a la potencia del explosivo por debajo de los muros y no los dañó, pero la torre achaparrada situada sobre el viejo portalón se derrumbó. Se vino abajo lentamente, deslizándose por el espacio existente entre las murallas interior y exterior. Fragmentos de ladrillo y piedra se elevaron trazando un arco hacia afuera y se precipitaron al río justo delante de las columnas de Baird que avanzaban. Más fragmentos de piedra cayeron sobre la ciudad en forma de lluvia.

El ruido se fue apagando poco a poco. El zumbido que Sharpe tenía en los oídos se fue aplacando hasta que oyó gimotear a un hombre en algún lugar en medio de

aquel horror. Volvió a mirar hacia fuera y vio que la explosión había barrido a los muertos y heridos del callejón. De la carretilla no quedaba ni rastro. No había nada más que piedra rota, paja ardiendo y manchas de sangre.

Al norte de la brecha, allí donde el lengüetazo de las llamas y la explosión se había visto reducido por la distancia, el estruendo mareó a los defensores. De pronto sus banderas de seda dorada, escarlata y verde se quedaron tiasas con la explosión en tanto que los soldados se agachaban en las troneras o se tambaleaban como borrachos ante el ardiente viento. Los héroes del Tippoo que se habían ofrecido voluntarios para combatir a los destacamentos de asalto en la brecha murieron todos sin excepción, ya que se encontraban en la parte interior del boquete, donde nada podía salvarles, mientras que a los supervivientes de los destacamentos de asalto, a los que el primer ataque del Tippoo había hecho retroceder, los había protegido el ángulo sur del muro roto.

En la brecha propiamente dicha se arremolinaba un extenso velo de polvo. Una inmensa e hirviente pira de humo se alzó agitada por encima de las murallas, pero la brecha, al menos por un momento, quedó desguarnecida. Los soldados del Tippoo que deberían de haber estado defendiendo los costados de la brecha o bien estaban muertos o bien tan horrorizados que no eran capaces de reaccionar, mientras que los soldados apostados en la muralla interior se habían agachado cuando el terrible estruendo, el calor y el polvo estallaron a su alrededor. Casi todos seguían aún en cuclillas, temerosos del extraño silencio que siguió a la explosión.

—¡Ahora, muchachos, ahora! —gritó un soldado desde la brecha, y los supervivientes de los destacamentos de asalto treparon en medio del humo y subieron por la destrozada cantería de las murallas. El polvo transportado por el aire los asfixiaba y tornaba blancas sus rojas casacas, pero eran unos hombres que se habían armado de valor para afrontar la peor experiencia de la guerra, el asalto a una brecha, y aquel valor pesaba en sus almas con la dureza y la frialdad del acero, por lo que apenas eran conscientes del horror de los últimos segundos, sólo de la necesidad de trepar por los costados de la brecha y empezar con su matanza. Aquellos que se dirigieron hacia el sur se encontraron las murallas vacías, mientras que los que fueron al norte subieron para enfrentarse a soldados aturridos. Ni los casacas rojas ni los cipayos habían esperado clemencia en aquel asalto y estaban preparados para no mostrar ninguna, así que empezaron con su masacre.

—¡Es hora de espetar cerdos, muchachos! —gritó un cabo. Le clavó la bayoneta a un soldado de ojos desorbitados y liberó la hoja del estorbo del cuerpo arrojando el cadáver por encima del borde de las murallas interiores. Sus compañeros pasaron por su lado como un vendaval, les hervía la sangre con furia a causa del miedo de ser los primeros en entrar en la ciudadela enemiga. En aquel momento, sobre las murallas, mataban frenéticamente para dejar fluir el miedo en un torrente de sangre enemiga.

Baird se encontraba todavía al oeste del río cuando tuvo lugar la explosión y había sentido una momentánea punzada de horror en el momento en que aquel enorme estallido había surgido de la ciudad. Durante un segundo horrible pensó que la capital entera con todas sus casas, templos y palacios estaba a punto de desintegrarse ante sus ojos, pero no se había detenido, de hecho había acelerado el paso de forma que entró chapoteando en el Cauvery Sur cuando aún caían escombros. Vadeó el río por los puntos de menor profundidad, mientras que a su alrededor el agua espumaba debido a aquella lluvia de piedras y gritó incomprensiblemente, desesperado por dejar caer su espada sobre el enemigo que en una ocasión lo encarceló. La humareda que ocultaba la brecha se desplazó cuando una ráfaga de viento la atrapó y se la llevó rápidamente hacia el norte, y Baird vio que sus destacamentos de asalto se hallaban entonces en las murallas. Vio a algunos casacas rojas extrañamente blanqueados que avanzaban en dirección norte y luego alcanzó a ver a un torrente de enemigos provenientes de los bastiones del sur que se dirigían a reemplazar a los defensores que la explosión había barrido de las murallas. Dichos refuerzos estaban atravesando a todo correr una enorme y turbia columna de humo gris blanquecino en cuyo interior unas pálidas llamas lamían el cielo. Baird imaginó que la explosión la había causado la temida mina del Tippoo, pero el horror que sintió ante su fuerza se tornó regocijo cuando cayó en la cuenta de que había estallado antes de tiempo y de que, en lugar de masacrar a sus soldados, había abierto la ciudad al asalto. Pero también se dio cuenta de que en aquellos momentos el enemigo se estaba despertando de su pesadilla y se apresuraba a movilizar a sus tropas para enfrentarse al ataque, así que Baird salió del río a toda prisa, atravesó el maltrecho glacis y ascendió por la brecha, que tenía entonces un vistoso aspecto resbaladizo debido a las enormes manchas de sangre fresca. Optó por dirigirse hacia el sur para ayudar al destacamento de asalto que allí se encontraba a enfrentarse a la avalancha de refuerzos del Tippoo.

Por detrás de Baird las columnas gemelas de casacas rojas atravesaban el río. Cada columna estaba formada por tres mil hombres y su tarea consistía en rodear la ciudad y capturar así todo el perímetro de las murallas, bastiones, torres y puertas de Seringapatam, pero los soldados del Tippoo se estaban recuperando del impacto y las oleadas de invasores finalmente encontraron resistencia. Los mosquetes retumbaron desde lo alto de las murallas, los cañones ocultos se descubrieron y los misiles salieron disparados de los parapetos. Las balas y la metralla acribillaron a las dos columnas y los misiles, al caer al río, propulsaron grandes gotas de agua hacia las alturas. Cipayos y casacas rojas fueron abatidos. Algunos de ellos se arrastraron hasta alcanzar un lugar seguro, a otros se los llevó la corriente, y los menos afortunados fueron pisoteados por las botas de los soldados que cruzaban el río. Las tropas que iban a la cabeza de cada columna treparon como pudieron por los rotos ángulos de las

murallas. Los ingenieros apoyaron las escalas contra dichos ángulos y por sus travesaños ascendieron aún más soldados a las fortificaciones.

Una vez allí el combate cambió. En aquel momento, en la estrecha banqueta de la muralla exterior, las columnas tenían que abrirse paso a la fuerza, pero los hombres del Tippoo no dejaban de disparar una descarga tras otra contra las filas de los atacantes. El fuego más pernicioso provenía de la muralla interior, ya que los soldados del Tippoo estaban protegidos por un parapeto, mientras que los británicos y sus aliados indios no disponían de una protección semejante en el lado interno de la capturada muralla exterior. Otros hombres disparaban contra ellos desde su frente y un torrente de disparos les llegaba por el flanco, y no obstante siguieron avanzando, consumidos por la ira ciega de la guerra. La única manera de sobrevivir al horror era seguir adelante, así que pasaban por encima de los muertos para disparar sus mosquetes y luego se agachaban para recargar mientras las filas traseras los sobrepasaban. Los heridos se desplomaban, algunos de ellos se tambaleaban y caían al foso interior, en tanto que, tras ellos, en el espumoso río, las colas de las dos columnas se apresuraban hacia la batalla.

Se había tomado la brecha, pero la ciudad no había caído todavía. Los cipayos y los casacas rojas habían ocupado unos cien metros del muro exterior a cada lado del boquete, pero los soldados del Tippoo se defendían con todas sus fuerzas y el Tippoo en persona estaba al mando de los defensores al norte de la brecha. El Tippoo había maldecido a Gudin por volar la mina demasiado pronto y malgastar así su terrible poder destructivo, pero ahora intentaba reavivar la defensa con su ejemplo personal. Estaba en la primera fila de sus tropas mientras tras él un conjunto de edecanes cargaba sus riñes de caza con incrustaciones de piedras preciosas. Los rifles se le iban dando al Tippoo, uno a uno, y éste apuntaba y disparaba, apuntaba y disparaba, y uno tras otro, los casacas rojas eran abatidos. Siempre que un enemigo trataba de echar a correr a lo largo de las murallas, el Tippoo lo derribaba, luego pasaba el arma hacia atrás, tomaba otra, daba un paso adelante entre el humo de la pólvora y volvía a disparar. Las balas de mosquete pasaban silbando a su alrededor. Dos de sus edecanes cayeron heridos y una veintena de soldados que luchaban junto al Tippoo murieron o quedaron mutilados, pero la vida del Tippoo debía de tener una protección mágica. Pisaba sangre, pero en ningún caso la suya, y daba la impresión de que no podía morir, sino tan sólo matar, y así lo hacía, a sangre fría, deliberadamente, defendiendo con exultación su ciudad y su sueño contra los bárbaros que habían venido a arrebatarse su trono de tigre.

El combate en las murallas se intensificó a medida que iban acudiendo más y más soldados a los amenazados muros. Los hombres de rojo llegaban del río y los de listas atigradas de otras partes de la muralla de la ciudad, y todos ellos acudían para matar en lo alto de los muros: un lugar estrecho, de apenas cinco pasos de ancho, que se

alzaba hacia el cielo.

Allí donde volaban los buitres, olfateando la muerte.

Sharpe recogió tres mosquetes que habían caído en el extremo del callejón después de que la explosión los hubiera hecho volar por los aires. Comprobó que sus nuevas armas estuvieran intactas, cargó las dos que estaban vacías y luego regresó junto a Lawford.

—Quédese usted con el coronel, señor —sugirió—, y póngase la guerrera del derecho. Los muchachos llegarán pronto. Y cuando ya estén aquí, señor, tal vez quiera buscar a Lali.

Lawford se ruborizó.

—¿A Lali?

—Cuide de ella, señor. Le prometí a la muchacha que no le pasaría nada.

—¿Eso hizo? —preguntó Lawford con un dejo de indignación. Se preguntaba si Sharpe conocía mucho a esa chica, pero decidió que era mejor no preguntar—. Por supuesto, cuidaré de ella —dijo Lawford aún sonrojado; luego observó que Sharpe, a pesar de su propio consejo, no se había puesto su casaca roja—. ¿Adonde va? —inquirió el teniente.

—Tengo algo que hacer, señor —explicó Sharpe de manera imprecisa—. Y, ¿señor? ¿Puedo darle las gracias, señor? Sin usted no habría podido hacer nada de esto. —Sharpe no estaba acostumbrado a dedicar halagos sinceros como aquéllos y se expresó con poca fluidez—. Es usted un tipo valiente, señor, no hay duda.

Lawford se sintió absurdamente complacido. Sabía que no debía dejar que Sharpe se marchara porque no era un buen momento para ir vagando por las calles de Seringapatam, pero Sharpe ya se había ido. Lawford le dio la vuelta a su casaca para ponerla del derecho y metió los brazos por las mangas. A sus espaldas, Gudín espantó una mosca y se preguntó por qué el polvo y el humo no mantenían alejadas a las plagas.

—¿Qué harán conmigo, teniente? —le preguntó a Lawford.

—Lo tratarán bien, señor, estoy seguro de ello. Es probable que lo manden de vuelta a Francia.

—Eso me gustaría —dijo Gudín, y de pronto se dio cuenta de que en realidad eso era lo único que quería—. Su soldado Sharpe... —comentó.

—Ahora sargento Sharpe, señor.

—Su sargento Sharpe, entonces. Es un buen hombre, teniente.

—Sí, señor —asintió Lawford—, lo es.

—Si vive llegará lejos.

—Si vive, señor, sí —repuso Lawford. «Y si el Ejército lo deja vivir», pensó.

—Cuide de él, teniente —dijo Gudín—. Un ejército no lo forman sus oficiales, ¿sabe?, aunque a ellos les guste pensar que es así. Un ejército no es mejor que sus

hombres, y cuando encuentras a buenos soldados debes cuidar de ellos. Ese es el trabajo de un oficial.

—Sí, señor —repuso Lawford diligentemente. Entonces empezaron a verse los primeros fugitivos de las murallas en el extremo del callejón, soldados que llevaban túnicas atigradas manchadas de polvo y que se alejaban del combate tambaleándose o renqueando. El fragor de la contienda era una aglomeración de gritos, alaridos y el continuo traqueteo entrecortado de la mosquetería, y no debía de faltar mucho para que los primeros atacantes con instintos asesinos irrumpieran en las calles. Lawford se preguntaba si debía haberle exigido a Gudin que le entregara su espada; luego se preocupó por haber permitido que Sharpe se fuera solo.

De momento Sharpe seguía con vida. Había considerado ponerse la casaca roja, pero decidió que no tenía sentido llamar la atención, incluso cuando la guerrera estaba ya tan mugrienta que a duras penas parecía un uniforme, así que se dejó la chaqueta vuelta del revés anudada al cuello y, con un mosquete en cada hombro, atravesó la ciudad a todo correr en dirección norte. El chasquido de los mosquetes no cesaba, pero por encima de aquel traqueteo pudo percibir además el rugido de unos hombres enloquecidos al enzarzarse en una pelea brutal. Dentro de pocos minutos dicha contienda se extendería por toda la ciudad y Sharpe tenía intención de hacer un buen uso de aquellos minutos. Cruzó corriendo la plazuela donde las carretillas de los misiles seguían estacionadas y luego pasó a toda prisa junto al Palacio Interior, donde un guardián con listas atigradas, creyendo que Sharpe era un desertor de las tropas europeas del Tippoo, le dio el alto, pero para cuando el guardia tuvo amartillado su mosquete, Sharpe ya había desaparecido por aquel laberinto de callejones y patios situados al norte del palacio.

Se abrió paso a empujones entre una multitud de mujeres temerosas, dejó atrás las jaulas de los guepardos y regresó a las mazmorras. Los cadáveres de los tres *jettis* estaban cubiertos de moscas y, tras ellos, la verja exterior de los calabozos seguía abierta. Sharpe atravesó la puerta a todo correr, saltó escaleras abajo y llegó al lugar donde su tigre yacía sin vida.

—¡Sharpy! —Hakeswill se acercó a los barrotes—. ¡Ha vuelto, muchacho! Sabía que lo haría. ¿Qué está ocurriendo, chico? ¡No! ¡No lo haga! —Hakeswill había visto que Sharpe se sacaba un mosquete del hombro—. ¡Usted me cae bien, muchacho, siempre me ha caído bien! Puede que a veces haya sido un poco duro con usted, pero sólo era por su propio bien, Sharpy. Es usted un buen chico, sí que lo es. Es un soldado como Dios manda. ¡No! —Sharpe había apuntado el mosquete.

Sharpe apartó la boca del arma de Hakeswill y apuntó al candado. No quería perder tiempo con la ganzúa, así que sencillamente encaró el mosquete contra la vetusta asa del candado y apretó el gatillo. La curva de hierro se rompió y la cerradura se desprendió del cierre. Sharpe tiró de la puerta de la celda para abrirla.

—He venido a buscarle, Obadiah —dijo.

—Sabía que lo haría, Sharpy, sabía que lo haría. —El rostro de Hakeswill temblaba—. Sabía que no abandonaría a su sargento para que se pudriera.

—Salga —le ordenó Sharpe.

Hakeswill se quedó donde estaba.

—¿Sin resentimientos, muchacho?

—No soy ningún muchacho, Obadiah. Soy un sargento, igual que usted. Me lo ha prometido el coronel Wellesley, fíjese. Ahora soy sargento, como usted.

—Lo es, lo es, y así debe ser. —El rostro de Hakeswill se convulsionó de nuevo—. Yo ya se lo dije a Morris, ¿sabe? Ese Sharpy, le dije, es el mejor sargento en ciernes que he visto nunca. Un buen muchacho, le dije. Me he fijado en él, señor. Eso es lo que le dije al señor Morris.

Sharpe sonrió.

—Bueno, pues salga aquí fuera, Obadiah.

Hakeswill retrocedió hasta la pared del fondo de la celda.

—Es mejor quedarse aquí, Sharpy —dijo—. Ya sabe cómo son los muchachos cuando les hierve la sangre. Podrían herirme ahí arriba. Será mejor que me quede aquí un rato, dejemos que los muchachos se calmen primero, ¿eh?

Sharpe cruzó la celda con dos zancadas y agarró a Hakeswill del cuello.

—Usted va a venir conmigo, cabrón —dijo al tiempo que tiraba del sargento que gimoteaba—. Debería matarle aquí mismo, escoria, pero no se merece morir como un soldado, Obadiah. Está usted demasiado corrompido para recibir un balazo.

—¡No, Sharpy, no! —Hakeswill gritó mientras Sharpe lo arrastraba fuera de la celda por encima del cadáver del tigre y lo hacía subir por las escaleras de piedra—. ¡Yo no le he hecho nada!

—¡Nada! —Sharpe se volvió furioso hacia Hakeswill—. ¡Hizo que me azotaran, hijo de puta, y luego nos delató!

—¡No lo hice! ¡Con la mano en el corazón y que me muera ahora mismo, Sharpy!

Sharpe empujó a Hakeswill hacia los barrotes de la verja exterior de las mazmorras y lo arrojó contra las barras de hierro, luego le pegó un puñetazo en el pecho al sargento.

—Va usted a morir, Obadiah, se lo prometo. Porque usted nos delató.

—Yo no hice nada —replicó Hakeswill respirando con dificultad—. Por el último aliento de mi madre, Sharpe, no lo hice.

Lo de los azotes sí. Eso sí que fue cosa mía, ¡y estaba equivocado! —Trató de arrodillarse, pero Sharpe tiró de él y lo puso en pie—. No le traicioné, Sharpy. Yo no le haría eso a otro inglés.

—No dejaré de mentir ni cuando esté usted atravesando las puertas del infierno, Obadiah —le dijo Sharpe al tiempo que volvía a agarrar del cuello al sargento—. Y

ahora vamos, cabrón. —Tiró de Hakeswill por la verja exterior de las mazmorras, cruzaron hacia el otro lado del patio y entraron en el callejón que conducía hacia el sur, hacia el palacio. Un pelotón de soldados de listas atigradas pasó corriendo frente a la boca de la callejuela en dirección a las murallas del oeste, pero ninguno de ellos se fijó en Sharpe. El guardia que había en la puerta norte del palacio sí que lo vio y apuntó su mosquete, pero Sharpe le gruñó las palabras mágicas—: ¡Gudin! Coronel Gudin —y tal era la seguridad que denotaba la voz de Sharpe que el guardia bajó el mosquete y se echó a un lado.

—¿Adonde me lleva, Sharpy? —preguntó Hakeswill, jadeando.

—Ya lo verá.

Había otros dos guardias apostados en la puerta del patio interior y ellos también apuntaron sus mosquetes, pero Sharpe les dio un grito y de nuevo el nombre de Gudin fue como un talismán que bastó para disipar sus sospechas. Además, Sharpe llevaba consigo a un prisionero con casaca roja y los dos nerviosos centinelas lo confundieron con uno de los hombres de Gudin, así que lo dejaron pasar.

Sharpe levantó el pestillo de la puerta y tiró de ella para abrirla. Los seis tigres, ya inquietos debido al terrible estruendo que había estado sacudiendo la ciudad, se abalanzaron hacia la puerta que se abría y sus seis cadenas se tensaron con un chasquido. Hakeswill vio a los animales y gritó.

—¡No, Sharpy! ¡No! ¡Madre!

Sharpe arrastró a Hakeswill, que se resistía, y lo hizo entrar al patio.

—¿Cree que no puede morir, Obadiah? Yo soy de otra opinión. Así que cuando llegue al infierno, hijo de puta, díales que fue el sargento Sharpe el que lo mandó.

—¡No, Sharpy! ¡No! —Aquella última palabra fue un aullido desesperado cuando Sharpe llevó a Hakeswill al centro del patio, y una vez allí empezó a hacerlo girar sujetándolo con el brazo extendido—. ¡No! —gimió el sargento en tanto que Sharpe lo hacía girar más deprisa y soltaba de pronto el cuello de Hakeswill. El sargento había perdido el equilibrio y estaba fuera de control. Se tambaleó y agitó los brazos, pero nada podía parar su impulso—. ¡No! —chilló por última vez cuando cayó y se deslizó por la arena en dirección a tres tigres que aguardaban.

—Adiós, Obadiah —le dijo Sharpe—, cabrón.

—¡No puedo morir! —exclamó Hakeswill con un grito que se cortó de golpe cuando una de aquellas enormes bestias de ojos amarillos gruñó por encima de él.

—Hoy cenan temprano —les dijo Sharpe a los desconcertados guardias—. Espero que tengan apetito.

Los centinelas, que no entendieron ni una palabra, le devolvieron la sonrisa. Sharpe echó una mirada hacia atrás, escupió y se fue. Una deuda, le parecía a él, había quedado bien saldada. Ahora lo único que tenía que hacer era esconderse hasta que llegaran los casacas rojas. Fue entonces cuando vio el palanquín con colgantes de

perlas y otra deuda le vino a la mente.

Durante un rato pareció que el Tippoo podría conservar la ciudad. Él mismo peleó como un tigre, consciente de que aquel derroche de violencia bajo un sol envuelto en humo decidiría su destino. Iba a ser o el trono de tigre o la tumba.

No sabía qué estaba ocurriendo en el tramo sur de las murallas, excepto por la distante ferocidad del incesante fuego de mosquetería que le dio a entender que allí abajo la lucha continuaba; lo único que sabía era que los atacantes de la muralla del norte estaban teniendo muchas bajas ante él y sus hombres. Poco a poco el Tippoo se había visto obligado a retroceder debido meramente a la avalancha de soldados que trepaban a las murallas, y esa maldita retirada lo había alejado de los muros del oeste, le había hecho doblar la esquina junto a los restos del bastión del noroeste y lo había conducido hacia el largo tramo de muralla del norte que daba al río Cauvery, pero allí se había detenido. Un *cushoon* de infantería se había apostado en la Batería del Sultán, el bastión más grande del muro norte, y dicha guarnición corrió por las murallas para reforzar al Tippoo, que poseía entonces suficientes hombres para acabar con el fuego de mosquetería de los atacantes emplazados en la estrecha banqueta del norte. El Tippoo siguió dirigiendo el combate. Iba vestido con una túnica de lino de color blanco, unos holgados calzones de percal y un fajín de seda roja alrededor de la cintura. Llevaba unos brazaletes de piedras preciosas, el enorme rubí brillaba en el penacho de plumas de su casco, lucía perlas y un collar de esmeraldas al cuello y portaba la espada con la empuñadura dorada de tigre a su costado. Aquellas chillonas piedras lo convertían en un objetivo apetecible para todo casaca roja y cipayo, pero se empeñó en permanecer en la primera línea, desde donde podía disparar su rifle contra los atorados atacantes. Sus amuletos funcionaron, puesto que ninguna de las balas que pasó por su lado lo alcanzó: él era el tigre de Mysore, no podía morir, sólo matar.

Los atacantes sufrieron mayores estragos aún por parte de los soldados de las murallas interiores. No se había abierto ninguna brecha en aquellos muros, ni siquiera los habían asaltado, y cada vez más miembros de la infantería de listas atigradas ascendían apresuradamente por las rampas para reforzar a los defensores. Disparaban por encima del foso interior y las balas de sus mosquetes hacían trizas a los apiñados asaltantes, y con su cañoneo despejaron tramos enteros de la muralla exterior. Tan sólo el cegador humo de pólvora que flotaba entre las murallas protegía a los atacantes, quienes o bien soportaban el terrible fuego de flanqueo o bien se agachaban tras los cañones desmontados y rezaban para que terminara pronto aquella horrible experiencia. Habían capturado la esquina noroeste de la muralla exterior, pero eso no parecía haberles proporcionado nada más que la muerte, puesto que entonces les tocaba a los hombres del Tippoo hacer de matarifes.

Baird, que se dirigía al sur desde la brecha, se topó con una resistencia similar, pero Baird no estaba de humor para que lo entretuvieran. Alcanzó y dejó atrás a los supervivientes del destacamento de asalto y, gritando como un demonio, dirigió un enloquecido ataque más allá de la arruinada torre de entrada, allí donde los restos de la mina del Tippoo humeaban como si se trataran del abismo hacia los infiernos. Baird era un general de división, pero con mucho gusto hubiera dado todos los galones dorados de su uniforme por aquella única oportunidad de combatir como un soldado raso. Aquello era una venganza, y el enorme *claymore* escocés iba despedazando a los hombres del Tippoo al tiempo que Baird bramaba su desafío, en el que se mezclaban la furia con los angustiosos recuerdos de su humillación en aquella ciudad. Luchaba como una criatura poseída, pasando por encima de los muertos y resbalando en su sangre mientras dirigía el ataque murallas abajo. Sus soldados aullaban con él. La locura de Baird los había atrapado. En aquel momento, bajo el ardor del sol y envalentonados por el *arrack* y el ron que habían bebido durante su larga espera en las trincheras, los casacas rojas y los cipayos se habían convertido en dioses de la guerra. Iban repartiendo muerte con impunidad mientras seguían a un escocés enloquecido por la batalla a lo largo de una muralla enemiga pringosa de sangre. Baird iba a tener su ciudad o de lo contrario moriría en su polvo.

Los *cushoons* de Appah Rao defendían la esquina sudoeste de la ciudad y éste observó horrorizado a aquel escocés inmensamente alto que se abría paso hacia él a golpes de espada. Vio el torrente de casacas rojas que se aglomeraban tras aquel gigante, oyó sus gritos y vio caer de las murallas a sus víctimas. Los miembros de la brigada que defendía aquel tramo de los muros estaban siendo asesinados uno a uno; los que quedaban con vida estaban cediendo y algunos de ellos preferían echar a correr antes que enfrentarse a aquel horror, y los soldados de Appah Rao eran los siguientes en la matanza.

Pero ¿morir por qué?, se preguntó. La ciudad había caído y la dinastía del Tippoo estaba condenada. Appah Rao sabía que sus hombres le estaban observando, a la espera de la orden que los lanzaría a la batalla, pero en lugar de eso el general se volvió hacia su segundo al mando.

—¿Cuándo fue la última vez que los soldados recibieron su paga? —preguntó.

El oficial frunció el ceño, extrañado ante aquella pregunta, pero al final logró responder.

—Al menos hace tres meses, *sahib*. Cuatro, creo.

—Dícales que esta tarde formarán para recibirla.

—¿*Sahib*? —El segundo al mando miró boquiabierto a Appah Rao.

El general alzó la voz para que pudieran oírlo el mayor número posible de sus hombres.

—La paga ya tendría que haber llegado, así que esta tarde formarán en el

campamento para recibirla. Los soldados no tendrían que luchar si no cobran. — Envainó la espada con ostentación y bajó de las murallas andando tranquilamente. Allí, en la puerta Mysore, no había ningún foso entre los muros interior y exterior, y Rao cruzó la puerta interior dando grandes zancadas. Sus hombres se lo quedaron mirando un segundo y entonces, primero de uno en uno, luego de dos en dos y en tropel después, lo siguieron. La muralla estaba plagada de soldados, y al cabo de un instante se empezó a vaciar, de manera que Baird, que se abría paso tajando a los últimos centinelas de los muros del oeste, de repente se dio cuenta de que la ciudad era suya. Profirió otro alarido, que en esa ocasión era de victoria. Su espada de carnicero se había tornado de color carmesí por la sangre que había empapado también su manga derecha. Un casaca roja, olvidando tal vez que el escocés era general, le dio unas palmaditas en la espalda y Baird lo abrazó de pura alegría.

El Tippoo seguía luchando y todavía pensaba que podía ganar, pero, al norte de la fortificación, a tan sólo unos veinte metros más allá del bastión del noroeste, una sencilla pared transversal unía la muralla interior con la exterior. La pared hacía la función de contrafuerte de la vieja muralla exterior y hubo un tiempo en el que se tuvo intención de aumentar el grosor de dicho contrafuerte y luego convertir el espacio que encerraba en un bastión aún más grande, pero el trabajo nunca llegó a realizarse y ahora la pared, cuyo remate sólo tenía unos veinte centímetros de ancho, se ofrecía como un puente peligrosamente estrecho para los casacas rojas y cipayos atrapados por el fuego del Tippoo. Si conseguían cruzar ese puente podrían asaltar la muralla interior y echar a sus defensores de aquel mortífero parapeto. Un soldado intentó cruzar y lo mataron de un disparo. Soltó un gemido al caer en el foso. Al cabo de un momento otro soldado se lanzó hacia el otro lado y llegó a mitad de camino antes de que una bala de mosquete le destrozara la parte inferior de la pierna. Soltó su propio mosquete y cayó sobre la pared, maldiciendo mientras trataba de no perder el equilibrio, entonces un segundo disparo lo hizo caer hacia un lado. Durante uno o dos segundos logró aferrarse al muro, temblando a causa del dolor que sacudía su cuerpo, y luego él también se soltó.

Los soldados del Tippoo apostados en la muralla exterior profirieron gritos de entusiasmo y avanzaron poco a poco para echar al enemigo de la pared que hacía de contrafuerte, pero una avalancha de cipayos frenaron su progreso. Estalló un nuevo duelo de mosquetes, indios contra indios, un torrente de fuego al cual el Tippoo sobrevivió inexplicablemente, como un ser encantado. Los cipayos disparaban una descarga tras otra, avanzaban, morían y llegaban más soldados para ocupar sus puestos.

La Compañía Ligera del Doceavo Regimiento del Rey iba detrás de los cipayos. El capitán Goodall, su comandante, observó el estrecho contrafuerte. Conducía directamente a la muralla interior que estaba plagada de defensores, pero también

constituía un puente hacia la victoria.

—¡La muerte o la gloria! —Goodall gritó aquel tópico que en aquel momento era también una perogrullada, entonces se encaramó a la pared y disparó su pistola contra el persistente humo de pólvora que ocultaba el extremo más alejado del muro—. ¡Vamos! —exclamó, y luego corrió por encima de la pared manteniendo milagrosamente el equilibrio. Saltó hacia el parapeto de la muralla interior y arremetió con su espada. Un soldado le disparó, pero el sargento de Goodall, que iba tras él a toda prisa, había quitado bruscamente de en medio a su capitán de un empujón, con lo que Goodall cayó a la banqueta de la muralla interior y la bala no le alcanzó. El sargento fue el siguiente en atravesar el parapeto; luego vino detrás una línea de hombres que vociferaban mientras Goodall se abría camino a la fuerza en dirección este. El fuego proveniente de la muralla interior, que no había dejado de destripar a los atacantes, empezó a decaer y, de pronto, un torrente de casacas rojas que habían permanecido agachados y a cubierto de la mosquetería de la muralla interior echaron a correr en dirección este a lo largo de la muralla exterior hacia el lugar donde se encontraba el Tippoo. Otros cruzaron el improvisado puente para acudir en apoyo de la Compañía Ligera del 12.º.

El Tippoo vio que el enemigo revivía. Era como una bestia a la que hubieran herido, pero no matado, y a la que todavía le quedaba vida en su interior. Demasiada vida, y el Tippoo comprendió que sus atribulados sueños nocturnos habían estado en lo cierto después de todo. La olla de aceite turbio había dicho la verdad. Aquel día la ciudad iba a caer y con ella su trono, su palacio y su serrallo con sus seiscientas mujeres, pero el desastre no significaba que la dinastía hubiera muerto. Existían enormes fuertes en las colinas septentrionales de Mysore, y si podía llegar a uno de esos refugios todavía podría seguir luchando contra aquellos diablos de rojo que le estaban arrebatando su capital.

El Tippoo se retiró a toda prisa y su escolta fue con él. Dejaron que otros soldados defendieran la muralla exterior mientras ellos pasaban corriendo junto a la Batería del Sultán y se dirigían hacia la rampa que descendía hasta la Compuerta y allí, al pie de la pendiente, a los chambelanes de palacio se les había ocurrido tener preparado el palanquín de Su Majestad y sus porteadores. Uno de los chambelanes, haciendo caso omiso de las balas que cruzaban silbando el cielo, le hizo una profunda reverencia al Tippoo e invitó a Su Majestad a que ocupara su lugar sobre los mullidos cojines de seda debajo del dosel de rayas atigradas. El Tippoo se giró y levantó la vista hacia las murallas para ver el progreso de los atacantes. En aquellos momentos se combatía en ambas murallas y no había duda de que la ciudad estaba condenada, pero los defensores seguían resistiendo con obstinación. El Tippoo sintió remordimientos al abandonarlos, pero juró que ya los vengaría. No quiso utilizar el palanquín. Era un vehículo demasiado lento para una retirada cuando dentro de la ciudad, justo al otro

lado de la muralla interior, tenía establos llenos de magníficos caballos. Elegiría el equino más rápido, se apresuraría a coger algo de oro para pagar a aquellos hombres que permanecieran leales a él, luego huiría de la ciudad por la puerta Bangalore sobre la que no se cernía ninguna amenaza y desde allí se desviaría hacia el norte, hacia sus grandes fortalezas de las colinas.

Por encima del Tippoo, los últimos defensores de la ciudad se retiraban lentamente. La ciudad estaba cayendo en manos de los casacas rojas bajo una cortina de humo, y Dios lo había dispuesto, pero tal vez Dios aún le permitiera al Tippoo luchar otra batalla, así que, fusil en mano, se dirigió hacia la Compuerta.

El palanquín lo transportaban entre ocho hombres, dos para cada uno de sus cuatro brazos dorados. Cuando Sharpe vio aquel torpe vehículo, dos chambelanes con túnica lo hacían salir a toda prisa del palacio golpeando a los porteadores con los báculos con cabeza de tigre que llevaban. Por un segundo Sharpe pensó que el Tippoo debía de ir dentro del palanquín, pero entonces se dio cuenta de que las cortinas laterales estaban corridas y los cojines del interior vacíos. Lo siguió.

Ya notaba el pánico dentro de la ciudad. Había estado en calma hasta hacía unos momentos, agazapada como una bestia que no quería delatar su presencia, pero entonces de alguna manera la ciudad intuía que había llegado su hora. Los mendigos se acurrucaron todos juntos para protegerse, una mujer se puso a llorar en el interior de una casa con los postigos cerrados y los perros callejeros prorrumpieron en aullidos lastimeros. Pequeños grupos de soldados del Tippoo escapaban por las calles y se oía el golpeteo de sus pies desnudos contra el barro seco mientras corrían hacia la puerta Bangalore, que no se hallaba bajo la amenaza del enemigo. El fragor de la batalla era aún intenso, pero la defensa se estaba desmoronando rápidamente.

Los chambelanes condujeron el palanquín hacia la Compuerta de la muralla interior. Dicha puerta se hallaba cerca del hediondo lago de aguas residuales que infectaban terriblemente la atmósfera. Dichas aguas, que carecían de sumideros adecuados debido a la apresurada construcción de la muralla interior, se habían filtrado en la Compuerta, que consistía en un túnel revestido de ladrillos de unos quince metros de longitud que atravesaba la muralla interior. Había un oficial de guardia en las puertas interiores, pero, cuando el palanquín se acercó, desatrancó los enormes portones de madera de teca y tiró de ellos para abrirlos. Le gritó algo a Sharpe cuando éste entró en el bajo túnel detrás del torpe vehículo, pero Sharpe se limitó a exclamar el nombre de Gudín como respuesta y el oficial se quedó demasiado confundido como para volver a darle el alto. En lugar de eso, cuando el palanquín y el soldado europeo hubieron penetrado en el túnel, cerró las puertas y alzó nerviosamente la mirada dirigiéndola hacia el lugar donde una neblina de humo revelaba el avance de los atacantes por la muralla situada encima de él.

Sharpe se detuvo en el interior del túnel, mientras que el palanquín siguió adelante. El suelo del corredor se había hundido en algunos puntos y las aguas residuales que se filtraban se habían reunido en aquellos lugares más profundos. El lugar apestaba como una letrina de barracón sucia. Los portadores del palanquín avanzaron a trompicones al atravesar aquellos charcos con un chapoteo; luego el vehículo salió a la luz del sol por el otro extremo. Sharpe vio que ahí afuera había soldados en el espacio entre las murallas. Los soldados vestían las listas atigradas y miraban en dirección oeste con preocupación. Él había seguido al palanquín de forma instintiva, pero ahora se encontraba en un mal lugar. A su espalda, las gruesas puertas de teca del túnel estaban cerradas, la atmósfera era hedionda y asfixiante y tenía al enemigo frente a él. Se puso en cuclillas junto a la húmeda pared, tratando de decidir lo que debía hacer. Tenía cuatro mosquetes, todos cargados menos uno, pero sus cartuchos de repuesto estaban en el bolsillo de su casaca roja que, como todavía la llevaba anudada al cuello, era difícil de alcanzar. Se puso en pie, apoyó los mosquetes contra el muro curvo, volvió la guerrera del derecho y metió los brazos por las mangas que el tigre había rasgado. Ya volvía a ser un casaca roja. Cargó el mosquete vacío y luego fue arrastrándose hacia la boca del túnel.

Y vio al Tippoo.

Vio a ese hombrecillo de chillonas vestiduras bajar corriendo por la rampa de las murallas exteriores. El Tippoo, rodeado por sus guardaespaldas y edecanes, se detuvo junto al palanquín. Sharpe vio que el Tippoo volvía la mirada hacia la batalla, entonces meneó la cabeza e inmediatamente un edecán se separó del grupo y se dirigió a toda prisa hacia el túnel donde Sharpe aguardaba. El Tippoo echó un último vistazo hacia el oeste y luego lo siguió.

—¡Maldición! —exclamó Sharpe. Todos esos condenados se dirigían hacia él, así que retrocedió por el interior del túnel, amartilló uno de sus mosquetes y apoyó una rodilla en el suelo.

El edecán corrió por el túnel al tiempo que daba voces para que abrieran la puerta. Entonces vio a Sharpe en la penumbra y su grito se apagó. Sacó una pistola del fajín de color verde que llevaba enrollado en la cintura, pero demasiado tarde. Sharpe disparó. La chispa de la pólvora en la cazoleta despidió un brillo anormal dentro del túnel y la detonación del mosquete quedó amplificadas y se convirtió en un estrépito ensordecedor, pero a través de la súbita humareda Sharpe vio que el edecán salía despedido hacia atrás. Sharpe agarró un segundo mosquete cargado y en aquel preciso instante la puerta se abrió a sus espaldas. Se dio la vuelta con un gruñido, el oficial que guardaba la puerta vio la casaca roja y, sin pensar, volvió a cerrar de golpe los pesados portales de madera de teca tachonados de clavos. Sharpe oyó el ruido que hizo la tranca cuando la dejaron caer en su sitio.

Los guardaespaldas del Tippoo corrieron hacia el túnel. Sharpe disparó su

segundo mosquete. Sabía que no podía vencerlos a todos, de manera que la mejor posibilidad que tenía de sobrevivir era impedir que entraran en el túnel propiamente dicho. Entonces, afortunadamente, un estruendo de mosquetería anunció que tenía quien le ayudara y, con el tercer mosquete en la mano, avanzó lentamente a través de la densa humareda y vio que un nuevo enemigo había distraído la atención de la guardia personal del Tippoo. Algunos miembros de las tropas británicas habían encontrado unos escalones que descendían al espacio que quedaba entre las murallas, y aquellos soldados se dirigían entonces al ataque hacia la Compuerta. Los miembros de la escolta se batieron en retirada ante aquellos nuevos atacantes, dejando al descubierto la entrada del túnel, y Sharpe corrió hacia la luz del día. En el extremo del corredor se agachó y vio que el Tippoo había quedado atrapado ahí fuera. A un lado estaba el palanquín, que sólo podía proporcionar una lenta y pesada huida, y al otro se hallaba la amenazada Compuerta que conducía a través de la muralla interior hacia sus caballos. Su escolta disparaba y volvía a cargar, disparaba y recargaba, mientras el Tippoo pareció haberse quedado paralizado por la indecisión.

A la izquierda de Sharpe sonaron unos gritos de entusiasmo. Más mosquetes dispararon y entonces, de pronto, dos casacas rojas se pusieron a cubierto en el túnel. Uno de ellos vio a Sharpe y se giró con el mosquete apuntando.

—¡Detente, no dispares! —gritó Sharpe—. ¡Yo estoy de tu lado, maldita sea!

El soldado, con unos ojos como platos y la mejilla derecha picada de las quemaduras que producía la pólvora que escupía el cerrojo de su mosquete, se volvió a girar de cara al enemigo.

—¿De qué regimiento? —le preguntó a Sharpe.

—De los Havercakes. ¿Y usted?

—Del Old Dozen. —El soldado disparó e inmediatamente retrocedió con sigilo para empezar a recargar el mosquete—. Aquí dentro huele que apesta —dijo al tiempo que empujaba una nueva bala hacia el fondo del cañón. En la muralla exterior, la Batería del Sultán estaba siendo ocupada por más soldados británicos. No disponían de una bandera para señalar su conquista del enorme bastión, por lo que izaron una casaca roja en el asta. La guerrera tenía unas vueltas de color amarillo pálido, lo que indicaba que provenía del Doceavo del Rey, un regimiento de Rent—. ¡Ya es nuestro! —exclamó con regocijo el soldado que estaba junto a Sharpe, y entonces pareció gorjear. Abrió de par en par unos asombrados ojos, le dirigió a Sharpe una mirada desconcertada, casi llena de reproche, y cayó lentamente hacia atrás a uno de aquellos fétidos charcos. La sangre caló en las vueltas color amarillo pálido de su casaca. En lo alto de la muralla exterior una muchedumbre de soldados de listas atigradas cargó contra la Batería del Sultán para volver a capturarla y su coraje dio nuevos ánimos a los defensores que había entre ambas murallas, los cuales profirieron una aclamación y dispararon una desigual descarga contra los casacas

rojas que poco a poco se dirigían hacia la Compuerta.

El casaca roja moribundo temblaba. Su compañero disparó, luego soltó una maldición.

—¡Hijos de puta! —Vaciló un mínimo instante, luego salió de entre las sombras del túnel y echó a correr en dirección oeste para regresar con sus compañeros que habían estado avanzando hacia el túnel. El Tippoo se había decidido. Dejaría el palanquín y trataría de llegar junto a su caballo, así que había ordenado a su escolta que despejaran la entrada del túnel. En aquellos momentos los miembros de dicha escolta se dirigían a la carga profiriendo alaridos y Sharpe, consciente de que estaba atrapado, retrocedió chapoteando hacia la persistente humareda de la Compuerta interior. A medio camino se detuvo, se dio la vuelta y disparó un mosquete en dirección a la boca del túnel, donde distinguió las siluetas de los primeros soldados de la guardia personal del Tippoo que se perfilaban contra la luz del día. Un hombre gritó. A Sharpe le quedaba un solo mosquete cargado.

Las balas de los fusiles golpeaban contra las puertas de madera de teca que tenía a su espalda. Disparó su último mosquete y luego recargó con una experta pero desesperada celeridad. Esperaba que aparecieran soldados en el espeso humo del pasadizo, pero no llegó ninguno. Sharpe sabía que iba a morir allí, pero estaba puñeteramente decidido a hacerlo acompañado. ¡Que se acercaran esos cabrones! Estaba asustado y en su temor cantaba suavemente una absurda y poco melodiosa tonada sin letra, pero el miedo que sentía no le impidió cargar un segundo mosquete. Todavía no había acudido nadie a matarlo, así que agarró un tercer mosquete y arrancó de un mordisco la punta de otro cartucho.

La escolta seguía sin entrar en el túnel. Debido al miedo, Sharpe no había oído que el fragor de la batalla se había incrementado al final del pasadizo, pero entonces, al agacharse y escuchar, fue consciente de los gritos y las descargas. Los soldados del Doceavo vertían una lluvia de fuego de mosquete contra la escolta del Tippoo, cuyos miembros permanecían junto a su monarca y devolvían el fuego. Los casacas rojas atacaban desde el oeste y otros disparaban desde la Batería del Sultán. El intento de recobrar la batería había fracasado y una mezcla de cipayos y de casacas rojas se estaba abriendo camino a la fuerza al norte de la muralla exterior. La intensidad de sus disparos había obligado a los guardaespaldas del Tippoo a quedarse agazapados cerca de su señor, cosa que a Sharpe le había proporcionado unos valiosos segundos durante los que pudo cargar sus mosquetes. Tenía entonces tres armas preparadas. Tres balas, y quería que una de ellas fuera para el cabrón pagano que le había echado sal en la espalda, el cabrón que llevaba un enorme rubí en el sombrero. Volvió a avanzar arrastrándose a través del humo, deseando con todas sus fuerzas que el Tippoo entrara en el túnel.

Pero, una vez más, el Tippoo estaba combatiendo a los infieles invasores. Alá le

había brindado aquella última oportunidad de matar casacas rojas, así que iba tomando los rifles de caza con incrustaciones de piedras preciosas que le iban ofreciendo sus edecanes y disparaba con calma contra los soldados que tan a punto habían estado de tomar la Compuerta interior. Sus edecanes le gritaban que huyera a través del túnel y consiguiera un caballo, pero al Tippoo le habían concedido aquellos últimos instantes de lucha y le daba la impresión de que no podía fallar ninguno de sus disparos, y con cada casaca roja que derribaba sentía un intenso júbilo. Entonces, un nuevo torrente de cipayos y casacas rojas apareció de repente por la muralla exterior, soldados que descendieron en tropel por la rampa situada junto a la Compuerta exterior para sumar sus mosquetes a aquellos que amenazaban a la menguante escolta del Tippoo.

Y cuando aparecieron aquellos nuevos enemigos, la mágica suerte del Tippoo cambió. Una bala le alcanzó en el muslo y otra le perforó el brazo izquierdo y dejó una brillante mancha de sangre en la manga de lino blanco. Se tambaleó, pero no perdió el equilibrio. Daba la impresión de que no quedaba ni un solo miembro de su escolta que no estuviera herido, pero una veintena de ellos seguían con vida y podían andar. No obstante, el enemigo iba a triunfar de un momento a otro y el Tippoo supo que había llegado el momento de despedirse de su ciudad.

—Nos vamos —les dijo a sus aliviados edecanes, y se dirigió renqueando hacia el túnel. Tenía el brazo izquierdo entumecido, como si lo hubiese golpeado un martillo gigantesco, y la pierna izquierda le dolía horribilmente.

De la humeante penumbra de la Compuerta surgió la detonación de un disparo y el soldado que encabezaba la huida del Tippoo salió despedido hacia atrás por la entrada del túnel y la sangre que brotó de su cráneo destrozado empañó el aire. Las finas gotitas de sangre parecían polvo de rubíes a la brillante luz del sol que resplandecía al final del pasadizo. El soldado cayó, gritó y se retorció. El Tippoo, aturdido por lo repentino de la inesperada muerte del guardaespaldas, se detuvo, y a sus espaldas se oyó el sobrecogedor estrépito de los casacas rojas asaltantes que en aquellos momentos se aproximaban a la entrada del túnel. Los miembros de la escolta se dieron la vuelta para enfrentarse a sus atacantes con las bayonetas caladas.

—¡Váyase, Su Majestad! —Un edecán herido le puso un mosquete en las manos al Tippoo y osó impeler a su monarca hacia el interior del pasadizo. El Tippoo se dejó empujar hacia las sombras, pero se detuvo cerca de la boca del túnel y desde allí escudriñó la brumosa oscuridad. ¿Había allí algún enemigo? No veía nada por culpa del humo. Tras él se oía el sonido discordante de las descargas y las maldiciones mientras sus escoltas morían, y al ir cayendo, sus cuerpos estaban formando una espantosa barricada que protegía al Tippoo, pero ¿qué le aguardaba delante? Miró detenidamente, reacio a adentrarse en aquella penumbra que apestaba a mierda, pero entonces el edecán agarró al Tippoo por el codo y lo hizo penetrar a la fuerza en la

oscuridad. Los pocos miembros de la escolta que aún seguían con vida defendían el túnel con las bayonetas, acuchillando a los enloquecidos casacas rojas que intentaban abrirse paso a través de la ensangrentada pila de cadáveres.

—¡Abran la puerta! —gritó el edecán; entonces vio la sombra dentro de la sombra al final del túnel, hincó una rodilla en el suelo y apuntó con su rifle con piedras preciosas engastadas. Disparó y el dorado percutor en forma de cabeza de tigre golpeó contra el rastrillo. Sharpe se echó a un lado justo cuando el arma abrió fuego, oyó que la bala hacía una muesca en la pared y rebotaba en la puerta de madera de teca, luego vio que el edecán se sacaba una larga pistola del fajín. Sharpe disparó primero y el estruendo de su mosquete resonó en el interior del túnel como un trueno el día del Juicio Final. El proyectil alcanzó al edecán y lo arrojó de espaldas a un profundo charco, por lo que de pronto tan sólo quedaron el Tippoo y Sharpe.

Sharpe se puso en pie y le sonrió al Tippoo.

—¡Cabrón! —le dijo, viendo el destello de luz que reflejaba el rubí que su enemigo llevaba en el casco—. ¡Cabrón! —repitió. Le quedaba un mosquete cargado. El Tippoo tenía un rifle. Sharpe dio un paso adelante.

El Tippoo reconoció aquel rostro duro y ensangrentado en la penumbra. Sonrió. El destino era algo de lo más extraño, pensó. ¿Por qué no había matado a ese hombre cuando tuvo la oportunidad? A sus espaldas su escolta agonizaba y los victoriosos casacas rojas saqueaban sus cuerpos, mientras que frente a él se encontraba la vida y la libertad, de no ser por aquel soldado con quien el Tippoo se había mostrado clemente. Únicamente un soldado.

—Cabrón —volvió a repetir Sharpe. Quería estar cerca del Tippoo cuando lo matara, lo bastante cerca para cerciorarse de que moría.

Por detrás del Tippoo la refulgente luz del sol perdía intensidad debido al arremolinado humo de las armas, en medio del cual los soldados agonizantes daban boqueadas y los victoriosos robaban.

—La misericordia es una prerrogativa de Dios, no de los hombres —dijo el Tippoo en persa—, y yo nunca debí haberme apiadado de ti. —Apuntó a Sharpe con el rifle y apretó el gatillo, pero el arma no disparó. Con el pánico de los últimos segundos, el edecán le había dado al Tippoo un rifle descargado y el pedernal había despedido una chispa en una cazoleta vacía. El Tippoo sonrió, arrojó el arma a un lado y desenvainó su espada de empuñadura de tigre. Tenía sangre en el brazo, y había más en sus pantalones de percal, pero no demostraba tener ningún miedo, incluso parecía disfrutar del momento—. ¡Cómo odio a vuestra maldita raza! —exclamó en tono calmado al tiempo que con la espada cortaba la atmósfera llena de humo.

Sharpe no entendía las palabras del Tippoo más de lo que éste comprendía las suyas.

—Eres un gordo cabrón —le dijo Sharpe—, y me quitaste la medalla. Yo la quería. Es la única medalla que he tenido en toda mi vida.

El Tippoo se limitó a sonreír. Su casco había sido sumergido en la fuente de la vida, pero eso no había funcionado. La magia había fallado y tan sólo quedaba Alá. Aguardó a que aquel casaca roja gruñón disparara, luego se oyó un grito en la boca del túnel y el Tippoo se giró con la esperanza de que un último guardaespaldas acudiera a salvarle.

Pero no apareció ninguno y el Tippoo volvió a darse la vuelta para enfrentarse a Sharpe.

—Anoche soñé con la muerte —dijo en persa mientras avanzaba cojeando y alzaba la hoja curva para arremeter contra el casaca roja—. Soñé con monos, y los monos simbolizan la muerte. Debí haberte matado.

Sharpe disparó. La bala salió más alta de lo que era su intención. Había pensado atravesar con ella el corazón del Tippoo, pero en lugar de eso alcanzó al rey en la sien. El Tippoo se tambaleó un segundo. La fuerza del proyectil le había echado la cabeza hacia atrás y la sangre le estaba empapando el casco forrado de tela, pero él forzó la cabeza hacia delante y miró fijamente a Sharpe a los ojos. La espada cayó de su mano laxa, pareció sonreír una última vez y entonces se desplomó.

El retumbante eco del disparo del mosquete aún le martilleaba en los oídos a Sharpe, por lo que no fue consciente de que estaba hablando cuando se agachó junto al Tippoo.

—Es tu rubí lo que quiero —dijo Sharpe—, ese puñetero rubí tan grande. Lo quise desde el primer momento en que lo vi. Sí, ya me dijo el coronel McCandless que es la riqueza lo que hace girar el mundo, y yo quiero mi parte. —El Tippoo todavía estaba vivo, pero no podía moverse. Sus inexpresivos ojos estaban clavados en Sharpe, que creía que el Tippoo estaba muerto, pero entonces aquel hombre agonizante parpadeó—. Sigues aquí, ¿eh? —dijo Sharpe. Le dio unas palmaditas en la ensangrentada mejilla al Tippoo—. Eres un gordo cabrón valiente, eso sí que puedo decirlo. —Arrancó el inmenso rubí del penacho de plumas salpicado de sangre y luego despojó al moribundo de todas las joyas que encontró. Cogió las perlas que el Tippoo llevaba al cuello, le quitó un brazaletes de brillantes piedras preciosas, le extrajo de un tirón los anillos de diamantes y le desabrochó el colgante de esmeraldas con cadena de plata. Tiró del fajín del Tippoo para ver si llevaba allí la daga con el enorme diamante llamado Piedra Lunar y su vaina, pero no había nada más que la funda de la espada. Sharpe se la quedó, pero dejó la espada con la empuñadura de tigre. Recogió la hoja de dentro de un charco de aguas residuales y se la puso al Tippoo en la mano—. Puedes quedarte con tu espada —le dijo al moribundo—, porque luchaste como es debido. Como un verdadero soldado. —Se puso en pie y entonces, de una manera torpe debido a que iba cargado de joyas y a que de pronto

fue consciente de la agónica mirada del rey, saludó al Tippoo—. Llévate tu espada al paraíso —le dijo— y diles que te mató otro soldado de verdad.

Los ojos del Tippoo se cerraron y él pensó en la plegaria que había copiado en su libreta esa misma mañana. «Estoy lleno de pecado —había escrito el Tippoo con su hermosa caligrafía arábica—, y Vos, Alá, sois un mar de misericordia. Allí donde está Vuestra misericordia, ¿dónde está mi pecado?» Eso era un consuelo. Ya no sentía dolor, ni siquiera en la pierna, y eso también era un alivio, pero seguía sin poder moverse. Era como uno de los sueños que anotaba cada mañana en su libro de sueños y se maravilló de lo tranquilo que parecía todo de repente, tan tranquilo como si estuviera en una barcaza flotando por un cálido río bajo un bendito sol. Aquél debía de ser el camino hacia el paraíso, pensó, y se alegró por ello. El paraíso.

Sharpe sintió pena por aquel hombre que agonizaba. Tal vez hubiera sido un enemigo peligrosísimo, pero también valiente. Al Tippoo se le había quedado el brazo derecho atrapado bajo su cuerpo al caer y, aunque Sharpe sospechaba que había otro brazalete con piedras preciosas en aquella manga oculta, no trató de hacerse con él. El Tippoo merecía morir en paz y, por otra parte, Sharpe ya era muy rico, puesto que sus bolsillos contenían un dineral y llevaba una vaina de cuero con zafiros oculta bajo su raída casaca, así que recogió uno de sus mosquetes descargados y atravesó chapoteando los malditos charcos del túnel hacia el montón de muertos que yacían bajo la luz del sol teñida de humo. Un sargento del Doceavo, sobresaltado por la repentina aparición de Sharpe desde el interior del túnel, alzó su bayoneta de golpe, luego se fijó en la mugrienta casaca roja y bajó el arma.

—¿Hay alguien vivo ahí dentro? —preguntó el sargento.

—Sólo un tipo que agoniza —respondió Sharpe al tiempo que sorteaba la barrera que formaban los muertos.

—¿Tenía algún botín?

—Nada —repuso Sharpe—, nada por lo que valga la pena molestarse. Además, ese lugar está lleno de mierda.

El sargento frunció el ceño ante la descuidada vestimenta y el cabello sin empolverar de Sharpe.

—¿A qué regimiento pertenece usted?

—Al suyo no —replicó Sharpe de manera cortante, y se alejó a través de la multitud de cipayos y casacas rojas que estaban de celebración. No todos lo estaban festejando. Algunos estaban masacrando a los enemigos atrapados. El combate había sido breve pero horrible, y ahora los vencedores se vengaban de forma sangrienta. En el otro extremo de la muralla interior, el coronel Wellesley había irrumpido con sus hombres en las calles y en aquellos momentos rodeaban el palacio para evitar que fuera saqueado. Las callejuelas más pequeñas no tuvieron tanta suerte y se oyeron los primeros gritos cuando los cipayos y casacas rojas se abrieron camino ávidamente

por los callejones que no estaban protegidos. Los soldados del Tippoo, aquellos que todavía vivían y habían eludido a sus perseguidores, huyeron hacia el este mientras que el Tippoo, solo en el túnel, yacía a las puertas de la muerte.

El sargento Sharpe se puso el mosquete en bandolera y caminó siguiendo la base de la muralla interior, buscando una vía de acceso a la ciudad. Sólo disponía de unos breves momentos de libertad antes de que el Ejército volviera a atraparlo con su mano de hierro, pero había conseguido su victoria y tenía los bolsillos llenos de gemas para demostrarlo. Fue a ver si encontraba algo de beber.

Al día siguiente llovió. No era el monzón, aunque podría haberlo sido, porque la lluvia cayó con una furia que estaba en consonancia con la ferocidad del asalto del día anterior. El cálido aguacero se llevó la sangre de las murallas de la ciudad y barrió de las calles la inmundicia de la estación seca. El Cauvery creció y llenó sus orillas, y el agua subió tanto que nadie hubiera podido cruzar el río frente a la brecha. Si las plegarias del Tippoo hubieran tenido respuesta y los británicos hubiesen esperado un día más, las inundaciones los hubieran derrotado.

Pero ya no había Tippoo en Seringapatam, tan sólo el raja a quien habían reinstaurado en su palacio, donde se encontraba rodeado por una guardia de casacas rojas. El palacio, que había sido protegido de los estragos de las tropas asaltantes, estaba siendo desvalijado entonces por los victoriosos oficiales. La lluvia repiqueteaba en el tejado de baldosas verdes, bajaba por los canalones y se encharcaba en los patios mientras los oficiales de casaca roja serraban el enorme trono de tigre en el que el Tippoo nunca llegó a sentarse. Accionaron las manivelas del órgano de tigre y se rieron cuando la zarpa mecánica arremetió contra el rostro del casaca roja. Tiraron de las colgaduras de seda, arrancaron las piedras preciosas del mobiliario y se maravillaron de la sencilla estancia con pocos muebles y pintada de blanco que había sido el dormitorio del Tippoo. A los seis tigres, que rugían porque nadie les había dado de comer y porque llovía intensamente, los mataron a tiros.

El padre del Tippoo, el gran Hyder Alí, yacía en un mausoleo al este de la ciudad y, cuando cesó la tormenta, mientras el jardín que rodeaba el mausoleo humeaba todavía bajo la repentina y sofocante luz del sol, al Tippoo se lo llevaron para que descansara junto a su padre. Las tropas británicas se alinearon a lo largo del trayecto e invirtieron sus armas cuando pasó el cortejo. Los tambores enfundados hicieron sonar unos lentos toques mientras el Tippoo era transportado en su triste y último viaje por sus propios soldados vencidos.

Sharpe, con tres brillantes galones blancos recién cosidos en su descolorida manga roja, esperaba muy cerca del mausoleo con cúpula.

—Me pregunto quién lo mataría. —El coronel McCandless, de nuevo con un uniforme limpio y el pelo pulcramente cortado, se había acercado a Sharpe.

—Algún tipo afortunado, señor.

—Y ahora además rico, sin duda —dijo el coronel.

—Bien por él, señor —comentó Sharpe—, sea quien sea.

—No hará más que malgastar el botín —afirmó McCandless con severidad—. Lo derrochará en bebida y mujeres.

—A mí eso no me parece un derroche, señor.

McCandless puso mala cara ante la frivolidad del sargento.

—Sólo ese rubí ya vale lo que un general gana en diez años. ¡Diez años!

—Es una pena que haya desaparecido, señor —convino Sharpe sin malicia.

—Sí que lo es, Sharpe —asintió McCandless—. Pero he oído que usted estuvo en la Compuerta.

—¿Yo, señor? No, señor. Yo no. Yo me quedé con el señor Lawford, señor.

El coronel le lanzó una mirada furibunda a Sharpe.

—Un sargento del Old Dozen dice haber visto a un tipo de aspecto desaliñado que salía de la Compuerta. —El tono de McCandless era acusador—. Dice que ese hombre llevaba una casaca con vueltas color escarlata y sin botones. —El coronel lanzó una mirada de desaprobación a la guerrera roja de Sharpe, quien de alguna manera había encontrado tiempo para coser los galones de sargento pero ni un solo botón—. Y parece estar muy seguro de lo que vio.

—Probablemente la batalla lo confundió, señor. Perdió la cabeza, sin duda.

—¿Y quién arrojó al sargento Hakeswill a los tigres? —quiso saber McCandless.

—Eso sólo Dios lo sabe, señor, y no nos lo va a decir.

El coronel, al intuir la blasfemia, frunció el ceño.

—Hakeswill dice que fue usted —dijo acusando a Sharpe.

—Hakeswill está loco, señor, no puede uno fiarse de nada de lo que dice —replicó Sharpe. Y Hakeswill estaba más que loco, estaba vivo. De alguna manera había escapado a los tigres. Ni una sola de las bestias había atacado al sargento, al que encontraron parlotando en el patio, llorando por su madre y afirmando que le encantaban los tigres. Les dijo a sus rescatadores que le gustaban todos los gatitos. «¡No pueden matarme!», había gritado cuando los casacas rojas lo sacaron de allí con delicadeza. «Estoy señalado por el Señor, eso es», había asegurado, y luego había exigido que arrestaran a Sharpe por intento de asesinato, pero el teniente Lawford se había sonrojado y había jurado que el sargento Sharpe no se había movido de su lado después de que estallara la mina. El coronel Gudin, que ahora era un prisionero, había confirmado dicha afirmación. Los habían hallado a ambos en uno de los burdeles de la ciudad, donde estaban protegiendo a las mujeres de los vencedores borrachos que todo lo arrasaban.

—Hakeswill es un tipo con suerte —comentó McCandless con sequedad, abandonando cualquier otro intento de sonsacarle la verdad a Sharpe—. Esos tigres

eran devoradores de hombres.

—Pero no de malos bichos, señor. Sólo con olisquear a Hakeswill se les debió de pasar el hambre de golpe.

—El sigue jurando que fue usted quien lo lanzó a los tigres —insistió McCandless—. No me cabe duda de que intentará vengarse.

—Yo tampoco lo dudo, señor, pero lo estaré esperando. —Y la próxima vez, pensó Sharpe, se iba a asegurar de que ese cabrón muriera.

McCandless se dio la vuelta cuando el lento consejo fúnebre apareció por el extremo del largo camino que conducía al mausoleo. Frente a él, detrás de un miembro de la guardia de honor del 73.º del Rey, Appah Rao, que ahora estaba al servicio del raja, observaba también cómo se aproximaba el cortejo. Todos los miembros de la familia y de la casa de Rao permanecían con vida. McCandless se había sentado en el patio de Appah Rao con un mosquete en el regazo y había impedido que ningún casaca roja o cipayo accediese a la casa. De este modo Mary había sobrevivido ilesa y Sharpe había oído que iba a casarse con su Kunwar Singh y se alegraba por ella. Se acordó del rubí que una vez prometió que le regalaría y sonrió al pensarlo. Tal vez a alguna otra chica. El rubí del Tippoo estaba en el fondo de su bolsillo, oculto al igual que todas las demás joyas que había robado.

El amortiguado toque del tambor se oyó más próximo y los casacas rojas de la guardia de honor se pusieron tensos en posición de firmes. Detrás del féretro iban los dolientes, oficiales del Tippoo en su mayoría. Gudin se encontraba entre ellos. McCandless se quitó su sombrero tricornio.

—Nos esperan más combates, Sharpe —dijo el coronel en voz baja—. Tenemos otros enemigos en la India.

—No me cabe duda, señor.

El coronel miró a Sharpe. Vio a un hombre joven, implacable, y la inquieta furia que albergaba el corazón de Sharpe lo convertía en alguien peligroso, duro como el pedernal y con nervios de acero, pero en cuyo interior también había bondad. McCandless había sido testigo de dicha bondad en las mazmorras, y él creía que ésta revelaba un alma que bien valía la pena salvar.

—Podría serme de utilidad en algunas cosas, si quiere —dijo el coronel.

Sharpe pareció sorprendido.

—Creí que iba a volver a casa, señor. A Escocia.

McCandless se encogió de hombros.

—Aquí todavía queda trabajo que hacer, Sharpe, trabajo que hacer. ¿Y qué otra cosa voy a hacer en Escocia más que soñar con la India? Creo que voy a quedarme un tiempo.

—Y para mí sería un privilegio ayudarle, señor, lo sería —repuso Sharpe; luego se quitó bruscamente el chacó al aproximarse el ataúd. El pelo, que todavía no se

había sujetado ni empolvado, se deslizó suelto sobre el cuello escarlata de su casaca cuando se puso firmes. A lo lejos, al otro lado del río, la lluvia caía sobre una tierra verde, pero por encima de Sharpe brillaba el sol, cuya luz deslavazada refulgía sobre la prominente cúpula blanca del mausoleo bajo la cual, en una oscura cripta, yacían los padres del Tippoo debajo de sus sepulcros cubiertos de seda. Ahora el Tippoo se uniría a ellos.

El féretro pasó por delante de Sharpe, transportado con lentitud. Los hombres que llevaban al Tippoo iban vestidos con su túnica de listas atigradas, mientras que el ataúd propiamente dicho estaba cubierto con una enorme y rayada piel de tigre. Se trataba de una piel sarnosa, sin curar, que todavía estaba manchada de sangre, pero que era la mejor que habían podido encontrar en medio del caos que siguió a la caída de la ciudad. En una de las ijadas había una larga y vieja cicatriz y Sharpe, al verla, sonrió. Ya había visto antes esa cicatriz. La había visto todas las noches que estuvo en las mazmorras del Tippoo. Y ahora la veía de nuevo, surcando una piel de tigre que cubría a un valiente rey muerto.

Era el tigre de Sharpe.

Nota histórica

El asedio y la caída de Seringapatam (actualmente Srirangapatna) en mayo de 1799 pusieron fin a décadas de guerra entre la notable dinastía musulmana que gobernaba el estado de Mysore y los invasores británicos. Los británicos, a las órdenes de lord Cornwallis, ya habían tomado la ciudad anteriormente, en 1792, y en esa ocasión decidieron dejar al Tippoo en su trono, pero el antagonismo mutuo y la preferencia por parte del Tippoo hacia una alianza con los franceses condujeron a la última guerra con Mysore. El objetivo de dicha guerra era simple: hacer lo que no se había hecho en 1792, destronar al Tippoo, y con ese fin los británicos inventaron unas cuantas razones muy poco convincentes para justificar una invasión de Mysore, hicieron caso omiso de las tentativas pacificadoras del Tippoo y marcharon sobre Seringapatam. Fue una agresión brutalmente manifiesta pero exitosa, porque con la muerte del Tippoo quedó eliminado el mayor obstáculo al que se enfrentaban los británicos para gobernar en el sur de la India, y con él la cada vez más pequeña posibilidad de que Napoleón, que a la sazón estaba al frente del ejército francés abandonado en Egipto, interviniera en el subcontinente.

La descripción de la caída de la ciudad que se hace en la novela es exacta en su mayor parte. Dos destacamentos de asalto, uno de ellos dirigido por el desafortunado sargento Graham, condujeron a dos columnas de tropas atacantes a través del ancho Cauvery Sur hacia la brecha; una vez allí las columnas se separaron y una de ellas se dirigió hacia el norte por las murallas exteriores de la ciudad y la otra hacia el sur. El general de división David Baird comandó el asalto y él, quien con la exaltación de la batalla consideró que la resistencia era más formidable en el sur, giró en esa dirección. En realidad fue la columna norte la que se topó con la oposición más dura, lo que probablemente fuera debido al propio liderato del Tippoo. Muchos testigos presenciales de ambos bandos atestiguaron la valentía individual del sultán. Iba ataviado con vestimentas de colores chillones y brillantes piedras preciosas, pero se empeñó en combatir en primera línea con sus soldados. Los defensores causaron aún más dificultades al abrir fuego desde la protegida banqueta de la muralla interior y las defensas no se vinieron abajo hasta que el capitán Goodall, comandante de la compañía ligera del 12.º Regimiento, cruzó con sus hombres la pared que hacía de contrafuerte, e inició así la conquista de las murallas interiores. El combate fue breve pero excepcionalmente sangriento, y provocó 1.400 bajas entre los atacantes y más de 6.000 entre las tropas del Tippoo.

Sí que me tomé una gran libertad con los hechos históricos del asalto. No existía ninguna puerta oeste en desuso, ni tampoco ninguna mina, pero la idea de la mina surgió a raíz de una enorme y espectacular explosión que tuvo lugar en la ciudad dos días antes del asalto. Se cree que una granada británica hizo estallar uno de los

polvorines del Tippoo. Yo cambié la naturaleza de la explosión y la retrasé dos días porque a los héroes de ficción se les debe proporcionar un trabajo apropiado.

Había unas cuantas tropas francesas en Seringapatam, pero la victoria de Nelson en el Nilo había puesto fin de forma efectiva a cualquier posibilidad de una intervención de los franceses en la India. El coronel Gudin es un personaje ficticio, aunque alguien muy parecido a él sí que dirigió un pequeño batallón francés en la batalla. Otros de los personajes de la novela, como el coronel Gent, sí que existieron. El comandante Shee, un irlandés un tanto inmoderado y desafortunado, estaba al mando del 33.º durante la época en que Wellesley servía como uno de los segundos de Harris, y el teniente Fitzgerald, hermano del Caballero de Kerry, murió durante el confuso ataque nocturno en el *tope* de Sultanpetah, probablemente víctima del embate de una bayoneta. Aquel contratiempo fue la única derrota militar de Wellesley y le hizo aborrecer para siempre las acciones nocturnas. Ciertamente el general de división Baird sentía aversión por Wellesley y le molestó soberanamente el hecho de que el general Harris designara al joven para el cargo de gobernador de Seringapatam tras el asedio, aunque, dado el odio que Baird les profesaba a los indios, sin duda el nombramiento era acertado. La envidia de Baird persistió durante muchos años, si bien posteriormente el escocés admitió con generosidad que Wellesley era su superior militar. Para entonces, naturalmente, Arthur Wellesley se había convertido ya en el primer duque de Wellington. En 1815 tan sólo Napoleón seguía sintiendo desprecio por Wellington y lo apodaba el «general cipayo», pero el general cipayo le dio una paliza a Napoleón de todos modos.

El sultán Tippoo, claro está, existió. Su derrota fue festejada en Gran Bretaña, donde consideraban al Tippoo un déspota especialmente cruel y despiadado y, durante muchos años después, a pesar de muchas otras victorias memorables sobre enemigos mucho más formidables, los británicos seguían rememorando la derrota y muerte del Tippoo. El acontecimiento fue celebrado en numerosas publicaciones, fue representado en al menos seis obras de teatro y ocupó muchos libros, todo ello un tributo a la curiosa fascinación que el Tippoo ejercía sobre sus antiguos enemigos. Pero su muerte, a pesar de haber sido dramatizada y recreada tantas veces, nunca se explicó en detalle porque nadie llegó a descubrir nunca quién lo mató exactamente (lo más probable es que fuera un soldado de la Compañía de Granaderos del 12.º). Se encontró el cadáver del Tippoo, pero su asesino nunca se dio a conocer y se supone que su reticencia estaba causada por el hecho de que no quisiera admitir la posesión de las joyas del Tippoo. Hoy en día nadie sabe dónde se encuentran muchas de esas joyas.

Pero aún perdura buena parte de la magnificencia del Tippoo. Lamentablemente el Palacio Interior de Seringapatam fue demolido en el siglo diecinueve (los guías locales insisten en que fue destruido por el bombardeo británico, pero en realidad el

edificio quedó intacto tras el asedio) y todo lo que queda de su esplendor son unas cuantas paredes en ruinas y algunas columnas que ahora sostienen el baldaquín de la estación de tren de Sriringapatna, pero el Palacio de Verano, el Daria Dowlat, todavía existe. El mural de la derrota británica en Polilur fue restaurado por Wellesley, que vivió en aquel exquisito palacete mientras fue gobernador de Mysore. Actualmente es un museo. La mezquita del Tippoo aún sigue en pie, hay otro pequeño palacio en la ciudad de Bangalore y, quizá lo más conmovedor de todo, el Gumbaz, el elegante mausoleo donde yace el Tippoo con sus padres. Hasta la fecha su tumba está cubierta por una tela con un estampado de rayas atigradas.

El Tippoo veneraba al tigre y utilizaba motivos de tigre siempre que podía. Su fabuloso trono de tigre existió pero fue desmantelado a su muerte, aunque aún puede verse gran parte de él, particularmente en el castillo de Windsor. Su espantoso juguete, el órgano de tigre, se encuentra hoy en día en el Victoria and Albert Museum de Londres. El órgano quedó lamentablemente dañado durante el bombardeo, pero ha sido magníficamente restaurado, aunque, ay, su sonido no es lo que fue. El Tippoo, en efecto, tenía seis tigres en el patio de su palacio (Wellesley ordenó que los mataran a tiros).

La muralla exterior de Sriringapatna todavía sigue en pie. La ciudad, que cuenta ahora con menos habitantes de los que tenía en 1799, es un lugar atractivo, y el escenario del asalto, que da al Cauvery Sur, está señalado con un obelisco que se alza inmediatamente al norte de la reparada brecha. Justo al otro lado de la brecha, y ocupando toda la esquina noroeste de las defensas, hay un enorme bastión de tierra: lo único que queda de la muralla interior. El resto de dicha muralla interior ha desaparecido por completo, probablemente derribado por Wellesley poco después del asedio. Más adelante, durante el apogeo del Raj, se identificaron varios lugares de Sriringapatna como emplazamientos de relevancia histórica, pero yo creo que la ausencia de la muralla interior causó algo de confusión. Los que visiten Sriringapatna descubrirán placas o monumentos conmemorativos en las mazmorras del Tippoo, en la Compuerta donde supuestamente lo mataron y, mucho más al este, en el lugar donde se encontró su cuerpo, pero de los tres, sospecho que sólo el último emplazamiento es exacto.

Las denominadas mazmorras se encuentran bajo la Batería del Sultán, y aunque es posible que se utilizaran como celdas en la década de 1780 (y por tanto fueran el lugar donde Baird pasó sus desagradables cuarenta y cuatro meses de reclusión), no se empleaban de la misma forma en 1799. Para entonces se había levantado la muralla interior (se construyó a toda prisa tras el asedio de Cornwallis en 1792) y es mucho más probable que las «mazmorras» se utilizaran a partir de entonces como polvorín (una utilización para la que está claro que fueron ideadas). Los prisioneros supervivientes del Tippoo atestiguaron que estuvieron retenidos dentro de la muralla

interior durante el asedio, así que es allí donde yo empecé a Sharpe, Lawford, McCandless y Hakeswill.

Una placa señala la Compuerta que atraviesa la muralla exterior como el lugar donde murió el Tippoo, pero de nuevo parece que esto es erróneo. El testimonio de los supervivientes de Mysore, algunos de los cuales se hallaban cerca del Tippoo en sus últimos momentos, pone claramente de manifiesto que el Tippoo estaba intentando entrar en la ciudad cuando lo mataron. Sabemos que había estado luchando en la muralla exterior y que cuando se alejó de la contienda descendió al espacio entre las dos murallas. A partir de aquí la historia se vuelve confusa: fuentes británicas afirman que trató de escapar de la ciudad a través de la Compuerta de la muralla exterior, pero los testimonios indios coinciden todos en que intentó atravesar la Compuerta de la muralla interior para entrar en la ciudad propiamente dicha. Esta segunda Compuerta ha desaparecido desde entonces, pero imagino que fue allí donde murió y no en la puerta que aún existe. Puede parecer lógico que hubiera intentado huir de la ciudad, pero la Compuerta que queda conducía —y todavía conduce— al foso inundado del interior del glacis, e incluso aunque hubiera sorteado esos obstáculos (bajo el fuego de los atacantes proveniente del muro situado por encima de él) sólo hubiese llegado a la orilla sur del Cauvery, que se hallaba bajo el fuego artillero de las fuerzas británicas situadas al norte del río. Cortando camino por la ciudad hubiera alcanzado la puerta Bangalore, que le ofrecía muchas más posibilidades de escapar. En realidad, tras la muerte del Tippoo, o quizá mientras estaba aún agonizando, uno de sus leales criados lo encontró, lo colocó en el palanquín y lo llevó hacia el este, presumiblemente en un intento de llegar a la puerta Bangalore. Fueron interceptados, el palanquín volcó y el cuerpo del Tippoo permaneció varias horas sin ser descubierto. Resulta una lástima renunciar a la actual Compuerta como el lugar donde le dispararon al Tippoo, puesto que su sombrío, frío y húmedo túnel posee un cierto dramatismo extraño e inquietante, pero sin duda la otra puerta equivalente en la muralla interior tenía una atmósfera similar.

El cadáver del Tippoo fue tratado con honor y, al día siguiente, tal como describe la novela, fue enterrado junto a sus padres en el mausoleo Gumbaz. Mientras tanto, Wellesley sofocó el saqueo de la ciudad (ahorcó a cuatro saqueadores, un recurso que emplearía en asedios posteriores), pero lo que no se pudieron llevar los soldados rasos se lo agenciaron alegremente los oficiales superiores. Los agentes de la Compañía de las Indias Orientales valoraron los tesoros del Tippoo en dos millones de libras (libras de 1799), y la mitad de esa fabulosa fortuna se consideró un botín, de manera que muchos oficiales de alto rango se convirtieron en hombres ricos tras aquel único día de trabajo. Muchos de esos tesoros viajaron a Gran Bretaña, donde permanecen, algunos de ellos a la vista del público, pero otros todavía están en manos privadas.

Hoy en día el Tippoo es un héroe para muchos indios, que lo consideran un luchador de la protoindependencia. Parece una opinión perversa. El Tipoo tenía como enemigos a otros estados indios y, si bien hay que reconocer que sus combates más encarnizados fueron contra los británicos (y sus aliados indios), nunca pudo confiar plenamente en sus súbditos hindúes. Nadie sabe con seguridad si fue traicionado el día de su muerte, pero parece más que probable que varios oficiales hindúes, como el imaginario Appah Rao, fueron poco entusiastas en su apoyo de forma deliberada. La religión musulmana del Tippoo y su preferencia por el idioma persa lo señalan como alguien que se hallaba fuera de la corriente dominante de la tradición moderna de la India, lo cual sea tal vez el motivo de que un indio culto me asegurara que, en realidad, el Tippoo era un hindú. No lo era, y por más que se quiera no se va a convertir en un héroe «indio» aceptable. Tampoco su historia necesita adornos, porque fue un héroe de todas formas, aunque nunca luchara por la independencia de la India. Luchó por su dominio por parte de Mysore, que era algo completamente distinto.

Me gustaría dar las gracias a Elizabeth Cartmale-Freedman por haber registrado de arriba abajo los archivos de la London's Indian House y haber realizado muchos otros trabajos de investigación para *Sharpe y el tigre de Bengala*, y disculparme por todas las cosas útiles que descubrió y que yo omití. Asimismo debo darle las gracias a mi agente, Toby Eady, que fue mucho más allá de lo que era su obligación acompañándome a Sriringapatna. Rara vez he disfrutado más de la investigación. Como es habitual cuando escribo las andanzas de Sharpe, le debo mi gratitud a la señora Elizabeth Longford por su magnífico libro *Wellington, the Years of the Sword*, y al difunto Jac Weller por su indispensable *Wellington in India*.

El recuerdo del Tippoo aún domina Sriringapatna. Fue un gobernante eficiente a quien los indios veneran y los británicos consideran un tirano insensible. Dicha reputación tiránica fue debida sobre todo por su ejecución de trece prisioneros británicos antes del asalto (sólo ocho de ellos habían sido capturados durante la escaramuza nocturna, los demás ya eran prisioneros). No es probable que las ejecuciones tuvieran lugar en el Palacio de Verano, pero fueron llevadas a cabo por los *jettis* del Tippoo, quienes sí que mataban del modo que se describe en la novela. Esos asesinos son censurables, aunque no deben impedirnos ver las virtudes del Tippoo. Era un hombre muy valiente, un soldado considerable, un administrador talentoso y un gobernante progresista, y resulta un digno enemigo para el joven Richard Sharpe, que aún tiene un largo camino por recorrer a las órdenes de su frío, pero muy inteligente, General Cipayo.

Glosario

Anna: Antigua moneda de cuproníquel de la India, la decimosexta parte de una rupia.

Arrack: Licor de alta graduación, con sabor parecido al ron, que se destila en Extremo Oriente del jugo fermentado del coco.

Havildar: Suboficial nativo en la India, cuyo rango corresponde al de sargento.

Lascar: Artillero nativo del ejército británico en la India.

Mahratta: Pueblo hindú que habita en las regiones del centro y del oeste de la India.

Nizam: Título del gobernador de Hyderabad desde principios del siglo XVIII hasta 1950.

Pagoda: Cualquiera de las distintas monedas de oro o plata del sur de la India que normalmente muestran la figura de este templo y que acuñaron por primera vez los nativos a finales del siglo XVI y más tarde también los comerciantes británicos, franceses y holandeses.

Pice: Moneda de la India británica equivalente a un cuarto de *anna*.